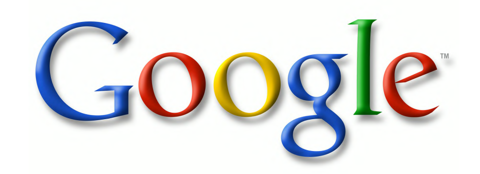


SAMUEL SMILES

¡AYÚDATE!

GARNIER HERMANOS EDITORES





¡AYÚDATE!

SAMUEL SMILES

¡AYÚDATE!

(SELF-HELP)

CON EJEMPLOS SOBRE

EL CARÁCTER, LA CONDUCTA Y LA PERSEVERANCIA

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

EMILIO SOULÈRE

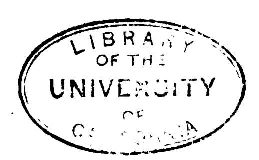
Compliments of Jose M. Castro.

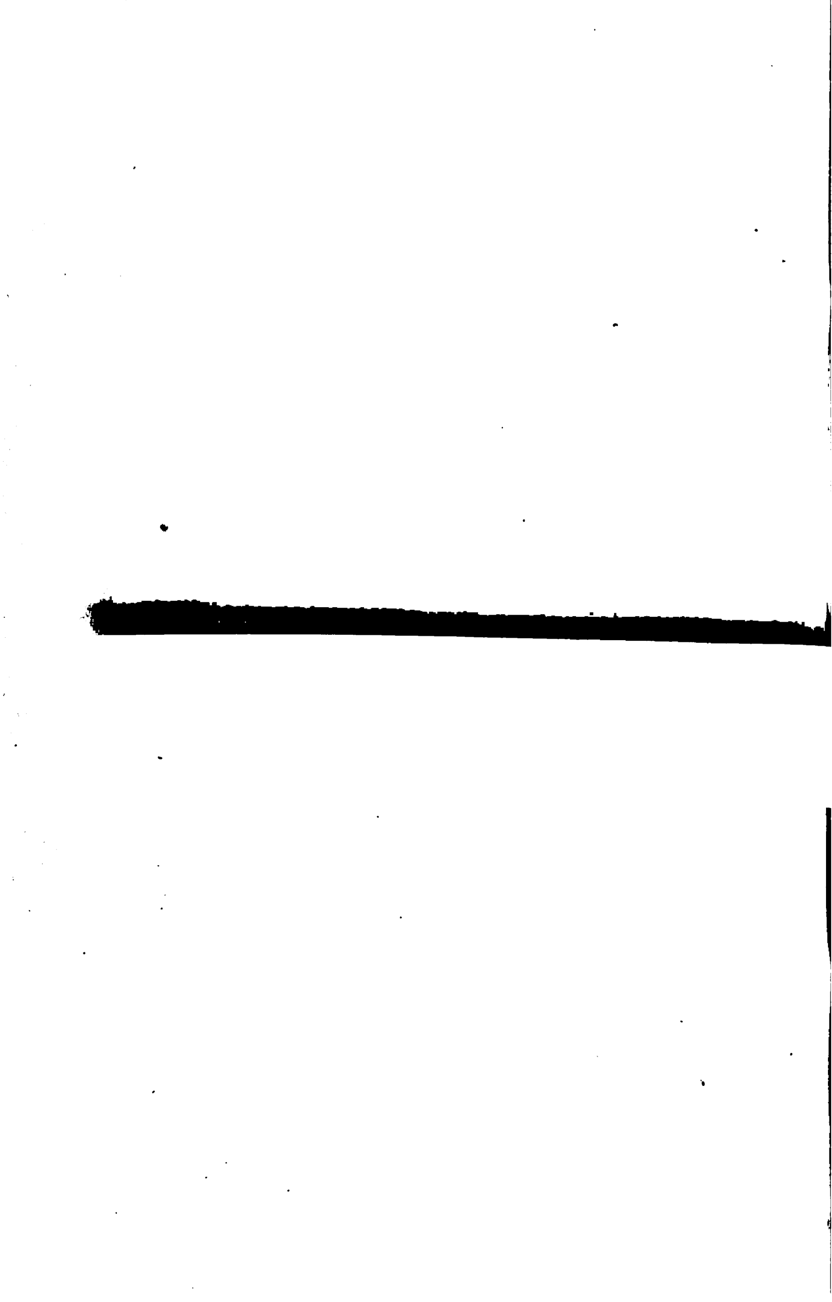
es el gran placer de la vida. Observa lo que admiraron los grandes hombres; porque admiraron grandes cosas; los espíritus mezquinos admiran rastreramente y veneran vilmente.
W. M. Trackeray.

4ª EDICIÓN

PARÍS
LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS
6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1895





SAMUEL SMILES

¡AYÚDATE!

(SELF-HELP)

CON EJEMPLOS SOBRE

EL CARÁCTER, LA CONDUCTA Y LA PERSEVERANCIA

VERSIÓN ESPAÑOLA

POR

EMILIO SOULÈRE

> This above all — To tgine own self be true;
> And it must follow, as the night the day,
> Thou canst no then be false to any man.
>
> *Shakpeare.*

> Si pudiera dar consejos á un joven, le diría: frecuenta la sociedad de tus superiores. En los libros y en la vida esa es la más saludable compañía; aprende á admirar justamente; ese es el gran placer de la vida. Observa lo que admiraron los grandes hombres; porque admiraron grandes cosas; los espíritus mezquinos admiran rastreramente y veneran vilmente.
>
> *W. M. Trackeray.*

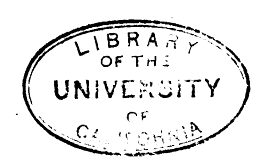
4ª EDICIÓN

PARÍS

LIBRERÍA ESPAÑOLA DE GARNIER HERMANOS

6, RUE DES SAINTS-PÈRES, 6.

1895



ADVERTENCIA

Confesamos francamente que hemos vacilado antes de decidirnos á adoptar la palabra *¡Ayúdate!...* para título de esta obra, como versión castellana del *Self-Help*, inglés.

Nos parecen incorrectas otras traducciones, como por ejemplo, *Ayúdate á ti mismo*, *La ayuda propia*, y *La ayuda de sí mismo*, y además, no corresponden completamente á la idea del autor. Esta idea se hallaría quizá contenida en nuestro antiguo refrán, *Ayúdate y ayudarte he*, si no envolviese cierto sentido religioso, cierta esperanza en la ayuda del cielo que de ningún modo forma parte del concepto filosófico de que se vale Samuel Smiles para desarrollar su pensamiento, y como éste se informa en el principio que enseña, que para conseguir uno algún fin ha de poner de su parte todo cuanto pueda, y no fiarse del auxilio ajeno, se nos antoja que la síntesis de ese principio se halla en la acepción más lata y más expresiva del imperativo *¡Ayúdate!...* que hemos escogido definitivamente.

E. S.

PROLOGO

Esta es una edición revisada de un libro acogido ya con notable favor, tanto en Inglaterra como en el extranjero. Ha sido reimpreso en varias formas en América, han aparecido traducciones en holandés y en francés, y otras están próximas á publicarse en alemán y en dinamarqués. Es indudable que el libro ha tenido atractivo para los lectores de diferentes países en razón de la variedad de ilustraciones anecdóticas que contiene, y el interés que experimentan todos en los trabajos, las pruebas, las luchas, y las acciones de los demás. Nadie conoce mejor que el autor su carácter fragmentario, debido al modo como fué compuesto en su mayor parte, en su origen — habiendo sido reunido principalmente de apuntes tomados durante muchos años — con la idea de que sirviese de lectura á unos jóvenes, y sin ningún propósito de publicarlo. La publicación de esta edición ha proporcionado una oportunidad para quitar del libro mucha materia superflua, é introducir varias ilustraciones nuevas, que probablemente serán halladas de interés general.

En cierto modo ha resultado poco afortunado el título del libro, que ahora no es tiempo ya de enmendar, por cuanto ha inducido á algunos, que solo lo han juzgado por el título, á suponer que consiste en un elogio del egoísmo ; precisamente lo contrario de lo que es en realidad, ó por lo

menos de lo que el autor pretende que sea. Aunque su principal objeto es incuestionablemente el de estimular á los jóvenes para que se dediquen con diligencia á ocupaciones convenientes — no ahorrando ni trabajo ni fatigas, ni abnegación para conseguirlo — y á confiar más bien en sus propios esfuerzos en la vida, antes que depender de la ayuda y protección de otros, se verá de los ejemplos dados de hombres de ciencia, literatos, artistas, inventores, profesores, filántropos, misioneros y mártires, que el deber de ayudarse á sí mismo en el sentido más elevado, comprende la ayuda dada á sus semejantes.

También se ha tachado á mi libro, de que se haya hecho demasiado caso en él de los hombres que han tenido éxito en la vida, ayudándose á sí mismos, y demasiado poco de la multitud de hombres que han fracasado. Se nos ha preguntado : « ¿Por qué el fracaso no ha de tener su Plutarco al igual del éxito ? » No existe, realmente, razón alguna para que el fracaso no tenga su Plutarco, si se exceptúa que un protocolo de fracasos únicamente, sería encontrado, sin duda, excesivamente depresivo, así como de lectura poco instructiva. Sin embargo, en las siguientes páginas se ve que el fracaso es la mejor disciplina del verdadero trabajador, al estimularle á nuevos esfuerzos, despertando sus mejores facultades, y llevándole adelante en la cultura propia, el dominio de sí mismo, y el desarrollo en la instrucción y sabiduría. Mirado desde este punto de vista, siempre está lleno de interés y de instrucción el fracaso vencido por la perseverancia ; y esto nos hemos esforzado en demostrarlo con muchos ejemplos.

Por lo que hace al fracaso *per se*, aunque pueda ser bueno

hallar consuelo para él al final de la vida, hay razón para dudar que sea un objeto que deba presentarse ante la juventud al principio de ella. En realidad, *como no hacer*, es una cosa entre todas, la más fácil de aprender; no necesita enseñanza, esfuerzo, abnegación, laboriosidad, paciencia, perseverancia, ni criterio. Además, los lectores no se interesan por el general que perdió sus batallas, por los ingenieros cuyas máquinas reventaron, por el arquitecto que solamente ha dibujado deformidades, por el pintor que jamás ha pasado más allá de pintarrajear, por el inventor que nunca inventó su máquina, ni por el comerciante que no pudo mantenerse fuera de la *Gaceta* (1). Es cierto; los mejores hombres pueden fallar, en la mejor de las causas. Pero aún estos mismos hombres no intentaron fracasar, ni miraron su fracaso como cosa meritoria; muy al contrario, trataron de tener éxito, y miraron el fracaso como una desventura. Sin embargo, el fracaso es honroso en cualquier causa buena, mientras que el éxito en cualquier causa mala es infame. Al mismo tiempo, el éxito en una buena causa es incuestionablemente mejor que el fracaso. Pero en ningún caso es el resultado al que debe dirigirse la vista, tanto como el propósito y el esfuerzo, la paciencia, el valor, y el empeño con que son llevados adelante los proyectos deseables y dignos :

(1) Periódico oficial publicado en cada una de las tres capitales del Reino Unido; Londres, Edimburgo y Dublín, conteniendo avisos oficiales del Estado y de los tribunales, civiles, criminales y comerciales, y en que se hace saber el nombre de los comerciantes que suspenden pagos, ó quiebran, etc., etc. — (*Nota del T.*)

No depende del mortal disponer del éxito, pero queremos hacer algo más, — merecerlo. (1)

El objeto de este libro es, en pocas palabras el siguiente : inculcar estas lecciones antiquísimas pero saludables — sobre las que quizá nunca se insistirá demasiado — de que la juventud debe trabajar con el fin de disfrutar — que nada estimable se puede efectuar sin aplicación y diligencia — que el que estudia no debe dejarse acobardar por las dificultades sino que debe vencerlas con paciencia y perseverancia — y que, sobre todo, debe procurar la elevación del carácter, sin lo cual carece de valor la capacidad, y na davale el éxito humano. Si el autor no ha conseguido ilustrar estas lecciones, solo podrá decir que ha fallado en su propósito.

Entre los nuevos trozos añadidos á la presente edición, pueden mencionarse los siguientes : — Extranjeros ilustres de origen humilde; generales y mariscales franceses salidos de las filas; De Tocqueville, sobre la ayuda mutua; Guillermo Lee, M. A., y el telar de medias; Juan Heathcoat, M. P., y la máquina de brocas para devanar; Jacquard y su telar; Vaucanson; Joshuá Heilmann y la máquina de cardar; Bernardo Palissy y sus luchas; Böttgher, el descubridor de la porcelana dura; el conde de Buffón, como estudiante; Cuvier; Ambrosio Paré; Claudio Lorrena; Santiago Callot; Benvenuto Cellini; Nicolás Poussin; Ary Scheffer; los Strutt de Belper; San Francisco Javier; Napoleón como hombre de negocios; intrepidez de los boteros de Deal, además de muchos otros pasajes que no es necesario especificar.

Londres, octubre de 1885.

(1) *Tis not in mortals to command success;*
We will do more — deserve it.

INTRODUCCIÓN

Puede referirse brevemente el origen de este libro.

Hará unos quince años que el autor fué invitado á dar una conferencia ante los socios de algunas clases nocturnas, que se habían formado en un pueblo del norte para adelanto mutuo, en las siguientes circunstancias :

Dos ó tres jóvenes de la más humilde posición resolvieron reunirse en las noches de invierno, con el propósito de perfeccionarse, comunicándose entre sí lo que supieran. Sus primeras reuniones tuvieron lugar en la sala de una cabaña en que vivía uno de los miembros ; y como poco después se les reunieron algunos más, muy luego se llenaba demasiado el lugar. Cuando llegó el verano, se reunieron en el jardín de la cabaña, y entonces empezaron las clases al aire libre, en torno de una pequeña armazón entarimada que servía de invernadero, en la que los que oficiaban como maestros escribían en una pizarra el sumario y dictaban las lecciones de la noche. Cuando el tiempo era bueno, podía verse á los jóvenes hasta una hora avanzada, agrupados al rededor de la puerta de la cabaña como un enjambre de abejas; pero algunas veces algún aguacero repentino borraba lo escrito en la pizarra, y los dispersaba descontentos.

Se aproximaba el invierno con sus noches frías, y ¿qué iban á hacer para lograr un asilo? Por esta época había

aumentado su número de tal modo que no era una pieza de tamaño común la que podía darles abrigo. Aunque en su mayor parte eran jóvenes que ganaban sueldos semanales comparativamente pequeños, se resolvieron á correr el riesgo de alquilar una sala; y al buscarla encontraron una habitación obscura, que había sido usada como hospital provisional de coléricos. No se encontraba ningún inquilino para ella, porque se le huía como si aún tuviese pegada la peste. Pero los jóvenes de *mutuo mejoramiento*, á quienes nada atemorizaba, alquilaron la habitación á tanto por semana, le pusieron lámparas, colocaron allí algunos bancos, y una mesa de pino, y dieron principio á sus clases de invierno. Muy luego presentaba el lugar un aspecto bullicioso y alegre por las noches. La enseñanza puede haber sido quizá, como no hay duda que lo era, de una especie algo desigual é imperfecta; pero se hacía con buena voluntad. Aquellos que sabían un poco enseñaban á los que sabían menos, adelantando mientras adelantaban á otros, y, por lo menos, dando un buen ejemplo real. De ese modo estos jóvenes, y entre ellos había hombres formados, empezaron á enseñarse á sí mismos, y mutuamente, á leer y escribir, aritmética, y geografía, y hasta matemáticas, química, y algunos idiomas modernos.

De esa manera habíanse reunido como unos cien jóvenes, cuando aspirando á algo más, desearon que se les dieran conferencias; y entonces fué cuando el autor tuvo conocimiento de sus trabajos. Una comisión de ellos fué á verle para invitarle á que pronunciara un discurso de apertura, ó según decían, *para que les hablara un poco;* dando, como introducción al pedido una relación modesta de lo que ha-

bían hecho y de lo que hacían. No podía dejar de hallarse conmovido por el admirable espíritu de *Ayuda Propia* que habían manifestado; y, á pesar de tener poca fe en las conferencias populares, sentía que unas cuantas palabras de estímulo, expresadas honrada y sinceramente, no dejarían quizá de tener un buen efecto. Con ese espíritu les hablé en más de una ocasión, citando ejemplos de lo que otros hombres habían hecho, como ilustraciones de lo que cada uno podía hacer para sí mismo, en un grado mayor ó menor, é indicando que su felicidad y bienestar como individuos en su vida ulterior, tenía necesariamente que depender principalmente de ellos — sobre la diligente cultura propia la disciplina de sí mismo, y el dominio propio, — y, sobre todo, en aquel cumplimiento del deber individual, honrado y leal, que es la gloria de un carácter viril.

No había absolutamente nada de nuevo ó de original en este consejo, que era tan antiguo como los proverbios de Salomón, y probablemente tan familiar. Pero á pesar de que podía ser anticuado el consejo, fué bien recibido. Los jóvenes siguieron adelante en su carrera; continuaron trabajando con energía y resolución; y, llegando á la virilidad, se dispersaron en varias direcciones en el mundo, donde muchos de ellos ocupan ahora puestos de confianza y de utilidad. Algunos años después del incidente referido, fué traído inesperadamente á la memoria del autor este asunto, por una visita nocturna hecha por un hombre joven, en apariencia, recien salido del taller de una fundición, quien manifestó que era ya patrón y que prosperaba, y tenía gusto en recordar con gratitud las palabras que habían sido dichas con tan desinteresado propósito á él y á sus condisci-

pulos hacía algunos años, y hasta atribuía en parte el éxito que había obtenido, al empeño que había puesto en obrar conforme con el espíritu de aquellas palabras.

Habiendo llamado la atención del autor por este medio hacia el asunto del *¡Ayúdate!* se acostumbró á agregar á los apuntes que le habían servido para conferenciar con los jóvenes, y á veces anotar en sus momentos desocupados, los resultados de aquellas lecturas, la observación, y la experiencia de la vida, que creía que corroboraban el asunto. Una de las ilustraciones más prominentes citadas en sus primeras conferencias, fué la de Jorge Stephensón, el ingeniero; y el interés primero, lo mismo que las facilidades y oportunidades especiales que poseía el autor para ilustrar la vida y carrera de Stephensón, le indujeron á proseguirla en sus ocios, y á publicar finalmente su biografía. El presente volumen está escrito con un espíritu igual, y ha sido igual en su origen. Los bosquejos añadidos como ilustraciones de carácter están, sin embargo, tratados con menos esmero, siendo más bien bustos que retratos de cuerpo entero, y en muchos casos sólo ha sido anotado algún rasgo notable, porque á menudo concentran su lustre é interés en pocos pasajes las vidas de los individuos, lo mismo que las de las naciones. Tal como es, el autor deja ahora el libro en manos de sus lectores, con la esperanza de que las lecciones de laboriosidad, perseverancia, y cultura propia, que contiene, sean útiles é instructivas, y quizá halladas interesantes en su mayor parte.

TABLA DE MATERIAS

CAPÍTULO I

AYUDA PROPIA. — NACIONAL É INDIVIDUAL

El espíritu de la ayuda propia. — Instituciones y hombres. — El gobierno es el reflejo del individualismo de una nación. — Cesarismo y ayuda propia. — Guillermo Dargan sobre independencia. — Trabajadores pacientes en todas las filas. — La ayuda propia es un rasgo del carácter inglés. — El poder del ejemplo y del trabajo en la educación práctica. — Valor de las biografías. — Los grandes hombres no pertenecen á una clase exclusiva. — Hombres ilustres procedentes de las filas. — Shakespeare. — Diversos orígenes humildes de muchos hombres eminentes. — Astrónomos distinguidos. — Hijos eminentes de sacerdotes. — De abogados. — Extranjeros ilustres de humilde origen. — Vauquelin, el químico. — Ascensos de las filas en el ejército francés. — Ejemplo de perseverante aplicación y energía. — José Brotherton. — G. J. Fox. — J. S. Lindsay. — Guillermo Jacksón. — Ricardo Cobden. — Diligencia, indispensable á la utilidad y á la distinción. — Las clases ricas no siempre son ociosas. — Ejemplos. — Militares. — Filósofos. — Hombres de ciencia. — Políticos. — Literatos. — Sir Roberto Peel. — Lord Brougham. — Lytton. — Disraeli. — Wordsworth, sobre la confianza en sí mismo. — Tocqueville : su laboriosidad y reconocimiento de la ayuda de los demás. — Los hombres son sus mejores auxiliares.................................... 1

CAPÍTULO II

CORIFEOS DE LA INDUSTRIA. — INVENTORES Y PRODUCTORES

Laboriosidad del pueblo inglés. — El trabajo es la mejor educación. — Hugo Miller. — La pobreza y las faenas no son obstáculos insuperables. — Obreros inventores. — Invención de la

maquina de vapor. — Jaime Watt : su laboriosidad y hábito de atención. — Mateo Boulton. — Aplicaciones de la máquina de vapor. — La manufactura algodonera. — Los antiguos inventores. — Paul y Highs. — Arkwright : sus primeros años. — Barbero, inventor y manufacturero. — Su influencia y carácter. — Los Peel del Lancashire. — El fundador de la familia. — El primer sir Roberto Peel, impresor de algodón. — Lady Peel. — Reverendo Guillermo Peel, invéntor del telar para medias. — Muere en la pobreza en el extranjero. — Jaime Lee. — La manufactura de randas en Nottingham. - Juan Heathecoat, inventor de la máquina para devanar. — Sus primeros años, su ingeniosidad y perseverancia afanosa. — Invención de su máquina. - Anécdota de lord Lyndhurst. — Progreso del comercio de randas. — Las máquinas de Heathcoat destruídas por los Ludditas. — Su carácter. — Jaquard : sus inventos y aventuras. — Vaucansón : su genio mecánico, mejoras en la manufactura de la seda. — Jaquard, mejora la máquina de Vaucansón. — Se adopta el telar de Jaquard. — Joshuá Heilmann, inventor de la máquina de cardar. — Historia de la invención. — Su valor.. 24

CAPÍTULO III

TRES GRANDES ALFAREROS. — PALISSY, BOTTGHER, WEGDWOOD

Alfarería antigua. — Loza etrusca. — Luca della Robbia, escultor florentino : descubridor del arte de esmaltar. — Bernardo Palissy : bosquejo de su vida y de sus trabajos. — Enardecido al ver una copa italiana. — Su investigación sobre el secreto del esmalte. Sus experimentos durante años ; tarea improductiva. — Sus privaciones personales y las de su familia. — Perseverancia indomable ; quema su ajuar para calentar el horno, éxito final. — Reducido á la miseria. — Condenado á muerte, su libertad. — Sus escritos. — Muere en la Bastilla. — Juan Federico Böttgher, el cocinero de oro, de Berlín. — Su superchería en la alquimia, y sus dificultades siguientes. — Huida á Sajonia. — Su arresto en Dresde. — Descubre la fabricación de la porcelana blanca y encarnada. — Se hace cargo de la manufactura el gobierno Sajón. — Böttgher es tratado como prisionero y esclavo. — Su fin desgraciado. — La manufactura de porcelana de Sévres. — Josiah Wedgwood, el alfarero inglés. — Estado antiguo de la manufactura de loza inglesa. — Infatigable laboriosidad, habilidad, y perseverancia. — Su éxito. — El jarrón de Barberini. — Wedgwood es un bienhechor nacional. — Héroes industriales.. 58

CAPÍTULO IV

APLICACIÓN Y PERSEVERANCIA

Grandes resultados obtenidos con medios sencillos. — La fortuna favorece al laborioso. — « El genio es la paciencia. » — Newtón y Kepler. — Laboriosidad de hombres eminentes. — Poder adquirido por el esfuerzo continuado. — Anécdota sobre las facultades de la memoria de sir Roberto Peel. — La facilidad viene con la práctica. — Importancia de la paciencia. — Alegría. — Sydney Smith. — Doctor Hook. — La esperanza es un elemento importante en el carácter. — Carey, el misionero. — Anécdota sobre Audubón, el ornitólogo. — Anécdota sobre Carlyle, y su manuscrito de la *Revolución francesa*. — Perseverancia de Watt y de Stephensón. — Perseverancia manifestada en el descubrimiento de los mármoles de Ninive por Rawlinson y Layard. — El conde de Buffón como estudiante. — Sus trabajos continuos é incansables. — Perseverancia de sir Walter Scott. — Juan Britton. — Samuel Drew. — José Hume.................... 82

CAPÍTULO V

AYUDAS Y OPORTUNIDADES.— OCUPACIONES CIENTÍFICAS

Ningún resultado grande se obtiene por la casualidad. — Descubrimientos de Newtón. — Doctor Young. — Hábito de observar con inteligencia. — Galileo. — Inventos de Brown, Watt, y Brunel, sugeridos por la casualidad. — Filosofía en las cosas pequeñas. — Apolonio Perœus y las secciones có icas. — Franklin y Galvani. — Descubrimientos de la fuerza del vapor. — Oportunidades asidas ó hechas. — Herramientas sencillas y toscas de grandes trabajadores. — Oportunidad de Lee y de Stone para aprender. — De sir Walter Scott. — Doctor Priestley. — Sir Humphry Davy. — Faraday. — Davy y Coleridge. — Cuvier. — Laboriosidad de Dalstón. — Ejemplos para mejorar el tiempo. — Daguesseau y Bentham. — Melanchtón y Baxter. — Anotar las observaciones. — Grandes anotadores. — Doctor Pye Smith. — Juan Hunter : su paciente estudio de las pequeñas cosas. — Sus grandes trabajos. — Ambrosio Paré, cirujano francés. — Harvey. — Jenner. — Sir Carlos Bell. — Doctor Marshall Hall. — Sir Guillermo Herschel. — Guillermo Smith, el geólogo : sus descubrimientos, su mapa geológico. — Hugo Miller : sus facultades de observación. — Juan Brown y Roberto Dick, geólogos. — Sir Rodrigo Muchisón, su laboriosidad y sus conocimientos. 104

CAPÍTULO VI

TRABAJADORES EN EL ARTE

Sir Joshuá Reynolds, poder de la laboriosidad en el arte. — Origen humilde de artistas eminentes. — La adquisición de la riqueza no es el móvil principal en los artistas. — Miguel Ángel, sobre la riqueza. — Trabajos pacientes de Miguel Ángel y del Ticiano. — El éxito prematuro de Westh fué una desventaja. — Ricardo Wilsón y Zuccarelli. — Sir Joshuá Reynolds, Blake, Bird, Gainsborough, Hogarth, niños artistas. — Hogarth, observador sagaz. — Banks y Mulready. — Claudio Lorena y Turner : su laboriosidad infatigable. — Perrier y Santiago Callot, y sus viajes á Roma. — Callot y los gitanos. — Benvenuto Cellini, orífice y músico : su ambición por sobresalir. — Fundición de su estatua de Perseo. — Nicolás Poussin estudiante y trabajador diligente. — Duquesnoi. — Fama de Poussin. — Ary Scheffer : obstáculos y éxito. — Juan Flaxmán : su genio y su perseverancia. — Su excelente mujer. — Su viaje á Roma. — Francisco Chantrey : su laboriosidad y energía. — David Wilkie y Guillermo Etty, trabajadores incansables. — Privaciones soportadas por artistas. — Martín. — Pagin. — Jorge Kemp, arquitecto del monumento á Scott. — Juan Gibson, Roberto Thorburn, Noel Patón. — Jaime Sharples, el herrero artista : su autobiografía. — Laboriosidad de los músicos. — Hændel, Haydn, Beethoven, Bach, Meyerbeer. — Doctor Arne. — Guillermo Jacksón, el compositor enseñado por sí mismo....... 136

CAPÍTULO VII

LA INDUSTRIA Y LA NOBLEZA

La nobleza alimentada por los industriales. — Decadencia de familias antiguas : Bohun, Mortimer, y Plantagenet. — La nobleza relativamente moderna. — Nobleza que tiene su origen en traficantes y comerciantes. — Ricardo Foley, fabricante de clavos, fundador del título de nobleza de Foley. — Carrera aventurera de Guillermo Phipps, fundador del título de nobleza de Normamby : recobra el tesoro sumergido. — Sir Guillermo Petty, fundador del título de nobleza de la casa de Landsowe. — Jededish Strutt, fundador del título de nobleza de Belper. — Guillermo y Eduardo Strutt. — Pares navales y militares. — Títulos de pares fundados por abogados. — Lord Tenterden y lord Campbell. — Lord Eldón : sus tempranas luchas y éxito final. — Barón Langdale. — Recompensas de la perseverancia..... 177

CAPÍTULO VIII

LA ENERGÍA Y EL VALOR

La energía es característica de la raza teutona. — Los cimientos de la firmeza de carácter. — Fuerza de propósito. — Concentración. — El trabajo valeroso. — Palabras de Hugo Miller y de Fowel Buxton. — Poder y libertad de la voluntad. — Palabras de Lamennais. — Suwarrow. — Napoleón y la *Gloria*. — Wéllington y el *deber*. — Prontitud en la acción. — Energía desplegada por los ingleses en la India. — Waren Hastings. — Sir Carlos Napier : su aventura con el juglar indo. — Insurrección en la India. — Los Lawrence. — Nicholson. — El sitio de Delhi. — El capitán Hodsón. — Los trabajadores misioneros. — Las misiones de Francisco Javier en Oriente. — Juan Williams. — Doctor Livingstone. — Juan Howard, su carrera. — Los trabajos filantrópicos de Granville Sharp. — Posición de los esclavos en Inglaterra. — Resultados de los esfuerzos de Sharp. — Trabajos de Clarksón. — Fowel Buxton. — Su propósito y energía resuelta. — Abolición de la esclavitud...... 195

CAPÍTULO IX

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

Definición de los hombres de negocios hecha por Hazlitt. — Las principales cualidades requeridas. — Hombres de genio, hombres de negocios. — Shakespeare, Chaucer, Spencer, Milton, Newton, Cowper, Wordsworth, Scott, Ricardo, Grote, J. S. Mill. — La laboriosidad y la aplicación necesarias para el éxito. — Consejo de lord Melbourne. — La escuela de la dificultad es una buena escuela. — Condiciones del éxito en el derecho. — El arquitecto laborioso. — Influencia saludable del trabajo. — Consecuencias de la indiferencia por la aritmética. — El doctor Johnsón y la pretendida injusticia *del mundo*. — Objetivos de Wáshington Irving. — Cualidades prácticas necesarias en los negocios. — Importancia de la exactitud. — Carlos Jaime. — Método. — Ricardo Cecil y De Witt : su prontitud en los negocios. — Lo que vale el tiempo. — Consejo de Sir Walter Scott. — Rapidez. — Economía del tiempo. — Puntualidad. — Firmeza. — Tacto. — Napoleón y Wéllington, como hombres de negocios. — Atención de Napoleón en los detalles. — La « Correspondencia de Napoleón. » — Aptitud de Wéllington

para los negocios. — Wéllington en la Península. — La honradez es la mejor política. — El comercio pone á prueba el carácter. — Lucro deshonesto. — David Barclay, modelo de hombres de negocios 231

CAPÍTULO X

EL DINERO. — SU USO Y SU ABUSO

El buen uso del dinero es una prueba de sabiduría. — La virtud de la abnegación. — Contribuciones que uno mismo se impone. — La economía es necesaria para la independencia. — Desamparo de los imprevisores. — La frugalidad es una importante cuestión pública. — Consejos de Ricardo Cobden y de Juan Bright. — La servidumbre del imprevisor. — Independencia, puede adquirirse por los hombres trabajadores. — Consejo del padre de Francisco Horner. — Roberto Burns. — Vivir con arreglo á sus recursos. — Máxima de Bacon. — Despilfarradores. — Contraer deudas. — Deudas de Haydón. — Fichte. — Sobre las deudas, por el doctor Johnsón. — Juan Locke. — El duque de Wellington, sobre las deudas. — Wáshington. — Conde St. Vicente : su letra protestada. — José Hume; vivir con lujo. — Ambición de gentileza. — Orden de Napier á sus oficiales en la India. — Resistencia á la tentación. — El caso de Hugo Miller. — Es necesario un concepto elevado de la vida. — Proverbios sobre el modo de hacer dinero y sobre el ahorro.— Tomás Wright y la rehabilitación de los criminales. — Mero hacer dinero. — Juan Foster. — La riqueza no prueba el valor. — Todo labor honesto es honroso. — Estimación en demasía del dinero. — José Brothertón. — La respetabilidad. — Lord Collingwood 255

CAPÍTULO XI

CULTURA PROPIA. — FACILIDADES Y DIFICULTADES

Sir Walter Scott y Sir B. Brodie, sobre la cultura propia. — Espíritu del doctor Arnold. — La ocupación activa es saludable. — Consejo de Malthus á su hijo. — Importancia de la salud física. — Hodsón, de « Hodson's Horse ». — Doctor Channing. — Trabajo temprano. — Adiestrarse en el manejo de las herramientas. — Salud de grandes hombres. — Juegos atléticos de sir Walter Scott. — Barrow. — Fuller, Clarke. — El

trabajo lo vence todo. — Palabras de Chattertón, Fergusón, Stone, Drew. — Trabajo bien dirigido. — Opiniones de Sir Joshuá Reynolds, Fowell, Buxton, doctor Ross, F. Horner, Loyola, y Lord St. Leonards. — Perfectibilidad posible, exactitud, decisión, y prontitud. — Virtud del trabajo paciente. — Efectos perniciosos de *atracar* procedimientos de ahorro de trabajo y lectura múltiple. — El verdadero uso del saber. — Los libros podrán dar instrucción, pero solamente el saber bien aplicado y la experiencia ponen de manifiesto la sabiduría. — Los hombres de la *Magna Carta*. — Brindley, Stephensón, Hunter, y otros, no eran eruditos, y fueron sin embargo grandes. — El respeto propio. Juan Pablo Richter. — El saber como medio de adelantar. — Conceptos mezquinos del valer de la ilustración. — Ideas de Bacon y de Southey. — Douglas Jarrold, y la literatura cómica. — Peligro de un deseo inmoderado de placer. — Benjamin Constant : su elevado pensamiento y su bajo proceder. — Thierry : su noble carácter. — Coleridge y Southey. — Roberto Nicoll, sobre Coleridge. — Carlos Jaime Fox; la perseverancia. — Sabiduría y fortaleza adquiridas por el fracaso. — Hunter, Rossini, Davy, Mendelssohn. — Las ventajas de la dificultad y de la adversidad. — Lyndhurst, D'Alembert, Carissimi, Reynolds, y Enrique Clay, sobre la perseverancia. — Curran; la pobreza honrada. — Luchas con las dificultades : Alejandro Murray, Guillermo Chambers, Cobett. — El albañil francés convertido en profesor. — Sir Samuel Romilly educándose á sí mismo. — Perseverancia de Juan Leyden. — El profesor Lee : su perseverancia y sus dotes como lingüista. — Estudiantes tardíos : Spelman, Franklin, Dryden, Scott, Boccaccio, Arnold, y otros. — Ignorantes ilustres : los generales Grant, Stonewall Jacksón, Juan Howard, Davy, y otros. — Historia de un ignorante. — El éxito depende de la perseverancia 277

CAPÍTULO XII

EL EJEMPLO. — LOS MODELOS

El ejemplo es instructor poderoso. — Influencia de la conducta. — El ejemplo de los padres. — Todos los actos tienen su séquito de consecuencias. — Disraeli, sobre Cobden. — Palabras de Babbage. — Responsabilidad humana. — Cada uno debe un buen ejemplo á sus semejantes. — Obrar y no hablar. — La señora Chisholm. — Doctor Guthrie y Juan Pounds. — Buenos modelos de conducta. — La compañía de los mejores. — Idea

de F. Horner sobre el intercurso personal. — El marqués de Dandsowne y Malesherbes. — Fowell, Buxton, y la familia Gurney. — Influencia personal de Juan Sterling. — Influencia que ejerce el genio artístico sobre otros. — El ejemplo de los valientes es una inspiración para los tímidos. — La biografía sirve para formar elevados modelos del carácter. — Personas influidas por la biografía. — Romilly, Franklin, Drew, Alfieri, Loyola, Wolff, Horner, Reynolds. — Ejemplos de jovialidad. — Influencia del doctor Arnold sobre los demás. — Carrera de sir Juan Sinclair.................................... 318

CAPÍTULO XIII

EL CARÁCTER. — EL VERDADERO CABALLERO

El carácter es la mejor propiedad de un hombre. — Carácter de Francisco Horner. — Franklin. — El carácter es poder. — Las cualidades más elevadas del carácter. — Reglas de conducta de lord Erskine. — Es necesario un dechado elevado de la vida. — Veracidad. — Carácter de Peel, por Wéllington. — Sed lo que aparentáis ser. — Integridad y honradez de acción. — Importancia de los hábitos. — Los hábitos constituyen el carácter. — Desarrollo del carácter en la juventud. — Palabras de Robertsón, de Brightón. — Maneras y principios morales. — Cortesía y bondad. — Anécdota de Albernethy. — Verdadera política. — Los hombres magnánimos no pertenecen exclusivamente á un rango. — Guillermo y Carlos Grant, los « Hermanos Cheeryble. » — El verdadero caballero. — Lord Eduardo Fitzgerald. — Honor, probidad, rectitud. — El caballero no puede ser sobornado. — Anécdotas de Hanway, Wéllington. — Wellesley y sir C. Napier. — El pobre en dinero puede ser rico en talento. — Un noble campesino. — Intrepidez de los boteros de Deal. — Anécdotas del emperador de Austria y de dos marineros ingleses. — La veracidad hace el éxito del caballero. — El valor y la gallardía. — Caballeros en la India. — Outram, Enrique Lawrence. — Lord Clyde. — Los soldados rasos en Agra. — El naufragio del *Birkenhead*. — Uso del poder es la piedra del caballero. — Sir Ralph Abercoombie. — El carácter de sir Francisco Drake, por Fuller............. 338



¡AYÚDATE!

CAPÍTULO PRIMERO

AYUDA PROPIA — NACIONAL É INDIVIDUAL.

> El valor de un Estado, no es otra cosa mas que el valor de los individuos que le componen. — J. S. MILL. (1)
>
> Ponemos demasiada confianza en los sistemas, y muy poco cuidado en los hombres. — B. DISRAELI. (2)

Que el cielo ayuda á aquellos que se ayudan es una máxima bien probada, y que encierra en pequeños límites el resultado de una inmensa experiencia humana. El espíritu de la ayuda propia es la raíz de toda verdadera mejora en el individuo, y, manifestado en la vida de muchos, constituye el verdadero origen de la energía y de la fortaleza nacional. La ayuda de fuera es á veces enervadora en sus efectos, pero la ayuda de adentro vigoriza invariablemente. Cualquier cosa que se haga *para* los hombres ó las clases, quita hasta cierto punto el estímulo y la necesidad de hacerlo *para* sí mismo; y donde los hombres se hallan sometidos á una dirección y á un gobierno excesivos, resulta la tendencia inevitable de hacerlos comparativamente desvalidos.

Ni aun las mejores instituciones pueden dar á un hombre una ayuda activa. Quizá lo más que pueden hacer es dejarle libre para

(1) *The worth of a State, in the long run, is the worth of the individuals composing it.* — J. S. MILL.

(2) *We put too much faith in systems, and look too little to men.* — B. DISRAELI.

desarrollarse y mejorar su condición individual. Pero en todo tiempo se han sentido los hombres inclinados á creer que su felicidad y bienestar debieran ser asegurados por medio de las instituciones más bien que por su misma conducta. De aquí proviene que el valor de la legislación, como agente del progreso humano, haya sido generalmente estimado con exceso. El hecho de constituír la millonésima parte de una legislatura al votar por uno ó dos hombres una vez en tres ó en cinco años, por concienzudamente que haya sido llenado este deber, poca influencia activa puede ejercer sobre la vida y el carácter de cualquier hombre. Además, cada día se está comprendiendo más claramente que la función del gobierno es negativa y restrictiva, más bien que positiva y activa; reduciéndose principalmente á la protección; protección de la vida, ó de la libertad, y de la propiedad. Las leyes, sabiamente administradas, darán seguridad á los hombres en el goce de los productos de su trabajo, ya sean intelectuales ó manuales, por un sacrificio personal relativamente pequeño; pero ninguna ley, por conminatoria que sea, podrá hacer laborioso al holgazán, previsor al pródigo, ó sobrio al ebrio. Semejantes reformas sólo pueden ser efectuadas por medio de la acción individual, la economía, y la abnegación; por hábitos mejores, más bien que por grandes derechos.

Se ve comunmente que el gobierno mismo de una nación no es más que el reflejo de los individuos que la componen. El gobierno que está más elevado que su pueblo será inevitablemente arrastrado hasta su nivel, lo mismo que el Gobierno que esté más bajo que él, será al fin elevado. En orden de la naturaleza misma, es seguro que el carácter colectivo de una nación, encontrará tan ciertamente las consecuencias que le convienen en su ley y en su gobierno, como el agua encuentra su propio nivel. El pueblo noble será gobernado noblemente, y el ignorante y corrompido lo será innoblemente. Es cierto que la experiencia de todos los tiempos sirve para demostrar que el mérito y el poder de un Estado proceden mucho menos de la forma de sus instituciones que del carácter de sus hombres. Porque la nación es solamente un conjunto de condiciones individuales, y la civilización misma no es más que una cuestión de mejora personal de los hombres, de las mujeres, y de los niños, que constituyen la sociedad.

El progreso nacional es la suma de la laboriosidad individual

de la energía, y de la rectitud, como la decadencia nacional, lo es de la indolencia individual, del egoísmo, y del vicio. Lo que estamos acostumbrados á censurar como grandes males sociales, se verá que en su mayor parte no es más que el producto de la vida pervertida del hombre mismo, y aunque nos esforcemos por cortarlos y extirparlos por medio de leyes, sólo conseguiremos que broten de nuevo con mayor vigor en otra forma cualquiera, á no ser que se mejoren radicalmente las condiciones de la vida personal y el carácter. Si esta apreciación es correcta, se deduce que el patriotismo y la filantropía más elevados, consisten no tanto en el cambio de las leyes y la modificación de las instituciones, como en ayudar y estimular á los hombres para que se eleven y mejoren por medio de su propia acción libre é independiente.

Podrá ser de consecuencias comparativamente pequeñas el modo como un hombre sea gobernado desde fuera, mientras que todo depende de como se gobierna á sí mismo en lo interior. No es el mayor esclavo aquel que está dominado por un déspota, por grande que sea ese mal, sino aquel que sirve de juguete á su propia ignorancia moral, al egoísmo, y al vicio. Las naciones que están esclavizadas de ese modo en su verdadero carácter, no pueden ser libertadas por el mero cambio de amos ó de instituciones; y mientras prevalezca el engaño de que la libertad solamente depende y consiste en el gobierno, tendrán resultados tan limitados y tan poco duraderos esos cambios, cueste lo que costare para ser efectuados, como la mudanza de las figuras en una fantasmagoría. Los cimientos sólidos de la libertad deben descansar sobre el carácter individual, que también es la única garantía segura en favor de la seguridad social y del progreso nacional. Juan Stuart Mill observa con mucha justicia que *hasta el mismo despotismo no produce sus peores efectos mientras se sostenga la individualidad bajo su poder; y todo lo que sojuzga por completo á la individualidad* es *despotismo, sea cual fuere el nombre que se le de.*

Aparecen constantemente antiguos sofismas con respecto del progreso humano. Algunos piden Césares, otros nacionalidades, y otros leyes. Tendremos que esperar á los Césares, y cuando sean hallados, *feliz el pueblo que los reconoce y los sigue* (1). —

(1) *Vida de Julio César*, por Napoleón III.

Esta doctrina significa brevemente, todo *para* el pueblo, nada *por* él; doctrina que si se toma como guía, tiene que allanar rápidamente el camino hacia cualquier despotismo, al destruir la libre conciencia de la comunidad. El cesarismo es la idolatría humana en su peor forma, una adoración del mero poder, tan degradante en sus efectos como lo sería la adoración de la mera riqueza. Una doctrina mucho más saludable y que debiera ser inculcada en las naciones, sería la de la *ayuda propia*, y tan luego como sea perfectamente comprendida y puesta en acción, dejará de existir el cesarismo. Los dos principios son diametralmente opuestos, y lo que Víctor Hugo dijo de la pluma y la espada, se puede aplicar igualmente á ambos : *Esta matará á aquella.*

El poder de las nacionalidades y las leyes de los parlamentos es también una superstición predominante. Lo que dijo Guillermo Dargan, uno de los pàtriotas irlandeses más verdaderos, al cerrarse la primera Exposición Industrial de Dublín, puede muy bien ser transcrito ahora : « Á decir verdad, dijo, jamás he oído mencionar la palabra independencia sin que no se me vengan á la memoria mi país y mis compatricios. He oído mucho sobre la independencia que recibiríamos de éste, aquel, y el otro lugar, y de las grandes promesas que debíamos esperar que serían realizadas por personas de otros países, que vendrían entre nosotros. Mientras que aprecio tanto como cualquier hombre las grandes ventajas que nos deben resultar de esa comunicación, siempre he sido profundamente impresionado por el sentimiento de que nuestra independencia industrial depende de nosotros mismos. Creo que con la sencilla laboriosidad, y la cuidadosa conducta arreglada en la utilización de nuestras fuerzas, nunca hemos tenido una oportunidad mejor ni un programa más brillante que en el presente. Hemos dado un paso, pero la perseverancia es el gran agente del éxito, y si solamente continuamos con pasión y celo, creo con toda mi conciencia que en un corto período llegaremos á una posición de igual bienestar, de igual felicidad, y de igual independencia, que la de cualquier otro pueblo. »

Todas las naciones han llegado á ser lo que son hoy día por el esfuerzo de muchas generaciones de hombres pensadores y laboriosos. Los pacientes y perseverantes trabajadores de todas las clases y condiciones de la vida, los cultivadores de la tierra, y

los escudriñadores de las minas, los inventores y exploradores, los fabricantes, los mecánicos y los artesanos, los poetas, los filósofos y los políticos, todos han contribuído al gran resultado, construyendo una generación sobre la labor de la otra, y adelantándola á grados aún más elevados. Esta constante sucesión de nobles obreros — que son los artesanos de la civilización — ha servido para crear el orden sacándolo del caos, en la industria, la ciencia y el arte; y la raza existente ha llegado á ser por eso, en el curso de la naturaleza, heredera del rico legado formado por la habilidad y el trabajo de nuestros antecesores, que nos es entregado para utilizarlo y traspasarlo á nuestros sucesores, no solamente sin disminución, sino mejorado.

El espíritu de la *ayuda propia*, tal como se halla manifestado en la enérgica acción de los individuos, ha sido en todo tiempo un rasgo saliente del carácter inglés, y proporciona la verdadera medida de nuestro poder como nación. Elevándose sobre las cabezas del conjunto, siempre se ha encontrado una serie de individuos distinguidos sobre los demás, que visiblemente se hacían merecedores del respeto público. Pero nuestro progreso se debe también á multitud de hombres más pequeños y menos conocidos. Aunque sólo los nombres de los generales sean recordados en la historia de cualquier campaña grande, sólo se han ganado las victorias gracias, en gran parte, al valor individual y al heroísmo de los soldados. Y la vida también, es *una batalla de soldado;* entre los más grandes trabajadores siempre se han hallado hombres pertenecientes á las filas. Muchas son las vidas no escritas de hombres que sin embargo han cooperado tan poderosamente á la civilización y al progreso como los más afortunados grandes cuyos nombres menciona la biografía. Hasta la persona más humilde, que se pone á la vista de sus semejantes como un ejemplo de laboriosidad, de sobriedad y de honradez cabal en sus propósitos en la vida, ejerce una influencia, tanto presente como futura, en el bienestar de su país; porque su vida y su carácter pasan inconscientemente á la vida de otros, y propagan el buen ejemplo para todo tiempo futuro.

La experiencia diaria demuestra que el individualismo enérgico es lo que produce los efectos más poderosos sobre la vida y la acción de los demás, y lo que constituye realmente la mejor educación práctica. Las escuelas, las academias y los colegios, sólo dan los meros elementos de la cultura en comparación de

ésta. Muchísimo más influyente es la educación de la vida diaria que se da en nuestros hogares domésticos, en las calles, detrás del mostrador, en los talleres, en los telares, en el campo, en los escritorios, en las fábricas y en los activos quehaceres de los hombres. Esta es la instrucción que nos da la última mano como individuos de la sociedad, y que Schiller designaba como *la educación de la raza humana*, que consiste en la acción, la conducta, la cultura propia, el dominio sobre sí mismo — todo aquello que tiende á disciplinar verdaderamente á un hombre, y á adaptarlo para el debido cumplimiento de los deberes y asuntos de la vida, — una especie de educación que no se aprende en los libros, ni se adquiere con ninguna cantidad de mera enseñanza literaria. Observa Bacon con el acostumbrado peso de sus palabras, que: *Los estudios no enseñan su mismo uso; pero que es sabiduría lo que se gana con la observación sin ellos, y por encima de ellos;* observación que conviene á la vida actual, tanto como al cultivo mismo de la inteligencia. Porque toda experiencia sirve para ilustrar y dar fuerza á la lección de que, un hombre se perfecciona por el trabajo más bien que por la lectura, que aquella que tiende perpétuamente á renovar el género humano, es más bien la vida y no la literatura, la acción más bien que el estudio, y el carácter más bien que la biografía.

Con todo, las biografías de hombres, pero especialmente la de los hombres de bien, son lo más instructivo y útil como auxiliares, guías, y estímulo para los demás. Algunas de las mejores casi equivalen á evangelios, pues enseñan un modo de vivir noble, una manera de pensar elevada, y una acción enérgica para su propio bien y el de los demás. Los preciosos ejemplos que ofrecen del poder de la *Ayuda propia*, del propósito paciente, la labor constante, y la integridad inmutable, influyendo en la formación del carácter verdaderamente noble y viril, muestran en un languaje inequívoco, lo que cada uno puedo realizar por sí mismo, por estar en sus facultades poderlo hacer; é ilustra elocuentemente la eficacia del respeto propio y la confianza en sí mismo, que pone hasta á los hombres de la más humilde posición en estado de labrarse una honrosa y holgada posición de fortuna y una reputación sólida.

Los grandes hombres de la ciencia, la literatura, y el arte — apóstoles de las grandes ideas y señores de los grandes corazones — no han pertenecido exclusivamente á una sola clase so-

cial. Han salido igualmente de los colegios, los talleres y alquerías, de las chozas de los pobres y de los palacios de los ricos. Algunos de los más grandes apóstoles de Dios han salido de *las filas*. Algunas veces han sido ocupados los puestos más elevados por los más pobres, y las dificultades aparentemente más insuperables no han sido obstáculos para su camino. En muchos casos esas mismas dificultades, hasta parecen haber sido sus mejores auxiliares, despertando sus fuerzas de labor y de resistencia, y estimulando á obrar á facultades qne de otro modo hubieran quedado aletargadas. Los casos de obstáculos vencidos así, y de triunfos llevados á cabo de ese modo, son en verdad tan numerosos, que casi comprueban por completo el proverbio de que *con voluntad se realiza lo que se quiere*. Ved, por ejemplo, el hecho notable de haber salido de una barbería Jeremías Taylor, el más poético de los teólogos; sir Ricardo Arkwright, el inventor de las máquinas de hilar y de la manufactura del agodón; lord Tenterden, uno de los más distinguidos presidentes del tribunal supremo de Inglaterra; y Turner, el mejor de los de paisajistas ingleses.

Nadie sabe de una manera positiva lo que era Shakspeare, pero es incuestionable. que procedía de humilde posición. Su padre era carnicero y ganadero; y se cree que el mismo Shakspeare fué cardador en sus primeros años; mientras que otros aseveran que fué subpreceptor de una escuela, y después escribiente de un notario. En realidad parece haber *sido el epítome de toda la humanidad*. Porque tal es la exactitud de sus términos marinos que un escritor naval sostiene que ha debido ser marino; mientras que un sacerdote infiere de la prueba que se deduce de sus escritos, que ha debido ser escribiente de algún clérigo, y un distinguido juez en materia de caballos insiste en qne ha debido ser chalán. Shakspeare fué ciertamente actor, y en el transcurso de su vida *representó muchos papeles*, recogiendo su maravilloso cúmulo de saber de un vasto campo de experiencia y de observación. De todos modos, debió ser aplicadísimo hombre de estudio y trabajador incansable. Hoy mismo continúan ejerciendo sus escritos una poderosa influencia en la formación del carácter inglés.

La clase común de los jornaleros nos ha dado á Brindley, el ingeniero; Cook, el navegante; y Burns, el poeta. Los albañiles pueden jactarse de haber producido á Ben Jonson, quien trabajó

en la construcción de Lincoln's Inn con una paleta en la mano y un libro en el bolsillo; Edwards y Telford, ingenieros; Hugo Miller, el geólogo; y Allan Cunningham, el escritor y escultor; mientras que entre los carpinteros distinguidos encontramos los nombres de Íñigo Jones, el arquitecto; Harrison, el fabricante de cronómetros; Juan Hunter, el fisiólogo; Romney y Opie, pintores; el profesor Lee, orientalista, y Juan Gibson, escultor.

De la clase de tejedores han salido Simson, el matemático; Bacon, el escultor; los dos Milners, Adam Walker, Juan Foster, Wilson, el ornitólogo; el doctor Livingstone, viajero y misionero, y Tannahill, el poeta. Los zapateros nos han dado á sir Cloudesley Shovel, el gran almirante; Sturgeon, el electricista; á Samuel Drew, autor de ensayos; Gifford, redactor de la « Quarterly Review »; Bloomfield, el poeta, y Guillermo Carey, el misionero; mientras que Morrison, otro misionero laborioso, era fabricante de hormas de botines. Ultimamente ha sido descubierto un profundo naturalista en la persona de un zapatero de Bauff, llamado Tomás Edwards, quien, ganandose la subsistencia con su oficio, ha dedicado sus horas de ocio al estudio de las ciencias naturales en todas sus ramas, habiendo sido premiadas sus investigaciones sobre los pequeños crustáceos con el descubrimiento de una nueva especie, á la que se le ha dado por los naturalistas el nombre de *Praniza Edwardsü.*

Tampoco han dejado de distinguirse los sastres. Juan Stow, el historiador, trabajó en el oficio durante algún tiempo de su vida. Jackson, el pintor, hacía trajes hasta llegar á la edad viril. El bravo sir Juan Hawkswood, que se distinguió tanto en Poitiers, y fué armado caballero por Eduardo III, como premio de su valor, fué, en sus primeros años, aprendiz de un sastre de Londres. El almirante Hobson, que rompió la cadena que cerraba el puerto de Vigo en 1702, pertenecía al mismo gremio. Se hallaba trabajando como aprendiz de sastre en las inmediaciones de Bonchurch, en la isla de Wight, cuando corrió por la aldea la noticia de que una escuadra de buques de guerra se iba á dar á la vela. Saltó del mostrador, y corrió con sus camaradas para admirar el hermoso espectáculo. Sintióse de pronto inflamado el muchacho por el deseo de ser marino; y saltando á un bote, remó hasta la escuadra, llegó hasta el buque del almirante, y fué aceptado como voluntario. Algunos años después, regresó á su aldea natal colmado de honores, y comió un

plato de huevos y tocino en la casucha en que había trabajado como aprendiz. Pero el sastre más notable de todos es sin dispata Andrés Johnson, actual presidente de los Estados Unidos, hombre de una fuerza de carácter extraordinaria, y de vigorosa inteligencia. En su gran discurso, en Washington, cuando refería que había principiado su carrera política como regidor, y había recorrido todos los grados de la legislatura, uno de los concurrentes dijo en alta voz : *Principiando desde sastre.* Fué característico en Johnson tomar á buenas lo que se le decía como un sarcasmo, y hasta hacerle exclamar : — « Un señor dice que he sido sastre. Esto no me desconcierta en lo más mínimo; porque cuando yo era sastre tenía la reputación de serlo bueno, y hacer los trajes á la medida; siempre fuí exacto con mis parroquianos, y siempre les hice buen trabajo. »

El cardenal Wolsey, De Foe, Akenside, y Kirke White eran hijos de carniceros; Bunyan era latonero, y José Lancaster hacía cestos. Entre los grandes nombres identificados con la invención de las locomotoras se encuentran los de Newcomen, Watt, y Stephenson, herrero el primero, fabricante de instrumentos matemáticos el segundo, y el tercero fogonero de máquinas de vapor. El predicador Huntingdon fué acarreador de carbón, y Bewick, el padre del grabado sobre madera, era minero de carbón. Dodsley era lacayo, y Holcroft mozo de cuadra. El navegante Baffin principió su carrera marítima en calidad de grumete, y sir Cloudesley Shovel como mozo de cámara. Herschell tocaba el oboe en una banda militar. Chantrey era jornalero tallista; Etty, cajista de una imprenta, y sir Tomás Lawrence era hijo de un tabernero. Miguel Faraday, hijo de un herrero, fué en su primera juventud aprendiz de un encuadernador, y trabajó en ese oficio hasta la edad de veinte y dos años; ahora ocupa el primer lugar como filósofo, sobresaliendo sobre su mismo maestro, sir Humphry Davy, en el arte de exponer claramente los puntos más difíciles y abstrusos en las ciencias naturales.

Entre los que han dado mayor impulso á la sublime ciencia de la astronomía, encontramos á Copérnico, hijo de un panadero polaco; Kepler, hijo de un tabernero alemán, y *garçon de cabaret*; (1) d'Alembert, un expósito encontrado una noche de invierno sobre las gradas de la iglesia de Saint-Jean le Rond de

(1) Mozo de taberna.

Paris, y criado por la mujer de un vidriero; y Newton y Laplace, el uno, hijo de un pequeño arrendatario de las inmediaciones de Grantham, el otro hijo de un pobre campesino de Beaumont-en-Auge, cerca de Honfleur. Á pesar de las contrariedades relativamente adversas de sus primeros años, alcanzaron estos hombres distinguidos una reputación duradera por medio del empleo de su genio, que ninguna riqueza del mundo podía haber comprado. Quizá la posesión de riquezas hubiera sido un obstáculo mayor que los humildes medios en que habían nacido. El padre de Lagrange, el astrónomo y célebre matemático, ocupaba el empleo de tesorero de guerra en Turín; pero habiéndose arruinado en ciertas especulaciones, quedó su familia comparativamente, en la pobreza. Posteriormente atribuía Lagrange deber en parte á ésta circunsiancia su fama y su felicidad. — *Si hubiera sido rico*, — decía — *probablemente no me habría hecho matemático*.

Los hijos de sacerdotes y teólogos, generalmente se han distinguido sobre todo en la historia de nuestro país. Entre ellos encontramos los nombres de Drake y Nelson, celebrados por el heroísmo naval; de Wollaston, Young, Playfair, y Bell, ilustres en la ciencia; de Wren, Reynolds, Wilson, y Wilkie, en las artes; de Turlow y Champbell, en las leyes; y de Addison, Thompson, Goldsmith, Coleridge, y Tennyson, en la literatura. Lord Hardinge, el coronel Edwardes, y el mayor Hodson, tan honrosamente conocidos en las guerras de la India, eran también hijos de sacerdotes. En verdad, el imperio de Inglaterra en la India fué conquistado y conservado principalmente por hombres de la clase media, tales como Clive, Warren Hastings, y sus sucesores; hombres creados en su mayor parte en las factorías y educados en el hábito de los negocios.

Entre los hijos de abogados encontramos á Edmundo Burke, Smeaton, el ingeniero; Scott y Wordsworth, y los lores Somers, Hardwick, y Dunning. Sir Guillermo Blakstone era hijo póstumo de un mercader de sederías. El padre de lord Gifford era almacenero en Dover; el de lord Denham, médico; el del juez Talfourd, cervecero en el campo; y el de lord Presidente, barón Pollock, un afamado talabartero en Charing Cross. Layard, el descubridor de los monumentos de Nínive, era amanuense en la oficina de un escribano de Londres; y sir Guillermo Armstrong, inventor de la maquinaria hidráulica y del cañón Armstrong,

también estudió leyes y ejerció algún tiempo como abogado. Milton era hijo de un notario de Londres; y Pope y Southey de fabricantes de lienzos. El profesor Wilson era hijo de un manufacturero de Paisley, y lord Macauley de un comerciante de África. Heats era droguero, y sir Humphry Davy aprendiz de boticario en un pueblo del campo. Hablando de sí mismo, dijo una vez Davy : — *Lo que soy me lo debo á mí, digo esto sin vanidad y con toda ingenuidad y pureza.* Ricardo Owen, el Newtón de la historia natural, principió su carrera como guardamarina, y no se dedicó á las investigaciones científicas, en que más tarde tanto se ha distinguido, sino ya muy entrado en la vida. Puso los cimientos de su gran saber mientras se hallaba ocupado en hacer el catálogo del magnífico museo reunido por la laboriosidad de Juan Hunter, trabajo que le tuvo ocupado en el colegio de cirujanos durante un período de diez años.

La biografía extranjera, no menos que la inglesa, abunda en ejemplos de hombres que han glorificado la suerte de la pobreza con sus trabajos y su genio. En el arte encontramos á Claude, hijo de un pastelero; Geefs, de un panadero, Leopoldo Robert, de un relojero; Haydn, de un fabricante de carros, y Daguerre era pintor escenógrafo en la ópera. El padre de Gregorio VII, era carpintero; el de Sixto V, pastor, y el de Adriano VI, un pobre barquero. Siendo muchacho Adriano, y no pudiendo pagar una vela con cuya luz pudiera estudiar, tenía la costumbre de preparar sus lecciones á la luz de los faroles en las calles y atrios de las iglesias, poniendo de manifiesto una paciencia y una laboriosidad tales, que fueron los seguros precursores de su distinción futura. De igual origen humilde era Hauy, el mineralogista, hijo de un tejedor de Saint-Just; Hautefeuille, el mecánico, de un panadero de Orleans; José Fourier, el matemático, de un sastre de Auxerre, Durand, el arquitecto, de un zapatero de París; y Gesner, el naturalista, de un curtidor de pieles, en Zurich. Este último principió su carrera en medio de todas las desventajas consiguientes á la pobreza, enfermedad, y miserias domésticas; ninguna de las cuales, sin embargo, fué suficiente para entibiar su valor ó impedir su adelanto. Su vida fué realmente un ejemplo eminente como ilustración de la verdad del dicho, de que aquellos que más tienen que hacer y están dispuestos á trabajar, son los que hallan más tiempo. Pedro Ramus era otro hombre del mismo carácter. Hijo de padres pobres

nacido en Picardía, cuando muchacho estaba ocupado en cuidar ovejas. Pero no gustándole la ocupación huyó á París. Después de haber sufrido muchas miserias, consiguió entrar en el colegio de Navarra como sirviente. La colocación le abrió el camino del estudio. y pronto llegó á ser uno de los hombres más distinguidos de su tiempo.

El químico Vauquelin era hijo de un campesino de Saint-André-d'Herbetot, del Calvados. Cuando pequeño acudía á la escuela, y aunque pobremente vestido, tenía mucha inteligencia; y el maestro que le enseñó á leer y escribir, acostumbraba decir cuando le alababa por su aplicación : « ¡Continúa, trabaja, estudia, Colin, y algún día andarás vestido tan bien como el mayordomo de la parroquia! » Un boticario del campo que visitó la escuela admiró los robustos brazos del muchacho y le ofreció ponerlo en su laboratorio para que machacara sus drogas, á lo cual consintió Vauquelin, con la esperanza de poder continuar en sus lecciones. Pero el boticario no le quiso permitir que empleara ningún momento de su tiempo. en estudiar, y al saber esto el joven, resolvió en el acto abandonar su servicio. Por lo tanto, dejó á Saint-André y tomó el camino de París con su mochila á la espalda. Una vez llegado allí buscó un empleo en una botica, pero no pudo hallarlo. Extenuado por el cansancio y por las privaciones, enfermó Vauquelin, y en ese estado fué llevado á un hospital, donde creyó morir. Pero estaban reservadas mejores cosas al pobre muchacho. Curó, y volvió á buscar colocación, que encontró por fin en casa de un boticario. Poco después, le conoció el eminente químico Fourcroy el cual gustó tando del muchacho que lo hizo su secretario privado; y muchos años después, cuando acaeció la muerte de ese gran filósofo, Vauquelin ocupó su puesto como profesor de química. Finalmente, en 1829, le nombraron los electores del distrito de Calvados representante en la cámara de diputados, y volvió á á hacer su entrada triunfal en su aldea que había dejado hacía muchos años, tan pobre y tan obscuro.

Inglaterra no puede presentar ejemplos parecidos de ascensos desde las filas del ejército hasta los más elevados puestos, como los que han sido tan comunes en Francia desde la primera revolución. *La carrière ouverte aux talents* ha recibido allí muchas y sorprendentes ilustraciones, que sin duda alguna tendríamos entre nosotros si el camino de los ascensos lo tuviéramos

igualmente abierto. Hoche, Humbert, y Pichegru principiaron sus respectivas carreras como soldados rasos. Mientras Hoche estuvo en el ejército del rey, tenía la costumbre de bordar chalecos para ganar dinero con el cual compraba libros de ciencia militar. Humbert era payaso cuando joven; á los diez y seis años huyó de su casa, y fué sucesivamente sirviente de un negociante en Nancy, obrero en Lyón, y vendedor de pieles de conejo. En 1792 se enganchó como voluntario; al año era general de brigada. Kleber, Lefevre, Suchet, Victor, Lannes, Soult, Massena, Saint-Cyr, D'Erlon, Murat, Augereau, Bessières, y Ney, salieron de las filas. En algunos casos fueron rápidos los ascensos, en otros no. Saint-Cyr, hijo de un curtidor de Toul, principió la vida activa como actor; después de esto ingresó en los cazadores, y en un año ascendió á capitán. Victor, duque de Bellune, ingresó en el artillería en 1781 : durante los acontecimientos que precedieron á la Revolución, fué dado de baja; pero en cuanto estalló la guerra reenganchó, y en el transcurso de unos cuantos meses le aseguraron su intrepidez y habilidad su ascenso á ayudante mayor y comandante. Murat, *le beau sabreur*, era hijo de un hostelero de Perigord, donde se ocupaba en cuidar los caballos. Ingresó primero en un regimiento de cazadores del que fué dado de baja por insubordinación; pero volviendo á engancharse, ascendió pronto á coronel. Ney á los diez y ocho años ingresó en un regimiento de húsares, y avanzó grado por grado; Kleber dió pronto á conocer sus méritos, llamáronle *el infatigable*, y ascendió á ayudante mayor cuando sólo tenía veinte y cinco años. Por otra parte, vemos á Soult, (1) quien estuvo seis años después de haber sentado plaza antes de llegar á ser sargento. Pero el ascenso de Soult fué rápido comparado con el de Massena, quien sirvió catorce años antes que obtuviera su nombramiento de sargento; y aunque después ascendió sucesivamente, escalón tras escalón, hasta los grados de coronel, general de división, y mariscal, declaró que el puesto de sargento fué, entre todos, el grado que más trabajo le había costado de ganar. Ascensos por el mismo estilo, salidos

(1) Soult había recibido muy poca educación en su juventud, y no aprendió geografía sino cuando llegó á ser ministro de relaciones exteriores de Francia, cuando, según se refiere, le proporcionó el mayor placer esta rama del saber humano. — *Œuvres, etc.*, D'ALEXIS DE TOCQUEVILLE. Par G. de Beaumont. (Paris, 1861), I. 52.

de las filas en el ejército francés, han continuado dándose hasta nuestros días. Changarnier entró en 1815 como soldado en la guardia real. El mariscal Bugeand sirvió cuatro años en las filas, después de lo cual fué ascendido á oficial. El mariscal Randón, que ha sido ministro de la guerra, principió su carrera como tambor, y en su retrato, que está en la galería de Versalles, descansa su mano sobre un tambor, habiendo sido pintado así á ruego suyo. Casos como estos inspiran á los soldados franceses entusiasmo por su servicio, por que cada soldado entiende que *quizá lleva el bastón de mariscal en su mochila.* (1)

Los ejemplos de hombres que, en este país y en otros, y debido al poder de aplicación y energía perseverante, se han elevado desde las filas más humildes del trabajo, hasta posiciones eminentes de utilidad é influencia en la sociedad, son en realidad tan numerosos que ya hace mucho tiempo que han cesado de ser tenidos como excepcionales.

Fijándose uno en algunos de los más notables, casi podría decirse que el haber tropezado al principio con dificultades y circunstancias adversas, ha sido la necesaria é indispensable condición para el éxito. La cámara de los comunes del Parlamento inglés ha contenido siempre un número considerable de esos hombres formados por sí mismos, verdaderos representantes del carácter industrial del pueblo; y es honroso para nuestra legislatura haber sido recibidos allí con felicitaciones de bienvenida. Cuando el finado José Brotherton, elegido en Solford, durante de la discusión del acta de las *diez horas* de trabajo, detallaba con gran elocuencia las penalidades y fatigas á que había estado sometido cuando trabajaba como mozo de factoría en una fábrica de algodón, y describía la resolución que entonces había formado, de que si alguna vez estaba en su poder se esforzaría en mejorar la condición de esa clase. Sir Jaime Graham, se levantó en seguida y declaró, en medio de los aplausos de la cámara, que sabía lo humilde que había sido el origen del señor Brotherton, pero que se consideraba más orgulloso de lo que jamás había estado antes, respecto de la cámara de los Comunes, al ver que una persona que se había elevado desde

(1) Frase célebre pronunciada por Napoleón I. (*Nota del traductor.*)

esa condición pudiera sentarse lado á lado, en condiciones iguales, con la nobleza hereditaria del país.

El finado señor Fox, diputado por Oldham, tenía la costumbre de dar como introducción á sus recuerdos de tiempos pasados, las palabras siguientes: — *cuando yo trabajaba como aprendiz tejedor en Norwich;* — y otros miembros del Parlamento, viven aún, cuyo origen ha sido igualmente humilde. El conocido propietario de buques, señor Lindsay, quien hasta hace poco era diputado por Sunderland, refirió una vez la sencilla historia de su vida á los electores de Weymouth, en contestación á un ataque hecho contra él por sus contrarios políticos. Había quedado huérfano á los catorce años, y cuando dejó á Glasgow por Liverpool para abrirse paso en la vida, no tenía con qué pagar el pasaje acostumbrado, y convino con el capitán del vapor en trabajar como pago de él, y lo hizo acomodando carbón en la carbonera. En Liverpool estuvo siete semanas antes de conseguir un empleo, en cuyo tiempo vivió en los cobertizos y apenas comía, hasta que por fin encontró abrigo á bordo de un navío de las Indias Occidentales. Entró como grumete, y antes de cumplir los diez y nueve años había ascendido hasta mandar un buque, debido á una constante buena conducta. Á los veintitres años se retiró del mar, y se estableció en tierra, desde cuyo momento fué rápido su adelanto: — « había prosperado — dijo — por su firme laboriosidad, su trabajo constante, y porque siempre había tenido en vista el gran principio de tratar á los otros como él deseaba ser tratado. »

La carrera del señor Guillermo Jackson, de Birkenland, actualmente miembro del Parlamento por North Derbyshire, tiene mucho parecido con la del señor Lindsay. Su padre, cirujano de Lancaster, murió dejando una familia de once hijos, de los cuales era el séptimo Guillermo Jackson. Los hermanos mayores habían sido bien educados mientras vivía el padre, pero á su muerte tuvieron los menores que mirar por sí mismos. Guillermo, no teniendo aún doce años, fué sacado de la escuela, y puesto en un trabajo duro á bordo de un buque, desde las seis de la mañana hasta las nueve de la noche. Habiendo enfermado su patrón, fué pasado el muchacho al escritorio, donde tenía más tiempo desocupado. Esto le dió oportunidad para leer, y habiendo obtenido acceso á una colección de la *Enciclopedia Británica*, leyó del todo los volúmenes desde la A hasta la Z,

parte durante el día, pero principalmente por la noche. Después se estableció en los negocios, fué activo, y tuvo éxito. Hoy navegan sus buques casi todos los mares, y mantiene relaciones comerciales en casi todos los países del globo.

Entre los hombres de esa misma clase puede colocarse al finado Ricardo Cobden, cuyo principio en la vida fué igualmente humilde. Hijo de un pequeño arrendatario de Midhurst en Sussex, fué enviado en temprana edad á Londres y empleado como mozo en un almacén de géneros en la City. Era activo, de buena conducta, y ansioso de conocimientos. Su patrón, hombre de la antigua escuela, le aconsejaba que no leyera mucho; pero el niño seguía su inclinación, acumulando en su espíritu la riqueza que hallaba en los libros. Fué ascendido de un puesto de confianza á otro y llegó á dependiente viajero de la casa, adquirió muchas relaciones, y al fin se estableció en el negocio de estampador de telas de algodón en Manchéster. Tomando interés en las cuestiones públicas, y muy especialmente en la educación popular, fijó su atención gradualmente hacia el asunto de las leyes sobre el trigo, á cuya revocación se puede decir que consagró su fortuna y su vida. Puede mencionarse como un hecho curioso, que su primer discurso, pronunciado en público, fué un fracaso completo. Pero tenía gran perseverancia, aplicación y energía; y con persistencia y ejercicio, llegó al fin á ser uno de los oradores públicos más persuasivos y eficaces, arrancando hasta el elogio desinteresado del mismo sir Roberto Peel. El ministro francés Drouyn de Lhuys ha dicho elocuentemente de Cobden que « era una prueba viva de lo que pueden realizar el mérito, la perseverancia, y el trabajo; uno de los ejemplos más perfectos de esos hombres que, salidos de las más humildes capas de la sociedad, se elevan á la más alta posición en la estimación pública por efecto de su propio mérito y servicios personales; finalmente, es uno de los más raros ejemplos de las sólidas cualidades inherentes al carácter inglés. »

En todos estos casos, lo que se pagó por la distinción fué una tenaz aplicación individual; habiendo sido puesta invariablemente fuera del alcance de la indolencia cualquiera preeminencia. La mano y la cabeza activas son las únicas que dan la riqueza en la cultura propia, en el adelanto del saber, y en los negocios. Hasta los hombres que han nacido con riquezas y elevada posición social, sólo pueden adquirir personalmente una

reputación sólida por medio de una aplicación enérgica; pues aunque una herencia de *acres* de tierra pueda ser legada, no lo puede ser una de conocimientos y de sabiduría. El hombre rico podrá pagar á otros para que hagan por él su trabajo, pero es imposible conseguir que su acción y efecto de pensar sea hecho por otro, como tampoco se puede comprar ninguna clase de cultura propia. En verdad, la opinión de que la preeminencia en cualquiera ocupación sólo puede alcanzarse por medio de una aplicación activa, es tan verdadera en el caso del hombre de fortuna como en el de Drew y Gifford, cuya única escuela fué una zapatería de viejo, ó de Hugo Miller, cuyo único colegio fué una cantera en Cromarty.

Es evidente que las riquezas y el bienestar no son necesarios para la más elevada cultura del hombre, pues de otro modo el mundo no debería tanto y en todas las épocas á aquellos que se han elevado desde las más humildes esferas. Una existencia cómoda y superabundante no arrastra á los hombres hacia el esfuerzo ó la lucha contra la dificultad; ni tampoco despierta esa conciencia íntima del poder, que es tan necesaria para la acción enérgica y eficaz en la vida. En verdad, lejos de ser la pobreza una desgracia, hasta se la puede convertir en bendición, por la *ayuda propia* vigorosa; animando al hombre para esa lucha con el mundo, en el cual, aunque algunos puedan comprar el bienestar con la degradación, encuentra fuerza, confianza y triunfo el hombre recto y de corazón. Dice Bacon : — « Parece que los hombres no conocen ni sus riquezas ni sus fuerzas : de las primeras creen mayores cosas de las que debieran; de las segundas mucho menos. La confianza en sí mismo y la abnegación enseñarán á un hombre á beber de su propia cisterna, á comer su propio pan sabroso, y á aprender y trabajar sinceramente para ganarse la vida, y á gastar con cuidado las buenas cosas que le han sido confiadas. »

La riqueza es una tentación tan grande para entregarse al ocio y á los goces á que los hombres se hallan tan inclinados por naturaleza, que es tanto mayor la gloria de aquellos, que, nacidos con grandes fortunas, toman sin embargo, una parte activa en la obra de su generación, de aquellos que *desdeñan las delicias y viven días de labor*. Cábeles la honra á las clases pudientes de este país, de no pertenecer á los ociosos, porque hacen su correspondiente parte de servicio del Estado, y fre-

cuentemente participan en la mayor parte de sus peligros. Fué una bella frase aquella que se refería á un oficial subalterno en las campañas de la Península, al verle andar fatigadamente por entre el lodo y el fango al lado de su regimiento : — *¡Ahí van* 15,000 *libras esterlinas de renta anual!* — y en nuestros días han sido testigos las heladas quebradas de Sebastopol y el ardiente suelo de la India, de una abnegación noble y de iguales pruebas por parte de nuestras clases más elevadas; muchos individuos valerosos y nobles, de rango y fortuna, han expuesto su vida ó la han perdido en uno ú otro de esos campos de acción, al servicio de su patria.

Ni tampoco han sido menos distinguidas las clases pudientes en las ocupaciones más pacíficas de la filosofía y de la ciencia. Tomad, por ejemplo, los grandes nombres de Bacon, padre de la filosofía moderna, de Worcester, Boyle, Cavendish, Talbot, y Rosse, en la ciencia. Este último puede ser considerado como el gran mecánico del cuerpo de los pares; hombre que, si no hubiera nacido par de Inglaterra, habría ocupado probablemente el más alto rango como inventor. Tan completo es su conocimiento como fundidor de metales, que se refiere haberle sido ofrecido con insistencia una vez por un manufacturero que ignoraba su rango, la dirección de un gran taller. El gran telescopio Rosse fabricado por él mismo, es ciertamente en su clase, el instrumento más extraordinario que hasta ahora haya sido construído.

Pero principalmente en política y en literatura es donde encontramos los trabajadores más enérgicos entre nuestras clases elevadas. El éxito en estas líneas de acción, como en todas las otras, sólo puede realizarse por medio de la laboriosidad, la práctica y el estudio; y el gran ministro, ó jefe de partido parlamentario, tiene que ser forzosamente uno de los más activos trabajadores. Tal era Palmerston; y así son Derby y Russell, Disraeli y Gladstone. Estos hombres no han tenido el beneficio de la ley de *las diez horas*, pero á menudo, durante las ocupadas sesiones del parlamento, trabajaban *doble tarea*, casi día y noche. Uno de los más ilustres de esos trabajadores en los tiempos modernos era incuestionablemente el difunto sir Roberto Peel. Poseía en grado extraordinario la facultad de un continuado trabajo intelectual. Su carrera, ciertamente, ha presentado ejemplo notable de cuanto puede llevar á cabo un hombre de facultades comparativamente moderadas, por medio de

una asidua aplicación é infatigable laboriosidad. Durante los cuarenta años que ocupó un asiento en el parlamento, fueron prodigiosos sus quehaceres. Era un hombre muy concienzudo, y todo lo que emprendía, lo ejecutaba escrupulosamente. Todos sus discursos son una prueba del cuidadoso estudio que hacía de cuanto se había dicho ó escrito sobre el asunto que se trataba. Era esmerado hasta el exceso; y no ahorraba trabajo alguno para adaptarse á las diversas capacidades de su auditorio. Poseía además, mucha sagacidad práctica, gran fuerza de propósito, y la facultad de dirigir los resultados de la acción con mano y mirada serenas. En un concepto sobrepujaba á la mayoría de los hombres : sus principios se ensanchaban y engrandecían con el tiempo; y la edad, en vez de estrechar y reducir su naturaleza, sólo servía para madurarla y sazonarla. Hasta el último momento continuó abierto su intelecto á la recepción de nuevas miras y objetivos, y, aunque muchos lo creían cauto hasta el extremo, no se dejó llevar á cualquiera clase de admiración del pasado, que es la perlesía de muchos espíritus educados de ese modo, y hacen que la ancianidad de muchos no sea más que una lástima.

La infatigable laboriosidad de lord Brougham se ha hecho casi proverbial. Sus trabajos públicos se han extendido sobre un periodo de más de sesenta años, durante los cuales ha recorrido muchos y variados campos : leyes, literatura, política, y ciencia, y en todos se ha distinguido. ¿Cómo lo ha logrado? eso fué para muchos un misterio. En una ocasión que le fué pedido á sir Samuel Romilly que se hiciera cargo de un trabajo nuevo, se disculpó diciendo que no tenía tiempo; — *pero,* — agregó — *id con ello á ver á Brougham; parece que tiene tiempo para todo.* El secreto de ésto era que, jamás dejaba un minuto desocupado; poseía además una constitución de hierro. Cuando hubo llegado á una edad en que la mayor parte de los hombres se retiran del mundo para disfrutar de su bien merecido ocio, quizá para dormitar en un sillón el tiempo de que disponen, principió y continuó lord Brougham una serie de investigaciones curiosas sobre las leyes de la luz, y sometió sus observaciones á los auditorios más científicos que podían presentar París y Londres. Al mismo tiempo daba á luz sus admirables bosquejos de *Los hombres científicos* y *literatos del reinado de Jorge III*, y tomaba parte activa en la cámara de los lores en todos los

asuntos sobre leyes y discusiones políticas. En una ocasión le recomendó Sidney Smith que sólo se limitara á ejecutar el trabajo que pudieran hacer tres hombres fuertes. Pero en Brougham era tal el amor al trabajo — que desde muy antes se había convertido en hábito — que ninguna cantidad de aplicación parece haber sido demasiada para él; y tal era su amor por sobresalir, que se ha dicho de él que si su condición social hubiera sido tan sólo la de un limpia botas, no habría quedado satisfecho nunca hasta haber llegado á ser el mejor limpia botas en Inglaterra.

Otro hombre laboriosísimo de la misma clase es sir E. Bulwer Lytton. Pocos escritores han hecho más, ó alcanzado mayor distinción en varias sendas, como novelista, poeta, dramaturgo, historiador, biógrafo, orador y político. Se abrió camino paso á paso, desdeñando el reposo, y animado por completo por el ardiente deseo de sobresalir. En la línea de mera laboriosidad, viven pocos escritores ingleses que hayan escrito tanto, y ninguno que haya producido tanto de verdadero mérito. La laboriosidad de Bulwer es tanto más digna de alabanza cuanto que ha sido completamente voluntaria. Ir á la caza y vivir reposadamente, frecuentar los clubs y gozar de la ópera, con la variante de hacer visitas en Londres y disfrutar de hermosos paisajes durante la *estación*, y en seguida marcharse á la casa de campo, con sus bien provistas despensas, y sus miles de placeres encantadores de fuera de la casa; viajar fuera del país, ir á París, Viena ó Roma, todo esto es excesivamente agradable para quien ama el placer y es hombre de fortuna, pero de ninguna manera será propio para hacer que emprenda voluntariamente un trabajo continuado. Con todo, estos placeres que estaban á su alcance, se los ha debido negar Bulwer, comparado con hombres nacidos en igual condición social, al tomar la posición y proseguir la carrera de escritor. Como Byron fué su primer ensayo la poesía (*Weeds and Wild Flowers*) y un fracaso. Su segundo fué una novela (*Falkland*), y también fracasó. Un hombre de menos temple habría abandonado la carrera de autor; pero Bulwer tenía ánimo y perseverancia; y continuó trabajando, resuelto á tener buen éxito. Fué incesantemente laborioso; leía muchísimo, y del fracaso subió valerosamente á un éxito brillante. *Pelham* salió un año después de *Falkland,* y el resto de la vida literaria de Bulwer, que ahora abraza un espacio de tiem-

po de más de treinta años, ha sido una continuación de triunfos.

Disraeli presenta un ejemplo igual del poder de la laboriosidad y la aplicación para formar una eminente carrera pública. Sus primeros pasos fueron como los de Bulwer, en la literatura; sólo alcanzó un éxito bueno después de repetidos fracasos. Su *Historia maravillosa de Alroy* y la *Epopeya Rovolucionaria* hicieron reír, y fueron considerados como señales de locura literaria. Pero continuó trabajando en otras direcciones, y su *Coningsby*, *Sibila* y *Tancredo*, probaron que no tenía mezcla el metal en que estaba fundido. Como orador, también fué un fracaso su aparición en la cámara de los comunes. Se habló de ello diciendo que *tenía más voccría que un entremés de Adelphi.* Á pesar de estar compuesto en un estilo grandioso y ambicioso, fué saludada cada sentencia con una *carcajada.* El *Hamlet*, representado como comedia, no sería nada á su lado. Pero el orador concluyó con una frase que encerraba una profecía. Agobiado por las risas con qne había sido recibida su estudiada elocuencia, exclamó: — *Repetidas veces he principiado muchas cosas, y al fin las he llevado debidamente á cabo. Ahora voy á sentarme, pero llegará día en que me oiréis.* El día llegó, y la manera cómo consiguió Disraeli atraer por fin la atención de la primera asamblea de caballeros del mundo, proporciona un ejemplo que llama la atención sobre lo que pueden la energía y la determinación; porque Disraeli ganó su posición con una laboriosidad paciente. No hizo lo que muchos jóvenes, que habiendo fracasado una vez se retiran desalentados, para lamentarse y lloriquear silenciosos en algún rincón, sino que se puso activamente á trabajar. Corrigió cuidadosamente sus faltas, estudió el carácter de su auditorio, practicó diligentemente el arte de perorar, y llenó su mente con los elementos del saber parlamentario. Trabajó con paciencia para obtener éxito, y éste llegó, pero con lentitud; después se rió *con él* la cámara, en vez de reirse *de él.* El recuerdo de su primer contratiempo fué olvidado, y por el asentimiento general se le consideró al fin como uno de los oradores parlamentarios más correctos y persuasivos.

Aunque se puede lograr mucho por medio de la laboriosidad y de la energía individual, como lo demuestran estos ejemplos y muchos otros relatados en las páginas siguientes, tiene que reconocerse al mismo tiempo que es de mucha importancia el ayuda que obtenemos de otros en la jornada de la vida. Ha dicho muy

bien el poeta Wordsworth, que *éstas dos cosas deben ir juntas, aunque parezcan contradictorias; la dependencia viril y la independencia viril, la confianza viril en los demás y la confianza viril en sí mismo.* Desde la infancia hasta la ancianidad, se hallan todos más ó menos obligados á los demás por la educación y la cultura; y los mejores y más fuertes son los que generalmente están más dispuestos á reconocer esa ayuda. Tomad, por ejemplo, un hombre de grande alcurnia porque su padre fué un distinguido par de Francia y su madre una nieta de Malesherbes. Gracias á la poderosa influencia de su familia fué nombrado juez auditor, en Versalles, cuando solo tenía veintiún años; pero sintiendo probablemente que no había ganado debidamente por el mérito su posición, resolvió renunciarla y deber á sí mismo el futuro adelanto en su vida. « Resolución necia », dirán algunos; pero Tocqueville la llevó adelante valerosamente. Renunció su nombramiento, é hizo sus arreglos para abandonar á Francia con el propósito de viajar por los Estados Unidos, cuyos resultados fueron publicados en su grande obra *La democracia en América.* Su amigo y compañero de viaje, Gustavo de Beaumont, ha descrito su infatigable laboriosidad en ese viaje. — « Su naturaleza, — dice — era del todo contraria á la ociosidad, y ya sea que estuviera viajando ó permaneciendo en un punto, siempre estaba trabajando su espíritu... La conversación más agradable con Alejo, era aquella que fuera más útil. El peor día era el que se perdía, ó el día mal empleado; la menor pérdida de tiempo le fastidiaba. » El mismo Tocqueville escribió á un amigo : « No hay momento en la vida en el cual pueda uno dejar completamente la acción; porque el esfuerzo dentro de uno mismo, y aun más, el de afuera, es igualmente necesario, aunque no tanto, cuando envejecemos, como nos lo es en la juventud. Comparo al hombre en este mundo á un viajero que camina sin cesar hacia una región cada vez más fría; cuando más alto va, tanto más rápido debe caminar. La gran enfermedad del alma es el frío. Y al resistir este formidable mal, necesita uno no tan sólo ser sostenido por la acción de un espíritu ocupado, sino también por el contacto de sus semejantes con los asuntos de la vida » (1).

Á pesar de las apreciaciones determinadas de Tocqueville con

(1) *Œuvres et Correspondance inédite* d'ALEXIS DE TOCQUEVILLE. Par Gustave de Beaumont, I, 398.

respecto de la necesidad de ejercitar la energía y la dependencia en sí mismo, nadie estaba más pronto que él para reconocer el valor de aquella ayuda y apoyo que todos los hombres deben á los demás en un grado mayor ó menor. Por eso reconocía á menudo con gratitud, sus obligaciones para con sus amigos Kergorlay y Stoffels ; al primero por su ayuda intelectual, y al segundo por su apoyo moral y su simpatía. Escribió á Kergorlay : « Tu alma es la única en que yo tengo confianza, y cuya influencia ejerce un efecto genuino sobre la mía. Muchos otros tienen influencia sobre los detalles de mis acciones, pero ninguno tiene tanta influencia como tú sobre el origen de las ideas fundamentales, y de aquellos principios que son la regla de conducta. » Tocqueville no estaba menos dispuesto à reconocer las grandes obligaciones que debía á su mujer, María, por preservarle de esa disposición y orden del espíritu, permitiéndole proseguir sus estudios con éxito. Creía que una mujer de ánimo esclarecido elevaba insensiblemente el carácter de su esposo, mientras que una de naturaleza baja, propendía con igual certeza á degradarle. (1)

En resumen, el carácter humano está modelado por mil influencias sutiles; por el ejemplo y por el precepto; por la vida y por la literatura; por los amigos y los vecinos; por la sociedad en que vivimos lo mismo que por las disposiciones de nuestros antepasados, cuyo legado de buenos consejos y ejemplos heredamos. Pero por grandes é incuestionables que sean estas influencias, sin embargo, es igualmente claro que los hombres tienen que ser agentes activos de su propio bienestar y prosperidad; y que, fuere cuanto fuese lo que el sabio y el bueno puedan deber á sus semejantes, tienen que ser ellos mismos sus mejores auxiliares dentro de la misma naturaleza de las cosas.

(1) « He visto, decía Tocqueville, cien veces en el transcurso de mi vida, exhibir á un hombre verdadera virtud pública, porque era apoyado en su carrera por una mujer, no tanto por aconsejarle en tales ó cuales actos, como por ejercer una influencia vigorizadora sobre la manera cómo debiera ser mirado el deber y aun la ambición. Mas frecuentemente, sin embargo, debo confesarlo, he visto cómo la vida privada y la pública han transformado gradualmente á un hombre á quien la naturaleza había dado generosidad, desinterés, y hasta alguna capacidad para la grandeza, en un ser ambicioso, bajo, vulgar y egoísta, quien en asuntos referentes á su país, concluía por mirarlos solamente hasta donde le servían para hacerle más holgada su situación particular. » —*Œuvres de* TOCQUEVILLE ; II. pág. 349.

CAPÍTULO II

CORIFEOS DE LA INDUSTRIA — INVENTORES Y PRODUCTORES.

El trabajo y la ciencia serán en adelante los dueños del mundo. — SALVANDY. (1)

Deducid todo lo que los hombres de las clases humildes han hecho por Inglaterra en materia de invenciones únicamente, y ved lo que sería de ella si no hubiera sido por ellos. — ARTURO HELPS. (2)

Uno de los rasgos más característicos del pueblo inglés es su espíritu industrial, que resalta de una manera prominente en su historia, y hoy es tan sorprendente como haya podido serlo en cualquiera época. Es éste espíritu, manifestado por la generalidad del pueblo inglés, lo que ha cimentado y construído la grandeza industrial del imperio. Este desarollo vigoroso de la nación ha sido principalmente el resultado de la libre resolución de los individuos, y ha sido logrado por el número de brazos é inteligencias empleados activamente de cuando en cuando en él, ya sea como cultivadores de la tierra, productores de artículos de utilidad, inventores de herramientas y máquinas, escritores, ó creadores de obras de arte. Y mientras este espíritu de laboriosidad activa ha sido el principio vital de la nación, también

(1) *Le travail et la science sont désormais les maîtres du monde.* — DE SALVANDY.

(2) *Deduct all that men of the humbler classes have done for England in the way of inventions only, and see where she would have been but for them.* — ARTHUR HELPS.

fué salvador y reparador, impidiendo de cuando en cuando los efectos de los errores en nuestras leyes é imperfecciones de nuestra constitución.

La carrera de trabajo que ha seguido la nación, también ha resultado ser su mejor educación. Así como una aplicación constante en el trabajo es la más saludable enseñanza para cada individuo, también es la mejor disciplina de un estado. El trabajo honrado marcha por la misma senda que el deber; y la Providencia ha enlazado estrechamente á ambos con la felicidad. *Los dioses*, — dice el poeta — *han colocado el trabajo y el afán en el camino que conduce á los Campos Elíseos*. Lo cierto es que ningún pan comido por el hombre es tan sabroso como aquel que ha sido ganado con su propio trabajo, ya sea físico o intelectual. Por medio del trabajo ha sido sometida la tierra, y redimido el hombre de la barbarie; y sin él, ni un solo paso ha dado la civilización. El trabajo no sólo es una necesidad y un deber, sino que también es una bendición: sólo el haragán cree que es una maldición. El deber de trabajar está escrito en el vigor y en los músculos del cuerpo, en el mecanismo de la mano, en los nervios y lóbulos del cerebro, cuyo resumen de saludable ocupación es la satisfacción y el placer. En la escuela del trabajo se enseña la mejor sabiduría práctica; y una vida de ocupación manual no es tampoco, como lo veremos más adelante, incompatible con la más elevada cultura intelectual.

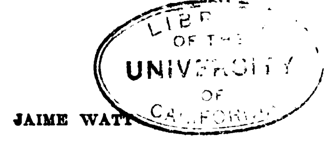
Hugo Miller, que mejor que nadie conocía la fuerza y la debilidad que pertenecen al fin del trabajo, exponía el resultado de su experiencia, diciendo que hasta el trabajo más penoso, está lleno de placer y de materiales para el mejoramiento propio. Consideraba que el trabajo honrado era el mejor de los maestros, y que la escuela de las penalidades es la más noble de las escuelas — esceptuándose tan sólo la cristiana — que es una escuela en que la aptitud de poder ser útil se otorga á todos enseñando el espíritu de independencia, y adquiriendo el hábito del esfuerzo perseverante. Hasta era de opinión que la práctica de la mecánica — por el ejercicio que da á las facultades de observación, por su trato diario con cosas efectivas y prácticas, y la experiencia sólida de la vida que adquiere — le pone en mejor estado de elegir su camino en la jornada de la vida, y es más favorable á su desarrollo como hombre, que la enseñanza proporcionada por otra condición cualquiera.

El cortejo de grandes nombres que ya hemos citado de paso, de hombres que han salido de las filas de las clases industriales, que se han distinguido en varias sendas de la vida — en las ciencias, el comercio, la literatura, y las artes — prueban en todo caso que las dificultades producidas por la pobreza y el trabajo no son insuperables.

Por lo que respecta á los grandes inventos y mejoras que han dado tanto poder y riqueza á la nación, es indisputable que los debemos en su mayor parte á hombres de la clase más humilde. Dedúzcase lo que ellos han hecho en este sólo ramo de acción, y se verá que en verdad queda muy poco realizado por otros hombres.

Los inventores han puesto en movimiento algunas de las industrias más grandes del mundo. Á ellos les debe la sociedad muchas de sus principales cosas necesarias para la vida, sus comodidades y regalos; y á su genio, y á su trabajo se debe que la vida diaria sea más fácil y más agradable. Nuestros alimentos, nuestras ropas, el ajuar de nuestros hogares, el vidrio que deja penetrar la luz en nuestras casas al mismo tiempo que impide el frío, el gas que ilumina nuestras calles, nuestros medios de locomoción por tierra y por mar, las herramientas con que son fabricados los diversos artículos de necesidad y de regalo, han sido resultado del trabajo y del ingenio de muchos hombres y de muchos entendimientos. La humanidad en general es mucho más feliz gracias á esas invenciones, y está cosechando diariamente el beneficio de ellas en el aumento del bienestar individual.

Aunque la invención de la máquina de vapor para el trabajo — la reina de las máquinas — pertenece, hablando comparativamente, á nuestra época, nació la idea de ella hace ya muchos siglos. Lo mismo que otras ideas y descubrimientos, que llegaron paso á paso á convertirse en hechos — transmitiendo un hombre el resultado de sus labores, aparentemente inútiles en ese momento, á su sucesor, quien lo tomaba y lo adelantaba otro grado más, extendiéndose á muchas generaciones la prosecución de la investigación. De ese modo fué como la idea concebida por Hero de Alejandría nunca se perdió por completo; pero, igual al grano de trigo escondido en la mano de la momia egipcia, brotó, y volvió á crecer vigorosamente cuando fué colocado ante la luz de la ciencia moderna. Nada era la máquina de vapor,



sin embargo, hasta que salió del estado de teoría, y fué tomada por su cuenta por mecánicos prácticos; y ¡ qué historia tan noble de paciente y laboriosa investigación, de dificultades, de tropiezos vencidos por una heroica laboriosidad, nos refiere esa maravillosa máquina! Es en verdad, en sí misma, un monumento del poder de la *Ayuda propia* en el hombre. Agrupados en torno suyo encontramos á Savary, el ingeniero militar; Newcomen, el herrero de Darmouth; Cawley, el vidriero; Potter, mozo maquinista; Smeaton, el ingeniero civil; y, sobresaliendo sobre todos, el laborioso, paciente é infatigable Jaime Watt, el fabricante de instrumentos matemáticos.

Watt era uno de los hombres más laboriosos, y la historia de su vida prueba lo que confirma la experiencia, á saber: qué no es el hombre de mayor vigor natural y capacidad quien consigue los más elevados resultados, sino aquel que emplea sus facultades con la mayor diligencia y la habilidad más cuidadosamente disciplinada, la habilidad que resulta de la laboriosidad, de la aplicación y de la experiencia. Muchos hombres de su época sabían más que Watt, pero nadie trabajaba tan asíduamente como él para dirigir todo lo que ejecutaba hacia fines prácticos. Era sobre todo perseverante en la prosecusión de los hechos. Cultivaba cuidadosamente ese hábito de atención activa de que dependen principalmente todas las elevadas cualidades del trabajo intelectual. Edgewoth llega hasta sostener la opinión de que la diferencia de inteligencia en los hombres depende más de la temprana educación de ese *hábito de atención*, que de una gran diferencia entre las facultades de uno y otro individuo.

Hasta siendo muchacho encontró Watt ciencia en sus juguetes. Los cuadrantes que estaban aquí y allá en el taller de carpintería de su padre le condujeron al estudio de la óptica y de la astronomía, su falta de salud le indujo á la investigación de los secretos de la fisiología; y sus paseos solitarios á través del campo le atrajeron hacia el estudio de la botánica y de la historia. Mientras se ocupaba del negocio de fabricante de instrumentos matemáticos, recibió la orden de construír un órgano; y á pesar de no tener el oído músico, emprendió el estudio de la armonía, y construyó con éxito el instrumento. Y del mismo modo, cuando fué puesto en sus manos para componerlo, el pequeño modelo de la máquina de vapor de Newcomen, que pertenecía á la universidad de Glasgow, se puso inmediatamente á estudiar todo lo

que entonces se sabía sobre el calor, la evaporación y la condensación — al mismo tiempo que se afanaba en la mecánica y en la ciencia de la construcción — á cuyos resultados, al fin, dió cuerpo con su máquina condensadora de vapor.

Durante diez años continuó ideando é inventando, con poca esperanza y pocos amigos que le estimularan. Continuó, mientras tanto, ganando el pan para su familia y componiendo violines, flautas é instrumentos musicales; midiendo obras de albañilería, inspeccionando caminos, inspeccionando la construcción de canales, ó haciendo cualquier otra cosa que se presentara y ofreciera una honrada ganancia. Por fin encontró Watt un socio en otro eminente corifeo de la industria, Mateo Boulton, de Birmingham: hombre hábil, enérgico, y de grandes alientos, quien se hizo cargo vigorosamente de la empresa para introducir en el uso general la máquina condensadora como un poder para el trabajo; y el éxito de ambos es ahora asunto que pertenece á la historia (1).

Muchos inventores hábiles han agregado de tiempo en tiempo nuevo poder á la maquina de vapor, y por medio de numerosas modificaciones, la han hecho capaz de ser aplicada á casi todos los fines de la industria, moviendo maquinarais, impeliendo buques, moliendo trigo, imprimiendo libros, acuñando moneda, martillando, aplanando, y torneando hierro; en una palabra, ejecutando toda clase de trabajos mecánicos en que se necesite fuerza. Una de las más útiles modificaciones hecha en la máquina de vapor ha sido la ideada por Trevithick, y casualmente perfeccionada por Jorge Stephenson y su hijo, en la forma de locomotora de ferrocarril, con la que se han producido cambios sociales de inmensa importancia, y hasta de mayores consecuencias, considerados en sus resultados sobre el progreso y la civilización humana, que la misma máquina condensadora de Watt.

Uno de los primeros resultados grandes de la invención de Watt, que puso un poder casi ilimitado á la disposición de las clases productoras, fué el establecimiento de las fábricas de algodón. La persona identificada más íntimamente con la fundación de esta gran rama de la industria, fué indiscutiblemente sir Ricardo Arkwright, cuya energía y sagacidad prácticas eran

(1) Desde la publicación primera de este libro ha tratado el autor en otro obra: *La vida de Boulton y de Watt*, de pintar más detalladamente el carácter y los hechos de éstos dos hombres notables.

quizá más notables que su facultad de inventiva mecánica. Su originalidad como inventor hasta llegó á ponerse en duda, como la de Watt y la de Stephenson. Arkwright estaba probablemente en la misma relación para con la máquina de hilar, que Watt con respecto de la máquina de vapor, y Stephenson para con la locomotora.

Reunió los ingeniosos hilos dispersos que ya existían, y los tejió conforme á su propio diseño, en una manufactura nueva y original. Aunque Luis Paul, de Birmingham, había tomado privilegio para el invento de hilar por medio de rodillos, treinta años antes que Arkwright, eran tan imperfectas en sus detalles las máquinas construidas por él, que no se podia trabajar provechosamente con ellas, y el invento fué en la práctica un fracaso. De otro mecánico obscuro, un fabricante de cintas de Leigh, llamado Tomás Highs, se dice también que inventó la máquina de agua y la *juanilla* de hilar; pero estos también resultaron infructuosos.

Cuando se ve que las demandas de la industria estrechan los recursos de los inventores, resulta por lo regular que la misma idea ha penetrado en muchos espíritus; así aconteció con la máquina de vapor, la lámpara de seguridad, el telégrafo eléctrico, y otros inventos. Se ve á muchos espíritus ingeniosos que trabajan en las congojas de la invención, hasta que al fin el espíritu principal, el hombre práctico, fuerte, se adelanta, y luego los despoja de su idea, aplica el principio con éxito, y la cosa está hecha. Entonces hay una grita entre los contendientes pequeños, que se ven adelantados en la carrera; de ahí que hombres como Watt, Stephenson y Arkwright, tengan por lo regular que defender su fama y sus derechos como inventores prácticos y afortunados.

Ricardo Arkwright, como la mayor parte de nuestros grandes mecánicos, salió de las filas. Nació en Preston en 1732. Sus padres eran muy pobres, y él era el menor de trece hijos. Nunca asistió á la escuela : la única educación que recibió se la dió á sí mismo; y hasta el fin escribió siempre con dificultad. Cuando muchacho ingresó como aprendiz en una barbería, y después de aprender el oficio, se estableció por su cuenta en Bolton, donde ocupó un sótano, sobre el cual puso la siguiente muestra : — *Venid al barbero subterráneo, afeita por un penique.* Los otros barberos vieron que sus parroquianos les abandonaban, y ba-

jaron sus precios al igual del suyo; Arkwright entonces, resuelto á adelantar su negocio, anunció su determinación de *afeitar por medio penique.*

Después de algunos años abandonó su sótano, y se hizo traficante, viajero y vendedor de cabellos. En esa época se usaban pelucas, y la fabricación de pelucas constituía un ramo importante del negocio de barbería. Arkwright andaba de aquí para allá comprando cabellos para las pelucas. Tenía costumbre de asistir á la ferias de sirvientas en el Lancashire, frecuentadas por mujeres jóvenes, con el propósito de comprarles sus largas trenzas; y se dice que en esta clase de negocios fué muy afortunado. También traficó con una tintura química para teñir el pelo, de la cual usaba hábilmente, y con ella se aseguró un negocio considerable. Pero parece que á pesar de su carácter emprendedor, sólo ganaba lo necesario para vivir.

Habiendo sufrido un cambio la moda de usar pelucas, cayoles encima la miseria á los fabricantes de pelucas; y como Arkwright, tenía disposiciones mecánicas, fué inducido á hacerse inventor de máquinas ó *conjurador*, como entonces se llamaba vulgarmente á esa ocupación. Muchas tentativas se hicieron por esa época para inventar una máquina de hilar, y nuestro barbero se resolvió á botar al agua su barquilla con los demás, en el mar de la invención. Como otros hombres enseñados por sí mismos y de igual disposición, ya había consagrado sus ocios á la invención de una máquina de movimiento contínuo; y de eso era fácil el tránsito á una máquina de hilar. Prosiguió sus experimentos tan asiduamente, que descuidó su negocio, perdió el poco dinero que había ahorrado, y quedó reducido á la miseria. Su mujer, porque ya estaba casado, se impacientaba de lo que ella consideraba ser un desperdicio loco de tiempo y de dinero, y en un momento de ira súbita agarró los modelos y los destruyó, esperando que con ello haría desaparecer la causa de las privaciones de la familia. Arkwright era hombre tenaz y entusiasta, y se disgustó extraordinariamente por la conducta de su mujer, de la cual se separó inmediatamente.

En sus viajes por el campo había conocido Arkwright á una persona llamada Kay, relojero en Warrington, quien le ayudó á construír algunas partes de su maquinaria de movimiento contínuo. Se cree que Kay le dió conocimiento del principio de hilar por medio de rodillos, pero también se ha dicho que la idea le

fué sugerida primeramente al observar, por casualidad, un pedazo de hierro candante que se alargaba al pasar entre dos rodillos de hierro. Sea lo que fuere, la idea tomó firme posesión en su espíritu, y se puso á imaginar el procedimiento con el cual se llevaría á cabo, no pudiendo Kay decirle nada sobre este punto. Arkwright abandonó su negocio de compra de cabello, y se consagró á perfeccionar su máquina, de la cual puso un modelo en la sala de la escuela libre gramatical de Preston, construído por Kay bajo su dirección. Siendo ciudadano de la ciudad, votó en la reñida elección en que el general Burgoyne fué reelegido; pero era tal su pobreza, y tal el deteriorado estado de su ropa, que un número de personas suscribieron una suma suficiente para ponerle en condición de que pudiera aparecer en la sala de la matrícula. La exposición de su máquina en una ciudad donde tantos operarios vivían con el ejercicio de su trabajo manual resultó que era una prueba peligrosa; de tiempo en tiempo, siniestros rugidos se oyeron fuera de la escuela, y Arkwright — recordando la suerte de Kay, que fué atropellado y obligado á huír de Lancashire á causa de su invención de la lanzadera, y del pobre Hargreaves, cuya *juanilla* de hilar, había sido hecha pedazos hacía muy poco tiempo por el populacho de Blackburn — resolvió discretamente encajonar su modelo y trasladarse á una localidad menos peligrosa. Así es que se fué á Nottingham, donde recurrió á algunos de los banqueros de la localidad para que le dieran ayuda pecuniaria; y los señores Wright consintieron en adelantarle una suma de dinero á condición de participar en las ganancias del invento. Sin embargo, no habiendo podido ser perfeccionada la máquina tan pronto como lo habían esperado, recomendaron los banqueros á Arkwright que se dirigiera á los señores Strutt y Need, siendo el primero de éstos el ingeniero inventor privilegiado del telar de medias. El señor Strutt apreció desde luego los méritos de la invención, y formó una sociedad con Arkwright, cuya senda hacia la fortuna era ya evidente. La patente fué asegurada con el nombre de « Ricardo Arkwright, de Nottingham, relojero, » y es circunstancia digna de observarse, que fué sacada en 1769, el mismo año en que Watt aseguraba el privilegio para su máquina de vapor. Primeramente se estableció un molino de algodón en Nottingham, movido por caballos, y poco después se edificó otro en una escala mucho mayor, en Cromford, en Derbyshire, movido por una rueda de agua,

de cuya circunstancia se llamó al telar de hilar, *la máquina de agua.*

Sin embargo, las tareas de Arkwright, apenas principiaban, hablando relativamente. Tenía aún que perfeccionar todos los detalles de trabajo de su máquina. En sus manos era un objeto de constantes modificaciones y mejoras, hasta que finalmente se la hizo práctica y provechosa en grado eminente. Pero el éxito sólo fué asegurado por medio de una larga y paciente laboriosidad : y durante algunos años fué únicamente una especulación desconsoladora é inútil, consumiendo una fuerte suma de capital sin dar resultado alguno. Cuando el éxito pareció ser más seguro, los fabricantes de Lancashire cayeron sobre el privilegio de Arkwright para destrozarlo, como habían caído los mineros de Cornish sobre Boulton y Watt para robarles las ganancias de su màquina de vapor. Hasta llegó á ser denunciado Arkwright como enemigo de las clases trabajadoras; y una fábrica que construyó cerca de Chorley fué destruída por un tumulto popular á presencia de una fuerza considerable de policía y de soldados. Los hombres de Lancashire se negaban á comprar su material, aunque era reconocido como el mejor que había en el mercado. Después se negaron á pagar el derecho de patente por el uso de sus máquinas, y se unieron para anonadarlo en los tribunales de justicia. Con gran pesar de las personas de espíritu recto fué derrotado el privilegio de Arkwright. Después del juicio, cuando pasaba frente al hotel en donde sus contrarios estaban detenidos, dijo uno de ellos bastante alto para ser oído por él : — *Bien, por fin hemos concluído con el viejo barbero,* — á lo que éste respondió con calma : — *No importa, aun me queda una navaja que os afeitará á todos.* Estableció nuevos talleres en Lancashire, Derbyshire, y en New Lanark, en Escocía. Los talleres de Cromford también volvieron á sus manos al terminar su sociedad con Strutt, y la cantidad y excelencia de sus productos eran tales, que en poco tiempo obtuvo un dominio tan completo del negocio, que los precios eran fijados por él, y gobernaba las principales operaciones de los otros tejedores de algodón.

Arkwright era un hombre de una gran fuerza de carácter, indomable valor, mucha sagacidad, y un don para los negocios que rayaba en genio. Hubo una época en que su tiempo estaba ocupado por un trabajo duro y continuado, ocasionado por la

organización y manejo de sus numerosas fábricas, algunas veces desde las cuatro de la mañana hasta las nueve de la noche. Á los cincuenta años de edad se puso á estudiar gramática inglesa y á mejorar su escritura y su ortografía. Después de vencer todos los obstáculos, tuvo la satisfacción de recoger el premio de su empresa. Diez y ocho años después de haber construído su primera máquina, consiguió tal estimación en Derbyshire, que fué nombrado algua cil mayor del condado, y poco después le confirió Jorge III el honor de la dignidad de caballería. Murió en 1792. Sea para bien ó para mal, fué Arkwright el fundador en Inglaterra del sistema moderno de factorías, rama de industria que indudablemente ha sido una fuente de inmensa riqueza, tanto para los individuos como para la nación.

Todos los grandes ramos de la industria en la Gran Bretaña proporcionan iguales ejemplos de enérgicos hombres de negocios, fuente de muchos beneficios para los puntos en que han trabajado, y de poder y riqueza aumentados en la comunidad en general. Entre ellos pueden citarse á los Strutt, de Belper; los Tennant, de Glasgow; los Marshall y Gott, de Leeds; los Peel, Ashworth, Birley, Fielden, Ashton, Heywood, y Ainsworth, de Lancashire del sud, algunos de cuyos descendientes se han distinguido igualmente en la historia política de Inglaterra. Entre ellos fueron preminentes los Peel, de Lancashire del sud.

El fundador de la familia Peel, á mediados del siglo pasado, era un pequeno labrador acomodado, que ocupaba la granja Hole House, cerca de Blackburn, de donde se mudó después á una casa situada en Fish Lane, en ese pueblo. Conforme adelantaba en la vida, Roberto Peel vió crecer en torno suyo una larga familia de hijos é hijas; pero siendo algo estéril la tierra en los alrededores de Blackburn, le pareció que el cultivo de la agricultura no ofrecía alicientes para sus trabajos. Sin embargo, el lugar había sido por largo tiempo asiento de una manufactura local, la fábrica llamada *Blackburn grays*, que consistía de telas de lino ó cáñamo y urdimbres de algodón, que se hacían principalmente en el pueblo y sus alrededores. Entre los labradores laboriosos y con familia había entonces la costumbre antes de la introducción del sistema de talleres, de emplear el tiempo que no se ocupaba en el campo, tejiendo en la casa; y Roberto Peel, de conformidad con esa costumbre, principió el negocio domés

tico de hacer zarazas. Era honrado y hacía artículos buenos; económico y laborioso, y su negocio prosperó. Era también emprendedor, y fué uno de los primeros en adoptar el cilindro de cardar, recien inventado entonces.

Pero la atención de Roberto Peel se dirigió principalmente á la manera de *estampar* las zarazas que por entonces era un arte comparativamente desconocido, y durante algún tiempo hizo una serie de experimentos con el objeto de estampar por medio de máquinas. Los experimentos fueron hechos secretamente en su misma casa, planchando para ese fin los géneros por una de las mujeres de la casa. Era costumbre entonces en casas como la de los Peel, usar vajilla de peltre en la mesa. Habiendo bosquejado una figura ó modelo sobre uno de los platos, se le ocurrió que podría obtenerse una impresión de él á la inversa, y estamparse en color sobre la zaraza. En una cabaña al extremo de la granja vivía una mujer que tenía una máquina de prensar, y yendo á su cabaña, puso en la máquina el plato sobre cuyas figuras había pegado colores, poniendo encima zaraza, y después de prensarlo se vió que dejaba una impresión bastante buena. Se dice que este ha sido el origen de pintar las zarazas sobre rodillos. Al poco tiempo perfeccionó Roberto Peel su procedimiento, y la primera muestra que sacó fué una hoja de perejil; de ahí que hasta ahora se le llame en las cercanías de Blackburn *Peel Perejil*. El procedimiento de pintar ó estampar la zaraza con lo que se llama la máquina mula, esto es, por medio de un cilindro de madera en relieve, con un cilindro de cobre grabado, fué perfeccionado después por uno de sus hijos, el jefe de la razón social Peel y C.ª, de Church. Estimulado por su éxito, abandonó Roberto Peel poco después la agricultura, y trasladándose á Brookside, pueblo distante de Blackburn sobre unas dos millas, se consagró exclusivamente al negocio de estampar zarazas. Allí, con la ayuda de sus hijos, que eran tan enérgicos como él, llevó adelante el negocio con éxito durante varios años; y cuando los jóvenes llegaron á la edad viril, se dividió el negocio en varias casas Peel, cada una de las cuales se hizo centro de actividad insdustrial y origen de ocupación remuneradora para gran número de personas.

Por lo que ahora se puede saber del carácter del primer Roberto Peel, debe haber sido un hombre notable, vivo, sagaz, y de vastas concepciones. Pero poco se sabe de él fuera de la tra-

dición, y los hijos de aquellos que le conocieron van desapareciendo rápidamente. Su hijo, sir Roberto, habló de él modestamente así : « Puede decirse en verdad que mi padre ha sido el fundador de nuestra familia ; y apreciaba tan exactamente la importancia de la riqueza comercial desde el punto de vista nacional, que se le oyó decir frecuentemente que, *las ganancias de los individuos eran pequeñas ccmparadas con las ganancias nacionales que emanaban del comercio.* »

Sir Roberto Peel, primer barón y segundo manufacturero de ese nombre, heredó de su pardre todo el espíritu de empresa, capacidad y laboriosidad. Su posición, al entrar en la vida, era muy poco más elevada que la de un operario cualquiera; porque su padre, aunque puso los cimientos de la prosperidad futura, luchaba aún con las dificultades inherentes al insuficiente capital. Cuando Roberto solo tenía veintiún años de edad, se resolvió á emprender por cuenta propia el negocio de estampar cotonía, que le había enseñado su padre. Su tío, Jacobo Haworth, y Guillermo Yates de Blackburn, se le unieron en esa empresa, llegando todo el capital que pudieron reunir entre sí, á unas lib. est 500, cuya parte principal fué proporcionada por Guillermo Yates. El padre de este último era cabeza de familia en Blackburn, donde era muy conocido y estimado; y habiendo ahorrado algún dinero en su negocio, estaba dispuesto á facilitar el suficiente capital para que su hijo emprendiera el lucrativo negocio de estampar cotonía, que entonces estaba en su infancia. Aunque Roberto Peel era muy joven, fué el que daba el conocimiento práctico del negocio ; pero se dijo de él, y resultó cierto, que *llevaba una cabeza vieja sobre hombros jóvenes.* Compraron en un precio relativamente barato un molino de trigo medio derruido, con sus terrenos inmediatos, próximo á Bury, que entonces era un pueblo insignificante, donde la fábrica continuó conocida hasta mucho después por *The Ground;* y habiendo sido construídos algunos galpones de madera, principió la compañía á hacer estampar cotonía en pequeña escala en el año de 1770, agregándole algunos años después el tejido del algodón. El modo frugal en que vivían los socios puede deducirse del siguiente incidente acaecido al principio de su carrera. Siendo casado Guillermo Yates y con familia, estableció casa propia, y por complacer á Peel que era soltero, convino en admitirle como huésped. La cantidad que pagaba este último por casa y comida era sólo

de ocho chelines por semana; pero considerando esto demasiado poco, insistió Yates que el pago semanal fuera aumentado en un chelín, á lo cual se opuso Peel al principio, y tuvo lugar un disgusto entre los socios, que al fin fué arreglado pagando el huésped un adelanto semanal de medio penique. El mayor de los hijos de Guillermo Yates era una niña llamada Elena, y no tardó en obtener favor y especial aprecio del joven huésped. Al regresar de su pesado trabajo diario en *The Ground*, solía tomar á la chiquilla sobre sus rodillas, y preguntarla : — *Lenita, mi querida gorditilla, ¿ quieres ser mi mujer?* á lo cual contestaba prontamente la niña : — *Sí*, como lo haría cualquiera niña. — *Entonces voy á esperarte, Lenita; me casaré contigo, y no con otra.* Y Roberto Peel esperó. Conforme crecía la niña en belleza se confirmaba su determinación de esperar; y después del lapso de diez años, años de vigorosa aplicación al trabajo y prosperidad que aumentaba rápidamente, se casó Roberto Peel con Elena Yates cuando ésta cumplió sus diez y siete años; y la bonita chiquilla, á quien el huésped de su madre y socio de su padre había tenido sobre sus rodillas, fué la señora de Peel, y después Lady Peel, madre del futuro primer ministro de Inglaterra. Lady Peel era una noble y bella mujer, digna de favorecer cualquiera posición social. Poseía excepcionales facultades intelectuales, y fué en todas circunstancias para su esposo, el consejero fiel de espíritu elevado. Durante muchos años después de su casamiento, fué amanuense de su marido, llevando la parte principal de su correspondencia comercial, porque el señor Peel tenía muy mala letra, casi ininteligible. Murió esta señora en 1803, apenas tres años después de haber sido conferido á su esposo el título de barón. Se dice que la vida *fashionable* de Londres, tan diferente de aquella á que estaba acostumbrada en su casa, fué mala para su salud; y el anciano señor Yates solía decir después que, si Roberto no hubiera hecho de Lenita una *lady*, aún estaría viva.

La carrera de Yates, Peel y C.ª fué siempre de prosperidad grande y no interrumpida. El mismo sir Roberto Peel fué el alma de la razón social; unía á una gran energía y aplicación mucha sagacidad práctica, y aptitudes mercantiles de primer orden, cualidades en que eran excesivamente deficientes muchos de los primeros fabricantes de algodón. Era hombre de espíritu y de cuerpo incansables y trabajaba incesantemente. En suma, era

para el estampado de algodonía lo que Arkwright para los tejidos de algodón, y su éxito fué igualmente grande. La buena calidad de los artículos producidos por la compañía, aseguraba la demanda del mercado, y la reputación fué preeminente en Lancashire. Además de beneficiar grandemente á Bury, estableció la sociedad talleres vastos en los alrededores sobre el Irwell y el Roch; y se mencionaba para honra suya, que, mientras trataban de elevar á la mayor perfección la calidad de sus manufacturas, también se esforzaban de todos modos, en mejorar el bienestar y las comodidades de sus operarios, para quienes se esmeraban en procurar ocupación productiva, hasta en los tiempos menos prósperos.

Sir Roberto Peel apreciaba con placer el valor de todo nuevo procedimiento é invención, para cuya ilustración podemos mencionar su adopción del procedimiento para producir lo que se llama *obra resistente* en el estampado de la zaraza. Esto se ejecuta usando un apresto, ó *resiste*, en los lugares del género que se quiere que permanezcan blancos. La persona que descubrió la pasta era un dependiente viajero de una casa de Londres, quien lo vendió al señor Peel por una suma insignificante. Se necesitaron como dos años de experimentos para perfeccionar el sistema y hacerlo prácticamente útil; pero la belleza de su efecto, y la extremada precisión producida en los contornos del diseño, colocó desde luego al establecimiento de Bury á la cabeza de todas las factorías de estampar zarazas del país. Otras sociedades, dirigidas con el mismo espíritu, fueron establecidas por miembros de la misma familia en Burnley, Foxhillbank, y Altham, en Lancashire; Salley Abbey, en Yorkshire; y después en Burton-on-Trent, en Staffordshire; estos diversos establecimientos, al mismo tiempo que enriquecían á sus propietarios, servían de ejemplo á todo el comercio de algodón, y formaron muchos de los más afortunados estampadores y manufactureros del Lancashire.

Entre otros distinguidos fundadores de la industria, son dignos de mención el reverendo Guillermo Lee, inventor del telar de medias, y Juan Heathcoat, inventor de la máquina de brocas para devanar, como hombres de gran habilidad mecánica y de perseverancia, á cuyos esfuerzos se debe una vastísima ocupación lucrativa proporcionada á la clase trabajadora de Nottingham y de los distritos adyacentes. Las relaciones que se tienen respecto de las circunstancias relativas á la invención del telar de medias

son muy confusas, y en muchos casos contradictorias, aunque no existe duda respecto de su inventor. Este fué Guillermo Lee, nacido en Woodborough, villa distante siete millas de Nottingham, hacia el año de 1563. Según algunas relaciones, era heredero de una pequeña alquería, y según otras era un estudiante pobre, y tuvo que luchar contra la pobreza desde sus primeros años. Entró como *sizar* (1) en el colegio del Cristo, de Cambridge, en Mayo de 1579, pasando después á San Juan, graduándose de bachiller en artes, en 1582-83. Se cree que principió como maestro de artes en 1586; pero sobre este punto parece haber alguna confusión en las actas de la Universidad. Lo que se ha dicho generalmente de que fué expulsado por haberse casado infrigiendo los estatutos, es incierto, porque jamás fué miembro de la universidad, y por consiguiente no podía ser perjudicado por haber dado ese paso.

En la época en que Lee inventó el telar de medias, era párroco en Calverton, cerca de Nottingham; y refieren algunos escritores que el invento tuvo origen en un afecto no correspondido. Se dice que el párroco se había enamorado profundamente de una joven señorita del pueblo, quien no correspondió á su afecto; y cuando la visitaba, tenía ella la costumbre de poner más atención al procedimiento de tejer medias y enseñar á sus discípulas ese arte, que á las pláticas de su admirador. Dícese que éste desaire hizo nacer en su espíritu tal aversión al tejido hecho á mano, que formó la resolución de inventar una máquina que pudiera invalidarlo, haciéndolo una ocupación infructuosa. Se consagró durante tres años á conseguir este invento, sacrificando todo por su nueva idea. Cuando se hizo aparente la perspectiva del éxito, abandonó el curato, y se dedicó al arte de hacer medias con la máquina. Esta es la versión de la historia que da Henson, basada en la autoridad de un anciano fabricante de medias que murió en el hospital Collin, de Nottingham, de noventa y dos años de edad, y que había aprendido el oficio en el pueblo durante el reinado de la reina Ana. También la da Deering y Blackner como relación tradicional en la vecindad, y hasta cierto punto se deduce del escudo de armas de la compañía londinense de tejedores con

(1) *Sizar* (*Universidad de Cambridge, Inglaterra*). Uno de los cuerpos de estudiantes inmediato y menor que los pensionistas, que comen en la mesa pública sin pagar, después de los miembros. — (*Nota del T.*)

armazones, que consiste en una armazón para hacer medias sin el maderaje, teniendo como soportes, de un lado á un sacerdote y del otro á una mujer (1).

Cualesquiera que hayan sido los hechos verdad sobre el origen del invento del telar de medias, no cabe la menor duda respecto del extraordinario genio mecánico manifestado por su inventor. El que un sacerdote que vivía en una aldea lejana, y cuya vida en su mayor parte había pasado entre libros, haya podido idear una máquina de movimientos tan delicados y complicados, y adelantar de golpe el arte de tejer desde el procedimiento fastidioso de enlazar hilos para hacer una cadena de ojales con tres agujas de lardear en manos de una mujer, hasta el bello y rápido procedimiento de tejer con el telar de medias, es en verdad una proeza sorprendente, que puede ser declarada sin igual en la historia de los inventos mecánicos. El mérito de Lee era tanto mayor, cuanto que el arte de la fabricación estaba entonces en su infancia, y hasta aquel momento se había prestado poca atención á los inventos de maquinarias para fines manufactureros. Hallóse en la necesidad de improvisar del mejor modo que pudo las partes de su máquina, y de adoptar diversos expedientes para vencer las dificultades conforme surgían. Sus herramientas eran imperfectas, é imperfectos sus materiales, y no tenía obreros hábiles que le ayudaran. Si hemos de dar crédito á la tradición, su primer telar fué hecho de un medidor de doce, sin hundidores de plomo, y casi todo de madera, estando las agujas fijadas también en pedacitos de madera. Una de las principales dificultades

(1) Sin embargo, existen otras versiones. Una dice que Lee se puso á estudiar el medio de aminorar el trabajo de una joven campesina de quien estaba enamorado, y cuya ocupación era la de tejer medias; otra es que, siendo casado y pobre, estaba su mujer en la necesidad de contribuír al sostenimiento de la casa con su trabajo de tejer; y que Lee, al observar el movimiento de los dedos de su mujer, concibió la idea de imitar esos movimientos con una máquina. Este último relato parece haber sido inventado por Aarón Hill, en su obra, *Relación del origen y progreso de la manufactura del aceite de haya.* (Londres, 1715); pero su relación no merece crédito. Entre otras cosas dice que Lee fué miembro de uno de los colegios de Oxford, del que fué expulsado por haberse casado con la hija de un posadero; cuando Lee ni estudió en Oxford, ni se casó allí, ni fué miembro de colegio alguno; y termina diciendo que el resultado de su invento fué *hacer feliz á Lee y á su familia*, siendo así que el invento sólo le acarreó un legado de miserias, muriendo pobrísimo en el extranjero.

de Lee consistía en la formación de la puntada, por falta de ojos en las agujas; pero venció esto después, haciendo ojos á las agujas con una lima de tres lados. Por fin fué vencida una dificultad después de otra, y después de un trabajo de tres años estaba la máquina suficientemente completa para usarse. El excura, lleno de entusiasmo por su arte, principió á tejer medias en el pueblo de Calverton, y continuó trabajando allí durante algunos años, instruyendo á su hermano Santiago y á varios de sus parientes en la práctica del arte.

Habiendo puesto su telar en un grado de bastante perfección, y deseando lograr la protección de la reina Isabel, cuyo afecto excesivo por las medias de seda tejidas era bien conocido, fué Lee á Londres para presentar el telar ante Su Majestad. Primero lo enseñó á varios personajes de la corte, entre otros á sir Guillermo (después lord) Hunsdón, á quien enseñó á manejarlo con éxito; y al fin fué Lee admitido, gracias á ellos, á una entrevista con la reina, é hizo trabajar la máquina en su presencia. Sin embargo, Isabel no le dió el estímulo que él había esperado; y se dice que la reina se opuso al invento dando por razón que privaría á un gran número de personas pobres de su ocupación de tejer medias. Tampoco pudo obtener Lee otros protectores; y considerando que él y su invento eran tratados con desprecio, aceptó el ofrecimiento que le hiciera Sully, sagaz ministro de Enrique IV, para que se dirigiera á Rouen é instruyera á los operarios de esa ciudad, entonces uno de los centros industriales más importantes de Francia, en la construcción y empleo de las máquinas de tejer medias. De conformidad con esto se trasladó Lee con sus máquinas á Francia, en 1605, llevando consigo á su hermano y á siete operarios. Fué recibido cordialmente en Rouen, y principiaba con la manufactura de medias en grande escala — teniendo en contínuo trabajo nueve de sus telares — cuando desgraciadamente volvió á molestarle la adversa fortuna. Su protector, Enrique IV, sobre quien contaba para sus recompensas, honores, y la ofrecida concesión de privilegios, que habían inducido á Lee á establecerse en Francia, fué asesinado por el fanático Ravaillac, y la ayuda y protección que hasta entonces se le había dado le fueron retiradas. Para hacer adelantar sus reclamaciones en la corte, fuése Lee á París; pero siendo protestante y extranjero, fueron dejadas de lado sus representaciones; y agotado por las vejaciones y los pesares, murió poco después en

París este distinguido inventor, en un estado de extrema pobreza y desamparo.

El hermano de Lee, con siete de los obreros, consiguió escapar de Francia con sus telares, dejando sólo dos. Al regreso de Lee á Nottinghamshire, se le unió un cierto Ashtón, molinero de Thoroton, quien había sido instruído en el arte de tejer medias con telar, por el mismo inventor antes que saliera de Inglaterra. Ambos, con los obreros y sus telares, principiaron la manufactura de medias en Thoroton, y la continuaron con bastante éxito. El lugar estaba bien situado para ese objeto, como que las ovejas que se crían en el distrito vecino de Sherwood daban una clase de lana de hebra muy larga. Dícese que Ashton introdujo el método de hacer los telares con hundidores de plomo, lo que constituía una gran mejora. El número de telares empleados en diversos puntos de Inglaterra aumentó gradualmente; y la manufactura de medias hechas por máquinas llegó á ser un ramo importante de la industria nacional.

Una de las modificaciones más notables del telar de medias fué la que le permitía aplicarlo á la fabricación de randas en grande escala. En 1777 se ocupaban dos obreros, Frost y Holmes, en hacer puntillas por medio de las modificaciones que habían introducido en el telar de medias; y en el transcurso de unos treinta años, tan rápido fué el desarrollo de este ramo de producción, que había trabajando 1,500 telares para hacer puntillas, empleando más de 15,000 personas. Á causa de la guerra, sin embargo del cambio de modas, y de otras circunstancias, decayó rápidamente la fabricación de randas en Nottingham; y continuó en un estado de decadencia hasta la invención de la máquina de brocas para devanar, hecha por Juan Heathcoat, miembro del parlamento por Tiverton, lo que bastó para restablecer en el acto la fabricación sobre una base sólida.

Juan Heathcoat era hijo de un labrador de Long Whalton, Leicestershire, en donde nació en 1784. Aprendió á leer y á escribir en la escuela de la aldea, pero al poco tiempo salió de allí para entrar de aprendiz en casa de un herrero mecánico de un pueblecito vecino. El joven aprendió pronto á manejar con destreza las herramientas, y adquirió un completo conocimiento de las partes de que se componía el telar de hacer medias, lo mismo que de la más complicada máquina de urdir. En las horas que le quedaban libres estudiaba la manera de introducir mejoras en

ella, y su amigo Bazley, M. P., refiere que ya á la edad de diez y seis años concibió la idea de inventar una máquina con la cual se pudieran hacer encajes ó randas iguales á las de Buckingham ó á las francesas, que entonces se hacían á mano. La primera mejora práctica que consiguió introducir fué el telar de urdir; cuando, por medio de un ingenioso aparato consiguió fabricar *manguitos* que parecían de encaje; y este éxito le determinó á seguir en el estudio de la fabricación de randas por medios mecánicos. En una forma modificada ya había sido aplicado el telar de hacer medias á la manufactura de punto de encajes, en la que la abertura que tiene la malla entre nudo y nudo, era *apresillada*, como en una media; pero el trabajo era imperfecto y fácil de romperse, de ahí que no fuese satisfactorio. Durante una larga sucesión de años habían trabajado muchos mecánicos ingeniosos de Nottingham, en el problema de inventar una máquina con la cual la malla de hilos quedase entrelazada entre sí al formar el tejido. Algunos de estos hombres murieron en la miseria, otros se volvieron locos, y todos fracasaron en el propósito que perseguían. Seguía triunfante el viejo telar de urdir.

Cuando apenas tenía Heathcoat poco más de veinte y un años, se casó y se dirigió á Nottingham en busca de trabajo. Allí encontró ocupación como herrero y *armador* de máquinas para hacer medias y telares de urdir. Continuó también en la prosecución del objeto en que su espíritu había estado ya ocupado antes, y trabajaba en idear la invención de una máquina para entrelazar la malla de hilos. Primero aprendió el arte de hacer á mano el encaje de Buckingham ó de fustán, con el propósito de efectuar los mismos movimientos por medios mecánicos. Fué tarea larga y laboriosa, que requería la aplicación de una gran perseverancia y no poco ingenio. Su patrón, Elliott, describiéndole por aquel tiempo decía de él, que era un hombre estudioso, paciente, lleno de abnegación y taciturno, impertérrito ante el fracaso y las equivocaciones, con recursos y expedientes y que abrigaba la más perfecta confianza en que la aplicación de sus principios mecánicos, había de llegar á ser coronada por el éxito. (1) Durante esta época estaba su esposa en una ansiedad tan grande como la que él experimentaba. Conocía perfectamente

(1) *Memoria* por Mr. Felkin en el *Nottingham Journal*, á la cual debemos, lo mismo que á Mr. Bazley, M. P., la mayor parte de los

sus luchas y sus dificultades, y hasta principió á sentir la presión de la pobreza en su casa; pues mientras trabajaba en su invención, se veía frecuentemente en la necesidad de dejar á un lado el quehacer que le proporcionaba su salario semanal. Muchos años después, cuando las dificultades fueron vencidas afortunadamente, recordaban la conversación que tuvo lugar entre el marido y la esposa en la noche de un sábado lleno de incidentes. — *Bien*, *Juan*, preguntó la mujer ansiosamente, mirando á su esposo, *¿anda la máquina?* — *No*, *Ana;* — fué la triste contestación, — *tengo que volverla á desarmar por completo.* Aunque él pudo hablar lleno de esperanza y con alegría, su pobre mujer no pudo contener por más tiempo sus sentimientos, y sentándose se puso á llorar amargamente. Pero no tenía que esperar, sin embargo, más que unas cuantas semanas, porque al fin llegó el éxito, por el que se había trabajado tanto tiempo y que tanto se merecía; ¡cuán orgulloso y feliz se sentía Juan Heathcoat cuando llevó á su casa la primera tira angosta de randa hecha por su máquina, y la puso en manos de su mujer!

Es difícil explicar con palabras una invención tan complicada como lo es la máquina de tejer randas y mallas. Era realmente un fustán mecánico para hacer encajes, imitando de una manera ingeniosa el movimiento de los dedos del tejedor de encajes al entrelazar ó atar las mallas ó aberturas que tiene la red entre nudo y nudo. Al analizar Heathcoat las partes componentes de un pedazo de encaje hecho á mano, pudo clasificar los hilos en longitudinales y diagonales. Dió principio á sus experimentos extendiendo el hilo de atar común de un extremo al otro de su cuarto para la urdimbre, pasando en seguida los hilos de trama entre ellos por medio de alicates, transmitiéndolos á otros alicates en el lado opuesto; después, dándoles un movimiento de costado y una torcedura, volvía á repasar hacia atrás los hilos entre las cuerdas inmediatas, atando de esa manera las mallas del mismo modo que se hace á mano sobre los fustanes. Tuvo pues, que idear un mecanismo que pudiera realizar todos éstos movimientos exactos y delicados y para conseguirlo empleó gran trabajo físico y mental. Mucho tiempo después decía: —

datos anteriores. Tenemos el gusto de saber que Mr. Tetkin está preparando una historia completa de los ramos de industria arriba mencionados.

Era tan grande la sola dificultad de conseguir torcer los hilos diagonales en el espacio asignado, que si ahora tuviera que hacerlo, probablemente no intentaría conseguirlo. (1) El siguiente paso que tenía que dar, era obtener discos metálicos delgados, para ser usados como canillas que condujeran el hilo para adelante y para atrás entre la urdimbre. Estando arreglados estos discos en bastidores portadores, colocados á cada lado de la urdimbre, los movía una maquinaria apropósito, de manera que conducían el hilo de un lado á otro al formar el encaje. Por fin consiguió que su idea se realizara prácticamente, y esto con extraordinaria habilidad y éxito, y á la edad de veinte y cuatro años estuvo en condición de poder asegurar su invención con un privilegio.

Como en todas las invenciones que han probado ser productivas, fueron disputados los derechos de Heathcoat como inventor, y puestos en duda sus derechos. Valiéndose de la supuesta invalidación del privilegio, adoptaron audazmente los fabricantes de encajes y randas la máquina de éste, é hicieron befa del inventor. También se sacaron privilegios por supuestas mejoras y adaptaciones, y sólo cuando riñeron entre sí estos nuevos privilegiados, y que se presentaron á los tribunales los unos contra los otros, fué cuando quedaron establecidos los derechos de Heathcoat. Habiendo entablado demanda un fabricante de encajes contra otro por una supuesta violación de su privilegio, dió el jurado una sentencia á favor del acusado, sentencia que confirmó el juez, y que se fundaba en que *las dos* máquinas en cuestión, eran violaciones del privilegio de Heathcoat. Con motivo de esta causa, *Bovis vs. Moore,* sir Juan Copley, (después lord Lyndhurst) fué nombrado defensor de los intereses de Heathcoat, y aprendió á trabajar en la máquina de tejer randas y encajes, con el propósito de poder posesionarse de los detalles de la invención. Al leer el memorial ajustado, declaró que no comprendía bien los méritos del caso, pero que, como le parecía ser de gran importancia, se ofreció á ir al campo en el acto y estudiar la máquina hasta entenderla bien; —*y entonces* —dijo—*os defenderé lo mejor que pueda.* De conformidad con esto tomó esa noche la diligencia y se fué á Nottingham para preparar su causa como quizá nunca lo había hecho otro abogado antes que él. Á la mañana siguiente se puso

(1) *Memoria,* por FELKIN.

el sabio abogado en el telar de encajes, y no lo dejó hasta que pudo hacer diestramente un pedazo de encaje con sus propias manos, y comprender perfectamente tanto el principio como los detalles de la máquina. Cuando se presentó el caso á juicio, pudo el sabio defensor hacer trabajar el modelo sobre la mesa, con tal soltura y habilidad, y supo explicar la naturaleza precisa de la invención con tan feliz claridad, que sorprendió al juez, al jurado y á los espectadores; y no hay duda que la habilidad y la completa conciencia con que defendió la causa, tuvieron influencia en la resolución del tribunal.

Una vez terminado el proceso averiguó Heathcoat, y encontró como más de seiscientas máquinas que trabajaban conforme á su privilegio, y procedió á cobrar un derecho á los dueños de ellas, que subía á una gran suma. Pero las ganancias que realizaban los fabricantes de encajes eran grandísimas, y el uso de las máquinas se extendió rápidamente, mientras que el precio del artículo, se redujo de cinco libras esterlinas la vara cuadrada, á unos cinco peniques en el transcurso de veinte y cinco años. Durante este mismo periodo ha sido por los menos de cuatro millones de libras la producción anual de encajes dando ocupación renume radora á 150,000 obreros.

Volviendo á la historia personal de Heathcoat, diremos que en 1809 le encontramos establecido como manufacturero de encajes en Loughborough, en el Leicestershire. Allí dirigió varios años un comercio próspero, dando ocupación á gran número de operarios, con sueldos que variaban de libras esterlinas 5, á libras esterlinas 10 por semana. Á pesar del gran aumento de manos empleadas en la fabricación de encajes, gracias á la introducción de las nuevas máquinas, principió á susurrarse entre la gente trabajadora, que invalidaban el trabajo, y se formó una vasta conspiración con el propósito de destruirlas donde quiera que existieran. Ya en el año 1801 ocurrieron diferencias entre los amos y los obreros ocupados en el comercio de medias y de encajes en la parte sud oeste de Nottinghamshire y las partes próximas de Derbyshire y de Leicestershire, y la consecuencia de ellas fué la reunión de un motín en Sutton, en Ashfield, que en pleno día destruyó los telares de medias y de encajes de los fabricantes. Algunos de los corifeos fueron cogidos y castigados, y los desafectos aprendieron á ser cautos; sin embargo, se llevaba adelante la destrucción de las máquinas, aunque secretamente, donde

quiera que se presentaba una oportunidad para hacerlo impunemente. Como las máquinas eran de tan delicada construcción que un simple martillazo las inutilizaba, y como la manufactura se hacía en su mayor parte en edificios aislados, á veces en casas particulares lejos de las ciudades, eran extraordinariamente fáciles las oportunidades para destruirlas. En los alrededores de Nottingham, que era el foco de la rebelión, se establecieron los destructores de máquinas en cuerpos organizados, y tenían reuniones nocturnas en que arreglaban sus planes. Con la intención de inspirar confianza probablemente, hicieron correr la voz de que estaban bajo el mando de un caudillo llamado Ned Ludd, ó general Ludd, y de aquí que se les designara con el nombre de luddistas. Dentro de esta organización fué llevada adelante con gran vigor la destrucción de máquinas en el invierno de 1811, ocasionando grandes conflictos y dejando sin ocupación á gran número de obreros. Al mismo tiempo procedían los dueños de los telares á mudarlos de los pueblos y viviendas aisladas del campo y los llevaban á almacenes en las ciudades, para darles mayor protección.

Parece que los luddistas se sentían estimulados por la lenidad de las sentencias pronunciadas contra aquellos de sus confederados que habían sido presos y juzgados; y poco después, estalló de nuevo la manía, y se extendió rápidamente por los distritos manufactureros del norte y del centro. Se hizo más secreta la asociación; se juramentó á los miembros para obligarlos á la obediencia de las órdenes dadas por los cabecillas de la confederación; y la traición hecha á sus acuerdos castigada con la muerte. Todas las máquinas fueron sentenciadas por ellos á ser destruídas, ya fuese que estuvieran empleadas en la manufactura de género, zaraza, ó encajes; y principió un reinado de terror que duró años. En Yorkshire y en Lancashire fueron atacadas audazmente algunas fábricas por amotinados armados, y muchas veces fueron destrozadas ó incendiadas, de modo que se hizo necesario custodiarlas por soldados y guardias del rey. Hasta los mismos patrones fueron sentenciados á muerte; muchos de ellos fueron atacados, y algunos asesinados. Al fin la ley obró vigorosamente; buen número de extraviados luddistas fueron presos; algunos ejecutados, y después de varios años de violenta conmoción debida á esta causa, fueron por fin subyugados los motines dedicados á destruír las máquinas.

Entre los numerosos manufactureros cuyas fábricas fueron atacadas por los luddistas, estaba el mismo inventor del telar de encajes. En un hermoso día de sol, del verano de 1816, penetró con antorchas un cuerpo de amotinados en su fábrica de Loughborough, y le puso fuego, destruyendo treinta y siete máquinas de encajes, y por valor de 10,000 libras esterlinas de propiedad. Diez de los individuos fueron aprehendidos, y ocho de ellos ejecutados por la felonía. Heathcoat reclamó daños y perjuicios al condado, pero le fueron negados; mas la corte de Justicia Real decidió en favor suyo, y sentenció que el condado le abonara 10,000 libras esterlinas como compensación de las pérdidas sufridas. Los jueces trataron de unir al pago de los daños y perjuicios la condición de que Heathcoat debía emplear el dinero en el condado de Leicester; pero en esto no quiso consentir él, habiendo resuelto ya trasladar á otra parte su fabricación. Encontró en Tiverton, en el Devonshire, un gran edificio que antes había sido empleado para manufactura de lana; pero habiendo caído en Tiverton el comercio de paños, había permanecido desocupado el edificio, y el mismo pueblo estaba sumido en gran pobreza. Heathcoat compró la casa, la reparó y la ensanchó; y allí volvió á fabricar encajes en mayor escala que antes, teniendo en continuo trabajo más de trescientas máquinas, y empleando gran número de obreros con buenos sueldos. Pero no se ocupaba solamente en la fabricación de encajes, sino también en los varios ramos de negocios que se relacionan á éste: fabricar estambre, hilar seda, hacer redecillas, etc. Estableció también en Tiverton una fundición de hierro y talleres para la manufactura de herramientas de agricultura, que resultaron de gran beneficio para el distrito. Una de sus ideas favoritas, era la aplicación del vapor para ejecutar todas las faenas pesadas de la vida, y trabajó mucho tiempo en la invención de un arado de vapor. En 1832 llegó á completar su invención de tal modo que le permitió pedir privilegio, y el arado de vapor de Heathcoat, aunque después ha sido suplantado por el de Fowler, era considerado como la mejor máquina de su clase que hasta entonces se había inventado.

Heathcoat era hombre de grandes dotes naturales. Poseía sólido entendimiento, rápida percepción, y para los negocios un genio de primer orden. Unía á estas cualidades, la rectitud, la honradez, y la integridad, cualidades que forman la verdadera gloria del

carácter humano. Siendo en sí mismo su propio instructor, alentaba con calor á los jóvenes meritorios que tenía ocupados, estimulando sus talentos y consolidando sus espíritus. En medio de su vida tan ocupada, halló tiempo para aprender el francés y el italiano, que llegó á poseer correctamente. Su espíritu estaba bien provisto con los resultados de un cuidadoso estudio de la mejor literatura, y había pocas materias de las que no se hubiera formado para sí una apreciación inteligente y exacta. Los dos mil obreros á quienes ocupaba le miraban como á su padre, y él atendía cuidadosamente á su bienestar y adelanto. La prosperidad no le echó á perder ni le envaneció, como lo hace con tantos; ni le cerró el corazón para las exigencias de los pobres y los que luchaban, quienes siempre estaban seguros de su simpatía y de su ayuda. Para proveer á la educación de los hijos de sus obreros, fundó escuelas que le costaron como 6,000 libras esterlinas. Era también hombre de un natural alegre, estimado de los hombres de todas las clases sociales, y muy admirado y amado por aquellos que mejor le conocían.

En 1831 le eligieron para representar en el parlamento el distrito de Tiverton, de cuyo pueblo se había mostrado Heathcoat tan verdadero bienhechor, y cerca de treinta años siguió representándolo. Durante una gran parte de ese tiempo tuvo por colega á lord Palmerston, y en más de una ocasión pública, expresó el noble lord la elevada estimación que profesaba á su venerable amigo. Cuando se retiró de su representación en 1859, á causa de su edad avanzada y achaques que aumentaban cada día, le presentaron mil trescientos de sus obreros un tintero de plata y una pluma de oro, como una prueba de su estimación. Sólo dos años disfrutó de su retiro, muriendo en enero de 1861, á la edad de setenta y siete años, dejando tras de sí la reputación de haber sido un hombre honrado, virtuoso, viril, y de genio como mecánico, de que bien pueden estar orgullosos sus descendientes.

Sigamos ahora una carrera de muy diversa clase, la del ilustre cuanto desgraciado Jacquard, cuya vida ilustra también de un modo notable la influencia que los hombres ingeniosos pueden ejercer sobre la industria de una nación aunque ellos pertenezcan á la más humilde clase. Jacquard era hijo de un matrimonio de trabajadores de Lyón, siendo su padre tejedor, y su madre correctora de modelos. Eran demasiado pobres para darle

algo más que una pobre educación. Cuando tuvo edad para aprender un oficio, le colocó su padre en casa de un encuadernador. Un dependiente viejo que llevaba los libros á su patrón, le dió á Jacquard algunas lecciones de matemáticas. Muy luego principió á manifestar una notable disposición por la mecánica, y algunas de sus ideas sorprendieron mucho al viejo dependiente, quien aconsejó al padre de Jacquard que lo pusiese en otra profesión, en que sus aptitudes peculiares pudieran tener un objeto mejor que la encuadernación de libros. De conformidad con esto fué colocado como aprendiz de cuchillero; pero fué tratado tan mal por su patrón, que poco después dejó su colocación, siendo puesto en seguida en una fundición tipográfica.

Habiendo muerto sus padres, se encontró Jacquard hasta cierto punto obligado á tomar los dos telares de su padre, y continuar la ocupación de tejedor. Inmediatamente se puso á mejorar los telares, y se embebió tanto en sus inventos, que olvidó su trabajo, y pronto se encontró haber concluído sus recursos. Vendió entonces los telares para pagar sus cuentas, al mismo tiempo que tomaba sobre sí la carga de sostener á una mujer. Llegó á ser más pobre aún, y para satisfacer á sus acreedores vendió en seguida su cabaña. Trató de encontrar un empleo, pero en vano, pues las personas le consideraban como á un ocioso, que sólo se ocupaba en meros sueños respecto de sus inventos. Por fin consiguió ocupación con un tejedor de lienzos de Bresse, á donde fué, dejando á su mujer en Lyón, la cual ganaba difícilmente su vida haciendo sombreros de paja.

Durante algunos años nada se oyó decir de Jacquard, pero parece que en ese intervalo continuó trabajando en el perfeccionamiento de su telar para la mejor fabricación de tejidos con figuras, porque en 1790 hizo conocer su invento para la selección de los hilos de urdimbre, los que, agregados al telar, hacían innecesarios los servicios de un ayudante para sacar los hilos. La adopción de esta máquina fué lenta, pero constante, y diez años después de su introducción, ya había cuatro mil de ellas funcionando en Lyón. Las tareas de Jacquard fueron interrumpidas bruscamente por la revolución, y en 1792, le encontramos combatiendo en las filas de los voluntarios lioneses contra el ejército de la convención á las órdenes de Dubois Crancé. La ciudad fué tomada; Jacquard huyó y se incorporó al ejército del Rhin, en el que ascendió á sargento. Hubiera seguido siendo militar si

su hijo único no hubiese muerto á su lado de un balazo; desertó y regresó á Lyón para recobrar á su mujer. La encontró en una bohardilla, dedicada aún á la antigua ocupación de hacer sombreros de paja. Mientras vivía escondido con ella, volvió su espíritu á los inventos en los que en años anteriores tanto había cavilado; pero no tenía recursos con qué proseguirlos. Sin embargo, Jacquard vió la necesidad de salir de su escondite y tratar de encontrar alguna ocupación. Consiguió obtenerla con un manufacturero inteligente, y trabajando de día continuaba inventando por la noche. Se le había ocurrido que aun se podían introducir grandes mejoras en los telares para géneros con figuras, y un día habló incidentalmente del asunto á su patrón, lamentándose al mismo tiempo de que sus limitados recursos le impedían realizar sus ideas. Afortunadamente, supo apreciar su patrón el valor de sus indicaciones, y con laudable generosidad puso á su disposición una cantidad de dinero, para que pudiera continuar cómodamente investigando las mejoras que se proponía conseguir.

En tres meses había inventado Jacquard un telar para sustituír la acción mecánica al trabajo fastidioso y penoso del obrero. El telar fué expuesto en la « Exposición de la Industria Nacional » en París, en 1801, y obtuvo una medalla de bronce. Jacquard fué honrado además en Lyón por una visita del ministro Carnot, quien deseaba felicitarle en persona por el éxito de su invención. Al año siguiente ofreció la sociedad de artes de Londres un premio por la invención de una máquina para fabricar redes de pescar y redes de abordaje para buques. Esto llegó á oídos de Jacquard, y un día en que paseaba por el campo según costumbre, dió vuelta al asunto en su espíritu, y concibió el plan de una máquina para ese objeto. Su amigo, el manufacturero, le volvió á facilitar los medios para que realizara su idea, y en tres semanas concluyó Jacquard su invento.

Habiendo llegado á conocimiento del prefecto del departamento las mejoras realizadas por Jacquard, fué citado éste ante ese funcionario, y después de una explicación sobre la manera de trabajar de la máquina, fué enviado al emperador un informe sobre el asunto. En el acto llamado á París, fué allí el inventor con su máquina, y llevado á presencia del emperador, quien le recibió con la consideración debida á su genio. La entrevista duró dos horas, durante las cuales Jacquard, á quien la afabilidad del emperador le había quitado todo embarazo y cortedad,

explicóle las mejoras que se proponía hacer en los telares para la fabricación de géneros con figuras. El resultado fué que se le dieron habitaciones en el *Conservatoire des Arts et Métiers*, donde tuvo el uso del taller durante su estancia, dándosele un sueldo conveniente para su manutención.

Una vez instalado Jacquard en el conservatorio, principió á completar los detalles de su telar perfeccionado. Tuvo la ventaja de inspeccionar minuciosamente las diversas piezas exquisitas en mecanismo que contenía ese gran tesoro del ingenio humano. Entre las máquinas que más llamaron su atención muy particularmente, y que le puso casualmente sobre las huellas de su descubrimiento, estaba un telar para tejer seda hervida, hecha por Vaucanson, el célebre fabricante de autómatas.

Vaucanson era un hombre del más elevado orden entre los genios constructores. La facultad inventiva era en él tan grande que casi se puede decir que había ascendido á ser en él una pasión que no podía ser dominada. El dicho de que el poeta nace y no se hace, tiene igual aplicación al inventor, quien, aunque es deudor al igual que el otro, á la cultura y á las oportunidades mejoradas, concibe y construye, sin embargo, nuevas combinaciones de maquinaria, principalmente para satisfacer su instinto propio. Este era especialmente el caso de Vaucanson, porque sus obras más elaboradas no se distinguían tanto por su utilidad como por el singular ingenio que demostraban. Cuando era niño aun estaba con su madre un domingo oyendo pláticas, y se divertía observando á través de las grietas del tabique, parte de los movimientos de un reloj que había en la pieza inmediata. Se esforzaba por comprenderlos, y, cavilando sobre ello descubrió después de algunos meses el principio del escape.

Desde ese instante tomó completa posesión de él la invención mecánica. Con algunas herramientas toscas que se fabricó, hizo un reloj de madera que señalaba las horas con notable exactitud haciendo así mismo para una capilla en miniatura las figuras de algunos ángeles que movían sus alas, y algunos sacerdotes que hacían diferentes movimientos. Con el objeto de ejecutar algunos autómatas que había diseñado, principió á estudiar anatomía, música y mecánica, lo que le tuvo ocupado durante algunos años. La vista de la estatua del *tocador de flauta en el jardín de las Tullerías*, le inspiró la resolución de inventar una figura igual que *debería tocar;* y después de varios años de estudio y

de trabajo, aunque luchando con una enfermedad, consiguió realizar su propósito. En seguida ejecutó una figura que tocaba el *flagolé* y luego, un pato, la más ingeniosa de sus obras, que nadaba, zabullía, comía, y graznaba como un pato verdadero. Después inventó un áspid, empleado en la tragedia de *Cleopatra*, que silbaba y se lanzaba al seno de la artista.

Sin embargo, Vaucanson no se limitaba puramente á la fabricación de autómatas. En razón de su ingenio le nombró el cardenal Fleury inspector de las fábricas de seda de Francia, y no bien ocupó su empleo, cuando ya, con su acostumbrado instinto irresistible de inventar, principió á introducir mejoras en las máquinas para trabajar la seda. Una de éstas fué su fábrica para el tejido de la seda, que excitó de tal modo las iras de los obreros de Lyón, temerosos de perder su ocupación á causa de él, que le apedrearon y por poco le matan. Á pesar de eso continuó inventando, y produjo en seguida una máquina para hilar la seda, con un medio para dar una enlazada á la hebra, de modo que hacía de igual grueso á cada madeja.

Cuando murió Vaucanson en 1782, después de una larga enfermedad, legó á la reina su colección de máquinas, quien parece haber hecho escaso aprecio de ellas, pues poco después fueron dispersadas. Pero su máquina para hilar la seda, fué conservada felizmente en el *Conservatoire des Arts et Métiers*, y allí la encontró Jacquard entre los muchos objetos curiosos é interesantes de la colección. Le fué del mayor provecho, por que inmediatamente le dió idea de la modificación principal que introdujo en su telar perfeccionado.

Uno de los rasgos principales de la máquina de Vaucanson era un cilindro taladrado, que, según los agujeros que presentaba al girar, regulaba el movimiento de ciertas agujas, y hacían que los hilos de la urdimbre se desviaran de tal manera que producían un diseño dado, aunque sólo de un modelo sencillo. Jacquard se apoderó con avidez de la indicación, y, con el genio de un verdadero inventor, principió en el acto á perfeccionarlo. Al cabo de un mes estaba terminada su máquina de tejer. Al cilindro de Vaucanson le agregó un cartón sin fin horadado por un número de agujeros, á través de los cuales les eran presentados al tejedor los hilos de la urdimbre, mientras que otra pieza del mecanismo indicaba al operario el color de la lanzadera que debía tirar. Con eso quedaron invalidados tanto el muchacho que tiraba

de los hilos como el corrector de los diseños. El primer uso que hizo Jacquard de su nuevo telar, fué tejer con él varias varas de rico material que presentó á la emperatriz Josefina. Napoleón estaba sumamente complacido con el resultado de los trabajos del inventor, y ordenó que se construyera un número de telares por los mejores obreros, según el modelo Jacquard, y se los regaló; después de lo cual regresó á Lyón.

Allí pasó por el destino tan frecuente de los inventores. Fué considerado por sus propios conciudadanos como un enemigo, y tratado por ellos como lo habían sido Kay, Hargreaves, y Arkwright en Lancashire. Los obreros miraban al nuevo telar como algo fatal para su oficio, y temían que por lo menos les quitaría el pan de la boca. Tuvo lugar una asamblea tumultuosa en la Place des Forrean, y allí se resolvió que fueran destruídas las máquinas. Esto lo impidieron, sin embargo, las tropas. Pero Jacquard fué amenazado y colgado en efigie. En vano trataba el *Conseil des prud'hommes* de apaciguar la excitación, porque ellos mismos fueron acusados. Al fin, arrastrados por el impulso popular *los prud'hommes*, cuya mayor parte habían sido obreros y simpatizaban con la clase, hicieron sacar uno de los telares de Jacquard y lo destrozaron públicamente. Siguiéronse los motines, y en uno de ellos fué Jacquard arrastrado por la calle por una chusma furiosa que quería ahogarle, pero fué salvado.

Sin embargo, no podía negarse el gran valor del telar de Jacquard, y su éxito era solo cuestión de tiempo. Algunos fabricantes de seda ingleses pedían con insistencia á Jacquard que pasase á Inglaterra y se estableciera allí. Pero á pesar del tratamiento violento y cruel que había recibido de sus compatriotas, era tan fuerte en él su patriotismo, que no le permitía aceptar la oferta. Sin embargo, los fabricantes ingleses adoptaron su telar. Fué entonces, y tan sólo entonces, cuando Lyón, amenazada con ser vencida, lo adoptó con apresuramiento; y al poco tiempo era empleada la máquina Jacquard para casi todos los tejidos. Los resultados probaron que los temores de los obreros eran infundados completamente. En vez de disminuir la ocupación de obreros, la aumentó por lo menos diez veces el telar de Jacquard. El número de personas ocupadas en la manufactura de géneros con figuras en Lyón era de 60,000 en 1833, según lo afirma León Faucher; y ese número ha aumentado considerablemente desde aquella fecha.

Por lo que respecta á Jacquard mismo, pasó tranquilamente el

resto de su vida, y los mismos obreros que le arrastraron por la calle para ahogarle, poco después se apresuraron á quererle llevar en triunfo por el mismo camino en celebración de su cumple años. Pero su modestia no le permitía tomar parte en esa demostración. El Ayuntamiento de Lyón le propuso que se consagrara á perfeccionar su máquina para beneficio de la industria local, á lo que accedió Jacquard en cambio de una pensión moderada, cuya cantidad fijó él mismo. Después de perfeccionar su invento, se retiró á los sesenta años á terminar sus días en Oullins, lugar en que había nacido su padre. Allí recibió en 1820 la condecoración de la Legión de Honor, y allí fué donde murió y fué enterrado en 1834. Se levantó una estatua en honor suyo, pero sus parientes quedaron en la pobreza, y veinte años después de su muerte, se vieron sus dos sobrinas en la necesidad de vender por unos pocos contenares de francos la medalla de oro concedida á su tío por Luis XVIII. *Tal fué*, — dice un escritor francés, — *la gratitud de los intereses manufactureros de Lyón por el hombre á quien debe una parte tan grande de su esplendor.*

Sería fácil extender el martirologio de los inventores, y citar los nombres de otros hombres igualmente distinguidos que, sin obtener para sí una recompensa adecuada, han contribuído al progreso industrial del siglo, porque ha acontecido frecuentemente que el genio ha plantado el árbol, del cual ha recogido el fruto la paciente estupidez; por ahora nos limitaremos á hacer un breve relato de un inventor comparativamente reciente, como ejemplo de las dificultades y privaciones que tan frecuentemente tienen que vencer los genios inventores por ser así la suerte. Aludimos á Joshua Heilmann, el inventor de la maquina de cardar.

Heilmann nació en Mulhouse en 1796, asiento principal de la manufactura de algodón de Alsacia. Su padre se ocupaba en ese comercio, y Joshua entró en él de edad de quince años. Allí permaneció durante dos años, empleando su tiempo desocupado en dibujos mecánicos. Después pasó dos años en París en la casa de banca de su tío, siguiendo el estudio de las matemáticas por las noches. Habiendo establecido algunos de sus parientes una pequeña fábrica de tejer algodón en Mulhouse, fué colocado el joven Heilmann con los señores Tissot y Rey, en París, para aprender la práctica de esa casa. Al mismo tiempo se hizo estudiante del *Conservatoire des Arts et Métiers*, donde con-

curría á las conferencias, y estudiaba las máquinas del museo. También tomó lecciones prácticas de tornear de un fabricante de juguetes. Después de un tiempo ocupado activamente, regresó á Alsacia para inspeccionar la construcción de la maquinaria para la nueva fábrica en *Vieux-Thann*, que muy pronto estuvo concluída y comenzó á trabajar. Las operaciones de la manufactura estaban, sin embargo, sufriendo seriamente por una crísis comercial que había, y pasó á otras manos, por lo cual Heilmann regresó á casa de su familia en Mulhouse.

En el ínterin había ocupado con inventos parte de su tiempo disponible, muy particularmente en lo que se relacionaba con el tejido del algodón y la preparación de las materias primeras para el hilado. Una de sus primeras invenciones fué una máquina de bordar, en que se empleaban veinte agujas, trabajando simultáneamente, y consiguió realizar su propósito en unos seis meses de trabajo. Por esta invención que figuró, en la Exposición de 1834, recibió una medalla de oro, y fué condecorado con la Legión de Honor. Siguieron rápidamente otros inventos; un telar perfeccionado, una máquina para medir y doblar géneros, un perfeccionamiento de los *bastidores de canillas y los volantes de los hilanderos ingleses*, y una máquina para entrelazar la trama con varios perfeccionamientos en la maquinaria de preparar, hilar y tejer la seda y el algodón. Uno de sus inventos más ingeniosos fué su telar para tejer simultáneamente dos piezas de terciopelo ú otro género de felpa, unido por el pelillo común á ambos, con un cuchillo y aparato cruzado para separar los dos géneros una vez tejidos. Pero la más bella é ingeniosa de sus invenciones fué la máquina de cardar, cuya historia vamos á referir muy brevemente.

Heilmann había estado estudiando activamente durante algunos años, la invención de una máquina para cardar el algodón crudo largo, encontrándose que la máquiua ordinaria de cardar era ineficaz para preparar el material crudo para hilar, especialmente los hilos de una clase más fina y que además causaba muchísimo desperdicio. Para evitar estas imperfecciones ofrecieron los tejedores de algodón de Alsacia, un premio de 5000 francos por una máquina de cardar perfeccionada, y Heilmann puso inmediatamente manos á la obra para obtener el premio. No lo estimulaba el deseo de la ganancia, porque era relativamente rico, habiéndole llevado al matrimonio una consi-

derable fortuna su mujer. En él era un decir constante : —*Nunca se realizarán grandes cosas si tiene que preguntarse uno constantemente ¿cuánto me va á dar esto de ganancia?* Lo que principalmente le impelía era el irresistible instinto del inventor, que en cuanto tiene ante sí un problema mecánico, ya se siente impelido á buscar su resolución. En este caso, sin embargo, era mucho más difícil el problema de lo que se había imaginado. El estudio aplicado sobre el asunto le ocupó varios años, y los gastos que le ocasionó fueron tan grandes, que la fortuna de su mujer fué consumida muy luego, quedando reducido á la probreza, sin poder llevar su máquina á la perfección. Desde ese momento se vió en la necesidad de depender principalmente de la ayuda de sus amigos para poder continuar la invención.

Mientras luchaba con la probeza y las dificultades, murió la mujer de Heilmann, creyendo que su marido estaba arruinado; y poco tiempo después pasó él á Inglaterra, y se estableció algún tiempo en Manchester, trabajando siempre en su máquina. Se hizo hacer un modelo por los eminentes maquinistas Sharpe, Roberts y Compañía; pero aun no podía hacerla trabajar satisfactoriamente, y al fin se hallaba próximo á la desesperación. Regresó á Francia para visitar á su familia, siempre trabajando en su idea, que se había apoderado por completo de su espíritu. Estando sentado una noche delante de la chimenea, meditando sobre la dura suerte de los inventores y en los infortunios en que tan frecuentemente se ven envueltas sus familias, se encontró, inconscientemente, observando á sus hijas que peinaban sus largas cabelleras, extendiéndolas en todo su largo entre sus dedos. De súbito le ocurrió la idea de que si pudiera imitar con éxito en una máquina el procedimiento de peinar para afuera el cabello más largo y forzando atrás el corto, volviendo al revés la acción del peine, podría servir para zafarlo de su dificultad. Recordaremos que este incidente en la vida de Heilmann ha sido el tema de un hermoso cuadro hecho por Elmore, de la Real Academia, que fué exhibido en la exposición de la Real Academia, en 1862.

Principió á trabajar sobre esta idea, introdujo el procedimiento de la máquina de cardar aparentemente sencillo, pero en realidad intrincadísimo, y después de gran labor consiguió perfeccionar su invención. La singular belleza del procedimiento

sólo puede ser apreciada por aquellos que han visto trabajar la máquina, y la similitud de sus movimientos á los de peinar el cabello, lo que sugirió el invento, resalta á primera vista. La máquina ha sido descrita, como que *obra casi con la misma delicadeza de tacto que los dedos humanos*. Carda la vedija de algodón *en los dos extremos*, coloca las fibras exactamente paralelas entre sí, separa las largas de las cortas, y une las fibras largas en una madeja y las cortas en otra. Finalmente, no solo obra la máquína con el primor delicado de los dedos humanos, sino también, al parecer, con la inteligencia delicada del espíritu humano.

El valor comercial principal del invento consiste en que hace parecer que las clases más comunes del algodón sean útiles para el hilado fino. Por ello están los fabricantes en condición de poder elegir las fibras más á propósito para los géneros de alto precio, y de producir las clases de hilo más fino en cantidades mucho mayores. Por medio de ella se hizo posible hacer hilo tan delgado que el largo de 334 millas podía ser hilado con una sola libra de algodón preparado, y, una vez trabajado en randas y encajes finos, podía por esto aumentarse al valor de entre 300 y 400 libras esterlinas, lo que antes de entregarse al consumidor así, sólo tenía el valor de un chelín de lana de algodón.

La belleza y utilidad del invento de Heilmann fueron apreciados en el acto por los tejedores de algodón ingleses. Se unieron seis casas de Lancashire y compraron para Inglaterra el privilegio para hilar el algodón, por la suma de 30,000 libras esterlinas; los tejedores de lana pagaron la misma suma por el privilegio de aplicar el mismo procedimiento á la lana, y los señores Marshall, de Leeds, 20,000 libras esterlinas por el privilegio de aplicarla al lino. De ese modo fluía de pronto y por fin la riqueza sobre el pobre Heilmann. Pero no vivió para disfrutarla. Apenas habían sido coronadas con éxito sus largas tareas, cuando murió, y su hijo, que había participado de sus privaciones, le siguió muy luego.

Las maravillas de la civilización sólo se realizan mediante el sacrificio de vidas como las que acabamos de reseñar.

CAPÍTULO III

TRES GRANDES ALFAREROS : PALISSY, BOTTGHER, WEDGWOOD

La paciencia es la parte más delicada y más digna de la grandeza del alma, y también la más escasa... La paciencia está en la raíz de todos los placeres, lo mismo que en la de todas las facultades. La misma esperanza deja de ser felicidad cuando la acompaña la impaciencia. — JUAN RUSKIN (1).

Hace más de veinticinco años que me fué mostrada una copa de tierra, torneada y esmaltada, de tal belleza que... desde entonces, sin tener en cuenta que carecía de conocimientos respecto de las tierras arcillosas, me puse á buscar los esmaltes como un hombre que palpa en medio de las tinieblas. — BERNARDO PALISSY (2).

La historia de la alfarería ofrece algunos de los ejemplos más notables de paciente perseverancia que se pueden encontrar en la biografía general. De ellos escogemos tres de los más sorprendentes, en las vidas de Bernardo Palissy, francés; Juan Federico Böttgher, alemán; y Josiah Wedgwood, inglés.

(1) Patience is the finest and worthiest part of fortitude, and the rarest too Patience... lies af the root of all pleasures, as well as of all powers. Hope herself ceases to be happines when Impatiencé companions her. — JOHN RUSKIN.

(2) Il y a vingt et cinq ans passez qu'il ne me fut monstrè une coupe de terre, tournée et esmaillée d'une telle beauté que... dèslors, sans avoir esgard que je n'avois nulle connoissance de terres argileuses, je me mis à chercher les émaux, comme un homme qui taste en tènèbrès. — BERNARD PALISSY.

Aunque el arte de hacer vasos comunes de arcilla era conocido en la mayor parte de las antiguas naciones, era mucho menos común el de fabricar loza esmaltada. Sin embargo, fué practicado por los antiguos etruscos, de cuyas muestras se ven aún en varias colecciones de antigüedades. Pero el arte se perdió, y sólo fué recuperado en una época relativamente reciente. La loza etrusca era muy apreciada en los tiempos antiguos, hasta valer un vaso en tiempo de Augusto su peso en oro. Parece que los moros habían conservado entre sí el conocimiento del arte, habiéndoseles visto practicarlo en la isla de Mallorca cuando fué tomada por los Pisanos, en 1115. Entre el botín llevado había muchos platos de loza morisca, que, en recuerdo del triunfo, fueron incrustados en los muros de varias de las antiguas iglesias de Pisa, que aun pueden verse allí. Unos dos siglos más tarde principiaron los italianos á hacer una imitación de loza esmaltada, á la que dieron el nombre de mayólica, en recuerdo del nombre del lugar morisco de la fabricación.

El reinstalador del arte de esmaltar en Italia, fué Lucca della Robbia, escultor florentino. Varsari le califica como hombre de infatigable perseverancia, que trabajaba todo el día con su cinsel y hacía dibujos durante la mayor parte de la noche. Se ocupaba de este último arte con tanta asiduidad, que cuando trabajaba hasta muy entrada la noche, tenía la costumbre, para evitar que los pies se le helaran de frío, de proveerse de un canasto con virutas en el cual los colocaba para conservar el calor y poder continuar sus dibujos. — « No me sorprende esto lo más mínimo, dice Varsari, desde que ningún hombre se ha distinguido jamás en un arte, cualquiera que sea, si no principia desde temprano á adquirir la facultad de soportar el calor, el frío, el hambre, la sed, y otras penalidades; mientras que se engañan por completo aquellas personas que suponen que tomándolo cómodamente y estando rodeadas de todas las fruiciones del mundo, pueden alcanzar una distinción honrosa, porque no es durmiendo, sino despierto, vigilante, y trabajando continuamente, como se alcanza el adelanto y se consigue la nombradía. »

Pero Lucca, á pesar de toda su contracción y laboriosidad, no consiguió dinero suficiente con la escultura para poder vivir por el arte, y se le ocurrió la idea de que podría, sin embargo, continuar haciendo sus diseños en algún material más fácil y menos caro que el mármol. De aquí que principiara á hacer sus mo-

delos de arcilla, esforzándose por medio de experimentos en cubrir y en cocer de tal modo dicha arcilla, que pudieran hacer duraderos los modelos. Después de muchos experimentos, descubrió por fin un método de cubrir la arcilla con un material, que una vez sometido al calor intenso de un horno, se convertía en un esmalte casi impermeable. Después hizo otro descubrimiento más; el método para comunicar color al esmalte; aumentando así muchísimo su hermosura.

La fama de los trabajos de Lucca se extendió por toda Europa, y se esparcieron muchas muestras y modelos de su arte. Muchos de ellos, enviados á Francia y á España, fueron muy apreciados. Por ese tiempo, los únicos artículos de loza que se producían en Francia eran toscos cántaros y ollas; y así continuó siendo, con poquísimas mejoras relativamente, hasta la época de Palissy, hombre que trabajó penosamente y luchó contra estupendas dificultades con un heroísmo tal, que arroja una vislumbre casi de novela sobre los acontecimientos de su azarosa vida.

Supónese que Bernardo Palissy nació en el mediodía de Francia, en la diócesis de Agén, por el año 1510. Su padre fué probablemente un obrero vidriero, en cuyo oficio fué criado Bernardo. Eran pobres sus padres, — demasiado pobres para darle los beneficios de la educación de una escuela cualquiera. — « No tuve otros libros, dice él mismo, sino el cielo y la tierra, que están abiertos para todos. » Sin embargo, aprendió el arte de pintar vidrios, el dibujo, y después á leer y á escribir.

Cuando tenía diez y ocho años, decayó el comercio de vidrios, y Palissy abandonó la casa paterna con su mochila al hombro, y salió al mundo en busca de un lugar para él. Se dirigió primeramente á Gascuña, trabajando en su oficio donde quiera que encontraba ocupación, y ocupándose de vez en cuando como agrimensor. En seguida viajó hacia el norte, deteniéndose por diferentes períodos en varias partes de Francia, Flandes, y la baja Alemania.

De ese modo ocupó Palissy otros diez años de su vida, después de lo cual se casó, y cesó en sus correrías, estableciéndose para ejercer el oficio de pintor de vidrios y de agrimensor en el pueblecito de Saintes, en el bajo Charente. Allí le nacieron varios hijos, y aumentaron no solamente sus responsabilidades, sino también sus gastos, mientras que á pesar de todo lo que hacía, sus ganancias eran demasiado pequeñas para sus necesidades.

Érale, pues, necesario moverse. Probablemente se consideraba capaz de mejores cosas que *estar vegetando* en una ocupación tan precaria como la de pintar vidrios; y eso le indujo á dirigir su atención al arte conexo de pintar y esmaltar loza de barro. Pero ignoraba por completo esta materia; porque antes de emprender sus operaciones no había visto nunca cocer la arcilla. Tenía, pues, que aprender todo por sí mismo, sin que hubiese quien le ayudara. Pero se sentía esperanzado, estaba ansioso de aprender, y poseía ilimitada perseverancia é inagotable paciencia.

La vista de una elegante copa de fabricación italiana — probablemente una de las fabricadas por Lucca della Robbia — fué lo que primero hizo pensar á Palissy en este arte nuevo. Una circunstancia tan insignificante en sí no habría producido efecto alguno sobre un espíritu común, ó aun sobre el mismo Palissy en otro tiempo; pero habiendo ocurrido en un momento en que estaba meditando un cambio de ocupación, se sintió en el acto enardecido con el deseo de imitarla. La vista de esta copa perturbó toda su existencia, y se apoderó de él como una pasión el deseo de descubrir el esmalte con que estaba barnizado. Si hubiera sido soltero podía haber emprendido un viaje á Italia en busca del secreto; pero estaba unido á su mujer y á sus hijos, y no podía dejarlos; así es que permaneció á su lado palpando en la obscuridad, con la esperanza de encontrar el procedimiento de hacer y esmaltar loza de barro.

Al principio únicamente podía imaginar la clases de materiales de que se componía el esmalte, y se puso á experimentar en todas formas para averiguar cuáles eran realmente. Mezclaba todas las substancias que suponía que pudieran producirle. En seguida compraba vasijas de barro, las hacía pedazos, y extendiendo sus mezclas sobre ellos, los sometía al calor de un horno que había construído para cocerlos. Fracasaron sus experimentos, y los resultados fueron vasijas rotas y gasto de combustible, drogas, tiempo y trabajo. Las mujeres no simpatizan fácilmente con experimentos cuyo único efecto tangible es despilfarrar los medios de comprar ropas y alimentos para sus hijos, y la mujer de Palissy, sin embargo de ser muy sumisa en todos conceptos, no se podía conformar con la compra de otras vasijas de barro, que le parecían adquiridas sin más objeto que ser rotas. Con todo, tuvo que someterse, pues Palissy estaba completamente poseído

por la resolución de apoderarse del secreto del esmalte, y no la quería abandonar.

Durante muchos meses y hasta años consecutivos continuó Palissy sus experimentos. Habiendo sido un fracaso la primer hornada, dió principio á otra fuera de sus habitaciones. Allí quemó más leña, echó á perder más drogas y vasijas, y perdió más tiempo, hasta que la pobreza le sorprendió á él y á su familia. — « Así perdí vanamente varios años, — dice — con penas y suspiros, pero de ningún modo podía llegar á realizar mis propósitos. » En los intervalos de sus experimentos trabajaba á veces en sus ocupaciones anteriores, pintando sobre vidrios, dibujando retratos, y midiendo tierras, pero las ganancias que sacaba de esto eran muy pequeñas. Finalmente ya no pudo continuar sus experimentos en su mismo horno á causa de lo caro de los combustibles; pero compró más vasijas, las rompió como antes en tres ó cuatrocientos pedazos, y cubriéndolos con preparaciones químicas, los llevó á un tejar que estaba como á legua y media de Saintes, para que allí fuesen cocidos en una hornilla ordinaria. Después de la operación fué á ver sacar los pedazos; y para mayor desaliento, fué un frascaso todo el experimento. Pero aunque chasqueado, no estaba vencido, pues allí mismo resolvió *principiar de nuevo*.

Su ocupación de agrimensor le separó por un corto tiempo de la prosecución de sus experimentos. De conformidad con un edicto del Estado, se hizo necesaria la medición de los salitrales que había en los alrededores de Saintes, para poder cobrar el impuesto territorial. Palissy fué empleado para hacer esta medición y trazar el mapa correspondiente. Este trabajo le ocupó por algún tiempo, siendo bien pagado por ello, pues no bien había concluído cuando volvió con redoblado celo á continuar sus antiguas investigacionés *en la huella del esmalte*. Principió rompiendo tres docenas de ollas de barro nuevas, cuyos pedazos cubrió con diferentes materias que había mezclado, y en seguida los llevó para ser cocidos en una hornilla de vidrios cercana. Los resultados le procuraron un rayo de esperanza. El calor mayor de la hornilla de vidrios había derretido algunas de las mezclas; pero aunque Palissy buscó con empeño el esmalte blanco, no lo pudo hallar.

Durante dos años más continuó haciendo experimentos sin resultado alguno favorable, hasta que las ganancias de su medi-

ción de las salinas casi habían sido gastadas del todo, volviéndole á sumir en la miseria. Pero se resolvió á hacer un último esfuerzo, y principió á quebrar más vasijas que antes. Más de trescientos pedazos de vasijas de barro cubiertas con sus mezclas fueron enviadas á la hornilla de vidrios; y allá fué él mismo á vigilar la operación. Pasaron cuatro horas, durante las cuales estuvo vigilando; y entonces fué abierta la hornilla. Tan solo la composición de *una* de las trescientas piezas de las vasijas quebradas en pedazos había sido derretida, y fué sacada para enfriarla. Cuando endureció, se volvió blanca — ¡blanca y bruñida! El pedazo de vasija estaba cubierto con esmalte blanco, descrito por Palissy como *singularmente bello*. Y bello debe haber sido á su vista después de toda su espera abrumadora. Con él corrió á su casa para presentárselo á su mujer, sintiéndose, según su propia expresión, como un ser completamente nuevo. Pero aún no estaba ganado el premio, lejos de ello. El éxito parcial de este último esfuerzo solo tuvo el efecto de inducirle á hacer una sucesión de otros experimentos y fracasos.

Para poder completar su invención que creía ya tener en su poder, resolvió construír para sí un horno de vidrios cerca de su habitación, donde podría llevar adelante y en secreto sus trabajos. Principió á construír el horno con sus propias manos, llevando sobre sus hombros los ladrillos desde la fábrica. Era albañil, peón, y todo. Pasaron siete ú ocho meses más. Por fin estuvo terminado el horno y dispuesto para el servicio. Al mismo tiempo se había provisto Palissy de un número de vasijas de barro para aplicarles el esmalte. Después de haberlas sometido á una prueba preliminar de cocerlas, fueron cubiertas con la mezcla de esmalte, y vueltas á colocar en el horno para el gran experimento. Á pesar de que sus rocursos estaban casi agotados, había estado Palissy acumulando hacía tiempo un gran depósito de combustible para el esfuerzo final, y él lo consideraba suficiente. Por fin fué encendido el fuego, y se dió principio á la operación. Todo el día estuvo sentado al lado del horno, alimentándolo con el combustible. Estuvo sentado allí durante toda una larga noche. Pero el esmalte no se derretía. El sol salió é iluminó su tarea. Su mujer le trajo una ración de su escaso almuerzo, porque él no quería moverse de aquel sitio, y continuaba amontonando de cuando en cuando más combustible. Pasó el segundo día, y aun no se derretía el esmalte. Púsose el sol,

y pasó otra noche. Palissy, pálido, escuálido, sin afeitarse, engañado pero no vencido, continuaba sentado al lado de su horno esperando ansiosamente que se derritiera el esmalte. Pasaron un tercer día y otra noche más — un cuarto, un quinto, y hasta un sexto, — sí, durante seis largos días con sus noches estuvo vigilando y bregando el invencible Palissy, luchando contra la esperanza, y aun no quería derretirse el esmalte.

Ocurriósele entonces que podría haber algún defecto en las materias usadas para el esmalte, que quizá faltaba algo en la mezcla, y se puso á trabajar, á machacar y á mezclar nuevas materias para hacer otro experimento. Así pasaron dos ó tres semanas más. ¿Pero como comprar más vasijas? porque aquellas que había hecho con sus propias manos para los fines del primer experimento estaban por lo muy cocidas irremediablemente perdidas para el segundo. Todo su dinero estaba gastado, pero podía pedir prestado. Su reputación era aún buena, á pesar de que su mujer y sus vecinos juzgaban que derrochaba locamente sus recursos en experimentos fútiles. Sin embargo, salió bien. Pidió prestado á un amigo lo suficiente para poder comprar más combustible y más vasijas, y se halló otra vez en aptitud de hacer otros ensayos. Las vasijas fueron cubiertas con la nueva mezcla, colocadas en el horno, y el fuego encendido de nuevo.

Era el último ensayo y el más desesperado de todos. El fuego ardía; el calor se hizo intenso; pero aun no se derretía el esmalte. ¡Principió á faltar el combustible! ¿Cómo poder mantener el fuego? Ahí estaban las palizadas del jardín: ¡que ardan! Tienen que ser sacrificadas antes que fracasar el gran experimento. ¡Las palizadas fueron arrancadas y arrojadas al horno, pero quemadas en vano! El esmalte no se había derretido aún. Diez minutos más de calor lo conseguirían quizá. El combustible debía adquirirse á cualquier precio. Quedaban el ajuar de la casa y las alacenas. Oyóse un ruido estrepitoso en la casa; y en medio de los gritos de su mujer y de sus hijos, que ahora temían que Palissy hubiese perdido la razón, fueron cogidas las mesas, destrozadas, y arrojadas al horno. ¡El esmalte aun no se había derretido! Quedaban las alacenas. Otro ruido de maderas rajadas se oyó en la casa, y las alacenas fueron arrancadas y arrojadas después de los muebles al horno. Entonces huyeron de la casa la mujer y los hijos, y corrieron despavoridos por el pue-

blo, gritando que el pobre Palissy se había vuelto loco y que estaba destrozando su propio ajuar para usarlo como leña para el fuego! (1)

Durante todo un mes no se había quitado la camisa de encima, y estaba completamente fatigado y aniquilado por el trabajo, la ansiedad, las vigilias, y la falta de alimentos. Estaba endeudado, y parecía hallarse al borde de su ruina. Pero por fin había vencido el secreto; porque la última violencia de un gran calor había derretido el esmalte. Los cántaros ordinarios de loza de barro fueron encontrados cubiertos de un barniz blanco, cuando se enfriaron después de sacados del horno. Por esto podía soportar las reconvenciones, las injurias y el desdén, y esperar pacientemente la oportunidad de poner en práctica su descubrimiento cuando llegasen mejores días.

Palissy tomó en seguida á sueldo á un alfarero para que le hiciera los vasos según los diseños que él le daba, mientras que él mismo principió á modelar algunos medallones en arcilla con el propósito de esmaltarlos. Pero, ¿cómo sostenerse y mantener á su familia hasta que la loza fuera hecha y estuviera pronta para la venta? Afortunadamente quedaba un hombre en Saintes que aún creía en la integridad, si no en el criterio, de Palissy, — un hostelero, que convino en darle alojamiento y comida durante seis meses, mientras él continuaba sus procedimientos. Por lo que hace al obrero de alfarería que había tomado á su servicio, vió Palissy muy luego que no le podía pagar el sueldo

(1) He aquí las propias palabras de Palissy : — « Le bois m'ayant failli je fus contraint brusler les estapes (étaios) qui sustenoyent les tailles de mon jardin, lesquelles estant bruslées, je fus contraint brusler les tables et plancher de la maison, afin de faire fondre la seconde composition. J'estois en une telle angoisse que je nesçaurais dire : car j'etois tout tari et deseché à cause du labeur et de la chaleur du fourneau; il y avoit plus d'un mois que ma chemise n'avoit seiché sur moy, encores pour me consoler on se moquoit de moy, et meme ceux qui me devoient secourir alloient crier par la ville que je faisois bruler le plancher : et par tel moyen l'on me fasoit perdre mon credit et m'estimoit-on estre fol. Les autres disoient que jè cherchois à faire la fausse monnoye, qui estoit un mal qui me faisoit seicher sur les pieds; et m'en allois par les ruès tout baissè comme un homme honteux :... personne ne me secouroit ; mais au contraire ils se mocquoyent de moy, en disant : Il luy appartient bien de mourir de faim, parce qu'il delaisse son mestier. Toutes ces nouvelles venoyet à mes aureilles quand je passois par la ruè. » — « Œuvres Complètes de Palissy. » (Paris. 1844) : *De l'Art de terre.* p. 315.

estipulado. Habiendo despojado ya su habitación, no le quedaba más recurso que desnudarse: así es que se deshizo de algunas de sus ropas para dárselas al alfarero, á cuenta de los salarios que le debía.

Después construyó Palissy un horno perfeccionado, pero fué tan desgraciado que hizo parte del interior con pedernal. Cuando se calentó se rajaron y desgranaron estas piedras y las chispas se desparramaron sobre las piezas de alfarería, quedando pegadas allí. Aunque el esmalte salió bien, estaba echado á perder sin remedio el trabajo, y de ese modo se perdieron otros seis meses de labor. Halláronse personas dispuestas á comprar á bajo precio los artículos, á pesar del daño que habían sufrido; pero Palissy no los quiso vender, considerando que obrando así sería *desacreditar y envilecer su honra*; y por eso hizo pedazos toda la hornada. *Sin embargo,*—dice él mismo—*la esperanza continuaba inspirándome, y me sostuve virilmente; algunas veces, cuando llegaban visitas, las atendía con alegría aparente, porque estaba realmente triste en el fondo...* Y añade: « El peor de los sufrimientos que tenía que soportar, eran las burlas y persecuciones de los mismos de mi casa, que eran tan poco razonables que esperaban que yo hiciera obras sin tener los recursos para ello. Durante varios años estuvieron mis hornos sin techos ni protección, y mientras las cuidaba he estado muchísimas noches á merced del viento y de la lluvia, sin ayuda y sin consuelo, á no ser que esto lo fuera el maullar de los gatos por un lado, y el ladrido de los perros por otro. Algunas veces daba la tempestad tan furiosamente contra los hornos, que me veía obligado á dejarlos y buscar protección dentro de la casa. Transido por la lluvia, y en un estado tal que parecía que hubiera sido arrastrado por el fango, me he ido á acostar á media noche ó al nacer el día, tropezando al entrar en la casa sin una luz, y bamboleando de un lado para otro como si estuviera borracho, y no siendo eso más que el efecto de la fatiga de la vigilia, y estando lleno de angustia por la pérdida de mi trabajo después de tanta labor. Pero ¡ ay ! mi casa no era para mí un refugio; porque, empapado y sucio como estaba, encontraba en mi habitación una persecución peor que la primera, que aun ahora mismo me hace admirarme que no haya sido completamente destruído por mis muchos pesares. »

En esta altura de sus asuntos, púsose Palissy melancólico y

casi desesperado, y parece que sólo le faltó el sucumbir. Erraba taciturno por los campos cerca de Saintes, colgando en andrajos sus vestidos, y él mismo flaco como un esqueleto. En uno de los pasajes singulares de sus escritos, refiere como le desaparecieron las pantorrillas, que ya no podían retener las medias con la ayuda de las ligas, cayéndosele sobre los pies al caminar. (1) La familia continuaba reprochándole que era abandonado, y sus vecinos le vituperaban lo que llamaban *su obstinada locura.* Así es que volvió por un tiempo á su antigua ocupación; y después de un año de trabajo activo, durante cuyo tiempo ganó el pan para su familia y en algo volvió á ganar su buen nombre entre los vecinos, emprendió nuevamente su empresa tan querida. Pero aunque ya había gastado unos diez años en busca del esmalte, le costó aún ocho años más de estudios experimentales antes que pudiera perfeccionar su invención. Aprendió gradualmente la destreza y tuvo la certeza del resultado por medio de la experiencia, recogiendo conocimientos de entre sus muchos fracasos. Cada desastre era una nueva lección que le enseñaba algo de nuevo sobre la naturaleza de los esmaltes, las calidades de las tierras arcillosas, la mezcla de las arcillas, y la construcción y manejo de los hornos.

Por fin, á los diez y seis años de labor, pudo Palissy cobrar ánimo y llamarse alfarero. Estos diez y seis años habían sido su término de aprendizaje en el arte, durante los cuales había tenido que enseñarse á sí mismo, comenzando desde el verdadero principio. Ahora estaba en condición de vender sus lozas y con ello podía sostener á su familia cómodamente. Pero nunca estaba satisfecho de lo que había realizado. Pasaba de un grado de perfección á otro mayor, siempre con el propósito de llegar á la mayor que le fuese posible. Para modelos estudió objetos naturales, y con tal éxito, que el gran Buffón dijo de él que *era un naturalista tan grande como únicamente lo podía producir*

(1) Toutes ces fautes m'ont causé un tel lasseur et tristesse d'esprit, qu'auparavant que j'aye rendu mes emaux fusible á un mesme degré de feu, j'ay cuidé entrer jusques à la porte du sepulchre: aussi en me travaillant à tels affaires je me suis trouvé l'espace de plus de dix ans si fort escoulé en ma personne, qu'il n'y avoit aucune forme ny apparence de bosse aux bras ny aux jambes: ains estoyent mes dites jambes toutes d'une venue: de sorte que les liens de quoij j'attachois mes bas de chausses estoyent, soudain que je cheminois, sur les talons avec le residu de mes chausses.» — *Œuvres*, 319, 320.

la naturaleza. Sus piezas ornamentales son consideradas ahora como joyas raras en los gabinetes de los inteligentes y se venden á precios casi fabulosos. (1) Los adornos que tienen son en su mayor parte copias exactas tomadas de la vida de animales silvestres, lagartijas, y plantas, que se encuentran en el campo de los alrededores de Saintes, y combinados con gusto como ornamentos en la textura de un plato ó de un jarrón. Cuando Palissy hubo alcanzado el pináculo de su arte se titulaba *Ouvrier de Terre et Inventeur des Rustics Figulines*. (2)

No hemos llegado, sin embargo, al final de los sufrimientos de Palissy, respecto de los cuales aun hay que decir algunas palabras. Siendo protestante, en una época en que la persecución religiosa se encendía en cólera en el sud de Francia, y expresando sus ideas sin temor alguno, era mirado como un hereje peligroso. Habiendo informado contra él sus enemigos, fué invadida su casa en Saintes, por los *oficiales de justicia*, y su taller abierto al populacho, que penetró y destrozó su loza; mientras que él mismo fué llevado por fuerza una noche y metido en un calabozo en Burdeos, para esperar el turno hacia la hoguera ó el patíbulo. Fué sentenciado á ser quemado, pero un noble poderoso, el condestable de Montmorency, se interpuso para salvarle la vida, no por que tuviera alguna consideración especial por Palissy ó por su religión, sino porque no se podía encontrar otro artista capaz de ejecutar el pavimento esmaltado para su magnífico castillo que entonces se estaba edificando en Ecouen, á unas cuatro leguas de París. Gracias á su influencia se dió un edicto nombrando á Palissy inventor de alfarería rústica para el rey y para el condestable, que tuvo por efecto inmediato sacarle de la jurisdicción de Burdeos. Fué puesto en libertad, y regresó á su casa de Saintes, que encontró asolada y desbaratada. Su taller estaba sin techado, y sus trabajos en ruinas. Sacudiendo de sus pies el polvo de Saintes dejó el lugar para no volver jamás á él, y se trasladó á París para ejecutar las obras que le habían sidó encomendadas por el condestable y la reina madre, siendo alojado en las Tullerías durante esa ocupación. (3)

(1) En la venta de artículos raros que hizo Mr. Bernal en Londres hace algunos años, fué vendido en £ 162, uno de los platos de Palissy, de doce pulgadas de diámetro, con una lagartija en el centro.

(2) *Obrero de tierras cocidas é inventor de figuritas rústicas*,

(3) En éstos últimos meses ha descubierto uno de los hornos en que

Además de seguir en la fabricación de alfarería con la ayuda de sus dos hijos, escribió Palissy en la última época de su vida, y publicó varios libros sobre el arte de la alfereria, con el objeto de instruir á sus compatriotas, y para que evitaran los muchos errores que él mismo había padecido. También escribió sobre agricultura, sobre fortificación, é historia natural, y sobre esta última materia llegó á dar conferencias á un limitado número de personas. Hacía la guerra á la astrología, la alquimia, los sortilegios y demás imposturas. Esto despertó contra él muchos enemigos, quienes le señalaban como á hereje, y volvió á ser preso por su religión y encerrado en la Bastilla. Era ya un anciano de sesenta y ocho años, temblando al borde del sepulcro, pero su ánimo se conservaba tan valeroso como siempre. Fué amenazado con la muerte si no se retractaba; pero era tan obstinado en mantenerse firme en su religión como lo había sido en busca del secreto de esmaltar. El rey Enrique III, llegó hasta ir á verle á la prisión para inducirle á que abjurara de su fe. — « Buen hombre, — dijo el rey, — ya habéis servido á mi madre y á mí unos cuaranta y cinco años. Hemos soportado vuestra adhesión á vuestra religión en medio de los fuegos y de las matanzas: ahora estoy tan acosado por el partido de los Guisa y por mi mismo pueblo, que me veo obligado á abandonaros en manos de vuestros enemigos, y mañana seréis quemado á menos que os convirtáis. » — « Señor, — contestó el invencible anciano, — estoy pronto á dar mi vida por la gloria de Dios. Muchas veces habéis dicho que teníais lástima de mí; y ahora soy yo quien la tiene de vos, que ha pronunciado las palabras *me veo obligado*. No es ese el lenguaje de un rey; es lo que jamás podrán obtener de mí, vos ni aquellos que os obligan, los Guisa y todo vuestro pueblo, por que yo se morir. (1) Palissy murió poco después, mártir, aunque no en la hoguera. Murió en la Bastilla, después de sufrir un año de prisión, allí terminó tranquilamente una vida distinguida por el

Palissy cocía sus obras maestras, el señor Carlos Rear, caballero dedicado á los objetos de antigüedades protestantes en Francia. Varios moldes de caras, plantas, animales. etc., fueron hallados en buen estado de conservación, con su bien conocido é indiscutible sello. Está situado bajo la galería del Louvre, en la *Place du Carrousel.*

(1) D'Aubigné, *Histoire Universelle.* Agrega el historiador: *Voyez l'impudence de ce belistre! vous diriez qu'il auroit lu ce vers de Sénèque:* On ne peut contraindre celui qui sait mourir: *Qui mori scit,* cogi nescit.

trabajo heroico, el sufrimiento extraordinario, la inflexible rectitud, y la manifestación de muchas raras y nobles virtudes. (1)

La vida de Juan Frederico Böttgher, inventor de la porcelena dura, presenta un notable contraste con la de Palissy; á pesar de tener también muchos puntos de interés singular y casi romántico. Nació Böttgher en Schleiz, en el Voightland, en 1685, y á los doce años de edad fué colocado como aprendiz en casa de un boticario de Berlín. Parece que desde muy temprano se halló fascinado por la química, y ocupaba sus ocios en hacer experimentos. Estos propendían en su mayor parte á una dirección; al arte de convertir metales comunes en oro. Después de varios años, pretendió Böttgher que había descubierto el resolvente universal de los alquimistas, y declaraba que había hecho oro por ese medio. Puso de manifiesto su facultad ante su maestro, el boticario Zörn, y por una ú otra supercheria consiguió hacerle creer que realmente había convertido el cobre en oro, á él y á otros testigos.

Extendióse la noticia de que el aprendiz de boticario había descubierto el gran secreto, y multitud de personas se agolpaban delante de la botica para poder echar una mirada sobre el maravilloso joven « cocedor de oro. » El mismo rey expresó deseo de verle y hablar con él, y cuando se le presentó á Federico I, una pieza de oro que se pretendía haber sido sacada del cobre, quedó tan deslumbrado con la perspectiva de asegurar una cantidad infinita de ellas — entonces estaba la Prusia en grandes apuros de dinero — que resolvió asegurarse de Böttgher y emplearle en hacer oro para él en la fortaleza de Spandau. Pero el joven boticario sospechó la intención del rey, y temiendo probablemente una prisión, resolvió en el acto fugarse, y consiguió ganar la frontera y pasar á Sajonia.

Se ofreció una gratificación de mil thalers por la captura de Böttgher, pero en vano. Llegó á Wittenberg, y solicitó la protección del elector de Sajonia, Frederico Augusto I, (rey de Polonia) llamado *el Fuerte*. Federico también estaba entonces muy necesitado de dinero, y se puso fuera de sí ante la pers-

(1) El asunto de la vida y trabajos de Palissy ha sido tratado hábilmente y con minuciosidad por el profesor Morley en su bien conocida obra. En la anterior narración hemos seguido en su mayor parte á la misma relación de Palissy sobre sus experimentos, como los da en su *Art de Terre*.

pectiva de obtener oro en todas cantidades con la ayuda del joven alquimista. De consiguiente, Böttgher fué conducido en secreto á Dresde, acompañado por una escolta real. Apenas había salido de Wittenberg cuando apareció un batallón de granaderos prusianos ante sus puertas, pidiendo la extradición del fabricante de oro. Pero era demasiado tarde : ya había llegado Böttgher á Dresde, donde fué alojado en la *Casa de Oro,* siendo tratado con toda consideración, aunque se le vigilaba estrictamente y se le tenía bajo guardia.

Tuvo el elector, sin embargo, que dejarle allí por algún tiempo, por tener que marchar en el acto á Polonia, que estaba entonces en un estado de completa anarquía. Empero, estando impaciente por obtener oro, escribió á Böttgher desde Varsovia, apremiándole para que le comunicara el secreto, para poder poner en ejecución personalmente el arte de la conmutación. Apurado así el joven *cocedor de oro,* envió á Federico un frasquito que contenía *un líquido rojizo,* que según se aseguraba, cambiaba en oro todos los metales en fusión. Se hizo cargo de este frasco el príncipe von Fürstenburg, quien, acompañado por un regimiento de guardias, se fué apresuradamente á Varsovia. Una vez llegado allí, se resolvió hacer inmediatamente el ensayo del procedimiento. El rey y el príncipe se encerraron en una pieza secreta del palacio, se ciñeron delantales de cuero, y cual verdaderos *cocedores de oro*, se pusieron á derretir cobre en un crisol, aplicándole después el líquido rojo de Böttgher. Pero el resultado no fué satisfactorio, porque á pesar de todo lo que hacían, quedaba el cobre obstinadamente cobre. Al revisar el rey las instrucciones del alquimista, vió, sin embargo, que para dar un buen resultado el procedimiento, era necesario que el líquido fuera usado *en gran pureza de corazón,* y como Su Majestad tenía la conciencia de haber pasado la noche anterior en mala compañía, atribuyó á esta causa el fracaso del experimento. Un segundo ensayo fué seguido de igual resultado, y entonces se puso furioso el rey; porque se había confesado y recibido la absolución antes de principiar el segundo experimento.

Resolvióse entonces Federico Augusto á forzar á Böttgher para que descubriera el secreto del oro, como el único medio de librarse de sus urgentes dificultades pecuniarias. Al oír el alquimista cuáles eran las intenciones reales, determinó fugarse otra vez. Consiguió escapar de su guardia; y después de tres

días de viaje llegó á Ens, en Austria, donde se creyó en salvo. Sin embargo, los agentes del elector le seguían los pasos, alcanzándole en el *Golden Stag*, que rodearon, y cogiéndole en la cama le llevaron á la fuerza á Dresde, á pesar de su resistencia y petición de auxilio á la autoridad austriaca. Desde este momento se le vigiló con más rigor que nunca, y poco después fué pasado al fuerte castillo de Königstein. Se le comunicó que las arcas reales estaban completamente vacías, y que diez regimientos de polacos á quienes se les debían sueldos atrasados estaban esperando su oro. El mismo rey fué á visitarle, y le dijo con tono servero que si no principiaba de una vez á hacer oro, lo había de colgar. (*Thu mir zurecht Böttgher sonst lass ich dich hangen.*)

Pasaron los años, y aun no hacía oro Böttgher; pero no fué colgado. Le estaba reservado hacer un descubrimiento más importante que el de convertir el cobre en oro, y éste era, convertir la arcilla en porcelana. Algunos raros modelos de esta loza, habían sido traídos de China por los portugueses, y se vendían por algo más que su peso de oro. Böttgher fué inducido á dirigir su atención sobre esta materia por Walter von Tshirnhaus, fabricante de instrumentos ópticos, que también era alquimista. Tschirnhaus, era un hombre de educación y distinguido, que fué tenido en mucha estima por el príncipe von Fürstenburg, como igualmente por el elector. Díjole muy cuerdamente á Böttgher, que aún estaba con el temor de la horca : — *Si no podéis hacer oro, ensayad y tratad de hacer otra cosa*; *haced porcelana.*

El alquimista obró según la indicación, y principió sus ensayos trabajando día y noche. Continuó en sus investigaciones durante un largo tiempo con gran asiduidad, pero sin éxito. Por fin, una arcilla colorada que se le trajo para hacer sus crisoles, lo puso sobre la verdadera huella. Encontró que cuando esta arcilla era sometida á una temperatura elevada, se vitrificaba conservando su forma; y que su textura se parecía á la de la porcelana, excepto en el color y en la opacidad. En realidad, había descubierto casualmente la porcelana colorada, y procedió á fabricarla y á venderla como porcelana.

Sin embargo, Böttgher sabía muy bien que el color blanco era una propiedad esencial de la verdadera porcelana, y por eso continuó en sus experimentos con la esperanza de descubrir el secreto. Así pasaron varios años, pero sin éxito; hasta que

otra vez le favoreció el acaso, y le ayudó á llegar al conocimiento del arte de hacer porcelana blanca. Un día, en el año de 1707, sintió que su peluca parecía más pesada que de costumbre, y le preguntó al criado por la causa de ello. La contestación fué, que era debido al polvo con que estaba adornada, que procedía de una clase de tierra que entonces se usaba mucho para polvo de pelucas. La rápida imaginación de Böttgher asióse inmediatamente de la idea. Era muy posible que este mismo polvo blanco fuera la misma tierra blanca que buscaba, de todos modos, era necesario no dejar escapar la oportunidad de averiguar si lo era realmente. Quedó recompensado de sus penosos cuidados y desvelos; porque al ensayar encontró que el ingrediente principal del polvo para las pelucas consistía en *kaolin ó kaolina*, cuya falta había formado por tan largo tiempo una dificultad insuperable en la senda de sus investigaciones.

En las inteligentes manos de Böttgher condujo el descubrimiento á grandes resultados, y probó ser de muchísima más importancia que lo que hubiera podido ser del descubrimiento de la piedra filosofal. En octubre de 1707, presentó al elector su primera pieza de porcelana, y éste quedó muy complacido con ello : y se dispuso que Böttgher fuera provisto de los medios necesarios para perfeccionar su invento. Habiendo conseguido un hábil operario de Delft, principió á *hacer circular* porcelana con gran éxito. Entonces abandonó por completo la alquimia por la alfareria, y escribió sobre la puerta de su taller este dístico :

Es machte Gott, der Grosse Schöpfer,
Aus einem Goldmacher einem Töpfer (1).

Continuaba Böttgher, sin embargo, bajo una rígida vigilancia, por temor de que fuese á comunicar á otros su secreto, ó á escapar del poder del elector. Los nuevos talleres y hornos que construyeron para él eran guardados por tropas de día y de noche, y seis oficiales superiores eran responsables de la seguridad personal del alfarero.

Habiendo resultado con el mayor éxito los ensayos posteriores de Böttgher con sus nuevos hornos, y viéndose que la porcelana

(1) Dios todopoderoso y gran creador, ha cambiado á un fabricante de oro en un alfarero.

que fabricaba producía buenos precios, se resolvió en seguida establecer una fábrica Real de porcelana. Se sabía que la manufactura de loza de Delft había enriquecido mucho á Holanda. ¿Porqué no había de enriquecer igualmente al elector la manufactura de porcelana? Por consiguiente, con fecha 23 de enero de 1710, se publicó un decreto para el establecimiento de *una gran manufactura de porcelana* en Albrechtsburg, en Meissein. En este decreto, que fué traducido al latín, francés y holandés, y distribuído por los embajadores del elector en todas las cortes europeas, exponía Federico Augusto que para promover la prosperidad de Sajonia, había fijado su atención en los tesoros subterráneos (*unterirdischen Schätze*) del país, y habiendo empleado algunas personas hábiles en la investigación, habían conseguido fabricar « una clase de vasos colorados (*eine Art rother Gefässe*) muy superiores á la tierra *sigillata de la India*;» (1) como así mismo « loza y platos de colores (*buntes Geschirr und Tafeln*) que pueden ser cortados, estregados y pulidos, y son completamente iguales á las vasijas indianas, » y finalmente, que « muestras de porcelana blanca (*Proben von weissem Porzellan*) » habían sido obtenidas ya, y se esperaba que esta calidad, también, sería muy pronto fabricada en considerables cantidades. Terminaba el real decreto invitando á los « artistas y operarios extranjeros » para que fueran á Sajonia y se emplearan como auxiliares en la nueva fábrica, con salarios altos, y bajo el patronato del rey. Este decreto real es quizá la mejor relación del estado de la invención de Böttgher en esa época.

Se ha dicho en algunas publicaciones alemanas que Böttgher, á causa de los grandes servicios que había hecho al elector y á Sajonia, había sido nombrado director de la fábrica real de porcelanas, y elevado además á la dignidad de barón. No hay duda que merecía esos honores, pero el trato que se le dió fué de un carácter completamente diferente, porque fué ruín, cruel, é inhumano. Los empleados reales llamados Matthieu y Nehmitz, fueron de mayor categoría como directores de la fábrica, mientras que él no ocupaba sino la posición de capataz de los alfareros, y al mismo tiempo era considerado como preso por el

(1) Toda la porcelana china y japonesa se conocía antes por porcelana de la India, probablemente porque fué traída á Europa primeramente por los portugueses de la India, después del descubrimiento del Cabo de Buena Esperanza por Vasco de Gama.

rey. Durante la construcción de la fábrica en Meissen, mientras que su ayuda era aún indispensable, era conducido desde Dresde y viceversa : y estando ya terminadas las obras, se le encerraba en su cuarto todas las noches. Todo esto pesaba con fuerza sobre su ánimo, y en repetidas cartas al rey trataba de obtener algún alivio en su suerte. Algunas de estas cartas son conmovedoras. — « Consagraré toda mi alma al arte de hacer porcelana, — escribía una vez, — haré más de lo que jamás haya hecho antes cualquier inventor; concededme tan sólo la libertad, la libertad. »

Á estos llamamientos se hizo sordo el rey. Estaba dispuesto á gastar dinero y conceder favores; pero no quería dar la libertad. Consideraba á Böttgher como á su esclavo. En esta posición continuó trabajando por algún tiempo el pobre hombre, hasta que al cabo de uno ó dos años, principió á decaer. Disgustado del mundo y consigo mismo, se dió á la bebida. Tal es la fuerza del ejemplo, que no bien se supo que Böttgher se había entregado á este vicio, cuando ya la mayor parte de los operarios de la fábrica de Meissen también se hicieron borrachos. Las consecuencias fueron disputas y peleas, de tal modo, que frecuentemente tenían que ser llamadas las tropas para intervenir y restablecer la paz entre los *Porzellanern*, como se les llamaba de sobrenombre. Poco tiempo después fueron encerrados en el Albrechtsburg todos ellos, más de trescientos, siendo tratados como presos políticos.

Finalmente, cayó Böttgher seriamente enfermo, y en mayo de 1713, era esperada su muerte por momentos. Alarmado el rey de perder quizá tan valioso esclavo, le permitió hiciera algún ejercicio en carruaje, pero acompañado de una guardia, y habiéndose restablecido algo, se le permitía ir á Dresde de vez en cuando. En una carta escrita por el rey en abril de 1714, se ofrecía á Böttgher su completa libertad; pero la promesa llegó demasiado tarde. Quebrantado física y moralmente, trabajando y bebiendo alternativamente, aunque con relámpagos pasajeros de propósitos más nobles, y sufriendo de una mala salud constante, resultado de su forzado encierro, fué pasando Böttgher por algunos años más, hasta que la muerte lo libertó de sus sufrimientos el 14 de marzo de 1719, á los treinta y cinco años de edad. Fué enterrado *de noche* — como un perro — en el cementerio *Johannis de Meissen*. Tal fué el trato que obtuvo, y tal el fin

desgraciado, de uno de los bienchechores más grandes de Sajonia.

La fábrica de porcelana abrió inmediatamente una fuente importante de renta pública, y fué tan productiva al elector de Sajonia, que su ejemplo fué seguido poco después por la mayor parte de los monarcas europeos. Aunque la porcelana blanda se había hecho en Saint Cloud catorce años antes del descubrimiento hecho por Böttgher, muy luego se reconoció generalmente la superioridad de la porcelana dura. La manufactura principió á hacerse en Sèvres en 1770, y desde entonces ha reemplazado al material más blando. Esta es hoy una de las más prósperas ramas de la industria francesa, y la excelencia de la cualidad de los artículos producidos es ciertamente indisputable.

La carrera de Josiah Wedgwood, el alfarero inglés, tuvo menos tropiezos y fué más próspera que las de Palissy ó de Böttgher, y su suerte corrió en mejores tiempos. Inglaterra estaba, hacia mediados del siglo pasado, detrás de la mayor parte de las naciones de primer orden en Europa, por lo que hace á industrias expertas. Aunque había muchos alfareros en Staffordshire, y el mismo Wedgwood pertenecía á una numerosa familia de alfareros del mismo nombre, eran sus productos de la más tosca clase, no siendo en su mayor parte sino loza morena y sin adornos, y los dibujos eran garrapateados mientras estaba fresca la arcilla. El surtido principal de los artículos mejores de loza venían de Delft en Holanda, las vasijas de piedra para agua venían de Colonia. Dos alfareros extranjeros, los hermanos Elers, de Nuremberg, se establecieron por un tiempo en Staffordshire, é introdujeron una manufactura mejorada, pero al poco tiempo se trasladaron á Chelsea, donde se limitaron á la manufactura de piezas ornamentales. Hasta entonces no se había hecho en Inglaterra porcelana capaz de resistir un rasguño con algo punzante; y durante mucho tiempo la *loza blanca* que se hacía en Strafforshire no era blanca, sino de un color crema sucia. Tal era, en pocas palabras, la condición de la manufactura de alfarería cuando nació Josiah Wedgwood, en Burslem en 1730. En la época en que murió, sesenta y cuatro años después, había cambiado todo completamente. Con su energía, su habilidad, y su genio, estableció el negocio sobre una base nueva y sólida; y, repitiendo las palabras de su epitafio : *convirtió una manufactura tosca é insignificante en un arte elegante y una rama importante dèl comercio nacional.*

Josiah Wedgwood era uno de esos hombres infatigables que de tiempo en tiempo salen del pueblo inferior, y que con su carácter enérgico, no solamente educan prácticamente á la población obrera en los hábitos del trabajo, sino que con su ejemplo de diligencia y de perseverancia que les presentan, influyen largamente y en toda dirección la actividad pública, y contribuyen grandemente á formar el carácter nacional. Era, lo mismo que Arkwright, el menor de una familia de trece hijos. Su abuelo y su tío eran alfareros, como lo fué también su padre, que murió dejándole muy niño, y con un patrimonio de veinte libras esterlinas. Había aprendido á leer y escribir en la escuela de la aldea; pero á la muerte de su padre fué sacado de allí, y se le puso á trabajar como *lànzador* en una pequeña alfarería dirigida por su hermano mayor. Allí principió la vida, su vida de trabajo, empleando sus propias palabras : *en el último peldaño de la escalera*, cuando sólo tenía once de edad. Poco después fué atacado por una fuertísima viruela, de cuyos efectos sufrió durante el resto de su vida, porque fué seguida de una enfermedad en la rodilla derecha, que volvía á intervalos frecuentes, y de la que sólo pudo librarse con la amputación de la pierna muchos años después. Mr. Gladstone en su elocuente oración fúnebre sobre Wedgwood, pronunciada últimamente en Burslem, observó muy oportunamente que la enfermedad de que había sufrido no era improbable que fuese el motivo de su futuro éxito. « Le impidió ser el obrero inglés, activo y vigoroso, en posesión de todos sus miembros, y conociendo bien su uso y empleo; y esto le hizo reflexionar de que no pudiendo ser aquello, podría quizá ser otra cosa, algo más grande. Concentró su espíritu, y lo impelió á meditar sobre las leyes y secretos de su arte. El resultado fué que llegó á una percepción y una posesión de ellos, que quizá hubiera podido ser envidiada, pero de seguro reconocida, por un alfarero ateniense (1).

Cuando hubo concluído el aprendizaje con su hermano, se juntó Josiah en sociedad con otro obrero, y conducían ambos un pequeño negocio haciendo mangos de cuchillos, cajas y diversos artículos para uso doméstico. Siguió luego otra sociedad, donde principió á hacer platos de mesa para melones, hojas

(1) « Wedgwood » : discurso pronunciado en Burslem, octubre 26 de 1863, por el muy honorable G. E. GLADSTONE, *individuo del Parlamento.*

verdes para escabeche, candeleros, cajas de rapé, y artículos por el estilo; pero hacía comparativamente pocos adelantos, hasta que emprendió el negocio por cuenta propia en Burslem en el año de 1759. Allí continuó activamente en su profesión, introduciendo nuevos artículos en la industria y extendiendo gradualmente su comercio. Lo que tenía en vista principalmente era fabricar loza de color crema de una calidad mejor que la que se producía en Stafforshire, en lo que respecta á forma, color, brillo, y duración. Para comprender perfectamente el asunto, dedicó sus horas libres al estudio de la química, é hizo numerosos experimentos en derretir y abrillantar varias clases de arcillas. Siendo observador atento é investigador aplicado, vió que cierta calidad de tierra que contenía sílice, y que era negra antes de la calcinación, se ponía blanca después de pasar por el calor del horno. Este hecho, observado y meditado, le condujo á la idea de mezclar sílice con tierra colorada de las vasijas, y al descubrimiento de que la mezcla se pone blanca una vez calcinada. Sólo tenía que cubrir su material con una vitrificación de barniz transparente para obtener uno de los productos más importantes del arte de la alfarería, aquel que con el nombre de loza inglesa, había de alcanzar el mayor valor comercial y llegar á ser de la más extensa utilidad.

Por algún tiempo sufrió Wedgwood mucho á causa de sus hornos, aunque nada parecido á lo mucho sufrido por Palissy; y venció las dificultades del mismo modo, haciendo repetidos ensayos y con inmutable perseverancia. Los primeros ensayos para fabricar porcelana para servicios de mesa, fueron una sucesión de fracasos, á veces quedaba destruído en un día el trabajo de meses. Solamente después de una serie de experimentos fué cuando llegó á hacer el verdadero barniz para el uso, y en el curso de estos ensayos perdió tiempo, dinero y trabajo; pero no quería renunciar á ellos, y al fin obtuvo el éxito por medio de la paciencia. La mejora de la alfarería llegó á ser su pasión, y ni por un momento la perdió de vista. Aun cuando ya había dominado las dificultades, y había llegado á ser hombre de fortuna, fabricando loza dura blanca, y de color crema en grandes cantidades para el interior y el extranjero, prosiguió perfeccionando sus manufacturas, hasta que extendiéndose su ejemplo por todos lados fué estimulada la acción de todo el distrito, y se estableció sobre base firme una de las ramas de la

industria inglesa. Siempre aspiraba á la más elevada perfección, declarando su resolución de *abandonar la fabricación de cualquier artículo, cualquiera que fuese, antes que degradarlo.*

Wedgwood fué ayudado cordialmente por muchas personas de rango y de influencia, porque, trabajando con el espíritu más verdadero, se atraía luego la ayuda y el estímulo de otros trabajadores verdaderos. Hizo para la reina Carlota el primer servicio de la mesa real, de manufactura inglesa, de la clase que después fué llamada *loza de la reina*, siendo nombrado alfarero real; título que apreciaba más que si hubiera sido nombrado barón. Se le confiaron para su imitación valiosas colecciones de porcelanas, lo que consiguió realizar admirablemente. Sir Guillermo Hamilton le prestó modelos del antiguo arte procedentes de Herculano, de los que produjo copias exactas y hermosas. La duquesa de Portland le sobrepujó en la compra del jarrón de Barberini cuando este artículo fué puesto en venta. Él llegó á ofrecer hasta mil setecientas guineas; la duquesa se quedó con él por mil ochocientas; pero cuando supo cuál era el objeto que se proponía Wedgwood, le facilitó en el acto el jarrón para que lo copiara. Produjo cincuenta copias á un costo como de libras esterlinas 2,500 y sus gastos no fueron cubiertos con la venta de ellos; pero había ganado lo que se había propuesto, que era demostrar que cualquier cosa que se hubiera hecho, podría realizarla también la habilidad y energía inglesas.

Wedgwood tomó en su ayuda el crisol de los químicos, el conocimiento del anticuario, y la habilidad del artista. Descubrió á Flaxman cuando éste era joven, y mientras alimentaba liberalmente á su genio, le hizo producir gran número de bellos diseños para su alfarería y porcelana, convirtiéndolos con su fábrica en objetos de gusto y de valor, haciéndolos de ese modo que fuesen motivo de la difusión del arte clásico entre el pueblo. Con los ensayos y un estudio cuidadoso llegó hasta descubrir el arte de pintar sobre porcelana, vasos de loza y otros artículos semejantes, arte practicado por los antiguos etruscos, pero que se había perdido desde los tiempos de Plinio. Se distinguió por lo que contribuyó á los adelantos de la ciencia, y su nombre está identificado aún con el pirómetro que inventó. Era un sostenedor infatigable de toda medida de utilidad pública; y la construcción del canal de Trent y Mersey, que completó la comunicación navegable entre los lados oriental y occidental de

la isla, se debió principalmente á sus esfuerzos llenos de espíritu patriótico agregados á la habilidad del ingeniero Brindley. Estando en un estado detestable los caminos del distrito, hizo el plano y ejecutó un camino cerrado con molinete de una extensión de diez millas á través de las alfarerías. La reputación que alcanzó fué tal, que sus fábricas en Burslem y después las de Etruria que fundó y construyó, se hicieron punto de reunión interesante para visitantes distinguidos de todas partes de Europa.

El resultado del trabajo de Wedgwood fué, que la manufactura de alfarería, que encontró en la peor situación, llegó á ser uno de los emporios de Inglaterra; y que en vez de importar del extranjero lo que necesitábamos para nuestro uso, nos hicimos grandes exportadores para otros países, proveyéndolos de loza á pesar de los enormes derechos prohibitivos impuestos á los artículos de producción inglesa. Wedgwood dió testimonio sobre sus fábricas ante el Parlamento en 1785, treinta años después de haber dado principio á sus tareas; y de éste resultó, que en vez de proveer solamente con ocupación accidental á un pequeño número de obreros mal remunerados, había sobre 20,000 personas que ganaban su pan directamente de la fabricación de la loza, sin tomar en cuenta el número mayor á que daba ocupación en las minas de carbón, y en el tráfico de él por mar y tierra, y el estímulo que daba al empleo en muchos productos en varias partes del país. Sin embargo de haber sido importantes los adelantos hechos en su tiempo, era de opinión Wedgwood, que la manufactura estaba en su infancia, y que las mejoras que había introducido eran de poca monta comparadas con las que el arte era susceptible de adquirir, debido á la continuada industria y el creciente conocimiento de los fabricantes y las facilidades naturales y ventajas políticas disfrutadas por la Gran Bretaña; opinión que ha sido demostrada completamente por el progreso que desde entonces se ha efectuado en esto importante ramo de la industria. En 1852 se exportaron de Inglaterra para otros países 84,000,000 de piezas de alfarería, además de la que se hizo para el consumo interior. Pero no es solamente la cantidad y el valor del producto lo que tiene títulos á la consideración, sino la mejora en la condición de la población por la cual es apreciada esta gran industria. Cuando principió Wedgwood sus trabajos, estaba el distrito de Staffordshire sólo en un estado semi civilizado. El

pueblo era pobre, sin cultura, y corto en número. Cuando quedó firmemente establecida la fabricación de Wedgwood, se encontraba amplia ocupación á buen salario para tres veces mayor número de población, mientras que su adelanto moral había seguido igual paso que su mejoramiento material.

Hombres como éstos tienen justos y merecidos títulos para figurar entre los héroes industriales del mundo civilizado. Su valerosa confianza en sí mismos en medio de las pruebas y de las dificultades, su valor y su perseverancia en la prosecución de nobles asuntos, son en su clase, no menos heróicos que el valor y la consagración del militar y del marino, cuyo deber y orgullo es defender heroicamente lo que estos valientes corifeos do la industria han realizado heroicamente también.

CAPÍTULO IV

APLICACIÓN Y PERSEVERANCIA

¡Rico es el diligente, por que puede vencer al tiempo, capital de la naturaleza! y si pudiera caer, su ampolleta se inclinaria para recoger las arenas cual semillas de estrellas, y las reuniría todas, por medio del incesante trabajo. — D'AVENANT (1).

Seguid adelante y llegaréis á tener fe. — D'ALEMBERT (2).

Los más grandes resultados de la vida se obtienen generalmente por medios sencillos, y la aplicación de cualidades ordinarias. La vida común de cada día, con sus cuidados, necesidades y deberes, ofrece amplia oportunidad para adquirir la experiencia más útil y sus sendas más frecuentadas, proveen al verdadero trabajador, de vasto campo para el esfuerzo, y lugar para la propia instrucción. La vía del bienestar humano está á lo largo del viejo camino real de un constante honrado modo de obrar; y aquellos que son más persistentes, y trabajan en el espíritu de más verdad, son casi siempre los que tienen mayor éxito.

La fortuna ha sido acusada muchas veces de ceguera; pero no es tan ciega como los hombres. Aquellos que observen la vida

(1) *¿Rich are the diligent, who can command*
Time, nature's stok? and could his hour-glass fall,
Would, as for seed of stars, stoop for the sand,
And, by incessant labor, gather all. — D'AVENANT.

(2) ¡ Allez en avant, et la foi vous viendra! — D'ALEMBERT.

práctica, verán que generalmente está la fortuna del lado de los industriosos, como los vientos y las olas están de parte de los mejores navegantes. En la prosecución hasta de los ramos más elevados de la investigación humana, se encuentra que las cualidades más vulgarizadas son las más útiles, tales como el sentido común, la atención, la aplicación, y la perseverancia. El genio no es necesario quizá, aunque hasta el genio del orden más elevado no desdeña el uso de éstas cualidades ordinarias Los mismos hombres más grandes han sido los que menos han creído en el poder del genio, y fueron en el mundo tan sabios y perseverantes como los hombres que obtuvieron feliz éxito perteneciendo á la clase común. Algunos han llegado hasta decir que el genio no era más que un sentido común intenso. Un distinguido maestro y rector de un colegio, habló de él como de la facultad de hacer esfuerzos. Juan Foster lo consideraba como el poder de encender su propio fuego. Buffón dijo del genio: — *Es la paciencia.*

Newton era indisputablemente un espíritu del orden más elevado, y sin embargo, cuando se le preguntó de qué medios se había valido para producir sus extraordinarios descubrimientos, contestó modestamente : — *Pensando siempre en ellos.* En otra ocasión expresó así su método de estudios : « Tengo siempre presente el asunto y espero á que los primeros albores se vayan abriendo poco á poco y lentamente hasta llegar á ser una luz llena y clara. » En el caso de Newton ha sido lo mismo que en el de todos los demás, que sólo por una diligente aplicación y perseverancia, han llegado á realizar su gran reputación. Hasta su descanso consistía en un cambio de estudio, dejando un asunto para tomar otro. Al doctor Bentley le dijo : — « Si algún servicio le he hecho al público, es debido únicamente á la laboriosidad y al paciente pensar. » Así mismo Kepler, otro gran filósofo, hablando de sus estudios y de sus adelantos, dijo : — « Como lo fué con Virgilio : *Foma mobilitate viget, vires acquirit eundo*, lo mismo ha sido conmigo, que el diligente pensar sobre estas cosas fué un motivo para continuar pensando aún ; hasta que al fin cavilaba sobre el asunto con toda la energía de mi espíritu. »

Los resultados extraordinarios efectuados á fuerza de pura laboriosidad y de perseverancia, han hecho que muchos hombres distinguidos hayan dudado si el don del genio es un dote tan excepcional como generalmente se supone. Por eso sostenía

Voltaire que no es más que una línea muy ténue la que separa al hombre de genio del hombre común. Beccaria hasta era de opinión que todos los hombres podían ser poetas y oradores, y Reynolds que podían ser pintores y escultores. Si esto fuera realmente así, no estaba después de todo tan equivocado aquel estólido inglés que, después de la muerte de Canova, le preguntó á su hermano si « tenía intención de continuar con el negocio. » Locke, Helvecio y Diderot, creían que todos los hombres tienen una aptitud igual para el genio; y que aquello que algunos pueden efectuar, bajo las leyes que regulan las operaciones de la inteligencia, debe estar también al alcance de otros que, bajo las mismas circunstancias, se aplican á iguales ocupaciones. Pero admitiendo en su mayor extensión las maravillosas producciones del trabajo, y reconociendo el hecho de que los hombres de genio más distinguidos han sido invariablemente los más infatigables trabajadores, debe ser suficientemente obvio, sin embargo, de que sin las dotes originales del corazón y del cerebro, ninguna cantidad de labor, por bien aplicada que esté, podía haber producido un Shakspeare, un Newton, un Beethoven ó un Miguel Ángel.

El químico Dalton rechazaba la idea de que él era *un genio*, atribuyendo todo lo que había hecho á pura laboriosidad y acumulación. Juan Hunter dijo de sí mismo : — « Mi espíritu es como una colmena; pero á pesar de estar lleno de murmurios y de aparente confusión, se halla, sin embargo, lleno de orden, de regularidad y de alimento libado con incesante laboriosidad en los más escogidos depósitos de la naturaleza. » — En realidad, basta echar una mirada á las biografías de los grandes hombres para ver que los más distinguidos inventores, artistas, pensadores y trabajadores de todas clases, deben su éxito en gran parte, á su infatigable laboriosidad y aplicación. Eran hombres que transformaban todas las cosas en oro, hasta al tiempo mismo. El mayor de los Disraeli sostenía que el secreto del éxito consistía en dominar el asunto, y esta maestría sólo se obtenía por medio de una continuada aplicación y estudio. De aquí que aquellos hombres que más han movido al mundo, no han sido tanto hombres de genio, estrictamente tales, sino hombres de intensas aptitudes mediocres, y de infatigable perseverancia; no tan á menudo los de talento, de cualidades naturalmente despejadas y brillantes, como aquellos que se aplicaban diligentemente á su

obra, en cualquier ramo á que ella perteneciera. — « ¡ Ay ! exclamó una viuda, hablando de su hijo, brillante pero descuidado, no tiene el don de la perseverancia. » — Careciendo de perseverancia esas naturalezas volubles, son dejadas atrás en la carrera de la vida por los diligentes y hasta por los negados. *Chi va piano, va longano, e va lontano*, dice el proverbio italiano· *Quien camina despacio anda mucho y va lejos.*

De esto resulta que, el gran objetivo á que se debe aspirar, es el de educar bien la cualidad trabajadora. Cuando se ha hecho esto, se verá que la carrera es comparativamente fácil. Debemos repetir y volverlo á repetir: la facilidad viene con el trabajo. Ni el arte más sencillo puede ejecutarse sin él; y en cambió ¡cuántas cosas difíciles es capaz de ejecutar! Gracias á una temprana disciplina y persistencia el finado sir Roberto Peel cultivó aquellas notables, aunque mediocres facultades, que lo hicieron ser un adorno tan ilustre del senado británico.. Siendo aún niño, en *Drayton Manor*, acostumbraba su padre pararlo en la mesa para que se acostumbrara á hablar de improviso; y pronto le acostumbró á que repitiera tanto cuanto recordara del sermón del domingo. Al principio era poco el adelanto, pero con una firme perseverancia se hizo poderoso el hábito de la atención, y al fin era repetido el sermón casi *verbatim*. Poco se sospechaba después, cuando replicaba uno tras otro á los argumentos de sus contrarios parlamentarios — arte en que quizá no tenía rival — que la extraordinaria facultad de recordar con exactitud que manifestaba en esas ocasiones, había sido ejercitada en su comienzo bajo la disciplina de su padre en la iglesia parroquial de *Drayton.*

Es realmente maravilloso lo que puede una continua aplicación producir en las cosas más comunes. Puede parecer una cosa muy sencilla tocar el violín; sin embargo, ¡cuán largo y laborioso ejercicio se requiere para ello! Giardini le dijo á un joven que le preguntó cuánto tiempo necesitaría para aprenderlo á tocar : « Doce horas diarias durante veinte años. » La diligencia, se dice, *fait danser l'ours*. La pobre figuranta tiene que consagrar años de incesante trabajo á su oficio poco productivo, antes que pueda brillar en él. Cuando la Taglioni se preparaba para su exhibición de la noche, caía exhausta después de dos horas de una lección rigurosa de su padre, y tenía que ser desnudada, lavada con una esponja, y vuelta en sí, completamente incons-

ciente. La agilidad y los saltos de la noche sólo se conseguían á ese precio.

Sin embargo, el adelanto mejor es comparativamente lento. Los grandes resultados no pueden realizarse de golpe; y debemos estar satisfechos en adelantar en la vida como caminamos, paso á paso. Dice De Maistre que: « Saber *cómo se ha de esperar*, es el gran secreto del éxito. » Debemos sembrar antes de poder cosechar, y á veces hay que esperar largamente, conformándose entre tanto con mirar esperanzados al porvenir; pues á veces la fruta que más tarda en madurar es la más digna de que se la espere. Pero *el tiempo y la paciencia* — dice el proverbio oriental, — *cambian la hoja de la morera en seda.*

Sin embargo, para que los hombres puedan esperar pacientemonte, deben trabajar alegremente. La alegría es una excelente cualidad para el trabajo, comunicando gran elasticidad al carácter. Como lo ha dicho un obispo: « Las nueve décimas partes del cristianismo están en la índole; » así también forman nueve décimas partes de la sabiduría práctica la alegría y la diligencia. Son la vida y el alma del éxito, lo mismo que de la felicidad; y quizá consisten los más elevados placeres de la vida en un modo de trabajar sereno, jovial y consciente, dependiendo principalmente de ello la energía, la confianza, y toda otra buena cualidad. Cuando Sydney Smith trabajaba como sacerdote parroquial en Foston-le-Clay, en Yorkshire — á pesar de no sentirse en su propio elemento — emprendió su labor alegremente con la firme determinación de hacer todo lo que pudiese de mejor. « Estoy resuelto — dijo — á quererlo, y avenirme á ello, lo cual es más viril que imaginarme que estoy más arriba que ello, y en estar enviandc quejas por el correo, de que me han dejado á un lado, y que me hallo desconsolado, y pamplinas por el estillo. » Lo mismo fué el doctor Hock; cuando salió do Leeds para una nueva esfera de labor, dijo: — « Do quiera que me encuentre he de hacer, con todo mi poder, y con la ayuda de Dios, todo lo que mi mano encuentre que hacer, y si no encuentro trabajo, lo crearé.

Especialmente los trabajadores para el bien público son los que tienen que trabajar largo y pacientemente, y á menudo sin verse alentados por la perspectiva de una recompensa inmediata ó de un resultado. Algunas veces quedan escondidas bajo la nieve del invierno las semillas que siembran, y antes que llegue la primavera puede haber ido á su descanso el labrador. No todo

trabajador público puede ver como su gran idea produce frutos durante su misma vida, como le aconteció á Rowland Hill. Adam Smith sembró las semillas de una gran mejora social en esa vieja universidad obscura de Glasgow, en la que por tanto tiempo había trabajado, y puso los cimientos de su *Riqueza de las Naciones*; pero pasaron setenta años antes que su obra diera frutos reales, y la verdad, aún no están recogidos todos.

Nada puede compensar en un hombre la pérdida de la esperanza; cambia completamente el carácter. « ¿Cómo puedo trabajar — cómo puedo ser feliz — dijo un pensador grande, pero desdichado, — cuando he perdido toda esperanza? » Uno de los más alegres y valerosos, porque era de los trabajadores más llenos de esperanza, fué Carey, el misionero. Cuando estaba en la India, no era cosa extraordinaria para él cansar en un día á tres *punditas* que le servían de escribientes, siendo su descanso ó tan sólo un cambio de ocupación; Carey, hijo de un zapatero, era ayudado en su labor por Ward, hijo de un carpintero, y Marsham, hijo de un tejedor. Gracias á sus trabajos se construyó un magnífico colegio en Serampore; estableciéronse diez y seis estaciones florecientes; la Biblia fué traducida en diez y seis idiomas, y fueron sembradas las semillas de una benéfica revolución moral en la India inglesa. Jamás se avergonzó Carey de la humildad de su origen. En una ocasión que estaba en la mesa del gobernador general, oyó á un oficial que sentado en frente suyo, preguntaba á otro, bastante alto para ser oído, si Carey no había sido alguna vez zapatero. — « No, señor, — contestó Carey inmediatamente, — no he sido más que remendón. » Se ha referido de su perseverancia cuando era muchacho, una anécdota eminentemente característica. Subiendo un día á un árbol, se resbaló, cayendo al suelo y quebrándose una pierna. Tuvo que guardar cama durante varias semanas, pero cuando se restableció y pudo volver á andar sin apoyo, la primera cosa que hizo fué dirigirse de nuevo al árbol y treparlo. Carey necesitaba de esta clase de valor intrépido para la grande obra de su vida, y la cumplió noble y resueltamente.

Era máxima del doctor Young, el filósofo, que: « Cualquier hombre puede hacer lo que otro hombre ha hecho; » y es indudable que jamás retrocedió ante ninguna prueba á la cual hubiese resuelto someterse. Se refiere de él, que la primera vez que montó un caballo estaba en compañia de un nieto de Mr. Barclay,

de Ury, bien conocido *sporstman*; cuando de pronto saltó una cerca alta el hombre que iba delante. Young quiso imitarle, pero cayó del caballo al intentarlo. Sin decir una palabra, volvió á montar, hizo un segundo esfuerzo, y otra vez no tuvo éxito, pero esta vez no le arrojó al suelo el caballo, pues él se agarró del pescuezo. Á la tercera tentativa consiguió saltar con limpieza la cerca.

Bien conocida es la historia de Timour, el tártaro, que aprendió en la adversidad una lección de perseverancia dada por una hormiga. No menos interesante es la anécdota de Audubon, el ornitólogo americano; he aquí cómo ha sido referida por él: — « Un accidente que les pasó á doscientos de mis dibujos originales, — dice — casi puso fin á mis investigaciones en ornitología. La voy á relatar meramente, para probar hasta donde puede habilitar al preservador de la naturaleza el entusiasmo — porque no puedo llamar con otro nombre á mi perseverancia — para vencer las más desalentadoras dificultades. Dejé la villa de Henderson, en Kentucky, situada á orillas del Ohío, donde había residido durante algunos años, y me dirigí á Filadelfia para algunos asuntos. Antes de partir inspeccioné mis diseños, los guardé con cuidado en una caja de madera, y los dejé al cuidado de un pariente, con recomendación de que velara por ellos para que no les sucediera algún percance. Mi ausencia duró algunos meses, y cuando regresé, después de haber disfrutado durante algunos días de los placeres del hogar, pregunté por mi caja á la que me gustaba llamar *mi tesoro*. Trájose la caja y se abrió, pero, lector, sentid por mí — ¡un par de ratones noruegos habían tomado posesión de todo, habiendo formado una familia entre los pedazos de papeles roídos, que no hacía más que un mes, representaban cerca de mil habitantes del aire! El calor abrasador que inmediatamente se agolpó á mi cerebro, fué demasiado grande para ser soportado sin afectar todo mi sistema nervioso. Dormí varias noches, y los días pasaron como días de olvido, hasta que las facultades físicas volvieron á entrar en acción gracias á la fortaleza de mi constitución; tomé mi escopeta, mi cartera de apuntes y mis lápices, y me dirigí á los bosques tan alegre como si nada hubiera acontecido. Sentíame contento con la idea de que ahora podía hacer dibujos mejores que antes, y sin que hubiera transcurrido un periodo de tres años, estaba « otra vez llena mi cartera. »

La destrucción casual de los papeles de sir Isaac Newton, causada porque su perrito *Diamante* volteó sobre el escritorio a vela encendida, y que destruyó en un momento los eleborados cálculos de muchos años, es una historia muy conocida, y no es necesario repetirla : dícese que la pérdida causó tan profundo pesar en el filósofo, que perjudicó seriamente su salud, y debilitó su inteligencia. Un incidente algo parecido le ocurrió al manuscrito del primer volumen de la *Historia de la Revolución Francesa*, de Carlyle. Habíale prestado el manuscrito á un vecino literato para que lo leyera. Por desgracia, había sido dejado en el suelo de la sala, y olvidado allí. Pasaron algunas semanas, y el historiador mandó pedir su obra, pues el impresor exigía urgentemente que se le enviara *original*. Se hicieron averiguaciones, y resultó que la criada había encontrado en el suelo lo que creía que era papel de desperdicios, ¡y los había usado para encender el fuego en la cocina y en las chimeneas! Tal fué la contestación que se le envió á Carlyle; y puede uno imaginarse lo que sentiría. Sin embargo, para él no había más remedio que ponerse resueltamente á volver á escribir el libro; y á ello se puso y lo hizo. No tenía borrador ninguno, y se vió obligado á sacar de su memoria los hechos, las ideas y la expresiones que ya hacía tiempo había puesto de lado. La composición del libro había sido un trabajo de placer la primera vez; volverlo á escribir la segunda lo fué de pena y de angustia casi más allá de todo consuelo. El haber perseverado y terminado el volumen en tales circunstancias, nos presenta un caso de decisión de propósito que rara vez ha sido sobrepujado.

Las vidas de inventores eminentes son excelentes modelos de la misma cualidad de perseverancia. Cuando Jorge Stephenson se dirigía á los jóvenes acostumbraraba resumir su mejor consejo en las siguientes palabras : — *Haced lo que yo he hecho — perseverad.* Había trabajado quince años en perfeccionar su locomotora antes de conseguir su victoria decisiva en Rainhill; y Watt se ocupó durante treinta años en su máquina condensadora antes que la pudiera dejar perfecta. Pero también se encuentran sorprendentes ejemplos de perseverancia en todos los otros ramos de las ciencias, del arte, y de la industria. La más interesante es quizá la que se une al descubrimiento de los mármoles de Nínive, y el de los caracteres cuneiformes ó de cabeza de flecha, que hacía tanto tiempo estaban perdidos, y en que es-

tán escritas las inscripciones, una especie de escritura que se había perdido para el mundo desde el período de la conquista de Persia por los macedonios.

Un cadete inteligente de la Compañía de la India Oriental, estacionado en Kermanshah, en Persia, había observado las curiosas inscripciones cuneiformes de los antiguos monumentos de los alrededores, tan antiguos que se había perdido toda traza histórica sobre ellos; y entre las inscripciones que copió se hallaba la que estaba sobre la roca de Behistún; una roca perpendicular que se eleva abrupta como unos 1700 pies sobre la llanura, teniendo la parte baja inscripciones en tres idiomas, en un espacio de unos 300 pies : persa, escita y asirio. La comparación de lo conocido con lo desconocido, del idioma que sobrevivió con el idioma que se había perdido, le puso al cadete en condición de adquirir algún conocimiento del carácter cuneiforme, y hasta llegó á formar un alfabeto. El señor (después sir Enrique) Rawlinson envió sus diseños á Inglaterra para que fuesen examinados. Aún no había profesores en los colegios que supieran algo sobre caracteres cuneiformes; pero había un antiguo oficial de secretaría de las oficinas de la Compañía de la India Oriental — hombre modesto y desconocido, llamado Norris — que había hecho su estudio en esta materia tan poco conocida y á él se le entregaron los diseños; y tan exactos eran sus conocimientos, que, á pesar de no haber visto nunca á la roca Behistún, declaró que el cadete no había copiado con la debida exactitud la embrollada inscripción. Rawlinson que aún estaba en los alrededores de la roca, comparó su copia con el original, y encontró que Norris tenía razón; y por medio de subsiguientes comparaciones y de estudio cuidadoso, adelantó grandemente el conocimiento de la escritura cuneiforme.

Pero para hacer útil el saber de éstos dos hombres que se habían enseñado ellos mismos, era necesario un tercer trabajador para poderles proveer con material para la aplicación de su habilidad. Un trabajador semejante se presentó en la persona de Austen Layard, que había sido antes secretario en la oficina de un abogado de Londres. Difícilmente podría esperar uno encontrar en estos tres hombres, un cadete, un escribiente de secretaría en la Compañía de las Indias y un secretario de bogado, los descubridores de un idioma olvidado, y de la enterrada historia de Babilonia; y sin embargo, así fué. Layard

era un joven que apenas tenía veinte y dos años, cuando viajando por Oriente, se apoderó de él el deseo de penetrar las regiones que están más allá del Eufrates. Acompañado por un solo compañero, fiando en sus brazos para defenderse, y, lo que era mejor, en su jovialidad, cortesía y porte caballeresco, pasó en salvo por entre tribus que estaban en guerra á muerte entre sí; y, después de un espacio de muchos años, teniendo á su disposición muy cortos recursos comparativamente, pero ayudado por la aplicación y la perserverancia, voluntad y propósitos, y una paciencia casi sublime — sostenido en todo por su apasionado entusiasmo por el descubrimiento y la investigación — consiguió desenterrar y poner á la vista tal cantidad de tesoros históricos, que probablemente nunca habían sido reunidos otros iguales por el trabajo de hombre alguno. De ese modo fueron sacados á luz no menos de dos millas de bajo relieves por el señor Layard. Se encontró que la selección de estas valiosas antigüedades que ahora están colocadas en el Museo Británico, eran tan curiosamente corroborativas de los fastos escriturales que habían acontecido unos tres mil años antes, que produjeron en el mundo casi una nueva revelación. Y la historia del descubrimiento de éstas obras notables, como ha referido el mismo Layard en su *Monumentos de Ninive*, será considerada siempre como uno de los fastos más encantadores é ingénuos que poseemos sobre la empresa, laboriosidad y energía individual.

La carrera del conde de Buffón presenta otra ilustración notable del poder de la paciente laboriosidad, como también de su propio dicho, que *: el genio es la paciencia.* Á pesar de los grandes resultados realizados por él en la historia natural, era considerado Buffón en su juventud como de muy poco talento. Su mente fué lenta para formarse, y lenta para reproducir lo que había adquirido. Era también indolente por naturaleza, y habiendo nacido con bienes de fortuna, debía suponerse que se entregaría á su inclinación por las comodidades y el lujo. En vez de esto, formó desde temprano la resolución de privarse de los placeres, y de dedicarse al estudio y á la cultura de sí mismo. Considerando el tiempo como un tesoro de limitada duración para él, y viendo que perdía muchas horas por permanecer en la mañana hasta tarde en la cama, resolvióse á romper con ese hábito. Por algún tiempo le costó mucho luchar contra él, pues

falló poderse levantar á la hora que había fijado. Entonces llamó á su criado, José, para que le ayudara, y le ofreció la gratificación de una corona cada vez que consiguiera levantarlo antes de las seis. Al principio se negaba Buffón á levantarse cuando era llamado, alegando que estaba indispuesto, ó aparentaba enojo por que se le molestaba, y después que por fin se levantaba el conde, hallaba José que no había ganado sino reproches por haber dejado que su patrón quedara en cama contra sus órdenes expresas. Finalmente, se resolvió el camarero á ganar su corona; y una vez y otra obligó á que se levantara Buffón, á pesar de sus súplicas, razonamientos y amenazas de despedirle inmediatamente del servicio. Una mañana estuvo Buffón extraordinariamente obstinado, y José vió que era necesario recurrir á la medida extrema de echar una jofaina de agua fría debajo de las cobijas, cuyo efecto fué instantáneo. Por el uso constante de medios por este estilo, venció por fin sus hábitos Buffón; y tenía la costumbre de decir, que debía á José tres ó cuatro volúmenes de su *Historia Natural.*

Durante cuarenta años de su vida, trabajó Buffón todas las mañanas en su despacho desde las nueve hasta las dos, y otra vez por la tarde desde las cinco hasta las nueve. Su laboriosidad era tan continuada y tan regular, que se hizo habitual. Su biógrafo ha dicho de él : « El trabajo era en él una necesidad; sus estudios eran el encanto de su vida; y en el último término de su gloriosa carrera, decía frecuentemente que aún tenía esperanza de poderles consagrar unos pocos años más. » Era un trabajador lleno de conciencia, estudiando siempre para dar al lector sus mejores pensamientos, expresados de la mejor manera. Jamás se fatigaba por tocar y retocar sus escritos, de modo que su estilo puede llamarse perfecto. Escribió las *Époques de la Nature* por lo menos once veces antes de quedar satisfecho, á pesar de haber meditado más de cincuenta años sobre esa obra. Era un consumado hombre de negocios, ordenadísimo en todas las cosas, y tenía la costumbre de decir que el genio sin el orden perdía tres cuartas partes de su poder. Su gran éxito como escritor era principalmente el resultado de su labor llena de contracción y de una aplicación diligente. « Estando Buffón profundamente persuadido, — observó la señora Necker, — de que el genio es el resultado de una atención profunda dirigida hacia un asunto dado, dijo que había quedado completamente fatigado

cuando compuso sus primeros escritos, pero que se había obligado á volver á ellos y á repasarlos todos con sumo cuidado, aun cuando consideraba que ya los había puesto en cierto grado de perfección; y que al fin encontraba placer en vez de fatiga en esta corrección larga y elaborada. » Debe agregarse también que Buffón escribió y publicó todas sus grandes obras mientras estaba padeciendo una de las enfermedades más dolorosas á que está sujeto el cuerpo humano.

La vida litararia ofrece abundantes ejemplos de la misma facultad de perseverancia; y quizá ninguna carrera es tan instructiva, mirada desde este punto de vista, como la de sir Walter Scott. Sus admirables cualidades para el trabajo fueron ejercitadas en la oficina de un abogado, donde durante muchos años hizo una especie de faena escasamente más importante que la de un copista. Su monótona rutina diaria le hacía las noches, de que disponía por completo, tanto más gratas, consagrándolas generalmente á la lectura y al estudio. Él mismo atribuía á esta prosáica disciplina de escritorio el hábito de diligencia firme y sobria, de la que tan generalmente carecen los hombres puramente literarios. Como escribiente copista ganaba tres peniques por cada página con cierto número de palabras; y algunas veces por trabajo extraordinario, podía copiar hasta ciento veinte páginas en veinte y cuatro horas, ganando de ese modo treinta chelines; con los que solía comprar algún volumen suelto ó truncado, que de otro modo estaba fuera del alcance de sus recursos.

En su vida posterior solía Scott enorgullecerse de que era hombre de negocios y afirmó, en oposición con lo que él llamaba la jerigonza de los soneteros, que no había conexión necesaria entre el genio y una aversión ó desprecio por los deberes ordinarios de la vida. Por el contrario, era de opinión que, el acto de gastar una parte razonable de cada día en cualquier ocupación, de hecho era bueno para las mismas facultades más elevadas, á fin de cuentas. Cuando ocupó después el puesto de secretario de la corte de magistrados, en Edimburgo, hacía su trabajo literario principalmente antes de almorzar, asistiendo á la corte durante el día, donde autorizaba los documentos de los protocolos y otros escritos de varias clases. — « En todo — dice Lockhart, — forma uno de los rasgos más notables en su historia, que, durante el período más activo de su carrera literaria, ha consagrado una gran parte de sus horas, por lo menos

casi la mitad de cada año, al cumplimiento concienzudo de deberes profesionales. » Era un principio de acción que se había impuesto á sí mismo, que debía ganar su existencia con negocios, y no con la literatura. En una ocasión dijo : « Había resuelto que la literatura fuera mi bastón, pero no mi muleta, y que las ganancias de mi trabajo literario, por aportunas que fueran por otra parte, no debían hacerse necesarias para mis gastos ordinarios, si podía evitarlo. »

Su puntualidad era uno de sus hábitos más cuidadosamente cultivados; de otra manera no le hubiera sido posible realizar tan enorme cantidad de trabajo literario. Se hizo un deber contestar en el mismo día toda carta que recibiera, excepto en los casos en que se necesitaran averiguaciones ó alguna deliberación. Ninguna otra cosa hubiera podido ponerlo en estado de estar al día con el torrente de comunicaciones que se descargaban sobre él, y que á veces ponían en dura prueba su buena índole. Tenía la costumbre de levantarse á las cinco de la mañana y encender su chimenea. Se afeitaba y vestía con calma, y á las seis estaba sentado en su escritorio, con sus papeles puestos delante de sí en el mayor orden, y en torno suyo en el suelo, bien colocados todos sus libros de consulta, mientras que por lo menos uno de sus perros favoritos estaba acostado fuera de la línea de los libros, observando su mirada. De ese modo, cuando su familia se reunía para almorzar entre las nueve y las diez, había hecho lo suficiente usando de sus propias palabras : *para quebrar el pescuezo al trabajo del día*. Pero con toda su laboriosidad diligente é infatigable, y su inmenso saber, resultado de muchos años de labor paciente, siempre hablaba Scott con la mayor desconfianza de sus propias aptitudes. En una ocasión dijo : — *En todas las partes de mi carrera me he hallado siempre oprimido y embarazado por mi ignorancia.*

Así es la verdadera sabiduría y la humildad; por que cuanto más sabe un hombre realmente, tanto menos se hará una vanagloria de ello. Aquel estudiante del colegio de la Trinidad que se presentó al profesor para despedirse porque ya *había terminado su educación*, fué reprendido muy sabiamente con la contestación de su profesor : — « ¡Realmente! pues yo apenas estoy principiando la mía. » La persona superficial, que ha conseguido una tintura de muchas cosas, pero que nada sabe con perfección, puede muy bien jactarse de sus dotes; pero el sabio

confiesa humildemente que *todo lo que sabe, es que nada sabe*, ó, como Newton, que solo ha estado ocupado en recoger conchillas á orillas del mar mientras que el grande océano de la verdad está ante él completamente inexplorado.

Las vidas de los literatos de segundo orden proporcionan igualmente ejemplos notables del poder de la perseverancia. El difunto Juan Britton, autor de *Las Bellezas de Inglaterra y de Gales*, y de muchas valiosas obras arquitecturales, nació en una miserable cabaña de Kingston, en Wiltshire. Su padre había sido panadero y preparador de cebada para hacer cerveza, pero se arruinó en el negocio, y se volvió loco cuando Britton era aún muy chico. El niño recibió muy escasa educación escolar, pero en cambio muchísimo mal ejemplo, que felizmente no le corrompió. En temprana edad fué puesto á trabajar con un tío, tabernero en Clerkenwell, bajo cuyas órdenes embotelló, puso tapones, y encajonó vino durante más de seis años. Habiendo decaído en su salud, su tío le soltó á la ventura en el mundo, con sólo dos guineas en su bolsillo, fruto de sus cinco años de servicio. Durante los siete años siguientes de su vida sufrió muchas vicisitudes y penalidades. Sin embargo, en su autobiografía dice : — « En mi pobre y obscuro alojamiento, de quince peniques por semana, me entregaba al estudio, y á menudo leía en la cama durante las noches de invierno, porque no podía costearme fuego. » Yendo á pie á Bath, obtuvo allí una colocación como mozo de taberna, pero poco después le vemos otra vez de regreso en la metrópoli, casi sin un penique, sin calzado y sin camisa. Consiguió, sin embargo, una colocación como mozo de sótano en la Taberna de Londres, donde su obligación consistía en estar en el sótano desde las siete de la mañana hasta las once de la noche. Su salud se quebrantó en este encierro en la obscuridad, además de lo pesado del trabajo; y entonces se colocó con un abogado, por un sueldo de quince chelines por semana, porque había cultivado con acierto el arte de escribir durante los pocos minutos libres que podía llamar suyos. Mientras estaba en este empleo, consagró su ratos desocupados principalmente á recorrer los estantes de libros, donde leía á hurtadillas los que no podía comprar, y de ese modo adquirió cierta cantidad de conocimientos. En seguida pasó á otra oficina, con un sueldo de veinte chelines por semana, continuando siempre las lecturas y el estudio. A los veinte y ocho años pudo escribir un libro, que publicó con

el título de *Las Aventuras temerarias de Pizarro;* y desde entonces hasta su muerte, durante un període de más de cincuenta y cinco años, estuvo ocupado Britton en laborioso trabajo literario. El número de sus obras publicadas no es menos de ochenta y siete, siendo la más importante *Las antiguedades de las catedrales de Inglaterra*, en catorce volúmenes, obra verdaderamente magnífica, en sí misma el mejor monumento de la infatigable laboriosidad de Juan Britton.

Loudon, el pintor paisajista, era hombre de un carácter algo parecido, que peseía una extraordinaria facultad para al trabajo. Siendo hijo de un agricultor de las inmediaciones de Edimburgo, desde muy joven adquirió el hábito del trabajo. Su habilidad en diseñar planos y hacer bosquejos de paisajes indujeron á su padre á educarlo para *jardinero de paisajes.* Durante su aprendizaje, permanecía sentado para estudiar dos noches enteras cada semana; y á pesar de eso trabajaba de día más que cualquier otro trabajador. En el curso de sus estudios de noche, aprendió el francés, y antes de cumplír diez y ocho años tradujo una vida de Abelardo para una enciclopedia. Tenía tanto anhelo de hacer progresos en la vida, que cuando sólo contaba veinte y un años, y mientras trabajaba como jardinero en Inglaterra, escribió en un libro de apuntes : « Ahora tengo veinte y un años de edad, y quizá ha pasado ya una tercera parte de mi vida, y sin embargo, ¿qué he hecho en beneficio de mis semejantes? » reflexión no muy común en un joven de veinte años. Del francés pasó á estudiar el alemán y aprendió bien y rápidamente este idioma. Habiendo tomado una alquería grande, con el propósito de introducir las mejoras escocesas en el arte de la agricultura, consiguió realizar muy luego entradas considerables. Habiéndose abierto el continente al fin de la guerra, viajó por él con la idea de estudiar el sistema de jardinería y agricultura de otros países. Dos veces repitió sus viajes y los resultados fueron publicados en sus *Enciclopedias*, que figuran entre las obras más notables de su clase, distinguiéndose por la inmensa cantidad de materia útil que contienen, reunida con tanta laboriosidad y trabajo que rara vez habrá sido igualada.

La carrera de Samuel Drew no es menos notable que cualquiera de las que hemos citado. Su padre era un obrero muy trabajador de la parroquia de San Austell, en Cornwall. Aunque pobre, se manejó de modo que pudo enviar á sus dos hijos á

una escuela de dos peniques por semana de la vecindad. Jabez, el mayor, encontraba gran placer en estudiar, é hizo notables progresos en sus lecciones; pero Samuel, el menor, era un zote, y notoriamente dado á las travesuras y á faltar sin permiso á la escuela. Cuando tenía como unos ocho años, fué puesto á un trabajo manual, ganando tres medios peniques por día como limpiador en una mina de estaño. Á la edad de diez años fué puesto de aprendiz con un zapatero, y mientras estuvo en esta ocupación tuvo que sufrir muchas penalidades, viviendo, según tenía costumbre de decir : — *Como un sapo debajo de un rastrillo.* Frecuentemente tuvo la idea de fugarse y hacerse pirata, ó algo por el estilo, y parece que aumentaba en perversidad como aumentaba en años. En los robos que efectuaban en las huertas, era generalmente el caudillo, y, conforme creció, encontró gran placer en tomar parte en toda aventura de caza vedada ó de contrabando. Cuando tenía diez y siete años, antes de haber terminado su aprendizaje, se fugó, con el próposito de entrar en un buque de guerra, pero habiendo dormido aquella noche en un campo de pasto, se desanimó un poco, y volvió á su oficio.

Después pasó Drew á los alrededores de Plymouth para trabajar en su oficio de zapatero, y estando en Cawsand ganó el premio dado al más hábil en la esgrima del garrote, de que parece haber sido adepto. Mientras vivía allí, por poco pierde la vida en una expedición contrabandista á la que se había unido, inducido en parte por amor á las aventuras, y en parte por el deseo del lucro porque su salario usual no era más que de ocho chelines por semana. Una noche se dió aviso en todo Crafthole, que un buque contrabandista estaba cerca de la costa, pronto á descargar su cargamento; y en el acto se dirigió á la costa toda la población masculina del lugar ; casi todos eran contrabandistas. Una partida permaneció en las rocas para hacer señales y hacerse cargo de las mercancías conforme bajaran á tierra, y otra tripulaba los botes, perteneciendo Drew á esta última. La noche era muy obscura, y ya había sido desembarcado una pequeña parte del cargamento, cuando se levantó el viento, y se formó una gran marejada.

Los tripulantes de los botes resolvieron perseverar, á pesar de eso, y se hicieron varios viajes entre el buque contrabandista, que estaba muy afuera, y la costa. Á uno de los hombres del bote en que estaba Drew, le fué llevado el sombrero por el viento,

y tratando de recuperarlo, fué volcada la embarcación. Tres de los tripulantes se ahogaron inmediatamente, los otros permanecieron agarrados al bote durante algún tiempo, pero viendo que era arrastrado mar afuera, se echaron á nadar. Estaban á dos millas de la tierra, y la noche era tan obscura que casi no se veía. Después de haber estado sobre tres horas en el agua, llegó Drew á una roca cerca de la costa, con uno ó dos más, donde permaneció hasta la mañana entumecido por el frío; cuando con sus compañeros fué descubierto y sacado de allí, estaba más muerto que vivo. Llevóse un casco de aguardiente perteneciente al cargamento que se acababa de traer á tierra, se le destapó con una hacha, y un jarro del líquido les fué presentado á los que sobrevivían; poco después estuvo Drew en estado de andar dos millas sobre una abundante nieve para poder llegar á su alojamiento.

Esto era un modo de principiar la vida de una manera muy poco halagüeña; y sin embargo, este mismo Drew, pilluelo, ratero de frutas en las huertas, zapatero, esgrimidor de garrote, y contrabandista, sobrevivió á los vicios de su juventud, y se hizo un hombre distinguido como ministro del Evangelio, y escritor de buenos libros. Afortunadamente, antes que fuera demasiado tarde, le dió un giro hacia una dirección más sana á la energía que le caracterizaba, y se hizo tan eminente en lo útil como lo había sido antes en la pervesidad. Su padre le volvió á recoger en San Austell, y le proporcionó ocupación como zapatero á jornal. Su reciente salvación del naufragio en las rocas, había influído quizá para hacer más formal al joven, y poco después le encontramos atraído por la predicación poderosa del doctor Adam Clarke, sacerdote de los Metodistas Wesleyanos. Habiendo muerto por ese tiempo su hermano, fué más profunda la impresión de seriedad; y desde entonces era otro hombre. Principió de nuevo la tarea de su educación, pues casi había olvidado el leer y escribir; y aun después de varios años de práctica, un amigo suyo comparaba su escritura á las huellas que dejaría una araña que hubiera sido sumergida en la tinta, y que después hubiese correteado sobre el papel. Hablando de sí mismo en esa época, decía Drew después : « Cuanto más leía, tanto más sentía mi propia ignorancia; y cuanto más sentía mi ignorancia, tanto más invencible se hacía mi energía para vencerla. Todo momento desocupado lo empleaba en leer. Teniendo que sostenerme con el tra-

bajo manual, era bien corto mi tiempo para la lectura, y para vencer esta desventaja, tenía la costumbre de poner delante de mí un libro cuando comía, y en cada comida leía cinco ó seis páginas. » La lectura del *Ensayo sobre el entendimiento*, de Locke, le dió á su espíritu la primera inclinación metafísica. *Me despertó de mi estupor*, dice, *y me indujo á formar la resolución de abandonar las bajas miras que estaba acostumbrado á admitir.*

Drew principió por cuenta propia su negocio, con un capital de unos cuantos chelines; pero era tal su reputación de hombre formal, que un vecino, molinero, le ofreció un préstamo, que aceptó, y habiendo tenido éxito en su trabajo pudo devolverlo al cabo de un año. Empezó con la resolución de *no deber á nadie nada*, y se mantuvo en ella en medio de muchas privaciones. Su ambición era conseguir independencia por medio de laboriosidad y economía, y ésta la obtuvo gradualmente. En medio de incesante trabajo, se esforzó cuidadosamente en perfeccionar su espíritu, estudiando astronomía, historia y metafísica. Indújole á seguir principalmente este último estudio el hecho de requerir menos libros de consulta que cualquiera de los otros. *Parecía ser un sendero espinoso*, dice, *sin embargo*, *me resolví á entrar en él*, *y por consiguiente principié á caminar sobre él.*

Agregado á sus labores, de hacer zapatos y metafísica, se hizo Drew un predicador local y un corifeo de clase. Tomó vivísimo interés en la política, y su tienda se hizo un punto de reunión favorito de todos los *politiqueros* del pueblo, que cuando ellos no iban á su casa, se iba él á buscarlos para hablar con ellos sobre asuntos públicos. Esto le ocupaba tanto tiempo que se veía obligado algunas veces á trabajar hasta media noche para recuperar las horas que había perdido durante el día. Su fervor político se hizo la comidilla del pueblo. Estando una noche ocupado en martillar la suela de un zapato, vió un muchachito la luz en la zapatería, puso la boca sobre el ojo de la llave y gritó con voz de trompetilla : — *¡Zapatero! ¡zapatero! ¡trabajas de noche y andas ocioso de día!* Un amigo á quien Drew refirió después este hecho, le preguntó : — « ¿Y no corristeis detrás del muchacho, y le disteis una zurra? » — « ¡No no! fué su contestación, si hubieran descargado una pistola junto á mi oído, no hubiera quedado más desalentado ó confundido. Suspendí mi trabajo, y me dije : ¡Es verdad, es verdad! pero nunca tendrás

que poderme decir eso otra vez. Ese grito fué para mí la voz de Dios, y ha sido una palabra dicha á tiempo en mi vida. De ella aprendí á no dejar para mañana el trabajo de hoy, y á no estar ocioso cuando debiera estar trabajando. »

Desde ese momento abandonó Drew la política, y se consagró á su trabajo, leyendo y estudiando en sus horas libres: pero nunca dejó que estas ocupaciones interviniesen en su negocio, aunque á menudo penetraban en su descanso. Se casó y pensó por un momento en emigrar á América, pero continuó trabajando. Su gusto literario se inclinó primeramente hacia trabajos poéticos; y de algunos de los fragmentos que se han conservado, aparece que sus pensamientos respecto de la inmaterialidad é inmortalidad del alma tuvieron su orígen en esas meditaciones poéticas. Su cuarto de estudio era la cocina, donde le servían de escritorio los fuelles de su mujer; y escribía en medio del llanto de sus hijos y del ruido de la cuna. Por esta época apareció el *Siglo de la Razón*, de Paine, despertando mucho interés, y entonces escribió un libelo en refutación de sus argumentos, que fué publicado. Después acostumbraba á decir que el *Siglo de la Razón* lo había hecho autor. En rápida sucesión aparecieron muy luego varios folletos debidos á su pluma, y algunos años después, mientras seguía trabajando en hacer calzado, escribió y publicó su admirable *Ensayo sobre la inmaterialidad y la inmortalidad del alma humana*, que vendió por veinte libras esterlinas, en esa época suma bastante grande según su propia opinión. El libro obtuvo muchas ediciones y ahora es apreciado.

Drew no se envaneció en manera alguna con su éxito, como acontece á muchos autores nuevos, y, mucho después de ser celebrado como escritor, se le veía barrer la acera frente de su puerta, ó ayudando á sus aprendices á entrar el carbón para el invierno. Por mucho tiempo no se le pudo hacer que viera la literatura como una profesión de la que se podía vivir. Su primer cuidado era asegurarse un modo de vivir honrado con su profesión, y poner en la *lotería del éxito literario*, como lo llamaba él, tan sólo el sobrante de su tiempo. Sin embargo, con el tiempo se consagró completamente á la literatura, muy particularmente en conexión con la corporación Wesleyana; redactando uno de su *Magazines*, y dirigiendo la publicación de varias de sus obras sectarias. Escribió también en la *Revista Ecléctica*, y

compiló y publicó una valiosa historia de su condado nativo, Cornwall, con otras numerosas obras. Hacia el fin de su carrera, dijo de sí mismo : — « Salido de una de las clases más humildes de la sociedad, me he esforzado durante mi vida en educar á mi familia en condiciones de respetabilidad, por medio del trabajo honrado, de la frugalidad, y una alta consideración por mi carácter moral. La Divina Providencia ha sonreído á mis esfuerzos, y ha coronado con el éxito mis deseos. »

El finado José Hume siguió una carrera muy diferente, pero trabajó con un espíritu igualmente perseverante. Era hombre de dotes naturales moderadas, pero de gran laboriosidad y de intachable honradez en sus propósitos. La divisa de su vida fué *Perseverancia*, y obró siempre conforme á ella. Habiendo muerto su padre cuando todavía era él un niño, abrió su madre una pequeña tienda en Montrose, y trabajó muchísimo para sostener á su familia y educarla respetablemente. Á José lo puso á que aprendiera con un cirujano, y le educó para la profesión médica. Habiendo obtenido su diploma, hizo varios viajes á la India como cirujano del buque, y después obtuvo un empleo de cadete al servicio de la Compañía. (1) Nadie trabajaba con más vigor, ó vivía más sobriamente que él; y, captándose la confianza de sus superiores, quienes le consideraron como hombre capaz en el cumplimiento de sus deberes, y lo ascendieron gradualmente á empleos más elevados. En 1803 estuvo con la división del ejército á las órdenes del general Powell, en la guerra de Mahatta; y habiendo muerto el intérprete, fué nombrado en su reemplazo Hume, quien en el ínterin había estudiado y sabía los idiomas indígenas. Después fué nombrado médico principal del Estado Mayor. Pero como si esto no fuera bastante para ocupar todas

(1) Era característico del señor Hume que, durante sus viajes profesionales entre Inglaterra y la India, se dedicara diligentemente en sus momentos libres al estudio de la navegación y arte del piloto. En 1825, estando de viaje en un esmaque á la vela de Londres á Leith, y habiendo salido apenas la embarcación de la embocadura del Támesis, estalló de pronto una tormenta; fué sacada de su curso, y en la obscuridad de la noche, encalló en los bancos de Goodwin. El capitán perdió la presencia de ánimo, y estaba incapaz de dar órdenes coherentes, y es muy probable que el buque hubiera naufragado completamente, si un pasajero no hubiese tomado el mando y dirigido la maniobra del buque, tomando en persona el timón mientras duró el peligro. El buque se salvó, y el extranjero era el señor Hume.

sus facultades activas, se hizo cargo además de los empleos de pagador y administrador de correos, desempeñándolos satisfactoriamente. También contrató la provisión de la Comisaría, lo que hizo con ventaja para el ejército y provecho para sí. Después de unos diez años de incesante labor, regresó á Inglaterra con fortuna; y uno de sus primeros actos fué tomar medidas á favor de los individuos pobres de su familia.

Pero José Hume no era hombre capaz de disfrutar ociosamente los frutos ds su laboriosidad. El trabajo y la acupación se habían hecho necesarios para su bienestar y felicidad. Para adquirir un conocimiento exacto del verdadero estado de su país, y la condición del pueblo, visitó todos los pueblos del reino que entonces gozaban un grado cualquiera de celebridad manufacturera. Después viajó por el continente con el propósito de obtener conocimientos sobre los Estados extranjeros. Una vez de regreso á Inglaterra, entró en el parlamento en 1812, y continuó siendo miembro de esa asamblea, con una corta interrupción, durante un período próximo á treinta y cuatro años. Su primer discurso registrado fué sobre la educación pública, y durante toda su larga y honrosa carrera tomó un interés activo y serio en esa y en todas las otras cuestiones calculadas á elevar y mejorar la condición del pueblo ; la reforma criminal, bancos de ahorro, comercio libre, economía y disminución de impuestos, representación más extensa, y medidas semejantes, las que promovía infatigablemente. Cualquier asunto que empredía, lo trabajaba con todo su poder. No era un buen orador, pero lo que decía era creído porque salía de los labios de un hombre honrado, sin doblez, y exacto. Si el ridículo, como dice Shaftesbury, es la mejor prueba de la verdad, José Hume, resistió bien la prueba. De ningún hombre se ha reído tanto, pero allí estaba perpetuamente, *en su puesto*. Generalmente era derrotado en una votación, pero la influencia que ejercía era sentida, sin embargo de ello, y muchas mejoras financieras fueron efectuadas por él á pesar de tener la votación en contra suya. La cantidad de penoso trabajo que ha relizado es extraordinaria. Se levantaba á las seis, escribía cartas y arreglaba sus papeles para el parlamento; en seguida, después del almuerzo, recibía á las personas que iban para asuntos, algunas veces hasta veinte cada mañana. Rara vez se reunía la cámara sin que él estuviera presente, y aunque los debates se prolongaran hasta las dos ó tres de la mañana, po-

cas palabras, para llevar á cabo el trabajo que hizo, y por un espacio de tiempo tan largo, frente á tantas administraciones, semana tras semana, un año después de otro — ser vencido en la votación, derrotado, burlado, estando en muchas ocasiones casi solo — perseverar frente á frente de todo desaliento, conservando inalterable su sangre fría, sin perder lo más mínimo en su energía y su esperanza, y vivir para ver adoptadas con aclamación la mayor parte de sus medidas, debe ser considerado como uno de los ejemplos más notables del poder de la perseverancia humana que pueda ofrecer la biografía.

CAPÍTULO V

AYUDAS Y OPORTUNIDADES. — OCUPACIONES CIENTÍFICAS

> **Ni la mano desnuda ni el entendimiento, dejados á sí mismos, pueden hacer gran cosa; la obra se hace con instrumentos y ayudas tan necesarios para el entendimiento como para la mano. — Bacon (1).**
>
> **La oportunidad tiene cabello en la frente, pero es calva por detrás; si la cogéis de la guedeja de delante la podéis retener, pero, si la dejáis escapar, ni el mismo Júpiter podrá volver á detenerla. Del latín (2).**

La casualidad hace muy poco en favor de los grandes resultados que se obtienen en la vida. Aunque algunas veces se pueda hacer por medio de una atrevida empresa arriesgada lo que se llama *un golpe de fortuna*, sólo el camino real de la laboriosidad y de la aplicación formales son la única senda segura para poder marchar. Se dice del pintor paisajista Wilson, que cuando había casi terminado una pintura de carácter tranquilo y correcto, se retiraba de ella, con su pincel atado al extremo de una larga caña, y después de mirar atentamente á su obra,

(1) *Neither the naked hand, nor the understanding, left to itseff, can do much; the work is accomplished by instruments and helps, of which the need is not leses for the understanding than the hand.* Bacon.

(2) *Opportunity has hair in front, behind she is bald; if you seize her by the forelock you mai hold her, but if suffered to escape, not Jupiter himself can catch her again.* — From the Latin.

se aproximaba de pronto y con unas cuantas pinceladas atrevidas daba una brillante última mano al cuadro. Pero para cualquiera que quisiese producir efecto, no serviría pasar su pincel contra el lienzo en la esperanza de producir una pintura. La capacidad de dar estos últimos toques vitales sólo se adquiere por la labor de una vida; y lo probable es que el artista que de antemano no se haya ejercitado cuidadosamente, al intentar producir un efecto brillante con un golpe, sólo producirá un borrón.

Lo que siempre distingue á un verdadero trabajador es la atención asidua y una laboriosidad cuidadosa. Los más grandes hombres no son aquellos que *desprecian los días de pequeñas cosas*, sino aquellos que los mejoran de la manera más cuidadosa. Miguel Ángel explicaba un día á un visitante de su estudio lo que había estado haciendo á una estatua desde su visita anterior. — « He retocado esta parte, he pulimentado aquella, he suavizado este rasgo, he hecho resaltar ese músculo, he dado alguna expresión á este labio, y más energía á aquella pierna. » — « Pero esto son bagatelas, observó el visante. — Puede ser que sí, replicó el escultor, pero tened presente que las bagatelas hacen la perfección, y la perfección, no es una bagatela. » Así se dijo del pintor Nicolás Poussin, cuya regla de conducta era : *que cualquier cosa que fuese digna de ser hecha merecía ser bien hecha;* y cuando al fin de sus años fué preguntado por su amigo Vigneul de Marville, por qué medios había alcazando tan alta fama entre los pintores de Italia, contestó Poussin enfáticamente : — *Porque no he descuidado nada.*

Aunque hay descubrimientos de los cuales se dice que han sido hechos por casualidad, se verá, si se averigua cuidadosamente, que en realidad ha habido poco en ellos que haya sido debido á la casualidad. Éstas pretendidas casualidades no han sido en su mayor parte sino oportunidades, cuidadosamente mejoradas por el genio. La caída de la manzana á los pies de Newton ha sido citada á menudo como prueba del carácter accidental de algunos descubrimientos. Pero es que el espíritu de Newton ya había estado consagrado durante muchos años á la laboriosa y paciente investigación del problema de la gravitación; y la circunstancia de caer á su vista la manzana, fué comprendida cómo sólo el genio podía comprenderla, y sirvió para demostrarle el brillante descubrimiento que entonces ofrecía ante su vista, de igual modo las burbujas de jabón de brillantes co-

lores sopladas por medio de una pipa de fumar común, aunque *ligeras como el aire* á los ojos de los más, sugirieron al doctor Young su bella teoría de las *interposiciones*, y le condujeron al descubrimiento que se refiere á la descomposición de la luz. Aunque se supone vulgarmente que los hombres sólo se ocupan de grandes cosas, hombres tales como Newton y Young estaban dispuestos á descubrir el significado de los hechos más familiares y sencillos; su grandeza consistía principalmente en su sabia interpretación de esos pequeños fenómenos.

La diferencia entre los hombres, consiste en gran parte, en la inteligencia de su observación. Dice el proverbio ruso refiriéndose al hombre que no es observador : — *Cruza el bosque y no ve leña para el fuego.* — *Los ojos del sabio están en su cabeza,* — dice Salomón — *pero el tonto, camina á obscuras.* — Señor, — dijo Johnson en una ocasión á un apuesto caballero que acababa de regresar de Italia, algunos hombres aprenden más en la diligencia de Hampstead, que otros en un viaje por Europa. » El espíritu es el que ve lo mismo que los ojos. Donde nada observan los irreflexivos mirones, penetran los hombres de inteligente visualidad, en lo más íntimo del fenómeno que se les presenta, notando atentamente las diferencias, haciendo comparaciones, y reconociendo la idea que está oculta. Muchos habían visto vibrar con mesurado balance un peso suspendido ente sus ojos, antes que lo hiciera Galileo; pero él fué el primero que descubrió el valor de ese hecho. Uno de los pertigueros de la catedral de Pisa, después de haber llenado con aceite una lámpara que colgaba del techo, la dejó oscilando de aquí para allí; y Galileo, entonces joven de diez y ocho años tan sólo, observándola atentamente, concibió la idea de aplicarla á la medición del tiempo. Sin embargo, pasaron cincuenta años de estudio y de trabajo antes que hubiera completado la invención del *Péndulo*, cuya importancia, en la medición del tiempo y los cálculos astronómicos, apenas podrá ser apreciada lo bastante. De igual modo, habiendo oído Galileo casualmente que un cierto Lippershey, fabricante de anteojos, holandés, había regalado al conde Mauricio de Nassau un instrumento por medio del cual aparecían más próximos para el que lo tenía, los objetos que estaban distantes, se dedicó á estudiar las causas de ese fenómeno, lo cual le condujo al invento del telescopio, y dió por resultado el principio de la ciencia moderna de la astronomía. Descubrimientos

como éstos, jamás podrían efectuarse por un observador descuidado, ó por un ser meramente pasivo.

Cuando el capitán (después sir Samuel) Brown estaba ocupado en estudiar la construcción de los puentes, con el objeto de inventar uno económico para echarlo sobre el río Tweed, cerca de donde vivía, paseábase en su jardín en una mañana de otoño llena de rocío, cuando vió una tenue telaraña suspendida á través de su camino. Inmediatamente se le ocurrió la idea que de igual modo se podría construír un puente de cuerdas ó cadenas de hierro, y el resultado fué la invención de su puente colgante. De igual modo, cuando Jaime Watt fué consultado sobre el modo de conducir agua por medio de tubos por debajo del Clyde, á lo largo del lecho desigual del río, dirigió un día su atención á la concha de una langosta de mar puesta en su mesa; y de ese modelo inventó un tubo de hierro, que una vez colocado, se vió que respondía perfectamente al objeto deseado. Sir Isambert Brunel tomó sus primeras lecciones para formal el túnel del Támesis de la pequeña broma. Vió cómo este animalito perforaba la madera con su bien armada cabeza, primero en una dirección y después en otra, hasta que estaba completo el arco, y en seguida untaba el techo y los costados con una especie de barniz; y copiando exactamente este trabajo en una escala mayor, pudo al fin construír Brunel su resguardo y llevar á efecto su grande obra de ingeniería.

Sólo la mirada inteligente del atento observador da valor á estos fenómenos aparentemente triviales. Un asunto tan insignificante como la vista de algas marinas flotantes que pasaban al lado de su buque, puso á Colón en estado de poder sofocar el motín que ocurrió entre sus marineros por no descubrir tierra, y asegurarles que no estaba distante el nuevo mundo que se buscaba tan ansiosamente. Nada hay tan pequeño que deba permanecer olvidado, y cualquier hecho, por trivial que parezca, puede quizá probar que es útil de un modo ú otro si se le interpreta cuidadosamente. ¡Quién se hubiera podido figurar que las célebres *rocas de tiza de Albión* habían sido construídas por tenues insectos descubiertos únicamente con la ayuda del microscopio del mismo orden de animales que han sembrado el mar de islas de coral! Y el que contempla semejantes resultados extraordinarios, debidos á operaciones infinitamente pequeñas, ¿se atraverá á poner en duda el poder de las cosas pequeñas?

En la observación atenta de las cosas pequeñas está el secreto del éxito en los negocios, en el arte, en la ciencia, y en toda ocupación en la vida. El saber humano no es sino una acumulación de pequeños hechos, reunida por las generaciones sucesivas de los hombres, habiendo crecido con el tiempo á ser pirámides colosales los pequeños trozos de conocimiento y de experiencia atesorados cuidadosamente por ellas. Aunque muchos de estos hechos y observaciones parecían al principio que no tenían sino una ligera significación, se ve que todos ellos tienen su uso eventual, y que encajan bien en su lugar propio. Hasta muchos pensamientos aparentemente remotos, resultan ser la base de resultados claramente prácticos. En las secciones cónicas descubiertas por Apolonio Pergæus, transcurrieron veinte siglos antes que constituyeran la base de la astronomía ; ciencia que pone al navegante moderno en estado de dirigir su camino á través de mares desconocidos, y que le traza en los cielos una senda inerrable hacia el puerto deseado. Y si los matemáticos no hubieran trabajado por tanto tiempo en las relaciones abstractas de las líneas y de las superficies, y con tan poco fruto aparente, para los observadores de escasa instrucción, es probable que sólo muy pocas de nuestras invenciones mecánicas habrían visto la luz.

Cuando Franklin hizo su descubrimiento de la identidad del rayo y de la electricidad, se burlaron de ello, y las gentes se preguntaban : —¿*Para qué sirve*? — Á lo cual contestó : —¿De qué sirve un niño? ¡Puede llegar á ser un hombre! — Cuando Galvani descubrió que la pata de una rana se estremecía al ponerla en contacto con diferentes metales, difícilmente se podía haber imaginado que un hecho tan insignificante en la apariencia podía haber conducido á resultados importantes. Con todo, allí estaba el germen del telégrafo eléctrico, que une la inteligencia de los continentes, y probablemente antes que hayan transcurrido muchos años *pondrá un cinturón que abrazará al globo*. Así, también, pedacitos de piedra y fósiles, excavados de la tierra, interpretados con inteligencia han resultado ser la ciencia de la geología y las operaciones prácticas de la minería, en las que se invierten grandes capitales y gran número de personas tienen provechoso empleo.

La maquinaria gigantesca empleada en desaguar nuestras minas, en mover nuestros molinos y fábricas, é impelir á nuestros

buques de vapor y locomotoras, dependen de igual manera, para su provisión de poder, sobre un agente tan ligero como son las gotas de agua dilatadas por el calor, — agente llamado familiarmente vapor, que vemos salir por el pico de una tetera común, pero que desarrolla una fuerza igual á la de millones de caballos cuando está encerrado en una máquina ideada ingeniosamente, y contiene un poder para luchar contra las olas y hasta para desafiar al huracán. El mismo poder, hirviendo en las entrañas de la tierra, ha sido la causa de aquellos volcanes y terremotos que han representado una parte tan importante en la historia del globo.

Se dice que la atención del marqués de Worcester fué casualmente dirigida á la fuerza del vapor, porque ante sus ojos voló la tapa ajustada de una vasija que contenía agua hirviendo, estando él preso en la Torre. Publicó el resultado de sus observaciones en su *Siglo de Inventos*, que formó durante algún tiempo una especie de libro de texto para las investigaciones sobre la fuerza del vapor, hasta que Savary, Newcomen, y otros, aplicándola á fines prácticos, llevaron la máquina de vapor al estado en que Watt la encontró cuando fué llamado para componer un modelo de la máquina de Newcomen, que pertenecía á la universidad de Glasgow. Esta circunstancia casual fué una oportunidad para Watt, que no tardó en aprovechar y mejorar; siendo el objetivo de su vida llevar la máquina de vapor hasta la perfección.

Este arte de asir las oportunidades y sacar provecho hasta de los mismos accidentes, encaminándolos á algún propósito, es un gran secreto par el éxito. El doctor Johnson ha definido al genio como *un espíritu de grandes facultades generales, aplicado accidentalmente en una dirección particular*. Los hombres que están resueltos á encontrar un camino para sí mismos, siempre hallarán abundantes oportunidades; y si no están prontas al alcance de sus manos, las harán ellos mismos. No son aquellos que han disfrutado las ventajas de los colegios, de los museos y de las galerías públicas, los que más han logrado en bien de la ciencia y de las artes; ni los grandes mecánicos é inventores han sido educados en los institutos mecánicos. La necesidad, más á menudo que la facilidad, ha sido la madre de la invención; y la más provechosa de todas las escuelas, fué la escuela de la dificultad. Algunos de los mejores obreros han tenido las herramientas mas

sencillas para hacer su trabajo. Pero no son las herramientas las que hacen al operario, sino la habilidad educada y la perseverancia del hombre mismo. Hasta es proverbial que el mal obrero jamás ha encontrado hasta ahora una herramienta buena. Alguien le preguntó á Opie por medio de qué procedimiento maravilloso mezclaba sus colores. « Los mezclo con mis sesos, señor » fué su contestación. Lo mismo sucede con cualquier obrero que quiera sobresalir. Fergusón hacía cosas maravillosas — tales como su reloj de madera, que medía exactamente las horas — con un cortaplumas común, herramienta que se halla en manos de todo el mundo; pero es que cualquiera no es Fergusón. Un balde de agua y dos termómetros fueron las herramientas con que el doctor Black descubrió el calor latente; y un prisma, un lente, y un pedazo de cartón pusieron á Newton en condiciones de descubrir la composición de la luz y el origen de los colores. Un eminente sabio extranjero fué una vez á ver al doctor Wollaston, pidiéndole que le enseñara sus laboratorios en que la ciencia había sido enriquecida con tantos descubrimientos importantes; le levó el doctor á un pequeño estudio, y señalando una vieja artesa de té que estaba sobre la mesa y que contenía algunos vidrios de reloj, papel de prueba, una pequeña balanza y un soplete, le dijo: ¡*Ahí está todo el laboratorio que poseo*!

Stothard aprendió el arte de combinar los colores estudiando atentamente las alas de las mariposas: decía con frecuencia que nadie sabía lo que debía á estos delicados insectos. Un palo quemado y la puerta de un galpón le sirvieron á Wilkie de lápiz y de tela. Bewick practicó sus primeros ensayos de diseños en las paredes de las cabañas de su pueblo natal, que cubrió con sus bosquejos hechos con tiza, y Benjamín West hizo sus primeros pinceles con el pelo de la cola de su gato. Fergusón se acostaba por la noche sobre una manta en el campo y hacía un mapa de los cuerpos celestes por medio de un hilo con cuentecitas, colocado entre su mirada y las estrellas. Franklin arrancó su rayo á la nube cargada por medio de una pandorga hecha con dos palillos cruzados y un pañuelo de seda. Watt hizo su primer modelo de la máquina condensada de vapor con una jeringa de un viejo profesor de anatomía, usada para inyectar las arterias antes de la disección. Cuando Gifford era aprendiz de zapatero de viejo, estudió sus primeros problemas de matemáticas sobre tirillas de cuero, que para ese objeto martillaba hasta dejarlas lisas; mien-

tras que Rittenhouse, el astrónomo, calculó al principio los eclipses en el mango de su arado.

Las ocasiones más vulgares proporcionarán á un hombre oportunidades ó sugestiones para mejorar y adelantar, con solo que esté dispuesto á aprovecharse de ellas. El profesor Lee fué inducido al estudio del hebreo por haber encontrado una Biblia en ese idioma en una sinagoga, mientras trabajaba como oficial carpintero en la compostura de los bancos. Se apoderó de él el deseo de leer el libro en el original, y, comprando un ejemplar de segunda mano y barato de una gramática hebrea, se puso á trabajar y aprendió el idioma. Como le dijo Edmundo Stone al duque de Argyle, en contestación á la pregunta de éste, de cómo él, que era hijo de un pobre jardinero, se había manejado para leer en latín los *Principios* de Newton. « Sólo se necesita conocer las veinte y cuatro letras del alfabeto para poder aprender todo aquello que se desea. » La aplicación y la perseverancia, y la diligente mejora de las oportunidades, harán lo demás.

Sir Walter Scott hallaba oportunidades para progresar en lo que se empeñaba, y hasta procuraba aprovechar las casualidades. Así fué como en cumplimiento de sus obligaciones de escribiente, visitó por primera vez á los Highlands, y formó aquellas amistades entre los héroes de 1745 que aún vivían, y que sirvieron para colocar la base de una clase numerosa de sus obras. Más tarde en la vida, cuando estaba empleado como comisario de la caballería ligera de Edimburgo, fué casualmente herido por la patada de un caballo, y se vió obligado á guardar cama por algún tiempo; pero Scott era un enemigo mortal de la ociosidad, y en el acto puso su espíritu en acción. En tres días había compuesto su primer canto del poema, *La canción del último trovador*, que terminó poco después: su primer obra original de importancia.

La atención del doctor Priestley, el descubridor de tantos gases, fué atraída casualmente al estudio de la química por efecto de vivir en la vecindad de una fábrica de cerveza. Visitando un día ese lugar, notó el aspecto particular qué acompañaba á la extinción de las virutas encendidas, en el gas que flotaba sobre la bebida fermentada. Tenía en aquella época cuarenta años, y nada sabía de química. Consultó libros para averiguar la causa, pero éstos le hicieron saber muy poco, porque hasta entonces no se conocía nada sobre el asunto. Entonces principió á hacer

experimentos, con algunos aparatos toscos hechos por él mismo. Los resultados curiosos de sus primeros experimentos, condujeron á otros, que en sus manos llegaron muy pronto á ser la ciencia de la química neumática. Por la misma época, estaba trabajando obscuramente Sheele en el mismo sentido, en una villa remota de Suecia; y descubrió varios gases nuevos, sin tener á su disposición más aparato efectivo que unas cuantas redomas de boticario y algunas vejigas.

Cuando era aprendiz de boticario sir Humphry Davy, hizo sus primeros experimentos con instrumentos de la más tosca clase. Improvisó la mayor parte de ellos, con el material que el acaso ponía en su camino; las ollas y cacerolas de la cocina, y las redomas y vasijas de la botica de su patrón. Aconteció que un buque francés naufragó frente al Land's End, y el cirujano se salvó, llevando consigo su caja de instrumentos, entre los cuales había un anticuado aparato del clistel; regaló á Davy, con quien había hecho relaciones, aquel instrumento. El aprendiz de boticario lo recibió con gran entusiasmo, y en adelante lo usaba como una parte del aparato neumático que había inventado, haciéndole servir después de bomba de aire en uno de sus experimentos sobre la naturaleza y origen del calor.

Del mismo modo el profesor Faraday, sucesor científico de sir Humphry Davy, hizo sus primeros experimentos de electricidad por medio de una botella vieja, siendo aún oficial encuadernador de libros. Es un hecho curioso, que Faraday fué llevado al estudio de la química, por haber oído una de las conferencias dadas por sir Humprhy Davy sobre esta materia en el Instituto Real. Un caballero que era miembro de él, fué un día al taller de encuadernación en que Faraday estaba empleado para encuadernar libros, y le encontró embebido leyendo el artículo *Electricidad* en una enciclopedia que le había dado para ser encuadernada. Habiendo hecho averiguaciones el caballero, supo que el joven encuadernador se interesaba en esas materias, y le dió un permiso de entrada para el Instituto Real, donde asistió á un curso de cuatro lecturas dadas por sir Humphry. Tomó notas de ellas, que presentó al profesor, quien reconoció su exactitud científica, y quedó sorprendido cuando supo la humilde posición del estudiante. Entonces expresó Faraday su deseo de consagrarse al estudio de la química, de lo que al principio trató de disuadirle sir Humphry, pero persistiendo el joven, fué admitido

finalmente en el Itstituto Real como ayudante; y con el tiempo cayó el manto del brillante aprendiz de boticario sobre los dignos hombros del igualmente brillante aprendiz de encuadernador.

Las palabras que Davy escribió en su libro de apuntes, cuando tenía apenas veinte años de edad y estaba trabajando en Bristol en el laboratorio del doctor Betdoes, eran eminentemente características : « No tengo ni riquezas, ni poder, ni nacimiento que me recomiende; con todo, si vivo, tengo confianza en que no dejaré de prestar menos servicios á la humanidad y á mis amigos, que si hubiera nacido con todas estas ventajas. » Davy poseía la capacidad, como la tiene Faraday, de consagrar todo el poder de su espíritu á la investigación práctica y experimental de una materia en todos sus alcances; y un espíritu semejante rara vez dejará de producir resultados del orden más elevado, á fuerza de trabajo y de paciente meditación. Coleridge dijo de Davy : « Hay en su espíritu una energía y una elasticidad, que le ponen en condición de apoderarse y analizar todas las cuestiones, llevándolas á sus legítimas consecuencias. Todo asunto tiene en el espíritu de Davy el principio de vitalidad. Los pensamientos vivos surgen como el césped bajo sus pies. » Davy, por su parte, dijo de Coleridge, cuya capacidad admiraba mucho : « Con el más encumbrado genio, las concepciones más vastas, un corazón sensible, y un espíritu ilustrado, siempre será víctima de la falta de orden, de precisión y de regularidad. »

El gran Cuvier era un observador singularmente exacto, atento y laborioso. Siendo muchacho cayó por casualidad en su poder un volumen de Buffón, y esto le inclinó al estudio de la historia natural. En el acto principió á copiar los dibujos, y á pintarlos de conformidad con las descripciones contenidas en el texto. Estando aún en la escuela, le regaló uno de sus maestros la obra de Linneo, *Sistema de la Naturaleza*, y por más de diez años constituyó este libro su biblioteca de historia natural. A los diez y ocho años de edad le fué ofrecido el puesto de preceptor en una familia que residía cerca de Fecamp, en Normandía. Viviendo próximo á la costa del mar, estuvo en relación íntima con las maravillas de la vida marina. Un día que andaba por las arenas vió una jibia encallada. Fué atraída su atención por el objeto extraño, lo llevó á su casa para disecarlo, y principió así el estudio de los moluscos, en cuya ocupación alcanzó

tan gloriosa nombradía. No tenía libros de consulta, excepto el gran libro de la naturaleza que estaba abierto ante sí. El estudio de los objetos nuevos é interesantes que diariamente le presentaba á sus ojos, produjo sobre su espíritu una impresión más profunda que la que le hubiera podido causar cualquiera descripción escrita ó grabada. Así pasaron tres años, durante los cuales comparó las especies vivientes de animales marinos con los restos fósiles que se encontraban en los alrededores; disecaba las muestras de la vida marina que llegaban á su conocimiento, y, con cuidadosa observación, preparaba el camino para una reforma completa en la clasificación del reino animal. Por esta época conoció á Cuvier el erudito abate Teissier, quien escribió á Jussieu y á otros amigos de París sobre el tema de las investigaciones del joven naturalista, en términos de tan elevada recomendación, que pidieron á Cuvier que enviase algunos de sus papeles á la Sociedad de historia natural; y poco tiempo después fué nombrado ayudante superintendente del Jardín de Plantas. En la carta escrita por Teissier á Jussieu, presentándole al joven naturalista, se leía: *Recordaréis que fuí yo quien dió Delambre á la Academia, en otro ramo de la ciencia : éste será también otro Delambre.* Apenas necesitamos agregar que la predicción de Teissier se vió más que realizada.

No es, pues, la casualidad, lo que tanto ayuda á un hombre en el mundo, como un propósito y una laboriosidad persistentes. De nada les servirían las más felices casualidades á los débiles, á los indolentes, y á aquellos que no tengan propósitos; pasarán á su lado, y no verán en ellos designio alguno. Pero es sorprendente cuánto podemos realizar si estamos prontos para coger y mejorar las oportunidades para la acción y el esfuerzo que constantemente se están presentando. Watt se enseñó á sí mismo química y mecánica, mientras trabajaba en su oficio de fabricante de instrumentos matemáticos, y al mismo tiempo se hacía enseñar el alemán por un tintorero suizo. Stephenson aprendió por sí solo aritmética y agrimensura en los cambios de noche, mientras trabajaba como maquinista de una máquina de vapor; y cuando podía robar algunos momentos en los intervavalos concedidos para el almuerzo y la comida durante el día, trabajaba en sus conclusiones sobre los costados de los wagones de carbón. La laboriosidad fué el hábito de la vida de Daltón. Principió desde joven, pues enseñaba en la escuela de una

pequeña aldea cuando no tenía más que doce años de edad próximamente, atendiendo á la escuela en el invierno y trabajando en el verano en la alquería de su padre. Á veces para el estudio se incitaba, y á sus compañeros también, por medio de apuestas, aunque había sido criado como cuákero; y en una ocasión ganó con la solución de un problema, lo bastante para comprarse suficiente cantidad de velas para el invierno. Continuó sus observaciones meteorológicas hasta el día antes de su muerte, habiendo hecho y anotado sobre doscientas mil en el transcurso de su vida.

Con perseverancia se pueden transformar en resultados del mayor valor hasta los mismos restos no aprovechados del tiempo. Una hora diaria retirada de las ocupaciones frívolas, si se emplea provechosamente, puede poner á una persona de capacidad común en aptitud de adelantar mucho en la adquisición y conocimiento de una ciencia. En menos de diez años cambiaría un hombre ignorante en un hombre bastante instruído. No deben dejar perder el tiempo los que quieran que produzca frutos, en la forma de aprender algo digno de ser estudiado, cultivando algún principio bueno, ó fortaleciendo algún hábito provechoso. El doctor Mason Good tradujo á Lucrecio mientras andaba en su carruaje por las calles de Londres, para ir á visitar á sus enfermos. El doctor Darwin compuso casi todas sus obras del mismo modo, cuando iba de casa en casa en el campo en su *sulky*, escribiendo sus ideas en tiras de papel, que llevaba consigo con ese propósito. Hale escribió sus *Contemplaciones*, mientras viajaba haciendo sus visitas de distrito en calidad de juez. El doctor Burney aprendió el francés y el italiano mientras iba á caballo desde la casa de uno de sus discípulos de música á la de otro durante el curso de su profesión. Kirke White aprendió el griego mientras iba y venía de la oficina de un abogado; y nosotros mismos conocemos á un hombre de posición eminente que aprendió el latín y el francés mientras iba á llevar recados como mandadero por las calles de Manchester, siendo muchacho.

Daguesseau, uno de los grandes cancilleres de Francia, aprovechando cuidadosamente sus pequeños ratos desocupados, escribió un voluminoso y hábil libro en los intervalos sucesivos en que esperaba que le llamasen para la comida, y la señora de Genlis compuso varios de sus encantadores libros mientras es-

peraba á la princesa á quien daba lecciones diarias. Elihu Burritt atribuía su éxito en su educación propia, no al genio, que desconocía, sino puramente al empleo diligente de esos inapreciables fragmentos de tiempo llamados *ratos perdidos*. Mientras trabajaba y ganaba su vida como herrero, aprendió diez y ocho idiomas antiguos y modernos, y veinte y dos dialectos europeos.

¡Cuán solemne y admirable consejo para la juventud es el que está escrito sobre el cuadrante de *All Souls*, en Oxford : *Periunt et imputantur* : Las horas fenecen, y nos son puestas en cuenta ! El tiempo es el único pequeño fragmento de la eternidad que pertenece al hombre; y, lo mismo que la vida, jamás se le puede hacer volver. En *la disparición de los tesoros del mundo*, dice Jackson de Éxeter, *puede contrapesar la prodigalidad del pasado, á la economía del porvenir, pero ¿quién puede decir : tomaré de los minutos de mañana para compensar aquellos que perdí hoy?* Melanchton anotaba el tiempo que perdía, para con ello poder reanimar su laboriosidad, y no perder una hora. Un erudito italiano puso sobre su puerta una inscripción, haciendo saber que cualquiera que permaneciese allí, tendría que acompañarle en sus trabajos. *Tememos* — dijeron unas visitas á Boster, — *que os estamos quitando el tiempo. Ciertamente que lo hacéis*, contestó el teólogo interrogado y poco cortés. El tiempo fué la propiedad de la cual formaron esos grandes trabajadores, y todos los demás, ese rico tesoro de pensamientos y de hechos que han dejado á sus sucesores.

La labor meramente ingrata por la cual han pasado algunos hombres para realizar sus empresas, ha sido extraordinaria, pero era la ingrata faena que ellos mismos miraban como el premio del éxito. Addison reunió como tres *in folio* de materiales manuscritos antes que principiara su *Espectador*. Newton escribió quince veces su *Chronology* antes de estar satisfecho de ella. Hale estudió por muchos años durante diez seis horas cada día, y cuando estaba fatigado con el estudio del derecho, se procuraba como un recreo con la filosofía y el estudio de las matemáticas. Hume escribía trece horas al día cuando preparaba su *Historia de Inglaterra*. Hablando Montesquieu de una parte de sus escritos, decía á un amigo suyo *Lo leeréis en unas cuantas horas, pero os aseguro que me ha costado un trabajo tal, que ha hecho encanecer mi cabello.*

La costumbre de apuntar los pensamientos y datos con el

propósito de recordarlos firmemente y evitar su huída á la obscura región del olvido, ha sido muy usada por hombres reflexivos y estudiosos. Á su muerte dejó lord Bacon muchos manuscritos titulados: *Pensamientos ocurridos de pronto y escritos para practicarlos.* Erkine hizo grandes extractos de Burke; y Ellon copió dos veces de su propia mano á Coke en su obra sobre Littleton, de modo que el libro llegó á ser como si constituyese parte de su propio espíritu. Cuando el finado doctor Pye Smith estaba con su padre como aprendiz de encuadernador, tenía la costumbre de hacer abundantes apuntaciones de todos los libros que leía, con extractos y críticas. Esta indomable laboriosidad para reunir materiales le distinguió durante toda la vida, y su biógrafo dice de él que estaba *siempre trabajando, siempre adelante, y acumulando siempre.* Estos libros de apuntes fueron después, como las *canteras* de Richter, el gran depósito del cual sacaba sus ejemplos.

La misma práctica caracterizaba al eminente Juan Hunter, quien la adoptó con el propósito de suplir los defectos de la memoria; y de ese modo tenía la costumbre de ilustrar las ventajas que se sacan de poner por escrito los pensamientos propios: « Se parece — decía — á un comerciante que toma mercancías, sin las cuales nunca sabe ni lo que posee ni aquello que le falta. » Juan Hunter — cuya observación era tan penetrante que Abernethy tenía la costumbre de hablar de él como del *hombre de mirada de Argos* — presenta un ejemplo ilustre del poder de la laboriosidad paciente. Recibió poca ó ninguna educación hasta que tuvo próximamente veinte años de edad, y con dificultad aprendió á leer y á escribir. Durante algunos años trabajó como carpintero en Glasgow, después de lo cual se unió á su hermano Guillermo, quien se había establecido en Londres para dar conferencias y hacer demostraciones anatómicas. Juan entró en su oficina de disección como ayudante, pero pronto sobrepujó á su hermano, debido á su gran inteligencia natural, pero principalmente en razón de su paciente aplicación é infatigable laboriosidad. Fué uno de los primeros en este país que se consagraron asiduamente al estudio de la anatomía comparada, y los objetos que disecaba y reunía ocuparon al eminente profesor Owen no menos de diez años en su arreglo. La colección contiene unas veinte mil muestras, y es el más precioso tesoro de su clase que jamás haya sido acumulado por la laboriosidad de un hom-

bre. Hunter acostumbraba ocuparse en su museo todas las mañanas, desde que salía el sol hasta las ocho, y por el día atendía á su numerosa clientela particular, llenaba sus deberes de cirujano del hospital de San Jorge y cirujano delegado del ejército; daba conferencias á los estudiantes y dirigía una escuela de anatomía práctica en su misma casa; hallando tiempo, en medio de todo esto, para hacer laboriosos experimentos sobre la economía animal, y la composición de varias obras de gran importancia científica. Para encontrar tiempo que dedicar á esta cantidad inmensa de trabajo, sólo se concedía cuatro horas de sueño por la noche, y una hora después de comer. Una vez se le preguntó qué método había adoptado para asegurar el éxito de lo que emprendía, y contestó: « Mi regla consiste en considerar con deliberación, antes de principiar, si el asunto se puede hacer. Si no es practicable, no lo intento. Si es practicable, lo puedo llevar si me tomo el debido trabajo para ello; y si lo principio, no me detengo hasta que lo he concluído. Á esta regla debo todo mi éxito. »

Hunter empleaba una gran parte de su tiempo en reunir datos referentes á materias que antes habían sido consideradas como excesivamente triviales. De ahí que muchos de sus contemporáneos supusieran que malgastaba únicamente su tiempo y su intelecto en estudiar tan atentamente como lo hacía el crecimiento del cuerno de un venado, por ejemplo. Pero Hunter sentía la convicción de que ningún conocimiento exacto de datos científicos puede existir sin que tenga cierto valor. Por ese estudio aprendió cómo las arterias se acomodan por sí mismas á las circunstancias, y se agrandan según lo requiera el caso; y el comocimiento adquirido así, le dió valor y atrevimiento, en un caso de aneurisma de una arteria ramal, para atar el tronco principal donde ningún cirujano antes que él se había atrevido á atarla, y la vida del paciente fué salvada. Al igual de muchos hombres originales, trabajó mucho tiempo, por decirlo así, debajo de tierra, cavando y echando cimientos. Era un genio solitario y que confiaba en sí mismo, siguiendo su curso sin el consuelo de la simpatía ó de la aprobación, pues muy pocos de sus contemporáneos comprendieron el objeto final de sus estudios. Pero, como todos los verdaderos trabajadores, no dejó de obtener la mejor recompensa — aquella que depende menos de los demás que de uno mismo — la aprobación de la concien-

cia que en un hombre de espíritu recto sigue invariablemente al cumplimiento honrado y enérgico del deber.

Ambrosio Paré, el gran cirujano francés, fué otro ejemplo ilustre de la observación atenta, y de la aplicación paciente, é infatigable perseverancia. Era hijo de un barbero de Laval, en el Maine, donde nació en 1509. Sus padres eran demasiado pobres para enviarle á la escuela, pero le colocaron de mandadero con el cura de la aldea, esperanzados de que con ese hombre instruído podría adquirir alguna educación. Pero el cura le tenía tan ocupado en cuidar su mula y en otros quehaceres de servicio, que no le quedaba tiempo para estudiar. Estando aún en ese servicio, ocurrió que el célebre litotomista Cotot, fué á Laval para operar á uno de los hermanos eclesiásticos del cura. Paré estaba presente en la operación, y le interesó tanto, que se dice que desde entonces formó la resolución de consagrarse al arte de la cirujía.

Abandonando el servicio doméstico del cura, entró Paré de aprendiz con un barbero flebótomo llamado Vialot, con quien aprendió á sangrar, sacar muelas, y ejecutar las operaciones menores. Después de cuatro años de práctica de esta clase, fué á París á estudiar en la escuela de anatomía y cirujía, manteniéndose con lo que le producía su profesión de barbero. Algún tiempo después consiguió el nombramiento de ayudante en el *Hôtel Dieu* (1), donde su conducta fué tan ejemplar, y sus adelantos tan notables, que el cirujano principal, Goupil, le encomendó los enfermos que él mismo no podía atender. Después del curso corriente de instrucción, fué admitido Paré com maestro barbero cirujano, y al poco tiempo nombrado para un cargo en el ejército, francés á las órdenes de Montmorency, en el Piamonte. Paré no era hombre para seguir la rutina ordinaria de su profesión, sino que puso sobre su trabajo diario los recursos de un espíritu ardiente y original, reflexionando con diligencia sobre las explicaciones de las razones en que se fundan las enfermedades y sus remedios apropiados. Antes de su ingreso en el ejército sufrían los heridos mucho más de las manos de sus cirujanos que de las de sus enemigos. Para contener el desangre producido por las heridas de bala, se recurría al bárbaro expediente de curarlas con aceite hirviendo. También

(1) Hospital general.

se contenía la hemorragia cauterizando las heridas con un hierro candante; y cuando era necesaria la amputación, se llevaba á efecto con un cuchillo enrojecido al fuego. Al principio trataba Paré las heridas conforme con los métodos aprobados; pero en una ocasión, afortunadamente, se le había concluído el aceite hirviendo, y lo sustituyó con una aplicación suave y emoliente. Pasó la noche lleno de temor no fuera que hubiese hecho mal en adoptar ese tratamiento, pero á la mañana siguiente quedó complacido al encontrar á su enfermo relativamente en buen estado, mientras que aquellos cuyas heridas habían sido tratadas del modo usual estaban angustiados con el dolor. Tal fué el origen casual de una de las más grandes mejoras de Paré en el tratamiento de las heridas de bala de fusil, y en todos los casos ulteriores empleó el tratamiento emoliente. Otra mejora más importante aún, fué el empleo de la ligadura para las arterias con el fin de contener la hemorragia, en vez del cauterio ordinario. Paré, sin embargo, tropezó con la suerte usual de los innovadores y reformadores. Su práctica fué acusada de peligrosa, antiprofesional y empírica por sus colegas quirúrgicos; y los cirujanos viejos se unieron para resistir su adopción. Le echaban en cara su corta educación, y más particularmente su ignorancia del latín y del griego, y le atacaban con citas de los escritores antiguos, que él no podía ni comprobar ni refutar. Pero la mejor contestación á sus contendientes era el éxito de su método. Los soldados heridos pedían siempre que fuera Paré, y éste estaba siempre á su servicio: los atendía cuidadosa y cariñosamente, y generalmente se despedía de ellos con estas palabras: *Os he curado, quiera Dios sanaros.*

Después de tres años de servicio activo como cirujano del ejército, regresó Paré á París con una reputación tal, que en el acto fué nombrado cirujano con ejercicio del Rey. Cuando Metz estaba sitiado por el ejército español á las órdenes de Carlos V, sufrió enormes pérdidas la guarnición, y el número de heridos era grandísimo. Los cirujanos eran pocos é incompetentes, y probablemente mataron á más con sus malos tratamientos, que los españoles con la espada. El duque de Guisa, que mandaba la guarnición, escribió al rey suplicándole que mandara á Paré en su ayuda.

En el acto se puso en marcha el valiente cirujano, y des pués de pasar por muchos peligros, para usar de sus propia,

palabras, *d'estre pendu*, *estranglé ou mis en pièces* (1), consiguió atravesar las líneas enemigas, y entró salvo en Metz. El duque, los generales y los capitanes le dieron una afectuasa bienvenida; mientras que los soldados, cuando supieron su llegada, exclamaban: *Ya no tememos morir de nuestras heridas; nuestro amigo está entre nosotros*. Al año siguiente estuvo igualmente Paré con los sitiados en la ciudad Herdin, que poco después cayó en poder del duque de Saboya, y fué hecho prisionero. Pero habiendo conseguido curar de una herida seria á uno de los principales jefes del enemigo, fué puesto en libertad sin pagar rescate, y regresó salvo á París.

El resto de su vida fué ocupado por el estudio, en aumentar sus conocimientos, en la devoción, y en hacer buenas obras. Solicitado con insistencia por algunos de los más ilustrados de sus contemporáneos, escribió los resultados de su experiencia quirúrgica en veinte y ocho libros, que fueron publicados por él en diferentes épocas. Sus obras son valiosas y notables, principalmente por el gran número de datos y de casos que contienen, y el cuidado con que evita dar instrucciones que se apoyen meramente sobre la teoría sin ser sostenidas por la observación. Á pesar de ser protestante, continuó Paré en el empleo de cirujano en ejercicio del Rey, y durante la matanza de la San Bartolomé, debió su vida á la amistad personal de Carlos IX, á quien en una ocasión había salvado de los efectos peligrosos de una herida causada por un cirujano torpe al ejecutar la operación de la sangría. Brantôme refiere así en sus *Memorias* el modo como el Rey salvó á Paré en la noche de San Bartolomé: « Mandó que lo trajeran, y que permaneciera durante la noche en su dormitorio y guardarropa, ordenándole que no se moviera, y diciendo que no era razonable que un hombre que había conservado la vida á tantas personas fuera él mismo asesinado. » Así escapó Paré de los horrores de esa espantosa noche, á la que sobrevivió por muchos años, y fuéle dado morir en paz, *lleno* de *años* y de honores.

Harvey era un trabajador tan infatigable como cualquiera de los que hemos citado ya. Empleó más de ocho años largos de investigación y examen antes que publicara sus ideas sobre la circulación de la sangre. Repitió y comprobó sus experimentos

(1) De ser colgado, estrangulado ó hecho pedazos.

una y otra vez previendo probablemente la oposición que había de encontrar por parte de los profesores cuando hiciera conocer su descubrimiento. El folleto en que al fin publicaba sus ideas era modestísimo, pero sencillo, claro, y concluyente. Sin embargo, fué recibido con el ridículo, como el fruto de un impostor y de un mentecato. Durante algún tiempo no logró ni un solo adepto, y no ganó más que ultrajes y baldón. Había puesto en duda la autoridad reverenciada de los antiguos; y hasta se afirmaba que sus apreciaciones eran calculadas para subvertir la autoridad de las Escrituras y minar hasta los cimientos de la moral y de la religión. Perdió su pequeña clientela, y fué dejado casi solo, sin un amigo. Esto duró algunos años, hasta que la gran verdad, sostenida con firmeza por Harvey en medio de toda su adversidad, y que había penetrado en muchos espíritus reflexivos, maduró gradualmente gracias á observaciones subsiguientes, y después de un período de veinte y cinco años, fué reconocida generalmente como una verdad científicamente establecida.

Las dificultades que encontró el doctor Jenner para propagar y establecer su descubrimiento de la vacuna como un preservativo contra la viruela, fueron mayores aún que las de Harvey. Muchos habían visto la vacuna antes que él, y habían oído la opinión corriente entre los mozos ordeñadores de vacas en Gloucestershire, que cualquiera que hubiese cogido esa enfermedad estaba seguro contra la viruela. Era un rumor frívolo y vulgar, al que no se atribuía importancia alguna, y nadie lo había considerado digno de ser investigado, hasta que casualmente llegó á oídos de Jenner. Era joven, estudiaba en Sodbury, cuando le llamó la atención una observación casual hecha por una muchacha campesina que había ido á la casa de su patrón para hacer una consulta. Fué mencionada la viruela, y la muchacha dijo : « No me puede dar esa enfermedad, porque he tenido la vacuna. » La observación fijó inmediatamente la atención de Jenner, y en el acto se puso á inquirir y á hacer observaciones sobre el asunto. Sus amigos de la misma profesión, á quienes manifestó sus ideas sobre las virtudes preventivas de la vacuna, se rieron de él, y hasta le amenazaron con expulsarle de su centro si insistía en molestarles con ese asunto. En Londres tuvo la fortuna de estudiar con Hunter, á quien comunicó sus ideas. El consejo del gran anatomista fué característico : *No penséis, pero probad; sed*

paciente, y exacto, le dijo. El valor de Jenner se vió sostenido por el consejo, que le enseñó el verdadero arte de la investigación filosófica. Regresó al campo para practicar su profesión y hacer observaciones y experimentos, que continuó durante un periodo de veinte años. Su fe en el descubrimiento era tan grande, que vacunó á su propio hijo tres ocasiones. Finalmente publicó sus observaciones en un libro de unas setenta páginas, en el que detallaba veinte y tres casos de personas vacunadas con éxito, en quienes después se vió que era imposible comunicar la viruela ni por contagio ni por inoculación. Este tratado se publicó en 1798, aunque había estado trabajando en él desde el año 1775, cuando principiaron á tomar una forma definitiva sus ideas.

¿Cómo fué recibido el descubrimiento? Primero con indiferencia, después con hostilidad. Jenner fué á Londres para exhibir á sus comprofesores el procedimiento de la vacuna y sus resultados; pero ni un solo médico se decidió á hacer la prueba, y después de esperar tres meses sin resultado alguno, regresó á su pueblo natal. Hasta se vió puesto en caricatura y ultrajado por su intento de *bestializar* á la especie humana introduciendo en sus cuerpos materia enferma de la ubre de la vaca. La vacuna fué anatematizada desde el púlpito como *diabólica*. Se afirmaba que las criaturas vacunadas se volvían con la *cara de buey*, que salían abscesos para *indicar cuernos nacientes*, y que la fisonomía gradualmente se *transformaba en la cara de una vaca, y la voz en el bramido de los toros*. Sin embargo, la vacuna era una verdad, y á pesar de la violencia de la oposición, se extendía poco á poco la creencia en su eficacia. En una aldea, en donde un caballero quiso introducir la inoculación, fueron golpeados y encerrados en sus casas si se asomaban á las puertas, las primeras personas que consintieron en ser vacunadas. Dos damas de la aristocracia — lady Ducie y la condesa de Burkeley — dicho sea en honra suya — tuvieron el valor de vacunar á sus hijos; y en el acto quedaron destruídas las preocupaciones del día. Los médicos entraron poco á poco por el camino de la reforma, y aun hubo algunos que quisieron robar al doctor Jenner el mérito del descubrimiento, cuando llegó á reconocerse su importancia. Por fin triunfó la causa de Jenner, y fué honrado y recompensado públicamente. En su prosperidad fué tan modesto como lo había sido en la obscuridad. Fué invitado á establecerse en Londres, diciéndosele que podría obtener una clien-

tela que le produciría diez mil libras esterlinas al año. Pero su contestación fué : *¡No! En la aurora de mis días, busqué los senderos apartados y bajos de la vida — el valle, y no la montaña — y ahora que camino hacia el ocaso, no es un regalo para mí presentarme como objeto de fortuna y de fama.* Aun durante la vida de Jenner se adoptó ya en todo el mundo civilizado la inoculación de la vacuna; y cuando murió, fué reconocido por todas partes su título de bienhechor de la humanidad. Cuvier ha dicho : « Si la vacuna fuera el único descubrimiento de la época, bastaría para hacerla ilustre para siempre; sin embargo, llamó en vano veinte veces á la puerta de las academias. »

No menos paciente, resuelto y perseverante fué sir Carlos Bell en la prosecución de sus descubrimientos relativos al sistema nervioso. En tiempos anteriores prevalecían las nociones más confusas sobre las funciones de los nervios, y esta rama de la ciencia estaba muy poco más adelantada de lo que en tiempo de Demócrito y Anaxágoras; es decir, tres mil años antes. En las valiosas series de periódicos que principiaron á publicarse en 1821, sir Carlos Bell indicó una apreciación original sobre la materia, basada sobre una serie larga de experimentos atentos, exactos, y muy repetidos. Trazando cuidadosamente el desarrollo del sistema nervioso, desde el orden más inferior del ser animado, hasta el hombre — señor del reino animal — lo demostraba, valiéndonos de sus propias palabras, *tan claramente como si estuviera escrito en nuestra lengua madre.* Su descubrimiento consistía en el hecho de que los nervios espinales son dobles en sus funciones, y que salen por raíces dobles de la médula espinal, siendo conducida la volición por aquella parte de los nervios que brota de una raíz, y la sensación por la otra. Esta materia ocupó el espíritu de sir Carlos Bell un período de cuarenta años, cuando en 1840 presentó su último documento ante la Sociedad real. Lo mismo que con Harvey y Jenner, cuando hubo triunfado del ridículo y de la oposición con que fueron recibidas al principio sus ideas, y cuando la verdad llegó á ser reconocida, se levantaron numerosas reclamaciones de prioridad en el descubrimiento, tanto en el país como en el extranjero. Al igual de ellos, también, perdió su clientela con la publicación de sus apreciaciones, y ha dejado escrito que, después de cada paso en su descubrimiento, se veía obligado á trabajar más afanosamente que antes para conservar su reputación como médico. Los

grandes méritos de sir Carlos Bell fueron finalmente reconocidos por completo, y el mismo Cuvier, estando en su lecho de muerte, al ver su cara torcida y estirada hacia un lado, indicó el síntoma á los que le cuidaban, como una prueba de la exactitud de la teoría de sir Carlos Bell.

Otro que perseguía con igual tenacidad el mismo ramo científico, fué el doctor Marshall Hall, cuyo nombre colocará la posteridad al lado de los de Harvey, Hunter, Jenner y Bell. Durante el transcurso de su larga y útil existencia, fué un observador atento y municioso, y ningún hecho, se le escapaba, por insignificante que fuese. Su descubrimiento importante del sistema nervioso diastáltico por el cual será conocido su nombre durante mucho tiempo entre los hombres científicos, tuvo origen en una circunstancia sumamente sencilla. Cuando estaba investigando la circulación neumónica en el tritón, se hallaba sobre la mesa el sujeto decapitado; y al separar la cola y punzar casualmente el tegumento externo, observó que se movía con energía, y que efectuaba varias contorsiones. No había tocado ningún músculo ni ningún nervio muscular; ¿cuál era, pues, la naturaleza de esos movimientos? El mismo fenómeno habría sido quizá observado antes con frecuencia, pero el doctor Hall fué el primero que se aplicó asíduamente á la investigación de sus causas ; y en aquella ocasión exclamó : *No he de estar satisfecho hasta que haya averiguado esto, y lo sepa bien*. Su atención sobre este asunto fué casi incesante, y se calcula que en el transcurso de su vida consagró cuando menos veinte y cinco mil horas á su investigación experimental y química. En esa misma época atendía á una numerosa clientela particular, y daba conferencias en el hospital de Santo Tomás y en otras escuelas de medicina. Apenas se puede creer que el documento en que resumía su descubrimiento haya sido rechazado por la Sociedad real, y sólo fué aceptado después de haber transcurrido diez y siete años, cuando la verdad de sus afirmaciones habían sido reconocidas por los hombres científicos del país y del extranjero.

La vida de sir Guillermo Herschel ofrece otro ejemplo notable de la fuerza de perseverancia en otro ramo de la ciencia. Su padre era un músico alemán, pobre, que educó á sus cuatro hijos en la misma profesión. Guillermo pasó á Inglaterra á buscar fortuna, y se agregó á la banda de la milicia de Durham, en la que tocaba el oboe. El regimiento estaba en Doncaster, donde el

doctor Miller conoció á Herschel, habiéndole oído ejecutar un solo en el violín de una manera sorpredento. El doctor entró en conversación con el joven, y quedó tan prendado de él, que le pidió con insistencia que dejara la milicia, y que se fuese á vivir por algún tiempo á su casa. Herschel lo efectuó, y mientras estuvo en Doncaster se ocupaba especialmente en tocar el violín en los conciertos, aprovechando la oportunidad que le proporcionaba la biblioteca del doctor Miller para estudiar en sus horas desocupadas. Habiendo sido construído un nuevo órgano para la iglesia parroquial de Halifax, se publicó un aviso sacando á concurso la plaza de organista; presentóse Herschel solicitando el empleo, y fué elegido. Llevando la vida errante de un artista, fué atraído en seguida por Bath, donde tocaba en la banda y también ejercía de organista en la capilla octógona. Habiendo llamado su atención algunos descubrimientos recientes, y despertado en él un poderoso espíritu de curiosidad, pidió y obtuvo de un amigo que le prestara un telescopio gregoriano de dos pies de largo. Quedó tan fascinado el pobre músico por la ciencia, que hasta pensó en comprar un telescopio, pero el precio que le pidió el óptico de Londres era tan alarmante que se resolvió á hacer uno. Aquellos de nuestros lectores que sepan lo que es un telescopio de reflexión, y la destreza que se requiere para preparar el *speculum* cóncavo de metal que forma la parte más importante del aparato, podrán formase una idea de la dificultad de esta empresa. Sin embargo, después de un trabajo largo y penoso, consiguió Herschel terminar un reflector de cinco pies de largo, con el cual tuvo la satisfacción de observar el anillo y los satélites de Saturno. No satisfecho con su triunfo, principió á hacer sucesivamente otros instrumentos, de siete, diez, y hasta de veinte pies. Al construír el reflector de siete pies, pulimentó cuando menos doscientos *specula* antes de producir uno quo pudiera sufrir cualquier poder que le fuera aplicado; sorprendente ejemplo de la laboriosidad perseverante del hombre. Mientras medía los cielos con su instrumento, continuaba pacientemente, para ganarse la vida, tocando el oboe para los elegantes concurrentesd el *Pump-room.* (1) Tan afanado estaba en sus observaciones astronómicas, que se escabullía de la sala durante el entreacto ó decanso, daba una vuelta

(1) Lugar ó salón en algunos, sitios de aguas minerales ó estaciones balnearias.

á su telescopio, y volvía otra vez contento á su oboe. Trabajando así, descubrió Herschel el *Georgium Sidus*, cuya órbita y velocidad calculó cuidadosamente, y envió el resultado á la Sociedad real; á consecuencia de esto se encontró el humilde tocador de oboe elevado de golpe de la obscuridad hasta la fama. Poco después fué nombrado astrónomo real, y por la bondad de Jorge III se le puso en posesión de una pensión honrosa ya para toda la vida. Llevó sus honores con la misma modestia y humildad que le habían distinguido en los días de su obscuridad. Quizá no se encuentre en la historia de la biografía á un discípulo de la ciencia en medio de tales dificultades, que fuera más benévolo y paciente, y con todo, tan distinguido y lleno de éxito.

La carrera de Guillermo Smith, el padre de la geología inglesa, aunque quizá menos conocida, no es menos interesante é instructiva como ejemplo del esfuerzo paciente y laborioso, y del diligente ejercicio de las oportunidades. Nació en 1769, hijo de un labrador acomodado de Churchill, en Oxfordshire. Habiendo muerto su padre cuando él era aún niño, recibió una educación muy deficiente en la escuela de la aldea, y aún esta fué contrariada en parte por sus hábitos inconstantes y algo perezosos. Habiéndose casado su madre en segundas nupcias, se hizo cargo de él un tío, también labrador, y cuidó de su educación. Aunque el tío no estaba en manera alguna contento con el amor que tenía el chico de errar de un lado á otro, coleccionando *piedras de á libra*, *cascajos*, y otras curiosidades de las que estaban desparramadas en el campo inmediato, le facilitó los medios para que comprara algunos de los libros necesarios para aprender por sí solo los rudimentos de geometría y topografía, por que el joven estaba destinado á ser agrimensor. Uno de sus rasgos característicos, siendo aún muy joven, era la exactitud y la agudeza de su observación, y aquello que había visto claramente una vez, jamás lo olvidaba. Principió á dibujar, intentó pintar, y practicó las artes de medición y agrimensura, todo sin instrucción metódica y con sus esfuerzos en la cultura propia, llegó muy luego á estar tan adelantado que fué tomado como ayudante por un hábil ingeniero topográfico de las inmediaciones. Al llenar el cometido de su ocupación estaba obligado á cruzar el Oxfordshire y los condados limítrofes. Una de las primeras cosas sobre que se puso á reflexionar fué la posición de los varios terrenos y estratas que

llegaban á su observación en las tierras que medía ó por las que viajaba, pero más especialmente la posición de la tierra colorada en relación con el *lias*, (*piedra dura y propia para hacer escultaras*), y las rocas que están colocadas en la superficie. La inspección de numerosas carboneras que tuvo encargo de hacer, le dió más conocimiento, y cuando sólo contaba veinte y tres años, ya tenia en vista hacer un modelo de la estrata de la tierra.

Estando ocupado en nivelaciones para un canal proyectado en Gloucestershire, se le ocurrió la idea de una ley general que se relacionaba á la estrata de ese distrito. Concibió la idea de que las estratas que se hallaban sobre el carbón no estaban colocadas horizontalmente, sino inclinadas y en una dirección hacia el este; pareciéndose en una escala grande *á tajadas superpuestas de pan y manteca*. La exactitud de esta teoría la confirmó poco después por las observaciones hechas en las estratas en dos valles paralelos; *la tierra colorada, lias* y *piedra franca* ú *oolita*, se vió que bajaban en dirección oriental, y que se hundian debajo del nivel, dejando sitio á la siguiente en sucesión. Muy pronto pudo comprobar la verdad de sus ideas en mayor escala, por haber sido nombrado para examinar personalmente la administración de los canales en Inglaterra y el país de Gales. En sus viajes, que se extendian desde Bath hasta Newcastle-on-Tyne, regresando por Shropshire y Gales, no estuvo ociosa ni un instante su mirada perspicaz. Anotó rápidamente el aspecto y la configuración de todo el país por donde pasaba con sus compañeros, atesorando sus observaciones para un uso futuro. Su mirada geológica era tan penetrante, que aunque el camino que seguía de York á Newcastle, en la silla de posta, estaba de cinco á quince millas distante de los collados de marga y de *oolita* en el este, estaba seguro de su naturaleza por sus contornos y posición relativa, y sus líneas sobre la superficie en relación al *lias* y *tierra colorada* que se veía de vez en cuando en el camino.

Los resultados generales de su observación parecen haber sido estos : notó que las masas rocallosas del país, en las partes occidentales de Inglaterra, se inclinaban generalmente al este y sudeste; que las piedras areniscas coloradas y las margas sobre las alturas del carbón, pasaban bajo del lias, la arcilla, y la piedra caliza; que estas á su vez pasaban bajo las arenas, las piedras calizas amarillas, y las arcillas, formando la planicie de los collados de Cotswold; mientras que éstas pasaban debajo de los

grandes depósitos de marga que ocupaban las partes orientales de Inglaterra. Observó además que cada capa de arcilla, arena, y piedra caliza, contenía sus propias clases peculiares de fósiles; y meditando mucho sobre estas cosas, llegó al fin á la inaudita conclusión de que cada diferente depósito de animales marinos, en estas diversas estratas, indicaba un lecho de mar diferente, y que cada capa de arcilla, arena, marga, y piedra, marcaba una distinta época de tiempo en la historia de la tierra.

Esta idea se apoderó firmemente de su espíritu, y no podía hablar ni pensar en otra cosa. En las direcciones de los canales, en la trasquila de ovejas, en las reuniones municipales, en las sociedades de agricultura, estaba siempre hablando de ese tema, que le absorvía, *estrata Smith*, como llegó á llamársele. Había hecho en realidad un gran descubrimiento, aunque hasta entonces era un hombre completamente desconocido en el mundo científico. Principió á extender un mapa sobre la estratificación de Inglaterra; pero por algún tiempo estuvo imposibilitado de continuar con él, por estar sumamente ocupado en llevar adelante las obras del canal de carbón del Somersetshire, que le ocuparon por espacio de seis años. Continuó, sin embargo, incesantemente sus observaciones y datos; y llegó á ser tan experto en concebir la estructura interna de un distrito, y descubrir el yacimiento de la estrata por su configuración exterior, que á menudo se le consultaba con respecto del drenaje de grandes extensiones de terreno, en lo que, guiado por sus conocimientos geológicos, se mostró notablemente competente, y adquirió una gran reputación.

Un día en que estaba viendo la colección de fósiles del gabinete perteneciente al Rev. Samuel Richardson, en Bath, sorprendió Smith á su amigo desarreglando de pronto su clasificación, y volviendo á arreglar los fósiles por su orden estratigráfico, diciendo: *Éstos son del lias azul, éstos de la arena que la cubre y de la piedra caliza, éstos de la tierra de batán, y éstos de la piedra de construcción de Bath.* Iluminó, una nueva luz en el espíritu del señor Richardson y poco después se convirtió y se declaró creyente de la doctrina de Guillermo Smith. Sin embargo, los geólogos del día no se convencieron tan fácilmente; y apenas toleraban que un agrimensor desconocido pretendiera enseñarles la ciencia de la geología. Pero Guillermo Smith tenía una mirada y un espíritu capaz de penetrar profundamente de-

bajo de la corteza de la tierra; veía sus fibras y su esqueleto, y, como quien dice, adivinaba su organización. Era tan exacto su conocimiento de la estrata de los alrededores de Bath, que una noche, en que comía en casa del Rev. José Townsend, dictó al señor Richardson las diferentes estratas conforme á su orden de sucesión en el orden descendente, en número de veinte y tres, principiando con la marga y descendiendo en series continuadas descendentes al carbón, debajo del cual no estaban suficientemente determinadas las estratas. Á esto se agregó una lista de los fósiles más notables que habían sido recogidos en los diferentes lechos de la roca. Esto fué impreso y circuló extensamente en 1801.

Propúsose en seguida estudiar las estratas en los distritos tan lejos de Bath como sus medios se lo permitieran. Durante algunos años viajó de aquí para allá, unas veces á pie, otras á caballo, yendo en los pescantes de las diligencias, recuperando por viajes que hacía de noche el tiempo que había perdido de día, para no faltar á sus compromisos de ocupación ordinaria. Cuando tenía que ausentarse á alguna distancia de su casa por algún asunto profesional, por ejemplo, cuando viajaba de Bath á Holkham, en Norfok, para dirigir la irrigación y el drenaje de las tierras del señor Coke en ese condado, se iba á caballo, haciendo frecuentes rodeos fuera del camino para anotar los caracteres geológicos del país que cruzaba.

Durante varios años estuvo ocupado así en sus viajes á lejanos lugares de Inglaterra y de Irlanda, en una extensión de más de diez mil millas anualmente, y en medio de este incesante y laborioso viajar, se arregló para escribir sus generalizaciones que aumentaban rápidamente, en lo que con justicia consideraba como una ciencia nueva. Ninguna observación era descuidada, por trivial que pareciera, y no dejaba pasar ninguna oportunidad para recoger nuevos datos. Toda vez que podía se procuraba informes sobre las excavaciones, secciones naturales y artificiales, los dibujaba en una escala constante de ocho yardas á la pulgada, y les daba color. De la agudeza de su observación tomaremos el siguiente ejemplo: cuando estaba haciendo una de sus excursiones geológicas en los alrededores de Woburn, y se hallaba dibujando próximo al pie de los collados de marga de Dunstable, observó á su compañero: *Si hay algún terreno quebrado al pie de éstos collados, podremos encontrar* DIENTES DE

TIBURÓN; y no habían andado mucho, cuando recogieron seis en el borde blanco de una zanja de un cerco nuevo. Como decía después hablando de sí mismo: « me nació el hábito de la observación, estableciése en mi cerebro, se hizo el compañero constante de mi vida, y se levantaba activo á la idea de un viaje; de modo que salía yo bien preparado con mapas, y algunas veces con consideraciones sobre sus objetos, ó sobre aquellos del camino, ya escritas antes que hubiera comenzado. De ahí que mi espíritu fuera como un lienzo de pintor, bien preparado para las primeras y mejores impresiones. »

A pesar de su laboriosidad valerosa é infatigable, concurrieron muchas circunstancias que impidieron la prometida publicación del *Mapa de la Estrata de Inglaterra y de Gales*, por Guillermo Smith, y hasta 1814 no pudo dar al mundo con la ayuda de algunos amigos, los frutos de su incesante trabajo de veinte años. Para continuar en sus investigaciones, y reunir las series extensas de datos y de observaciones necesarias á su propósito, tuvo que gastar todas las ganancias de sus trabajos profesionales durante ese periodo; y hasta vendió su pequeña propiedad para proporcionarse los medios de visitar lugares más lejanos de la isla. En el interin se había metido en una especulación de adoquines cerca de Bath, que fué adversa, y se vió en la necesidad de vender su colección geológica (que fué comprada por el Museo Británico) su ajuar y su biblioteca, conservando únicamente sus papeles, mapas y secciones que eran inútiles para todo el mundo, excepto para él. Soportó su pérdida é infortunio con fortaleza ejemplar, y, en medio de todo, siguió trabajando con alegre valor é incontrastable paciencia. Murió en Northampton, en agosto de 1839, estando en camino para asistir á la reunión de la Asociación Británica de Birmingham.

Es difícil hallar términos encomiásticos demasiado elevados al hablar del primer mapa geológico de Inglaterra, que debemos á la laboriosidad de este valeroso hombre de ciencia. Un escritor distinguido dice de él: « Era un trabajo tan magistral en su concepción y tan correcto en su trazado general, que en un principio sirvió como base, no solamente para la producción de mapas ulteriores de las Islas Británicas, sino para los mapas geológicos de todas las otras partes del mundo, donde quiera que han sido ejecutados. Aún puede verse el mapa de Smith en el departamento de la Sociedad geológica, gran documento his-

tórico, viejo y gastado, que necesita la renovación de sus tintes descoloridos por el tiempo. Que le compare cualquiera que sea entendido en la materia con los trabajos posteriores de la misma escala, y hallará que en todos los rasgos esenciales no ha de sufrir con la comparación siendo las principales adiciones que se han hecho á sus grandes generalizaciones la intrincada anatomía de las rocas silurianas de Gales y del norte de Inglaterra por Murchison y Sedgwick (1). » El genio del ingeniero topográfico de Oxfordshire no dejó de ser apreciado y honrado debidamente durante su vida por los hombres científicos. La Sociedad geológica de Londres le confirió la medalla Wallaston « en consideración de ser el gran descubridor original en la geología inglesa, y particularmente por ser el primero en este país en descubrir y enseñar la identificación de las estratas, y en determinar su sucesión por medio de los fósiles conservados en ellas. » Guillermo Smith ganó con su modo sencillo y formal un nombre tan duradero como la ciencia que tanto amaba. Usando las palabras del escritor citado más arriba : « Hasta que sean resueltas la manera lo mismo que el hecho de la primera aparición de las formas sucesivas de la vida, no es fácil imaginarse como puede ser hecho su descubrimiento en la geología igual en valor á aquel que debemos al genio de Guillermo Smith. »

Hugo Miller era hombre de iguales facultades observadoras, y estudiaba la literatura lo mismo que la ciencia, con celo y éxito. El libro en que ha referido la historia de su vida, (*Mis escuelas y mis maestros*) es en extremo interesante, y muy á propósito para ser eminentemente útil. Es la historia de la formación de un carácter verdaderamente noble en la más humilde condición de la vida, é inculca poderosamente las lecciones de la *ayuda propia*, respeto propio, y dependencia de sí mismo. Cuando Hugo era aún niño, pereció ahogado en el mar su padre, que era marinero, y fué educado por su madre que permaneció viuda. Recibió una educación de escuela, pero sus mejores maestros fueron los chicos con quienes jugaba, los hombres entre quienes trabajaba, los amigos y parientes con los cuales vivía. Leyó mucho y de toda clase de asuntos y reunió conocimientos diversos de distintas fuentes, de obreros, de carpinteros, de pescadores, y de marineros, y sobre todo de los viejos pedernales desparra-

(1) *Saturday review*, julio 3 de 1858.

mados por todas las costas del Cromarty Frith. Con un martillo grande que había pertenecido á su bisabuelo, viejo filibustero, andaba el joven quebrando las piedras y acumulando muestras de mica, fósforo, granate, y otras por el estilo. Algunas veces pasaba el día en los bosques, y allí también se fijaba la atención del muchacho en las peculiares curiosidades geológicas que encontraba. Mientras buscaba entre las rocas de la costa, le preguntaban algunas veces irónicamente los peones de las alquerías que iban á cargar sus carros con algas marinas, si estaba *recogiendo plata entre las piedras;* pero fué tan poco afortunado que nunca pudo contestar afirmativamente. Cuando hubo llegado á una edad conveniente, entró como aprendiz en el oficio que prefería, el de oficial de cantero, y principió su carrera de trabajo en una cantera que estaba frente al *Cromarty Frith.* Esta cantera vino á ser una de sus mejores escuelas. Las notables formaciones geológicas que ponía de manifiesto despertaron su curiosidad. La barra de piedra roja de abajo, y la barra de arcilla colorada de encima, fueron observadas por el joven cavador de la cantera, quien hasta en esos objetos de poca apariencia encontraba materia de observación y de reflexión. Donde otros hombres no veían cosa alguna, descubría él analogía, diferencias y particularidades, que le daban en qué pensar. Tenía sencillamente despiertos sus ojos y su espíritu; era sobrio, diligente, y perseverante, y éste fué el secreto de su crecimiento intelectual.

Su curiosidad se despertaba y mantenía en ese estado por los curiosos restos orgánicos, principalmente de especies antiguas y extinguidas de pescados, de helechos, y de amonitas, que quedaban al descubierto á lo largo de la costa por la retirada de las olas, ó eran puestas de manifiesto por el golpe de su martillo de cantero. Nunca perdió de vista este asunto, sino que siguió acumulando observaciones y comparando formaciones, hasta que al fin, muchos años después, cuando ya no ejercía su oficio de cantero, dió á luz su interesantísima obra sobre la *Vieja piedra arenisca colorada,* que en el acto estableció su reputación como geólogo científico. Pero esta obra era el fruto de largos años de paciente observación é investigación. Como lo expone modestamente en su autobiografía: « El único mérito que pretendo en este caso, es el de la paciente investigación mérito en el cual, puede rivalizar conmigo ó sobrepujarme cualquiera que lo desee;

y esta humilde facultad de la peciencia, cuando está desarrollada debidamente, puede conducir al desenvolvimiento de ideas más extraordinarias que las que el mismo genio pudiera producir. »

Juan Brown, el eminente geólogo inglés, lo mismo que Millert fué en sus primeros años cantero, habiendo hecho su aprendizaje en Colchester, y después trabajó como albañil jornalero en Norwich. Principió á hacer negocio por cuenta propia como constructor en Colchester, donde se aseguró un bienestar debido á su economía y laboriosidad. Mientras trabajaba en esta ocupación, fué cuando por primera vez fijó su atención en el estudio de los fósiles y conchas, y principió á hacer una colección de ellos, que después llegó á ser una de las mejores de Inglaterra. Sus investigaciones á lo largo de las costas de Essex, Kent y Sussex, sacaron á luz algunos restos magníficos de elefantes y de rinocerontes, y los más valiosos de ellos los regaló al museo británico. Durante los últimos años de su vida consagró bastante atención al estudio de la *Foraminífera en la marga*, sobre la cual hizo varios descubrimientos interesantes. Su vida fué útil, feliz, y estimada, y murió en Stanway, en Essex, en noviembre de 1859, á la avanzada edad de ochenta años.

No hace mucho tiempo que sir Rodrigo Murchison descubrió en Thurso, al extremo norte de Escocia, un profundo geólogo en la persona de un panadero de aquel punto, llamado Roberto Dick. Cuando sir Rodrigo fué á visitarle en la panadería en que amasaba y ganaba su pan, le delineó Roberto Dick, con harina sobre una tabla, los rasgos geográficos y fenómenos geológicos de su tierra natal, señalando las imperfecciones que existían en los mapas, y que él había averiguado viajando por el país en sus horas desocupadas. Al averiguar algo después, vió sir Rodrigo que el humilde individuo que tenía ante sí, no sólo era un excelente panadero y geólogo, sino un botánico de primer orden. « Con grande humillación mía, dijo el presidente de la Sociedad geográfica, encontré que el panadero sabía más de ciencia botánica, sí, diez veces más que yo; y que sólo había unos veinte ó treinta ejemplares de flores que no hubiese coleccionado. Algunas las había obtenido de regalo, otras las había comprado, pero la mayor parte había sido reunida por su laboriosidad, en su condado natal de Caithness; y los ejemplares estaban arreglados en el más hermoso orden, teniendo escritos sus nombres científicos. »

El mismo sir Rodrigo Murchison es un ilustre adepto de este ramo de la ciencia y de otros conexos. Un escritor de la *Quarterly Review* lo cita como « un ejemplo singular de un hombre que, habiendo pasado los primeros años de su vida siendo soldado, que nunca tuvo la ventaja, ó desventaja, según pueda ser el caso, de una educación científica, en vez de ser un hidalgo campesino ó un noble cazador de zorros, ha conseguido formarse una reputación científica tan grande como probablemente duradera, y esto es debido á su vigor y sagacidad naturales, y á su infatigable laboriosidad y celo. Fué el primero que tomó aquí un distrito inexplorado y difícil, y con el trabajo de muchos años, examinó sus formaciones rocallosas, las clasificó en grupos naturales, asignó á cada uno su reunión característica de fósiles, y fué quien primero descifró dos grandes capítulos de la historia geológica del mundo que deben llevar en adelante su nombre en la portada. No sólo esto, sino que aplicó el conocimiento así adquirido en la disección de grandes distritos, en el país y fuera de él, de modo que ha llegado á ser el descubridor de grandes regiones que antes habían sido *terræ incognitæ.* » Pero sir Rodrigo Murchison no es únicamente un geólogo. Sus infatigables trabajos en muchos ramos del saber, han contribuído á hacerlo uno de los hombres más llenos de perfecciones de cuantos pertenecen al mundo científico.

CAPÍTULO VI

TRABAJADORES EN EL ARTE

> **Si aquello que parecía tan grande á distancia, se convierte en nada cuando lo tienes en la mano, comienza de nuevo; en la lucha está la virtud, y y no el premio. — R. M. Milnes. (1)**
>
> **Procura ser sobresaliente, y vivirás. — Joubert. (2).**

Sobresalir en las artes, como en cualquier otra cosa, sólo puede lograrse á fuerza de trabajo cuidadoso. Nada hay menos casual que el pintar un hermoso cuadro ó cincelar una bella estatua. Todo toque hábil del pincel ó del cincel del artista, aunque guiado por el genio, es resultado de incesante y esmerado estudio.

Sir Joshua Reynolds creía tanto en la fuerza de la laboriosidad, que sostenía, que la excelencia artística *puede adquirirse de cualquier modo que sea expresada, por el genio, el gusto, ó don del cielo.* Escribiendo á Barry decía: « Cualquiera que esté resuelto á sobresalir en la pintura, ó en otro arte, debe fijar su espíritu sobre ese objeto desde el instante en que se levante, hasta que vuelva á la cama. » Y en otra ocasión díjo: « Aquellos que están resueltos á sobresalir deben ponerse á trabajar con ganas ó

(1) *If what shone afar so grand.*
Turn to nothing in thy hand,
On again; the virtue lies
In the struggle, not the prize. — R. M. Milnes

(2) *Excelle, et tu vivras.* — Joubert.

desganados, mañana, tarde y noche : han de ver que no es un juguete, sino trabajo serio. » Pero aunque no hay duda de que la aplicación diligente es del todo necesaria para la realización de la más elevada distinción en el arte, es igualmente verdad que sin el ingenio innato, ninguna cantidad de mera laboriosidad, por bien aplicada que esté, formará un artista. El don viene de la naturaleza, pero se perfecciona por la cultura propia, que es de más utilidad que toda la educación dada por las escuelas.

Algunos de los más grandes artistas han tenido que abrirse camino luchando frente á frente con la pobreza y con muchas dificultades. Los ejemplos ilustres acudirán en el acto á la memoria del lector. Claudio Lorena, el pastelero ; Tintoretto, el tintorero ; los dos Caravaggio, el uno triturador de colores, el otro cargador de argamasa en el Vaticano; Salvador Rosa, que vivía en campañía de bandidos; Giotto, el mozo campesino; Zíngaro, el gitano; Cavedone, mandado por su padre á la calle para mendigar; Canova, el picapedrero; éstos, y muchos otros artistas bien conocidos, consiguieron alcanzar distinción por medio del estudio formal y del trabajo, en circunstancias las más adversas.

Los artistas más distinguidos de nuestro país mismo no han nacido en una posición de vida más que medianamente favorable á la cultura del genio artístico. Gainsborough y Bacon, eran hijos de trabajadores en paños; Barry, grumete irlandés, y Maclaise aprendiz en casa de un banquero en Corke; Opie y Romney, al igual de Íñigo Jones, eran carpinteros; West era hijo de un pequeño labrador cuákero, de Pensilvania ; Northcote era relogero; Jackson sastre, y Etty impresor; Reynolds, Wilson y Wilkie, eran hijos de clérigos; Lawrence era hijo de un mesonero, y Turner de un barbero. Es cierto que algunos de nuestros pintores tuvieron en sus comienzos alguna conexión con el arte, aunque de una manera humildísima, tales como Flaxman, cuyo padre vendía figuras de yeso; Bird que adornaba bandejas de te ; Martín, que era pintor de coches, Wright y Gilpin, que eran pintores de buques; Chantrey que era tallista y dorador, y David Cox, Stanfield y Roberts, que eran pintores escenógrafos.

No fué por la suerte ó por la casualidad como éstos hombres llegaron á distinguirse, sino á fuerza de laboriosidad y de serio trabajo. Aunque algunos consiguieron hacer fortuna, este fin fué raramente, si es que lo fuera alguna vez, la causa que los impulsaba. En verdad, ningún mero amor al dinero pudo sostener los

esfuerzos de los artistas en su temprana carrera de abnegación y de aplicación. Su mejor recompensa fué siempre el placer de la ocupación que seguían, y la fortuna que les favoreció después, fué tan sólo un accidente. Muchos artistas de elevada inteligencia han preferido seguir la inclinación de su genio más que regatear con el público por estipulaciones. *Spagnoletto* verificó en su vida la bella ficción de Jenofonte, y después que había adquirido los medios para vivir con lujo, prefirió retirarse de su influencia, y volvió voluntariamente á la pobreza y al trabajo. Cuando se le pidió á Miguel Ángel su opinión respecto de una obra que un pintor se había tomado gran trabajo en exhibir para obtener cierto lucro, dijo: « Creo que ha de ser un pobre hombre mientras manifieste semejante extremado anhelo por ser rico. »

Como sir Joshua Reynolds, Miguel Ángel creía mucho en la fuerza del trabajo; y sostenía que no había nada que pudiera concebir la imaginación que no pudiese dársele cuerpo en mármol, si se hacía que la mano obedeciera vigorosamente al cerebro. Él mismo era uno de los más infatigables trabajadores, y atribuía su facultad de estudio durante mayor número de horas que la mayor parte de sus contemporáneos, á sus hábitos de sobriedad en el vivir. Un poco de pan y vino era todo lo que necesitaba para la mayor parte del día cuando estaba ocupado en su trabajo, y muy frecuentemente se levantaba á media noche para volver á su trabajo. En éstas ocasiones tenía la costumbre de fijar la vela, á cuya luz cincelaba, en lo alto de un gorro de cartón que usaba. Algunas veces estaba tan fatigado que no se desnudaba, y dormía vestido, pronto á volver á su trabajo tan luego como le hubiera repuesto el sueño. Tenía una figura favorita y que representaba un anciano en unas andaderas, con un reloj de arena colocado encima, con la siguiente inscripción: *Ancora imparo!* « Aún estudio. »

Ticiano también era un trabajador infatigable. Su celebrado *Pietro Martire* le tuvo ocho años entre manos, y su *Ultima Cena*, siete. En una carta á Carlos V, decía: « Envío á Vuestra Majestad la *Ultima Cena* después de haber trabajado en ella casi diariamente durante siete años: *dopo sette anni lavorandovi quasi continuamente.* »

Pocos reflexionan sobre el trabajo paciente y la larga práctica invertidos en las más grandes obras de los artistas. Parecen fáciles y rápidas de ejecutar, y sin embargo, ¡con cuán gran dificultad

ha sido adquirida esta facilidad! *Me cobráis cincuenta zequies*, dijo un noble veneciano al escultor, *por un busto que sólo os cuesta diez días de trabajo.* — *Olvidáis*, replicó el artista, *que he estado aprendiendo durante treinta años para hacer ese busto en diez días.* Una vez que se le echó en cara al Dominiquino su lentitud en terminar una pintura que se le había encargado, dió por respuesta : — *la estoy pintando continuamente dentro de mí.* Fué prueba eminente de la laboriosidad del finado sir Augusto Callcott haber hecho más de cuarenta bosquejos separados en la composición de su célebre retrato de « Rochester. » Esta repetición constante es una de las principales condiciones de éxito en el arte, lo mismo que en la vida.

Poco importa lo pródiga que haya sido la naturaleza en conceder los dones del genio, pues á pesar de ello tiene que ser la prosecución del arte un trabajo largo y continuo. Muchos artistas han sido precoces, pero sin diligencia á nada les hubiera conducido su precocidad. Es bien conocida la anécdota que se refiere de West. Cuando sólo tenía siete años de edad, impresionado con la belleza del hijo de su hermana mayor que estaba dormido, mientras él velaba en la cuna, corrió á buscar papel, y en seguida hizo su retrato en tinta colorada y negra. Este pequeño incidente revelaba en él al artista, y fué imposible separarlo de su inclinación. West pudo haber sido un gran pintor, si no hubiera sido perjudicado por un éxito demasiado pronto; su fama, aunque grande, no fué adquirida por el estudio, las pruebas y las dificultades, y no logró larga duración.

Cuando Ricardo Wilson era aún niño, se complacía en diseñar con un palo quemado figuras de hombres y de animales por las paredes de la casa paterna. Primero dirigió su atención á la pintura de retratos; pero cuando estuvo en Italia, fué un día á casa de Zucarelli, y cansándose de esperar, principió á pintar la escena que se veía desde la ventana de la habitación de su amigo. Cuando llegó Zucarelli, se encantó tanto con la pintura, que preguntó á Wilson si no había estudiado la pintura de paisajes, á lo que éste contestó que no lo había hecho. — *Entonces os aconsejo*, dijo el otro, *que lo intentéis; porque podéis es tar seguro de obtener un gran éxito.* Wilson aceptó el consejo, estudió y trabajó formalmente, y llegó á ser el primer paisajista inglés.

Cuando sir Joshua Reynolds era niño, olvidaba sus lecciones y se divertía en dibujar, por lo cual le reprendía su padre. El

niño estaba destinado al estudio de la medicina, pero no pudo ser dominado su gran instinto, y se hizo pintor. Cuando Gainsborough era un chico de escuela, se iba á dibujar á los bosques de Sudbury, y á los doce años era un artista reconocido, un observador perspicaz y un trabajador asíduo; ningún rasgo pintoresco de una escena cualquiera que hubiese visto alguna vez, podía escapar á su activo pincel. Guillermo Blake, hijo de un vendedor de medias, se ocupaba en dibujar al dorso de las facturas de la tienda de su padre, y hacía bosquejos sobre el mostrador. Eduardo Bird, siendo un niño de tres ó cuatro años, se subía á las sillas y hacía figuras en las paredes, que llamaba soldados ingleses y franceses. Su padre le compró una caja de colores, y deseoso de dirigir provechosamente su amor al arte, le puso de aprendiz en casa de un fabricante de bandejas para te... De esta ocupación se elevó gradualmente, por medio del estudio y del trabajo, hasta ser individuo de la academia real.

Á pesar de ser Hogarth un niño muy torpe para sus lecciones, encontraba placer en diseñar las letras del alfabeto, y sus ejercicios escolares eran más notables por los adornos que los embellecían, que por el asunto mismo del ejercicio. En esto último le vencían todos los tontos de la escuela, pero en sus adornos era único. Su padre lo puso de aprendiz de platero, en donde aprendió á dibujar, y también á grabar cucharas y tenedores con cimeras y cifras. De engastar en plata pasó á grabar en cobre, principalmente grifos y monstruos heráldicos, y en el curso de este ejercicio ambicionó poder delinear las variedades del carácter humano. La perfección rara que alcanzó en este arte fué debida principalmente á una observación y un estudio atentos. Tenía el don, que cultivó con diligencia, de confiar á la memoria los rasgos precisos de cualquier cara notable, reproduciéndolos después sobre el papel; pero si llegaba á encontrar alguna forma singularmente fantástica ó una fisonomía exagerada, hacía allí mismo un boceto sobre la uña de su dedo pulgar, y lo llevaba á su casa para aumentarlo cómodamente. Toda cosa fantástica y original tenía una atracción poderosa para él, y solía andar por sitios apartados con la mira de encontrar algo característico. Llenando así su espíritu cuidadosamente pudo, después amontonar en sus obras una inmensa cantidad de pensamientos y de observación que había acumulado. De aquí que las pinturas de Hogarth sean una memoria verídica del carácter, de las costum-

bres, y hasta de los mismos pensamientos de la época en que vivía. Observaba él mismo que la verdadera pintura sólo puede ser aprendida en una escuela, y esa la dirige la naturaleza. Pero no era hombre de cultivada inteligencia, escepto en su propio arte. Su educación escolar había sido de la clase más pobre, habiéndole perfeccionado apenas en el arte de deletrear; su educación propia hizo lo demás. Durante mucho tiempo fueron limitadísimos sus medios, pero con todo, seguía trabajando con un corazón alegre. Á pesar de ser tan pobre, se arregló para vivir con sus escasos medios, y se jactaba con orgullo merecido de puntual pagador. Cuando hubo vencido todas sus dificultades y llegó á ser hombre célebre y rico, gustaba recordar sus primeros trabajos y privaciones, y pensar otra vez el combate que terminó tan honrosamente para él como hombre, y tan gloriosamente como artista. « Recuerdo el tiempo, dijo una vez, en quefuí á la ciudad llevando apenas un chelín, pero que en cuanto recibí diez guineas por un plato, regresé á casa, me ceñí la espada, y volví á salir con toda la confianza de un hombre que tenía miles en su bolsillo. »

Laboriosidad y Perseverancia era la divisa del escultor Banks, que observó y recomendó calurosamente á los demás. Su bien conocida bondad indujo á muchos jóvenes que tenían aspiraciones, á dirigirse á él y pedirle consejo y ayuda; refiérese que un niño llamó un día á su puerta con ese objeto, pero el criado enojado con el golpe recio que había dado, le reprendió, y estaba ya por despedirle, cuando Banks salió por haberles oído. El niño estaba en la puerta con algunos dibujos en la mano. « ¿ Qué queréis de mí? preguntó el escultor. Quisiera, señor, si lo tenéis á bien, ser admitido para dibujar en la Academia. » — Banks le explicó que no dependía de él procurarle su admisión, pero le pidió que le mostrara los dibujos. Habiéndolos examinado, le dijo: « ¡ Aún os falta bastante tiempo para la Academia, mi hombercito! idos á vuestra casa, atended vuestras lecciones de la escuela, tratad de hacer un dibujo mejor del Apolo y volved dentro de un mes para enseñármelo. » El niño se fué á su casa, bosquejó, y trabajó con redoblada actividad y, al cabo del mes, volvió á la del escultor. El dibujo era mejor, pero Banks le volvió á despedir dándole buenos consejos relativos á su trabajo y estudio. Al fin de una semana estaba otra vez el niño á la puerta, con sus dibujos muy mejorados, y Banks le

alentó, diciéndole que si vivía se había de distinguir. El niño era Mulready, y el vaticinio del escultor se realizó en grande.

La fama de Claudio Lorena se explica en parte por su infatigable laboriosidad. Había nacido en Champagne, en la Lorena, de padres pobres, siendo colocado como aprendiz en casa de un pastelero. Su hermano, que esculpía en madera, le tomó después en su taller para enseñarle la profesión. Habiendo manifestado allí aptitudes de habilidad artística, un traficante ambulanto, persuadió á su hermano para que permitiera que Claudio le acompañara á Italia. Consintió, y el joven llegó á Roma, donde poco después fué ocupado como criado por Agustín Tassi, el pintor de paisajes. En esa condición fué como Claudio principió á aprender á pintar paisajes, y con el tiempo llegó á producir sus cuadros. En seguida le encontramos haciendo un viaje por Italia, Francia y Alemania, deteniéndose á veces en el camino para pintar paisajes, y por ese medio hacer algún dinero. Á su regreso á Roma encontró que aumentaba la demanda de sus trabajos, y su reputación llegó al fin á ser europea. Era incansable en el estudio de la naturaleza en sus varios aspectos. Tenía la costumbre de emplear una gran parte de su tiempo en copiar atentamente edificios, pedazos de terrenos, árboles, hojas, y cosas por el estilo, que perfeccionaba en detalle, conservando los dibujos con el propósito de introducirlos en sus paisajes estudiados. También ponía muchísima atención en el firmamento, observándolo días enteros desde la mañana hasta la noche, y anotando los diversos cambios ocasionados por las nubes que pasaban y la luz que aumentaba y menguaba. Adquirió por medio de este ejercicio constante, aunque según se dice, muy lentamente, tal maestría en la mano y en la vista, que llegó á asegurarle el primer puesto entre los pintores paisajistas.

Turner, que ha sido llamado *el Claudio Inglés*, siguió una carrera de igual laboriosidad activa. Había sido destinado por su padre á su misma profesión de barbero, que ejercía en Londres, hasta que habiendo llamado la atención de un parroquiano á quien su padre estaba afeitando, el diseño que el muchacho había hecho de un escudo de armas sobre una salvilla de plata, insistió este último para que el padre permitiera que su hijo siguiera su inclinación, y por fin se le permitió que adoptase la pintura como profesión. Lo mismo que todos los artistas jóvenes, tuvo Turner, que tropezar con muchas dificultades, y fueron tanto más grandes,

cuanto que sus medios eran muy limitados. Pero estaba siempre dispuesto á trabajar y á esmerarse en su trabajo, por muy humilde que éste fuera. Estaba satisfecho con emplearse ganando por noche dos chelines y medio, ocupado en pintar cielos con tinta de china en dibujos de otros, obteniendo además la cena. De ese modo ganaba dinero y adquiría destreza. Después se puso á ilustrar libros, guías, almanaques, y toda clase de libros que necesitaban carátulas baratas. *¿Qué podía haber hecho de mejor?* decía después, *era negocio de primera.* Todo lo que hacía lo ejecutaba con esmero y concienzudamente, no descuidando nunca su trabajo aunque no fuese bien remunerado. Tenía en vista el estudio lo mismo que el trabajo, haciendo siempre todo lo que podía de mejor, sin dejar nunca un dibujo en que no se notase un progreso sobre los anteriores. Un hombre que trabajaba así estaba seguro de hacer mucho, y su adelanto en poder y en la facultad de asir el pensamiento era, según las palabras de Ruskin: *tan firme y constante como la luz creciente del sol naciente.* Pero el genio de Turner no necesita panegírico alguno : su mejor monumento es la noble galería de pinturas, que ha legado á la nación, que será por siempre el más imperecedero recuerdo de su fama.

Ir á Roma, la capital de las bellas artes, es generalmente la más alta ambición del estudiante artista. Pero el viaje á Roma es costoso, y el estudiante es á menudo pobre. Sin embargo, con una voluntad resuelta á vencer las dificultades, puede llegarse por fin á Roma. Así fué como el antiguo pintor Francisco Perrier, en su anheloso deseo de visitar á la ciudad eterna, consintió en servir como guía á un ciego vagamundo. Después de una larga peregrinación llegó al Vaticano, estudió, y se hizo célebre. No menos entusiasmo manifestó Santiago Callot en su determinación de visitar á Roma. A pesar de que su padre se oponía á su deseo de ser artista, no pudo ser desviado de él, y huyó de su casa dirigiéndose á Italia. Habiendo salido sin recursos, muy en breve estuvo en los mayores apuros; pero habiendo tropezado con una banda de gitanos, unióse á ellos, y peregrinó de una feria á otra, participando en sus numerosas aventuras. Durante estas notables jornadas recogió Callot mucho de ese conocimiento extraordinario de caras, rasgos, y carácter, que reprodujo después, algunas veces en formas exageradísimas, en sus maravillosos grabados.

Cuando Callot hubo llegado por fin á Florencia, le colocó en el estudio de un artista un caballero que se había prendado de su ardor ingenuo; pero no estaba satisfecho con nada que no fuera Roma, y muy luego le vemos en camino para allá. En Roma entró en relaciones con Porigi y con Tomassino, quienes al ver sus bosquejos al lápiz, le predijeron una carrera brillante como artista. Pero habiéndole encontrado casualmente un amigo de la familia de Callot, dió los pasos necesarios para obligar al fugitivo á que regresara á su casa. Ya había adquirido tal amor á viajar que no podía estar en reposo; así es que huyó por segunda vez, y por segunda vez fué vuelto á llevar por su hermano mayor, que le encontró en Turín. Su padre, finalmente, viendo que era inútil la resistencia, dió con repugnancia su consentimiento para que Callot continuara sus estudios en Roma. Allá fué, pues; y esta vez permaneció durante varios años estudiando activamente el dibujo y el grabado, bajo la dirección de maestros competentes. Á punto ya de regresar á Francia, le entusiasmó Cosme II para que permaneciera en Florencia, donde estudió y trabajó algunos años más. Á la muerte de su protector regesó á casa de su familia en Nancy, donde por medio de su buril y de su aguja, adquirió fortuna y fama. Cuando Nancy fué tomado, después de un sitio durante las guerras civiles, Richelieu pidió á Callot que hiciera un dibujo y un grabado sobre este acontecimiento, pero el artista no quiso conmemorar el desastre que le había tocado en suerte á su ciudad natal, y rehusó terminantemente. Richelieu no pudo modificar su resolución y le encerró en una prisión. Allí encontró Callot á algunos de sus antiguos amigos los gitanos, que le habían ayudado en sus necesidades cuando su primer viaje á Roma. Así que Luis XIII supo que estaba preso, no solamente le puso en libertad, sino que también le ofreció concederle cualquier favor que le pidiera. Callot pidió inmediatamente que sus antiguos compañeros, los gitanos, fueran puestos en libertad, y se les permitiera pedir limosna en París sin que se les molestara. Este extraño favor fué concedido con la condición de que Callot grabaría sus retratos, y éste es el origen del curioso libro de grabados titulado *Los mendigos*. Dícese que Luis XIII le ofreció una pensión de tres mil libras á condición de que permaneciese en París; pero el artista era ya demasiado bohemio, y estimaba muchísimo su libertad para poder aceptarla. Regresó pues, á Nancy, donde trabajó hasta su muerte. Puede

inferirse lo que sería su laboriosidad por el número de sus grabados y aguas fuertes, de los cuales dejó más de mil seiscientos. Gustaba particularmente de asuntos grotescos, que trataba con gran habilidad; sus aguas fuertes, libres, retocadas con el buril, están ejecutadas con una delicadeza especial y admirable minuciosidad.

Aun más romántica y aventurera fué la carrera de Benvenuto Cellini, el maravilloso orífice, pintor, escultor, grabador, ingeniero y escritor. Su vida, referida por él mismo, es una de las más extraordinarias autobiografías que jamás se hayan escrito. Juan Cellini, su padre, era uno de los músicos de la corte de Lorenzo de Médicis en Florencia; y su mayor ambición con respecto á su hijo era que llegara á ser un hábil flautista. Pero habiendo perdido Juan su empleo, se vió en la necesidad de enviar á su hijo para que aprendiera algún oficio, y le colocó con un orífice. Ya había manifestado el joven amor al dibujo y al arte; y contrayéndose á su ocupación, llegó muy pronto á ser un hábil operario. Habiéndose mezclado en una pelea con algunos habitantes de la ciudad, fué desterrado por seis meses, durante cuyo tiempo trabajó con un orífice en Siena, adquiriendo más práctica en joyería y en el modo de trabajar el oro.

Insistiendo siempre su padre para que fuese tocador de flauta, continuaba Benvenuto practicando eso instrumento, á pesar de detestarlo. Su principal placer era el arte, al que se dedicaba con entusiasmo. De regreso á Florencia, estudió cuidadosamente los diseños de Leonardo de Vinci y de Miguel Ángel; y para perfeccionarse como orífice se fué, á pie, hasta Roma, donde tuvo una porción de aventuras. Volvió á Florencia con la reputación de ser uno de los más hábiles trabajadores en metales preciosos, y pronto estuvo en gran demanda su habilidad. Pero siendo de índole irascible, estaba continuamente en cuestiones é intrigas, y muy frecuentemente tuvo que huir para salvar la vida. Por eso huyó de Florencia disfrazado de fraile, volviendo á refugiarse en Siena, y después pasó á Roma.

Durante su segunda estancia en Roma, encontró Cellini gran protección, y entró al servicio del Papa en el doble empleo de orífice y de músico. Estudiaba constantemente y adelantaba en el conocimiento de las obras de los mejores maestros. Engarzaba alhajas, daba la última mano á los esmaltes, grababa sellos, diseñaba, hacía obras en oro, plata y bronce, de un estilo tal, que so-

brepujaba á todos los artistas. En cuanto oía que había un orífice célebre en cualquier ramo especial, inmediatamente determinaba adelantarle. Así fué como rivalizaba las medallas de uno, los esmaltes de otros, y las joyas de un tercero; en realidad, no había un ramo de su profesión en que no se sintiera impelido á sobresalir.

Trabajando con ese espíritu, no es maravilloso que Cellini haya sido tan apto para realizar tantas cosas. Era hombre de infatigable actividad, y estaba constantemente en movimiento. Una vez le encontramos en Florencia, otra en Roma; después está en Mantua, en Venecia y en París, haciendo todos sus largos viajes á caballo. No podía llevar consigo gran equipaje; así es que, donde quiera que iba, principiaba generalmente por hacerse sus propias herramientas. No solo diseñaba sus obras, sino que las fundía y pulía por sí mismo. Sus obras tienen, es cierto, el sello del genio admirable tan claramente estampado en ellas que nunca hubieran podido ser diseñadas por una persona y ejecutadas por otra. Los artículos más humildes —una hebilla para el cinturón de una dama, un sello, un broche, una piocha de diamantes, un anillo, ó un botón — se convertían en sus manos en una maravillosa obra de arte.

Cellini era notable por su facilidad y su destreza en la obra manual. Un día entró un cirujano en el almacén de Rafael del Moro, el orífice, para practicar una operación en la mano de su hija. Cellini estaba presente, y al ver los instrumentos del cirujano, los encontró mal hechos y toscos, como lo eran generalmente en aquellos tiempos, y pidió al cirujano que esperase un cuarto de hora antes de dar comienzo á la operación. Corrió á su taller, y tomando un pedazo del más fino acero, hizo de él un cuchillo preciosamente trabajado, y con él se efectuó la operación del modo más satisfactorio.

Entre las estatuas hechas por Cellini, la imagen de plata de Júpiter es la más importante, construída en París para Francisco I, y el Perseo, hecho en bronce para el gran duque Cosme de Florencia. Hizo también estatuas de mármol, de Apolo, Jacinto, Narciso y Neptuno. Los incidentes extraordinarios relativos á la fundición del Perseo, son propios para dar luz sobre el carácter notable del hombre.

Habiendo expresado el gran duque la opinión resuelta, cuando le fué mostrado en cera el modelo, de que no podría ser fun-

dido en bronce, sintióse Cellini inmediatamente estimulado por la pretendida imposibilidad, no sólo para intentarla sino para hacerla. Hizo primeramente el modelo en yeso, lo coció y lo cubrió con cera, á la que le dió la forma exacta de una estatua. Cubriendo en seguida la cera con una especie de tierra, coció la segunda cubierta, disolviendo y sacando la cera en esta operación, dejando el espacio entre las dos capas para recibir el metal. Para evitar tropiezos, fué hecha esta última operación en un pozo cavado cerca del horno, del cual sería introducido el metal derretido en el molde preparado al efecto, por medio de caños y aperturas.

Cellini había comprado y llevado allí varias cargas de leña de pino, con antipación á la operación de fundir el metal, que principió desde luego. Llenóse el horno con pedazos de cobre y de bronce, y se encendió el fuego. Muy luego arrojó la madera resinosa tales llamaradas, que prendió fuego el taller y parte del techo se quemó; mientras que al mismo tiempo soplaba el viento y caía la lluvia sobre el horno enfriando el calor é impidiendo que el metal se derritiera. Luchó Cellini durante algunas horas para conservar el calor, arrojando de contínuo más leña, hasta que al fin quedó tan fatigado y enfermo, que temió morir antes que la estatua pudiera fundirse. Se vió obligado á dejar á sus ayudantes el encargo de verter el metal cuando estuviera derretido y se fué á acostar.Mientras que aquellos que estaban á su lado, se condolían con él en su aflicción, entró de pronto un operario en su habitación, lamentándose de que *¡la obra del pobre Benvenuto estaba irremediablemente perdida!* Al oír ésto Cellini, saltó inmediatamente de la cama y se precipitó en el taller, donde encontró que el fuego había disminuído tanto, que el metal se había vuelto á endurecer.

Mandando á casa de un vecino por una carga de roble que había estado secándose hacía más de un año, estuvo pronto ardiendo el fuego otra vez y el metal se fundía y brillaba. Sin embargo, el viento continuaba soplando con furia, y la lluvia caía abundante; así es que Cellini, para abrigarse, hizo que le llevaran algunas mesas con alfombras y ropas viejas, detrás de las cuales siguió arrojando leña al horno. Una masa de peltre fué echada dentro del otro metal, y revolviéndola alguna veces con hierros y otras con largos palos, poco después estaba todo completamente derretido. En este instante, cuando el momento

de prueba había llegado, oyóse un ruido espantoso como el de un trueno, y un brillar de fuego relampagueó ante los ojos de Cellini. La cubierta del horno había reventado, y el metal principiaba á manar. Viendo que no corría con la velocidad requerida, se abalanzó Cellini á la cocina, sacó de allí toda pieza de cobre y peltre que contenía, como unas doscientas tazas, platos, y vasijas de diversas clases y las echó al horno. Entonces corrió por fin libremente el metal, y así fué fundida la espléndida estatua de Perseo.

El *quid divinum* que impelía el genio arrebatado con que Cellini corrió hacia la cocina y la despojó de sus utensilios para echarlos en el horno, traerán á la memoria del lector el acto parecido de Palissy cuando arrancó su ajuar con el fin de cocer su loza. Exceptuándose, sin embargo, su entusiasmo, no puede haber dos hombres menos parecidos en el carácter. Cellini era un Ismael contra quien, segun él mismo refiere, estaba levantada la mano de todos los hombres. Pero por lo que respecta á su extraordinaria habilidad como cincelador y su genio como artista, no puede haber dos opiniones.

La carrera de Nicolás Poussin fué mucho menos turbulenta. Era un hombre tan puro y elevado en sus ideas artísticas, como lo era en su vida diaria, y distinguido igualmente por su vigorosa inteligencia, su rectitud de caracter, y su noble sencillez. Había nacido de condición humildísima en Andeleys, cerca de Rouen, donde su padre tenía una pequeña escuela. Tuvo el niño el beneficio de la enseñanza de su padre, tal como era, pero se dice que fué algo descuidado en ella, prefiriendo pasar su tiempo en llenar de dibujos sus libros de lecciones y su pizarra. Un pintor del campo que estaba muy complacido con sus bosquejos, suplicó á sus padres que no se opusieran á sus inclinaciones. Convino el pintor en dar lecciones á Poussin, y muy luego hizo tales progresos que su maestro nada tenía ya que enseñarle. Estaba Poussin intranquilo, y deseando adelantar fué á París á la edad de diez y ocho años, pintando en el camino muestras para mantenerse.

Ante su vista se abrió en París un nuevo mundo artístico, despertando su admiración y estimulando su emulación. Trabajó activamente en muchos estudios, dibujando, copiando, y pintando cuadros. Después de cierto tiempo resolvió ir á Roma, y emprendió el viaje; pero no pudo llegar más que hasta Florencia, y

otra vez regresó á París. Otra segunda tentativa que hizo para llegar á Roma tuvo menos éxito que la anterior, porque esta vez sólo llegó hasta Lyón. Sin embargo, tuvo cuidado de aprovechar todas las oportunidades de adelanto que se le presentaban, y continuó tan aplicado como antes en estudio y en trabajo.

Así pasaron doce años, años de obscuridad y de labor, de fracasos y desengaños, y probablemente de privaciones. Por fin consiguió Poussin llegar á Roma. Allí estudió con aplicación á los maestros antiguos y particularmente las antiguas estatuas, de cuya perfección quedó profundamente impresionado. Durante algún tiempo vivió con el escultor Duquesnoi, tan pobre como él, y le ayudó á modelar estatuas de estilo antiguo. Con él midió cuidadosamente algunas de las estatuas más célebres de Roma, y muy particularmente el *Antinoo* : y se supone que este trabajo ejerció grande influencia en la forma y manera de su estilo futuro. Estudió al mismo tiempo anatomía, practicó el dibujo con modelos vivos, é hizo un gran acopio de bosquejos de posturas y actitudes de las personas con quienes se encontraba, leyendo atentamente en sus horas desocupadas los libros clásicos sobre el arte, que podía obtener prestados de sus amigos.

Durante todo este tiempo permaneció pobre, satisfecho con ir progresando en su arte. Se contentaba con vender sus cuadros por lo que le dieran. Uno, el de un profeta, lo vendió por ocho libras ; y otro, *La plaga de los filisteos*, lo vendió por sesenta coronas, cuadro que después compró el cardenal de Richelieu por mil. Para colmo de desdichas, le atacó una grave enfermedad, y durante el desamparo que le ocasionó, le ayudó con dinero el caballero del Posso. Para este señor pintó después Poussin el *Descanso en el desierto*, hermoso cuadro, que pagaba con usura el préstamo que se le había hecho durante su enfermedad.

Este hombre de bien siguió trabajando y estudiando á pesar de sus sufrimientos. Aspirando aún á cosas más elevadas, fué á Florencia y á Venecia, ensanchando la esfera de sus estudios. Los frutos de sus concienzudos trabajos aparecieron por fin en las series de grandes cuadros que principió á hacer entonces: su *Muerte de Germánico*, seguido de *La Extrema Unción*, el *Testamento de Eudamidas*, el *Maná*, y el *Robo de las Sabinas*.

La fama de Poussin crecía muy lentamente, sin embargo. Era de una índole retirada, y huía de la sociedad. Las gentes le creían más pensador que pintor. Cuando no estaba muy ocupado con

las pinturas, hacía paseos solitarios por el campo, meditando los diseños de sus futuros cuadros. Mientras estuvo en Roma fué Claudio Lorena uno de los pocos amigos con quienes pasó muchas horas en el terrado de *La Trinité-du-Mont*, conversando sobre arte y antigüedades. La monotonía de la tranquila Roma era apropósito para su gusto, y, pudiendo ganar un modesto bienestar con sus pinceles, no tenía deseo de abandonarla.

Pero su fama se extendió al fin más allá de Roma, y repetidas invitaciones le fueron dirigidas para que regresara á París. Se le ofreció el nombramiento de primer pintor del rey. Al principio citó el proverbio italiano: *Chi sta bene non si muove*; dijo que había vivido quince años en Roma, se había casado allí, y esperaba morir y ser enterrado allí. Requerido otra vez, consintió, y volvió á París. Pero su aparición despertó muchos celos profesionales, y pronto deseó estar otra vez en Roma. Mientras estuvo en París pintó algunas de sus obras más grandes, su *San Javier*, el *Bautismo*, y la *Ultima Cena*. Trabajaba constantemente. Al principio hizo cuanto se le pedía, como diseñar carátulas para los libros reales, muy particularmente para una Biblia y un Virgilio, cartones para el Louvre, y diseños para tapices, pero por último se quejó. « Me es imposible, dijo al señor de Chanteloup, estar trabajando al mismo tiempo en frontispicios para los libros, en una Virgen, en un cuadro de la congregación de San Luis, en los diversos diseños para la galería, y finalmente, en diseños para la tapicería real. Sólo tengo dos manos y una cabeza débil, y ni puedo ser ayudado, ni en mis trabajos ayudarme pueden otros. »

Molestado por los enemigos á quienes su éxito había enojado, y á quienes no podía conciliar, resolvió volver á Roma cuando sólo había trabajado dos años en París. Establecido otra vez en su humilde habitación del Monte Pincio, se ocupó activamente en el ejercicio de su arte durante los años restantes de su vida, viviendo sencillamente y retirado. Á pesar de sufrir mucho de la enfermedad que le aquejaba, se distraía con el estudio, aspirando siempre á sobresalir. *Al envejecer*, dijo, *me siento cada vez más enardecido con el deseo de sobresalir y alcanzar el más alto grado de perfección.* Trabajando, luchando y sufriendo así, pasó Poussin sus últimos años. No tenía hijos; su mujer murió antes que él; todos sus amigos se habían ido; de modo que en su ancianidad quedó completamente solo en Roma, tan llena de so-

pulcros ya, y allí murió en 1665, legando á sus parientes, en Andeleys, los ahorros de su vida, que ascendían á unas mil coronas, y dejando tras de sí como herencia á su raza, las grandes obras de su genio.

La carrera de Ary Scheffer ofrece uno de los mejores ejemplos en la época moderna, de una consagración igualmente noble al arte. Nacido en Dordrecht, hijo de un artista alemán, manifestó en temprana edad sus aptitudes para el dibujo y la pintura, que sus padres estimulaban. Habiendo muerto su padre siendo él joven aún, resolvió su madre establecerse en París aunque sus recursos eran cortos, para que su hijo pudiera conseguir las mejores oportunidades para instruírse. Allí fué colocado el joven Scheffer con el pintor Guérin. Pero los recursos de su madre eran demasiado limitados para permitirle que se consagrara exclusivamente al estudio. Había vendido ya las pocas alhajas que tenía, y se privaba de todo goce, para poder adelantar la instrucción de sus otros hijos. En esas circunstancias era natural que Ary deseara ayudarla; y cuando tuvo diez y ocho años de edad principió á pintar cuadritos de asuntos sencillos, que encontraron una venta fácil á precios moderados. También se ejercitó en la pintura de retratos, recogiendo al mismo tiempo práctica y ganando dinero honradamente. Se perfeccionó gradualmente en el dibujo, en el colorido y en la composición. El *Bautismo* señaló una nueva época en su carrera, y desde ese momento siguió adelantando, hasta que su fama brilló en sus cuadros célebres del *Fausto*, *Francisca de Rímini*, el *Cristo Consolador*, las *Santas Mujeres*, *Santa Mónica* y *San Agutín*, y muchas otras obras notables.

« La cantidad de trabajo, de idea y de atención, dice Grote, que Scheffer ha puesto en la producción de la *Francisa de Rímini*, debe haber sido enorme. Habiendo sido muy imperfecta su educación técnica, se vió obligado á subir la pendiente del arte dibujando sobre sus propios recursos, y de ese modo, mientras su mano estaba en el trabajo, estaba su espíritu ocupado en la meditación. Tuvo que probar varios procedimientos para tratar el asunto, y experimentos en el colorido; pintó y volvió á pintar, con asiduidad incesante. Pero la naturaleza le había dotado con aquello que probó ser en cierto modo un equivalente de lo que carecía en lo técnico. Su misma elevación de carácter, y su profunda sensibilidad, le ayudaron para obrar

sobre los sentimientos de otros por conducto del pincel. » (1)

Uno de los artistas á quienes más admiraba Scheffer, era Flaxman; y en cierta ocasión dijo á un amigo : « Si inconscientemente he tomado algo prestado de alguien en el diseño de *Francisca*, debe haber sido de algún dibujo de Flaxman. » Juan Flaxman era hijo de un humilde vendedor de figuras de yeso de *New Street*, *Covent Garden*. Cuando niño, estaba tan enfermo que tenía que estar sentado entre almohadas detrás del mostrador de la tienda de su padre, entreteniéndose en dibujar y en leer. Habiendo ido una vez á la tienda un sacerdote benévolo, el reverendo Padre Matthews, vió al chico que trataba de leer un libro, y preguntando el título, vió que era un Cornelio Nepote, que su padre había comprado por unos peniques en un puesto de libros. El caballero, después de haber tenido una conversación con el niño, dijo que no era un libro conveniente para que lo leyera, pero que él le traería uno. Al día siguiente se presentó con unas raducciones de *Homero* y *Don Quijote*, que se puso á leer el niño con gran avidez. Su espíritu se llenó muy luego con el heroísmo que respiraban las páginas del primero, y con los Ayax y los Aquíles de estuco que estaban en torno suyo alineados en los estantes; apoderóse de él la ambición de que también dibujaría y daría cuerpo en formas poéticas á esos héroes majestuosos.

Como todos los esfuerzos juveniles, fueron toscos sus primeros diseños. El padre enorgullecido los mostró una vez á Roubilliac, el escultor, quien los hizo á un lado con un despreciativo ¡*puf*! Pero el muchacho tenía en sí la verdadera materia de que se hacen las grandes cosas; tenía laboriosidad y paciencia; y continuó trabajando incesantemente con sus libros y sus dibujos. Experimentó entonces sus juveniles facultades modelando figuras en estuco, cera y arcilla. Aún se conservan algunos de éstos primeros esfuerzos sanos del genio paciente. Tardó mucho antes que el niño pudiera caminar, y sólo lo consiguió aprendiendo á andar con un par de muletas. Al fin se puso bastante fuerte para poder caminar sin ellas.

El bondadoso señor Matthews le invitó á su casa, donde su esposa le explicó á Homero y á Milton. También le ayudaron en su cultura propia dándole lecciones de griego y latín, cuyo

(1) Grote, *Memoria sobre la vida de Ary Scheffer*, página 67.

estudio continuaba en su casa. Á fuerza de paciencia y perseverancia, mejoraron sus dibujos tanto, que obtuvo el encargo, hecho por una señora, de seis diseños originales en tinta negra sobre asuntos del Homero. ¡Su primera comisión! ¡Qué acontecimiento en la vida de un artista! El primer pago de un cirujano, el primer honorario de un abogado, el primer discurso de un legislador, la primera aparición de un cantor sobre las tablas, el primer libro de un autor, no tienen más interés para el que aspira á la fama que la primera comisión dada á un artista. El niño principió en el acto á cumplir la orden, y fué muy elogiado y bien retribuído por su trabajo.

A la edad de quince años entró Flaxman como discípulo en la academia real. Á pesar de su índole retraída, pronto fué conocido entre todos los estudiantes, y se esperaron de él grandes cosas. Tampoco fueron engañadas sus aspiraciones; á los quince años de edad ganó la medalla de plata, y al año siguiente era candidato para la de oro. Todos profetizaban que obtendría la medalla de oro, porque no había ninguno que le sobrepujara en habilidad y en laboriosidad. Á pesar de eso la perdió, y la medalla de oro fué adjudicada á un discípulo de quien después no se ha oído hablar. Este fracaso por parte del joven le fué de verdadera utilidad; porque las derrotas no abaten por mucho tiempo á los que tienen un corazón resuelto, y sólo sirven para despertar sus facultades positivas. *Dadme tiempo*, dijo á su padre, *y he de producir aún obras que la Academia tendrá orgulloen reconocer*. Redobló sus esfuerzos, no regateó el trabajo, diseñó y modeló incesantemente, é hizo sólidos progresos, ya que no fuesen rápidos. Pero al mismo tiempo amenazaba la pobreza sobre la casa de su padre; el negocio de figuras de yeso daba muy poca utilidad. El jovon Flaxman, con abnegación resuelta, abrevió esas horas de estudio, y se consagró á ayudar á su padre en los humildes detalles de su negocio. Dejó á un lado á su Homero para tomar la paleta. Estaba dispuesto á trabajar en el más humilde ramo del negocio, con tal que la familia de su padre pudiera mantenerse y tener al lobo lejos de la puerta. Á esta faena ingrata de su arte dedicó un largo aprendizaje; pero le procuró un bien. Le familiarizó con el trabajo constante, y cultivó en él el espíritu de la paciencia. La obediente disciplina pudo haber sido dura, pero fué provechosa.

Afortunadamente había llegado á conocimiento de Josuah Wedg-

wood la habilidad en el diseño del joven Flaxman, y le buscó con el fin de emplearle para diseñar modelos perfeccionados de porcelana y de loza. Puede parecer un ramo humilde del arte para trabajar en él un genio tal como el de Flaxman; pero en realidad no era así. Un artista puede trabajar verdaderamente en su vocación haciendo el diseño de una tetera común ó una jarra para agua. Los artículos de uso diario entre el pueblo, que están ante su vista en cada comida, pueden llegar á ser instrumentos de educación para todos, y servir á su más elevada cultura. De ese modo puede otorgar el más ambicioso artista á sus compatriotas un servicio práctico mayor que ejecutando una obra elaborada que quizá venda por miles de libras esterlinas, para ser colocada en la galería de algún hombre rico, donde permanece oculta para el público. Antes de la época de Wedgwood eran espantosos los dibujos y la ejecución que figuraban en nuestra porcelana y nuestra loza dura, y él se propuso mejorarlos. Flaxman hizo todo lo que pudo para secundar los propósitos del fabricante. Le proveía de tiempo en tiempo con modelos y diseños de varias piezas de loza, cuyos temas eran tomados principalmente de poesías y de historia antigua. Muchos de ellos existen aún, y muchos de ellos son iguales en belleza y sencillez á sus diseños ulteriores para el mármol. Los celebrados vasos etruscos, cuyos modelos se encuentran en los museos públicos y en los gabinetes de los aficionados, le proporcionaban los mejores modelos de formas, y éstos los embellecía con sus propios inventos elegantes. El libro *Atenas*, de Stuart, que acababa de publicarse, le procuró modelos de utensilios griegos de contornos más puros; de estos adoptó los mejores, y los trabajó en nuevas formas con elegancia y belleza. Flaxman vió entonces que estaba trabajando en una grande obra, nada menos que en el progreso y mejoramiento de la educación popular; y muchos años después, tenía orgullo en aludir á sus primeros trabajos por esta senda, con los cuales podía al mismo tiempo cultivar su amor á lo bello, difundir el gusto del arte entre el pueblo, y llenar su propio bolsillo, mientras promovía la prosperidad de su amigo y bienhechor.

Por fin, en el año de 1782, cuando tenía veinte y siete años de edad, dejó el hogar paterno y alquiló una casita con un estudio en la calle *Wardour Soho*, y más aún, se casó. Ana Denman era el nombre de su mujer; persona jovial, de alma brillante,

y noble. Creía él que al casarse podría trabajar con ánimo más intenso, porque, también tenía ella gusto por la poesía y el arte; y era además una admiradora entusiasta del genio de su esposo. Sin embargo, cuando sir Joshua Reynolds, que era soltero, encontró á Flaxman poco después de su casamiento, le dijo : *Así, Flaxman, se me ha informado que os habéis casado;* si es cierto, os digo que sois un artista perdido. » Flaxman se fué en derechura á su casa, sentóse al lado de su mujer, tomó su mano en la suya, y le dijo : *Ana, estoy perdido como artista.* — *¿Por qué, Juan? ¿Cómo ha acontecido eso? ¿quién lo ha hecho?* — *Ha acontecido en la iglesia*, contestó él, y *Ana Denman lo ha hecho*. Entonces la refirió la observación de sir Joshua, cuya opinión era bien conocida, y había sido expresada á menudo, de que si los estudiantes querían sobresalir tenían que hacer que todas las facultades de su espíritu se dirigieran hacia su arte, desde que se levantaban, hasta que se acostaban; y también; que ningún hombre podría ser un gran artista si no había estudiado las obras de Rafael, de Miguel Ángel, y de otros, en Roma y en Florencia. « Y yo, dijo Flaxman enderezando su pequeño cuerpo todo lo que podía, *yo* hubiera sido un gran artista. — Y gran artista has de ser, repuso su mujer, y has de visitar á Roma también, si eso es realmente necesario para hacerte grande. — ¿Pero cómo? preguntó Flaxman. — *Trabaja y economiza*, replicó la excelente mujer; no quiero que alguna vez se diga que Ana Denman perdió á Juan Flaxman como artista. Y así, resolvió la pareja hacer el viaje á Roma cuando lo permitieran sus medios. « Quiero ir á Roma, dijo Flaxman, y enseñar al Presidente que el himeneo es más bien en beneficio del hombre que para su perjuicio; y tú, Ana, me acompañarás. »

Durante cinco años se afanó la amorosa pareja pacientemente, y feliz en su humilde y pequeño hogar de la calle *Wardour*, teniendo siempre presente su distante viaje á Roma. Nunca le per dieron de vista ni por un momento, y no se gastaba inútilmente ni un penique que pudiera ser ahorrado para los gastos necesarios. Á nadie comunicaron ni una palabra respecto de su proyecto, no solicitaron ayuda alguna de la Academia, sino que confiaron únicamente en su propio paciente trabajo, y en el amor, para proseguir y realizar su propósito. Durante esta época presentó Flaxman muy pocas obras No podía hacer el gasto de comprar

mármol para sus ensayos de diseños originales; pero recibía frecuentes comisiones para hacer monumentos, con cuyas ganancias se sostenía. Seguía trabajando para Wedgwood, que le pagaba bien; y, en todo adelantaba, feliz, y lleno de esperanzas. La consideración de que disfrutaba en su localidad era tal, que le proporcionaba honores y trabajos locales, porque fué electo por los pagadores de derechos parroquiales para cobrar la contribución de vigilancia por la parroquia de Santa Ana, y se le veía andar con un frasquito de tinta suspendido de un hojal de la levita, recogiendo el dinero.

Habiendo conseguido reunir por fin bastantes economías, se pusieron en camino para Roma, Flaxman y su mujer. Llegados allí, se aplicó él activamente al estudio; sosteniéndose como otros artistas pobres, haciendo copias de los antiguos. Los viajeros ingleses buscaban su taller, y le daban encargos; y entonces fué cuando compuso sus bellos diseños de ilustraciones, de Homero, Esquilo y Dante. El precio que se pagó por ellos fué moderado, solo quince peniques por cada pieza, pero Flaxman trabajaba por el arte más que por el dinero; y la belleza de los diseños le atraían otros amigos y protectores. Ejecutó á *Cupido* y la *Aurora* para el munífico Tomás Hope, y la *Furia de Atamas* para el conde de Bristol. Preparóse entonces para regresar á Inglaterra, habiendo mejorado y cultivado su gusto por el estudio atento; pero antes de dejar á Italia reconocieron su mérito las academias de Florencia y de Carrara nombrándole indidividuo de ellas.

Su fama le había precedido á Londres, donde muy luego encontró ocupación. Mientras estaba en Roma había sido comisionado para hacer su célebre monumento á la memoria de lord Mansfield, y fué erigido en el crucero norte de la abadía de Westminster poco después de su llegada. Allí está en majestuosa grandiosidad, como un monumento al genio mismo de Flaxman, tranquilo, sencillo y severo. No es de extrañar, pues, que el escultor Banks, que estaba entonces en el pináculo de su gloria, exclamara cuando lo vió : *¡ Este hombrecito nos excede á todos!*

Cuando supieron el regreso de Flaxman los individuos de la academia real, y especialmente cuando tuvieron oportunidad de ver y admirar su estatua retrato de Mansfield, estaban deseosos de contarle en el número de sus socios. Consintió en que su

nombre figurase en la lista de candidatos propuestos para socios y fué aceptado inmediatamente. Poco después apareció con un aspecto enteramente nuevo. El niño que había principiado sus estudios detrás del mostrador de la tienda de estatuas de yeso en *New Street, Covent Garden*, era ahora un hombre de elevada inteligencia y reconocida supremacía en el arte de enseñar á estudiantes, como de profesor de escultura en la academia real, y ningún hombre merecía tanto como él ocupar ese empleo distinguido, porque nadie es más competente para instruír á otros que aquel que, por sí solo y con sus propios esfuerzos, ha aprendido á luchar y á vencer las dificultades.

Después de una vida larga, tranquila, y feliz, sintióse Flaxman envejecer. La pérdida que sufrío con la muerte de su querida esposa Ana fué un golpe rudo para él, pero la sobrevivió algunos anos, durante los cuales ejecutó su celebrado *Escudo de Aquiles* y su noble *Arcángel Miguel venciendo á Satanás,* quizá sus dos obras más grandes y de más mérito.

Chantrey era un hombre más robusto; algo tosco, pero sincero en su conducta; orgulloso de su afortunada lucha contra las dificultades que le rodearon en sus primeros años; y sobre todo orgulloso de su independencia. Había nacido de padres pobres en Norton, cerca de Sheffield. Habiendo muerto su padre cuando él era niño aún, se volvió á casar su madre. El chico Chantrey acostumbraba á guiar un burro cargado con tarros de leche al pueblo vecino de Sheffield, y allí repartía la leche á los marchantes de su madre. Tal fué el humilde principio de su industriosa carrera; y gracias á sus propios esfuerzos se elevó de esa posición, y alcanzó la más alta consideración como artista. No llevándose bien con su padrastro, fué puesto á trabajar en negocios, siendo su primera colocación en un almacén en Scheffield. La ocupación le era antipática; pero pasando un día por frente del aparador de un grabador y tallista, fué atraída su mirada por los artículos brillantes que contenía, y, encantado con la idea de ser grabador, suplicó que se le sacara del almacén para ese objeto. Sus amigos consintieron, y se le contrató como aprendiz por siete años con el tallista y dorador. Su nuevo patrón, además de ser tallista en madera, era también comerciante en modelos impresos y de yeso; y Chantrey se puso en el acto á copiarlos, estudiando con gran laboriosidad y energía. Todas sus horas desocupadas las consa-

graba á dibujar, á modelar, y á aprender por sí mismo, y á menudo continuaba su labor hasta altas horas de la noche. Antes que hubiera terminado su tiempo de aprendizaje, á la edad de veinte y un años, entregó á su patrón toda la fortuna que había reunido — una suma de cincuenta libras esterlinas — para rescindir su contrato, resuelto á consagrarse á la carrera de artista. Marchó á Londres y con marcado buen sentido buscó ocupación como oficial tallista, estudiando la pintura y el diseño en sus horas libres. Entre los trabajos en que primero se ocupó como operario tallista, tuvo la decoración del comedor del señor Rogers, el poeta, pieza en la que años después era un visitante agasajado, y tenía gusto en enseñar á los huéspedes que encontraba en la mesa de su amigo, su antigua obra manual.

Volviendo á Sheffield en una visita profesional, se anunció en los periódicos locales como pintor de retratos al lápiz y en miniatura, así como también al óleo. Su primer retrato al lápiz le valió una guinea que le dió un armero; y por un retrato al óleo, le pagó un confitero tanto como cinco libras esterlinas y, ¡un par de botas granaderas! Chantrey regresó pronto á Londres para estudiar en la academia real; y cuando volvió otra vez á Sheffield se anució para hacer en yeso los bustos de sus conciudadanos ó para retratarlos al óleo. Hasta llegó á ser escogido para diseñar un monumento para el vicario del pueblo que acababa de morir, y lo ejecutó á satisfacción de todos. Cuando se hallaba en Londres tenía como estudio una pieza situada sobre una caballeriza, y allí modeló su primera obra original para ser exhibida. Era una cabeza gigantesca de Satanás. Hacia el fin de la vida de Chantrey, fué sorprendido un amigo suyo que atravesaba el estudio por este modelo que se hallaba en un rincón. *Esa cabeza*, dijo el escultor, *fué la primera cosa que hice cuando vine á Londres. La trabajé en una bohardilla con una gorra de papel en la cabeza, y como entonces no podía gastar más que una vela, la coloqué en mi gorra para que pudiera andar conmigo, y darme luz á cualquier lado que me volviera*, Flaxman vió y admiró esta cabeza en la exhibición de la Academia, y encargó á Chantrey la ejecución de los bustos de cuatro almirantes, que se necesitaban para el asilo naval de Greenwich. Este encargo atrajo otros, y la pintura fué abandonada. No hacía más que ocho años que sólo le habían dado cinco libras esterlinas por un retrato. La célebre cabeza de *Horne Tooke* tuvo

tal éxito que, según su propio dicho, le valió encargos por valor de doce mil libras esterlinas.

Ahora ya había salido Chantrey bien de su empresa, pero había trabajado vigorosamente, y ganado con justicia su buena fortuna. Fué elegido entre diez y seis competidores para ejecutar la estatua de Jorge III para la ciudad de Londres. Algunos años después, produjo el acabado monumento de los *Niños dormidos*, que está en la catedral de Lichfield, obra de gran ternura y belleza; y desde ahí en adelante fué su carrera de creciente honor, fama y prosperidad. La paciencia, laboriosidad, y firme perseverancia fueron los medios con que alcanzó su grandeza. La naturaleza le dotó con genio, y su sano criterio le hizo usar el valioso don como un beneficio. Era prudente y sagaz, como los hombres entre quienes había nacido; la cartera que le acompañó en su viaje por Italia contiene mezcladas notas sobre arte, apuntes de gastos diarios, y los precios corrientes del mármol. Sus gustos eran sencillos, y hacía grandes sus asuntos por la mera fuerza de su sencillez. Su estatua de Watt, en la iglesia de Handsworth, nos parece ser la verdadera perfección del arte; sin embargo, es perfectamente natural y sencilla. Su generosidad para con los artistas que estaban necesitados era espléndida, pero tranquila, y sin ostentación. Dejó la parte principal de su fortuna á la academia real para el adelanto del arte británico.

La misma laboriosidad honrada y persistente existió en toda la carrera de David Wilkie. Era hijo de un sacerdote escocés, y dió tempranos indicios de índole artística; aunque negligente y poco apto como estudiante, era un aplicado dibujante de caras y figuras. Niño callado, ya manifestaba esa tranquila y concentrada energía de carácter que le distinguió durante su vida. Estaba siempre á la mira de una oportunidad para dibujar y las paredes de la granja, ó la arena lisa de las orillas del río, servían igualmente para su intento. Cualquiera clase de instrumento le servía; lo mismo que Giotto, hallaba un pincel en un palo quemado, una tela preparada en cualquier piedra lisa, y asunto para pintar en cualquier mendigo andrajoso que encontraba. Cuando visitaba una casa, dejaba generalmente sus señas en las paredes como prueba de su visita, algunas veces con gran disgusto de las aseadas caseras. En una palabra, á pesar de la aversión de su padre, el sacerdote, por la *pecaminosa* profesión

de pintor, no pudo ser vencida la fuerte tendencia de Wilkie, y se hizo artista; abriéndose virilmente camino en la penosa cuesta de las dificultades. Aunque fué rechazado en su primer solicitud para ser admitido como candidato en la academia escocesa, de Edimburgo, á causa de lo tosco é incorrecto de los otros modelos presentados, perseveró en producir otros mejores, hasta que fué admitido. Pero sus adelantos eran lentos. Se aplicó diligentemente al dibujo de la cara humana, y se aferró á ello con la determinación de obtener éxito, con una confianza absoluta en el resultado. No manifestó ningún humor excéntrico y la aplicación alternada con parasismos de muchos jóvenes que se consideran genios, sino que se atuvo á la rutina de una aplicación constante á tal extremo, que él mismo solía atribuír después su éxito á su tenaz perseverancia más bien que á ninguna otra facultad innata de orden más elevado. *El único elemento*, decía, *en todos los movimientos progresivos de mi pincel, ha sido la laboriosidad perseverante.* En Edimburgo ganó algunos premios, pensó dedicarse á la pintura de retratos, teniendo en vista su remuneración elevada y segura, pero al fin entró en la vía en que logró su fama y pintó su *Hada desapiadada.* Lo que era aún más audaz, se resolvió á ir á Londres, en razón de que presentaba un campo mucho más vasto para el estudio y el trabajo; y el pobre joven escocés llegó á la capital, y pintó sus *Políticos de aldea* mientras vivía en un humilde alojamiento de diez y ocho chelines por semana.

Á pesar del éxito que obtuvo su cuadro, y los encargos que le siguieron, continuó Wilkie durante mucho tiempo pobre. Los precios que realizaban sus obras no eran grandes, porque ponía en ellas tanto tiempo y trabajo, que sus ganancias continuaron siendo por muchos años comparativamente pequeñas. Todo cuadro era de antemano cuidadosamente estudiado y ejecutado; nada se hacía de pronto; muchos le ocuparon años enteros tocando, retocando, y perfeccionándolos hasta que finalmente salían de sus manos. Su lema era igual al de Reynolds: *¡Trabaja! ¡trabaja! y ¡trabaja!* y, lo mismo que él, manifestaba gran antipatía por los artistas parlanchines. Los que charlan podrán sembrar, pero los silenciosos son los que cosechan. *Estemos haciendo* algo, era su modo oblícuo de reprender á los locuaces y amonestar á los ociosos. Una vez refirió á su amigo Constable que cuando estaba estudiando en la academia escocesa, su pre-

sidente Graham tenía la costumbre de decir á los estudiantes, las palabras de Reynolds: *Si tenéis genio, lo adelantará lal aboriosidad; sino lo tenéis, suplirá su falta la laboriosidad.* — *Así es,* dijo Wilkie, *que me determiné á ser laborioso, porque sabía que no tenía genio.* También dijo á Constable que cuando sus condiscípulos Linell y Burnett hablaban de arte, siempre procuraba ponerse cerca de ellos para oir lo que decían, *porque,* añadió, *sabían mucho, y yo sabía muy poco.* Esto era dicho con perfecta sinceridad, pues Wilkie era siempre modesto. Una de las primeras cosas que hizo con la suma de treinta libras que obtuvo de lord Mansfield por su cuadro *Los Políticos de aldea,* fué comprar un regalo de gorras, chales, y vestidos, para su madre y su hermana que estaban en Escocia; aunque no podía soportar fácilmente ese gasto en aquella época. La pobreza de Wilkie en su juventud le había educado en los hábitos de una estricta economía, que eran sin embargo compatibles con una noble liberalidad, como se ve de varios pasajes en la autobiografía del grabador Abrahán Raimbach.

Guillermo Etty fué otro ejemplo notable de laboriosidad incansable é indomable perseverancia en el arte. Su padre era fabricante de pan de jengibre y especiero en York, y su madre, mujer de mucha firmeza y originalidad de carácter, era la hija de un fabricante de sogas. Desde temprana edad manifestó el niño su afición al dibujo, cubriendo las paredes, los pisos y las mesas con muestras de su habilidad; su primer lápiz fué tiza por valor de un centavo, reemplazado luego por un pedazo de carbón ó un pedacito de palo carbonizado. Su madre, que no entendía nada de arte, puso al niño de aprendiz de un oficio, el de cajis ta de imprenta, pero en sus horas libres seguía con sus ejercicios en el dibujo; y cuando hubo concluído su tiempo de aprendiz, resolvió seguir su inclinación, quería ser pintor y nada más. Afortunadamente, su tío y su hermano mayor, podían y estaban dispuestos á ayudarle en su nueva carrera, y le facilitaron medios para entrar como discípulo en la academia real. Vemos en la autobiografía de Leslie, que Etty era considerado por sus condiscípulos como una persona digna, pero ñegada aunque aplicada, que nunca se distinguiría. Pero llevaba en sí la divina facultad del trabajo, y con afán anduvo hasta lo eminente en las más elevadas sendas del arte.

Muchos artistas han tenido que padecer privaciones que han

puesto á prueba su valor y sufrimiento hasta lo sumo, antes de haber conseguido el éxito. Jamás sabremos el número de aquellos que sucumbieron al peso de ellas. Martín tropezó con dificultades en el curso de su carrera, tales como quizá á muy pocos les han cabido en suerte. Más de una vez estuvo á punto de morir de hambre mientras estaba ocupado en su primer gran cuadro. Se refiere de él que en una ocasión se vió reducido á su último chelín — un chelín *brillante* — que había guardado á causa de esta misma brillantez, pero al fin se vió en la necesidad de cambiarlo por pan. Fuése á una panadería, compró un pan, y se lo llevaba, cuando el panadero se lo arrancó de las manos, y le tiró con violencia el chelín al pintor que perecía de hambre. El reluciente chelín le faltó en la hora de la necesidad; ¡era falso! Volviendo á su alojamiento se puso á registrar su baúl buscando algún pedazo de pan duro que hubiera podido haber allí, para matar el hambre. Sostenido siempre por el victorioso poder del entusiasmo, prosiguió en su propósito con inquebrantable energía. Tuvo el valor de seguir trabajando y de esperar; y cuando algunos días después encontró una oportunidad de exhibir su cuadro, fué célebre desde aquel momento. Su vida, al igual de la de muchos otros grandes artistas, prueba, que á despecho de circunstancias externas será su propio protector el genio ayudado por la laboriosidad, y que la fama, aunque llegue tarde, nunca niega finalmente sus favores al mérito verdadero.

La más cuidadosa disciplina é instrucción, según los métodos académicos, no podrían hacer un artista si él mismo no toma parte activa en el trabajo. Como todo hombre altamente culto, debe ser principalemente educado por sí mismo. Cuando Pugin, que había sido criado en la oficina de su padre, hubo aprendido todo lo que podía aprender sobre arquitectura según las fórmulas usuales, vió que aún sabía muy poco; y que tenía que comenzar desde el principio, y pasar por la disciplina del trabajo. Con este objeto se empleó el joven Pugin en calidad de carpintero común en el teatro de Covent Garden, trabajando primero debajo del escenario, después, detrás de bastidores, y en seguida en el escenario mismo. De ese modo se familiarizó con el trabajo, y cultivó su gusto arquitectural, al que es peculiarmente favorable la diversidad de ocupación mecánica en un gran teatro de óperas. Cuando se cerró el teatro por la estación, trabajó en un buque de vela entre Londres y varios puertos de Francia, haciendo al mismo

tiempo negocios lucrativos. En toda oportunidad bajaba á tierra y dibujaba los edificios antiguos, y especialmente las iglesias que hallaba en su camino. Después solía hacer viajes especiales al continente con el mismo objeto, y regresaba á su casa cargado con diseños. Así siguió trabajando con afán asegurándose de la excelencia y distinción de lo que hacía.

Ejemplo semejante de afanosa laboriosidad en la misma senda, nos le ofrece la carrera de Jorge Kemp, el arquitecto del hermoso monumento levantado á Scott en Edimburgo. Era hijo de un pobre pastor, que tenía su ocupación en las laderas del sud de los collados de Pentland. En medio de la soledad silvestre no tenía el niño oportunidad alguna para disfrutar de la contemplación de obras artísticas. Ocurrió, sin embargo, que á los diez años fué enviado con un mensaje á Roslin, por el arrendatario á quien su padre cuidaba las ovejas, y la vista del hermoso castillo y de la capilla de allí, parece que produjo en su espíritu una impresión firme y duradera. Probablemente para poder disfrutar de su amor á las construcciones arquitectónicas, suplicó el niño á su padre que le dejara ser ensamblador; y conforme con este deseo fué puesto de aprendiz con un carpintero de un pueblecito vecino. Habiendo cumplido su tiempo, se fué á Galashiels en busca de trabajo. Cuando iba afanado por el valle de Tower llevando en hombros sus herramientas, le dió alcance un carruaje cerca de Elibank Tower; y el cochero, sin duda por indicación de su amo que iba sentado dentro, preguntó al joven cuánto tenía que andar, é informado de que iba á Galashiels, le invitó á que subiera dentro del coche, y de ese modo hizo el camino. Resultó que el amable caballero que estaba dentro era sir Walter Scott, que se hallaba viajando en cumplimiento de sus deberes como *jerif* de Selkirkshire. Mientras trabajaba en Galashiels, tuvo Kemp frecuentes oportunidades de visitar la abadías de Melrose, Drisburgh, y de Jedburgh que estudió cuidadosamente. Inspirado por su amor á la arquitectura, anduvo trabajando como carpintero por la mayor parte del norte de Inglaterra, sin perder nunca una oportunidad de examinar y hacer bosquejos de cualquier hermosa construcción gótica. Estando trabajando una vez en Lancashire, hizo cincuenta millas á pie hasta York, pasó una semana estudiando atentamente el monasterio, y regresó del mismo modo, á pie. En seguida le encontramos en Glasgow, donde permaneció algunos años, estudiando la hermosa catedral, en sus momentos libres.

Regresó á Inglaterra, dirigiendo esta vez su camino más al sud; estudiando á Canterbury, Winchester, Tintern, y otras construcciones conocidas. En 1824 formó el propósito de viajar por toda Europa con el mismo fin, manteniéndose con su profesión. Una vez que hubo llegado á Boloña se dirigió á París, pasando por Abbeville y Beauvais, empleando unas cuantas semanas haciendo diseños y estudios en cada lugar. Su habilidad como mecánico, y particularmente su conocimiento del trabajo de molinos, le aseguraban fácilmente ocupación por donde iba; y generalmente escogía el lugar de su ocupación en los alrededores de algún edificio gótico antiguo, en cuyo estudio pasaba sus horas libres. Después de haber trabajado, viajado y estudiado en el continente un año, regresó á Escocia. Continuó sus estudios, y llegó á estar muy adelantado en el dibujo y la perspectiva. Melrose era su ruina favorita; é hizo varios diseños acabados del edificio, uno de ellos, que lo representaba *restaurado*, fué grabado después. También consiguió ocupación como modelador de diseños arquitecturales, é hizo dibujos para una obra principiada por un grabador de Edimburgo, conforme al plan de las *Catedrales antiguas* de Britton, Era ésta una labor que congeniaba con sus gustos, y trabajó en ella con un entusiasmo que aseguraba su rápido adelanto. Con ese fin, viajaba á pie por Escocia, viviendo como un mecánico común, mientras hacía diseños que hubieran dado fama á los mejores maestros del arte. Habiendo muerto de pronto el encargado del proyecto de la obra, fué suspendida la publicación, y Kemp buscó otra ocupación. Pocos conocían el genio de este hombre —porque era excesivamente taciturno y modesto por naturaleza, — cuando la comisión para el monumento de Scott ofreció un premio por el mejor diseño. Los competidores eran numeroros, incluyendo algunos de los nombres más famosos en la arquitectura clásica; pero el diseño que fué escogido por unanimidad fué el de Jorge Kemp, que estaba trabajando en la abadía de Kilwinning en Ayrshire, á muchas millas de allí, cuando recibió la carta en que se le comunicaba la resolución de la comisión. ¡Pobre Kemp! Poco después de este acontecimiento le arrebató una muerte prematura, y no vivió para ver transcrito en piedra el primer resultado de su infatigable laboriosidad y educación propia; uno de los monumentos más bellos y apropiados que jamás se haya levantado al genio literario.

Juan Gibson era otro artista lleno de verdadero entusiasmo y amor por su arte, que lo colocaban muy por encima de esas sórdidas tentaciones que impelen á naturalezas mezquinas á hacer de tiempo una medida de ganancia. Había nacido en Gyffu, cerca de Conway, en el norte de Gales, y era hijo de un jardinero. Desde muy joven dió pruebas de su talento en las esculturas en madera que hacía con un cuchillo ó navaja de bosillo; y viendo su padre la dirección de su talento lo mandó á Liverpool y le puso de aprendiz con un tapicero tallista. Adelantó rápidamente en su profesión, y algunas de sus esculturas fueron muy admiradas. De ese modo se inclinó naturalmente á la escultura, y cuando tenía diez y ocho años modeló en cera una figura pequeña del Tiempo, que llamó bastante la atención. Los señores Franceys, escultores de Liverpool, compraron la contrata del niño, y se lo llevaron como aprendiz, por seis años, durante los cuales se manifestó su genio en muchos trabajos originales. De allí pasó á Londres, y después á Roma, y su fama se hizo europea.

Roberto Thorburn, el académico, al igual de Juan Gibson, nació de padres pobres. Su padre era zapatero en Dumfries. Además de Roberto había otros dos hijos; uno de los cuales era hábil tallista. Un día fué una señora á casa del zapatero, y encontró á Roberto, que entonces era aún niño, acupado en dibujar sobre una silla que le servía de mesa. Examinó su trabajo, y notando sus aptitudes, se interesó en conseguirle alguna ocupación en el dibujo, y logró en su favor la ayuda de otros que podían facilitarle el proseguir en el estudio del arte. El chico era diligente, afanoso, grave, y callado, mezclándose poco con sus compañeros, y evitando las intimidades. Por el año 1830, le facilitaron algunos señores del pueblo los medios para que fuese á Edimburgo, donde le admitieron como estudiante en la academia escocesa. Allí tenía la ventaja de estudiar con maestros competentes, y el progreso que hizo fué rápido. De Edimburgo fué á Londres, donde según entendemos tuvo la ventaja de ser presentado al público bajo la protección del duque de Buccleuch. Sin embargo, apenas necesitamos decir, que cualquiera que haya sido la utilidad de la protección para Thorburn, logrando una introducción en los mejores círculos, ninguna protección habría podido convertirle en el gran artista que es incuestionablemente, sin su genio innato y su diligente aplicación.

El conocido pintor Noel Patón, principió su carrera artística

en Dunfermline y en Paisley, como dibujante de diseños de manteles y de muselinas bordadas á mano; trabajando al mismo tiempo activamente en objetos más importantes, incluso los dibujos de caras y figuras humanas. Al igual que Turner estaba siempre dispuesto á poner sus manos en cualquier clase de trabajo, y en 1840, cuando era todavía muy joven, le encontramos ocupado, en otros trabajos; en ilustrar el *Anuario de Renfrewshire*, por ejemplo. Se abrió camino paso á paso, lentamente, pero de un modo seguro; permaneció desconocido hasta la exhibición de los cartones de concurso pintados para el palacio del Parlamento, cuando su pintura del *Espíritu de la Religión*, por la cual obtuvo uno de los primeros premios, lo reveló al mundo como un verdadero artista; y las obras que ha exhibido desde entonces — tales como la *Reconciliación de Oberón y Titania*, *Hogar*, y la *Bluidy Tryste* — han puesto de manifiesto un gran progreso y constante adelanto en sus facultades y educación artísticas.

Otra muestra sorprendente de perseverancia y laboriosidad en el cultivo del arte en la vida humilde, se nos presenta en la carrera de Jaime Sharples, oficial herrero en Blackburn. Había nacido en Wakefield en el Yorkshire, en 1825, y era hijo de una familia compuesta de trece hermanos. Su padre era oficial fundidor de hierro, y se trasladó á Bury, para continuar su oficio. Los niños no recibieron educación en la escuela, sino que eran mandados al trabajo tan luego como lo podían hacer; y como á la edad de diez años fué colocado Jaime en una fundición, donde estuvo ocupado unos dos años como mozo de horno. Después de eso fué enviado al taller de la máquina de vapor en donde su padre trabajaba como herrero de las máquinas. La ocupación del chico consistía en calentar y llevar roblones á los que construían calderas. Aunque sus horas de labor eran muchas — á veces desde las seis de la mañana hasta las ocho de la noche — su padre se daba lugar para enseñarle algo después de las horas de trabajo, y así fué como aprendió en parte á leer y escribir. En el curso de su ocupación ocurrió un incidente entre los constructores de calderas, que despertó en él por primera vez el deseo de aprender á dibujar. Había sido empleado algunas veces por el capataz para tener la línea con tiza con la que hacía los diseños de las calderas sobre el suelo del taller; y en esas ocasiones tenía el capataz la costumbre de tener la

línea, y dirigía al joven para que tomara las dimensiones requeridas. Jaime se hizo muy pronto tan práctico en esto, que era de gran utilidad al capataz; y en sus horas desocupadas, su gran placer consistía en hacer diseños de calderas en el suelo de la casa de su madre. En una ocasión en que esperaban una parienta de Manchester que iba á hacer una visita á la familia, habiendo sido arreglada la casa del mejor modo posible, principió el chico á su regreso de la fundición por la noche, á hacer sus trabajos en el suelo. Ya había hecho con tiza parte de su diseño de una gran caldera, cuando entró su madre con la visita, y con espanto suyo vió que el niño aún no se había lavado, y que el suelo estaba lleno de tiza. La parienta, sin embargo, declaró que estaba muy contenta con la laboriosidad del muchacho, elogió su diseño, y aconsejó á la madre que proveyera al *pequeño delineante*, como le llamó, con papel y lápiz.

Estimulado por su hermano mayor, principió á ejercitarse en el dibujo de caras y paisajes, haciendo copias de litografías, pero hasta entonces sin tener conocimiento alguno de las reglas de la perspectiva y de los principios del claroscuro. Siguió trabajando, sin embargo, y adquirió gradualmente habilidad para copiar. Á los diez y seis años entró en el instituto mecánico de Bury, para asistir á la clase de dibujo, enseñado por un aficionado que seguía la profesión de barbero. Durante tres meses recibió allí una lección semanal. El maestro le recomendó que consiguiera de la biblioteca el *Tratado práctico de pintar,* por Burnet, pero como hasta entonces no podía leer con facilidad, se vió en la necesidad de pedir á su madre, y otras veces á su hermano mayor, que le leyeran los pasajes del libro mientras él estaba sentado escuchando. Sintiéndose embarazado por su ignorancia en el arte de la lectura, y ansioso por imponerse del contenido del libro de Burnet, cesó de atender á la clase de dibujo del instituto después del primer trimestre, y se consagró á aprender á leer y á escribir en su casa. Esto lo consiguió pronto; y cuando volvió á entrar en el instituto y sacó por segunda vez el *Burnet*, no solamente podía leerlo, sino que hizo varios extractos para su uso futuro. Estudió con tal ardor el volumen, que acostumbraba levantarse á las cuatro de la mañana y se ponía á leerlo y á copiar algunos pasajes; después de lo cual se iba á la fundición á las seis, trabajaba hasta las seis y algunas veces hasta las ocho de la noche; y volvía á su casa á estudiar

con celo el Burnet, lo que á veces hacía hasta muy tarde. Parte de las noches las ocupaba también en hacer dibujos y sacar copias de dibujos. En una de estas — una copia de la *Ultima Cena* de Leonardo de Vinci — pasó toda una noche. Fuése á la cama, en verdad, pero su espíritu estaba tan preocupado con el asunto que no pudo dormir, y se volvió á levantar para tomar otra vez el lápiz.

Después se puso á hacer ensayos en la pintura al óleo, á cuyo fin se procuró alguna tela de un lencero, la extendió en un marco, lo cubrió con una capa de albayalde, y principió á pintar sobre él con colores comprados á un pintor de edificios. Pero su trabajo resultó ser un fracaso completo, porque el lienzo era tosco y nudoso, y la pintura no se secaba. En esta extremidad recurrió á su antiguo maestro, el barbero, de quien supo que se podía comprar lienzo ya preparado, y que había pinturas y barnices hechos á propósito para la pintura al óleo. Tan luego como se lo permitieron sus recursos, pues, compró una pequeña cantidad de los artículos necesarios y principió de nuevo, enseñándole su maestro aficionado, cómo había de pintar; y el discípulo lo hizo tan bien que sobresalió su trabajo al modelo de su maestro. Su primer cuadro fué copia de un grabado llamado *La trasquila de ovejas* y después lo vendió en media corona. Ayudado por una *Guía de la pintura al óleo,* de un chelín, siguió trabajando en sus horas libres, y adquirió gradualmente mayor conocimiento de los materiales. Hizo su caballete y paleta, su espátula de paleta, y su caja de pinturas; compró sus pinturas, pinceles y lienzos, conforme podía reunir algún dinero por medio de trabajos extraordinarios. Este era el pequeño fondo que sus padres le concedían para ese objeto; impidiéndoles hacer más el peso de una familia numerosa. Á veces iba á pie á Manchester para comprar por valor de dos ó tres chelines de pintura y de tela de cáñamo, y regresaba del mismo modo casi á media noche, después de su caminata de diez y ocho millas, algunas veces empapado y completamente fatigado, pero sostenido siempre por su inagotable esperanza é invencible determinación. El progreso posterior del artista que se formó á sí mismo aparece mejor narrado en sus propias palabras, en una carta dirigida al autor :

« Los siguientes cuadros que pinté, — dice, — fueron un paisaje con luz de luna, uno representando frutas, y uno ó dos

mas; después de lo cual concebí la idea de pintar *La fragua.* Sobre ello ya había yo meditado, pero no había intentado dar cuerpo en un diseño á la concepción. Púseme á hacer un bosquejo sobre papel, y en seguida principié á pintarlo en tela. El cuadro representa sencillamente el interior de un gran taller tal cual eran aquellos en que he estado acostumbrado á trabajar, aunque no era uno de ellos en particular. Por esto, pues, es hasta cierto punto una concepción original. Habiendo hecho un bosquejo del asunto, ví que antes que pudiera continuar con éxito en él, me era indispensable un conocimiento de anatomía para que me pusiera en estado de poder delinear exactamente los músculos de las figuras. En este trance vino en ayuda mía mi hermano Pedro, y bondadosamente me compró los *Estudios anatómicos* de Flaxman — obra que en esa época estaba fuera del alcance de mis recursos, pues costaba veinte y cuatro chelines. Yo miraba este libro como un tesoro, y lo estudié laboriosamente, levantándome á las tres de la mañana para dibujar conforme á sus reglas, y haciendo algunas veces que mi hermano Pedro me serviera de modelo en esa hora tan intempestiva. Aunque me perfeccionaba gradualmente con este ejercicio, pasó algún tiempo antes que yo me sintiera con suficiente confianza para continuar con mi cuadro. También me sentía embarazado por mi falta de conocimiento de la perspectiva, lo que me esforcé en remediar estudiando atentamente los *Principios* de Brook Taylor, y poco después volví á emprender mi pintura. Mientras estaba ocupado en mi casa en el estudio de la perspectiva, solía solicitar y obtener permiso para trabajar en los quehaceres más pesados de herrería en la fundición, y la razón que tenía para esto era que, el tiempo que se necesita para calentar la obra de hierro más pesada es un tanto más largo que el que se requiere para calentar la más liviana, lo cual me daba la oportunidad de asegurarme de algunos momentos libres en el transcurso del día, momentos que empleaba atentamente en hacer diagramas en perspectiva sobre las planchas de hierro que encajonaban el frente del fogón en que yo trabajaba. »

Trabajando Jaime Sharples de ese modo, y estudiando asíduamente, adelantó en su conocimiento de los principios del arte, y adquirió una facilidad mayor en la práctica. Unos diez y ocho meses después de haber concluído su aprendizaje, pintó el retrato de su padre, que llamó mucho la atención en el pueblo;

como también lo hizo el cuadro de *La fragua*, que terminó poco después. Su éxito como pintor de retratos le proporcionó un encargo del capataz del taller, para que pintara un grupo de familia, y Sharples lo hizo tan bien, que el capataz no solamente le pagó el precio convenido de diez y ocho libras, sino que le dió treinta chelines de gratificación. Mientras trabajaba en este grupo dejó de ocuparse en la fundición, y ya había pensado en abandonar por completo su profesión y consagrarse exclusivamente á la pintura. Se puso á pintar varios cuadros, entre otros una cabeza del Cristo, concepción original, de tamaño natural, y una vista de Bury; pero no consiguiendo suficiente ocupación con la pintura de retratos para ocupar su tiempo, ó que le ofreciera bastante ganancia segura, tuvo el buen acuerdo de volver á ponerse su delantal de cuero, y continuar trabajando en su honrada profesión de herrero; ocupando sus horas libres en grabar su cuadro de *La fragua*, que después ha sido dado á la estampa. Lo indujo á principiar el grabado la siguiente circunstancia: Un vendedor de cuadros de Manchester, á quien había mostrado su pintura, le dijo que en manos de un grabador hábil sería un grabado muy bonito. Sharples concibió en el acto la idea de grabarlo él mismo, á pesar de ignorar completamente el arte. Las dificultades con que tropezó, y que venció con éxito, para ejecutar su proyecto, las describe de este modo :

« Había visto un aviso de un fabricante de láminas de acero de Sheffield, dando una lista de los precios á que vendía láminas de varios tamaños, y fijándome en uno de los tamaños convenientes, remití el valor, agregando una pequeña suma adicional por la cual deseaba que me enviara herramientas para grabar. No podía yo especificar los artículos que quería, porque entonces nada sabía del procedimiento usado para grabar. Con todo, llegaron con la lámina tres ó cuatro buriles y una aguja para grabar en agua fuerte; á esta última la eché á perder antes de conocer su uso. Mientras estaba trabajando en la lámina, ofreció un premio la sociedad unida de ingenieros por el mejor diseño de una figura emblemática, y me resolví á figurar en el concurso, y fuí tan afortunado que gané el premio. Poco después de esto me trasladé á Blackburn, donde conseguí un empleo en casa de los señores Yates, ingenieros, como herrero de máquinas; y continué empleando mis horas francas en el dibujo, la pintura y el grabado, como lo hacía antes. En el grabado hacía

muy pocos progresos, á causa de las dificultades que hallaba por no tener las herramientas apropiadas. Resolvíme entonces á hacer algunas que respondieran á mi propósito, y después de varios fracasos conseguí hacer muchas que he usado en el curso de mis trabajos ulteriores. Me veía también en grandes aprietos por carecer de un vidrio de aumento conveniente, y parte de la lámina fué trabajada sin más ayuda de esta clase que la que me proporcionaban los anteojos de mi padre, si bien después conseguí hacerme con un buen vidrio de aumento, que me fué de la mayor utilidad. Ocurrió un incidente mientras estaba yo grabando la lámina, que hizo que casi la abandonara por completo. Sucedía que á veces me veía obligado á dejarla á un lado durante bastante tiempo, cuando me apuraba otro quehacer; y para preservarla del moho, tenía la costumbre de pasar un poco de aceite sobre las partes grabadas. Pero al examinar la lámina, después de uno de esos intervalos, me encontré con que el aceite se había convertido en una substancia obscura y pegajosa extremadamente difícil de sacar. Traté de hacerlo con la punta de una aguja, pero ví que eso requeriría tanto tiempo como grabarlo de nuevo. Estaba desesperado con esto, pero finalmente dí con la idea de ponerla en agua hirviendo con soda, frotar después con un cepillo de dientes las partes grabadas; y con gran contentamiento mío, ví que daba el mejor resultado. Habiendo vencido esas dificultades, ya no necesitaba más que paciencia y perseverancia para llevar á buen fin mi trabajo. No recibí ni consejos ni ayuda de nadie para terminar la lámina. Así es que, si el trabajo tiene algún mérito, lo reclamo como mío, y si al ejecutarlo he contribuído á demostrar lo que se puede hacer con una laboriosidad y una determinación perseverantes, es el único honor á que aspiro. »

No tenemos el propósito de hacer una crítica de *La fragua* como grabado, habiendo sido reconocido unánimemente su mérito por los periódicos artísticos. La ejecución de la obra ocupó las horas francas de la noche que tenía Sharples durante un período de veinte años; y sólo fué al llevar la lámina al impresor cuando vió por primera vez una lámina grabada hecha por otro. Á esta obra de la laboriosidad y del genio, agregaremos otro rasgo, y este será doméstico. «Hace siete años que estoy casado, dice, y durante este tiempo, mi mayor placer, después que había concluído mi trabajo diario en la fundición, ha

sido tomar otra vez mi pincel ó mi buril, casi siempre hasta una hora avanzada de la noche, estando mi mujer sentada á mi lado leyéndome algún libro interesante: » testimonio sencillo, pero hermoso del completo buen sentido, como también de la verdadera rectitud de corazón de éste obrero interesante y meritorio.

La misma laboriosidad y aplicación que hemos hallado necesarias para poder alcanzar mérito en la pintura y en la escultura, se requieren igualmente en otra arte hermana: la música, siendo una la poesía de la forma y del color, y la otra, de los sonidos de la naturaleza. Händel era un trabajador infatigable y constante; nunca lo abatía la derrota, sino que por el contrario, parecía que cuanto más le hería la adversidad, tanto más aumentaba su energía. Cuando era presa de sus mortificaciones de deudor insolvente, no cejó ni por un momento, y en un año produjo su *Saúl*, *Isabel*, la música para la *Oda* de Dryden, sus *Doce Grandes Conciertos*, y la ópera *Júpiter en Argos*, que figuran entre sus mejores obras. Como dice de él su biógrafo: « Arrostró todo, y su sola individualidad, sin otra ayuda, ejecutó el trabajo de doce hombres. »

Hablando de su arte, decía Haydn: « Consiste en tomar un sujeto y trabajarlo. » « El trabajo, ha dicho Mozart, es mi mayor placer. » La máxima favorita de Beethoven era: « No han sido levantadas aún las barreras que puedan decir á los talentos y á la laboriosidad: De aquí no pasaréis. » Cuando Moscheles sometió á Beethoven su partitura para piano del *Fidelio*, encontró escrito éste último, al final de la última página: « *Finis, con la ayuda de Dios.* Inmediatamente escribió debajo Beethoven: « ¡Oh, hombre! ¡ayúdate! » Este era el lema de su vida artística. Juan Sebastián Bach dijo de sí mismo: *Yo era laborioso; todo aquel que sea igualmente aplicado, tendrá igual éxito.* Pero no hay duda alguna de que Bach había nacido con una pasión por la música, que constituía el resorte principal de su laboriosidad, y fué el verdadero secreto de su éxito. Cuando era muy joven aún, deseó su hermano mayor encaminar sus aptitudes hacia otra dirección, y destruyó una colección que había copiado á la luz de la luna el joven Sebastián, pues se le negaban velas, lo que prueba la fuerte inclinación natural del genio del niño. De Meyerbeer escribió Bayle lo siguiente desde Milán, en 1820: « Es hombre de algún talento, pero no es un genio; vive soli-

tario, trabajando quince horas diarias en la música.» Pasaron los años y el afanoso trabajo de Meyerbeer puso de manifiesto su genio, como lo demuestran su *Roberto*, *Los Hugonotes*, *El Profeta*, y otras obras, reconocidas entre las más grandes óperas que han sido producidas en la época moderna.

Aunque la composición musical no es un arte en que los ingleses se hayan distinguido hasta ahora, porque sus esfuerzos han tomado en su mayor parte otras direcciones más prácticas, no carecemos de ilustraciones nacionales que prueban el poder de la perseverancia en esta ocupación especial. Arne era hijo de un tapicero, y su padre quería que siguiese la abogacía; pero era tan grande su amor por la música, que no se le pudo impedir que se dedicara á ella. Mientras estaba empleado en el estudio de un abogado, eran muy limitados sus recursos, pero para satisfacer sus gustos, tenía la costumbre de pedir prestada una librea y se iba á la galería de la Ópera, que entonces estaba destinada para los sirvientes. Sin que su padre lo supiera hizo grandes progresos en el violín, y lo primero que supo éste acerca de ello, fué cuando casualmente estuvo de visita en casa de un vecino, y vió allí con gran sorpresa y consternación, que su hijo estaba tocando el principal instrumento con otros varios músicos. Este incidente decidió de la suerte de Arne. Su padre no hizo ya oposición á sus deseos; y el mundo perdió con ello un abogado, pero ganó un músico de mucho gusto y delicadeza de sentimiento, que agregó valiosas obras á nuestro repertorio de música inglesa.

La carrera del finado Guillermo Jackson, autor de *Israel libertada*, oratorio que ha sido ejecutado en las principales ciudades de su condado natal de York, nos proporciona un ejemplo interesante del triunfo de la perseverancia sobre las dificultades en la prosecución de la ciencia musical. Era hijo de un molinero de Masham, pequeño pueblo situado en el valle del Yore, en el ángulo noroeste de Yorkshire. Parece que su afición á la música fué hereditaria en la familia, pues su padre tocaba el pífano en la banda de los voluntarios de Masham, y era cantor de capilla en la parroquia. Su abuelo había sido también cantor y campanero en la iglesia de Masham, y uno de los primeros goces musicales del muchacho era ir á oír cuando tocaban las campanas los domingos por la mañana. Su admiración fué mayor aún durante el servicio, por la ejecución del organista en el gran órgano,

cuyas puertas traseras eran abiertas para que el sonido fuera por completo á la iglesia, con lo cual quedaba á la vista todo el instrumento; los tubos, las cajas de tambor, las cerraduras, el tablero de las notas, y los martinetes, para asombro de los muchachitos que estaban sentados en la galería de atrás, y para nadie mayor que para nuestro joven músico. A los ocho años de edad principió á tocar en el pífano de su padre, el cual sin embargo, no quería dar el *do;* pero su madre remedió la dificultad comprándole una flauta de una llave; y poco después le regaló un caballero de la vecindad una flauta con cuatro llaves de plata. Como el niño no hiciese progresos en sus *estudios de los libros*, porque le gustaba más el *cricket*, los pífanos y el pugilato, que sus lecciones de la escuela, — el maestro de escuela de la villa lo había dejado por ser *tarea inútil,* — le mandaron sus padres á una escuela en Pateley Bridge. Estando allí encontró su compañía de agrado en un club de cantores del coral en Brighthouse Gate, y aprendió con ellos el solfeo de la escala según el antiguo método inglés. De ese modo se ejercitó bien en leer la música, en la que muy luego estuvo adelantado. Sus adelantos sorprendieron al club, y regresó á su casa lleno de ambición artística. Púsose entonces á aprender á tocar en el piano viejo de su padre, pero con pocos resultados melódicos, y tenía ansia or conseguir un órgano de teclado, pero no tenía los medios de procurárselo. Por aquella época había comprado un sacristán de la vecindad por una suma insignificante, un pequeño órgano de manubrio descompuesto, que había viajado por los condados del norte con una compañía de titiriteros. El sacristán trató de hacer revivir las tocatas del instrumento, pero fracasó; por fin tuvo la idea de que sería bueno probar la habilidad del joven Jacksón, quien había podido hacer algunas alteraciones y mejoras en el órgano de teclado de la iglesia parroquial. Lo llevó, pues, en un carrito á casa del joven, y al poco tiempo estuvo compuesto el instrumento, y podía tocar sus viejas sonatas, con gran satisacción de su dueño.

Principió entonces á perseguir al joven la idea de que podría hacer un organillo de manubrio, y se resolvió á efectuarlo. Pusieron manos á la obra, él y su padre, y á pesar de no tener práctica en los trabajos de carpintería, consiguieron realizar su propósito después de trabajar mucho y de haber fracasado varias veces; ubedó construído un órgano que tocaba diez melodías bastante

bien, y el instrumento era mirado generalmente en el país como una maravilla. Ya se mandaba llamar frecuentemente al joven Jacksón para componer órganos de iglesia viejos, y para que pusiera nueva música á sus cilindros. Todo esto lo ejecutaba á entera satisfacción de los que le ocupaban, después de lo cual comenzó la construcción de un órgano de teclado de cuatro registros, adoptando á él las teclas de un clavicordio viejo. En este aprendió á tocarlo, estudiando por la noche el *Bajo Perfecto*, de Callcott, y trabajando en su negocio de molinero durante el día, viajando á pie algunas veces por el campo como « vendedor ambulante, » con un burro y un carrito. Durante el verano trabajaba en el campo, en las estaciones de los nabos, del heno, y de la cosecha, pero nunca estaba sin el solaz de la música en sus horas desocupadas de la noche. En seguida se ensayó en la composición musical, y doce de sus antífonas fueron mostradas al finado Camidge, de York, como *obra de un muchacho molinero de catorce años de edad.* Camidge estuvo satisfecho de ellas, marcó los pasajes que debían retocarse y los devolvió con una observación laudatoria que honraba al joven, diciendo que debía *continuar escribiendo.*

Habiéndose formado una banda de música municipal en Masham, se incorporó á ella el joven Jackson, y después fué nombrado director de ella. Tocaba alternativamente todos los instrumentos, y de ese modo adquirió bastante conocimiento práctico en el arte : compuso también numerosas piezas para la banda. Habiéndosele regalado un nuevo órgano de teclado á la iglesia parroquial, fué nombrado organista. En esta época abandonó su ocupación de oficial molinero, y principió á vender velas, empleando siempre sus horas francas en el estudio de la música. En 1839 publicó su primer antífona : *Dejad que de alegría canten los valles ;* y en el año siguiente ganó el primer premio del club de cantatas de Huddersfield, con su *Las hermanas de la llanura.* La otra antífona suya, *Que Dios nos sea misericordioso*, y el salmo 103, escrito para coro doble y orquesta, son harto conocidos. En medio de estos trabajos secundarios, continuaba Jacksón en la composición de su oratorio *Israel libertada.* Su costumbre era anotar un bosquejo de sus ideas conforme se presentaban á su espíritu, y escribirlas por la noche en orden, después que había dejado su trabajo en el almacén de velas. Su oratorio fué publicado por partes, en el transcurso

de 1844-45, y publicó su último coro el día que cumplía veinte y nueve años. La obra fué recibida con mucho aplauso, y ha sido ejecutada frecuentemente con extraordinario éxito en las ciudades del norte. El señor Jacksón se estableció como profesor de música en Bradford, donde contribuyó mucho á propagar el buen gusto musical de aquella ciudad y sus alrededores. Hace pocos años que tuvo el honor de dirigir su buena compañía de cantores del coral de Bradford en presencia de Su Majestad en el Palacio de Buckingham; en cuya ocasión, como también en el Palacio de Cristal, se ejecutaron con gran aplauso algunas de sus composiciones corales (1).

Tal es el ligero bosquejo de la carrera de un músico que se enseñó á sí mismo, y cuya vida proporciona otro ejemplo del poder de la *ayuda propia*, y de la fuerza del valor y de la laboriosidad para poner á un hombre en condiciones de vencer las primeras luchas y obstáculos que siempre son de un carácter bastante difícil por cierto.

(1) Durante la impresión de los anteriores pliegos de esta *edición corregida*, aparece en los periódicos el anuncio de la muerte del señor Jacksón á la edad de cincuenta años. Su última obra, terminada poco antes de su muerte, fué una cantata, titulada *El loor de la música*. Las noticias anteriores sobre los primeros años de su vida fueron comunicadas por el mismo Jacksón al autor hace algunos años, cuando aún tenía su negocio de venta de velas en Masham.

CAPITULO VII

LA INDUSTRIA Y LA NOBLEZA

> El que no se atreve á arriesgarse, á ganarlo ó á perderlo todo, ó teme demasiado su destino, ó son escasos sus méritos. EL MARQUÉS DE MONTROSE (1).
>
> Hará descender á los poderosos de sus asientos, y exaltará á los humildes. — SAN LUCAS (2).

Hemos hecho ya mención de algunos ilustres plebeyos que han subido desde humildes á elevadas posiciones por el poder de la aplicación y de la laboriosidad; y podríamos indicar del mismo modo á la nobleza, por los ejemplos igualmente instructivos que proporciona. Una de las razones por las cuales la nobleza de Inglaterra ha podido conservar su posición, se debe al hecho de que, al contrario de la nobleza de otros países, ha sido alimentada de tiempo en tiempo, con la mejor sangre industrial del país, el verdadero *hígado, corazón y cerebro de la Gran Bretaña*. Cual el Anteo de la fábula, ha sido vigorizada y renovada al tocar la tierra madre, y mezcládose, con la orden más antigua de la nobleza; la orden del trabajo.

(1) *Me either fears his too much,*
Or his deserts are small,
That dares not put it to the touch,
To gain or lose it all.
MARQUIS OF MONTROSE.

(2) *He hath put down the mighty from their seats; and exalted them of low degree.* — ST. LUKE.

La sangre de todos los hombres corre de fuentes igualmente remotas; y aunque algunos no pueden descubrir su línea ascendente más allá de sus abuelos, todos están justificados, sin embargo, poniendo al frente de su genealogía á los grandes progenitores de la raza, como lo hizo lord Chesterfield cuando escribió : ADÁN *de Stanhope*, EVA *de Stanhope*. Nunca una clase es largamente estacionaria. Los poderosos caen, y los humildes son enaltecidos. Nuevas familias ocupan el lugar de las antiguas, que desaparecen en las filas del pueblo común. Las *Vicisitudes de las familias* de Burke, ponen de manifiesto de una manera notable esta elevación y decadencia ó caída de las familias, y enseñan que los infortunios que alcanzan á los ricos y á los nobles son mayores en proporción que aquellos que agobian á los pobres. Este autor señala el hecho de que de los veinte y cinco barones elegidos para compeler la observancia de la Magna Carta, no hay ahora en la cámara de los pares ni un solo descendiente varón. Las guerras civiles y las rebeliones arruinaron á muchos de los de la antigua nobleza y dispersaron á sus familias. Con todo, hay muchos de sus descendientes que viven y se les encuentra en las filas del pueblo. Fuller escribió en sus *Worthies*, que *algunos que llevan con justicia los apellidos de Bohuns, Mortimer y Plantagenet, están ocultos en la masa común de los hombres*. Así demuestra Burke que dos de los descendientes en línea recta del conde de Kent, sexto hijo de Eduardo I, fueron descubiertos en un carnicero y en un cobrador de peaje; que el biznieto de Margarita Plantagenet, hija del duque de Clarence, descendió á la condición de zapatero de viejo en Newport, en Shropshire; y que entre los descendientes en línea directa del duque de Gloucester, hijo de Eduardo III, estaba el difunto sepulturero de San Jorge, Hanover Square. Se sabe que el descendiente directo de Simón de Montford, el primer barón de Inglaterra, es un talabartero de la calle Tooley. Uno de los descendientes de los *orgullosos Percy*, pretendiente del título de duque de Northumberland, era fabricante de baúles en Dublín; y no hace muchos años que uno de los pretendientes, también, del título de conde de Perth se presentó así mismo en la persona de un operario en una mina de carbón del Northumberland. Cuando Hugo Miller trabajaba de albañil cerca de Edimburgo, fué servido por un peón, que era uno de los numerosos cosolicitantes del condado de Crauford; lo único que faltaba para legalizar su

petición era un certificado de casamiento que no se encontraba; y mientras tanto seguía el trabajo, y se oía la voz que muchas veces al día era repetida desde lo alto de las paredes: *Juan, conde Crauford, traednos otro balde de argamasa.* Uno de los biznietos de Oliverio Cromwell era un almacenero de comestibles en Snow Hill, y otros de sus descendientes murieron en la mayor pobreza. Han perecido muchos barones de orgullosos nombres y títulos, como el perezoso sobre su árbol genealógico, después de haberse comido todas las hojas; mientras que otros han sido alcanzados por adversidades que no fueron capaces de reparar, y al fin cayeron en la pobreza y la obscuridad. Tales son las instabilidades del rango y de la fortuna.

La mayor parte de nuestra nobleza es relativamente moderna, por lo que respecta á títulos; pero no es menos noble por haber sido reclutada en tan gran cantidad entre las filas de la honroso industria. En tiempos pasados era una fuente prolífica de títulos de nobleza la riqueza y el comercio de Londres, sostenidos por hombres enérgicos y emprendedores. Así, pues, el condado de Cornwallis fué fundado por Tomás Cornwallis, comerciante de Cheapside; el de Essex, por Guillermo Capel, lencero; y el de Graven, por Guillermo Graven, comerciante y sastre. El actual conde de Warwick no desciende del *Hacedor de reyes*, sino de Guillermo Greville, comerciante de lanas; mientras que los actuales duques de Northumberland tienen su origen, no en los Percy, sino en Hugo Smithsón, respetable boticario de Londres. Los fundadores de las familias de Dartmouth, Radnor, Ducie y Pomfret, eran respectivamente un peletero, un fabricante de sedas, un sastre, y un comerciante de Calais; y los fundadores de los títulos de los pares de Tankerville, Dormer y Coventry, eran sederos. Los antecesores del conde Romney y lord Dudley y Ward, eran orífices y joyeros; y lord Dacres era banquero durante el reinado de Carlos I, como lord Overstone lo es en el de la reina Victoria. Eduardo Osborne, fundador del ducado de Leeds, fué aprendiz de Guillermo Hewett, rico fabricante de ropas en el Puente de Londres, cuya única hija salvó valerosamente de la muerte impidiendo que se ahogara, lanzándose al Támesis detrás de ella, y siendo su esposo después. Entre otras noblezas fundadas por el comercio están las de Fitzwilliam, Leigh, Petre, Cowper Darnley, Hill y Carringtón. Los fundadores de las casas de Foley y Normanby eran hombres notables

por muchos conceptos, y la historia de sus vidas es digna de conservarse, porque proporcionan notables ejemplos de la energía del carácter.

El padre de Ricardo Foley, fundador de la familia, era un pequeño arrendatario que vivía en las inmediaciones de Stourbridge en tiempo de Carlos I. Ese sitio era entonces el centro de la fabricación del hierro de los distritos centrales, y Ricardo fué criado trabajando en uno de los ramos del negocio; el de hacer clavos. Era, pues, un observador diario del gran trabajo y de la pérdida del tiempo causado por el procedimiento pesado adoptado entonces para dividir las varillas de hierro en la fábrica de clavos. Resultó que los fabricantes de clavos de Stourbridge perdían su comercio á consecuencia de la importación de clavos de Suecia, que se vendían de segunda mano en el mercado. Se supo que los suecos podían hacer sus clavos mucho más baratos, con el uso de herramientas para dividir el hierro y de maquinaria que inutilizaban por completo el laborioso procedimiento de preparar las varillas para hacer los clavos tal como se practicaba entonces en Inglaterra.

Habiéndose asegurado de esto Ricardo Foley, resolvió conocer bien el nuevo procedimiento. Desapareció de pronto de Stourbridge, y no se oyó hablar de él durante algunos años. Nadie sabía á donde había ido, ni su misma familia; pues no la había informado de sus propósitos, temeroso de fracasar. Poco ó ningún dinero tenía en el bosillo, pero consiguió llegar á Hull, donde encontró un buque que se dirigía á un puerto sueco, pagando con su trabajo el pasaje. El único artículo de propiedad que poseía era su violín, y una vez desembarcado en Suecia hizo su camino mendigando y tocando el violín hasta las minas de Dannemora, cerca de Upsala. Era un excelente músico, y también un compañero agradable, y pronto se hubo captado la simpatías de los trabajadores. Fué recibido en las obras, teniendo acceso á todas partes; y aprovechó la oportunidad que así se le ofrecía para conservar en su mente las observaciones, y conocer bien, según creía, el mecanismo de rajar el hierro. Después de haber permanecido por algún tiempo con este objeto, desapareció de pronto de entre sus bondadosos amigos los mineros; nadie sabía donde había ido.

De vuelta á Inglaterra, comunicó el resultado de sus viajes al señor Knight y á otra persona en Stourbridge, quienes tuvie-

ron suficiente confianza en él para adelantar los fondos suficientes con el fin de erigir edificios y maquinaria para rajar el hierro por el nuevo procedimiento. Pero cuando se quiso hacer trabajar la maquinaria, con gran enojo y contrariedad de todos, y especialmente de Ricardo Foley, no anduvo bien, ó por lo menos no rajaba las varillas de hierro. Foley desapareció otra vez. Creyóse que la vergüenza y la mortificación causadas por el fracaso le habían hecho que se fuera para siempre. Pero no era así. Foley estaba resuelto á conocer el secreto de rajar el hierro, y aun había de conseguirlo. Habíase dirigido de nuevo á Suecia, acompañado como antes de su violín, y llegó á las manufacturas de hierro, donde fué saludado cariñosamente por los mineros; y para estar seguros de su violinista, le alojaron esta vez en la misma fábrica de rajar el hierro. Había, al parecer, tan escasa inteligencia en el individuo, escepto en el arte de tocar el violín, que los mineros no abrigaron sospecha alguna respecto del propósito de su trovador, á quien por lo mismo proporcionaron ocasión y medios para realizar el verdadero fin y designio de su viaje. Examinó cuidadosamente la fábrica, y pronto descubrió la causa de su fracaso. Hizo dibujos ó diseños de la maquinaria lo mejor que pudo, aunque éste era un ramo de arte que le era completamente desconocido, y después de haber permanecido en el lugar el tiempo suficiente para comprobar sus observaciones, y para grabar en su espíritu clara y vívidamente el arreglo mecánico, abandonó otra vez á los mineros, llegó á un puerto sueco, y se embarcó para Inglaterra. Un hombre de semejante resolución no podía menos que alcanzar el éxito. Una vez que hubo regresado entre sus sorprendidos amigos, completó sus arreglos, y los resultados fueron completamente favorables. Con su habilidad y su laboriosidad puso muy luego los cimientos de una gran fortuna, al mismo tiempo que restauraba el comercio de un extenso distrito. Durante su vida continuó trabajando en el negocio, ayudando y estimulando toda obra de beneficencia en su país. Fundó y dotó una escuela en Stourbridge, y su hijo Tomás (gran bienhechor de Kidderminster) que era *Jerif* supremo de Worcestershire en la época de *The Rump*, fundó y dotó un asilo que aún existe, para la instrucción gratuita de niños en Old Swinford. Todos los primeros Foley eran puritanos. Parece que Ricardo Baxter tenía relación íntima con varios individuos de la familia, y alude

con frecuencia, á ellos en su *Vida y Tiempos*. Cuando Tomás Foley fué nombrado *Jerif* supremo del condado, pidió á Baxter que predicara ante él el sermón acostumbrado, y Baxter habla de él en su *Vida* como de un hombre « de una conducta tan justa é intachable, que todos los hombres con quienes había tenido que ver, ensalzaban su gran integridad y su honradez, que nadie ponía en duda. » La familia fué ennoblecida durante el reinado de Carlos II.

Guillermo Phipps, fundador de la familia Mulgrave ó Normanby, fué á su manera un hombre tan notable como Ricardo Foley. Su padre era armero, un robusto inglés establecido en Woolwich, en Maine, que entonces formaba parte de nuestras colonias inglesas de América. Nació en 1651, perteneciendo á una familia compuesta de veinte y seis hijos (de los cuales veinte eran varones,) y cuya única fortuna estaba en sus intrépidos corazones y robustos brazos. Parece que Guillermo hubiera tenido en sus venas una infusión de la sangre marina dinamarquesa, y no se avino con gusto á la vida tranquila de pastor en la que pasó sus primeros años. Atrevido y aventurero por naturaleza, ansiaba ser marino y correr el mundo. Trató de agregarse á un buque; pero no pudiendo encontrar uno, se puso de aprendiz con un constructor de buques, con quien aprendió perfectamente la profesión, y á leer y á escribir durante sus horas desocupadas. Habiendo terminado su aprendizaje y trasladádose á Boston, se casó con una viuda que tenía alguna fortuna, después de lo cual estableció un pequeño astillero para construír buques. Construyó uno, efectivamente, y, botándolo á la mar, se ocupó con él en el tráfico de maderas, que llevó adelante de un modo constante y laborioso por espacio de unos diez años.

Sucedió que un día que andaba por las tortuosas calles de la antigua Boston, oyó á unos marineros una conversación sobre un naufragio ocurrido recientemente frente à las Bahamas; el de un buque español, del cual se creía que tenía mucho dinero á bordo. En el acto se despertó su espíritu aventurero, y reuniendo sin pérdida de tiempo una tripulación á propósito, se hizo á la vela para las Bahamas. Estando el buque naufragado cerca de la costa, lo encontró fácilmente, y consiguió recobrar una gran parte del cargamento, pero muy poco dinero; y el resultado fué que apenas cubrió sus gastos. Sin embargo, su éxito había sido

tal, que estimuló su espíritu emprendedor, y cuando supo que otro buque con mejor cargamento había naufragado más lejos, cerca del puerto de la Plata, hacía más de medio siglo, formó desde luego la resolución de levantar el buque naufragado, ó por lo menos sacarle su tesoro.

Siendo demasiado pobre, sin embargo, para emprender una empresa semejante sin una ayuda poderosa, se hizo á la vela para Inglaterra con la esperanza de que podría obtenerla allí. La fama de su éxito al haber sacado el buque naufragado cerca de las Bahamas lo había precedido. Acudió directamente al gobierno. Con su entusiasmo importuno, consiguió vencer la inercia propia de los espíritus oficiales; y Carlos II, puso á su disposición la *Rose Algier*, buque de diez y ocho cañones y noventa y cinco hombres, nombrándole para el mando en jefe.

Phipps se dió á la vela para encontrar el buque español y lograr el tesoro. Llegó bien á la costa de la Española; pero la gran dificultad consistía en encontrar el buque que estaba en el fondo del mar. Hacía más de cincuenta años que había acontecido el naufragio; y Phipps sólo conocía los rumores tradicionales del acontecimiento sobre los cuales poder basar sus trabajos. Había una gran costa que explorar, y un extenso océano, sin señal alguna del buque que estaba en su fondo. Pero el hombre era de corazón intrépido, y lleno de esperanza. Puso á sus marinos á dragar á lo largo de la costa, y durante semanas enteras estuvieron pescando algas marinas, ripias, y pedazos de roca. Ninguna ocupación podía ser más cansada para los marineros, y principiaron á quejarse entre sí, y á murmurar de que el individuo que los mandaba les había llevado para hacer el oficio de tontos.

Finalmente se sobrepusieron los murmuradores, y la tripulación se amotinó abiertamente. Un grupo de ellos se abalanzó un día sobre el alcázar, y pidieron que se abandonara el viaje. No era Phipps, sin embargo, hombre que se dejara intimidar; aprisionó á los cabecillas, y envió á los otros á sus quehaceres. Hízose necesario poner el buque al ancla cerca de un islote para hacerle algunas composturas; y, para aligerarlo fué llevada á tierra la principal parte de los abastecimientos. Aumentando el descontento en la tripulación, formóse una nueva conspiración entre los marineros de tierra para apoderarse del buque, arrojar á la mar á Phipps, y lanzarse á un crucero de piratas contra los

españoles en los mares del Sud. Pero era necesario asegurarse de los servicios del carpintero principal de abordo, á quien en consecuencia se le comunicó privadamente la conspiración. Este individuo se mostró fiel, y en el acto comunicó su peligro al capitán. Reuniendo á su alrededor aquellos que sabía que eran leales, hizo cargar Phipps los cañones que dominaban la costa y ordenó que se levantara el puente que comunicaba con el buque. Cuando se presentaron los amotinados, el capitán les gritó, diciéndoles que haría fuego sobre ellos si se aproximaban á los abastecimientos que aún estaban en tierra; retirándose entonces los amotinados, en seguida de esto volvió Phipps á ordenar que fuesen llevados á bordo los víveres y provisiones resguardados por el fuego de los cañones. Temerosos los amotinados de ser abandonados en la isla árida y desierta, depusieron las armas é imploraron que se les permitiera volver á sus puestos. La solicitud fué concedida, y se tomaron las medidas convenientes para evitar ulteriores daños. Sin embargo, Phipps aprovechó la primera oportunidad para dejar en tierra la parte amotinada de la tripulación, y ocupó otros marineros en su lugar; pero, hacia el tiempo en que podía volver á emprender activamente sus exploraciones, se encontró que le era absolutamente necesario regresar á Inglaterra para hacer reparaciones en el buque. Ya había adquirido, sin embargo, informes más precisos respecto del sitio en que había naufragado el galeón español, y aunque burlado hasta entonces, tenía más confianza que nunca en el éxito seguro de su empresa.

De regreso á Londres, dió cuenta Phipps al Almirantazgo del resultado de su viaje, y se manifestó satisfecho con sus esfuerzos; pero no había tenido éxito, y no quisieron confiarle otro buque del rey. Jacobo II reinaba y el gobierno se hallaba en apuros; así es que Phipps y su proyecto de oro acudieron en vano á ellos. En seguida trató de levantar los recursos necesarios por subscripción pública. Al principio se rieron de él; pero su incesante importunidad prevaleció al fin, y después de haber estado trasegando su proyecto durante cuatro años en los oídos de los grandes é influyentes — durante cuyo tiempo vivía en la pobreza — salió bien de su empeño por fin. Formóse una compañía de veinte acciones, habiendo tomado el mayor interés en ello el duque de Albermale, hijo del general Monke, que suscribió la mayor parte de los fondos necesarios para la prosecución de la empresa.

Lo mismo que Foley, fué más afortunado Phipps en su segundo viaje que en el primero. El buque llegó sin accidente al Puerto de la Plata, en las inmediaciones de los arrecifes y rocas en que se creía que había tenido lugar el naufragio. Su primer acto fué construír un sólido bote capaz de llevar ocho ó diez remos, en cuya construcción solía usar la azuela el mismo Phipps. Dícese también que construyó una máquina con objeto de explorar el fondo del mar, algo parecida á la que ahora es conocida por la campana de buzo. De una máquina semejante se había hecho mención en los libros, pero Phipps sabía muy poco de libros, y puede decirse que de nuevo inventó el aparato para su propio uso. Ocupó también á buzos indios, cuyas hazañas en zabullir en busca de perlas, y en maniobras submarinas, eran notabilísimas. Habiendo sido llevados al arrecife el patache y el bote, se puso al trabajo á los hombres, fué sumergida la campana de buzo, y durante muchas semanas fueron empleados continuamente diversos modos de dragar el fondo del mar, pero sin ninguna probabilidad de éxito. Phipps, sin embargo, se sostenía valerosamente, esperanzado casi contra la esperanza. Un día por fin, en que un marino miraba por encima de la borda del bote en el agua clara, observó una planta marina curiosa que crecía de entre lo que parecía ser una hendidura de la roca, y llamando á un buzo indio le pidió que descendiera y se la trajera. Al volver con el alga el indio, informó que en el mismo lugar estaban varios cañones de buque. La noticia fué recibida al principio con incredulidad, pero resultó ser exacta después de hacerse otras pesquizas. Se hicieron buscas y de pronto apareció un buzo con una barra sólida de plata en brazos. Cuando se le mostró á Phipps, exclamó : *¡ Gracias á Dios! ¡ todos somos ya hombres!* Se pusieron á trabajar las campanas, los buzos y los zabullidores con ardor, y en pocos días sacaron un tesoro por valor de unas trescientas mil libras esterlinas, con el cual regresó Phipps á Inglaterra. Á su llegada se insistía con el rey para que se apoderase del buque y del cargamento, bajo protexto de que Phipps, no había dado un informe exacto respecto del negocio cuando solicitó el permiso de Su Majestad. Pero el rey contestó que sabía que Phipps era hombre honrado, que él y sus amigos debían repartirse entre sí todo el tesoro, aunque hubieran vuelto con doble cantidad. La parte de Phipps fué como de veinte y dos mil libras esterlinas, y el rey, para manifestar su aproba-

ción por su energía y honradez en la dirección de la empresa, le confirió el honor de la caballería. Fué nombrado también *Jerif* supremo de Nueva Inglaterra, y durante el tiempo que ocupó el empleo, prestó buenos servicios á la madre patria y á las colonias contra los franceses, haciendo expediciones contra Port Royal y Quebec. También desempeñó el puesto de Gobernador de Massachusetts, de donde regresó á Inglaterra, y murió en Londres en 1695.

En toda la última parte de su vida no se avergonzaba Phipps de mencionar lo humilde de su origen, y para él era tema de honroso orgullo el haber subido desde la condición de carpintero de buque hasta los honores de la caballería y el gobierno de una provincia. Cuando se hallaba perplejo en los asuntos públicos, solía declarar que le sería más fácil volver á manejar su hacha de carpintero. Dejó tras sí la reputación de haber sido probo, honrado y valiente, lo que no es por cierto el legado menos noble de la casa de Normanby.

Guillermo Petty, fundador de la casa de Lansdowne, era un hombre de igual energía y utilidad pública en su tiempo. Hijo de un pañero de condición modesta, de Romsey, Hampshire, donde nació en 1623, en su niñez recibió una educación regular en la escuela primaria de su pueblo natal; después de esto se propuso adelantar estudiando en la universidad de Caen, en Normandía. Estando allí se mantuvo sin la ayuda de su padre, ocupándose en un pequeño negocio de vendedor ambulante con « un pequeño capital de mercaderías. » Habiendo regresado á Inglaterra, se contrató de aprendiz con un capitán que hacía la navegación de altura, quien le « armó caballero con el extremo de una cuerda », por lo malo de su vista. Abandonó la marina con disgusto, entregándose al estudio de la medicina. Mientras estuvo en París se dedicó á la anatomía, al mismo tiempo que diseñaba diagramas para Hobbes, quien escribía entonces su tratado de óptica. Se vió reducido á tal pobreza, que se alimentó durante dos ó tres semanas únicamente con nueces. Pero volvió á traficar en pequeño, ganando un honrado penique, y poco después pudo regresar á Inglaterra con algún dinero en el bolsillo. Teniendo disposición natural por la mecánica, le encontramos sacando privilegio por una máquina de copiar cartas. Principió á escribir sobre artes y ciencias, y cultivó la química y la física con tal éxito, que muy pronto llegó á ser grande su reputación.

En sociedad con hombres de ciencia, discutióse el proyecto de formar una sociedad para su cultivo, y las primeras asambleas de la naciente sociedad Real tuvieron lugar en su habitación. En Oxford ocupó algún tiempo el puesto de sustituto del profesor de anatomía, que tenía gran repugnancia á la disección. En 1652 fué recompensada su laboriosidad con el nombramiento de médico del ejército, en Irlanda, á donde marchó; y mientras estuvo allí fué el médico de tres lordtenientes; Lamberl, Fleetwood y Enrique Cromwell sucesivamente. Habiéndoles sido otorgadas grandes concesiones de tierras confiscadas á los soldados puritanos, observó Petty que las tierras eran medidas muy incorrectamente; y en medio de sus muchas ocupaciones se hizo cargo de hacer la medición por sí mismo. Sus cargos fueron tan numerosos y lucrativos que los envidiosos le acusaron de corrupción, y se los quitaron todos; pero recobró el favor durante la restauración.

Petty era un infatigable inventor y organizador de la industria. Uno de sus inventos fué un buque de doble fondo, para navegar contra viento y marea. Publicó tratados sobre el arte de teñir, sobre filosofía naval, sobre la fabricación de géneros de algodón, sobre aritmética, política, y sobre otras muchas materias. Estableció fundiciones de hierro, abrió minas de plomo, y principió una pesquería de sardinas y arenques, y un negocio de maderas ; en medio de todo esto encontraba tiempo para tomar parte en las discusiones de la sociedad Real, á la que contribuía considerablemente. Dejó una gran fortuna á sus hijos, el mayor de los cuales fué creado barón Shelburne. Su testamento es un documento curioso, que claramente demuestra su carácter; conteniendo un detalle de los principales acontecimientos de su vida, y el adelanto gradual de su fortuna. Sus sentimientos respecto al pauperismo son característicos: « Por lo que hace á legados para los pobres, dice, estoy en la incertidumbre; por lo que hace á los mendigos de oficio y por elección propia, no les doy nada; en lo que respecta á los imposibilitados por la mano de Dios, el público es quien debe mantenerlos ; en cuanto á aquellos que han sido criados sin oficio ni beneficio, deben ser puestos á cargo de sus parientes; »... « por lo que estoy satisfecho de haber ayudado á todos mis parientes pobres, y haber puesto á muchos en camino de ganar su pan, he trabajado en obras públicas; y por medio de inventos

he hallado verdaderos objetos de caridad; por eso conjuro á todos los que participen de mi fortuna, que de tiempo en tiempo hagan lo mismo á riesgo suyo. Sin embargo, de conformidad con una costumbre y para ponerme del lado más seguro, doy veinte libras á los más necesitados de la parroquia en que muero.» Fué enterrado en la bella y antigua iglesia normanda de Romsey — pueblo en que había nacido, hijo de un pobre — y en el lado sud del coro se ve aún una losa sencilla, con la inscripción grabada por algún operario iliterato que dice: *Aquí Yase sir Guillermo Petty.*

Otra familia, ennoblecida en nuestros días por las invenciones y el comercio, es la de Strutt de Belper. Su diploma de nobleza fué asegurado por Jedediah Strutt, en 1758, cuando inventó su máquina para hacer medias sin costuras, y con ello puso los cimientos de una fortuna que los herederos del nombre han aumentado grandemente y han empleado noblemente. El padre de Jedediah era labrador y preparador de cebada para hacer la cerveza; hizo muy poco por la educación de sus hijos; pero sin embargo, todos adelantaron. Jedediah era el hijo segundo, y cuando niño, ayudaba á su padre en el trabajo de la alquería. Desde edad temprana manifestó su gusto por la mecánica, é introdujo varias mejoras en las toscas herramientas de agricultura de la época. Á la muerte de su tío le sucedió en una alquería en Blarkwall, cerca de Normanton, que hacía mucho tiempo estaba arrendada por la familia, y poco después se casó con la señorita Wollatt, hija de un mediero de Derby. Habiendo sabido por su cuñado que habían sido hechos varios ensayos infructuosos para hacer medias sin costuras, se puso á estudiar el asunto con la mira de efectuar lo que otros no habían podido realizar. En consecuencia se proporcionó un telar de medias, y después de haber comprendido bien su manejo y modo de acción, comenzó á introducir nuevas combinaciones, por cuyo medio consiguió efectuar el trabajo de la presilla simple del telar, y de ese modo pudo producir medias *sin costuras*. Habiendo obtenido privilegio por su máquina perfeccionada, se trasladó á Derby, y allí comenzó en grande escala la fabricación de medias sin costuras, en la que obtuvo gran éxito. Después se unió á Arkwright, habiéndose asegurado completamente del mérito de su invención, y halló los medios de conseguir el privilegio como así mismo de levantar una gran fábrica de tejidos de algodón en Cranford,

en Derbyshire. Después de espirado el término de la sociedad con Arkright, fundaron los Strutts grandes fábricas de algodón en Milford, cerca de Belper, que tan dignamente da título al jefe actual de la familia. Los hijos del fundador, eran, al igual que su padre, distinguidos por sus aptitudes mecánicas. Dícese de Guillermo Strutt, el mayor, que inventó una *juanilla* de hilar automática, que no pudo tener éxito únicamente porque la habilidad mecánica de ese tiempo era inferior á su fábrica. Eduardo, hijo de Guillermo, era un hombre de eminente genio mecánico, habiendo descubierto, cuando joven, el principio de las ruedas de suspensión para los carruajes : hizo construír dos carretillas de mano y un carro sobre ese principio, y los hacía usar en su alquería de Belper. Podemos agregar que los Strutts se han distinguido siempre por el noble empleo de la riqueza que su laboriosidad y habilidad les han proporcionado; que por todos los medios han tratado de mejorar la condición moral y social de los obreros que ocupaban ; y que han sido generosos donantes en toda buena causa, y el presente hecho por José Strutt, del hermoso parque de Arboretum en Deroy, como regalo á perpetuidad á favor del pueblo, es tan solo uno de sus muchos actos de generosidad. Las últimas palabras con que terminaba el breve discurso que pronunció al presentar este valioso regalo, merecen ser transcritas y recordadas: « Como el sol ha alumbrado sobre toda mi vida brillantemente, sería ingrato en mí no emplear parte de la fortuna que poseo en adelantar el bienestar de aquellos entre quienes vivo, y con cuya laboriosidad he sido ayudado en su organización. »

No menos laboriosidad y energía han sido desplegadas por los muchos hombres valerosos, tanto del presente como del pasado, que han ganado su título de nobleza con su valor ya en tierra ya en el mar. Sin mencionar los antiguos lores feudales, cuya tenencia dependía del servicio militar, y que tan amenudo conducían la vanguardía de los ejércitos ingleses en las grandes contiendas nacionales, podemos señalar á Nelson, San Vincent, y Lyons; á Wéllington, Hill, Hardinge, Clyde, y muchos otros de la época moderna, que han ganado noblemente sus títulos con sus distinguidos servicios. Pero la perseverante laboriosidad ha facilitado más á menudo camino á la nobleza por medio de la prosecución honrosa en la profesión de las leyes, que cualquier otra. Setenta pares británicos, cuando menos, incluyendo

dos ducados, han sido fundados por abogados afortunados. Es verdad que Mansfield y Erskine eran de familia noble, pero éste último acostumbraba dar gracias á Dios de que su familia no había contado ningún lord. (1) Los demás han sido en su mayor parte hijos de abogados, almaceneros, sacerdotes, comerciantes, y miembros muy estudiosos de la clase media. De esta profesión han salido los pares Howard y Cavendish, habiendo sido jueces los primeros pares de ambas familias; los de Aylesford, Ellenborough, Guildford, Shaftesbury, Rosslyn ; y otros más próximos á nuestra época, tales como Tenterden, Eldon, Brougham, Denman, Truro, Lyndhurst, Saint Leonards, Granworth, Campbell, y Chelmsford.

El padre de lord Lyndhurst era pintor de retratos ; y el de Saint Leonards perfumista y peluquero de la calle Burlington. El joven Eduardo Sugden fué mandadero en el estudio del finado señor Groom, de la calle Enriqueta, plaza de Cavendish, un escribano de traspaso inscrito, y allí fué donde adquirió sus primeras nociones de abogacía el futuro lord canciller de Irlanda. El orígen del finado lord Tenterden fué quizá el más humilde de todos, pero tampoco se avergonzaba de ello ; porque sentía que la laboriosidad, el estudio y la aplicación, por medio de los cuales había alcanzado su eminente posición, los debía en absoluto á sí mismo. Se refiere de él que en una ocasión condujo á su hijo Carlos á un pequeño soportal, que entonces estaba frente al lado oeste de la catedral de Canterbury, y señalándoselo le dijo : « Carlos, mira esta pequeña tienda, te he traído á propósito para enseñártela. En esa tienda acostumbraba afeitar tu abuelo por un penique : esa es la reflexión más orgullosa de mi vida. » Cuando niño, era lord Tenterden cantor en la catedral, y es curioso recordar que su destino en la vida fuese cambiado por un contratiempo. Cuando él y el juez Richards iban juntos una vez al tribunal, entraron en la catedral á oír el servicio;

(1) Nada debía Mansfleld á su noble familia, que era pobre y sin influencia alguna. Su éxito fué merecido y legítimo resultado de los medios que empleó activamente para conseguirlo. Siendo niño cabalgó en un petizo desde Escocia hasta Londres, empleando dos meses en el viaje. Después de un curso en la escuela y otro en el colegio, entró en la abogacía, y terminó una carrera de trabajo, paciente é incesante como lord juez principal de Inglaterra, cuyas funciones reconocen todos que las llenó con habilidad, justicia, y honor no superados.

y al elogiar Richards la voz de un hombre que cantaba en el coro, dijo lord Tenterden: « ¡ Ah! ¡ ese es el único hombre á quien más he envidiado! ¡ Cuando estaba en la escuela de este pueblo, éramos candidatos para un puesto de corista, y él lo consiguió! »

No menos notable fué la elevación al mismo empleo distinguido de lord juez principal, del áspero Kenyon y del robusto Ellenborough; ni fué un nombre menos notable el que últimamente ocupaba ese mismo empleo; el astuto lord Campbell, exlord canciller de Inglaterra, hijo de un sacerdote parroquial en Fifeshire. Durante muchos años trabajó mucho como *reporter* de la prensa, mientras se preparaba activamente para la práctica de su profesión. Se dice de él, que al principio de su carrera tenía la costumbre de ir á pie de una cabecera de condado á otra, cuando había sesiones en los tribunales, siendo demasiado pobre para costearse la diligencia. Pero paso á paso se levantó lentamente y de un modo seguro á esa eminente distinción que siempre sigue á una carrera de laboriosidad proseguida honrosa y enérgicamente, en la profesión de abogado, como en cualquier otra.

Ha habido otros ejemplos ilustres de lores cancilleres que han subido trabajosamente la escarpada altura de la fama y de los honores con igual energía y éxito. La carrera del finado lord Eldon es quizá uno de los ejemplos más notables. Era hijo de un acomodador de carbón en Newcastle, muchacho travieso más bien que estudioso; poco asíduo á la escuela, y azotado muchas veces, porque el robo en las huertas era una de las ocupaciones favoritas del futuro lord canciller. Primero pensó su padre colocarle como aprendiz en algún almacén, y después casi se había resuelto á llevarle consigo en su misma ocupación de acomodador de carbón. Pero por este tiempo escribió á su padre su hijo mayor Guillermo (después lord Stowel), que había ganado una beca en Oxford, diciéndole: « Mandadme á Juanucho; puedo hacer algo mejor para él. » De acuerdo con esto fué enviado Juan á Oxford, donde, con la influencia de su hermano y su propia aplicación, consiguió obtener una beca. Pero estando en su casa durante las vacaciones, fué tan desgraciado — ó más bien tan afortunado, como lo probaron los resultados — que se enamoró; y huyendo al otro lado de la frontera con su novia, es casó, y, según lo creían sus amigos, se perdió para toda la vida.

No tenía ni casa ni hogar cuando se casó, y aun no había ganado un penique. Perdió su beca, y al mismo tiempo se le cerró el acceso á todo ascenso en la Iglesia, á la cual había sido destinado. Dirigió, pues, su atención al estudio de la abogacía. Escribió á un amigo: « Me he casado precipitadamente; pero tengo el firme propósito de trabajar con ardor para proveer á la mujer que amo. »

Juan Scott llegó á Londres, y tomó una casita en Cursitor Lane, donde se estableció para el estudio del derecho. Trabajó con gran actividad y resolución; levantándose á las cuatro todas las mañanas y estudiando hasta las altas horas de la noche, atándose una toalla humedecida alrededor de su cabeza para no dormirse. Demasiado pobre para estudiar con un abogado especial, copió tres volúmenes en folio de una colección de precedentes manuscritos. Mucho después, cuando era lord canciller, pasando un día por Cursitor Lane, dijo á su secretario: « Aquí estaba mi primera alcándara; recuerdo haber bajado muchas veces por esta calle con seis peniques en la mano para mi cena. » Cuando al fin fué admitido en el foro, tuvo que esperar mucho tiempo antes de lograr ocupación. Las ganancias de su primer año ascendieron á nueve chelines únicamente. Durante cuatro años asistió asiduamente á los tribunales de Londres y el distrito del Norte, con éxito muy escaso. Hasta en su pueblo natal, rara vez tenía otra causa que defender más que de pobres de solemnidad. En verdad, eran tan desconsoladores los resultados, que ya casi se había resuelto á abandonar su suerte en Londres, y establecerse en algún pueblo de provincia como abogado del campo. Su hermano Guillermo escribió á su casa: *¡ Los negocios están muy tristes para el pobre Juanucho, realmente tristes!* Pero conforme se había escapado de ser almacenero, acomodador de carbón, y párroco campestre, así se escapó también de ser abogado del campo.

Al fin se presentó una oportunidad que permitió á Juan Scott exhibir el gran conocimiento del derecho que había adquirido tan laboriosamente. En un asunto en que estaba empeñado, provocó un punto legal contra los deseos del procurador y del cliente que lo ocupaba. Decidió contra él el *Master of the Rolls* (1) pero en la apelación ante la cámara de los pares, lord Thurlow revocó

1 La segunda dignidad judicial de Inglaterra.

la sentencia sobre el mismo punto promovido por Scott. Al salir de la cámara ese día, le tocó en la espalda un abogado y le dijo : « Joven, el pan y la manteca os está cortado ya para toda la vida. » Y la profecía resultó cierta. Lord Mansfield tenía la costumbre de decir que no había conocido un intervalo entre ningún negocio y tres mil libras esterlinas al año, y Scott ha podido decir lo mismo; porque su progreso fué tan rápido, que en 1783, cuando sólo tenía treinta y dos años, fué nombrado abogado del Rey, estaba á la cabeza del distrito Norte, y se sentaba en el parlamento por la ciudad de Woobley. El triste, pero imprescindible trabajo para ganar el pan al principio de su carrera, fué lo que puso los cimientos de su éxito posterior. Ganó sus espuelas con la perseverancia, el saber, y la habilidad cultivados diligentemente. Fué nombrado sucesivamente para los empleos de agente y de procurador general, y se elevó firmemente hasta el más alto puesto que puede conceder la Corona; el de lord canciller de Inglaterra, que ocupó durante un cuarto de siglo.

Enrique Bickersteth era hijo de un cirujano de Kirkby Lonsdale, en Westmoreland, y fué educado para esa misma profesión. En Edimburgo se distinguió como estudiante por la firmeza con que trabajaba, y la aplicación que consagraba á la ciencia de la medicina. De regreso á Kirkby Lonsdale, tomó una parte activa en la práctica de su padre; pero no tenía afición á esa carrera y se puso descontento con la obscuridad de un pueblo de campo. Sin embargo, continuó estudiando activamente y se dedicó á las teorías de los ramos más elevados de la fisiología. De conformidad con su deseo, consintió su padre en enviarle á Cambridge, donde según su intención, quería graduarse como médico con el propósito de ejercer su profesión en la metrópoli. Una aplicación excesiva á sus estudios le perjudicó en su salud; sin embargo, y teniendo en vista restablecer sus fuerzas, aceptó el nombramiento de médico de lord Oxford. Estando en el continente aprendió el italiano, y adquirió una gran admiración por la literatura italiana, pero no mayor simpatía por la medicina, de la que había tenido antes. Por el contrario, resolvió abandonarla, pero regresando á Cambridge, se graduó; y que trabajó con ardor se puede inferir del hecho que fué el laureado de aquel año. Contrariado en su deseo de entrar en el ejército, se dedicó al foro, y entró como estudiante en el « Inner Temple. » Trabajó en el estudio del derecho

con tanto ardor como lo había hecho con la medicina. Escribiéndole á su padre, le decía: « Todos me dicen: Podéis estar seguro de que al fin tendréis éxito, perseverad tan solamente; y aunque no comprendo bien cómo ha de acontecer esto, trato de creerlo tanto como puedo, y no dejaré de hacer todo lo que esté en mis facultades. » Á los veinte y ocho años fué admitido en el foro, y aun tenía que andar todos los pasos de la vida. Sus recursos eran limitados, y vivía á cargo de sus amigos. Durante varios años estudió y esperó. Con todo, no llegaban los asuntos. Cercenaba sus gastos de recreaciones, ropas, y hasta de las cosas más necesarias para la vida; siguiendo luchando infatigablemente á través de todo. Escribiendo á su casa, « confesaba que apenas sabía como podría luchar hasta que tuviera una buena época y oportunidad para establerse. » Después de esperar tres años, sin tener aún éxito alguno, escribió á sus amigos que antes de continuar siendo una carga para ellos, estaba dispuesto á abandonar el asunto y regresar á Cambridge, « donde estaba seguro de la manutención y alguna ganancia. » Los amigos le enviaron otra pequeña remesa, y él perseveró. Los asuntos comenzaron gradualmente. Habiendo desempeñado con crédito asuntos pequeños, le fueron confiados algunos de más importancia. Era hombre que nunca desperdiciaba una oportunidad, y no dejaba que se le escapara ninguna ocasión legítima de adelantar. Su inquebrantable laboriosidad principió á hacerse sentir en la fortuna; unos cuantos años más, y ya no solamente podía pasarlo sin ayuda de su casa, sino que estuvo en aptitud de pagar con intereses las deudas que había contraído. Las nubes se habían disipado, y la carrera ulterior de Enrique Bickersteth fué de honra, de lucro y de distinguida celebridad. Terminó su carrera como *Master of the Rolls*, teniendo asiento en la cámara de los pares como barón Langdale. Su vida es un ilustre ejemplo del poder de la paciencia, la perseverancia y el trabajo concienzudo, al elevar el carácter del individuo, y coronar sus trabajos con el éxito más completo.

Tales son algunos de los hombres distinguidos que han abierto su camino honrosamente hasta la más elevada posición, que han ganado las más valiosas recompensas de su profesión por medio del ejercicio diligente de cualidades en muchos conceptos de un carácter común, pero convertidas en potentes por la fuerza de la aplicación y de la laboriosidad.

CAPITULO VIII

LA INERCIA Y EL VALOR

Para un corazón valeroso, nada hay imposible. — JACQUES CŒUR (1).

El mundo es del valiente. — *Proverbio alemán* (2).

En toda obra que principiaba... lo hacía con todo corazón, y prosperaba. — 2 *Crónicas*, XXXI, 21 (3).

Recuerda un célebre discurso de un antiguo normando, que caracteriza por completo al teutón: « No creo ni en ídolos ni en demonios, dice, pongo mi única confianza en mi propia fuerza del cuerpo y del alma. » El antiguo crestón de un pico, con el lema de : *O encuentro camino ó me abro uno*, era una expresión de la misma independencia robusta que hasta nuestros días distingue á los descendientes de los hombres del norte. Nada podría ser, en realidad, más característico de la mitología escandinava, que el tener un dios con un martillo. El carácter de un hombre se conoce en las pequeñeces, en los detalles, y hasta de una prueba tan insignificante como lo es el modo como un hombre maneja un martillo, puede inferirse, hasta cierto punto, la clase de energía que tiene. De esa manera determinó un francés eminente con una sola frase la cualidad característica

(1) *A cœur vaillant rien d'impossible.* — JACQUES CŒUR.
(2) *Den Muthingen gehört die Welt.* GERMAN PROVERB.
(3) In every work that he began... he did it with all his heart and prospered. 2 CHRON. XXXI, 21.

de los habitantes de un distrito particular, en donde un amigo suyo se proponía establecerse y comprar terrenos. « Guardaos, le dijo, de hacer allí compra alguna; conozco á los hombres de ese departamento, los discípulos que nos vienen de allí para la escuela de veterinaria de París *no dan golpes recios sobre el yunque;* carecen de energía, y no conseguiréis un interés conveniente por el capital que invertáis allí. » Una sagaz y justa apreciación del carácter, acusaba al observador atento; y sorprendente ejemplo era del hecho, de que es la energía de los hombres individualmente lo que da fuerza al Estado y valor hasta á la misma tierra que cultiva. Como lo dice el proverbio francés: *Tant vaut l'homme, tant vaut sa terre* (1).

El cultivo de esta cualidad es de la mayor importancia, porque la determinación resuelta en la prosecución de dignos objetivos es el fundamento de toda verdadera grandeza de carácter. La energía pone al hombre en estado de abrirse paso á través de las faenas cansadas y de los detalles áridos, y le lleva adelante y hacia arriba en todo puesto en la vida. Realiza más que el genio, con menos de la mitad de contrariedades y peligros. No es tanto un talento eminente lo que se requiere para asegurar el éxito en cualquier empeño, cuanto un propósito firme; no solamente el poder de realizar, sino la voluntad de trabajar enérgica y perseverantemente. De ahí que la energía de la voluntad pueda ser definida como el verdadero poder central del carácter del hombre; en una palabra, *es el hombre mismo.* Da impulso á todos sus actos, y alma á todos sus esfuerzos. La verdadera esperanza está basada sobre ella; y la esperanza es la que da el verdadero perfume á la vida. En la abadía de Battle hay un bello lema heráldico sobre un yelmo quebrado : *L'espoir est ma force* (2), que podría ser la divisa de la vida de todo hombre. *¡Guay de aquel que es pusilánime!* dice el hijo de Sirach. En verdad, no hay favor del cielo que iguale á la posesión de un corazón animoso. Aun cuando un hombre falle en sus esfuerzos, será para él una satisfacción tener la conciencia de haber hecho todo cuanto ha podido. Nada puede alentar tanto ni ser más hermoso en la vida humilde, que ver á un hombre que combate al sufrimiento con la paciencia, triunfando en su inte-

(1) *Lo que vale el hombre, vale su tierra.*
(2) *La esperanza es mi fuerza.*

gridad, y que, cuando sus pies están sangrando y sus piernas flaquean, sigue andando aún, apoyado en su valor.

Los meros deseos y anhelos no engendran más que una especie de enfermedad fuera de razón en los espíritus jóvenes, á no ser que prontamente se les dé cuerpo en la acción y en el hecho. Limitarse únicamente á esperar, no puede ser provechoso, como lo hacen tantos, *hasta que llegue Blucher*, sino que deben seguir luchando y perseverar al mismo tiempo, como hizo Wéllington. Una vez formado el buen propósito, debe llevarse adelante con prontitud y sin desviarse. En la mayor parte de las situaciones de la vida, deben soportarse alegremente las faenas fastidiosas y las fatigas como la disciplina mejor y más saludable. « En la vida, dijo Ary Scheffer, nada produce frutos sin el trabajo del espíritu ó del cuerpo. Esforzarse, y seguir esforzándose, tal es la vida; y en este concepto he cumplido con la mía; pero me atrevo á decir, con legítimo orgullo, que nada ha conmovido nunca mi valor. Con un alma fuerte, y un noble propósito puede uno hacer lo que quiera, moralmente hablando. »

Hugo Miller dijo que la única escuela en que había sido enseñado debidamente, era *esa escuela inmensa en que la fatiga y la penalidad son los maestros severos, pero nobles*. Aquel que permite que desfallezca su aplicación, ó evite su trabajo por frívolos pretextos, está en camino seguro de un fracaso final. Empréndase una tarea como imposible de evitar, y muy pronto se la llevará á cabo con prontitud y contento. Carlos IX, de Suecia era un firme creyente en el poder de la voluntad, hasta en la época de su juventud. Poniendo su mano sobre la cabeza de su hijo menor cuando estaba ocupado en una tarea difícil, exclamó : — *¡Lo ha de hacer! ¡lo ha de hacer!* El hábito de la aplicación se hace fácil con el tiempo, como cualquier otro hábito. De ahí que algunas personas con facultades relativamente medianas puedan realizar mucho, si se aplican por completo y sin descanso á una sola cosa. Fowel Buxton ponía su confianza en medios ordinarios y aplicación extraordinaria, realizando el precepto de la Escritura : « Aquello que tu mano haya encontrado para hacer, hazlo con todo tu poder; » y atribuía su propio éxito en la vida á su hábito de *ser todo un hombre para una sola cosa cuando la hacía*.

Nada que sea de valor real puede efectuarse sin un trabajo valeroso. El hombre debe su adelanto principalmente á ese em-

peño activo de la voluntad, que acomete la dificultad que nosotros llamamos esfuerzo; y es sorprendente el ver como por ese medio se hacen posibles tan á menudo aquellos resultados que aparentemente son imposibles. La misma anticipación intensa transforma la posibilidad en realidad; no siendo casi siempre nuestros deseos más que precursores de las cosas que somos capaces de ejecutar. El tímido y el vacilante, por el contrario, encuentran imposibles todas las cosas, sobre todo porque así se lo parecen. Se refiere de un joven oficial francés, que tenía la costumbre de pasearse en su cuarto y exclamar : « *Quiero* ser mariscal de Francia, un gran general. » Su ardiente deseo era el presentimiento de su éxito; pues el joven oficial llegó á ser un jefe distinguido, y murió siendo mariscal de Francia.

El señor Walker, autor del *Original*, tenía una fe tan grande en el poder de la voluntad, que él mismo refiere que una vez *determinó resueltamente* ponerse bueno, y así lo consiguió. Esto puede servir una vez; pues aunque sea más seguro que seguir muchas recetas medicinales, no siempre ha de dar un resultado favorable. No hay duda que es grande el poder del espíritu sobre el cuerpo, pero podrá ser estirado tanto que el poder físico quede destruído por completo. Refiérese de Muley Moluc, el caudillo moro, que, estando enfermo y enteramente postrado por una enfermedad incurable, tuvo lugar una batalla entre sus tropas y los portugueses; levantóse de pronto de su litera en el momento crítico del combate, reunió á su ejército, lo condujo á la victoria, é inmediatamente después cayó exánime y espiró.

Es la *voluntad*, la fuerza de propósito, lo que pone á un hombre en estado de hacer ó ser aquello que su espíritu se empeñe que sea ó que haga. Un santo hombre tenía la costumbre de decir : « Cualquier cosa que deseáis, eso sois : pues tal es la fuerza de nuestra voluntad, unida á la divina, que cualquier cosa que deseamos ser, seriamente y con verdadera intención, eso llegamos á ser. Nadie que desee ardientemente ser sumiso, paciente, modesto, ó liberal, deja de llegar á ser lo que desea. » Se refiere la historia de un oficial carpintero, que fué observado que cepillaba el banco de un juez que estaba componiendo con un cuidado extremo; y cuando se le preguntó la razón de ese celo, contestó : « Porque quiero hacerlo cómodo para el día en que yo mismo venga á sentarme en él. » Y, lo singular del

caso es que efectivamente llegó á ocupar ese mismo banco como magistrado.

Cualesquiera que sean las conclusiones teóricas que hayan formado los lógicos respecto del albedrío de la voluntad, todo individuo siente que prácticamente es libre de escoger entre el bien y el mal; que no es una mera paja arrojada sobre el agua para marcar y enseñar la dirección de la corriente, sino que tiene dentro de sí la fuerza de un potente nadador, y que es capaz de acometer por sí mismo, de combatir con las olas, y dirigir en gran parte su propio curso independiente. No hay compulsión absoluta contra nuestras voliciones, y sentimos y sabemos que no estamos ligados, como por encantamiento, con referencia á nuestras acciones. Si pensáramos de otro modo, se detendría en nosotros todo deseo y aspiración de mejoramiento ó de progreso. Todos los asuntos y la conducta de la vida, con sus reglas domésticas, sus arreglos sociales, y sus instituciones públicas, obran de acuerdo con la convicción práctica de que la voluntad es libre. Sin esto, ¿dónde estaría la responsabilidad? y ¿cuál sería la ventaja de enseñar, aconsejar, sermonear, amonestar, y castigar? ¿Para qué servirían las leyes, sino fuera la creencia universal, como es un hecho universal, que los hombres las obedecen ó no, según como lo determinan individualmente? En todos los momentos de nuestra vida, está proclamando la conciencia que nuestra voluntad es libre. Es la única cosa absolutamente nuestra, y depende únicamente de nosotros individualmente, darle buena ó mala dirección. Nuestros hábitos ó nuestras tentaciones no son nuestros amos, sino que lo somos nosotros de ellos. Hasta en los casos en que cedemos nos dice nuestra conciencia que podríamos resistir, y que si estuviésemos resueltos á vencerlos, no se necesitaría para ello mayor resolución de la que somos capaces de ejercer.

« Estáis ahora en la edad, dijo una vez Lamennais dirigiéndose á un joven alegre, en que debéis formar una resolución, un poco más tarde tendréis que gemir en la tumba que vos mismo habréis cavado, sin tener el poder de apartar de allí la piedra. Lo que en nosostros se convierte más fácilmente en un hábito es la voluntad. Aprended, pues, á querer vigorosa y decisivamente; fijad de ese modo vuestra fluctuante vida, y no dejéis por más tiempo que sea llevada de aquí para allí como una hoja seca, por cualquier viento que sople.

Buxton tenía la convicción de que un joven podría ser lo que quisiese, en el supuesto de que se formara una fuerte resolución y la sostuviera. Escribiéndole á uno de sus hijos, le decía: « Estás ahora en ese período de la vida, en que debes girar á la derecha ó á la izquierda. Ahora debes dar pruebas de principios, determinación y vigor de espíritu; ó tendrás que hundirte en la ociosidad, y adquirir los hábitos y el carácter de un joven inconstante é ineficaz; y si caes en ese extremo, no será cosa fácil volverte á levantar. Estoy seguro que un joven puede llegar á ser lo que quiera. En mi caso ha sido así... Mucha parte de mi felicidad, y toda mi prosperidad en la vida, ha resultado del cambio que hice á tu edad. Si te resuelves seriamente á ser enérgico y laborioso, está seguro que tendrás motivo para alegrarte de ello durante toda tu vida por haber sido bastante sabio para formar esa determinación y obrar de conformidad con ella. » Como la voluntad, considerándola sin tener en vista su dirección, es simplemente constancia, firmeza y perseverancia, es obvio que todas las cosas dependen de la dirección y móviles verdaderos. Dirigida hacia el goce de los sentidos, puede ser un demonio la voluntad firme, y la inteligencia, puramente su envilecida esclava; pero dirigida hacia el bien, es un rey la voluntad firme, y la inteligencia el ministro del más elevado bienestar del hombre.

Donde hay una voluntad, hay un camino, dice un aforismo antiguo y cierto. Aquel que se determina á hacer una cosa, á veces escala sus barreras con esa misma resolución, y se asegura de su realización. Creer que podremos una cosa, es casi poderla; resolverse á lograrla es frecuentemente la consecusión de lo que nos proponemos. De ahí que una resolución formal haya parecido á menudo tener en sí algo que sabe á omnipotencia. La fuerza del carácter de Suwarrow estaba en el poder de su voluntad, y como la mayoría de las personas resueltas, lo enseñaba é inculcaba como un sistema. *Sólo podéis querer á medias*, solía decir á las personas que fracasaban. Como Richelieu y Napoleón, quería ver borrada del diccionario la palabra *imposible*. *No sé*, *no puedo*, é *imposible*, eran las palabras que detestaba más. Solía exclamar: *¡Aprended! ¡Haced! ¡Intendad!* Su biógrafo ha dicho de él que ha proporcionado un ejemplo notable de lo que se puede efectuar por el desarrollo enérgico y el ejercicio de las facultades, cuyo gérmen, por lo menos, se halla en todo corazón humano.

Una de las máximas favoritas de Napoleón era que : *La sabiduría más verdadera es una determinación resuelta.* Su vida, más allá que muchas otras, enseña vivamente lo que puede realizar una voluntad poderosa y sin escrúpulos. Arrojó toda su fuerza física y moral directamente sobre su obra. Gobernantes imbéciles y naciones por ellos gobernadas cayeron ante él unas tras otras. Se le dijo que los Alpes estorbaban á sus ejércitos. *Que no haya Álpes*, dijo, y fué construído el camino á través del Simplón, por un distrito que era antes casi inaccesible. *Imposible*, dijo Napoleón, *es una palabra que sólo se encuentra en el diccionario de los tontos.* Era un hombre que trabajaba muchísimo, sabiendo ocupar y cansar á cuatro secretarios á la vez. Á ninguno consideraba cuando se trataba del trabajo; ni á sí mismo. Su influencia inspiraba á los otros, y les infiltraba nueva vida. *Hice á mis generales del barro*, dijo. Pero de nada sirvió todo; porque el egoísmo intenso de Napoleón fué su ruina, y la ruina de Francía, á la que dejó presa de la anarquía. Su vida enseñó la lección de que el poder sin liberalidad, por enérgicamente que sea manejado, es fatal á su poseedor y á sus súbditos, y que el saber, ó la habilidad, sin la bondad, no es más que el principio encarnado del mal.

Nuestro Wéllington fué un hombre mucho más grande. No menos resuelto, firme y persistente, pero con más abnegación, concienzudo, y verdaderamente patriota. El objetivo de Napoleón era *Gloria;* la consigna de Wéllington, igual á la de Nelson, era *Deber*. Se asegura que la primera palabra no aparece ni una vez en sus despachos; la última á menudo, pero nunca acompañada por una declaración altisonante. Nunca pudieron ni embarazar ni intimidar á Wéllington las mayores dificultades; su energía crecía invariablemente en proporción á los obstáculos que tenía que vencer. La paciencia, la firmeza y la resolución con que soportó los vejámenes exasperadores y las gigantescas dificultades de las campañas de la Península, son quizá una de las cosas más sublimes que se encuentran en la historia. Wéllington manifestó en España no solamente el genio del general, sino también la sabiduría comprensiva del hombre de Estado. A pesar de que su índole natural era irritable en extremo, la tenía en sujeción gracias á su elevado sentimiento del deber; y á aquellos que le rodeaban les parecía que su paciencia era

inagotable. Su gran carácter no está empañado por la ambición, por la avaricia, ó por una pasión baja cualquiera. Aunque era hombre de poderosa individualidad, manifestó sin embargo una gran variedad de disposiciones. Igual á Napoleón como aptitudes de general, era pronto, vigoroso, y osado como Clive; estadista tan sabio como Cromwell; y tan puro y magnánimo como Wáshington. El gran Wéllington dejó tras de sí una reputación duradera, basada sobre penosas campañas ganadas por hábiles combinaciones, por la fortaleza que nada podía agotar, por la osadía sublime, y quizá por una paciencia más sublime aún.

Generalmente se manifiesta la energía en la prontitud y en la decisión. Cuando el viajero Ledyard fué preguntado por la sociedad Africana cuándo podía estar pronto para marchar al África, contestó inmediatamente: *Mañana por la mañana.* La prontitud de Blücher le atrajo el sobrenombre de *Mariscal adelante*, dado por todo el ejército prusiano. Cuando Juan Jervis, que después fué conde de Saint Vincent, fué preguntado cuándo estaría pronto para embarcarse, contestó: *¡Ahora mismo!* Y cuando sir Colin Campbell, nombrado para el mando del ejército de la India, fué preguntado cuándo podría marchar, su contestación fué: *Mañana;* prenda segura de su éxito inmediato. Porque la decisión rápida, y una prontitud igual en la acción, tal como tomar instantáneamente ventaja de los errores del enemigo, es lo que frecuentemente gana las batallas. « En Arcole, dijo Napoleón, gané la batalla con veinte y cinco hombres de caballería. Aproveché un momento de cansancio, dí á cada individuo una trompeta, y gané el día con ese puñado. Dos ejércitos son dos cuerpos que se encuentran y se esfuerzan en asustarse el uno al otro: ocurre un momento de pánico, y *ese momento* tiene que ser aprovechado. » « Todo momento perdido, dijo también en otra ocasión, da lugar para la desgracia; » y declaró que siempre venció á los austriacos porque nunca conocían el valor del tiempo: mientras ellos gastaban el tiempo charlando, él los destruía.

Durante el último siglo ha sido la India un campo vasto para la manifestación de la energía británica. Desde Clive hasta Havelock y Clyde hay una larga y honrosa lista de nombres distinguidos en la legislación y en la guerra de la India, tales como Wellesley, Metcalfe, Outram, Edwardes, y los Lawrence.

Otro nombre grande, pero empañado, es el de Warren Hastings, hombre de voluntad intrépida y laboriosidad infatigable. Su familia era antigua é ilustre; pero sus vicisitudes de fortuna y mal recompensada lealtad á la causa de los Estuardos la redujo á la pobreza, y la propiedad de la familia en Daylesford, de la cual habían sido señores feudales durante siglos, salió al fin de sus manos. Los últimos Hastings de Daylesford habían regalado, sin embargo, el cargo parroquial á su segundo hijo, y fué en esa casa donde nació muchos años después su nieto Warren Hastings. El niño aprendió á leer en la escuela de la aldea, en el mismo banco de los hijos de los aldeanos, jugó en los campos que habían pertenecido á sus padres; y lo que *habían* sido los leales y valientes Hastings de Daylesford, estaba siempre presente en el espíritu del niño. Su joven ambición fué despertada, y se dice que un día de verano, cuando sólo tenía siete años de edad, y que estaba recostado á orillas del arroyo que corría á través del antiguo solar, formó en su espíritu la resolución de recobrar y tomar posesión de las tierras de sus padres. Era la visión romántica de un muchado; sin embargo, vivió para realizarla. El sueño se convirtió en una pasión, que echó raíces en lo más profundo de su vida; persiguió su determinación de la juventud á la virilidad, con esa tranquila pero indomable fuerza de voluntad, que era la más notable particularidad de su carácter. El niño huérfano llegó á ser uno de los hombres más poderosos de su tiempo; restauró la fortuna de sus antepasados, compró la antigua propiedad, y reedificó la mansión de su familia. « Cuando bajo un sol tropical, dice Macaulay, gobernaba cincuenta millones de asiásticos, siempre se volvían á Daylesford sus esperanzas, en medio de los cuidados de la guerra, de la hacienda, y de la legislación. Y cuando hubo terminado su larga carrera pública, tan singularmente matizada con lo bueno y lo malo, con gloria y desvío, fué á Daylesford donde se retiró para morir. »

Sir Carlos Napier era otro de los jefes de la India de un valor y determinación extraordinarios. Hablando de las dificultades que le rodeaban en una de sus campañas, dijo una vez : *Sólo hacen que mis pies penetren más en la tierra.* La batalla de Meeanee es una de las hazañas más extraordinarias de la historia. Con dos mil hombres, de los cuales sólo cuatrocientos eran europeos, acometió un ejército de treinta y cinco mil be-

looches, intrépidos y bien armados. Aparentemente era un acto de la más atrevida temeridad, pero el general tenía fe en sí mismo y en sus soldados. Cargó al centro de los beloochees por una cuesta alta que formaba su muralla al frente, y durante tres horas mortales continuó furiosa la batalla. Cada hombre de esa pequeña fuerza, inspirado por su jefe, se convirtió en aquel momento en un héroe. Á pesar de ser los beloochees veinte contra uno, fueron rechazados, pero haciendo cara al enemigo. Esta clase de arranque, de tenacidad y perseverencia resuelta, es la que gana las batallas de soldados, y también cualquiera otra batalla. El largo de una cabeza basta para ganar la carrera y mostrar la sangre; una marcha así, gana la campaña; los cinco minutos más de valor persistente son los que ganan el combate. Aunque vuestra fuerza sea menor que la de otro, igualáis y excedéis en número á vuestro contrario si continuáis por más tiempo y la concentráis más. La contestación del padre espartano que dijo á su hijo cuando este se quejaba de que su espada era demasiado corta : *Agrégale un paso*, es aplicable á todas las cosas de la vida.

Napier escogió el verdadero método para inspirar a sus soldados con su propio espíritu heroico. Trabajaba tanto como cualquier soldado. « El gran arte de mandar, decía, es tomar una parte equitativa del trabajo. El hombre que conduce un ejército no puede tener buen resultado á no ser que ponga todo su espíritu en su obra. Cuantas más dificultades haya, tanto más trabajo debe darse; cuanto más peligro, tienen que manifestarse más arranques, hasta que todo esté vencido. » Un joven oficial que le acompañó en su campaña por los collados de Cutchee, dijo una vez : « Cuando veo á ese anciano continuamente á caballo, ¿cómo puedo permanecer ocioso, yo que soy joven y fuerte? Me metería en la boca de un cañón cargado si me lo mandase. » Cuando esta observación fué referida á Napier, dijo que era una recompensa grande de sus fatigas. La anécdota de su entrevista con el juglar indio define admirablemente su valor sereno lo mismo que su notable sencillez y honradez de carácter. Una vez, después de las batallas indas, visitó el campo un celebrado juglar y ejecutó sus hazañas ante el general, su familia, y su Estado Mayor. Entre otras hazañas partía ese hombre en dos pedazos, de un corte de su sable, una lima ó limón colocada en la mano de su ayudante. Napier creyó que había

alguna inteligencia fraudulenta entre el juglar y su dependiente. Dividir de un golpe de sable sobre la mano de un hombre un objeto tan pequeño sin tocar la carne, le parecía imposible, aunque un incidente parecido refiere Scott en su novela *El Talismán*. Para asegurarse del hecho, ofreció el general su mano para hacer el experimento, y extendió su brazo derecho. El juglar miró atentamente la mano y dijo que no haría la prueba. *¡Bien creía, que os descubriría!* exclamó Napier. *Esperad*, agregó el otro, *dejadme ver vuestra mano izquierda.* La mano izquierda fué examinada, y entonces dijo el hombre con firmeza : *Si vais á mantener firme vuestro brazo, haré la prueba. — Pero, ¿por qué la mano izquierda y no la derecha? — Porque la mano derecha es hueca en el centro, y hay peligro de cortar el pulgar; la mano izquierda es alta, y el peligro es menor.* Napier estaba sorprendido. *Me asusté, dijo, vi que era efectivamente una hazaña de hábil manejo del sable, y si no me hubiera burlado del hombre, como lo babia hecho delante de mis ayudantes, y le hubiera desafiado á hacer la prueba, declaro francamente que me habría alejado del encuentro. Con todo, puse la lima sobre mi mano, y extendí con firmeza el brazo. El juglar se balanceó, y, con un rápido golpe cortó la lima en dos pedazos. Sentí el filo del sable sobre mi mano como si la hubiera atravesado un hilo frío. Esto*, agregaba él, *por lo que respecta á los valientes esgrimidores de sable de la India, á quienes nuestros excelentes muchachos vencieron en Meeanee.*

La última lucha terrible en la India ha servido para poner de manifiesto, quizá más preeminentemente que cualquier otro suceso anterior en nuestra historia, la resuelta energía y confianza propia del carácter nacional. Aunque el oficialismo inglés suele embarcarse estúpidamente en desatinos gigantescos, se saben manejar generalmente los hombres de la nación de tal modo, que salen de ellos con un heroísmo que casi se aproxima á lo sublime. Cuando en mayo de 1857 estalló la revolución de la India, como una tempestad furiosa, se había dejado que las tropas inglesas disminuyeran su menor número, y estaban esparcidas sobre una vasta extensión de territorio, muchas de ellas en lejanos acantonamientos. Unos tras otros se sublevaron contra sus oficiales los regimientos de Bengala, se dispersaron y fueron á reunirse en Delhi. Unas provincias tras otras fueron envueltas en el motín y

la rebelión; y la voz de auxilio se levantó de Oriente á Poniente. En todas partes estaban los ingleses en jaque con pequeños destacamentos, sitiados y rodeados, aparentemente incapaces de resistencia. La derrota parecía completa, y completa la ruina de la causa inglesa en la India, tanto que entonces se pudo haber dicho, como en otra ocasión : « Estos ingleses nunca saben cuando son vencidos. » Lógicamente debieron haber sucumbido entonces allí á su inevitable destino.

Mientras que aún parecía incierto el término de la insurrección, consultó Holkar, uno de los príncipes indígenas, á su astrólogo pidiéndole informes. La contestación fué : « Si todos los europeos son muertos excepto uno, ese uno quedará para combatir y volver á conquistar. » En el momento más sombrío, aun allí, como en Lucknow, donde un puñado de soldados ingleses, particulares, y mujeres, se sostenían contra una ciudad y la provincia que estaban en armas contra ellos, no hubo una palabra de desesperación, ninguna idea de rendirse. Á pesar de estar cortadas todas las comunicaciones con sus amigos durante meses, jamás dejaron de tener fe en el valor y en la abnegación de sus conciudadanos. Sabían que mientras se sostuviera en la India un cuerpo de hombres de la raza inglesa, no serían abandonados para perecer. Nunca soñaron en otro término de la contienda que no fuera la reparación de sus desgracias y el triunfo final; y si llegaba el mal á sus extremos, no podrían caer sino en sus puestos, y morir cumpliendo con su deber. ¿Necesitamos recordar al lector los nombres de Havelock, Inglis, Neill, y Outram? ¡hombres de verdadera talla de héroes, de cada uno de los cuales se podría decir con verdad que tenía el corazón de un caballero, el alma de un creyente y la índole de un mártir! Montalembert ha dicho de ellos que *honraban al género humano*. Pero en toda esa terrible prueba demostraron todos ser igualmente grandes; las mujeres, los particulares, y los soldados, desde el general, bajando por todos los grados hasta el corneta y el soldado raso. Los soldados no eran hombres escogidos, pertenecían al común de individuos á quienes vemos diariamente en las calles, en los talleres, en los campos, en los clubs; sin embargo, cuando cayó sobre ellos de súbito el desastre, cada uno y todos, manifestaron abundantes recursos y energía personal, y se hicieron, por decirlo así, individualmente heroicos. « Ni uno de ellos, dice Montalembert, se

retiró del peligro ó tembló, todos, los militares y los particulares, jóvenes y ancianos, generales y soldados, resistieron, combatieron, y perecieron con una tranquilidad é intrepidez que jamás fallaron. En esos casos es cuando brilla el inmenso valor de la educación pública, que estimula al inglés desde su juventud á hacer uso de su fuerza y de su libertad, á asociarse, á resistir, á no temer á nada, á no sorprenderse de nada, y á salvarse á sí mismo por su propio esfuerzo, de todo riesgo penoso. »

Se dice que Delhi fué tomada y salvada la India gracias al carácter personal de sir Juan Lawrence. El solo nombre de *Lawrence* significaba *poder* en las provincias del noroeste. Su dechado de deber, celo, y esfuerzo personal, era lo más elevado; y todo hombre que servía á sus órdenes parecía estar inspirado por su espíritu. De él se dijo que sólo su nombre valía un ejército. Lo mismo podría decirse de su hermano, sir Enrique, que organizó las fuerzas de Punjaub que tomaron una parte tan importante en la toma de Delhi. Ambos hermanos inspiraban á aquellos que les rodeaban un perfecto amor y confianza. Ambos poseían esa ternura que es uno de los verdaderos elementos del carácter heroico. Ambos vivían entre el pueblo, y lo influían poderosamente para el bien. Sobre todo, como dice el coronel Edwardes : « eran modelos para el ánimo de los jóvenes, que cuando se iban los copiaban en sus diversas administraciones : bosquejaban una *fe*, y producián una *escuela*, que son cosas que viven aún en estos días. » Sir Juan Lawrence tenía á su lado hombres tales como Montgomery, Nicholson, Cotton y Edwardes, tan prontos, decisivos, y magnánimos como él mismo. Juan Nicholson era uno de los hombres más cultos, viriles y nobles ; « un completo hakim, » decían de él los indígenas ; « una torre de fortaleza, » como dijo lord Dalhousie. Era grande en todo destino que ocupaba porque obraba con todo su poder y toda su alma. Una hermandad de faquires — arrastrados por su entusiasta admiración hacia el hombre — principiaron la adoración de Nikkil Seyn; hizo castigar á algunos de ellos por su necedad, pero continuaron, sin embargo, en su adoración. Puede citarse un ejemplo de su tenaz energía y persistencia, en su persecución del amotinado regimiento número 55 de Cipayos, en la que estuvo montado á caballo durante veinte horas consecutivas, y viajó más de setenta millas. Cuando

el enemigo hubo puesto su estandarte en Delhi, hicieron Lawrence y Montgomery todo esfuerzo para conservar en perfecto orden á sus provincias, y confiando en el pueblo de Punjaub, y compeliendo su admiración y confianza, pudieron enviar contra esa ciudad á todos los soldados útiles, europeos ó sikhs. Sir Juan escribió al general en jefe : « Aferraos á las narices de los rebeldes frente á Delhi, » mientras que las tropas se aproximaban á marchas forzadas á las órdenes de Nicholson, de quien « la pisada de su caballo de batalla podía oirse á millas de distancia, » como después dijo de él un rudo sikh que lloraba sobre su sepulcro.

El sitio y asalto de Delhi fué el hecho más célebre que ocurrió durante esa lucha gigantesca, aunque ha despertado quizá un interés más intenso el campamento sitiado de Lucknow, en el cual el regimiento inglés número 32, que estaba en cuadro, se sostuvo á las órdenes del heroico Inglis durante seis meses contra doscientos mil enemigos armados. En Delhi también fueron los ingleses realmente los sitiados, aunque aparentemente eran los sitiadores; constituían meramente un puñado de hombres *al descubierto* — apenas tres mil setecientas bayonetas europeas é indígenas — y fueron asaltados día á día por un ejército de rebeldes que en un momento dado llegó á tener setenta y cinco mil hombres ejercitados en la disciplina europea por oficiales ingleses, y provistos de todo menos de inagotables municiones de guerra. Ahí estaba el pequeño y heroico ejército establecido delante de la ciudad bajo los ardientes rayos de un sol tropical. La muerte, las heridas y la fiebre no consiguieron desviarlos de su propósito. Treinta veces fueron atacados por fuerzas abrumadoras, y treinta veces rechazaron al enemigo para refugiarse detrás de sus defensas. Como lo refiere el capitán Hodson, siendo él mismo uno de los más valientes de allí : « Me atrevo á decir que ninguna otra nación del mundo hubiera permanecido allí, ó habría podido evitar la derrota, si hubiese intentado hacerlo. » Ni por un instante desfallecieron estos héroes en su obra; se sostuvieron con sublime sufrimiento, continuaron combatiendo, y no cejaron nunca hasta que, arrojándose á través de *la brecha mortal*, fué tomada la plaza, y otra vez fué desplegada la bandera inglesa sobre los muros de Delhi. Todos fueron grandes, soldados, oficiales y generales. Soldados rasos que habían sido acostumbrados á una vida de fatigas, y oficiales

jóvenes criados en suntuosos hogares, probaron igualmente su virilidad, y salieron con honra igual de esa terrible prueba. La fuerza y la salud naturales de la raza inglesa, y de nuestra educación y disciplina viriles, jamás se manifestaron de un modo tan elocuente; y allí se probó enfáticamente que, después de todo, los hombres de Inglaterra son su producto más grande. Pagóse un terrible precio por este gran capítulo en nuestra historia, pero si aquellos que sobreviven, y aquellos que vendrán después, aprovechan de la lección y el ejemplo, no habrá sido comprado demasiado caro.

Pero una energía y un valor iguales han sido desplegados en la India y en el Oriente por hombres de diversas naciones, en otras esferas de acción más pacíficas y benéficas que la de la guerra. Y mientras que los héroes de la espada se tienen presentes, no deben ser olvidados los héroes del Evangelio. Desde San Javier hasta Martyn y Williams, ha habido una sucesión de ilustres obreros misioneros, que han obrado con un espíritu de sublime abnegación, sin la menor idea de honra mundana, inspirados únicamente por la esperanza de buscar por todos lados y salvar los perdidos y caídos de su raza. Sostenidos por un valor invencible y una paciencia inagotable, estos hombres han soportado privaciones, desafiando los peligros, han caminado en medio de la peste, y sufrido todos los afanes, las fatigas y los padecimientos, y sin embargo, han persistido en su tarea contentos; más aun, se han glorificado de su mismo martirio. De éstos ha sido uno de los primeros y más ilustres San Francisco Javier. Nacido de noble estirpe, y teniendo á su alcance el placer, el poder y los honores, probó con su conducta que hay cosas en la vida que son más elevadas que el rango, y aspiraciones más nobles que la acumulación de la riqueza. Era un verdadero caballero en las maneras y en los sentimientos; valeroso, honrado y generoso; fácilmente conducido, sin embargo, capaz de mandar; fácilmente persuadido, sin embargo, persuasivo por sí mismo; hombre pacientísimo, resuelto y enérgico. Á la edad de veinte y dos años ganaba su subsistencia como profesor de filosofía en la universidad de París. Allí se hizo Javier íntimo amigo y asociado de Loyola, y poco después condujo la pequeña peregrinación de prosélitos á Roma.

Cuando Juan III, de Portugal, resolvió establecer el cristianismo

en los territorios de la India, dependientes de su corona, eligió primero á Bobadilla como misionero; pero estando imposibilitado á causa de una enfermedad, fué necesario hacer otra elección, y Javier fué el escogido. Remendando su sotana rota, y sin más equipaje que su breviario, marchó inmediatamente á Lisboa y se embarcó para el Oriente. El buque en que se dió á la vela para Goa tenia á bordo al gobernador, con un refuerzo de mil hombres para la guarnición de la plaza. Aunque había sido puesto un camarote á su disposición, durmió Javier sobre cubierta durante todo el viaje con la cabeza sobre un rollo de sogas, comiendo con los marineros. Atendiendo á sus necesidades, inventaba juegos inocentes para que se divirtieran, y atendiéndoles en sus enfermedades, se ganó completamente su corazón, y le miraban todos con veneración.

Una vez llegados á Goa, quedó consternado Javier por la depravación de sus habitantes, tanto los colonos como los indígenas; pues los primeros habían importado los vicios sin el freno de la civilización, y los últimos habían sido muy aptos para imitar su mal ejemplo. Recorriendo las calles de la ciudad, y tocando su campanilla conforme caminaba, suplicaba á las personas para que le mandasen sus hijos para instruirlos. Muy luego consiguió reunir gran número de discípulos, á quienes enseñaba cuidadosamente todos los días, visitando al mismo tiempo á los enfermos, los leprosos y los desvalidos de todas clases, con el propósito de mitigar sus miserias y conducirlos á la verdad. No era desatendido ningún clamor del sufrimiento humano que llegara á su oído. Habiendo oído hablar de la miseria y degradación de los pescadores de perlas de Manaar, se fué á visitarlos, y su campanilla volvió á tañer la invitación de misericordia. Bautizaba y enseñaba, pero esto último sólo lo podía hacer por medio de intérpretes. Su predicación más elocuente era su cuidado por las necesidades y los sufrimientos de los desvalidos.

Siguió adelante, sonando su campanilla á lo largo de la costa de Carnarín, entre los pueblos y aldeas, los templos y los bazares, llamando á los indígenas para que se reunieran en torno suyo para ser instruídos. Hizo hacer traducciones del catecismo, del credo de los apóstoles, los mandamientos, el padre nuestro, y algunos de los oficios y devociones de la Iglesia. Estudiándolos de memoria en su propio idioma se los recitaba á los niños, hasta que los sabían también de memoria; después de esto los mandaba

para que fuesen á enseñar las palabras á sus padres y á sus vecinos. En el cabo Comorín nombró treinta maestros, que bajo su dirección presidían treinta iglesias cristianas, aunque las iglesias eran humildes, siendo en su mayor parte una choza con una cruz encima. De allí pasó á Travancore, campanilleando durante su camino de aldea en aldea, bautizando hasta que sus manos se caían de cansancio, y repitiendo sus fórmulas hasta que su voz se extinguía en la garganta. Según su mismo relato, sobrepujó el éxito de su misión á la más grande esperanza. Su vida pura, seria y hermosa, y la irresistible elocuencia de sus acciones, hacían neófitos do quiera que iba; y á fuerza de simpatía se apropiaban parte de su celo aquellos que le veían y le escuchaban.

Oprimido con el pensamiento de que *la cosecha es grande y pocos los trabajadores*, se dió Javier en seguida á la vela para Malaca y el Japón, donde se encontró entre razas enteramente nuevas, que hablaban otros idiomas. Lo más que podía hacer allí era llorar y orar, acomodar la almohada y velar junto al lecho de los enfermos, mojando á veces en agua la manga de su sobrepelliz, para estrujar de allí algunas gotas y bautizar al moribundo. Esperando todo y no temiendo nada, este valiente soldado de la verdad fué conducido siempre por la fe y la energía. « Cualquiera que sea la forma de muerte ó de tortura que me espere, decía, estoy dispuesto á sufrirla diez mil veces por la salvación de una sola alma. » Luchó con el hambre, la sed, las privaciones y los peligros de todas clases, siguiendo siempre en su misión de amor, sin sosiego y sin cuidarse de lo que pudiera ocurrirle. Por fin, después de once años de labor, este hombre grande y bueno, mientras se esforzaba en encontrar un camino para entrar en China, fué atacado por la fiebre en la isla Sanchiam, y allí recibió su corona de gloria. Un héroe de más noble talla, más puro, más lleno de abnegación y más valiente, no ha pisado probablemente nunca esta tierra.

Otros misioneros han seguido á Javier en el mismo campo de labor, tales como Schwartz, Carey y Mashman, en la India; Gutglaff y Morrison, en China; Williams, en los mares del Sud; Campbell, Maffat y Livingstone, en África. Juan Williams, el mártir de Erromanga, fué primero aprendiz de quincallero. Aunque era considerado como un muchacho torpe, era listo en su oficio, en el que adquirió tal destreza, que su patrón le confiaba generalmente cualquier trabajo de herrería que requería el ejer-

cicio de un cuidado más especial. También agradaba repicar las campanas, y otras ocupaciones que le detenían fuera del almacén. Un sermón que oyó casualmente, dió á su espíritu un sesgo formal, y se hizo maestro de una escuela dominical. Habiéndosele hablado en algunas de las asambleas de la Sociedad sobre la causa de las misiones, se resolvió á consagrarse á esta tarea. Sus servicios fueron aceptados por la sociedad Misionera de Londres; y sus patrones le permitieron dejar la quincallería antes de haber terminado su contrato de aprendiz. Las islas del Océano Pacífico fueron la escena principal de sus trabajos, especialmente Huahine en Tahiti, Raiatea y Raratonga. Al igual que los apóstoles, trabajaba con sus manos en herrería, jardinería y construcción naval; y se eforzó en enseñar á los isleños las artes de la vida civilizada, al mismo tiempo que los instruía en las verdades de la religión. En medio del curso de sus fatigosas tareas le asesinaron los salvajes en la costa de Erromanga; nadie hay más digno que él de llevar la corona del martirio.

La carrera del doctor Livingstone es una de las más interesantes de todas estas vidas de éstos héroes; él mismo ha relatado su historia de ese modo modesto y sin pretensiones que tanto le caracteriza. Sus progenitores eran montañeses pobres, pero honrados, y se refiere de uno de ellos, célebre en su distrito por su sabiduría y prudencia, que cuando estaba en su lecho de muerte, llamó junto á sí á sus hijos y les dejó estas palabras, única herencia que podía legarles : « En mi vida, dijo, he buscado de la manera más cuidadosa en todas las tradiciones que he podido hallar de nuestra familia, y nunca pude descubrir que haya habido un hombre pícaro entre nuestros antecesores; si alguno de vosotros ó vuestros hijos, pues, se metiera en malos pasos, no ha de ser porque esté corriendo en nuestra sangre; no os pertenece : dejo con vosotros este precepto : ¡ Sed honrados! » Á la edad de diez años fué enviado Livingstone á trabajar en una fábrica de algodón cerca de Glasgow, en calidad de *chafallón*. Con parte de su salario semanal compró una gramática latina, y principió á estudiar ese idioma, siguiendo ese estudio durante algunos años en una escuela de clases nocturnas. Solía quedarse estudiando sus lecciones hasta las doce de la noche, cuando no lo mandaba á la cama su madre, porque tenía que levantarse para trabajar en la fábrica á las seis de la mañana. De esta manera estudió con aplicación y empeño á Virgilio y á

Horacio, leyendo también cuanto libro caía en sus manos, menos novelas, pero en particular obras científicas y libros de viajes. Empleaba sus horas desocupadas, que eran pocas, en el estudio de la botánica, recorriendo los alrededores para coleccionar plantas. Hasta hacía su lectura en medio del bullicio de la maquinaria de la fábrica, colocando su libro de tal modo sobre la *juanilla* de hilar en que él trabajaba, que podía coger una frase tras otra conforme pasaba á su vista. De este modo adquirió muchos conocimientos útiles el perseverante joven; y cuando tuvo más edad, se apoderó de él el deseo de ser misionero entre los paganos. Con este fin se puso á adquirir una educación médica, para estar en mejores condiciones de llenar aquella tarea. Economizó pues, lo que ganaba, y ahorró el dinero necesario para poderse mantener mientras asistía á las clases de medicina y de griego durante algunos inviernos, trabajando como tejedor de algodón durante el resto del año. De esa manera se sostuvo todo el tiempo de su carrera de estudiante, únicamente con sus ganancias como obrero, sin haber recibido jamás un centavo de auxilio de ningún otro origen. « Mirando para atrás, dice francamente, hacia esa vida de faena, no puedo sino sentirme satisfecho por haber formado una parte material de mi primera educación; y, si fuera posible, me agradaría, volver á comenzar la vida otra vez del mismo modo lento, y pasar de nuevo por la misma educación vigorizadora. » Por fin concluyó con su curso de medicina, escribió su tésis en latín, pasó sus exámenes, y recibió el título de licenciado de la facultad de medicina y cirujía. Primero pensó en irse á China, pero la guerra que entonces tenía lugar con aquel país le impidió realizar su idea; y habiendo ofrecido sus servicios á la sociedad Misionera de Londres, fué enviado por ella al África, á donde llegó en 1840. Se había propuesto ir á China con sus propias fuerzas; y dice que la única cosa que le mortificaba en ir al África por cuenta de la sociedad Misionera de Londres, era que « no era muy agradable para quien había estado acostumbrado á hacer *su camino* por sí solo, llegar en cierta manera, á depender de otros. » Una vez llegado á África se puso á trabajar con gran celo. No podía soportar la idea de entrar en las tareas de otros solamente; así es que se abrió una vasta esfera de labor independiente preparándose para ella, emprendiendo trabajos manuales de construcciones y otras varias ocupaciones, además de enseñar, las que, dice él, « me deja-

ban generalmente tan fatigado é incapaz para el estudio por las noches, como nunca lo había estado cuando era tejedor. » Mientras trabajaba entre los bechuanas, cavó canales, edificó casas, cultivó los campos, crió ganado, y enseñó á los indígenas, no solamente á trabajar, sino también la devoción. La primera vez que salió á pie con una partida de ellos para una jornada larga, oyó sus observaciones sobre su exterioridad y sus facultades : *No es fuerte*, dijeron, *es muy delgado, y sólo parece robusto porque se pone en esos sacos (pantalones) : pronto sucumbirá.* Esto hizo que se rebelara la sangre montañesa del misionero, y le hizo despreciar la fatiga de mantenerlos á todo lo que daban el ardor de ellos durante varios días, hasta que les oyó ideas favorables sobre sus facultades de andarín. Lo que hizo en África, y cómo trabajó, puede verse en sus *Viajes Misioneros*, uno de los libros más fascinadores en su género, que jamás se hayan dado al público. Uno de sus últimos hechos caracteriza perfectamente al hombre. La lancha de vapor *Birkenhead,* que llevó consigo á África, resultó no servir, y envió á Inglaterra la orden para la construcción de otro buque de un costo de dos mil libras esterlinas. Esta suma se preponía satisfacerla de los medios que había dejado apartados para sus hijos, y que provenían de sus libros de viaje. « Los niños tendrán que precúraselos por sí mismos, » fueron, en efecto, sus palabras al mandar la orden para el empleo del dinero.

Toda la carrera de Juan Howard fué un sorprendente ejemplo del mismo poder de paciente propósito. Su vida sublime probó que hasta la debilidad física puede remover montañas en la prosecución de un fin recomendado por el deber. La idea de mejorar la condición de los presos ocupaba por completo su imaginación y se había apoderado de él como una pasión; ninguna fatiga, ni peligro, ni sufrimiento físico, pudo desviarle de ese gran objetivo de su vida. Aunque no era un hombre de genio, sino de modesto talento, tenía un corazón puro y una voluntad firme. Hasta en sus mismos días realizó un notable éxito; y su influencia no murió con él, porque ha continuado afectando poderosamente hasta nuestros días, no solo á la legislación de Inglaterra, sino á la de todas las naciones civilizadas.

Jonas Hanway fué otro de los muchos hombres pacientes y perseverantes que han hecho á Inglaterra lo que es, contentos simplemente de hacer con energía el trabajo que se les ha da-

do, y que van al descanso agradecidos cuando está hecho

« No dejando OTRO monumento conmemorativo MÁS que un mundo mejorado por sus vidas. » (1)

Nació en Porsmouth en 1712, donde su padre, que era guarda almacén en el arsenal, fué muerto casualmente, dejándole huérfano en edad temprana. Su madre se trasladó con sus hijos á Londres, donde les puso en la escuela, y luchaba afanosamente para criarlos decentemente. Á los diez y siete años de edad fué enviado Jonas á Lisboa para aprender el comercio, y su inteligencia para los negocios, su puntualidad, y su estricto honor é integridad, le captaron el respeto y la estimación de todos los que le conocían. De regreso en Londres, en 1743, aceptó la oferta de ser socio en una casa inglesa de comercio en San Petersburgo, que se ocupaba en el tráfico del mar Caspio, entonces en su principio. Hanway se fué á Rusia con el propósito de dar extensión al negocio; y poco después de su llegada á la capital se dirigió á Persia con una caravana de fardos de paño inglés, que formaba una carga de veinte carros. De Astracán se dió á la vela para Astrabad, en la costa sudeste del mar Caspio; pero apenas había desembarcado sus fardos, cuando estalló una insurrección, sus mercancías fueron cogidas, y aunque después recobró la mayor parte de ellas, se habían perdido los frutos de la empresa. Formóse una conspiración para apoderarse de él y de su partida; así es que se hizo á la mar, y después de haber pasado muchos peligros, llegó salvo á Ghilan. Su salvación en esta ocasión le dió la primera idea de las palabras que después adoptó como lema de su vida : *Nunca deseperes.* Después residió durante cinco años en San Petersburgo, prosperando en su comercio. Pero habiéndole dejado algunos bienes un pariente suyo, y siendo considerable ya lo que poseía, abandonó á Rusia y llegó á su país natal en 1750. El objeto que se proponía al regresar á Inglaterra, era, según sus propias palabras : *atender á su salud, que era en extremo delicada, y hacer todo el bien que le fuese posible, tanto á sí mismo como á los demás.* El resto de su vida lo pasó haciendo actos de caridad activa y de utilidad para sus semejantes. Vivía de una manera modesta, para poder emplear una mayor cantidad de sus ingresos en obras de beneficencia.

(1) *Leaving no memorial but a world Made better by their lives.*

Una de las primeras mejoras públicas á que se consagró fué la de los caminos reales de la metrópoli, en lo que tuvo éxito hasta cierto punto. Prevaleciendo el rumor de una invasión francesa en 1775, fijó su atención Hanway en el mejor modo de tener siempre á mano el mayor número de marineros. Convocó una asamblea de comerciantes y propietarios de buques en la Bolsa Real, y allí les propuso que se constituyeran en una sociedad para proveer de hombres y mozos voluntarios que sirviesen á bordo de los buques reales. La proposición fué recibida con entusiasmo : formóse una sociedad y se nombraron las comisiones, dirigiendo Hanway todas sus operaciones. El resultado fué la creación de la sociedad de Marina en 1776, institución que ha sido de gran provecho nacional, y hasta el día es de utilidad grande y eficaz. Á los seis años de su establecimiento habían sido enseñados y provistos cinco mil cuatrocientos cincuenta y un mozos y cuatro mil setecientos ochenta y siete hombres por la Sociedad y agregados á la marina, y hasta hoy ésta funciona y coloca anualmente como grumetes, principalmente en la marina mercante, á unos seiscientos muchachos pobres, después de una educación esmerada.

Hanway consagró el tiempo que le quedaba libre en mejorar ó establecer institutos públicos importantes en la metrópoli. Desde muy atrás tomó activo interés en el hospital de expósitos, que había sido establecido por Tomás Coram hacía muchos años, pero el cual por estimular á los padres á abandonar sus hijos al cuidado de la caridad pública, amezaba producir más daño que bien. Se resolvió á tomar medidas que detuviesen el mal, entrando en la tarea frente á frente de la filantropía *fashionable* (1) de la época ; pero sosteniéndose en su propósito consiguió al fin traer otra vez la caridad á su verdadero objeto ; y el tiempo y la experiencia han probado que tenía razón. También fué establecido el hospital Magdalena debido en gran parte á los esfuerzos de Hanway. Pero sus empeños más laboriosos y perseverantes fueron en favor de los niños pobres de las parroquias. La miseria y el abandono en que crecían los hijos de los pobres de las parroquias, y la mortalidad que existía entre ellos, era espantosa; pero no había en pie ningún movimiento *fashionable* para

(1) Elegante; de buen tono; perteneciente á personas de la alta sociedad.

disminuír el sufrimiento, como en el caso de los expósitos. Jonás Hanway reunió, pues, toda su energía para esta empresa. Solo y sin ayuda, averiguó primeramente por medio de su investigación personal la extensión del mal. Exploró los edificios de las clases más pobres de Londres, y visitó las enfermerías de las casas de pobres, con lo que se aseguró de la administración en la metrópoli y sus inmediaciones. En seguida hizo un viaje á Francia y á Holanda, visitando las casas asilos de pobres, y anotando todo aquello que creía que podría ser adoptado con provecho en Inglaterra. De ese modo estuvo ocupado cinco años, y á su regreso á Inglaterra publicó los resultados de sus observaciones. La consecuencia fué que muchos hospicios fueron reformados y mejorados. En 1761 obtuvo un Auto que obligaba á cada parroquia de Londres á llevar un registro anual de todas las criaturas recibidas, sacadas ó fallecidas; y cuidó que el Auto fuera cumplido debidamente, porque inspeccionaba su ejecución con infatigable vigilancia. Andaba de hospicio en hospicio por la mañana y de uno á otro individuo del parlamento por la tarde, día tras día, y un año tras otro, soportando los desaires, contestando á toda objeción y aviniéndose á todo humor. Por fin, después de una perseverancia difícil de igualar, y después de cerca de diez años de trabajo, consiguió otro Auto, á su sola costa (7 Geo. III c. 39.) ordenando que todos los niños de las parroquias comprendidas en las listas ó relaciones de los muertos habidos en un tiempo determinado, no pudieran ser criados en los hospicios, sino que debían serlo á algunas millas de la ciudad, hasta que tuvieran seis años de edad, y esto al cuidado de guardianes elegidos trienalmente. La gente pobre llamaba á esto, *El Auto para conservar la vida de los niños;* y los registros de los años subsiguientes á su publicación, comparados con los que les habían precedido, demostraban que habían sido conservadas miles de vidas gracias á la juiciosa intervención de este hombre bueno y sensato.

Do quiera que hubiese que hacer una obra filantrópica en Londres, era seguro que en ella estaba la mano de Jonás Hanway. Uno de los primeros Autos para la protección de los muchachos deshollinadores, se consiguió por su influencia. Un incendio destructor en Montreal, y otro en Bridgetown, en las Barbadas, le dieron la oportunidad de levantar una subscripción para el socorro de las víctimas. Su nombre aparecía en todas las listas,

y su desinterés y sinceridad eran reconocidos universalmente. Pero no se le dejó que gastara en servicio de otros toda su pequeña fortuna. Cinco de los principales ciudadanos de Londres, á cuyo frente Hoare, el banquero, sin conocimiento del señor Hanway, fueron á ver en corporación á lord Bute, entonces primer ministro, y en nombre de sus conciudadanos pidieron que se tuvieran presentes los desinteresados servicios que este hombre de bien prestaba á su país. El resultado fué su nombramiento, poco después, como uno de los comisionados para el abastecimiento de comestibles de la marina.

Hacia el fin de su vida se hizo muy delicada la salud del señor Hanway, y aunque se vió en la necesidad de renunciar su empleo en la Comisión proveedora, no podía estar ocioso; y se ocupó en el establecimiento de escuelas dominicales; movimiento que entonces comenzaba; ó en socorrer á infelices negros, muchos de los cuales erraban desprovistos de todo auxilio por las calles de la metrópoli; ó en aliviar las penalidades de alguna clase pobre y abandonada de la sociedad. Á pesar de su familiaridad con la miseria bajo todas sus formas y aspectos, era uno de los seres más joviales, y si no hubiera sido por esa jovialidad, nunca hubiera podido realizar con su constitución tan delicada tanto trabajo impuesto á sí mismo. Nada temía tanto como la poca actividad. Aunque débil, era intrépido é infatigable; y su valor moral era de primer orden. Podrá ser considerado como cosa demasiado trivial para ser mencionado el que haya sido el primero que se aventurara á pasear por las calles de Londres con un paraguas. Pero dejad que cualquiera comerciante de Londres se aventure á pasear à lo largo de Cornhill con un sombrero puntiagudo chino, y se verá que se necesita cierto grado de valor moral para perseverar en ello. Después de haber usado paraguas durante treinta años, vió por fin Hanway que la generalidad usaba también ese artículo.

Hanway era hombre de escrupuloso honor, veracidad, é integridad; y podía confiarse en cualquier palabra que diera. Tenía un respeto tan grande, que rayaba en reverencia, por el carácter del comerciante honrado; y era el único asunto que alguna vez le sedujo para expresar elogios. Practicaba estrictamente lo que profesaba, su conducta fué inmaculada tanto como comerciante y más tarde como comisionado provedor de la marina. No aceptaba ninguna clase de obsequio por pequeño que fuera,

de ningún contratista; y cuando le era enviado algún regalo mientras estuvo en la oficina de proveedurías, lo devolvía cortesmente, contestando que *se había impuesto la regla de no aceptar cosa ninguna de persona alguna que tuviera tratos con la oficina.* Cuando sintió que le iban faltando las fuerzas, se preparó para la muerte con tanta jovialidad como si se hubiera preparado para un paseo por el campo. Envió á casa de sus mercaderes y les pagó, se despidió de sus amigos, arregló sus asuntos, hizo que arreglaran bien su cuerpo, y dejó la vida serena y tranquilamente á los setenta y cuatro años de edad. La propiedad que dejó no alcanzaba á dos mil libras esterlinas, y como no tenía parientes que la necesitasen, la dividió entre varios huérfanos y personas pobres á quienes había favorecido durante su vida. Tal fué, brevemente, la hermosa vida de Jonás Hanway; hombre tan honrado, enérgico, laborioso y sincero, como el mejor que haya vivido.

La vida de Granville Sharp es otro ejemplo notable del mismo poder de energía individual; poder que después fué traspasado al noble grupo de trabajadores por la causa de la abolición de la esclavitud, entre los que eran prominentes Clarkson, Wilberforce, Buxton, y Brougham. Pero, aunque estos hombres fueron gigantes en esta causa, Granville Sharp fué el primero, y quizá el más grande de todos ellos, en cuanto á perseverancia, energía, é intrepidez. Principió la vida como aprendiz de un lencero en Tower-Hill; pero, dejando ese negocio después que hubo terminado su aprendizaje, entró primero de escribiente en el departamento de artillería é ingenieros; y estando ocupado en ese humilde empleo, seguía sin embargo en su obra de la emancipación de los negros. Siempre estaba dispuesto, aun en la época en que era aprendiz, para hacerse cargo de cualquier trabajo voluntario que tendiese á un fin útil. Estando aprendiendo el negocio de lencero, le condujo á frecuentes discusiones sobre puntos religiosos, un aprendiz compañero suyo, que vivía en la misma casa, y era unitario. El joven unitario insistía en que el equívoco concepto trinitario de Granville sobre ciertos pasajes de la Escrituras, emanaba de su falta de conocimiento del idioma griego; y á consecuencia de esto se puso á trabajar inmediatamente por la noche, y poco después había adquirido un conocimiento perfecto del griego. Una controversia parecida, con otro aprendiz compañero suyo, judío de religión, sobre la interpretación de las pro-

fecías, lo llevó también á emprender y vencer las dificultades del hebreo.

Pero la circunstancia que preocupó y dió dirección á la labor principal de su vida, provino de su generosidad y benevolencia. Su hermano Guillermo, cirujano en Mincing Lane, daba consultas grátis á los pobres, y entre los numerosos solicitantes que buscaban alivio en su estudio, fué un pobre negro africano llamado Jonatán Strong. Resultaba que el negro había sido tratado brutalmente por su amo, abogado de las Barbadas que estaba entonces en Londres, y quedó lisiado, casi ciego, é incapaz para el trabajo; visto lo cual por su amo, que ya no lo consideraba útil como ganado, lo echó á la ventura cruelmente para que se muriese de hambre en las calles. Este pobre hombre, con una cantidad de achaques, se mantuvo por algún tiempo mendigando el pan, hasta que dió con Guillermo Sharp, quien le dió algunos medicamentos, y poco después hizo que le admitieran en el Hospital de San Bartolomé, donde fué curado. Al salir del hospital, mantuvieron al negro los dos hermanos para evitar que anduviese por las calles, pero entonces no tenían la menor sospecha de que hubiera alguien que tuviese derecho sobre su persona. Hasta consiguieron una colación para Strong en casa de un boticario, en cuyo servicio permaneció dos años; y un día en que acompañaba á su patrona sentado en el pescante de un coche de alquiler, le reconoció su antiguo amo, el abogado de las Barbadas, y se determinó á recobrar la posesión del esclavo, que había recobrado valor al recobrar su salud. El abogado empleó á dos dependientes del lord Mayor para prender á Strong, y fué alojado en el *Compter*, hasta que pudiera ser embarcado para las Indias Occidentales. Recordando el negro en su cautiverio los bondadosos servicios que Granville Sharp le había hecho en su gran miseria algunos años antes, le envió una carta pidiéndole protección. Sharp había olvidado el nombre de Strong, pero envió un mensajero para adquirir informes, el cual regresó diciendo que los alcaides negaban tener semajante individuo bajo su custodia. Despertáronse sus sospechas, y en seguida se fué á la prisión, é insistió en ver á Jonatán Strong. Fué admitido, y reconoció al pobre negro, guardado allí como esclavo. El señor Sharp encomendó al alcaide principal de la prisión que no entregara á Strong á persona alguna, bajo su más estricta responsabilidad, hasta que hubiera sido llevado ante el lord Mayor, á donde fué inmediata-

mente el señor Sharp, y obtuvo una citación contra las personas que se habían apoderado y puesto en la cárcel á Strong sin tener un auto de prisión. Las partes comparecieron en efecto ante el lord Mayor, y resultó del proceso que el amo anterior de Strong lo había vendido á otro, quien presentó el boletín de venta y reclamó el negro como propiedad suya. Como no había ningún cargo contra Strong, y como el lord Mayor era incompetente para entender en la cuestión legal de la libertad de Strong ó de otra cosa, lo absolvió, y el esclavo siguió fuera del Tribunal á su bienhechor no atreviéndose nadie á tocarle. El dueño del negro le notificó inmediatamente á Sharp que establecería acción para recobrar la posesión del esclavo declarando que se lo habían robado.

La libertad personal del ciudadano inglés, aunque acariciada como una teoría, estaba en esos tiempos (1767) sujeta á transgresiones lamentables, y era violada casi diariamente. La leva de hombres para el servicio de mar se practicaba constantemente, y á más de las rondas de matrícula, había verdaderas partidas de ladrones, de hombres empleados en Londres y en todas las grandes ciudades del reino, para apoderarse de personas para el servicio de la Compañía de la India Oriental. Y cuando los hombres no se necesitaban para la India, eran embarcados para los hacendados de las colonias americanas. En los periódicos de Londres y de Liverpool se anunciaba abiertamente la venta de negros esclavos. Se ofrecían gratificaciones para recobrar y asegurar los esclavos fugitivos, y llevarlos á ciertos buques indicados ya en el río.

La posición del que era reputado como esclavo en Inglaterra era indefinida y dudosa. Las decisiones judiciales que se habían dado por los tribunales eran indecisas y diferentes, sin basarse sobre ningún principio establecido. Aunque era creencia popular de que ningún esclavo podía respirar en Inglaterra, había hombres de toga eminentes que expresaban una opinión enteramente contraria. Los abogados á quienes recurrió el señor Sharp como consejo, para su defensa en la acción que habían entablado contra él en el caso de Jonatán Strong, concurrían generalmente en ese modo de ver, y supo además, por el dueño de Jonatán Strong, que el eminente lord juez principal, Mansfield, y todos los principales abogados eran resueltamente de opinión que el esclavo, por el hecho de venir á Inglaterra, no adquiriría su

libertad, y que podía ser legalmente obligado á volver á la hacienda. Semejante informe habría hecho desesperar á un espíritu menos valeroso y formal que el de Granville Sharp; pero sólo sirvió para estimularle en su resolución de combatir por la libertad de los negros, por lo menos en Inglaterra. « Abandonado por mis defensores profesionales, dice, me ví obligado por falta de ayuda legal regular á hacer una tentativa de defensa propia, aunque ignoraba completamente la práctica de las leyes y sus fundamentos, no habiendo abierto nunca en mi vida un libro de derecho (excepto la Biblia) hasta ese momento, cuando con toda repugnancia emprendí la tarea de investigar en una colección de obras de derecho que había comprado recientemente un librero. »

Todo su tiempo estaba ocupado por el día con los asuntos del departamento de artillería é ingenieros, donde tenía el puesto más laborioso de su oficina; estuvo, pues, en la necesidad de hacer sus nuevos estudios por la noche ó de mañana. Confesó que él mismo se estaba convirtiendo en una especie de esclavo. Escribiéndole á un sacerdote amigo disculpándose por la tardanza de contestar á una carta, le decía : « Me declaro completamente incapaz de sostener una correspondencia literaria. El poco tiempo que he podido ahorrar del sueño en la noche, y temprano por la mañana, ha sido empleado necesariamente en el exámen de algunos puntos de derecho, que no admitían tardanza, y que sin embargo requerían las investigaciones y examen más diligentes en mi estudio. »

Durante los dos años siguientes dedicó el señor Sharp todo momento libre de que podía disponer, al estudio atento de las leyes inglesas que se referían á la libertad personal, caminando por una inmensa masa de literatura árida y repulsiva, y haciendo extractos de todos los más importantes Autos del Parlamento, resoluciones de los tribunales y opiniones de abogados eminentes, conforme iba adelantando. En esta investigación fastidiosa y prolongada, no tuvo ni instructor, ni ayudante, ni consejero. No pudo encontrar un solo abogado cuya opinión fuera favorable á su empresa. Los resultados de sus investigaciones fueron, sin embargo, tan halagüeños para él como sorprendentes para los señores del foro. « Gracias sean dadas á Dios, escribió, nada hay en ninguna ley ó estatuto ingleses, por lo menos que yo haya podido encontrar, que pueda justificar el es-

clavizar á otros. » Había sentado su planta en firme, y ahora de nada dudaba. Puso por escrito el resultado de sus estudios en una forma sumaria; era una exposición llena, clara y viril, titulada : « Sobre la injusticia de tolerar la esclavitud en Inglaterra, » y numerosas copias hechas por él mismo, fueron repartidas entre los abogados más eminentes de la época. El amo de Strong, viendo la clase de hombre con quien tenía que habérselas, inventó varios pretextos para diferir el litigio contra Sharp, y al fin propuso un arreglo, que fué rechazado. Granville continuó circulando su tratado manuscrito entre los abogados, hasta que finalmente, aquellos que estaban empleados contra Jonatán Strong, se desanimaron para continuar el proceso, y el resultado fué que el acusador tuvo que pagar el triple de las costas y gastos por no llevar adelante la acción entablada. El tratado fué impreso en 1769.

En el ínterin habían ocurrido otros casos de robar negros en Londres, y de su embarque para ser vendidos en las Indias Occidentales. Donde quiera que Sharp podía echarle la mano á uno de esos casos, en el acto tomaba las medidas necesarias para salvar al negro. Sucedió que la mujer de un tal Hylas, africano, fué cogida y enviada á las Barbadas; á consecuencia de lo cual entabló Sharp demanda legal en nombre de Hylas, contra el agresor, obtuvo una resolución favorable, con daños y perjuicios, y la mujer de Hylas fué traída otra vez libre á Inglaterra.

Habiendo ocurrido en 1770 otra captura violenta de un negro, acompañada de gran crueldad, se puso en el acto sobre la pista de los agresores. Un africano llamado Lewis, fué cogido en una noche obscura por dos boteros empleados por la persona que reclamaba al negro como propiedad suya, fué arrastrado á la ribera, echado en un bote, donde fué amordazado y atadas sus piernas; y en seguida, remando río abajo, le llevaron á bordo de un buque destinado á Jamaica, donde iba á ser vendido como esclavo al llegar á la isla. Sin embargo, los gritos del pobre negro habían llamado la atención de algunos vecinos, uno de los cuales se fué directamente á casa del señor Granville Sharp, conocido ya como amigo de los negros, y le refirió el atentado. Sharp obtuvo inmediatamente una orden del juez para volver á Lewis, y se dirigió á Gravesend, pero al llegar allí ya se había hecho el buque á la vela para los Downs. Se obtuvo un mandamiento de *hábeas corpus*, que fué enviado á Spithead, y antes

que el buque hubiese dejado las costas de Inglaterra habíase dado cumplimiento al mandamiento. El esclavo fué encontrado encadenado al palo mayor, bañado en lágrimas, dirigiendo tristes miradas á la tierra de que iba á ser arrancado. Fué libertado inmediatamente, vuelto á Londres, y un auto de prisión expedido contra el autor del atentado. La prontitud de la cabeza, del corazón, y del brazo, desplegada por el señor Sharp en esta circunstancia, difícilmente podría ser superada, y sin embargo, se acusaba á sí de lentitud. El caso fué juzgado ante lord Mansfield, cuya opinión, se recordará, que había sido opuesta decididamente á la que abrigaba Granville Sharp. El juez, sin embargo, evitó llevar el caso á una resolución, ni dió opinión alguna sobre la cuestión legal de la libertad personal del esclavo, ó de otro modo, pero dió por libre al negro porque el demandado no pudo presentar testimonio de que Lewis era su propiedad, ni aun nominalmente.

Así es que en Inglaterra quedaba sin decidirse la cuestión de la libertad personal del negro; pero en el ínterin continuó el señor Sharp firme en su empresa benévola, y gracias á sus esfuerzos infatigables y prontitud de acción, fueron agregados muchos otros á la lista de los salvados ya. Al fin ocurrió el caso importante de Jaime Somerset; caso que fué escogido, según el mutuo deseo de lord Mansfield y el señor Sharp, para traer á un resultado legal y claro, la gran cuestión que envolvía. Somerset había sido traído á Inglaterra por su amo, y dejado allí. Después trató de prenderle su amo, para enviarlo á Jamaica y venderle. El señor Sharp, como de costumbre, tomó en el acto parte en interés del negro, y empleó un abogado para defenderle. Lord Mansfield insinuó que el caso era de una importancia general tal, que iba á pedir la opinión de todos los jueces respecto de él. El señor Sharp sintió que iba á tener que contender con toda la fuerza que pudieran reunir en contra suya, pero de ninguna manera cambió de resolución. Afortunadamente para él en esta lucha formal, ya habían principiado á hacerse sentir sus esfuerzos : se tomó mayor interés en la cuestión y muchos hombres eminentes del foro declararon abiertamente que estaban de su parte.

La causa de la libertad personal, en peligro entonces, fué juzgada equitativamente ante lord Mansfield, ayudado por tres jueces, y juzgada sobre el principio amplio y claro del derecho

esencial y constitucional que tiene todo hombre en Inglaterra á la libertad de su persona, á menos de perderla por infracción de las leyes. Es innecesario entrar en ningún relato sobre este gran juicio; los argumentos se extendieron mucho; la causa fué dejada para otro término — siendo diferida y aplazada — pero al fin fué pronunciada la sentencia por lord Mansfield, en cuyo espíritu poderoso habían operado un cambio tan gradual los argumentos del abogado, basados principalmente sobre el tratado de Granville Sharp, que declaró entonces que la Corte estaba tan unánime en su opinión, que no había necesidad de enviar el caso á los dos jueces. Declaró luego que la demanda de esclavitud en ningún caso podría ser apoyada; que la facultad que se pretendía no había estado nunca en uso en Inglaterra, ni había sido reconocida por la ley; y por lo tanto, tenía que ser absuelto el individuo Jaime Somerset. Al conseguir Guillermo Sharp esta sentencia abolió completamente el tráfico de esclavos, que hasta entonces se había hecho públicamente en las calles de Liverpool y de Londres. Pero también estableció firmemente el glorioso axioma de que, tan luego como un esclavo pone su pie sobre el suelo inglés, es libre desde el mismo momento; y no puede dudarse de que esta resolución de lord Mansfield se debió principalmente á la firme, resuelta é intrépida prosecución de la causa hecha por el señor Sharp desde el principio hasta el fin.

Ya es innecesario seguir más adelante la carrera de Granville Sharp. Continuó trabajando infatigablemente en todas las obras buenas. Fué la causa de fundar la colonia de Sierra Leona como un asilo para los negros salvados. Trabajó en mejorar la condición de los indígenas en las colonias americanas. Agitó la ampliación y extensión de los derechos políticos del pueblo inglés, y se esforzó en realizar la supresión de las levas para la marina. Sostenía Sharp que el marino inglés, lo mismo que el negro africano, tenía derecho á la protección de la ley; y que el hecho de que él escogiera la vida de mar, de ninguna manera le privaba de sus derechos y privilegios de inglés, entre los cuales ponía él como el primero la libertad personal. El señor Sharp se empeñó también, aunque sin resultado favorable, en restablecer la amistad entre Inglaterra y sus colonos en América; y cuando estalló la guerra fratricida de la revolución americana, fué tan escrupuloso su sentimiento de integridad, que, dispuesto á no tener participación alguna en un asunto tan con-

trario á la naturaleza, renunció su empleo en el departamento de artillería é ingenieros,

Hasta el fin trabajó en el gran propósito de su vida, la abolición de la esclavitud. Para llevar adelante su obra, y organizar los esfuerzos de los crecientes amigos de la causa, fué fundada la Sociedad para la abolición de la esclavitud, y nuevos hombres, inspirados por el celo del ejemplo de Sharp, salían y ofrecían ayudarle. Su energía se hizo común y la abnegación con que había trabajado solo por tanto tiempo, se transmitió finalmente á la nación misma. Su manto cayó sobre Clarkson, sobre Wilberforce, sobre Brougham, y sobre Buxton, quienes trabajaron como él lo había hecho antes, con igual energía y firmeza de propósito, hasta que al fin fué abolida la esclavitud en todos los dominios británicos. Pero aunque los nombres mencionados puedan ser identificados más frecuentemente con el triunfo de esta gran causa, pertenece indudablemente el mérito principal á Granville Sharp. No fué estimulado por ninguna de las aclamaciones del mundo cuando puso manos á la obra. Estuvo solo, opuesto á la opinión de los más hábiles abogados y á las preocupaciones más arraigadas de su tiempo, y solo combatió, con sus esfuerzos personales, y á su costo particular, la más memorable batalla por la constitución de este país y la libertad de los súbditos británicos, de que hagan mención los tiempos modernos. Lo que se consiguió fué naturalmente consecuencia de su infatigable constancia. Encendió la antorcha que iluminó á otros espíritus, y fué pasada de mano en mano hasta que la luz se hizo completa.

Antes de la muerte de Granville Sharp, ya había dirigido Clarkson au atención á la cuestión de la esclavitud del negro. Hasta la hahía escogido como tema de una conferencia de colegio, y su espíritu se preocupó tanto con ella que no podía desecharla ni por un momento. Aún se señala el lugar, cerca de Wade Mill, en Hertfordshire, donde un día bajó del caballo, y sentándose desconsolado sobre el césped al lado del camino, resolvió, después de madura reflexión, consagrarse por completo á esa tarea. Tradujo su disertación del latín al inglés, le agregó nuevos ejemplos y la publicó. Entonces se agruparon en torno suyo otros compañeros de trabajo. Ya había sido formada la Sociedad para la abolición de la esclavitud, aunque él lo ignoraba; pero una vez que lo supo se unió á ella. Sacrificó todas

sus esperanzas futuras en la vida para consagrarse á esta causa. Wilberforce fué elegido para dirigir el debate en el Parlamento; pero le tocó principalmente á Clarkson la tarea de reunir y arreglar la inmensa masa de pruebas presentada en apoyo de la abolición. Un notable ejemplo de la especie de perseverancia de *perro perdiguero* de Clarkson, puede citarse aquí. Los patronizadores de la esclavitud, sostenían en el curso de su defensa del sistema, que sólo eran vendidos como esclavos aquellos negros cogidos en calidad de prisioneros de guerra, y que si no eran vendidos así, les estaba reservada una suerte más espantosa en su país. Clarkson conocía la caza de esclavos hecha por los traficantes, pero no tenía testigos para probarlo. Un caballero con quien se relacionó casualmente en uno de sus viajes, le informó que había un marinero joven, en cuya compañía estuvo hacía como un año, que efectivamente había estado ocupado en esas expediciones de caza de esclavos. El caballero no sabía su nombre, y apenas pudo dar imperfectamente su filiación. No sabía dónde estaba, sino que pertenecía á un buque de guerra en actual servicio, pero no sabía en qué puerto. Con esta escasa parte de informes, se resolvió Clarkson á presentar á este individuo como testigo. Visitó personalmente todos los pueblos puertos de mar en que había buques en actual servicio; visitó y examinó todos los buques sin resultado favorable, hasta que llegó al *último* puerto, y encontró al joven, su premio, en el *último* buque que quedaba por visitar. El joven resultó ser uno de sus más valiosos y eficaces testigos.

Durante varios años tuvo Clarkson correspondencia con más de cuatrocientas personas, viajando en busca de pruebas, más de treinta y cinco mil millas. Al fin quedó imposibilitado y agobiado por una enfermedad, producida por sus contínuos esfuerzos: pero no abandonó el campo hasta que su celo hubo despertado por completo el espíritu público, y animado las ardientes simpatías de todos los hombres buenos en favor del esclavo.

Después de varios años de prolongada lucha, fué abolido el tráfico de esclavos. Pero faltaba aún que llevar á cabo otra gran hazaña; la abolición de la esclavitud en todos los dominios de la Gran Bretaña. Y en ello ganó otra vez el triunfo la energía resuelta. De los corifeos de la causa, nadie era más distinguido que Fowell Buxton, que tomó la posición ocupada antes por Wilberforce en la cámara de los comunes. Buxton fué un

joven tardo y falto de espíritu, que se distinguía por su terquedad, al principio manifestada en una obstinación violenta, dominante, y testaruda. Su padre murió siendo él aún niño ; pero afortunadamente tenía una madre discreta, que educó su voluntad con gran cuidado, obligándole á obedecer, pero estimulándole en el hábito de decidir y obrar por sí mismo en asuntos que se le podían encargar con seguridad. Su madre creía que una voluntad fuerte, dirigida hacia objetos dignos, era una cualidad valiosa y viril si la guiaban convenientemente, y obró de conformidad con esto. Cuando otros comentaban la terquedad del niño, se limitaba ella á decir : « No importa — ahora es terco -- ya veréis como después ha de cambiar favorablemente. » Fowell aprendió muy poco en la escuela, y era considerado como un zote y un holgazán. Hacía que otros niños le hiciesen sus ejercicios, mientras andaba retozando y riñendo por otras partes. Regresó á su casa á los quince años de edad, hecho un muchachón, crecido y desairado ; gustando únicamente andar remando por el río, cazando, correteando á caballo, y de todo entretenimiento de caza, pasando su tiempo principalmente con el guarda del coto, hombre que tenía un buen corazón, y que era observador inteligente de la vida y de la naturaleza, aunque no sabía leer ni escribir. Buxton tenía en sí excelente materia primera, pero carecía de cultura, de educación y de adelantos. En esta sazón de su vida, cuando sus hábitos se estaban formando para el bien ó para el mal, entró afortunadamente en la sociedad de la familia Gurney, distinguida por sus bellas cualidades sociales no menos que por su cultura intelectual y filantropía decidida hacia todos. Este trato con los Gurney dió colorido á su vida, según lo decía después. Estimularon sus esfuerzos por su cultura propia ; y cuando fué á la universidad de Dublín y ganó los primeros premios, constituyó la pasión alentadora de su espíritu, segun él *poderles llevar los premios que ellos me habían estimulado á ganar*. Se casó con una de las hijas de la familia, y comenzó su vida como dependiente de sus tíos Hambury, fabricantes de cerveza en Londres. Su fuerza de voluntad, que lo hacía ser tan difícil de manejar cuando era muchacho, formaba entonces *la espina dorsal* de su carácter, y le hizo ser infatigable y enérgico en todo lo que emprendía. Echó toda su fuerza y su peso sobre el trabajo ; y el gran gigante, le llamaban el *elefante Buxton*, pues tenía seis pies, cuatro pulgadas de

altura llegó á ser uno de los hombres más vigorosos y prácticos. « Podía, dice — hacer cerveza en una hora, hacer matemáticas en la inmediata, y cazar en la siguiente, y cada una de estas cosas con todo mi corazón y voluntad. » En todo lo que hacía había energía invencible y determinación. Recibido en calidad de socio, fué el administrador activo de la empresa; y el vasto negocio que dirigía sentía su influencia en todas sus fibras, y prosperó mucho más allá de lo que hasta entonces. Ni tampoco dejó que su espíritu permaneciera ocioso, pues ocupaba sus noches activamente en el cultivo intelectual, estudiando á Blackstone, Montesquieu, y sólidos comentarios de las leyes inglesas. Sus máximas de lectura eran: — *No principiar nunca un libro sin concluirlo; no considerar que se ha concluído de leer un libro hasta que no esté uno bien posesionado del contenido, y estudiar todas las cosas con el mayor propósito de atención.*

Buxton entró en el parlamento cuando no tenía más que treinta y dos años, y en el acto tomó allí esa posición de influencia que todo hombre honrado, formal é instruído, está seguro de obtener al entrar en aquella asamblea compuesta de los primeros caballeros del mundo. La primer cuestión á que se consagró fué la emancipación completa de los esclavos en las colonias británicas. Acostumbraba atribuír el interés que desde un principio había experimentado por esta cuestión, á la influencia de Priscila Gurney, de la familia de Earlham, mujer de inteligencia superior y ardiente corazón, conjunto de ilustres virtudes. Cuando estaba en su lecho de muerte, en 1821, mandó llamar repetidas veces á Buxton, y le pedía con vehemencia que *hiciera de la causa de los esclavos el gran propósito de su vida.* Su último acto fué el intento de reiterar el encargo solemne, y murió en medio de un esfuerzo ineficaz. Jamás olvidó Buxton su consejo; dió á una de sus hijas el nombre de Priscila; y el día en que se casó y salió de su casa, el 1.° de agosto de 1834 — día de la emancipación de los negros — después que su Priscila había sido manumitida de su servidumbre filial, y había dejado la casa de su padre en compañía de su esposo, sentóse Buxton y escribió á un amigo: « ¡La novia acaba de irse; todo ha tenido lugar admirablemente, y *no hay un solo esclavo en las colonias británicas!* »

Buxton no era un genio, ni un gran poder intelectual, ni un

descubridor, sino un hombre virilmente serio, recto, resuelto, y enérgico. Todo su carácter está expresado del modo más enérgico en sus propias palabras, que los jóvenes deberían tener grabadas en su alma : « Cuanto más vivo, dijo, tanto más me convenzo de que la gran diferencia entre los hombres, entre el el débil y el fuerte, el grande y el pequeño, es la *energía—invencible determinación* —un propósito fijado una vez, y después¡ la muerte ó la victoria ! Esa cualidad realizará cualquier cosa que pueda hacerse en este mundo ; y sin ella ningún talento, ninguna circunstancia, ninguna oportunidad, harán de una criatura bípeda *un hombre.* »

CAPITULO IX

LOS HOMBRES DE NEGOCIOS

¿Ves á un hombre activo en sus negocios? estará de pie, ante los reyes. — PROVERBIOS DE SALOMÓN (1).

El hombre que no está educado en los negocios, pertenece sólo á la parte inferior de la sociedad. — OWEN FELTHAM (2).

Hazlitt, en uno de sus notables ensayos, representa al hombre de negocios como una clase de persona ruin tirando de una carretilla, uncida á un tráfico ó profesión; sosteniendo que toda su obligación es no salirse de su camino trillado, limitándose á dejar que sus asuntos sigan su propio curso. « El gran requisito, para el manejo próspero de los negocios ordinarios, dice, es la falta de imaginación; ó de alguna idea fuera de aquellas de la costumbre y del interés en la escala más limitada. » (3.) Pero nada puede ser más injusto ni menos verdadero, que semejante definición. Por supuesto que hay hombres de negocios de pocos alcances, como hay hombres científicos de entendimiento limitado, literatos, y legisladores; pero también hay hombres de negocios de espíritu vasto y comprensivo, capaces de una acción llevada á su más vasta escala. Como ha dicho Burke en su dis-

(1) *Seest thou a man diligent in his business? he shall stand before kings.* — PROVERBS OF SALOMÓN .

(2) *That man is but of the lower part of the world that isn't brought up to business and affairs.* — OWEN FELTHAM.

(3) *El pensamiento y la acción.*

curso sobre el proyecto de ley de la India, que conocía hombres de Estado que eran mercachifles, y comerciantes que obraban con la inteligencia de estadistas.

Si tomamos en consideración las cualidades necesarias para la conducción afortunada de cualquier empresa importante — que requiera aptitud especial, prontitud de acción en las circunstancias, capacidad para organizar los quehaceres, á veces de un número grande de personas, gran tacto y conocimiento de la naturaleza humana, constante educación propia, y creciente experiencia de los asuntos prácticos de la vida — creemos que debe ser obvio que la escuela de los negocios no es tan mezquina como algunos escritores querrían darlo á entender. El señor Helps se ha aproximado más á la verdad al decir que los consumados hombres de negocios son casi tan raros como los grandes poetas, quizá más raros que verdaderos santos y mártires. Á la verdad, de ninguna otra carrera se puede decir tan enfáticamente como de ésta, que *los negocios forman á los hombres*.

Sin embargo, ha sido un sofisma favorito de los tontos de todas las épocas, que los hombres de genio son incapaces para los negocios, como así mismo que las ocupaciones de los negocios, inutilizan á los hombres para las carreras del ingenio. El desgraciado joven que se suicidó hace unos cuantos años porque había *nacido para ser un hombre y estaba condenado á ser un almacenero,* probó con este hecho que su alma no estaba ni á la altura siquiera de la droguería. Porque no es la profesión lo que degrada al hombre, sino el hombre quien degrada á la profesión. Todo trabajo que produce ganancia honrada es honroso, ya sea del espíritu ó manual. Los dedos podrán mancharse; sin embargo quedará puro el corazón; porque no es tanto la suciedad material como la moral la que mancha, la codicia mucho más que la mugre, y el vicio más que el cardenillo.

Los más grandes no han desdeñado trabajar honrada y útilmente para ganarse la vida, aunque al mismo tiempo tenían en vista cosas más elevadas. Thales, el primero de los siete sabios, Solón, el segundo fundador de Atenas, é Hyperates, el matemático, eran negociantes. Platón, llamado el divino á causa de la excelencia de su sabiduría, pagó sus gastos de viaje por Egipto, con las ganancias sacadas del aceite que vendía en sus jornadas. Espinoza se mantenía puliendo vidrios mientras proseguía en sus

investigaciones filosóficas. Linneo, el gran botánico, proseguía sus estudios y martillaba cuero para hacer calzado. Shakspeare fué un afortunado empresario de teatro, enorgulleciéndose quizá más de sus cualidades prácticas en ese oficio que de sus escritos dramáticos y poseías líricas. Pope era de opinión que el principal objeto en Shakspeare al cultivar la literatura era asegurarse una honrada independencia. En verdad, parece haber sido completamente indiferente á la gloria literaria. No se sabe que haya dirigido la publicación de un solo drama, ni que siquiera haya autorizado su impresión; y la cronología de sus escritos es aun un misterio. Es cierto, sin embargo, que adelantó en sus negocios, y realizó lo suficiente para permitirle retirarse con un capital á su pueblo natal, en Stratfor-upon-Avon.

Chaucer fué soldado en sus primeros años, y después vista de aduana, é inspector de bosques y tierras públicas. Spenser fué secretario del virey de Irlanda, después fué *Jerif* de Cork, y se dice que era sagaz y atento en matería de negocios. Milton, maestro de escuela al principio, fué elevado al puesto de secretario del consejo de Estado durante la Comuna; y el Libro de Órdenes existente del Consejo, lo mismo que muchas cartas de Milton que se conservan, dan abundante testimonio de su actividad y utilidad en ese empleo. Sir Isaac Newton probó que era un eficaz director de la Casa de Moneda, habiéndose ejecutado la nueva acuñación en 1694, bajo su inmediata vigilancia personal. Cowper se enorgullecía de su puntualidad comercial, aunque confesó que « nunca había conocido á un poeta, exceptuándose él mismo, que fuera puntual en cosa alguna. » Pero contra esto podremos oponer las vidas de Wordsworth y de Scott; el primero distribuidor de sellos, y el segundo escribiente de un tribunal de sección, quienes aunque eran grandes poetas, fueron hombres de negocios eminentemente puntuales y prácticos. David Ricardo, en medio de sus ocupaciones como agente de cambio en Londres, en cuyo negocio hizo una gran fortuna, pudo concentrar su espíritu en su tema favorito — sobre el cual ha dado mucha luz — los principios de economía política; por que unía en sí el sagaz hombre de comercio y el profundo filósofo. Baily, el astrónomo eminente, era otro agente de cambio; y Allen, el químico, era un fabricante de sederías.

Tenemos abundantes ejemplos en nuestros días, del hecho de que la más elevada facultad intelectual no es incompatible en el

cumplimiento activo y eficaz de las obligaciones de la rutina. Grote, el gran historiador de Grecia, era un banquero de Londres. Y no hace mucho que Juan Stuart Mill, uno de nuestros pensadores más grandes actuales, se retiró del departamento de revisión de la Compañía de las Indias Orientales, llevando consigo la admiración y el aprecio de sus compañeros de empleo, no á causa de sus elevadas concepciones filosóficas, sino por la eficiencia que había establecido en su oficina, y el modo completamente satisfactorio como había conducido los negocios de su departamento.

La senda del éxito en los negocios es generalmente la senda del sentido común. En esto son tan necesarias la paciente labor y la aplicación como en la adquisición del saber ó en la prosecución de la ciencia. Decían los antiguos griegos : « Para llegar á ser un hombre hábil en cualquier profesión se requieren tres cosas : naturaleza, estudio, y práctica. » En los negocios la práctica es el gran secreto del éxito, cuando es mejorada sabia y diligentemente. Algunos podrán hacer lo que se llama *golpes de fortuna*, pero al igual del dinero ganado en el juego, esos *golpes* quizá no sirvan sino para llevar á uno á la ruina. Bacon tenía la costumbre de decir que en los negocios como en los caminos, el camino más corto era comunmente el más sucio, y que si un hombre quería ir por el mejor tenía que andar rodeando un poco. La jornada podrá ocupar más tiempo, pero el placer del trabajo que á ello se une y el goce de los resultados producidos, serán más genuinos y sin mezcla. Tener que hacer determinada tarea diaria aunque sea de la clase más común, hace más grato el resto de la vida.

La fábula de los trabajos de Hércules es el tipo de toda obra y éxito humanos. Debiera hacerse que todo joven sintiera que esta felicidad y prosperidad de la vida tienen necesariamente que contar principalmente con él mismo y en el empleo de sus propias energías, más bien que sobre la ayuda y la protección de los otros. El difunto lord Melbourne dió cuerpo á un consejo útil en una carta que escribió á lord Juan Russell, en contestación á una solicitud de un empleo para uno de los hijos del poeta Moore : « Mi querido Juan, decía, te devuelvo la carta de Moore. Estaré dispuesto á hacer lo que quieras sobre ello cuando tengamos los medios. Creo que cualquier cosa que se haga deberá serlo para Moore mismo. Esto es más distinto,

directo, é inteligible. Es difícil justificar el hacer pequeñas provisiones para los jóvenes; y entre todas las cosas es la más perjudicial para ellos mismos. Creen que lo que tienen es más de lo que en realidad es, y no nacen esfuerzos. Los jóvenes jamás debieran oir otro lenguaje que este: « Tenéis que abriros vuestro propio camino, y depende de vuestros esfuerzos el que hayáis de perecer de hambre ó no. Creeme, etc. MELBOURNE. »

La laboriosidad práctica, sabia y vigorosamente aplicada, siempre produce sus debidos resultados. Eleva á un hombre, pone de manifiesto su carácter individual, y estimula la acción de otros. Puede ser que todos se eleven igualmente; sin embargo, cada uno lo hará conforme á sus merecimientos. — *Aunque todos no pueden vivir en la plaza,* dice el proverbio toscano, *cada uno puede disfrutar del sol.*

En conjunto no es bueno que la naturaleza humana tenga hecho el camino muy igual. Es mejor estar en la necesidad de trabajar recio y andar virilmente, que tener todo hecho al alcance de la mano, y una almohada de plumas para descansar. Es verdad, emprender la vida con medios comparativamente pequeños, parece ser tan necesario como un estímulo para trabajar, que casi se le podría establecer como una de las condiciones esenciales del éxito en la vida. De aquí que contestara un juez eminente cuando se le preguntó qué era lo que más contribuía al éxito en el foro: « *Algunos lo tienen por su gran talento, por sus altas relaciones; otros varios por milagro, pero la mayor parte por comenzar sin un chelín.*

Hemos oído de un arquitecto de distinguidas dotes — hombre que se había educado con largo estudio, y con los viajes por los clásicos países de Oriente — que volvió á Inglaterra para principiar á trabajar en su profesión. Se resolvió á comenzar donde quiera, con tal de estar empleado: y de conformidad con esto emprendió un negocio enlazado con el derribo de casas viejas — una de las ramas más ínfimas y menos remunerativas de la profesión de ingeniero. Pero tenía el buen sentido de no ponerse más arriba de su oficio, y tenía la determinación de abrirse paso adelantando con su trabajo, de modo que sólo tuvo un principio modesto. Un día caluroso de julio le encontró un amigo sentado con las piernas abiertas sobre el techo de una casa, ocupado en su negocio de derribo. Pasándose la mano por la cara, exclamó: « He aquí un lindo negocio para un hombre que ha andado por

toda la Grecia. » Sin embargo, hizo su trabajo, tal cual era, completo y bien; perseveró hasta que adelantó por grados de ocupación más remuneradoras, y por fin llegó á las más elevadas sendas de su profesión.

La necesidad del trabajo, en verdad, puede ser considerada como la principal raíz y resorte de todo lo que llamamos progreso en los individuos, y civilización en las naciones; y es dudoso que se pudiera imponer una maldición más pesada sobre el hombre que la satisfacción de todos sus deseos sin esfuerzos de su parte, no dejando nada para sus esperanzas, deseos, ó luchas. El sentimiento de que la vida carece de motivo ó necesidad para la acción, debe ser entre todos el más desesperador é insoportable para un ser racional. Preguntándole el marqués de Espínola á sir Horacio Vere, de qué había muerto su hermano, le contestó sir Horacio: — *¡Murió, señor, de no tener nada que hacer!* — *¡Ay! — dijo Espínola, — eso es bastante para matar á cualquiera general de todos nosotros.*

Aquellos que fracasan en la vida son, sin embargo, muy aptos para asumir un tono de inocencia ofendida, y deducen precipitadamente de que todos, excepto ellos mismos, han tenido una parte en sus infortunios personales. Un escritor eminente publicó últimamente un libro, en que describe sus numerosos fracasos en los negocios, admitiendo ingenuamente al mismo tiempo, que ignoraba la tabla de multiplicar, y llegaba á la conclusión de que la causa real de su mal éxito en la vida, era el espíritu adorador del dinero de la época presente. Lamartine no titubeó tampoco, en confesar su desprecio por la aritmética; pero, si éste hubiese sido menor, no hubiéramos presenciado probablemente el indecoroso espectáculo de ver ocupados á los admiradores de ése personaje distinguido, recogiendo subscripciones para su sustento en la ancianidad.

Además, consideran algunos que han nacido con mala suerte, y se forman la idea fija de que el mundo anda invariablemente contra ellos sin que por su parte tengan la más mínima culpa. Hemos oído decir á una persona de esta clase; que si hubiera sido sombrerero, habrían nacido las personas sin cabeza! Hay, sin embargo, un proverbio ruso que dice que el *infortunio es vecino de la estupidez*; y se encontrará á menudo que aquellos hombres que continuamente se lamentan de su suerte, están cosechando de un modo ó de otro las consecuencias de su pro-

pio descuido, mal manejo, imprevisión, ó falta de aplicación. El doctor Johnson que llegó á Londres con una sola guinea en el bolsillo, y que una vez se describió exactamente *en su firma*, en una carta dirigida á un noble lord, como *impransus*, ó falto de comida, ha dicho honradamente : « Todas las quejas que se dirigen contra la sociedad son injustas ; jamás he conocido á un un hombre de mérito que haya sido desatendido ; si no ha tenido éxito, ha sido casi siempre por su propia culpa. »

Wáshington Irving, el célebre autor americano, tenía las mismas ideas sobre este punto. « Por lo que hace al dicho de que las personas de mérito modesto son desatendidas,— decía — es á menudo una jerigonza, por la cual tratan los hombres indolentes é irresolutos de poner su falta de éxito á la vista del público. El mérito modesto es, sin embargo muy apto de ser inactivo, ó negligente, ó mérito sin educación. El talento bien maduro y bien disciplinado siempre está seguro de tener un mercado; en el supuesto de que se esfuerce ; pero no debe acurrucarse en su casa y esperar á que le vayan á buscar. Hay mucho de jerigonza, también sobre el éxito de los hombres entrometidos é impudentes, mientras que á los hombres de valer y humildes se les deja con abandono. Pero sucede generalmente que esos hombres entrometidos tienen la valiosa cualidad de la prontitud y actividad sin las cuales el valer no es más que una mera propiedad improductiva. — *Un perro ladrador es á menudo más útil que un león dormido.*

La atención, la aplicación, la exactitud, el método, la puntualidad y la prontitud, son las principales cualidades requeridas para la conducta eficiente de los negocios de cualquiera clase que sean. Estas pueden parecer á primera vista que son pequeñeces ; y con todo, son de importancia esencial para la felicidad, el bienestar, y la utilidad humana. Son pequeñas cosas, es cierto; pero la vida humana está formada relativamente de pequeñeces. La repetición de pequeños actos es lo que constituye no solamente la suma del carácter humano, sino lo que determina el carácter de las naciones. Y allí en donde los hombres ó las naciones han caído, se encontrará invariablemente que el descuido de las cosas pequeñas ha sido la roca en que se han estrellado. Todo ser humano tiene deberes que llenar, y por eso, tiene necesidad de cultivar la capacidad necesaria para cumplirlos ; sea que la esfera de acción la constituya el manejo de una casa de familia,

la administración de un negocio, la conducta en su profesión, ó bien el gobierno de una nación.

Los ejemplos que hemos dado ya de grandes trabajadores en los varios ramos de la industria, las artes y la ciencia, hacen innecesario que sigamos insistiendo sobre la importancia de la aplicación perseverante en cualquier condición en la vida. El resultado de la experiencia diaria, demuestra que la firme atención á asuntos de detalle está en el fondo mismo del progreso humano; y que la diligencia sobre todo, es la madre de la buena suerte. La exactitud es también de mucha importancia, é invariablemente es una señal de buena educación en un hombre, la exactitud en la observación, exactitud en el lenguaje y exactitud en la transacción de los negocios. Lo que se haga en los negocios debe ser bien hecho, porque es mejor ejecutar perfectamente una pequeña cantidad de trabajo, que medio hacer diez veces más. Un sabio tenía la costumbre de decir: — *Aguardad un poco, para que concluyamos más pronto.*

Demasiado poca etención se presta, sin embargo, á la importante cualidad de la exactitud. Como nos lo observaba hace poco un hombre eminente en la ciencia práctica: « es sorprendente cuán pocas personas he encontrado yo en el curso de mi experiencia, que puedan *definir exactamente un hecho.* » Sin embargo, en asuntos de negocios, la mamera en que se ajustan hasta los pequeños detalles, es á menudo lo que decide en favor ó en contra de un hombre. Con virtud, capacidad, y buena conducta en otros conceptos, no se puede confiar en la persona que generalmente es inexacta; su trabajo tiene que repasarlo otra vez, y causa de ese modo una infinidad de molestias, vejaciones, y dificultades.

Una de las cualidades características de Carlos Jaime Fox era que se tomaba el mayor cuidado en todo lo que hacia. Cuando fué nombrado secretario de Estado, se picó de una observación que se le hizo respecto de su letra, y tomó un maestro de escritura, y escribió copias como un niño de escuela hasta que hubo adelantado lo suficiente para que su escritura fuese mejor. Á pesar de ser un hombre corpulento, era admirablemente activo en detener la pelota en el juego de raquetas, y cuando se le preguntó cómo lo conseguía, contestó en tono de broma: « Porque soy un hombre que me esmero mucho. » La misma exactitud que manifestaba en asuntos insignificantes manifestaba

en las cosas de mayor importancia; y adquirió su fama, lo mismo que el pintor, por *no descuidar nada.*

El método es esencial, y facilita el que se pueda concluír satisfactoriamente mayor cantidad de trabajo. El método — dijo el reverendo Ricardo Cecil, — es lo mismo que empaquetar cosas en un cajón: un buen embalador meterá la mitad más que uno malo. Era extraordinaria la expedición de asuntos de Cecil, siendo su máxima esta : « El camino más corto para hacer muchas cosas es hacer una sola á la vez; y nunca dejaba una cosa sin terminarla teniendo el propósito de volver á ello en un momento más desocupado. Cuando apuraban los negocios, prefería ocuparse en las horas de la comida y del descanso antes que dejar de hacer alguna parte de su trabajo. La máxima de De Witt era igual á la de Cecil : « Una sola cosa á la vez. » « Si tengo que hacer algunas comunicaciones necesarias, decía, no pienso en otras cosas hasta que las he terminado; si algunos asuntos domésticos requieren mi atención, me entrego por completo á ellos hasta que están puestos en orden.»

Un ministro francés, que era igualmente notable por su prontitud en los asuntos y su constante presencia en las diversiones públicas, fué preguntado cómo se arreglaba para combinar ambas cosas, y contestó : — « Muy sencillamente; nunca dejo para mañana lo que debe ser hecho hoy. » Lord Brougham ha dicho que ciero estadista inglés invertía el procedimiento, y que su máxima era, no despachar hoy un negocio que podía dejarse para mañana. Desgraciadamente, tal es la costumbre de muchos, además del ministro, ya casi olvidado ; esa práctica es la de los indolentes y poco afortunados. Esas personas también tienen inclinación á confiar en agentes, en quienes no siempre se puede confiar. « Si queréis que vuestros asuntos sean hechos, dice el proverbio, id y hacedlos; si no queréis que se hagan, mandad á otro. »

Un indolente caballero del campo, tenía un feudo franco que le producía como quinientas libras esterlinas al año. Comprometido en deudas vendió la mitad del feudo, y alquiló el resto á un labrador industrioso, por veinte años. Hacia el fin del contrato se presentó el labrador para pagar su renta, y le preguntó al dueño si quería vender la granja. « ¿ *Queréis* comprarla ? » preguntó sorprendido el dueño. « Sí, siempre que nos arreglemos en el precio. Es muy extraño — observó el caballero;

hacedme el gusto de decirme, ¿cómo se hace que, mientras que yo no podía vivir con el doble de tierra por la que no tenía que pagar arrendamiento, vos me pagáis con exactitud doscientas libras al año por la granja, y á los pocos años podéis comprarla? » — « La razón es muy clara, le contestó; vos estabáis tranquilamente sentado y decíais: *Andad*, y yo me levanto y digo: *Venid*; vos permanecíais en la cama y disfrutábais de vuestro feudo, yo me levanto muy temprano y atiendo á mi negocio. »

Escribiendo sir Walter Scott á un joven que había obtenido una colocación y le pedía consejo, le dió el siguiente sano aviso: « Tened cuidado de no tropezar contra una propensión que fácilmente os acosa por no tener vuestro tiempo completamente ocupado, me refiero á lo que las mujeres llaman *desperdicio de tiempo en pamplinas*. Vuestro lema debe ser, *Hoc age*. Haced inmediatamente lo que tiene que hacerse, y tomad las horas de recreo después de los negocios, y nunca antes. Cuando un regimiento está en marcha, sucede á veces que la retaguardia es puesta en desorden á causa de que la cabeza de la columna no marcha asentadamente y sin interrupción. Lo mismo sucede con los negocios. Si aquello que está primero en la mano no es despachado inmediata, asentada, y regularmente, se acumulan detrás otras cosas, hasta que los asuntos principian á apurar juntos, y no hay cerebro humano que pueda resistir la confusión. »

La prontitud en la acción puede ser estimulada por una consideración oportuna del valor del tiempo. Un filósofo italiano tenía la costumbre de llamar al tiempo *su propiedad*: propiedad que no produce cosa alguna de valor sin el cultivo, pero, convenientemente mejorada, nunca deja de recompensar la labor del diligente. Si se la deja permanecer inculta, sólo serán sus productos hierbas nocivas y vegetación viciosa de todas clases. Una de las ventajas menores de la ocupación constante es que lo preserva á uno de hacer cosas malas, porque realmente, un cerebro desocupado es el taller del diablo, y un hombre haragán es el almohadón del demonio. Estar ocupado es estar en posesión de un arrendador, mientras que estar ocioso es estar desocupado; y cuando se abren las puertas de la imaginación encuentra fácil entrada la tentación, y penetran en tropel los malos pensamientos. Se observa en alta mar, que los hombres

nunca están más dispuestos á murmurar y á amotinarse que cuando están menos ocupados. De aquí que un viejo capitán, cuando no había nada más que hacer, solía dar la orden de *fregar el ancla.*

Los hombres de negocios están acostumbrados á citar la máxima de que el tiempo es dinero; pero es algo más; el adelanto conveniente de él es la *cultura propia*, el *mejoramiento propio*, y el desarrollo del carácter. Una hora mal gastada diariamente en pequeñeces ó en la indolencia, haría en pocos años un hombre instruído de uno ignorante, si fuese consagrada al *adelanto propio*, y empleada en buenas obras, haría fructífera su vida, y á la muerte dejaría una cosecha de buenas acciones. Quince minutos cada día consagrados al *adelanto propio*, se dejarán sentir al fin de un año. No ocupan lugar los buenos pensamientos y la experiencia reunida cuidadosamente, y pueden ser llevadas de aquí para allá como compañeros nuestros á todas partes, sin gasto ni molestia. Un uso económico del tiempo es el verdadero modo de asegurarse horas desocupadas y de descanso : nos pone en condición de llenar nuestras ocupaciones y adelantarlas, en vez de vernos impelidos por ellas. Por otra parte, el mal cálculo del tiempo nos envuelve en un perpetuo apuro, confusión y dificultades ; y la vida se convierte en un mero descenso á expedientes, seguido generalmente por el desastre. Nelson dijo una vez : « *Debo todo el éxito de mi vida á haber estado sobre cubierta siempre una hora antes de lo que debía.*

Algunos no reflexionan sobre el valor del dinero hasta que se han quedado sin él, y muchos hacen lo mismo con su tiempo. Se deja que corran las horas sin ocupación alguna, y después, cuando la vida mengua rápidamente, recapacitan sobre el deber de hacer un uso más discreto de él. Pero quizá ya se habrá adquirido el hábito de la negligencia y de la ociosidad, y ya no pueden romper los lazos con que ellos mismos se han dejado atar. La riqueza perdida puede ser restaurada por la laboriosidad, el saber perdido por el estudio, la salud perdida por medio de la templanza ó de la medicina, pero el tiempo que ha pasado está perdido para siempre.

Una consideración propia del valor del tiempo inspirará también los hábitos de la puntualidad. — *La puntualidad*, — decía Luis XIV, — *es la cortesía de los reyes.* Es también el deber de

los caballeros, y la necesidad de los hombres de negocios. Nada consigue más pronto la confianza en un hombre que la práctica de ésta virtud, y nada destruye tanto la confianza como la falta de ella. Aquel que es exacto en sus citas y no os hace esperar, demuestra que tiene miramientos por vuestro tiempo lo mismo que por el suyo propio. La puntualidad es uno de los modos por el cual demostramos nuestro respeto personal hacia aquellos con quienes tenemos que tratar en los asuntos de la vida. Es así mismo rectitud de conciencia hasta cierto punto; porque una cita es un contrato, expreso ó implícito, y cuando no se cumple falta á su palabra, como asi mismo usa indebidamente el tiempo de otra persona, y de esa manera pierde incontestablemente su reputación. Llegamos á deducir naturalmente de la persona que es descuidada con respecto á los negocios, que no es propia para que se le pueda confiar el arreglo de asuntos importantes. Cuando el secretario de Wáshington se disculpó por haber llegado tarde y echó la culpa á su reloj, dijo su patrón tranquilamente : — *Entonces tendréis que buscaros otro reloj, ó yo otro secretario.*

La persona negligente para con su tiempo y con su empleo será casi siempre un perturbador general de la paz y tranquilidad de los demás. Dijo con mucha gracia lord Chesterfield hablando del anciano duque de Northumberland : — *Su Gracia pierde una hora por la mañana, y la anda buscando todo el resto del día.* Todo aquel que tenga que hacer algo con el hombre que no es puntual, es seguro que se pondrá febril de vez en cuando : sistemáticamente llega siempre tarde; exacto tan sólo lo es en su irregularidad. Conduce á su desperdicio de tiempo en pamplinas como sobre un sistema; llega á la cita después de la hora; llega á la estación del ferrocarril después que ha salido el tren; pone al buzón sus cartas cuando ya ha sido cerrada la balija. De ese modo todo es confusión, y todo aquel á quien le concierna algo, se exaspera, naturalmente. Se verá generalmente que los hombres que están atrasados de tiempo están igualmente casi siempre atrasados en el éxito; y la sociedad los pone á un lado generalmente para que engruesen las filas de los murmuradores y de los maldicientes contra la fortuna.

Además de las cualidades de trabajo ordinarias, requiere el hombre de negocios de elevada clase, una rápida percepción, y firmeza en la ejecución de sus planes. El tacto es también

importante; y aunque éste es en parte un don de la naturaleza, puede sin embargo ser cultivado y desarrollado por la observación y la experiencia. Los hombres de esta clase son rápidos para percibir el verdadero modo de obrar, y si tienen decisión de propósito, son prontos para llevar á cabo sus empresas con éxito favorable. Estas cualidades son valiosas especialmente, y en realidad indispensables, en aquellos que dirigen la acción de otros hombres en grande escala, como por ejemplo, en el caso de un general en jefe de un ejército en campaña. No es necesario que el general sea grande como guerrero, sino también debe serlo como hombre de negocios. Debe poseer gran tacto, mucho conocimiento del carácter, y habilidad para organizar los movimientos de una gran masa de hombres, á quienes tiene que alimentar, vestir, y proveer de todo lo necesario para que puedan hacer la campaña y ganar la batalla. En este concepto eran Napoleón y Wéllington dos hombres de negocios de primera clase.

Aunque Napoleón tenía un amor inmenso por los detalles, tenía también una facultad vívida de imaginación, que le ponía en condición de ver extensas lineas de acción, y tratar esos detalles en grande escala, con criterio y rapidez. Tenía tal conocimiento del carácter, que le habilitaba para escoger, casi infaliblemente, los mejores agentes para la ejecución de sus propósitos. Pero confiaba lo menos posible en agentes en asuntos de trascendencia de que dependieran importantes resultados. Este rasgo de su carácter está comprobado en grado notable por la *Correspondencia de Napoleón*, que se está publicando, y particularmente por el contenido dèl volumen décimo quinto, (1) que incluye las cartas, órdenes, y despachos escritos por el emperador en Finkenstein, pequeño castillo de la frontera de Polonia en el año 1807, poco después de la victoria de Eylau.

El ejército francés estaba acampado entonces á lo largo del río Passarge, con los rusos á su frente, los austriacos por su flanco derecho, y los prusianos, vencidos, á su retaguardia. Tenía que sostenerse con Francia una larga línea de comunicaciones, á través de un país enemigo; pero esto estaba previsto tan cuidadosamente, que se dice que Napoleón nunca perdió un correo. Los

(1) « Correspondance de Napoléon Ier » publiée par ordre de l'EMPEREUR NAPOLÉON III. (*Paris*, 1864).

movimientos de los ejércitos, la conducción de refuerzos desde lejanos puntos en Francia, España, Italia y Alemania, la apertura de canales y la nivelación de caminos que facilitaran el pronto transporte de los productos de Polonia y de Prusia hasta sus campamentos, ocupaban incesantemente su atención, hasta en sus menores detalles. Le encontramos dando la dirección de donde se podrían encontrar caballos, haciendo arreglos para una provisión adecuada de monturas, ordenando botas para los soldados, y especificando el número de raciones de pan, galleta, y aguardiente que debían ser llevados al campo, ó guardados en los almacenes para el uso de las tropas. Al mismo tiempo le vemos escribiendo á París, dando instrucciones para la reorganización del Colegio Francés, formando un proyecto de instrucción pública, dictando boletines y artículos para el *Monitor*, revisando los detalles del presupuesto, dando instrucciones á los arquitectos con respecto de los cambios que se habían de hacer en las Tullerías y en la iglesia de la Magdalena, intercalando algún sarcasmo contra madame de Staël, y los periodistas franceses, interviniendo para aplacar una pendencia en la grande Ópera, sosteniendo una correspondencia con el sultán de Turquía y el shah de Persia, de modo que mientras su cuerpo estaba en Finkenstein parecía que su espíritu se hallaba trabajando en cien lugares diferentes, en París, en Europa y por todo el mundo.

Le hallamos preguntando á Ney, en una carta, si ha recibido oportunamente los fusiles que le han sido enviados; en otra da instrucciones al príncipe Jerónimo respecto de las camisas, capotes, mantas, botines, chacós, y armas, que debían ser entregados á los regimientos de Wurtemberg, en otra ocasión recomienda seriamente á Cambacéres que envíe al ejército doble cantidad de grano. « Los *sí* y los *pero* — dijo — están ahora fuera de lugar, y sobre todo tiene que hacerse con prontitud. » En seguida informa á Darú, que el ejército necesita camisas, y que éstas no llegan. Á Massena le escribe: « Hacedme saber si ya están terminados vuestros arreglos sobre el pan y las galletas. » Al gran duque de Berg le da instrucciones relativas al equipo de los coraceros. « Se quejan de que á los soldados les faltan sables; enviad un hombre á Posen para conseguirlos. Se dice también que necesitan cascos, ordenad que sean hechos en Ebling... Durmiendo no es como se puede llegar á realizar algo. » De ese modo ningún detalle era descuidado, y eran esti-

muladas para la acción las energías de todos con extraordinario poder. Aunque muchos de los días del emperador estaban ocupados en la inspección de sus tropas — y solía cabalgar algunas veces de treinta á cuarenta leguas en un día — con revista, recepciones, y asuntos del Estado, dejando muy poco tiempo para los negocios, nada descuidaba, sin embargo, sino que consagraba la mayor parte de sus noches, cuando era necesario, á examinar los presupuestos, dictar los despachos y atender á los mil asuntos de detalle en la organización y la marcha del gobierno imperial, cuya maquinaria estaba en su mayor parte concentrada en su cabeza misma.

Al igual que Napoleón, era el duque de Wéllington un hombre de negocios de primera fuerza; y quizá no es decir demasiado, el declarar que á causa de su misma posesión de una facultad especial para los negocios que rayaba en genio, el duque nunca perdió una batalla.

Cuando era subalterno se disgustó con la lentitud de sus ascensos, y habiendo pasado dos veces de la infantería á la caballería, y otra vez á la primera sin haber ascendido, solicitó de lord Camden, entonces virey de Irlanda, que le diera un empleo en la tesorería ó en la comisión de rentas. Si hubiera conseguido lo que deseaba, no hay duda que hubiera llegado á ser un jefe de departamento de primer orden, como había podido ser un comerciante ó fabricante de primer orden también. Pero su petición no fué atendida, y quedó en el ejército para llegar á ser el más grande de los generales británicos.

El duque principió su activa carrera militar á las órdenes del duque de York y del general Walmoden, en Flandes y en Holanda, donde aprendió, en medio de las desgracias y las derrotas, cuanto sirven para abatir la pujanza de un ejército los malos arreglos de los negocios y un mal general en jefe. Dos años después de haber entrado en el ejército, le encontramos como coronel en la India, dando sus superiores, informes sobre él, como de un oficial de infatigable energía y aplicación. Se informaba de los menores detalles del servicio, y trataba de levantar la disciplina de sus soldados al más perfecto dechado. « El regimiento del coronel Wellesley — escribió el general Harris en 1799, — es un regimiento modelo; y está sobre todo elogio en lo que respecta á porte militar, disciplina, instrucción, y conducta ordenada. » Haciéndose así idóneo para puestos de mayor

confianza, fué nombrado poco después gobernador de la capital de Mysore. En la guerra con los Mahratas fué llamado por primera vez á probar su habilidad como general; y á los treinta y cuatro años de edad ganó la memorable batalla de Assaye, con un ejército compuesto de 1,500 ingleses y 5,000 cipayos, contra 20,000 infantes de Mahrata y 30,000 de caballería. Pero una victoria tan brillante no perturbó en lo más mínimo su impasibilidad, ni afectó la honradez perfecta de su carácter. Poco después de este acontecimiento se presentó la oportunidad de manifestar sus admirables cualidades prácticas de administrador. Encargado del mando de un distrito importante inmediatamente después de la toma de Seringapatam, fué su primer cuidado establecer entre sus mismos soldados un orden y una disciplina severa. Engreídas con la victoria, se hicieron las tropas bulliciosas y desordenadas. — « Enviadme al preboste — dijo — y ponedle á mis órdenes: hasta que algunos de los merodeadores sean colgados, es imposible esperar orden ó seguridad. » Esta rígida severidad de Wéllington en campaña, aunque era el terror, resultó ser la salvación de su ejército en muchas campañas. Su siguiente medida fué la de restablecer los mercados y volver á abrir las fuentes de provisiones. El general Harris escribió al gobernador general, recomendando fuertemente al coronel Wellesley por la perfecta disciplina que había establecido, y por sus — « arreglos sensatos y hábiles con respecto de las provisiones, pues abrían un mercado libre y abundante, é inspiraban confianza entre los traficantes de toda clase. » La misma atención aplicada á los detalles y el dominio sobre ellos, le caracterizaron en toda su carrera en la India; y es notable que uno de los más hábiles despachos á lord Clive, lleno de información práctica relativo á la manera de conducir la campaña, fué escrito mientras que la columna que él mandaba cruzaba el Toombuodra, en presencia del ejército muy superior en número de Dhoondiah, colocado en la ribera opuesta, y mientras millares de asuntos del mayor interés acosaban el espíritu del comandante en jefe. Pero era uno de sus rasgos característicos más notables el de poder prescindir temporalmente de asuntos que tenía á mano, y poner todas sus facultades sobre la consideración de asuntos completamente distintos, no pudiendo embarazarle ó intimidarle en esas ocasiones ni las circunstancias más difíciles.

De regreso á Inglaterra con la reputación de hábil general,

sir Arturo Wellesly encontró empleo inmediatamente. En 1808 fué puesto á sus órdenes un cuerpo de 10,000 hombres destinados á libertar á Portugal. Desembarcó, peleó y ganó dos batallas, y firmó el convenio de Cintra. Después de la muerte de sir Juan Moore se le confió el mando de una nueva expedición á Portugal. Pero durante todas sus campañas peninsulares tuvo Wéllington un número muy inferior al de sus enemigos. Desde 1809 hasta 1813 nunca tuvo más de 13,000 soldados ingleses á sus órdenes, en una época en que había en la Península 350,000 franceses contra él, en su mayor parte veteranos, mandados por algunos de los más hábiles generales de Napoleón. ¿Cómo había de luchar contra tan inmensa fuerza con una apariencia halagüeña de éxito? Su juicio claro y fuerte sentido común le enseñaron que tenía que adoptar un proceder distinto del de los generales españoles, que eran infaliblemente vencidos y dispersos cada vez que se atrevían á presentar batalla en campo abierto. Notó que tenía que crear aún el ejército que había de luchar contra los franceses con una apariencia razonable de éxito. Conforme con esto, después de la batalla de Talavera en 1809, cuando se vió asediado por todas partes por fuerzas superiores de los franceses, se retiró á Portugal, para llevar á cabo allí el plan que ya había resuelto en sí. Este era, organizar un ejército portugués á las órdenes de oficiales ingleses, y enseñarles á obrar en combinación con sus propias tropas, evitando en el ínterin el peligro de una derrota declinando todo encuentro. Creía que de este modo destruiría la pujanza de los franceses, que no podía existir sin victorias; y cuando su ejército estuvo preparado para la acción, y *desmoralizado* el enemigo, caía entonces sobre él con todo su poder.

Las cualidades extraordinarias desplegadas por lord Wéllington en todas estas campañas inmortales, sólo pueden ser apreciadas después de una lectura de sus despachos, que contienen la relación, sin adorno, de los variados caminos y medios por los que estableció los cimientos de su éxito. Nunca ha habido un hombre que haya sido más probado por la dificultad y la oposición que originaban tanto la imbecilidad, falsedades, é intrigas del gobierno británico de entonces, como el egoísmo, cobardía, y vanidad del pueblo á quien iba á salvar (1). Puede decirse de él,

(1) Aun respetando, como respetamos, sinceramente, el talento, el

que sostuvo la guerra en España con individual firmeza y confianza en sí mismo, que nunca le faltaron, ni aun en medio de sus mayores desalientos. Tenía que combatir no solamente á los veteranos de Napoleón, sino que tener en jaque á las juntas españolas y á la regencia portuguesa. Tenía las mayores dificultades para conseguir provisiones y ropa para sus tropas; y apenas se creerá que mientras estaba combatiendo al enemigo en la batalla de Talavera, los españoles, que huyeron del campo, se lanzaron sobre el equipaje del ejército inglés, ¡y los muy bandoleros, lo saquearon completamente! Estas y otras vejaciones soportó el duque con sublime paciencia y dominio de sí mismo, y siguió su camino, en presencia de la ingratitud, la perfidia y la oposición, con indomable firmeza. Nada descuidaba, y atendía personalmente á todo detalle importante de los asuntos. Cuando vió que no se podrían obtener de Inglaterra alimentos para su tropa, y que tenía que atenerse á sus propios recursos para alimentarlos, principió en el acto un negocio en grande escala como comerciante en granos, en sociedad con el ministro inglés en Lisboa. Creáronse cédulas de comisaría, con las que se compraron granos en los puertos del Mediterráneo y en la América del Sur. Cuando por ese medio hubo llenado sus almacenes, vendió el sobrante á los portugueses, que estaban muy necesitados de provisiones. Nada absolutamente dejaba á la casualidad y proveía á toda contingencia. Fijaba su atención hasta en los menores detalles del servicio, y estaba acostumbrado á concentrar todas sus energías, de tiempo en tiempo, sobre cosas que en apariencia no lo merecían, tales como el calzado de los soldados, las ollas y calderas, las galletas, y forraje de invierno para los

carácter y la individualidad universalmente apreciados de Samuel Smiles, un deber patriótico, tanto como de justa imparcialidad, nos impide dejar pasar sin correctivo y sin una enérgica protesta las calificaciones de *egoísmo*, *cobardía* y *vanidad* con las cuales pretende el escritor inglés gratificar gratuitamente al pueblo español, precisamente en la gloriosa epopeya de su lucha por la independencia.

Injustos y absolutamente inexactos son esos insultos. Por otra parte, todos aquellos que conocen la filosofía de la historia y se dedican seriamente á los estudios de crítica histórica, saben hoy que Inglaterra fué á la Península mucho más para vengar propios agravios y seguir allí su política contra Napoleón que para prestar un noble y desinteresado apoyo á España, y que ésta casi sufrió más daños materiales de los ejércitos de Wéllington que de las tropas francesas.

(*Nota del traductor.*)

caballos. En todas partes se sentían sus magníficas cualidades para los negocios; y no cabe duda que, gracias al cuidado con que atendía á toda contingencia, y la atención personal que prestaba á cada detalle, puso los cimientos de su gran éxito (1). Por estos medios transformó á un ejército de reclutas en los mejores soldados de Europa, con los cuales, declaró que podría ir donde quiera y hacer lo que quisiera.

Ya hemos hecho referencia á la notable facultad que tenía para abstraerse del trabajo que tenía entre manos, por mucho que llamase su atención, y de concentrar sus energías sobre los detalles de un asunto completamente diferente. Así es que Napier refiere que, mientras él se preparaba para dar la batalla de Salamanca tenía que demostrar al ministro en Inglaterra lo fútil que era confiar en un empréstito; en las alturas de San Cristóbal, sobre el mismo campo de batalla, fué donde demostró lo absurdo de tratar de establecer un banco portugués; en las trincheras de Burgos donde estudió el plan financiero de Funchal, y vituperó la locura de querer vender los bienes de la iglesia, y en toda ocasión se mostró tan enterado sobre estos asuntos como de los detalles más minuciosos del mecanismo de los ejércitos.

Otro de los rasgos de su carácter que mostraba al hombre de negocios recto, era su perfecta honradez. Mientras que Soult saqueaba y llevaba consigo de España numerosos cuadros de gran valor, Wéllington no se apropió ni el valor de un centavo de propiedad. En todas partes pagó todo, aun estando en país enemigo. Cuando hubo atravesado la frontera francesa, seguido por cuarenta mil españoles, que trataron de *enriquecerse* con el robo y el saqueo, reprendió primero á los oficiales, y después, viendo que sus esfuerzos para contenerlos eran vanos, los hizo regresar á su país. ¡Es un hecho notable que, aun en Francia, huían los paisanos de sus propios conciudadanos, y llevaban sus prendas de más valor á ponerlas bajo la protección de las líneas inglesas! En ese mismo tiempo escribía Wéllington al ministro inglés : « Estamos agobiados por las deudas, y apenas puedo

(1) La correspondencia recientemente publicada de Napoleón con su hermano José, y las Memorias del duque de Ragusa, confirman ampliamente este modo de ver. El duque venció á los generales de Napoleón con la superioridad de la rutina suya. Tenía la costumbre de decir que, si algo había que supiera bien, era que conocía cómo se alimentaba á un ejército.

moverme fuera de mi casa á causa de los acreedores públicos que están esperando para pedir el pago de lo que se les debe. Dice Julio Maurel en su juicio sobre el carácter del duque : « Nada puede ser más grande ni más noblemente original que esta admisión. Este viejo soldado, después de treinta años de servicios, este hombre de hierro y general victorioso, establecido en país enemigo y á la cabeza de un ejército inmenso ¡ tiene miedo de sus acreedores ! Este es una especie de miedo que rara vez ha preocupado el espíritu de los conquistadores y de los invasores; y dudo que los anales de la guerra puedan presentar algo comparable á esta sublime sencillez. » Pero el duque mismo, si el asunto le hubiera sido presentado, es muy probable que hubiese negado cualquier intención de obrar en el caso, ni grande ni noblemente; considerando únicamente el pago puntual de sus deudas como el modo mejor y más honroso de dirigir sus asuntos.

La verdad de la antigua y buena máxima, de que : *La honradez es la mejor política*, está sostenida por la experiencia diaria de la vida, viéndose que la rectitud y la integridad tienen tanto éxito en los negocios como en cualquier otra cosa. Como solía aconsejar á Hugo Miller su digno tío : « En todos tus tratos dale á tu vecino la oportunidad de juzgar buena medida, montón alto, y que reboce, — y con eso no has de perder á la larga. » Un fabricante de cerveza muy conocido atribuía su éxito á la liberalidad con que usaba la cebada preparada para la cerveza. Iba á la tina y probando del contenido, decía : « Aun está muy delgada, muchachos; echadle otro poco de cebada preparada. » El cervecero puso su carácter en su cerveza, y resultó por consiguiente generosa, adquiriendo fama en Europa, en la India, y en las colonias, con lo que puso los cimientos de una gran fortuna. La integridad en la palabra y en el hecho debiera ser la piedra angular de toda transacción en los negocios. Para el traficante, el comerciante, y el manufacturero, debiera ser lo que es el honor para el soldado, y la caridad para el cristiano. En la más humilde posición siempre se hallará lugar para el ejercicio de esta rectitud de carácter. Hugo Miller habla del albañil con quien sirvió durante su aprendizaje, como que *fijaba su conciencia en cada piedra que colocaba.* De este modo se sentirá satisfecho el verdadero mecánico de la bondad y solidez de su obra, y el contratista de noble espíritu sobre el honrado cumplimiento de su contrato en todos sus pormenores. El fabricante

recto encontrará, no solamente honra y provecho, *y provecho efectivo*, en la legitimidad del artículo que produzca, y el comerciante en la honradez de aquello que venda, y de que sea realmente lo que parece ser. Hablando el barón Dupin de la probidad general de los ingleses, que consideraba como principal causa de su éxito, observaba: « Podremos tener éxito por algún tiempo con el fraude, la sorpresa, la violencia, pero solamente podemos tener un éxito permanente por medios que sean diametralmente opuestos á ellos. No es sólo el valor, la inteligencia, y la actividad del comerciante y del fabricante lo que sostiene la superioridad de sus productos y el carácter de su país; son mucho más su sabiduría, su economía, y sobre todo, su probidad. Si alguna vez perdiera esta virtud el ciudadano útil en las islas Británicas, podemos estar seguros que, para Inglaterra lo mismo que para cualquier otro país, serían rechazados de toda costa los buques de un comercio degenerado, desapareciendo pronto de esos mares cuyas superficies cubren ahora con los tesoros del universo, cambiados por los tesoros de la industria de los tres reinos. »

Debe admitirse que el comercio experimenta el carácter quizá más severamente que cualquier otra ocupación en la vida. Somete á las más severas pruebas á la honradez, la abnegación, la justicia y la verdad; y aquellos hombres de negocios que pasan inmaculados por esas pruebas, son quizá tan dignos de una distinción grande como los soldados que prueban su valor en medio del fuego y de los peligros de la batalla. Y para crédito de las multitudes de hombres ocupados en los varios ramos del comercio, creemos que debe admitirse que en conjunto pasan por sus pruebas noblemente. Si reflexionamos, aunque solo sea por un momento, sobre la inmensa cantidad de riqueza confiada diariamente hasta á dependientes, quienes probablemente ganan apenas para vivir — el cambio suelto que está pasando constantemente por las manos de almaceneros, agentes, corredores, y dependientes en casas de banca — y vemos cuán pocos son los abusos de confianza, comparativamente, que ocurren en medio de tanta tentación, se concederá probablemente que esta constante honradez de conducta diaria es lo más honroso para la naturaleza humana, si es que no llega á tentarnos para sentirnos orgullosos de ello. El mismo crédito y confianza que se tienen mutuamente los hombres de negocios, como lo implica el sistema de crédito

que está basado especialmente sobre el principio del honor, sería sorprendente si no fuera un asunto común de práctica diaria en las transacciones comerciales. El doctor Chalmers ha dicho perfectamente que es sin duda el más hermoso acto de homenaje que un hombre puede rendir á otro, la confianza implícita con que los comerciantes están acostumbrados á encargar á agentes lejanos, separados de ellos, quizá por la mitad del globo, consignando á veces grandes riquezas á personas recomendadas únicamente por su carácter, y á quienes quizá nunca han visto.

Aunque la honradez común está afortunadamente en el ascendiente, en la generalidad de las personas, y aun está sana en el corazón de la comunidad comercial de Inglaterra, poniendo su carácter honrado en sus ocupaciones respectivas, hay desgraciadamente, como lo ha habido en todo tiempo, demasiados ejemplos de flagrante picardía y fraude, exhibidos por los que no tienen escrúpulos, los especuladores por demás, y los egoístas, en su deseo inmoderado de enriquecerse. Hay negociantes que adulteran, contratistas que *ponen los pies en polvorosa*, fabricantes que nos dan borra en vez de lana, *liencecillo* en vez de algodón, herramientas de hierro fundido en vez de acero, agujas sin ojos, navajas de afeitar hechas únicamente *para venderlas*, y fabricación estafadora bajo muchas formas. Pero á estos debemos tenerlos por los casos excepcionales de hombres ruines y usurpadores, que aunque puedan ganar riquezas, que probablemente no podrán disfrutar, jamás adquirirán una reputación de honrados, ni podrán conseguir aquello sin lo cual la riqueza nada es — un corazón tranquilo. — *El muy bribón no me ha engañado á mí, sino á su propia conciencia*, — dijo el obispo Latimer de un cuchillero que le hizo pagar dos peniques por un cuchillo que no valía ni uno. El dinero que se gana sonsacándolo con astucia y maña, engañando y estafando, puede deslumbrar por un tiempo los ojos de la persona irreflexiva; pero las burbujas sopladas por bribones sin conciencia, cuando están completamente hinchadas, brillan tan solo para reventar. Los Sadlier, deán Paul, y Redpath, llegan en su mayor parte á mal fin, aun en este mundo; y aunque los estafadores afortunados no puedan ser *descubiertos*, y el lucro de sus fechorías quede en su poder, ha de ser como una maldición y no como una bendición.

Es posible que el hombre escrupulosamente honrado no se haga rico tan pronto como el pícaro que no tiene conciencia:

pero el éxito será más verdadero, ganado sin fraude ó injusticia. Y aun cuando un hombre no llegara á tener éxito durante cierto tiempo, debe ser honrado de todos modos : más vale perderlo todo y salvar la reputación. Porque la reputación es en sí misma una fortuna ; y si el hombre de elevados principios se propone seguir su camino valerosamente, ha de venir con seguridad el éxito y no le será negada la más alta recompensa. Wordsworth describe bien al *Guerrero afortunado*, como aquel,

> Que comprende su misión de confianza, y que se mantiene fiel á la misma con un solo próposito sin doblez; y por eso no se humilla, ni espera riquezas, ú honores, ni mundana posición; que le seguirán, y sobre cuya cabeza caerán cual lluvia de maná, si llegan á venir. (1)

Como un ejemplo del hombre mercantil de espíritu elevedo y educado dentro de rectos hábitos de negocios, y notado por la justicia, la veracidad, y la honradez de sus tratos en todas las cosas, puede referirse brevemente la carrera del conocido David Barclay, nieto de Roberto Barclay, de Ury, autor de la celebrada *Apología de los Cuákeros*. Durante muchos años estuvo á la cabeza de una gran casa en Cheapside, que se ocupaba principalmente del comercio con América ; pero, lo mismo que Granville Sharp, abrigaba una opinión tan firme contra la guerra con nuestras colonias americanas, que resolvió retirarse completamente del negocio. Mientras fué comerciante era tan distinguido por sus talentos, saber, integridad, y poder, como después lo fué por su patriotismo y munífica filantropía. Era un espejo de veracidad y de honradez ; y, como corresponde al buen cristiano y al verdadero caballero, su palabra era considerada siempre como un contrato. Su posición y su carácter indujeron á los ministros de aquella época á solicitar su consejo en muchas ocasiones ; y cuando fué examinado en la cámara de los comunes el asunto de la contienda americana, sus ideas fueron expresadas tan clara-

(1) *Who comprehends his trust, and to the same*
Keeps faithful with a singleness of aim ;
And therefore does not stoop, nor lie in wait
For wealth, or honor, or for worldly state ;
Whom they must follow, on whose head must fall,
Like shower of manna, if they come at all.

mente, y su consejo fué tan justificado por las razones que exponía, que lord North reconoció públicamente que había obtenido más informes de David Barclay que de todos los demás *al este del colegio de abogados*. Al retirarse de los negocios no lo hizo para descansar en ociosidad lujosa, sino para entrar en nuevas tareas de utilidad para otros. Con medios abundantes, sintió que aún debía á la sociedad la contribución de un buen ejemplo. Fundó una casa de industrias cerca de su residencia de Walthamstow, que sostuvo con grandes desembolsos durante algunos años, hasta que al fin consiguió convertiria en fuente de bienestar y de independencia para las familias de los pobres de las inmediaciones. Cuando heredó una hacienda en la Jamáica, dispuso, aunque con pérdida de diez mil libras esterlinas, poner en inmediata libertad á todos los esclavos de aquella propiedad. Envió un agente, que fletó un buque, y transportó la pequeña comunidad esclava á uno de los Estados libres americanos, donde se establecieron y prosperaron. Se había asegurado al señor Barclay que los negros eran demasiado ignorantes y demasiado bárbaros para merecer la libertad, y así quiso demostrar prácticamente la falacia de la aserción. En el manejo de sus acumulados ahorros, se hizo albacea de su propio testamento, y en vez de dejar una gran fortuna para ser dividida entre sus parientes á su muerte, extendió hasta ellos durante su vida una ayuda generosa; los observaba y los ayudaba en sus respectivas carreras, y de esa manera puso, no solamente los cimientos, sino que vivió para ver la madurez, de algunos de los más grandes y prósperos negocios en la metrópoli. Creemos que hasta hoy hay algunos de nuestros más eminentes comerciantes — tales como los Gurney, Hambury, y Buxtón — que tienen orgullo en reconocer con gratitud la obligación que deben á David Barclay por los medios que les facilitó para su adelanto en la vida, y por los beneficios de sus consejos y de su apoyo en los primeros pasos de sus carreras. Un hombre semejante será siempre un dechado de honradez é integridad mercantil de su país, y un modelo y excelente ejemplo que ofrecer á los hombres de negocios del por venir.

CAPÍTULO X

EL DINERO — SU USO Y SU ABUSO

> No para esconderlo en un huerto, ni para usar lujoso tren, sino para tener el glorioso privilegio de ser independiente. — BURNS (1).
>
> No seas ni prestamista ni deudor; pues lo prestado suele perderse y con ello también al amigo; y el pedir prestado entorpece el manejo de la casa. SHAKSPEARE (2).
>
> Nunca tratéis los asuntos de dinero con ligereza; el dinero es la reputación. — SIR E. L. BULWER LYTTON (3).

La manera cómo un hombre emplea su dinero — lo gana, lo ahorra, y lo gasta — es quizá una de las mejores pruebas que se puedan hacer de la sabiduría práctica. Aunque el dinero nunca debe considerarse como el objetivo principal de la vida del hombre, no es tan insignificante asunto que haya de ser tenido en filosófico desprecio, ya que representa, en tan vasta escala, los medios de comodidad física y de bienestar social. Realmente, algunas de las mejores cualidades de la naturaleza humana están ligadas íntimamente con el uso conveniente del dinero; tales como la generosidad, la honradez, la justicia, y la abnegación; lo mismo que las virtudes prácticas de economia y de previsión. Pero en otro concepto se ve lo contrario, como la avaricia, el

(1) *Not for to hide it in a hedge,*
Nor for a train attendant,
But for the glorious privilege
Of being independent. — BURNS.

(2) *Neither a barroffier nor a lender be:*
For loan oft loses both itself and friend;
And borrowing dulls the edge of husbandry. — SHAKSPEARE.

(3) *Never treat money affairs with levity.* — *Money is character.* — SIR E. L. BULWER LYTTON.

fraude, la injusticia y el egoísmo, según lo manifiestan los desordenados amantes del lucro; y los vicios de despilfarro, prodigalidad, é imprevisión, de parte de aquellos que malgastan y abusan de los medios de que disponen. Así es que, como observa sabiamente Enrique Taylor en sus bien pensadas *Notas tomadas en la vida : Una justa medida y señorío en adquirir, ahorrar, gastar, dar, tomar, prestar, pedir prestado, y legar, casi probaría un hombre perfecto.*

Las comodidades en la vida social, son algo que todo hombre está en el derecho de alcanzar por todos los medios dignos. Asegura esa satisfacción física que es necesaria para la cultura de la mejor parte de su naturaleza; y la habilita para proveer á aquellos de su misma casa, sin lo cual, dice el apóstol, es un hombre *peor que un infiel.* Ni debe sernos menos agradable el deber, para que el respeto que nuestros semejantes sienten por nosotros dependa en mucho de la manera como empleamos las oportunidades que se nos presentan para nuestro honroso adelanto en la vida. El mismo esfuerzo requerido para salir bien en la vida con este objeto, constituye en sí mismo una educación; estimulando el sentimiento de respeto propio en un hombre, poniendo de manifiesto sus cualidades prácticas, y disciplinándole en la práctica de la paciencia, de la perseverancia, y otras virtudes del mismo género. El hombre previsor y atento tiene que ser necesariamente un hombre reflexivo, pues no vive sólo para el presente, sino que con previsora penetración hace arreglos para lo futuro. Debe ser también hombre sobrio, y practicar la virtud de la abnegación, puesto que nada es tan apropósito para dar vigor al carácter. Juan Sterling dice con verdad, que: — *la peor educación que enseña la abnegación, es mejor que la primera que enseña cualquier otra cosa.* Los romanos empleaban con justicia la misma palabra (*virtus*) para designar el valor, que es en sentido físico lo que la otra en sentido moral; siendo la más elevada de todas las virtudes, la victoria sobre nosotros mismos.

De aquí que la lección de la abnegación, el sacrificio de una gratificación presente por un bien futuro, sea una de las últimas que se aprenden. Debiera suponerse naturalmente que aquellas clases que más trabajan son las que en más aprecio debieran tener al dinero que ganan. Sin embargo, la facilidad con que tantos están acostumbrados á comer y beber sus ganancias según viven, los hace hasta cierto punto desvalidos y dependientes de

los frugales. Hay entre nosotros gran número de personas que, á pesar de gozar de suficientes comodidades é independencia, se las ve á menudo que caminan apenas con un día de adelanto á la necesidad efectiva cuando llega el tiempo de los apuros; y de ahí una gran causa de desemparo y de sufrimientos. Cierta vez se presentó una diputación á lord Juan Russell, con motivo de un impuesto recaudado sobre las clases trabajadoras del país, y el noble lord aprovechó la oportunidad para decirle: « ¿Podéis estar seguros que el gobierno de este país no se atreve á imponer contribuciones á las clases trabajadoras en nada que se parezca á lo grande de las contribuciones que ellas mismas se imponen en sus gastos¡ en bebidas espirituosas tan solamente! » De todas las grandes cuestiones públicas no hay quizá ninguna más importante que esta — ninguna obra grande de reforma que clame con más fuerza por adeptos. Pero tiene que concederse que — *la abnegación y la ayuda propia* harían pobre reunión para las mesas electorales, y hay que temer que el patriotismo de hoy en día tenga poca consideración por unas cosas tan comunes como son la economía individual y la previsión, aunque únicamente practicando esas virtudes es como puede asegurarse la independencia de las clases industriales. « La prudencia, la verdadera frugalidad, y la buena administración, decía Samuel Drew, el zapatero filósofo, son excelentes artistas para remendar los malos tiempos: ocupan poco lugar en cualquier habitación, pero proporcionarán un remedio más eficaz para los males de la vida que cualquier ley de reforma que jamás hayan dado las cámaras del parlamento. » Sócrates dijo: *El que quiera mover el mundo debe moverse primero.* O como dice la antigua copla:

Si á reformarse primero
Cada cual pusiera atención,
Como cosa fácil veo
Poder reformar muy luego
Por completo una nación. (1)

Sin embargo, se comprende generalmente que es cosa más

(1) *If every one would see*
To his own reformation.
How very casily
You night reform a nation.

fácil reformar la Iglesia y el Estado que reformar el menor de nuestros vicios; y en esas materias es más agradable á nuestro gusto, como es práctica común, ver principiar á nuestros vecinos más bien que hacerlo nosotros mismos.

Cualquier clase de hombres que viva al día será siempre una clase inferior. Tendrá que permanecer impotente y desvalida, pegada á la falda de la sociedad, y juguete del tiempo y de las estaciones. No teniendo respeto por sí misma, dejará de asegurarse del respeto de los demás. En las crisis comerciales tienen esos hombres que estrellarse inevitablemente. Careciendo de aquel poder de sobriedad que les da un acopio de economías, por pequeñas que sean, estarán á merced de cualquier hombre, y si se hallan animados de legítimos sentimientos, deberán mirar con miedo y temblando hacia la probable suerte futura de sus mujeres y sus hijos. « La sociedad, dijo una vez Cobden á las clases obreras de Huddersfield, ha estado dividida siempre en dos clases — la de los que han ahorrado, y la de aquellos que han gastado — los económicos y los pródigos. La construcción de las casas, las fábricas, los puentes, y los buques, y la ejecución de todas las grandes obras que han hecho civilizado y feliz al hombre, han sido realizadas por los que ahorran, los económicos; y aquellos que han derrochado sus recursos han sido siempre sus esclavos. Es ley de la naturaleza y de la providencia que así sea; y yo sería un impostor si prometiera á una clase su adelanto siendo imprevisora, irreflexiva, y ociosa. »

Igualmente sano fué el consejo dado por Bright á una reunión de obreros en Rochdale, en 1847, cuando después de haber expresado su creencia de que, *por lo que hace á la honradez, se encontraba casi por igual en todas las clases*, empleó las siguientes palabras : « No hay más que un camino seguro para cualquier hombre, ó cualquier número de hombres, por el cual puedan sostener su actual posición si es buena, ó levantarse sobre ella si es mala; — esto es, por la práctica de las virtudes de la laboriosidad, la frugalidad, la templanza, y la honradez. No hay camino real por el cual puedan elevarse de una posición que es incómoda y poco satisfactoria por lo que respecta á su condición intelectual ó física, más que por la práctica de esas virtudes, con las cuales encuentran muchos de ellos que adelantan continuamente y mejoran en todo. »

No hay razón para que la condición del promedio de obrero

no haya de ser útil, honrosa, respetable, y feliz. La totalidad de las clases obreras podría ser (con pocas excepciones) tan frugal, virtuosa, instruída, y bien establecida como ya lo son, y lo están muchos individuos de la misma clase. Lo que son algunos hombres, lo podrían ser todos sin dificultad. Emplead los mismos medios, y se obtendrán los mismos resultados. El que haya una clase de hombres que viven de su trabajo diario en todo estado, es la ley de Dios, é indudablemente es sabia y justa, pero que esta clase no sea frugal, satisfecha, inteligente, y feliz, no puede entrar en los designios de la providencia, y emana únicamente de la debilidad, y la perversidad del hombre mismo. El espíritu sano de la *ayuda propia* creado entre los trabajadores serviría más que cualquier otra medida para elevarlos como clase, y estó, sin echar abajo á otros, sino nivelándolos en un dechado más perfecto y siempre progresivo de religión, inteligencia, y virtud. « Toda filosofía moral, — dice Montaigne, — es apreciable á una vida común y privada lo mismo que á la más espléndida. Todo hombre lleva consigo la forma completa de la condición humana. »

Cuando un hombre mira hacia adelante, encuentra que las tres contingencias temporales principales para las que tiene que proveer son, la falta de ocupación, la enfermedad, y la muerte. Sin embargo, es deber del hombre prudente vivir de tal modo, y arreglarse de tal manera, que la presión del sufrimiento en el caso de que ocurriese cualquiera de esas contingencias, se vea mitigada tanto cuanto sea posible, no solamente para él mismo, sino también para aquellos que dependen de él para sus comodidades y subsistencia. Mirado desde este punto de vista son de la mayor importancia el lucro honrado y el uso frugal del dinero. Ganado honradamente, es el representante de la laboriosidad paciente y del incansable esfuerzo, de la tentación que ha resistido y de la esperanza recompensada, y usado debidamente, da pruebas de prudencia, previsión y abnegación; la verdadera base del carácter viril. Aunque el dinero representa un montón de objetos sin ningún valor y utilidad reales, representa también muchas cosas de gran valor, no solamente alimento, ropas, y bienestar casero, sino también el respeto propio y la independencia. De esa manera, una provisión de ahorros es para el obrero como una barricada contra la necesidad, y le asegura donde hacer pie, y le habilita para esperar, quizá con

alegría y esperanza, hasta que vuelvan mejores días. El mismo esfuerzo para obtener una posición más firme en la sociedad tiene cierta dignidad en sí, y tiende á hacer más fuerte y mejor al hombre. Sea lo que fuere, le da mayor libertad de acción, y le permite economizar su fuerza para un esfuerzo futuro.

Pero el hombre que siempre está rondando al borde de la necesidad se halla en un estado próximo á la esclavitud. En ningún sentido es dueño de sí mismo, pues está en constante peligro de caer en la servidumbre de otros, y tener que aceptar las condiciones que le impongan. No puede dejar de ser hasta cierto punto servil por que no se atreve á mirar con valor á la cara de la sociedad, y en los tiempos adversos tiene que recurrir ó á la caridad ó á las limosnas parroquiales. Si el trabajo le falta completamente, no tiene los medios para trasladarse á otro campo en busca de empleo; está clavado á su parroquia como una lepada á su roca, y no puede ni emigrar ni transmigrar.

Todo lo que se requiere para asegurarse la independencia es la práctica de una simple economía. La economía no requiere ni valor superior ni virtud eminente; basta la energía ordinaria, y la capacidad de una mediana inteligencia. En el fondo la economía no es más que el espíritu de orden aplicado á la administración de los asuntos domésticos : significa, destreza, regularidad prudencia, y nada de despilfarro. El espíritu de economía fué expresado por nuestro Divino Maestro en las palabras : *Recoged los pedazos que quedan para que nada sea perdido.* Su omnipotencia no desdeñaba las pequeñas cosas de la vida, y aun en el momento en que reclamaba su poder infinito á la multitud, enseñó la lección, fecunda en consecuencias, del cuidado, de que tanto necesitan todos.

La economía significa también el poder de resistir á lo superfluo del presente con el fin de asegurar un bien futuro, y bajo este aspecto representa el ascendiente de la razón sobre los instintos animales. Es completamente diferente de la tacañería : porque la economía es lo que siempre puede hacer que uno sea generoso. No hace un ídolo del dinero, sino que lo considera como un agente útil. Como observa el deán Swift : *Debemos llevar el dinero en la cabeza y no en el corazón.* La economía puede ser llamada hija de la prudencia, hermana de la templanza, y madre de la libertad. Es evidentemente conservadora; conservadora del carácter, de la felicidad doméstica, y del

bienestar social. Es, en una palabra, la exhibición de la *ayuda propia* en una de sus mejores formas.

El padre de Francisco Horner le dió el siguiente consejo al entrar en la vida : « Deseando que tengas toda clase de comodidad, no puedo inculcarte demasiado la economía. Es una virtud necesaria para todos; y de cualquier modo que la desprecie la parte trivial de la humanidad, es indudable que conduce á la independencia, que constituye un gran bien para todo hombre de espíritu elevado. » Los versos de Burns citados á la cabeza de este capítulo, contienen la verdadera idea; pero desgraciadamente la armonía de su canto era más elevada que su práctica; su ideal, mejor que su hábito. Cuando estaba en el lecho de muerte escribió á un amigo : « ¡Ay! Clarke, principio á sentir lo peor. La pobre viuda de Burns, y media docena de chiquillos queridos como huérfanos desvalidos; en esto soy débil como la lágrima de una mujer. Basta de esto; es la mitad de mi enfermedad. »

Todo hombre debe arreglarse de modo que pueda vivir con sus recursos. Esta costumbre pertenece á la esencia misma de la honradez. Porque si un hombre no se arregla honradamente á vivir con sus recursos, tiene que vivir necesariamente de un modo deshonroso sobre los recursos de algún otro. Aquellos que son descuidados en sus gastos personales, y solo tienen en vista su goce personal, sin consideración á las comodidades de los demás, conocen generalmente, cuando ya es demasiado tarde, el verdadero uso del dinero. Estas personas despilfarradoras, aunque generosas por naturaleza, se ven arrastradas á menudo á hacer cosas muy despreciables. Malgastan su dinero como malgastan su tiempo; giran letras sobre el porvenir, adelantan sus ganancias; y de ese modo están bajo la necesidad en arrastrar tras de sí una carga de deudas y obligaciones que afectan seriamente su acción de hombres libres é independientes.

Era máxima de lord Bacon, que cuando era necerario economizar, valía más cuidarse de pequeñas economías que bajar á pequeños lucros. El cambio pequeño que muchas personas tiran inútilmente, y algo peor, formaría á menudo una base de fortuna é independencia para toda la vida. Estos malgastadores son sus peores enemigos, aunque generalmente se les encuentra entre aquellos que injurian de palabra á la *injusticia del mundo*. Pero si un hombre no quiere ser su propio amigo, ¿cómo puede

esperar que otros lo quieran ser? Hombres arreglados, de recursos modestos, siempre tienen algo en sus bolsillos para ayudar á otros; mientras que vuestros pródigos y descuidados que gastan todo, nunca encuentran una oportunidad para ayudar á otros. Sin embargo, es muy pobre economía la de ser tacaño. La avaricia en el vivir y en la manera de tratar es generalmente de corto alcance, y conduce á la bancarrota. El *alma penique*, se dice, que jamás alcanzó á dos peniques. La generosidad y la liberalidad, lo mismo que la honradez, resultan ser siempre y á pesar de todo el mejor proceder. Aunque Jenkinson, en el *Vicario de Wakefield*, trampeaba á su bondadoso vecino Flamborough durante todo el año, ya de un modo ó de otro, Flamborough, decía: « ha estado aumentando sus riquezas regularmente, mientras que yo he llegado á caer en la miseria y en la cárcel. » Y la vida práctica abunda en casos de brillantes resultados debidos á una conducta generosa y honrada.

Dice el proverbio que « una bolsa vacía no se puede parar; » ni tampoco lo puede un hombre que está endeudado. Es también difícil que pueda ser veraz un hombre que está endeudado; por eso se dice que el mentir anda á caballo sobre el lomo de la deuda. El deudor tiene que forjar excusas para su acreedor, para diferir el pago del dinero que le debe, y probablemente que inventar falsedades también. Es muy fácil para un hombre que quiere practicar una sana resolución, evitar el incurrir en la primera obligación; pero la facilidad con que se ha incurrido es, con frecuencia, la tentación para una segunda; y muy luego el infortunado deudor se ve tan enredado que ningún esfuerzo ulterior de laboriosidad lo puede libertar. El primer paso en las deudas es igual al primer paso en la falsedad; implicando casi la necesidad de continuar en el mismo curso, siguiendo una deuda á otra, como una mentira sigue á otra. El pintor Haydon fechaba su decadencia desde el día en que por primera vez pidió dinero prestado. Hizo efectiva la verdad del proverbio: « Quien pide prestado, tiene que andarse lamentando. » En su diario figura la siguiente nota: « Aquí principió la deuda y la obligación, de las cuales nunca he salido y jamás me podré librar mientras viva. » Su autobiografía pone de manifiesto muy dolorosamente de qué modo los embarazos en materia de dinero producen acerbas congojas en el espíritu, completa incapacidad para el trabajo, y constantes humillaciones que se repiten de continuo. El consejo por escrito que

dió á un joven cuando ingresaba en la marina, fué el siguiente: « Jamás compréis un goce si solo podéis procurároslo pidiendo prestado. Nunca pidáis dinero prestado: es degradante. No digo que nunca prestéis, pero no prestéis nunca si con prestar os imposibilitáis para pagar lo que debéis; pero en ningún caso pidáis prestado. » Fichte, siendo un pobre estudiante, rehusó aceptar hasta regalos de sus padres que eran más pobres aún.

El doctor Johnson sostenía que las deudas tempranas eran la ruina. Sus palabras sobre este punto tienen peso, y son dignas de ser retenidas en la memoria. « No os acostumbréis, dijo á considerar la deuda como un inconveniente únicamente; encontraréis que es una calamidad. La pobreza quita muchos medios de hacer el bien, y produce tanta imposibilidad de resistir el mal, tanto físico como moral, que es necesario evitarla por todos los medios lícitos... Que sea, pues, vuestro primer cuidado, no estar en deuda con ningún hombre. Determináos á no ser pobre: gastad menos de lo que tengáis. La pobreza es un gran enemigo de la felicidad humana; destruye la libertad, y hace impracticables algunas virtudes, y otras extremadamente difíciles. La frugalidad no es únicamente la base de la tranquilidad, sino también de la beneficencia. Ninguno que necesite ayuda para sí mismo puede ayudar á otros; debemos tener lo suficiente antes de que podamos ahorrar. »

En todo hombre es un deber obligatorio ver de frente sus asuntos, y llevar cuenta de sus entradas y salidas en materia de dinero. Se verá que es de gran valor la práctica de un poco de aritmética sencilla en este punto. La prudencia requiere que establezcamos nuestra escala de vivir un grado más bajo que nuestros recursos, más bien que uno más alto. Pero esto sólo puede hacerse llevando á efecto fielmente un plan de vida por el cual puede hacerse que los dos extremos se toquen. Juan Locke aconsejaba con vehemencia este camino: « Nada, decía, es más probable que pueda guardar á un hombre en equilibrio que el hecho de tener constantemente ante sus ojos el estado de sus negocios en un curso regular de contabilidad. » El duque de Wéllington conservaba una cuenta exacta y detallada de todo dinero que recibía y que gastaba. « Hago asunto formal, dijo al señor Gleig, el pagar mis cuentas personalmente, y aconsejo á todos que hagan lo mismo; antes tenía la costumbre de confiar el pago á un sirviente de confianza, pero me curó de esa

tontera el haber recibido una mañana, con gran sorpresa mía, la visita de importunos acreedores de más de un año ó dos. El individuo había especulado con mi dinero, y había dejado sin pagar mis cuentas. Hablando de deudas, era de opinión que « hacen esclavo al hombre. He sabido más de una vez lo que era estar necesitado por falta de dinero, pero nunca me envolví en una deuda. » Wáshington era tan escrupuloso como Wéllington en materia de detalles de negocios; y es un hecho notable que no desdeñaba escudriñar los menores gastos de su casa resuelto como estaba á vivir honradamente y conforme á sus medios aun en la época en que ocupaba el alto puesto de Presidente de los Estados Unidos del Norte de América.

El almirante Jervis, conde de San Vincente, ha referido la historia de sus primeras luchas, y entre otras cosas, su determinación de no contraer deudas. — « Mi padre tenía una familia muy dilatada, dijo, con limitados recursos. Me dió veinte libras esterlinas al principiar mi carrera, y eso fué todo lo que jamás me haya dado. Después que hube estado bastante tiempo en la estación naval, giré por veinte libras más, pero la letra volvió protestada. Me mortificó este rechazo, é hice la promesa, que he cumplido siempre, que nunca firmaría un cheque sin tener la seguridad de que sería pagado. En el acto cambié mi modo de vivir, dejé mi comida á escote, viví solo, y tomé el rancho que daba el buque, que encontré suficiente; lavaba y remendaba mi ropa; hice un par de calzoncillos del *cotín* de mi cama; y habiendo economizado por estos medios tanto dinero como necesitaba para redemir mi honra, cancelé mi cheque, y desde ese momento hasta ahora, he tenido cuidado de conservarme á la altura de mis recursos. » Durante seis años sufrió Jervis extremadas necesidades y privaciones, pero conservó su integridad, estudió su profesión con éxito, y gradual y firmemente ascendió por su mérito y valor al más elevado rango.

El señor Hume acertó cuando declaró una vez en la cámara de los comunes, aunque sus palabras causaron *risa*, que el pie de la vida en Inglaterra era demasiado elevado. Las personas de la clase media tienen predisposición á vivir gastando todas sus entradas, si no es más todavía, afectando cierto grado de *estilo* que es lo más perjudicial en sus efectos sobre la sociedad en general. Hay deseo de educar á los muchachos como caballeros, aunque sólo consiguen hacerlos *elegantes*. Adquieren el gusto

del traje, el *estilo*, el fausto, y las diversiones, que nunca formarán ningún fundamento sólido para un carácter viril ó caballeresco; y el resultado es que tenemos arrojados á la sociedad un número enorme de jóvenes con aires de *grandes señores*, no siendo sino unos cualquieras, y que nos recuerdan á esos cascos que suelen ser recogidos en el mar, y que á bordo únicamente queda un mono.

Hay una espantosa ambición fuera del país para aparecer *caballeros*. Mantenemos las apariencias, demasiado frecuentemente á expensas de la honradez; y, aunque no seamos ricos, tenemos sin embargo que aparentarlo. Tenemos que ser *respetables*, aunque sólo en el sentido más indigno, en el de la mera ostentación vulgar. No tenemos el valor de seguir pacientemente adelante en la condición de vida en que Dios ha tenido á bien colocarnos, sino que necesitamos vivir en un centro de grandeza en que ridículamente nos complacemos en colocarnos, y para halagar la vanidad de esa insustancial sociedad *señoril* de que formamos parte. Hay una lucha y aprieto constante por los asientos de primera fila en los anfiteatros sociales; en medio de los cuales es pisoteado todo noble propósito de abnegación y muchas buenas naturalezas quedan destruídas. El despilfarro, la miseria, y la bancarrota que salen de toda esta ambición para deslumbrar á otros con el brillo de un aparente éxito social, no necesitamos describirlos. Los resultados perniciosos se manifiestan por sí mismos de mil modos en los fraudes insignes cometidos por hombres que se atreven á ser pícaros, pero que no se atreven á parecer pobres; y en los asaltos desesperados á la fortuna, en que la piedad no es tanto para los que faltan, como para los centenares de familias inocentes que tan á menudo quedan envueltas en su ruina.

El difunto sir Carlos Napier, al despedirse de su mando en la India, hizo una cosa osada y buena al publicar su enérgica protesta, incorporada en su última orden general para los oficiales del ejército de la India, contra la vida *á prisa* que llevaban tantos jóvenes de ese servicio, y que les envolvía en ignominiosos compromisos. En ese célebre documento insistía fuertemente sir Carlos, en lo que casi se había perdido de vista, y es que *la honradez es inseparable del carácter de un cumplido caballero*; — y que — *beber champagne y cerveza y no pagarlos y montar caballos cuyo precio no se ha satisfecho, es ser*

un tramposo y no un caballero. — Hombres que vivían fuera de lo que sus recursos les permitían y que eran llevados por sus propios sirvientes ante los jueces por deudas contraídas á causa de su modo de vivir pródigo, podían ser oficiales en virtud de sus despachos, pero no eran caballeros. El hábito de estar constamente endeudados, decía el general en jefe, hacía que los hombres se hiciesen insensibles á los sentimientos propios de un caballero. No era suficiente que un oficial supiera pelear; pues eso lo podía hacer cualquier perro de presa.¿ Pero mantenía inviolable su palabra ? — ¿pagaba sus deudas ? Esto era un punto de honor, decía, que iluminaba la carrera del verdadero caballero y soldado. Como lo había sido Bayardo antiguamente, así quería sir Carlos Napier que fuesen todos los oficiales ingleses. Sabía que no tenían *miedo*, pero quería también que fuesen *sin tacha*. Hay, sin embargo, muchos jóvenes valientes, tanto en la India como en Inglaterra, capaces de penetrar por una brecha en un caso dado en medio del más mortífero fuego, y llevar á cabo los actos más desesperados de valor, y que sin embargo, no pueden ó no quieren poner en práctica el valor moral necesario que los coloque en condición de resistir á la despreciable tentación presentada en sus sentidos. No pueden pronunciar su valiente *no*, ó *no puedo soportarlo*, á las instancias del placer y de la fruición; y se les ve más dispuestos á desafiar la muerte que el ridículo ante sus compañeros.

Al atravesar la vida camina el joven en medio de una larga fila de tentadores alineados á ambos lados; y el efecto inevitable de ceder es la degradación en un grado mayor ó menor. El contacto con ellos tiende insensiblemente á arrancarle una parte del divino elemento eléctrico con que su naturaleza está cargada; y su único modo de resistirlos es pronunciar y efectuar viril y resueltamente su ¡*No*! Debe resolverse de una vez, y no ponerse á deliberar y calcular las razones: por que el joven lo mismo que *la mujer que delibera, están perdidos*. Muchos deliberan sin decidir; pero *no resolver, es resolver*. Hay un conocimiento perfecto del hombre en la plegaria : *No nos dejes caer en la tentación*. Pero la tentación vendrá para probar la fortaleza del joven; y una vez que se haya cedido, se hace cada vez más débil el poder resistirla. Ceded una vez, y una parte de la virtud se habrá ido. Resistid virilmente, y la primer decisión dará fuerza para siempre; si es repetida, se convertirá en há-

bitos. En las obras exteriores de los hábitos formados en la primera edad es en lo que debe estar la verdadera fuerza de defensa, porque ha sido sabiamente ordenado que la maquinaria de la existencia moral deba ser mantenida principalmente por el *medium* de los hábitos, de modo que se evite el desmejoramiento de los grandes principios que tiene en sí. Los buenos hábitos que se insinúan en los mil actos pequeños de la vida, son lo que realmente constituyen la mayor parte de la conducta moral del hombre.

Hugo Miller ha referido cómo, por un acto de resolución juvenil, se salvó de una de las fuertes tentaciones tan peculiares á una vida de fatigosa labor. Cuando estaba ocupado como albañil, era costumbre entre sus conpañeros de trabajo tomar su copa de licor, y un día le tocaron en suerte dos copas de wisky, las que bebió. Cuando llegó á su casa, encontró al abrir su libro favorito : *Los ensayos de Bacon*, que las letras bailaban ante sus ojos, y que ya no podía comprender el sentido. « El estado en que yo mismo me había puesto, — dice — comprendí que era una degradación. Había descendido, por un acto propio y por un tiempo dado, á un nivel intelectual más bajo del que era mi privilegio disfrutar; y aunque ese estado podía muy bien no ser favorable para formar una resolución, resolví en aquel momento que jamás sacrificaría mi capacidad de gozo intelectual á las costumbres de beber ; y, con la ayuda de Dios he podido sostenerme en ese propósito. » Estas resoluciones son las que á menudo forman puntos decisivos en la vida de un hombre, y establecen la base de su carácter futuro. Y esta roca sobre la cual pudo haberse estrellado Hugo Miller, si en el momento oportuno no hubiera empleado su fuerza moral para separarse de ella, es una de aquellas contra las cuales tienen necesidad de ponerse siempre en guardia, tanto los jóvenes como los hombres de edad viril. Es una de las tentaciones peores y más graves, así como costosas, que se encuentran en el camino de la juventud. Sir Walter Scott acostumbraba decir que — *de todos los vicios, el más incompatible con la grandeza era la embriaguez.* No sólo eso, sino que es incompatible con la economía, la decencia, la salud, y el vivir honesto. Cuando un joven no se puede contener. se debe abstener. El caso del doctor Johnson ocurre á muchos. Refiriéndose á sus propios hábitos dijo : *Señor, puedo abstenerme, pero no puedo ser moderado.*

Para luchar vigorosamente y con éxito contra un hábito vicioso, no debemos estar meramente satisfechos con combatir en el bajo terreno de la discreción social, aunque sea útil sino que debemos colocarnos sobre una elevación moral más alta. Los auxiliares mecánicos, tales como las promesas, pueden servir á algunos, pero la gran cosa es establecer un elevado, un noble pensar y obrar; y tratar de fortalecer y purificar los principios, lo mismo que reformar los títulos. Para este fin debe estudiarse un joven á sí mismo, vigilar sus pasos, y comparar sus pensamientos y sus actos con sus reglas. Cuanto más conocimiento adquiera de sí mismo, será tanto más humilde, y quizá tanto menos confiado en su fortaleza. Pero siempre se encontrará que la disciplina más valiosa es aquella que se adquiere resistiendo á pequeñas goces para asegurar una perspectiva más grande y más elevada. Esta es la más noble tarea en la *educación propia*, por que

> La verdadera gloria humana brota de la silenciosa conquista sobre nosotros mismos, lo cual, sin el conquistador, sería sólo el primer esclavo. (1)

Se han escrito muchos libros con el propósito de comunicar al público el gran secreto de hacer dinero. Pero sobre este punto no hay secreto alguno, como lo atestiguan abundantemente los proverbios de todos los países. « Cuidad de los peniques y las libras se cuidarán por sí solas. » « La diligencia es la madre de la suerte. » « Trabaja y tendrás. » « El mundo es del que tiene paciencia y laboriosidad. » Mejor es ir á la cama sin cenar, que no levantarse con deudas. » — Esas son muestras de la filosofía de los refranes que contienen la experiencia atesorada de muchas generaciones, sobre los mejores medios para prosperar en el mundo. Eran moneda corriente en boca del pueblo mucho antes que fueran inventados los libros; y lo mismo que otros proverbios populares fueron los primeros códigos de la moral popular. Además, han resistido la prueba del tiempo, y aun de la experiencia, testimonio de su exactitud, de su fuerza y su pureza. Los proverbios de Salomón están llenos de sabiduría por

(1) *Real glory*
Springs from the silent conquest of ourselves,
And without that the conqueror is nought
But the first slave.

lo que hace á la fuerza de la laboriosidad, y del uso y abuso del dinero: « Aquel que es perezoso en el trabajo es hermano del que despilfarra » « Ve á donde está la hormiga, holgazán, observa su modo de ser, y sé sabio. » « La pobreza, dice el predicador, vendrá sobre el haragán, como uno que viaja, y necesita á un hombre armado; pero el industrioso y recto hace rico la mano del laborioso. » « El ebrio y el glotón llegarán á pobres, y la indolencia vestirá á un hombre con andrajos.» « ¿Ves á un hombre diligente en sus negocios? estará de pie delante de los reyes. » Pero sobre todo: « Es mejor adquirir sabiduría que oro; por que la sabiduría es mejor que los rubíes, y todas las cosas que se puedan desear no pueden ser comparadas con ella. »

La simple laboriosidad y el ahorro, irán lejos para hacer comparativamente independiente en sus medios á cualquiera persona de ordinarias facultades de trabajo. Hasta un obrero puede ser así, en el concepto de que ahorrará cuidadosamente sus recursos, y vigilará las pequeñas salidas de gastos inútiles. Un penique es bien poca cosa, sin embargo, las comodidades de miles de familias dependen del modo conveniente de gastar y de ahorrar los peniques. Si un hombre deja que se escapen de sus manos los pequeños peniques, obtenidos con su trabajo penoso — algunos para ir á la cantina, otros por este camino y al gunos por aquel — hallará que su vida es poco más que mera faena vil y animal. Por el contrario, si cuida de los peniques — poniendo algunos semanalmente en una sociedad de ahorros ó en un fondo de seguros, otros en un banco, y confiando el resto á su mujer para que los gaste discretamente, teniendo en vista las comodidades y la educación de su familia — hallará pronto que su atención por las pequeñas cosas le recompensará con creces, aumentando los recursos y las comodidades en la casa, dejando su espíritu comparativamente libre de temores para el porvenir. Y si un obrero tiene noble ambición y posee riqueza en su espíritu — clase de riqueza que con mucho sobrepuja á todas las posesiones puramente mundanas — no solamente podrá ayudarse á sí mismo, sino que también podrá ser un auxiliar provechoso de otros en su camino á través de la vida. De que esto no es imposible ni siquiera para un obrero común de un taller, puede demostrarse por la notable carrera de Tomás Wright, de Manchester, quien no solamente intentó sino que realizó la corrección

de muchos criminales mientras trabajaba por un salarío semanal en una fundición.

La casualidad fué lo que primeramente dirigió la atención de Tomás Wright hacia la dificultad que encontraban los convictos, cuya condena había terminado para volver á los hábitos de una honrada laboriosidad. Muy luego se apoderó este asunto de su espíritu, y su remedio constituyó el propósito de su vida. Aunque trabajaba desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde, tenía, sin embargo, momentos francos que podía llamar suyos — más especialmente las domingos — y estos los ocupaba en servicio de los criminales convictos, clase que entonces estaba muchísimo más desatendida que ahora. Pero unos cuantos minutos al día, bien empleados, pueden realizar mucho; y apenas se creerá que este obrero consiguió salvar en diez años con su insistencia en su propósito, más de trescientos reos de delitos y crímenes, de su continuación en una vida de infamia! Llegó á ser considerado como el médico moral de la cantigua cárcel de Manchester; y allí donde fracasaba el capellán, y muchos otros, conseguía su objeto muy á menudo Tomás Wright. De ese modo devolvió hijos é hijas á sus casas y á sus padres, que de otro modo se habrían perdido; y á muchos reos consiguió que se establecieran en trabajos honrados y laboriosos. La tarea no era por cierto muy fácil. Requería dinero, tiempo, energía, prudencia, y sobre todo, carácter, y la confianza que inspira invariablemente el carácter. Lo más notable es que Wright socorrió á muchos de estos pobres perdidos con los salarios comparativamente pequeños que ganaba en una fundición. Todo esto lo hizo sobre un ingreso que en término medio no pasó de cien libras esterlinas al año, durante toda su carrera de trabajo; y con todo, mientras podia dar ayuda efectiva á los criminales, á quienes no debía más que el servicio de bondad que todo ser humano debe á otro, mantenía también á su familia con comodidad, y gracias á su frugalidad y cuidado, pudo hacer ahorros para su ancianidad. Cada semana dividía su entrada con prudente cuidado; tanto para las necesidades indispensables del vestir y del alimento, tanto para el dueño de la casa, tanto para el maestro de escuela, tanto para los pobres y necesitados; y las líneas de distribución eran observadas resueltamente. Por estos medios prosiguió este humilde obrero su grande obra, con los resultados que hemos descrito brevemente. En verdad, su carrera presenta uno de los

ejemplos más notables y sorprendentes de la fuerza del propósito en un hombre, de la eficacia de los pequeños recursos aplicados con criterio y cuidadosamente, y sobre todo, del poder que ejerce siempre un carácter enérgico y recto sobre la vida y conducta de otros.

No hay descrédito, sino honra, en toda senda honesta de trabajo, ya sea arando la tierra, fabrícando herramientas, tejiendo telas, ó vendiendo los productos detrás de un mostrador. Un joven puede manejar una vara de medir, ó medir una pieza de cintas, y no habrá descrédito en ello, á menos que permita que su espíritu no tenga mayor alcance que la vara ó la cinta; sea tan corto como la una y tan angosto como la otra. « Que no se sonrojen los que *tienen*, dijo Fuller, sino aquellos que *no tienen* ninguna profesión ú oficio. » Y el obispo Hall dijo: « Grato es el destino de todas las ocupaciones, ya sean corporales ó intelectuales. » Los hombres que se han elevado desde ocupaciones humildes no tienen de qué abochornarse, sino por el contrario, deben enorgullecerse á causa de las dificultades que han vencido. Á un Presidente americano fuéle preguntado cuál era su escudo de armas, y recordando que en su juventud había sido leñador, contestó: — *Un par la mangas de camisa.* Un doctor francés bromeaba una vez con Flechier, obispo de Nimes, quien en su juventud había sido velero, á causa de lo bajo de su orígen, á lo cual contestó Flechir: — *Si vos hubiérais nacido en la misma condición en que yo nací, ɑun estaríais haciendo velas de sebo.*

Nada es tan común como la energía para hacer dinero, completamente independiente de cualquier objeto más elevado que su acumulación. Un hombre que se consagra á esta tarea con cuerpo y alma, difícilmente puede dejar de llegar á ser rico. Basta para ello poca inteligencia: gastad menos de lo que ganáis; agregad una guinea á otra; recoged con afán y guardad; y el montón de oro aumentará gradualmente. Osterwald, el banquero de París, principió su carrera siendo pobre. Tenía la costumbre todas las noches de beber en su cena un cuartillo de cerveza en una taverna que frecuentaba, y en esos momentos, recogía y echaba en sus bolsillos todos los corchos que podía. En ocho años había reunido tantos corchos que pudo venderlos por ocho luises de oro. Esa suma fué la base de su fortuna, ganada en su mayor parte con el agio, dejando al morir unos

tres millones de francos. Juan Foster ha citado un sorprendente ejemplo de lo que puede hacer esa especie de determinación para ganar dinero. Un joven que había derrochado su patrimonio, gastándolo en una vida desenfrenada, quedó reducido finalmente á la mayor necesidad y desesperación. Salióse de su casa con el intento de poner fin á su existencia, y se paró al llegar á una eminencia de la cual se veían todas las propiedades que habían sido suyas. Se sentó, meditó por algún tiempo, y se levantó haciendo resolución de recobrarlas. Volvió á la calle, vió una carga de carbón que acababa de ser arrojada de un carro al suelo frente de una casa, se ofreció állevarlo adentro, y fué ocupado. De ese modo ganó unos cuantos peniques, pidió como gratificación un poco de carne y de beber, lo que le fué dado, y los peniques fueron guardados. Continuando en este trabajo servil, ganó y ahorró algunos peniques más; acumuló los suficientes para comprar algunos animales, cuyo valor conocía, y los vendió ganando. Prosiguió gradualmente emprendiendo transacciones más grandes, hasta que al fin se hizo rico. El resultado fué que recobró más de lo que valían sus propiedades anteriores, y murió siendo un avaro inveterado. Cuando le enterraron, mera tierra, volvío á la tierra. Con un espíritu más noble, pudo la misma determinación haber hecho que ese hombre fuera bienhechor de otros y también de sí mismo. Pero en este caso su vida y su fin fueron igualmente sórdidos.

La acción de proveer para otros y para nuestro mismo bienestar é independencia en la edad anciana, es honrosa y muy digna de recomendación; pero atesorar puramente por amor á la riqueza, es característico de hombres innobles y miserables. Contra el desarrollo de este hábito de ahorro desordenado es contra lo que más cuidadosamente debe guardarse el hombre discreto: pues de lo contrario aquello que en la juventud era sencilla economía, puede convertirse en avaricia en la vejez, y lo que era un deber en un caso, puede llegar á ser un vicio en el otro. Es el *amor* al dinero — no el dinero en sí mismo lo que constituye *la raiz del mal*, — amor que limita y estrecha el alma, y la cierra la vida y acción generosas. De ahí que sir Walter Scott haga que uno de sus personajes declare que, « el mentecato acumulador de peniques ha muerto más almas que la espada desnuda ha muerto cuerpos. » Uno de los defectos de los negocios seguidos demasiado exclusivamente, es que tien-

den insensiblemente á materializar el carácter. El hombre de negocios penetra en un sendero, y á menudo no ve más allá. Si vive para sí únicamente, se inclina á ver á los otros seres humanos sólo en aquello en que pueden servir á sus fines. Tomad una hoja del libro mayor de semejantes hombres y tendréis su vida.

El éxito social, medido por la acumulación de dinero, no hay duda que es deslumbrador; y todos los hombres son naturalmente más ó menos admiradores del éxito social. Pero aunque los hombres de hábitos perseverantes, perspicaces, diestros, y sin escrúpulos, y que siempre están espiando el momento de aprovechar las oportunidades, puedan progresar y *progresen*, en el mundo; con todo es posible que no posean la más ligera elevación de carácter ni un átomo de verdadera bondad. Aquel que no reconoce lógica superior á la del chelín, puede llegar á ser un hombre riquísimo, y sin embargo, no dejará de ser una muy pobre criatura. Por que de ningún modo son las riquezas una prueba de valor moral; y su brillar no sirve á menudo más que para llamar la atención á la falta de mérito de su posesor, como la luz de la luciérnaga descubre el gorgojo.

La manera como muchos se dejan sacrificar por su amor á la riqueza, hace recordar la concupiscencia del mono, caricatura de nuestra especie. En Argelia, atan los campesinos de la Kabylia una calabaza fuertemente á un árbol, y le ponen dentro un poco de arroz. La calabaza tiene una abertura apenas bastante grande para que pueda pasar la mano de un mono. El animal va por la noche al árbol, mete la mano, y coge su botín. Trata de sacarla, pero la tiene cerrada en el puño, y no se le ocurre abrirla. Así queda hasta por la mañana, en que le dan caza, mirando estúpidamente asombrado, pero estrechando siempre el botín en su puño. La moral de este cuento es de aplicación muy extensa en la vida.

En general se aprecia en demasía el poder del dinero. Las cosas más grandes que se han hecho en bien de la sociedad no han sido realizadas por hombres ricos, ni por listas de susbcripción, sino generalmente por hombres de cortos recursos pecuniarios. El cristianismo ha sido propagado en la mitad del mundo por hombres de la clase más pobre; y los más grandes pensadores, descubridores, inventores y artistas, han sido hombres de modesta fortuna, muchos de ellos poco más que trabaja-

dores manuales en cuanto á posición social. Y así ha de ser siempre. Las riquezas son más á menudo un impedimento que un estímulo para la acción, y en muchos casos son lo mismo una desgracia que un beneficio. El joven que hereda una fortuna está en condiciones de que la vida le sea fácil, y pronto queda harto de ella, porque nada tiene que desear. No teniendo ningún objeto especial por el cual tenga que luchar, encuentra que el tiempo se le hace pesado; permanece dormido física é intelectualmente, y su posición en la sociedad no es á menudo más elevada que la del pólipo sobre el cual flota la marea.

> Su única ocupación es matar el tiempo, ocupación
> horrenda, y fastidiosa calamidad. (1)

Empero, el hombre rico inspirado por un espíritu justo, despreciará la ociosidad como indigna de un hombre; y si reflexiona sobre las responsabilidades que están unidas á la posesión de la riqueza y de la propiedad, sentirá un deseo más elevado aun hacia el trabajo, que los hombres de suerte más humilde. Esto, sin embargo, debe confesarse que no es por cierto lo común en la vida. El dorado medio de la oración perfecta de Agur es quizá lo mejor de todo, si tan solo pudiéramos conocerlo: « No me deis ni pobreza ni riqueza; alimentadme con alimento conveniente para mí. » El difunto José Brotherton, miembro del parlamento, dejó un bello lema para ser puesto sobre su sepulcro en el parque Peel en Manchester, siendo estrictamente cierto su concepto: — *Mi riqueza consistía, no en la grandeza de mis posesiones, sino en lo limitado de mis necesidades.* Se elevó desde la condición más humilde, la de mozo de taller, hasta una posición de utilidad, con la simple práctica de una honradez llana, laboriosidad, puntualidad, y abnegación. Hasta el fin de su vida, cuando no asistía ya al parlemento, hacía el servicio como sacerdote en una pequeña capilla de Manchester, á la que estaba agregado; y en todo caso hacía ver á aquellos que le conocían en la vida privada, que la gloria que buscaba *no era la de ser visto por los hombres,* ni conseguir sus elogios, sino el ganar el sentimiento interior de llenar las obligaciones diarias de la vida, hasta la más pequeña y humilde de ellas, con ánimo honrado, recto, veraz, y amante.

(1) *His only labor is to kill the time,*
And labor dire it is, and weary woe.

La respetabilidad, en su mejor sentido, es buena. El hombre respetable es digno de consideración, literalmente digno de que uno se vuelva para verle. Pero la respetabilidad que consiste en guardar únicamente las apariencias, no es digna de ser mirada en ningún sentido. Mucho mejor y más respetable es el hombre pobre, pero bueno, que no el hombre rico, pero malo; mejor es el hombre humilde y callado, que no el bribón agradable, bien vestido y que arrastra coche. Un espíritu equilibrado y bien provisto, una vida llena de altos designios, cualquiera que sea la posición que se ocupe en ella, es de muchísima más importancia que la mayoría de la respetabilidad social. Creemos que el más elevado objeto de la vida es formar un caráter viril, y realizar el mejor desarrollo posible del cuerpo y del espíritu, de la inteligencia, la conciencia, el corazón, y el alma. Este es el fin : todo lo demás debe ser considerado como medios. De consiguiente, la vida de más éxito no es aquella en que un hombre adquiere mayores placeres, más dinero, mejor poder ó empleo, honor ó fama; sino aquella en que un hombre adquiere más virilidad, y realiza mayor trabajo útil y cumple mayor deber humano. El dinero es poder á su modo, es cierto; pero la inteligencia, el espíritu público, y la virtud moral, son también poderes, y mucho más nobles. — « Dejad que otros aboguen por pensiones, » escribía lord Collingwood á un amigo; « yo puedo ser rico sin dinero, esforzándome en ser superior á toda cosa pobre. Quiero que mis servicios á mi país no estén manchados por ningún móvil interesado; y el viejo Scott, (1) y yo podemos ir á nuestra huerta sin mucho mayor gasto que antes. » En otra ocasión dijo : « Tengo móviles para mis acciones que no los daría á cambio de cien pensiones. »

El haber hecho fortuna no hay duda que habilitará á algunas personas para *entrar en la sociedad*, como se dice; pero para ser estimadas allí, deben poseer cualidades de espíritu, maneras y corazón, pues de lo contrario no son sino meros individuos, y nada más. Hay hombres *en la sociedad* ahora, tan ricos como Creso, á quienes no se les otorga consideración alguna, y no inspiran respeto. ¿ Por qué? Por que no son sino como bolsas de

(1) Su viejo jardinero. La diversión favorita de Collingwood era la jardinería. Poco después de la batalla de Trafalgar fué á visitarle un hermano almirante, y después de haber buscado á su señoría por todo el jardín, le halló por fin con el viejo Scott, en el fondo de una zanja profunda que estaban los dos muy ocupados en cavar.

dinero : todo su poder está en sus gabetas. Los hombres de nota en la sociedad — los guías y directores de la opinión — los hombres verdaderamente de éxito y útiles — no son hombres necesariamente ricos, sino de carácter puro, de experiencia disciplinada, y de bondad moral. Hasta el hombre pobre, como Tomás Wright, aunque posea poco de las riquezas de este mundo, pero que está en el goce de una naturaleza cultivada, de oportunidades usadas y no abusadas de una vida empleada del medo mejor dentro de sus medios y aptitudes, puede mirar sin la menor envidia á la persona de mero éxito social, al hombre de sacos, de dinero y de acres de tierra.

CAPITULO XI

CULTURA PROPIA — FACILIDADES Y DIFICULTADES

Toda persona tiene dos educaciones, una que recibe de otros, y otra más importante, que el mismo se dá. — GIBBON. (1)

¿Hay alguno á quien desaminan las dificultades y que se dobla ante la tormenta? Ese hará poco. ¿Hay alguno que *quiera* vencer? Esa clase de hombres siempre triunfa. — JUAN HUNTER. (2)

El discreto y activo vence las dificultades, con sólo atreverse á ellas : el perezoso y el tonto tiemblan y huyen á la vista del trabajo y del peligro, y *hacen* la imposibilidad que temen. — ROWE. (3)

La *parte más importante de la educación del hombre*, dijo sir Walter Scott, es aquella que él mismo se dá. » El difunto sir Benjamín Brodie se gozaba en repetir este dicho, y acostumbraba á congratularse por haberse enseñado por sí mismo. Pero esto es necesariamente lo que ocurre con todos los hombres que se han distinguido en las letras, la ciencias, ó las artes. La educación que se recibe en la escuela no es más que un principio, y es valioso principalmente por cuanto ejercita el espíritu y lo habitúa á una aplicación y un estudio continuados. Aquello que penetra en nosotros por instrucción de otros es siempre mucho menos nuestro

(1) *Every person has two educations, one which he receives from others, and one more important, which he gives to himself.* — GIBBON.

(2) *Is there one whom difficulties dishearten — who bends to the storm? Ite will do little. Is there one who will conquer? That kind of man never fails.* — JOHN HUNTER.

(3) *The wise and active conquer difficulties,*
By darmg to attempt them : sloth and folly
Shiver and shrink at sight of toil and, danger,
And make the impossibility they fear. — ROWE.

que aquello que adquirimos por nuestro propio esfuerzo diligente y perseverante. El saber ganado por el trabajo se convierte en posesión, en una propiedad completamente nuestra. Se asegura mayor vivacidad y perseverancia de impresión; y hechos adquiridos así quedan grabados en la mente de un modo que jamás puede efectuarse por una instrucción comunicada por agentes más objetivos que subjetivos. Esta especie de *cultura propia* produce el poder y educa la fortaleza. La solución de un problema ayuda á saber bien el otro, y de ese modo el saber se convierte en facultad. Nuestro propio esfuerzo activo es lo esencial; y ningunas facilidades, ningunos libros, ningunos maestros, ninguna cantidad de lecciones aprendidas por rutina, nos habilitarán para prescindir de él.

Los mejores maestros han sido los primeros en reconocer la importancia de la *cultura propia*, y en estimular al estudiante para que adquiriese saber por medio del ejercicio activo de sus propias facultades. Ellos han confiado enseñar mediante la práctica y el ejercicio más que hacer aprender y saber, y han tratado de que sus discípulos fuesen partes activas en la tarea en que estaban ocupados; haciendo de esa manera á la enseñanza mucho mas elevada que la mera recepción pasiva de los fragmentos y detalles del saber. Este fué el espíritu con que trabajó el gran doctor Arnold; se esforzó en enseñar á sus discípulos á que confiasen en sí mismos, y en desarrollar sus facultades por sus propios esfuerzos activos, mientras que él no hacía más que guiarlos, dirigirlos, estimularlos, y animarlos. « Preferiría con mucho, dijo, mandar á un niño á la tierra de Van Diemen, donde tuviera que trabajar para ganar su subsistencia, que mandarle á Oxford para que viviera con lujo, sin tener en su espíritu ningún deseo de aprovechar las ventajas que se le presentan. » « Si hay algo en la tierra, — observó en otra ocasión, — que sea verdaderamente admirable, es ver á la sabiduría de Dios bendecir á una inferioridad de facultades naturales, cuando han sido cultivadas honradamente, con verdad y con celo. » Hablando de un discípulo de este caráter, dijo : « Yo sostendría á ese hombre con mi sombrero en la mano. » Estando una vez enseñando en Laleham á un niño algo torpe, le habló Arnold con viveza, á lo cual le miró á la cara el discípulo, y le dijo : « ¿ Por qué habláis con enojo, señor? *en verdad* creed que estoy haciendo lo más que puedo. » Años después contó Arnold esta historia á sus

hijos, y agregó : « En toda mi vida he sentido tanto como en ese momento: esa mirada y esas palabras no las he olvidado nunca. »

De los numerosos ejemplos ya citados de hombres de humilde condición que se han elevado en las ciencias y en la literatura, á puestos distinguidos, se desprende que el trabajo no es incompatible con la cultura intelectual más elevada. El trabajo hecho con moderación es sano lo mismo que agradable á la constitución humana. El trabajo educa el cuerpo, como el estudio educa la mente; y el mejor estado de la sociedad es aquel en que hay algún trabajo para el ocio, y algún ocio para el trabajo de todo hombre. Hasta las clases desocupadas están en cierto modo compelidas á trabajar, algunas veces como alivio contra el fastidio, pero en la mayor parte de los casos para satisfacer un instinto que no pueden resistir. Algunos van á cazar zorros por las campiñas inglesas, otros van á cazar gallinas silvestres á Escocia, mientras que muchos peregrinan todos los veranos para trepar las montañas de la Suiza. De aquí las regatas de botes, las carreras, las partidas de criket, y los juegos atléticos de las escuelas públicas, en los que nuestros jóvenes cultivan al mismo tiempo su fuerza física y sus facultades intelectuales. Dícese del duque de Wéllington, que una vez que estaba mirando jugar á los niños en la plaza de juego, en Eton, donde él mismo había pasado tantos de sus primeros días, hizo la observación siguiente : *¡Allí es donde se ganó la batalla de Waterloo!*

Daniel Malthus instaba á su hijo, que estaba en el colegio, á que fuese diligente en el cultivo del saber, pero también le encargaba que se aplicara en juegos varoniles como uno de los mejores medios para conservar todo el poder trabajador de su espíritu, lo mismo que el goce de los placeres de la inteligencia. « Toda clase de saber — dijo — todo conocimiento con la naturaleza y el arte, divertirá y fortalecerá vuestro espíritu, y estoy contentísimo que el cricket haga lo mismo con vuestras piernas y brazos; me gusta veros sobresalir en los ejercicios del cuerpo, y tengo para mí que la mitad mejor, y con mucho la más agradable de los placeres del espíritu se disfruta mejor mientras que existen las fuerzas materiales. Pero un uso aún más importante del empleo activo, es al que se refiere el gran teólogo Jeremías Taylor. — « Evita la ociosidad — dice — y llena todos los huecos de tu tiempo con una ocupación severa y útil; porque

la incontinencia penetra arrastrándose en esos huecos vacíos donde el alma está desocupada y el cuerpo con desahogo; porque ninguna persona acomodada, sana, y ociosa, fué nunca casta, si pudo ser tentada; pero de todas las ocupaciones la más útil es el trabajo corporal, y del mayor provecho para ahuyentar al demonio. »

El éxito práctico en la vida, depende más de la salud física de lo que generalmente se cree. Hodsón, de Hodson's Horse, dijo escribiendo á un amigo de Inglaterra : « Creo que si sigo bien en la India, lo deberé, hablando físicamente, á una sana digestión. » La aptitud para hacer un trabajo contínuo en cualquiera ocupación, tiene que depender necesariamente en gran parte de esto; y de aquí la necesidad de atender á la salud, hasta como un medio de trabajo intelectual. Se debe quizá al descuido del ejercicio físico el que encontremos tan frecuentemente entre los estudiantes una tendencia hacia el descontento, la desdicha, la inacción, y á la inercia, que se manifiestan con un desdén por la vida real y disgusto de los senderos trillados por los hombres, tendencia que en Inglaterra ha sido llamada *Byronismo* y en Alemania *Wertherismo*. El doctor Channing notó esa misma tendencia en América, lo que le hizo observar que : « *muchos de nuestros jóvenes se creían en una escuela de desesperación.* » El único remedio para esta clorósis en la juventud es el ejercicio físico; la acción, el trabajo, y la ocupación corporal.

El uso de labor temprana en ocupaciones mecánicas impuestas por sí mismo ofrece un ejemplo ilustre en la juventud de sir Isaac Newton. Aunque comparativamente torpe como discípulo, era muy asíduo en el uso de la sierra, el martillo y el hacha ; « golpeando y martillando en su alojamiento » haciendo modelos de molinos de viento, carruajes y máquinas de todas clases; y conforme crecía encontraba grandísimo placer en hacer mesitas y alacenas con anaqueles para sus amigos. Smeaton, Watt, y Stephenson fueron igualmente diestros con las herramientas cuando eran aún niños; y si no hubiese sido por esa clase de *cultura propia* en su juventud, es dudoso que hubieran podido realizar tanto en su edad viril. Tal fué también la primera educación de los grandes inventores y mecánicos descritos en las páginas anteriores, cuyos artificios é inteligencia eran adiestrados prácticamente por el uso constante de sus manos en

edad temprana. Hasta en donde los hombres pertenecientes á la clase de trabajo manual se han elevado sobre él, y se han hecho trabajadores más puramente intelectuales, han visto las ventajas de sus primeros pasos en este sentido. Dice Elihu Burritt que halló *necesario* el trabajo fuerte para ponerle en estado de poder estudiar con éxito; y más de una vez dejó de enseñar en la escuela y de estudiar, para tomar otra vez su delantal de cuero, y volver á la fragua y yunque del herrero para la salud de su cuerpo y distracción de su espíritu.

Él adiestra á los jóvenes en el uso de herramientas, al mismo tiempo que los educaría en *cosas comunes*, les enseñaría á emplear sus manos y sus brazos, los familiarizaría con el trabajo sano, ejercitaría sus facultades en cosas tangibles y efectivas, dándoles algunos conocimientos prácticos de la mecánica, inculcándoles la habilidad de ser útiles, y el hábito de un perseverante esfuerzo físico. Esta es una ventaja que las clases trabajadoras, llamadas así estrictamente, poseen ciertamente sobre las clases desocupadas — pues desde temprana edad están en la necesidad de dedicarse á una ú otra ocupación mecánica — adquiriendo así destreza manual y el uso de sus facultades físicas. La principal desventaja unida á la ocupación de las clases trabajadoras, no es que estén empleadas en trabajos físicos, sino que están demasiado exclusivamente ocupadas así, á veces con descuido de sus facultades intelectuales y morales. Mientras que los jóvenes de las clases desocupadas, á quienes se ha enseñado á asociar el trabajo con la servidumbre, lo han evitado y se les ha dejado crecer prácticamente ignorantes, á las clases pobres, limitándolas al círculo de sus laboriosas ocupaciones, se las ha dejado crecer sin estudios literarios, en la mayor parte de los casos. Sin embargo, parece imposible evitar ambos males si se combina el trabajo físico con la cultura intelectual; y existen varios precedentes en el Continente que parecen marcar la adopción gradual de este sistema de educación más saludable y adelantada.

El éxito, hasta en individuos que tienen profesiones, depende en un grado no pequeño, de su salud física; y un escritor público ha llegado á decir que *la grandeza de nuestros grandes hombres es un asunto tanto corporal como intelectual.* (1).» Un

(1) Artículo del *Times*.

aparato respiratorio sano es tan indispensable al abogado ó al político afortunado, como una inteligencia bien cultivada. La completa ventilación de la sangre por la libre exposición á una gran superficie respiratoria en los pulmones, es necesaria para conservar ese completo poder vital del cual depende en tan gran parte el operar vigoroso del cerebro. El abogado tiene que ascender las alturas de su profesión ó través de tribunales cerrados y calentados, y el hombre político tiene que soportar la fatiga y la excitación de largos y curiosos debates en una cámara atestada de personas. De aquí que el abogado y el orador parlamentario estén llamados á desplegar facultades físicas de sufrimiento y actividad, más extraordinarias aún que las intelectuales, facultades que han exhibido en grado tan notable los Brougham, Dyndhurst, y Campbell; los Peel, Graham, y Palmerston, todos hombres de pecho sumamente desarrollado.

Aunque sir Walter Scott tenía el sobrenombre de *el tonto griego*, cuando estaba en el colegio de Edimburgo, era un joven de una salud notable, á pesar de su cojera : podía matar con el arpón un salmón como el mejor pescador en el Tweed y montar un potro como cualquier cazador de Yarrow. Cuando en años posteriores se consagró á las ocupaciones literarias, no perdió nunca sir Walter Scott sus gustos por los *sports* del campo; y mientras escribía su *Waverley* por la mañana, corría liebres por la tarde. El profesor Wilson era un atleta verdadero, tan grande en arrojar el martillo como en los vuelos de la eloeuencia y de la poesía; y cuando Burns era joven aun, fué notable por sus saltos y sus luchas á brazo partido. Algunos de nuestros teólogos más grandes se distinguieron en su juventud por sus fuerzas físicas. Cuando Isaac Carrow estaba en la escuela de Charterhouse, se le conoció por sus luchas y pugilatos, en que salió muchas veces con la nariz sangrando; cuando Andrés Fuller trabajaba como mozo cacharrero en Soham, era celebrado particularmente por su habilidad en el *boxear*; y Adam Clarke, cuando niño, sólo era notable por la fuerza que desplegaba en *rodar grandes piedras de un lado para otro*, secreto, probablemente de algunas de las facultades que desplegó después para hacer rodar grandes pensamientos en su edad viril.

Mientras es necesario, pues, asegurar en primer lugar el sólido cimiento de la salud física, debe observarse también que el cultivo del hábito de aplicación mental, es igualmente indis-

pensable para la educación del estudiante. La máxima de que *et trabajo lo vence todo*, es verdadera cuando se va á la conquista del saber. El camino del estudio está igualmente abierto á todos los que quieren poner el trabajo requerido para recogerlo: y no hay dificultades tan grandes que un estudiante de propósito resuelto no pueda escalar y vencer. Era una de las expresiones características de Chatterton, decir que Dios había enviado á sus criaturas al mundo con brazos suficientemente largos para alcanzar cualquiera cosa si querían tomarse el trabajo necesario para ello. En el estudio lo mismo que en los negocios, la gran cosa es la energía. Debe haber el *fervet opus;* debemos batir el hierro, no solamente cuando está caliente, sino que debemos batirlo hasta calentarlo. Es sorprendente cuánto se puede realizar en la *cultura propia* por los enérgicos y perseverantes, que tienen cuidado de aprovechar las oportunidades, y no desperdician ni los fragmentos de tiempo libre que los ociosos dejan que se pierdan inútilmente. Así fué como Ferguson aprendió astronomía, envuelto en una piel de carnero en los collados de las tierras altas. Así fué como Stone aprendió matemáticas mientras trabajaba de peón jardinero; así aprendió Drew la más elevada filosofía en los intervalos que le dejaba libre su oficio de zapatero remendón; y así se enseñó Miller á sí mismo la geología mientras trabajaba á jornal en una cantera como peón.

Sir Joshuá Reynolds, como ya lo hemos observado, era un creyente tan fervoroso en la fuerza de la laboriosidad, que sostenía que todos los hombres podían llegar á sobresalir si tan sólo quisieran poner en ejercicio la facultad de trabajar asidua y pacientemente. Sostenía que la faena penosa estaba en el camino del genio, y que no había límite para el progreso de un artista, excepto el límite del trabajo que quisiera tomarse. No creía en lo que se llama inspiración, sino en el estudio y la labor. — *La perfección — decía — es concedida al hombre sólo como recompensa del trabajo.* — « Si tenéis grandes talentos, los hará mejores la laboriosidad; si no tenéis más que aptitudes modestas, suplirá su deficiencia la laboriosidad. Nada le es negado al trabajo bien dirigido; nada se obtiene sin él. » Sir Fowell Buxton creía igualmente en el poder del estudio; y abrigaba la modesta idea de que podía hacerlo tan bien como los demás hombres si consagrase á la prosecución de ello doble tiempo y

trabajo de lo que ellos hacían. Ponía gran confianza en los medios ordinarios y en una aplicación extraordinaria.

« He conocido varios hombres en mi vida — dice el doctor Ross — que en días venideros podrán ser reconocidos como hombres de genio, y todos eran personas muy aplicadas, laboriosísimas, y *atentas*. El genio es conocido por sus obras; el genio sin obras es una fe ciega, un oráculo mudo. Pero las obras meritorias son el resultado del tiempo y del trabajo, y no pueden ser ejecutadas por una intención ó un deseo... Toda obra grande es el resultado de grandes preparaciones anteriores. La facilidad viene con la labor. Nada parece fácil, ni el caminar, que no haya sido difícil en su principio. El orador cuya mirada relampaguea fuego instantáneo, y de cuyos labios brota un torrente de nobles pensamientos, que sorprenden por lo inesperado y que elevan por su sabiduría y su verdad, ha estudiado su secreto por medio de la paciente repetición, y después de muchos desengaños amargos (1). »

Dos puntos principales á que debe aspirarse en el estudio, son hacer las cosas por completo y con exactitud. Al establecer Francisco Horner las reglas para el cultivo de la inteligencia, dió gran importancia al hábito de la aplicación continuada á un objeto, con el propósito de dominarle por completo; para este fin se limitó á unos pocos libros, y resistió con la mayor firmeza *toda aproximación de un hábito de lectura variable*. El valor del saber para cualquier hombre no consiste en la cantidad, sino principalmente en el buen uso á que puede aplicarla. De aquí que un conocimiento pequeño, de carácter exacto y perfecto, sea siempre más valioso para los fines prácticos que cualquier magnitud de saber superficial.

Una de las máximas de Ignacio de Loyola era: *El que hace bien un trabajo á la vez, hace más que todos*. Al extender nuestros esfuerzos sobre una superficie demasiado dilatada debilitamos inevitablemente nuestra fuerza, estorbamos nuestro pregreso, y adquirimos un hábito de irregularidad y de trabajo ineficaz. Lord St. Leonards le comunicó una vez á sir Fowell Buxton el

(1) *Self-Development*, plática dirigida á los estudiantes, por Jorge Ross, M. D. páginas 1-20, tomada del *Medical Circular*. Esta plática, á la que estamos reconocidos, contiene muchos pensamientos admirables sobre la *cultura propia*, es completamente sana en su tono, y merece ser publicada de nuevo y aumentada.

modo cómo había seguido sus estudios, y expresaba así el secreto de su éxito : « Cuando principié á estudiar leyes — decía — resolví hacer completamente mío todo lo que adquiriese, y nunca pasar á otra cosa hasta que no hubiese terminado bien la primera. Muchos de mis competidores leían en un día tanto como yo en una semana; pero al fin de los doce meses estaba mi saber tan fresco como en el día en que lo había adquirido, mientras que el de ellos había huído de su memoria. »

No es por la cantidad de estudio por lo que se lleva á cabo una cosa, ó la suma de lectura lo que hace sabio á un hombre; sino la adaptación del estudio al propósito para el cual es seguido; la concentración del espíritu durante el tiempo en que se considera la materia; y la disciplina habitual por la cual es arreglado todo el sistema de aplicación mental. Abernethy era de opinión que había un punto de saturación en su espíritu, y que si tomaba en él algo más de lo que podía contener, solo tenía el efecto de empujar otra cosa afuera. Hablando del estudio de la medicina, dijo : *Si un hombre tiene una idea clara de lo que desea hacer, rara vez dejará de escoger los medios convenientes para efectuarlo.*

El estudio más provechoso es el que se sigue con una mira y objeto definidos. Conociendo perfectamente cualquiera rama de saber, la hacemos más eficaz para emplearla en cualquier momento. Por eso no basta tener únicamente libros, ó saber donde hemos de leer para adquirir conocimiento cuando los necesitamos. La sabiduría práctica, para los fines de la vida, tiene que ir con nosotros, y estar pronta para usarse cuando se requiera. No basta que tengamos un capital en casa, ni un solo ochavo en el bolsillo: tenemos que llevar con nosotros una provisión de moneda corriente de saber, dispuesta para el cambio en toda ocasión; de lo contrario somos comparativamente desvalidos cuando ocurre la oportunidad de usarla.

La decisión y la prontitud son tan necesarias en la *cultura propia*, como los negocios. El desarrollo de estas cualidades puede ser estimulado acostumbrando á los jóvenes á que confíen en sus propios recursos, dejándoles que disfruten tanta libertad de acción en la edad temprana como sea posible. Demasiada dirección y sujeción estorban para la formación de hábitos de *ayuda propia*. Son como vejigas atadas debajo de los brazos de alguien á quien no se ha enseñado á nadar. La falta de confianza es

quizá un obstáculo más grande para el mejoramiento de lo que generalmente se cree. Se ha dicho que la mitad de los fracasos en la vida nacen de que uno tira de la rienda en el momento en que salta el caballo. El doctor Johnson tenía la costumbre de atribuír su éxito á la confianza en sus propias facultades. La verdadera modestia es perfectamente compatible con una equitativa estimación de los méritos de uno mismo, y no exije la abnegación de todo mérito. Aunque hay quienes se engañan á sí mismos poniendo números falsos delante de sus cifras, la falta de confianza, la falta de fe en sí mismo, y la falta de prontitud en la acción, es un defecto del carácter que se ve que está estorbando en el camino del progreso individual; y la razón de que se haga poco, es generalmente porque también se intenta poco.

Generalmente no hay falta de deseo por parte del número mayor de personas para llegar á los resultados de la *cultura propia*, pues existe una grande aversión á pagar el inevitable precio que por ello pide el trabajo fuerte. El doctor Johnson sostenía que, *la impaciencia del estudio era la enfermedad mental de la generación actual*; y la observación es aún aplicable. No creeremos que haya un camino *real* para aprender, pero aparentamos creer firmemente en el *popular*. En la educación inventamos procedimientos de ahorro de trabajo, buscamos parajes cortos para la ciencia, aprendemos francés y latín en doce lecciones, ó *sin maestro*. Nos parecemos á la señora *á la moda*, que tomó un maestro para que la enseñara, á condición de que no la mortificarían con verbos y participios. De la misma manera obtenemos nuestra tintura de ciencia; aprendemos química escuchando un corto curso de lecturas animadas, y por experimentos, y cuando hemos inhalado protóxido de nitrógeno, cuando hemos visto aguas verdes trocadas en coloradas, y el fósforo quemado en oxígeno, tenemos ya nuestra tintura, de la cual lo más que se puede decir es que, aunque sea mejor que nada, no sirve sin embargo para nada. De esa manera creemos, á veces, que nos estamos educando, cuando solamente nos estamos divirtiendo.

La facilidad con que los jóvenes son inducidos así á adquirir conocimientos, sin estudio y sin trabajo, no es educación. Ocupa pero no enriquece el espíritu. Por el momento comunica un estímulo y produce una especie de agudeza y de sagacidad intelectual; pero, sin un propósito implantado y un objeto más ele-

vado que el mero placer, no traerá consigo ninguna ventaja sólida. En semejantes casos no produce el conocimiento más que una impresión pasajera; una sensación, pero no otra cosa; es en realidad, el mero epicurismo de la inteligencia sensual, pero no intelectual, por cierto. De ese modo duermen el más profundo sueño las mejores cualidades de muchos espíritus, aquellas que son evocados por el esfuerzo vigoroso y la acción independiente; y casi nunca vuelven á la vida, sino por el brusco despertar de una súbita calamidad ó sufrimiento, que en seme jantes casos es como una bendición, si viene á despertar un espíritu valeroso, que á no ser por eso, continuaría durmiendo.

Acostumbrados á adquirir conocimientos en forma de diversión, rechazarán los jóvenes aquello que se les presente bajo la faz del estudio y de la labor. Aprendiendo como quien juega, sus conocimientos y la ciencia, estarán muy dispuestos á servir de recreo ambos; mientras que el hábito de disipación intelectual engendrado de ese modo, no puede dejar de producir en el transcurso del tiempo, un efecto enervador tanto sobre el entendimiento como sobre el carácter. *La lectura mezclada*, — dijo Robertson de Brighton — *debilita el entendimiento*, *como el fumar, y es una excusa para estar durmiendo. Es la más perezosa de todas las ociosidades*, *y deja más impotencia que cualquier otra.* »

El mal es una de aquellas cosas que se desarrolla y obra de varios modos. Su menor daño es la ligereza; el mayor, la aversión á que induce hacia un estudio formal, y el tono bajo y débil de espíritu que alienta. Si quisiéramos ser realmente sabios, debemos aplicarnos diligentemente, y cotejar la misma aplicación continuada que usaron nuestros antecesores: porque el trabajo es aún, y siempre será, el premio puesto inevitablemente á cada cosa digna de aprecio. Debe satisfacernos el trabajar con un propósito, y esperar con paciencia los resultados. Todo progreso, de buena clase, es lento; pero el que trabaja con lealtad y celo recibirá indudablemente la recompensa en su día. El espíritu de laboriosidad, incorporado en la vida diaria de un hombre, le conduciría gradualmente á ejercitar sus facultades sobre objetos fuera de sí mismo, de mayor dignidad, y utilidad más extensa. Y aun tendremos que continuar trabajando, porque el trabajo de la *cultura propia* nunca se termina. — *Estar ocupado* — dijo el poeta Gray, *es ser feliz.* — *Es mejor gastarse que en-*

mohecerse, dijo el obispo Cumberland. *¿No tenemos toda la eternidad para descansar?* exclamó Arnauld. «Répos ailleurs» (1) era el lema de Marnix dė St. Aldegonde, el amigo siempre enérgico y siempre ocupado de Guillermo el Taciturno.

El uso que hacemos de nuestras facultades es lo que constituye nuestro único título legítimo al respeto. Aquel que emplea su único talento acertadamente merece tanta honra como aquel á quien le han sido dados diez talentos. No hay realmente más mérito personal enlazado á la posesión de facultades intelectuales superiores, que los que hay en la herencia de grandes fortunas. ¿Cómo se emplean esas facultades? ¿cómo se emplean esas fortunas? El entendimiento puede acumular grandes provisiones de conocimientos sin un propósito útil, pero el saber debe estar unido á la bondad y la sabiduría, é incorporado en un carácter recto, de otra suerte no es nada. Pestalozzi llegó hasta sostener que la enseñanza intelectual por sí misma era perniciosa; insistiendo en que las raíces de todos los conocimientos deben penetrar y alimentarse en el terreno de la voluntad debidamente gobernada. Es cierto que la adquisición de conocimientos podrá proteger á un hombre contra las viles felonías de la vida, pero en ningún modo contra sus vicios egoístas, á menos de estar fortalecido por principios y hábitos sanos. De aquí que encontremos en la vida diaria tantos casos de hombres que son de inteligencia bien formada pero de un carácter diforme; llenos de estudios de la escuela, poseyendo sin embargo poca sabiduría práctica, presentando ejemplos de amonestación más bien que de imitación. Una expresión citada frecuentemente en nuestros días, es que *saber es poder*, pero también lo son el fanatismo y la ambición. El saber en sí mismo podría hacer más peligrosos á los hombres malos, á no ser que sea dirigido sabiamente, y sería un verdadero pandemonio la sociedad en que fuera considerado como el más preciado bien.

Puede ser que hoy en día hasta exageremos la importancia de la cultura literaria. Estamos dispuestos á imaginarnos que porque poseemos muchas librerías, institutos, y museos, hacemos grandes progresos. Pero esas facilidades pueden ser frecuentemente un estorbo lo mismo que una ayuda para la *cultura propia* de la clase más elevada. La posesión de una biblioteca, ó el libre acceso á ella, no constituye saber, como la posesión de

(1) *Descanso en otra parte.*

una fortuna no implica generosidad. Aunque poseemos indudablemente grandes facilidades, no es menos cierto, como antiguamente, que la sabiduría y los conocimientos no pueden llegar á ser propiedad del hombre, individualmente, sino viajando por el viejo camino de la observación, de la atención, de la perseverancia, y de la laboriosidad. La posesión de los meros materiales del saber es cosa muy diferente de la sabiduría, de la prudencia y de los conocimientos que se alcanzan por medio de una clase de disciplina más elevada que la de la lectura, que muchas veces es sólo una mera recepción pasiva de los pensamientos de otros hombres, habiendo muy poco ó ningún esfuerzo activo del cerebro en ella. Además, ¡cuánta parte de nuestra lectura no es más que la satisfacción de una especie de bebida intelectual de licores espirituosos, que comunica una excitación agradable por el momento, sin el menor efecto de mejora en el entendimiento ó posibilidad de seguir formando el carácter! De ese modo se lisonjean muchos en la presunción de que están cultivando sus inteligencias, cuando sólo están ocupados en la tarea más humilde de matar el tiempo, de lo cual lo mejor que quizá se pueda decir, es que los preserva de hacer cosas peores.

Es necesario también tener presente que el conocimiento recogido en los libros, aunque con frecuencia precioso, sólo es de la naturaleza de la *erudición*, mientras que el conocimiento adquirido de la vida real pertenece á la naturaleza de la *sabiduría*, y una pequeña provisión de esta última es de muchísimo más valor que cualquier depósito de la primera. Lord Bolingbroke dijo con mucha verdad que: « Cualquier estudio que no tienda directa ó indirectamente á hacernos mejores como hombres y como ciudadanos, es, cuando más, una especie de trivialidad especiosa é ingeniosa, y el saber que adquirimos con él no pasa de ser una clase de ignorancia estimable pero nada más. »

A pesar de lo útil é instructivo que pueda ser la buena lectura, no es sin embargo más que un modo de cultivar el espíritu, y es mucho menos influyente que la experiencia práctica y el buen ejemplo en la formación del carácter. Habían sido educados en Inglaterra hombres sabios, valientes y leales, mucho antes de la existencia de un público aficionado á la lectura. La *Magna Carta* fué asegurada por hombres que firmaron el instrumento auténtico con señales. Aunque completamente inhábiles

en el arte de descifrar los signos de escritura con los cuales se fijaban sobre el papel los principios, comprendían y apreciaban, con todo, y luchaban atrevidamente por las cosas mismas. De esa manera fueron puestos los cimientos de la libertad inglesa, por hombres que, aunque ileteratos, eran sin embargo, del más elevado carácter. Y debe admitirse que el principal objeto de la cultura, no es llenar meramente el entendimiento con los pensamientos de otros hombres, y ser el recipiente pasivo de sus impresiones de las cosas, sino ensanchar la inteligencia individual, y hacernos trabajadores más útiles y eficaces en cualquiera esfera de la vida á que podamos ser llamados. Muchos de nuestros obreros más enérgicos y útiles han sido lectores muy limitados. Brindley y Stephenson no aprendieron á leer y escribir hasta que ya eran hombres, y sin embargo, hicieron grandes trabajos y tuvieron existencias viriles. Juan Hunter apenas podía leer y escribir cuando tenía veinte años de edad, aunque podía competir en hacer mesas y sillas con cualquier carpintero. — *Jamás leo* — dijo el gran fisiólogo dando una conferencia en su clase, — *esta* — añadió señalando una parte del sujeto que tenía delante — *esta es la obra que debéis estudiar si deseáis llegar á ser eminentes en vuestra profesión.* Cuando se le dijo que uno de los contemporáneos le echaba en cara el ignorar las lenguas muertas, dijo : *Yo me encargaría de enseñarle sobre un cadáver, aquello que jamás ha sabido en ningún idioma, vivo ó muerto.*

No consiste, pues, en lo que puede saber un hombre, lo importante, sino el fin y propósitos para que lo sabe. El objeto del saber debiera ser madurar la sabiduría y mejorar el carácter, para hacernos mejores, más felices, y más útiles; más benévolos, más enérgicos, y más eficaces en la prosecución de todo propósito elevado de la vida. — *Cuando las personas llegan á caer en el hábito de admirar y estimular la habilidad como tal, sin referencia del carácter moral, y las opiniones políticas y religiosas son la forma concreta del carácter moral, están en el camino real que conduce á toda clase de degradación* (1). Nosotros mismos debemos *ser* y *hacer*, y no estar satisfechos solo con leer y meditar sobre lo que otros hombres han sido y han hecho. Nuestra mejor ilustración debe convertirse en vida, nuestro mejor pensamiento en acción. Por lo menos debiéramos po-

(1) *Saturday Review.*

der decir, como lo hizo Richter: *He hecho de mí todo lo que daba de sí la tela, y á nigún hombre se le debe exigir más*; porque es deber de todo hombre disciplinarse y dirigirse, con la ayuda de Dios, conforme á sus responsabilidades y á las facultades con que ha sido dotado.

La disciplina y la sujeción propias son los rudimentos de la sabiduría práctica, y tienen que tener sus raíces en el *respeto propio*. La esperanza emana de ella, la esperanza, que es la compañera del poder, y la madre del éxito; porque aquel que así espera tiene en sí el dón de los milagros. El más humilde puede decir: « Respetarme á mí mismo, desenvolver en mí mismo las facultades físicas é intelectuales, es mi verdadero deber en la vida. Siendo parte íntegra y responsable en el gran sistema de la sociedad, debo á esta sociedad y á su Autor, el no degradar ó destruír ni mi cuerpo, ni mi entendimiento, ni mis instintos. Al contrario, estoy obligado á hacer todo lo que esté en mi poder para dar á esas partes de mi constitución el más alto grado de perfección posible. No solamente debo suprimir el mal, sino que debo también evocar en mi naturaleza los buenos elementos que posea. Y así como yo me respeto, así estoy obligado á respetar á los otros, como ellos están por su parte obligados á respetarme. » De aquí el respeto mutuo, la justicia, y el orden, de los cuales la ley se hace monumento escrito y garantía.

El *respeto propio* es la más noble vestidura con que un hombre puede ataviarse, el sentimiento más elevado de que puede ser inspirado un espíritu. Una de las máximas más sabias de Pitágoras en sus *Versos de Oro*, es aquella en que encarga á sus discípulos que se *reverencien á sí mismos*. Sostenido por esta elevada idea, no corromperá su cuerpo con la sensualidad, ni su inteligencia con pensamientos bajos. Este sentimiento, llevado á la vida diaria, se encontrará en la raíz de todas las virtudes, la limpieza, la sobriedad, la castidad, la moralidad, y la religión. — *La pía y justa estimación de nosotros mismos* — dijo Milton — *puede considerarse como punto y origen radical de donde emana toda empresa laudable y digna*. Pensar bajamente de uno mismo, es descender en la estimación propia lo mismo que en la estimación de los demás. Y conforme son los pensamientos así han de ser las acciones. El hombre no puede tener aspiraciones si mira para abajo; si quiere elevarse tiene que mirar hacia

arriba. El más humilde puede ser sostenido por la propia satisfacción de este sentimiento. La pobreza misma puede ser levantada y aligerada por el *respeto propio*, y es verdaderamente un noble espectáculo ver á un hombre pobre mantenerse firme en medio de sus tentaciones, y rehusar envilecerse con acciones bajas.

Pero la *cultura propia* puede ser degradada, cuando se la considera demasiado exclusivamente como un medio de *adelantar*. Mirada desde este punto de vista, es incuestionable que la educación es uno de los mejores empleos del dinero y el trabajo. En cualquiera línea de la vida habilitará la inteligencia de un hombre para adoptarse más fácilmente de las circunstancias, le sugerirá métodos perfeccionados para trabajar, y en todos conceptos le hará más apto, más hábil y eficaz. Aquel que trabaja con su cabeza ó con sus manos, llegará á ver los asuntos con mirada más clara; y adquirirá la conciencia de su creciente poder, quizá el conocimiento interior más firme que puede acariciar el espíritu humano. La facultad de la *ayuda propia* se desarrollará gradualmente, y en proporción del respeto propio de un hombre, estará armado contra la tentación de las bajas satisfacciones. La sociedad y su acción serán consideradas con un interés completamente nuevo, sus simpatías se ensancharán y agrandarán, y de ese modo será inducido á trabajar para otros lo mismo que para sí.

Sin embargo, puede ser muy bien que la *cultura propia* no concluya siempre en eminencia, ó de un modo tan brillante, como en los numerosos casos citados más adelante. En todos tiempos la gran mayoría de los hombres, por ilustrada que sea, tiene necesariamente que estar ocupada en las distracciones ordinarias de la laboriosidad; y ningún grado de cultura que pueda concederse á la comunidad en general podrá nunca ponerlos en condición — aun cuando fuera de desear, que fuese así — de librarse del trabajo diario de la sociedad, que tiene que hacerse. Pero creemos que esto también podrá llevarse á cabo. Podemos elevar la condición del trabajo uniéndolo á nobles pensamientos, que confieren una gracia á la esfera más baja, lo mismo que á la más elevada. Pues por muy pobre y muy humilde que sea un hombre, puede ser que vengan los grandes pensadores de este y otros días y se sienten con él, y sean sus compañeros por el momento, aunque su residencia sea la choza más ruin. De ese modo es

como el hábito de una lectura bien dirigida pueda llegar á ser la fuente del mayor placer y del mejoramiento de uno mismo, y ejercer una coerción benigna, con los resultados más benéficos, sobre todo la constitución del carácter y la conducta del hombre. Y aun cuando la *cultura propia* no traiga la fortuna, le dará á uno de todos modos la compañía de pensamientos elevados. Una vez le preguntó despreciativamente un noble á un sabio: — *¿Qué habéis sacado de toda vuestra filosofía?* — *Por lo menos tengo sociedad dentro de mí mismo*, fué la respuesta del sabio.

Pero hay muchos aptos á sentirse desalentados, y se desaniman en la tarea de la *cultura propia*, porque no *adelantan* en la sociedad tan pronto como creen que lo merecen. Habiendo plantado su bellota, esperan verla crecer y convertirse en el acto en un roble. Quizá han mirado sobre el saber á la luz de una ventaja comercial, y porque no se vende, como habían esperado poder hacerlo, se sienten mortificados. El señor Tremenheere, en uno de sus *Informes sobre la educación* (para 1840-41), refiere que el maestro de escuela, en Norfolk, vió que su escuela disminuía mucho, averiguó la causa, y fué informado que la razón dada por la mayoría de los padres respecto del motivo que tenían para haber retirado á sus hijos era que, habían esperado que *la educación los iba á hacer mejores de lo que eran antes*, pero que habiendo visto que *no les había hecho ningún bien, habían sacado á sus hijos de la escuela, y no querían darse ninguna molestia más sobre educación!*

La misma idea pobre en la *cultura propia* prevalece demasiado en otras clases, y es estimulada por las erradas apreciaciones de la vida que siempre son más ó menos corrientes en la sociedad. Pero considerar la *cultura propia* ya como un medio de adelantar á otros en la sociedad, ó como un medio de disipación y de diversión intelectuales, más bien que como un poder para elevar el carácter y ensanchar la naturaleza espiritual, es colocarla en un nivel muy bajo. Empleando las palabras de Bacon: —*El saber no es un almacén para ganancias y ventas, sino un rico depósito para la gloria del Creador y el consuelo de la condición del hombre.* Trabajar para elevarse y mejorar su condición en la sociedad, es indudablemente honrosísimo para el hombre, pero esto no debe hacerse con sacrificio de sí mismo. Hacer del espíritu el mero gana pan del cuerpo, es colocarlo en un

uso muy servil; y andar lamentándose y deplorando nuestra detestable suerte, porque no realizamos ese éxito en la vida que después de todo, depende más bien de los hábitos de laboriosidad y atención hacia los detalles de los negocios que del saber, y es la señal de un espiritu limitado, y á veces agrio. Una índole semejante no puede ser mejor descrita que en las palabras de Roberto Southey, quien escribió así á un amigo que le pedía consejo : — « Os daría el consejo si pudiera servir; pero no hay cura para aquellos que prefieren no curarse. Un hombre bueno y un hombre sabio pueden á veces enojarse con el mundo, quizás agraviados por él; pero tened la seguridad de que nunca ha estado un hombre descontento con el mundo, si en él cumplía con su deber. Si un hombre de educación, que tiene salud, manos, y tiempo desocupado, carece de objeto, es únicamente por que Dios Todopoderoso ha otorgado todas esas bendiciones á un hombre que no las merece. »

Otro de los modos de que la educación pueda ser prostituída es empleándola como un medio de disipación y diversión intelectuales. Muchos son los ministros de este gusto en nuestros días. Hay casi una manía por la frivolidad y la excitación, que se manifiesta en muchas formas en nuestra literatura popular. Para satisfacer el gusto público, tienen que ser ahora nuestros libros y periódicos fuertemente sazonados cor especias, divertidos, cómicos, sin desdeñar la germanía, y con ejemplos de los quebrantamientos de todas las leyes humanas y divinas. De esta tendencia dijo Douglas Jerrold una vez : « Estoy convencido de que el mundo se va á cansar (por lo menos así lo deseo) de esta eterna carcajada estrepitosa sobre todas las cosas. Después de todo, la vida tiene algo de serio en sí. No puede ser toda ella una historia cómica de la humanidad. Creo que no faltarían hombres que quisieran escribir un sermón cómico sobre el Monte. Imaginaos una Historia Cómica de Inglaterra; la bufonería de Alfredo, la broma de sir Tomás More, la farsa de su hija pidiendo la cabeza del muerto y estrechándola en su ataúd contra su pecho. Seguramente, la sociedad se ha de hastiar de esta blasfemia. » En el mismo sentido dijo Juan Sterling : « Los periódicos y las novelas son para todos en esta generación, pero más especialmente para aquellos cuyas inteligencias aun no están formadas ó en el progreso de su formación, un sustituto nuevo y más eficaz de las plagas de Egipto, bichos que

corrompen las saludables aguas é infestan nuestras viviendas. »

Como un descanso de la fatiga y una distracción de tareas más graves, es un elevado placer intelectual la lectura de una historia bien escrita por un autor de ingenio; y es una literatura que atrae como por un poderoso instinto á toda clase de lectores, viejos y jóvenes, y no quisiéramos privar á ninguno de ellos de sus goces en una medida razonable. Pero hacerlo exclusivo alimento literario, como algunos, devorar las menudencias de que están llenos los estantes de las bibliotecas ambulantes, y ocupar la mayor parte de las horas libres en estudiar los descabellados cuadros de la vida humana que presentan tantos de ellos, es peor que desperdiciar el tiempo : es positivamente pernicioso. El lector habitual de novelas se entrega tanto á sentimientos ficticios, que hay gran peligro de que sea pervertido ó dejado yerto todo sentimiento puro y sano. — *Nunca voy áoir una tragedia*, dijo una vez un hombre alegre al arzobispo de York, — *me fatigan el corazón*. — La compasión literaria evocada por la ficción no conduce á una acción correspondiente; las susceptibilidades que excita no implican ni inconveniencia ni abnegación; de modo que el corazón frecuentemente conmovido por la ficción, puede al fin hacerse insensible á la realidad. El acero va desapareciendo gradualmente del carácter, é insensiblemente pierde su elasticidad vital. — « Diseñar bellos cuadros de virtud en el espíritu de uno, — dijo el obispo Butler, — está tan lejos de ser necesario ó de conducir con seguridad á formar un *hábito* de ello en aquel que ocupa á sí mismo de ese modo, que hasta puede empedernir el espíritu en un sentido contrario, y hacerlo gradualmente más insensible. »

El recreo usado con moderación es saludable, y muy recomendable; pero el recreo usado con exceso vicia toda la naturaleza, y es una cosa contra la que hay que precaverse. Es citada á menudo la máxima de que : — *Mucho trabajo y ningún juego hacen de Juanucho un zopenco;* pero puro juego y ningún trabajo hacen de él algo peor todavía. Nada puede ser más dañino para un joven que tener el alma desbordándose en los placeres. Las mejores cualidades de su espíritu se echan á perder; los placeres comunes se hacen insípidos; su apetito por gustos de clase más elevada se vicia; y cuando llega á encarar el trabajo y los deberes de la vida, ve que el resultado es generalmente la aversión y el disgusto. Los hombres, *que viven aprisa*,

derrochan y agotan las facultades de la vida, y secan las fuentes de la felicidad verdadera. Habiendo anticipado su primavera, no pueden dar ningún producto sano ni de carácter ni de la inteligencia. Un niño sin candor, una niña sin inocencia, un muchacho sin veracidad, no son espectáculos más lastimosos que el hombre que ha gastado y despilfarrado su juventud en los goces propios. Mirabeau dijo de sí : — *Mis primeros años han desheredado en mucha parte á los siguientes, y desperdiciado gran cantidad de mis facultades vitales.* Así como el mal que hacemos hoy á otro vuelve sobre nosotros mañana, tal así se levantan los pecados de nuestra juventud para castigarnos en nuestra edad madura. Cuando lord Bacon dice que : « el vigor de la naturaleza en la juventud pasa por sobre muchos excesos que queda debiendo el hombre para cuando es viejo, » expone un hecho físico y moral, que no debe dejarse de considerar demasiado en la marcha de la vida. « Os aseguro, — escribió el italiano Giusti á un amigo, que pago un precio caro por mi existencia. « Es evidente que nuestras vidas no están á nuestra disposición. La naturaleza pretende darla grátis al principio, y después manda la cuenta. La peor de las indiscreciones de los jóvenes, no es que destruyan la salud, sino que manchan la virilidad. El joven disipado llega á ser un hombre inficionado; y muchas veces no puede ser puro, aunque lo quiera. Si puede haber cura, sólo podrá ser hallada en la inoculación del alma con un ferviente espíritu del deber, y en la aplicación enérgica al trabajo útil.

Uno de los franceses mejor favorecidos por la naturaleza respecto á grandes dotes intelectuales, fué Benjamin Constant; pero, gastado y hastiado á los veinte años de edad, su vida fué tan solo un prolongado lamento, en vez de la cosecha de grandes hechos que hubiera sido capaz de realizar con ordinaria diligencia y dominio sobre sí mismo. Se determinó á hacer tantas cosas, que nunca hizo, que las personas llegaron á hablar de él como de *Constant el inconstante.* Era un escritor fácil y brillante, y acariciaba la ambición de escribir obras *que el mundo no dejaría perecer en el olvido de buen grado.* Pero mientras Constant afectaba el más elevado pensar, practicaba, desgraciadamente, el más bajo vivir; ni tampoco compensaba el trascendentalismo de sus libros la desgradación de su vida. Frecuentaba las casas de juego mientras estaba ocupado en preparar

su libro sobre religión, y llevaba adelante una intriga deshonrosa mientras escribía su *Adolfo*. Á pesar de todas sus facultades intelectuales, no tenía poder, porque no tenía fe en la virtud. ¡*Bah!* dijo, ¿*qué son el honor y la dignidad? Cuanto más vivo veo tanto más claramente que no hay nada en ellos*. Era el alarido de un hombre mísero. Se describió á sí mismo diciendo que no era nada más que *ceniza y polvo*. — *Paso como una sombra sobre la tierra*, — dijo — *acompañado por la miseria y el fastidio*. Deseaba tener la energía de Voltaire, y hubiera querido poseer más que su genio. Pero no tenía fuerza de propósito, nada más que deseos : su vida agotada permaturamente, se había convertido en un montón de eslabones quebrados. Habló de sí mismo cómo de una persona que estaba con un pie en el aire. Reconocía que no tenía principios, ni constancia moral. De ahí que con su espléndido talento no logró hacer nada; y, después de vivir miserablemente muchos años, murió gastado y desventurado.

La carrera de Agustín Thierry, autor de la *Historia de la conquista Normanda*, ofrece un contraste admirable con la de Constant. Toda su vida presenta un ejemplo sorprendente de perseverencia, diligencia, *cultura propia*, é infatigable consagración al saber. En la prosecución perdió la vista, perdió la salud, pero nunca perdió su amor á la verdad. Cuando estaba tan débil que era llevado de una pieza á otra en brazos de una enfermera, como un niño imposibilitado, no le faltó nunca su valiente espíritu; y ciego y desvalido como estaba, terminó su carrera literaria con las siguientes nobles palabras : — Si, como creo, el interés de la ciencia figura en el número de los grandes intereses nacionales, he dado á mi país todo lo que le da el soldado mutilado en el campo de batalla. Cualquiera que sea la suerte de mis trabajos, espero que este ejemplo no se perderá. Desearía que sirviese para combatir esa especie de debilidad moral que es la *enfermedad* de la generación presente; para volver á llevar al recto sendero de la vida á algunas de esas almas enervadas que se quejan de no tener fe, que no saben qué hacer, y que buscan en todas partes sin encontrarlo, un objeto de adoración y de admiración. ¿Porque decir con tanta amargura que en el mundo constituído como está, no hay aire para todos los pulmones, ni ocupación para todas las inteligencias? ¿No existe el estudio tranquilo y serio? ¿y no es eso un refugio, una

esperanza, un campo al alcance de todos nosotros? Con él se pasan los malos días sin que se sienta su peso. Cada uno puede formarse su propio destino — cada uno puede emplear noblemente su vida. Esto es lo que he hecho, y volvería á hacerlo si tuviera que comenzar de nuevo mi carrera; escogería aquello que me ha traído á donde ahora estoy. Ciego, y sufriendo sin esperanza, y casi sin intermisión, doy este testimonio, que viniendo de mí no parecerá sospechoso. *Hay* algo en el mundo que es mejor que los goces sensuales, mejor que la fortuna, mejor que la misma salud, es el consagrarse al saber. »

En muchos conceptos se parecía Coleridge á Constant. Poseía facultades igualmente brillantes, pero era igualmente inestable en sus propósitos. Con todas sus grandes dotes intelectuales, carecía del dón de la laboriosidad, y era contrario al trabajo continuado. Carecía también del sentimiento de independencia, y no consideró una degradación dejar que su mujer y sus hijos fuesen mantenidos por el trabajo intelectual del noble Southey, mientras que él mismo se retiró á Highgate Grove para conversar sobre trascendentalismo con sus dicípulos, mirando con desprecio el trabajo honrado que se hacía debajo de él en medio de la niebla y el humo de Londres. Teniendo á su disposición una ocupación lucrativa, se bajaba á aceptar la caridad de los amigos, y, á pesar de las elevadas ideas de su filosofía, se sometía á humillaciones ante las cuales se hubieran retrocedido muchos jornaleros. ¡Cuán diferente en espíritu era Southey! Trabajando no solamente en labor de su propia elección, sino en tareas á veces fastidiosas y desagradables, y buscando y atesorando instrucción incansablemente y con el mayor anhelo, puramente por amor á ella. Todo día, toda hora tenía su ocupación trazada requiriendo puntual cumplimiento los compromisos con los editores; había que proveer debidamente á los gastos corrientes de una casa grande, y Southey no tenía cosecha que le creciera mientras permaneciera ociosa su pluma. — *Mis senderos*, decía á veces, — *son tan anchos como el camino real, y mis recursos están en un tintero.*

Roberto Nicoll escribió á un amigo, después de haber leído los *Recuerdos de Coleridge*: — *¡Qué inteligencia tan poderosa se perdió en ese hombre por carecer de un poco de energía, de un poco de determinación*! El mismo Nicoll era un espíritu leal y valeroso; murió joven, pero no sin haber encontrado y ven-

cido grandes dificultades en la vida. Al principiar su carrera, mientras se ocupaba de un pequeño negocio de librería, se vió agoviado por una deuda de veinte libras esterlinas únicamente, la que según dijo — *sentía que le pesaba como una piedra de molino sobre el cuello* — y que — *cuando la hubiera pagado no volvería nunca á pedir prestado á ningún mortal.* Escribiendo por esta época á su madre, le decía :» no temáis por mí, querida madre, porque me siento crecer en firmeza diariamente y tengo más esperanza en mi ánimo. Cuanto más pienso y reflexiono — y pensar, y no leer, es ahora mi ocupación — siento que, sea que me haga ó no me haga más rico, me estoy haciendo un hombre más discreto, lo cual es mucho mejor. La pesadumbre, la pobreza, y todos los otros animales salvajes de la vida que tanto asustan á otros, soy bastante atrevido para creer que podría mirarlos de frente sin retroceder, sin perder el respeto por mí mismo, la fe en los altos destinos del hombre, ó la confianza en Dios. Hay un punto que cuesta mucho trabajo y lucha mental para ser obtenido, pero que una vez ganado puede un hombre mirar do allí para abajo, como lo hace un viajero desde una elevada montaña, sobre las tormentas que hacen destrozos abajo, mientras que el se pasea tranquilo al sol. No diré que haya ganado aún ese punto en la vida, pero me siento más cerca de él.

No es el reposo, sino el esfuerzo, no la facilidad, sino la dificultad, lo que hace á un hombre. Quizá no hay una posición en la vida, en que haya dificultades contra las que hay que luchar y vencerlas antes que se consiga alcanzar una medida determinada de éxito. Esas dificultades, sin embargo, son nuestros mejores instructores, como nuestros errores forman á menudo nuestra experiencia mejor. Carlos Fox tenía la costumbre de decir que esperaba más de un hombre que erraba y seguía adelante á pesar de su fracaso, que de la boyante carrera del afortunado. — « Todo está bien, — dijo — al decirme que un joven se ha distinguido con un brillante primer discurso. Puede continuar, ó quedar satisfecho de su primer triunfo ; pero mostradme un joven que *no* haya tenido éxito al principio y que á pesar de eso ha seguido adelante, y apostaré á favor de ese joven, de que era mejor que la mayor parte de aquellos que han tenido éxito en el primer ensayo.

Aprendemos la sabiduría mucho más del fracaso que del éxito. Descubrimos á menudo lo que *es apropósito*, hallando aquello

que no lo es; y probablemente nunca ha hecho un descubrimiento aquel que nunca ha cometido un error. El fracaso de la tentativa de hacer trabajar una bomba aspirante de agua, cuando el cubo estaba á más de treinta y tres pies sobre la superficie del agua que había que levantar, fué lo que indujo á hombres observadores al estudio de las leyes de la presión atmosférica, y abrió un nuevo campo de investigación al genio de Galileo, Torrecelli, y Boyle. Juan Hunter acostumbraba observar que el arte de la cirujía no adelantaría hasta que los hombres de la profesión no tuvieran el valor de publicar sus fracasos lo mismo que sus éxitos. El ingeniero Watt dijo que lo que más falta hacía en la ingeniería mecánica era una historia de los fracasos: — *Necesitamos*, — dijo — *un libro de borrones.* — Una vez que se mostró á sir Humphry Davy un experimento hábilmente manipulado, dijo: — « Doy gracias á Dios por no haber sido hecho un hábil manipulador, porque mis descubrimientos más importantes, me han sido sugeridos por los fracasos. » Otro investigador distinguido en las ciencias físicas ha dejado expuesto que, cada vez que en el curso de sus investigaciones encontraba algún obstáculo aparentemente insuperable, se hallaba generalmente inmediato de algún descubrimiento. Las cosas más grandes — los grandes pensamientos, descubrimientos, invenciones — han sido generalmente alimentadas en la penalidad, muchas veces fueron examinadas con madurez en medio de los sinsabores, y por fin establecidas con dificultad.

Beethoven dijo de Rossini que tenía en sí el material para haber sido un buen músico, con sólo que le hubieran azotado bien cuando muchacho; pero que se había echado á perder por la facilidad con que producía. Los hombres que sienten en sí sus fuerzas no deben temer tropezar con opiniones opuestas; tienen razones muchísimo más grandes para temer el elogio inmerecido y una crítica demasiado amistosa. En el momento en que Mendelssohn iba á entrar en la orquesta de Birmingham, en la primera ejecución de su *Elijah*, dijo riéndose á uno de sus amigos y críticos: — *¡Clavadme vuestras uñas! ¡no me digáis lo que os gusta, sino aquello que no os gusta!*

Se ha dicho, y con verdad, que la derrota y no la victoria es lo que prueba mejor á un general. Wáshington perdió más batallas que las que ganó; pero al fin tuvo éxito. Los Romanos principiaban sus más victoriosas campañas casi siempre con de-

rrotas. Moreau era comparado por sus compañeros á una caja de tambor, que nadie oye sino cuando se la golpea. El genio militar de Wéllington fué perfeccionado por los tropiezos con las dificultades aparentemente de un carácter lo más insuperable, pero que sólo servían para impeler su resolución, y poner mejor de manifiesto sus grandes cualidades como hombre y como general. Así el hábil marino obtiene su mejor práctica en medio de las tormentas y de las tempestades, que lo amaestran en la confianza en sí mismo, el valor, y la más elevada disciplina ; y nosotros debemos probablemente á nuestros mares tempestuosos y á las noches obscurecidas por la neblina, el mejor perfeccionamiento de nuestra raza inglesa de marinos, quienes seguramente no tienen quien los supere en el mundo.

La necesidad podrá ser una maestra de escuela muy rígida, pero se ve que es generalmente la mejor. Aunque la ordalia de la adversidad nos hacer etroceder naturalmente, tenemos, sin embargo, que salirla al encuentro valerosamente cuando llega. Burns dice con verdad :

> Auque las pérdidas y las penalidades son lecciones severísimas, hay allí ingenio, que sólo en ellas encontraréis, y que en ninguna otra parte podréis hallar. (1)

« Suaves, en verdad, son los modos de la adversidad. » Nos descubren nuestras facultades, y despiertan nuestra energía. Si existe verdadero valor en el carácter, al igual de olorosas hierbas, darán sus más suaves fragancias cuando sean exprimidas. — *Las cargas,* — dice el antiguo proverbio, — *son las escaleras que conducen al cielo.* — *¿ Que es hasta la pobreza misma,* — pregunta Richter, — *para que un hombre murmure de ella? No es más que el dolor que causa el abrir la oreja á una niña, y le colgáis preciosas alhajas en la herida.* En la experiencia de la vida se ve que la saludable disciplina de la adversidad en las naturalezas fuertes lleva consigo generalmenie una influencia conservadora. Se advierte que muchos son capaces de soportar con valor las privaciones, y que tropiezan y luchan alegre-

(1) *Though losser and crosses*
Be lessons right severe,
Therés wit there, you' il get there,
You' i' find no other where.

mente con las dificultades, pero que después son incapaces de resistir las influencias más peligrosas de la propiedad. Únicamente á un hombre débil despoja el viento de su capa; un hombre de mediana fuerza está en más peligro de perderla cuando le hieren los rayos de luz de un sol demasiado genial. De ahí que á menudo se necesite una disciplina más elevada y un carácter más fuerte para resistir durante la buena suerte que en la adversidad. Algunas naturalezas generosas se vigorizan con la prosperidad, pero hay muchos en quienes la fortuna no tiene tal influencia. Á los corazones ruines no hace sino endurecerlos, y convierte en bajos y orgullosos á aquellos que eran viles y serviles. Pero mientras que la prosperidad es apta para endurecer el corazón en el orgullo, servirá la adversidad para madurarlo en fortaleza, en un hombre de resolución. Según decía Burke: — « La dificultad es un preceptor severo, puesto sobre nosotros por el supremo mandato de un guardián é instructor paternal, que nos conoce mejor de lo que nosotres mismos nos conocemos, como que nos ama también mejor. Aquel que lucha contra nosotros fortifica nuestros nervios, y aguza nuestra habilidad; nuestro antagonista es nuestro auxiliar.» Sin la necesidad de combatir con las dificultades podría ser más fácil la vida, pero los hombres valdrían menos, porque las pruebas mejoradas prudentemente muestran el carácter, y enseñan la *ayuda propia*; por eso es como la misma penalidad puede resultar sernos de disciplina saludable, aunque no la reconozcamos. Cuando el valiente joven Hodsón, fué separado injustamente de su mando en la India, se sintió abatido por la calumnia y la inmerecida injusticia, pero conservó sin embargo el valor para decir á un amigo: « Lucho por mirar atrevidamente de frente á lo peor, como lo haría con un enemigo en un campo de batalla, y he de cumplir resueltamente el trabajo que me está asignado y del mejor modo que pueda, satisfecho de que hay una razón para todo; y que hasta los deberes enfadosos bien cumplidos llevan consigo su propia recompensa, y que aún no siendo así *son* de todos modos *deberes*.

La batalla de la vida se combate cuesta arriba, en la mayoría de los casos; y ganarla sin lucha sería ganarla quizá sin honra. Si no existieran dificultades no habría éxitos; si no hubiese nada porque luchar, no habría nada que realizar. Las dificultades podrán intimidar á los débiles, pero obran como un estímulo

saludable sobre los hombres de resolución y de valor. En verdad, toda experiencia de la vida solo sirve para probar que los impedimentos arrojados en el camino del progreso humano pueden ser vencidos en su mayor parte por una conducta firme y constante, un celo honrado, actividad y perseverencia, y sobre todo, por una resolución determinada para superar las dificultades, y mantenerse de pie virilmente contra el infortunio.

La escuela de la dificultad es la mejor escuela de disciplina moral, tanto para las naciones como para los individuos. La historia de todas las cosas grandes y buenas que hasta ahora han ejecutado los hombres. Es difícil decir cuánto deben las naciones del norte á su clima comparativamente rudo y variable, y á un suelo estéril, en su orígen, que es una de las necesidades de su condición, que envuelve una lucha perenne con dificultades tales de las que los naturales de climas más favorecidos por el sol no tienen idea. Y quizá á esto se debe que aunque son exóticos nuestros mejores productos, la habilidad y la laboriosidad que han sido necesarias para crearlos, han dado por resultado la producción de una raza de hombres que no tiene superior en e globo.

Do quiera que haya dificultad, tiene que salir el hombre individual mejor ó peor. La lucha con ella adiestrará su fuerza, y disciplinará su habilidad, vigorizándole para el esfuerzo futuro como el andarín al ser amaestrado á correr cuesta arriba, llega después á hacer con facilidad su carrera. El camino del éxito puede ser escarpado para subirlo, y pondrá á prueba la energía de aquel que quiera llegar á la cúspide. Pero el hombre aprende muy luego por la práctica, que los obstáculos tienen que ser vencidos yéndose á las manos con ellos; que la ortiga se pone suave como la seda cuando se la coge sin miedo; y que la ayuda más eficaz para realizar el objeto que uno se propone, es la convicción moral de que podemos y queremos llevarlo á cabo, de ese modo desaparecen por sí mismas las dificultades ante la determinación de vencerlas.

Mucho se hará con solo intentarlo. Nadie sabe lo que puede hacer hasta que lo ha probado; y pocos intentan hacer todo lo que pueden hasta que se ven obligados á efectuarlo. « *Si* yo pudiera hacer tal ó cual cosa, » suspira el desalentado joven. Pero nada se hará si se limita á desear. El deseo debe convertirse en propósito y esfuerzo; y una enérgica tentativa vale más

que mil deseos vehementes. Estos espinosos *sí* son los clamores de la impotencia y de la desesperación — los que tan á menudo cercan el campo de la posibilidad, é impiden que se haga algo, ó que siquiera se intente hacerlo. — Una dificultad, — dijo lord Lyndhurst, es una cosa que hay que vencer, lucha de una vez á brazo partido con ella; la facilidad llegará con la práctica, y el vigor y la fortaleza con el esfuerzo repetido. De ese modo puede ser adiestrada la inteligencia y el carácter en una disciplina casi perfecta, y puestas en aptitud de obrar con gracia, espíritu, y libertad, casi completamente incomprensibles para aquellos que no han pasado por una experiencia semejante.

Todo lo que aprendemos es ya dominar una dificultad, y el dominio de una ayuda para el dominio de otras. Cosas que á primera vista pueden aparecer de poco valor comparativamente para la educación, tales como el estudio de las lenguas muertas, y las relaciones de las líneas y de las superficies que llamamos matemáticas, son realmente del mayor valor práctico, no tanto por la instrucción que ellas dan, cuanto por el desarrollo que compelen. El dominio de estos estudios evoca el esfuerzo, y cultiva la facultad de la aplicación, que de otro modo pudo haber quedado aletargado. De esa manera conduce una cosa hacia la otra, y así continua la obra á través de la vida combatiendo con la dificultad que sólo concluye cuando la termina la vida y la cultura. Pero entregarse al sentimiento del desaliento nunca ayudó á persona alguna para vencer una dificultad, y jamás lo hará. El consejo de D'Alembert al estudiante que se lamentaba de falta de éxito en dominar los primeros elementos de las matemáticas, era verdadero : — *Seguid, señor, y la fe y la fuerza irán á vos.*

La bailarina que hace una pirueta, el violinista que toca una sonata, han adquirido su destreza con la paciente repetición, y después de muchos fracasos. Cuando Carissime fué elogiado por la soltura y la gracia de sus melodías, exclamó : — *¡ Ah! ¡poco os imagináis con cuánta dificultad ha sido adquirida esta soltura!* Una vez que se le pregentó á sir Joshuá Reynolds cuánto tiempo había empleado en la pintura de cierto cuadro, contestó : — *Toda mi vida.* Enrique Clay, el orador americano, al dar consejos á unos jóvenes, les describía así el secreto de su éxito en el cultivo de su arte : « Debo mi éxito en la vida, — dijo — principalmente á una circunstancia, que á la edad de veinte y siete años principié, y continué por muchos años, la tarea de leer y hablar dia-

riamente sobre el contenido de algún libro histórico ó científico. Estos esfuerzos de improvisación eran hechos algunas veces en un sembrado, otras en un bosque, y muy frecuentemente en un galpón lejano, teniendo al buey y al caballo por auditorio. Á esta temprana práctica del arte de las artes debo los impulsos primeros y capitales que me estimularon á seguir adelante y han dado forma y modelado mi destino subsiguiente. »

Curran, el orador irlandés, tenía un fuerte defecto de articulación cuando era joven, y en la escuela era conocido por el *tartarmudo Juanucho Curran*. Mientras se dedicaba al estudio del derecho, y luchando aún para vencer aquel defecto, fué aguijoneado hacia la elocuencia por los sarcasmos de un individuo de un club de discusión, quien le señaló como á el *orador silencioso;* porque, lo mismo que Cowper, cuando se puso de pie en una ocasión anterior, no había podido Curran pronunciar ni una palabra. La mofa le hirió y contestó en un discurso triunfante. Este descubrimiento casual de sí mismo sobre el dón de la elocuencia, le estimuló para continuar en sus estudios con renovada energía. Corrigió su enunciación leyendo alto, enfática y distintamente, los mejores pasajes de literatura durante varias horas cada día, estudiando su fisonomía ante un espejo, y adoptando un método de accionar conveniente á su cara bastante tosca y sin gracia. También se ponía casos á sí mismo, que contradecía con tanto cuidado como si hubiera estado dirigiéndose á un jurado. Curran principió su carrera con la calificación que lord Eldon manifestó que era el primer requisito para alcanzar fama, esto es : — *no poseer ni un chelín siquiera.* Mientras hacía laboriosamente su camino en el foro, oprimido aun por el defecto que lo había agoviado en su club de discusión, fué provocado en una ocasión por el juez (Robinson) á quien le pagó una frase descortés con otra mucho más fuerte. En el caso que se discutía, observó Curran: — *que nunca había encontrado la ley como la presentaba su señoría, en ninguna biblioteca.— Es posible, señor,*— dijo el juez con tono desdeñoso, — *pero sospecho que vuestra biblioteca es muy pequeña.* Era notorio que su señoría era un partidario político furioso, autor de varios folletos anónimos caracterizados por una violencia y un dogmatismo inusitado. Curran, excitado por la alusión hecha á sus circunstancias limitadas, contestó así : « Es cierto, lo que dice su señoría, de que soy pobre, y esta circunstancia ha hecho que sea limitada mi biblioteca; mis libros no son

numerosos, pero son selectos y creo que han sido leídos con disposiciones convenientes. Me he preparado para esta difícil profesión con el estudio de algunas buenas obras, más bien que con la composición de muchas malas. No me avergüenzo de mi pobreza, pero sí me avergonzaría de mi fortuna, si me hubiera podido doblegar para adquirirla por el servilismo y la corrupción. Si no consigo elevarme en rango, he de ser por lo menos honrado, y si alguna vez dejara de serlo, hay muchos ejemplos que me enseñan que una elevación mal ganada, al hacerme más conspícuo, sólo me haría despreciable, más universal y más notoriamente. »

La extrema pobreza no ha sido obstáculo en la senda del hombre consagrado al deber de la *cultura propia*. El profesor Alejandro Murray, el lengüista, aprendió á escribir garrapateando sus letras sobre una vieja cardencha con el extremo de un palito de brezo quemado. El único libro que poseía su padre, que era un pobre pastor, era un catecismo de un penique, pero siendo considerado éste demasiado valioso para el uso común, era guardado cuidadosamente en una alacena para el examen del domingo. El profesor Moor era demasiado pobre cuando joven para poderse comprar los *Principia* de Newton, pidió prestado el libro, y copió por su mano todo el libro. Muchos estudiantes pobres, mientras trabajan diariamente para ganarse la vida, sólo han podido arrebatar un átomo de saber aquí y allí en intervalos, cómo cogen su alimento los pájaros en invierno cuando los campos están cubiertos de nieve. Han seguido luchando, y la fe y la esperanza han venido á ellos. Un autor y editor muy conocido, Guillermo Chambers, de Edimburgo, hablando ante una asamblea de jóvenes en aquella ciudad, describíales brevemente el humilde principio de su carrera, para que les sirviera de estímulo : « Estoy ante vosotros, — dijo — como hombre educado por sí mismo. Mi educación es aquella que se dá en las humildes escuelas parroquiales de Escocia; y sólo cuando fuí á Edimburgo, muchacho pobre, consagré mis noches, después de las faenas del día, al cultivo de esa inteligencia que el Todopoderoso me ha dado. Desde las siete ó las ocho de la mañana hasta las nueve ó las diez de la noche estaba yo en mi ocupación como aprendiz de librero, y solamente en las horas después de éstas que yo robaba al sueño, era cuando me podía consagrar al estudio. No leía novelas : mi atención estaba consagrada á las ciencias físicas, y otras mate-

rias útiles. *Me enseñé* también el francés. Recuerdo esos tiempos con gran placer, y casi siento no tener que pasar por esa experiencia otra vez; porque recogía más placer cuando no tenía medio chelín en mi bolsillo, estudiando en una guardilla, en Edimburgo, que el que ahora puedo encontrar sentado en medio de todas las elegancias y comodidades de una sala. »

El relato de Guillermo Cobbett de cómo aprendió gramática inglesa está lleno de interés é instrucción para todos los estudiantes que trabajan en medio de dificultades. « Estudié gramática, — dice — cuando era soldado raso con un sueldo de medio chelín por día. El borde de mi cama era mi asiento para estudiar; mi mochila era mi caja de libros; y una tablita puesta sobre mis rodillas, formaba mi escritorio; y la tarea no necesitó menos de un año. No tenía dinero para comprar velas ni aceite; en el invierno rara vez podía conseguir más luz por la noche que la del fuego, y de esa únicamente mi turno. Y si yo, en circunstancias semejantes, y sin padres ó amigos que me aconsejaran ó estimularan, realicé esta empresa, ¿qué escusa puede haber para cualquier joven, por pobre que sea, por ocupado que se halle con asuntos, ó por cualquier motivo de alojamiento ú otros inconvenientes? Para comprar una pluma ó un pliego de papel estaba obligado á renunciar á parte de mis alimentos, aunque me hallaba en un estado casi medio muerto de hambre : no tenía un momento que pudiera llamar mío; y tenía que leer y escribir en medio de la conversación, la risa, el canto, los silbidos, y la gritería de una docena por lo menos de los hombres más atolondrados, y esto, además, en las horas de su libertad de toda vigilancia. ¡No penséis ligeramente del ochavo que tenía que dar, de vez en cuando, por tinta, pluma, ó papel! ¡Ese ochavo era, ¡ay! una gran suma para mí! Era tan alto como lo soy ahora; y tenía buena salud. Todo el dinero que no se gastaba para nosotros en el mercado, eran dos peniques á la semana para cada soldado. Recuerdo, ¡y bien! que en una ocasión, después de mil medios para lograrlo, tenía un día medio penique en reserva, después de haber hecho todos los gastos necesarios, el cual había destinado para la compra de un harenque colorado, en la mañana siguiente; pero, cuando me saqué la ropa por la noche, tan hambriento entonces que apenas podía soportar la vida, me encontré con que había perdido mi medio penique! ¡Enterré mi cabeza debajo de la miserable sábana y frazada, y lloré como

un niño! Y vuelvo á decirlo, si yo, en semejantes circunstancias, pude luchar y vencer esta tarea, ¿puede haber hoy, en todo el mundo, un joven que encuentre una disculpa para no hacerlo?

Tenemos noticia de un ejemplo igualmente sorprendente de la perseverancia y de la aplicación para aprender en un desterrado político en Londres. Su ocupación primera fué la de albañil, en la que encontró empleo durante cierto tiempo; pero habiendo disminuído el trabajo, perdió su colocación, y la miseria se le echó encima. En su dificultad, se dirigió á un compañero de destierro ocupado ventajosamente en enseñar el francés, y le consultó sobre lo que debía hacer para ganarse la vida. La contestación fué: — *¡Haceos profesor!* — *¿Profesor?* — contestó el albañil — *¡yo, que no soy más que un obrero, que no hablo sino un dialecto! Seguramente os estáis burlando.* — *Muy al contrario, lo digo formalmente*, repuso el otro, — *y vuelvo á aconsejaros; haceos profesor: colocaos bajo mi dirección, y yo me ocuparé en enseñaros cómo habéis de enseñar á otros.* — *¡No, no!* — contestó el albañil, — *es imposible; ¡soy demasiado viejo para aprender; tengo muy poco de hombre instruído; no puedo ser profesor!* — Fuése, y procuró conseguir trabajo en su oficio. De Londres se fué á las provincias, y viajó varios centenares de millas en vano; no pudo encontrar un patrón. Regresando á Londres, se fué directamente á casa de su consejero anterior y le dijo: — « He buscado trabajo en todas partes, y he fracasado; ¡voy á intentar ahora ser profesor! » Púsose inmediatamente al estudio; y siendo hombre de atenta aplicación, de rápida concepción, é inteligencia vigorosa, se posesionó muy luego de los elementos de la gramática, las reglas de construcción y de composición, y (lo que aun tenía que aprender en gran parte) la pronunciación del francés clásico. Cuando su amigo é instructor le consideró suficiente competente para poder principiar la enseñanza, fué pedido y obtenido un empleo vacante anunciado en los periódicos; ¡y he ahí de profesor á nuestro artesano! Dió la casualidad que el seminario en que fué colocado estaba situado en un suburbio de Londres donde anteriormente había trabajado como albañil; y la primer cosa con que tropezaban sus ojos todas las mañanas al dirigir su mirada fuera, por la ventana de su dormitorio, era una fila de chimeneas de cabañas que él mismo había construído! Por algún tiempo tuvo miedo de ser reconocido en la villa por el obrero de antaño, y con ese motivo causar

descrédito al Seminario, que era de alto rango. Pero no necesitaba tener semejante aprensión, porque demostró ser un maestro competente, y sus discípulos fueron felicitados públicamente en más de una ocasión por sus conocimientos del francés. En el ínterin obtuvo el respeto y la amistad de todos los que le trataban, tanto de los colegas como de los discípulos; y cuando supieron la historia de sus luchas, sus dificultades y su pasado, le admiraron más que nunca.

Sir Samuel Romilly no fué menos infatigable en la enseñanza de sí mismo. Hijo de un joyero, descendiente de un refugiado francés, recibió corta educación en sus primeros años, pero venció todas estas desventajas con una incansable aplicación, y con sus esfuerzos dirigidos constantemente hacia el mismo fin. « Me determiné, — dice en su autobiografía, — cuando tenía quince ó diez y seis años de edad, á aplicarme seriamente al estudio del latín, del que en aquella época sólo conocía poco más que algunas de las más conocidas reglas de la gramática. En el transcurso de tres ó cuatro años, en los cuales me apliqué mucho, había leído casi todos los prosistas de la buena época de la literatura latina, excepto aquellos que sólo trataban puramente asuntos técnicos, tales como Vares, Columella y Celso. Había leído tres veces á Livio, Salustio y Tácito. Había estudiado las oraciones más celebradas de Cicerón, y traducido mucho de Horacio. A Terencio, Virgilio, Horacio, Ovidio y Juvenal, los había leído varias veces. Estudió también geografía, historia natural, y filosofía natural, y adquirió bastante conocimiento del saber en general. Á los diez y seis años fué admitido como escribiente de la Cancillería : trabajó mucho; ingresó en el foro; y su laboriosidad y perseverancia aseguraron el éxito. Llegó á ser procurador general durante la administración de Fox en 1806, y se abrió firmemente camino hasta la más alta celebridad en su profesión. Sin embargo, siempre estaba perseguido por un sentimiento penoso y casi opresivo de su falta de destreza, y nunca cesaba de trabajar para remediarla. Su autobiografía es una lección de hechos instructivos, que valen volúmenes de sentimientos, y que bien merece una lectura atenta.

Sir Walter Scott solía citar el caso de su joven amigo Juan Leyden como uno de los ejemplos más notables del poder de la perseverancia que hubiera conocido. Hijo de un pastor en uno de los valles más salvajes de Roxburghshire, casi educóse á sí

mismo. Al igual de muchos hijos de pastores escoceses — como Hogg, que aprendió á escribir copiando las letras de un libro impreso mientras se hallaba vigilando su rebaño en la cuesta de la colina — como Cairns, que después de cuidar ovejas en los terrenos pantanosos de Lammer se elevó á fuerza de aplicación y de laboriosidad á la silla de profesor que tan dignamente ocupa ahora — como Murray, Ferguson, y muchos más, — fué inspirado Leyden en temprana edad por la sed del saber. Cuando era un pobre muchacho, caminaba descalzo seis ú ocho millas diariamente á través de los terrenos pantanosos, para aprender á leer en la pequeña escuela de la aldea de Kirkton; y esta fué toda la educación que recibió; lo demás lo adquirió por sí mismo. Buscó medios para ir á Edimburgo y asistir al colegio, desafiando la pobreza más extrema. Fué descubierto primero como parroquiano de una pequeña tienda de libros de que era dueño Arquibaldo Constable, conocido después tan ventajosamente como editor. Solía pasarse hora tras hora trepado sobre una escalera en medio de la tienda, con algún gran infolio en su mano, olvidado por completo de la escasa comida de pan y agua que le esperaba en su miserable alojamiento. Tener acceso á los libros y á las conferencias era todo á lo que aspiraban sus deseos. Así luchó y combatió á las puertas de la ciencia hasta que su invencible perseverancia todo lo venció. Antes de haber cumplido sus diez y nueve años había sorprendido á todos los profesores en Edimburgo con su profundo conocimiento del griego y del latín, y los conocimientos que había adquirido sobre diversos ramos. Habiendo dirigido sus miras sobre la India, trató de obtener un empleo civil, pero no lo logró. Se le dijo, sin embargo, que el puesto de ayudante de cirujano estaba á su disposición. Pero no era cirujano, y sabía tanto de esa profesión como un niño. Con todo, podía aprender. ¡Díjosele que debía estar dispuesto para examinarse dentro de seis meses! No se asustó, y se puso á trabajar para adquirir en seis meses, lo que generalmente requiere tres años. Al fin de los seis meses se graduó con aplauso. Scott y algunos amigos le ayudaron á equiparse, y se embarcó para la India, después de publicar su hermoso poema : *Escenas de la infancia.* En la India prometía llegar á ser uno de los más grandes eruditos orientales, pero desgraciadamente lo impidió una fiebre que le sobrevino, y murió en edad temprana.

La vida del difunto doctor Lee, profesor de hebreo en Cambridge, proporciona uno de los ejemplos más notables en los tiempos modernos, del poder de la paciente perseverancia y el propósito resuelto de formarse una carrera honrosa en la literatura. Recibió educación en una escuela de caridad en Lognor, cerca de Shrewsbury, pero allí se distinguió tan poco, que su maestro lo declaró por uno de los niños más negados que hubieran estado bajo su dirección. Fué puesto de aprendiz con un carpintero, y trabajó en ese oficio hasta que llegó á hombre. Para ocupar sus horas libres se dedicó á leer, y teniendo citas latinas algunos de los libros, se despertó en él el deseo de averiguar lo que significaban. Compró una gramática latina, y principió á estudiar latín. Como lo dijo mucho antes Stone, jardinero del duque de Argyle : *¿Necesitaba uno saber algo más que las veinte y cuatro letras del alfabeto para poder aprender todo lo demás que se desee?* Lee se levantaba temprano y trabajaba hasta tarde, y consiguió aprender bien el latín antes que hubiese concluído su aprendizaje. Estando trabajando un día en un lugar de devoción, vió una copia del Antiguo Testamento en griego, y en el acto se apoderó de él el deseo de aprender ese idioma. Con este objeto vendió algunos de sus libros latinos, y compró una gramática y un diccionario griego. Teniendo inclinación al estudio, pronto aprendió el idioma. Entonces vendió sus libros griegos y compró otros hebreos, y aprendió ese idioma, sin ayuda de maestro, sin esperanza de fama ni de recompensa, siguiendo pura y sencillamente la inclinación de su genio. En seguida se puso á estudiar los dialectos caldeo, asirios y samaritanos. Pero sus estudios principiaron á dañar su salud, y le acarrearon una enfermedad en los ojos á causa de sus largas veladas. Habiéndolos abandonado por un tiempo y recobrado su salud, continuó luego con su trabajo diario. Teniendo excelente reputación como artesano, adelantó su negocio, y sus recursos le permitieron casarse, lo que hizo á la edad de veinte y ocho años. Resolvió consagrarse al sostén de su familia, y á renunciar al lujo de la literatura; y con este fin vendió todos sus libros. Hubiera continuado siendo toda su vida un oficial carpintero, si la caja de herramientas de que dependía para la subsistencia no hubiese sido destruída por el fuego, y la miseria no le hubiera hecho frente. Era demasiado pobre para comprar nuevas herramientas, así es que se propuso enseñar á los chiquillos el

alfabeto, profesión que requería el menor capital posible. Pero aunque había aprendido bien muchos idiomas, era tan defectuoso y deficiente en los ramos comunes del saber, que al principio no pudo enseñarles. Siendo de propósito resuelto, sin embargo, se puso á trabajar asíduamente, y aprendió la aritmética y á escribir, de tal modo que pudo enseñar estos ramos á niños pequeños. Su carácter ingenuo, sencillo, y bello le atrajo gradualmente amigos, y los conocimientos del *carpintero intruído* se divulgaron en todas direcciones. El doctor Scott, sacerdote de la vecindad, obtuvo para él el nombramiento de maestro de una escuela de caridad en Shrewsbury, y le presentó á un distinguido orientalista. Estos amigos le proporcionaban libros, y Lee aprendió sucesivamente el árabe, el persa, y el indostán. Continuó en sus estudios mientras servía como soldado en la milicia local del condado, adquiriendo gradualmente mayor progreso en los idiomas. Al fin, el doctor Scott, su bondadoso protector, puso á Lee en condición de poder entrar en el Colegio de la Reina, en Cambridge; y después de un curso de estudio en el que se distinguió por sus adelantos en las matemáticas, y habiendo ocurrido la vacante de la cátedra de árabe y de hebreo, fué dignamente elegido para llenar ese empleo honoroso. Además de llenar hábilmente sus obligaciones como profesor, daba voluntariamente mucho de su tiempo á la instrucción de misioneros que marchanban á predicar el Evangelio á las tribus orientales, en sus mismos idiomas. También hizo traducciones de la Biblia en varios dialectos asiáticos; y habiendo aprendido el vocabulario del idioma de Nueva Zelandia, arregló una gramática y un vocabulario para dos jefes de Nueva Zelandia que estaban entonces en Inglaterra; cuyos libros son ahora de uso común en las escuelas de Nueva Zelandia. Tal es, en pocas palabras, la historia notable de Samuel Lee, que sólo es la imagen de numerosos ejemplos igualmente instructivos del poder de la perseverancia en la *cultura propia*, como está de manifiesto en la vida de muchos de nuestros hombres más distinguidos en la literatura y en las ciencias. (1)

Hay muchísimos otros nombres ilustres que pudieran ser citados para probar la verdad del dicho común de que *nunca es tarde para aprender*. Hasta en edad avanzada pueden hacer

(1) Véase el libro admirable y bien conocido : *La prosecución del saber en medio de las dificultades.*

mucho los hombres, si quieren resolverse á principiar. Sir Enrique Spelmán no comenzó el estudio de las ciencias sino cuando ya andaba entre los cincuenta y sesenta años de edad; Franklin tenía cincuenta antes que hubiera entrado de lleno en el estudio de la filosofía natural. Dryden y Scott no fueron conocidos como autores hasta los cuarenta. Boccaccio tenía treinta y cinco años cuando principió su carrera literaria, y Alfieri tenía cuarenta y seis cuando principió el estudio del griego. El doctor Arnold aprendió el alemán en una edad avanzada, con el propósito de leer á Niebuhr en el original; y así mismo Jaime Watt cuando tenía unos cuarenta años, y estaba trabajando en su profesión de fabricante de instrumentos en Glasgow, aprendió el francés, el alemán y el italiano, para ponerse en aptitud de leer las valiosas obras sobre filosofía mecánica que existían en esos idiomas. Tomás Scott tenía cincuenta y seis años cuando principió á estudiar el hebreo. A Roberto Hall se le encontró una vez acostado en el suelo, atormentado por el dolor, estudiando el italiano en su ancianidad, para poder juzgar del paralelo hecho por Macauley entre Milton y Dante. Hændel tenía cuarenta y ocho años y no había publicado aún ninguna de sus grandes obras. Pueden citarse cientos de ejemplos de hombres que han penetrado en un sendero nuevo, y que han entrado con éxito en nuevos estudios, en una edad comparativamente avanzada. Sólo los frívolos y los indolentes dirán : *Soy demasiado viejo para aprender.*

Aquí repetiremos lo que hemos dicho antes, que no son los hombres de genio los que mueven la sociedad y toman la delantera, sino más bien los hombres de firmeza, de propósitos y laboriosidad infatigables. Á pesar de los muchos casos innegables de la precocidad de los hombres de genio, es verdad, sin embargo, que la temprana destreza no da idea de la altura á que alcanzará el hombre maduro. La precocidad es á veces un síntoma de enfermedad más bien que de vigor intelectual. ¿Qué se hacen tantos niños inteligentísimos? ¿Dónde están los *prodigios* y los *primeros premios?* Seguidles á través de su vida, y se hallará con frecuencia que los niños pesados, que eran vencidos en la escuela, han pasado delante de ellos. Los niños vivísimos son recompensados, pero los premios que ganan por su mayor prontitud y facilidad no siempre resultan ser un bien para ellos. Lo que debiera recompensarse más bien es el esfuerzo, la lucha, y la obediencia; porque el joven que hace todo lo que puede,

aunque dotado de una inferioridad de facultades naturales, al que se debe estimular sobre todos los demás.

Podría escribirse muy bien un capítulo interesante sobre el tema de *ilustres tontos*, niños negados, pero hombres brillantes. Tenemos lugar, sin embargo, para unos cuantos ejemplos. Pietro di Cortona, el pintor, era tenido por tan estúpido que se le llamaba *Cabeza de burro* cuando era muchacho; y Tomás Guidi era conocido generalmente por *Tomasón* (Massaccio, Tomasaccio,) aunque después se elevó á la más encumbrada eminencia á fuerza de actividad. Newton, cuando estaba en la escuela, era el penúltimo del último banco. Habiéndole dado un puntapié el muchacho que estaba más arriba de Newton, mostró su arranque el zote, desafiando al otro para pelear, y le venció. En seguida se puso á trabajar resuelto á vencer á su antagonista como discípulo, lo que consiguió, subiendo hasta ser el primero de su clase. Muchos de nuestros teólogos más grandes no han sido tampoco precoces. Isaac Barrow, cuando muchacho, y en la escuela de Charterhouse, era afamado por su genio fuerte, sus hábitos y aficiones al pugilato; y haraganería proverbial como discípulo; y causaba tal pena á sus padres, que solía decir el suyo que, si Dios le había de llevar á alguno de sus hijos, esperaba que fuese á Isaac, el que menos prometía de todos. Cuando era muchacho Adán Clarke, declaró su padre que era *un zote lastimoso,* á pesar de que podía hacer rodar piedras de un lado para otro. El deán Swift fué reprobado en la universidad de Edimburgo, y solo consiguió su recomendación para Oxford *speciali gratia.* Los bien conocidos doctores Chalmers y Cook (1) eran niños que estuvieron juntos en la escuela parroquial de San Andrés; y se les consideraba tan estúpidos y traviesos, que el maestro, exasperado á más no poder, los expulsó como tontos incorregibles.

El brillante Sheridán mostró tan poca capacidad cuando muchacho, que fué presentado á un tutor por su madre con el elogio cumplido de que era un zote incorregible. Walter Scott era poco menos que un zote cuando muchacho, siempre más dispuesto para cualquier riña, que para estudiar sus lecciones. En la universidad de Edimburgo pronunció contra él el profesor Dalzell la sentencia de que *era un zote, y un zote sería siempre.* Chatterton fué devuelto á su madre como un *zopenco, de quien nada*

(1) Últimamente profesor de filosofía moral en San Andrés.

se podía hacer. Burns era un muchacho negado, y solo sobresalía en los ejercicios corporales. Goldsmith habló de sí mismo como de una planta tarda en florecer. Alfieri salió de la escuela conforme había entrado, y no principió los estudios en que tanto se había de distinguir, hasta que hubo recorrido la mitad de Europa. Roberto Clive era un zote cuando muchacho, ó más bien un diablo; pero siempre lleno de energía, hasta en la maldad misma. Muy contenta con librarse de él lo embarcó su familia para Madrás; y vivió para poner los cimientos del poder inglés en la India. Napoleón y Wéllington fueron muchachos tardos, no distinguiéndose de ningún modo en la escuela. Del primero dice la duquesa de Abrantes : *Tenía buena salud, pero en otros conceptos era igual á los demás muchachos* (1).

Ulises Grant, el comandante en jefe de los ejércitos de los Estados Unidos, era llamado *Useless Grant* (2), por su madre porque era incapaz y torpe cuando muchacho; y Stonewall Jacksón, el más grande de los tenientes de Lee, era en su juventud, conocido principalmente por su torpeza de entendimiento. Estando de cadete en la academia militar de West Point, fué sin embargo, igualmente notable por su infatigable aplicación y perseverancia. Cuando se le daba una tarea, nunca la dejaba hasta no haberla estudiado bien; ni jamás aparentaba tener un conocimiento, del que no se hubiese posesionado completamente. *Una vez y otra,* — escribió uno que le conocía, — *cuando se le hacían preguntas en la lección del día, contestaba : — Aun no la he visto; he estado ocupado en estudiar la lección de ayer ó del día anterior.* El resultado fué que graduó como décimo séptimo en una clase de setenta. Quizá no había en toda la clase un solo muchacho á quien al principiar la partida, Jacksón no hubiera sido inferior en saber y habilidades; pero al terminar la carrera solo tenía quince delante de sí, y había dejado atrás nada menos que cincuenta y tres. Solían decir de él los compa-

(1) Un escritor observa en la *Edimburgh Review* (julio, 1859) que : « parece que los talentos del duque nunca se desarrollaron hasta que fué puesto cerca de él un cuerpo activo y práctico para su desarrollo. Durante mucho tiempo lo clasificaba su madre, que era una espartana, como *carne de cañón* por considerarle un zote. No alcanzó á distinguirse en Eton ni en el colegio militar francés de Angers. » Es probable que en un examen de competencia hoy día, no ingresaría en el ejército.

(2) *Grant, el inútil.*

ñeros, que si el curso hubiera sido de diez años en vez de cuatro, se habría graduado Jacksón á la cabeza de su clase. (1)

El filántropo Juan Howard fué otro ilustre zote, habiendo aprendido poco menos que nada en los siete años que estuvo en la escuela. Stephensón, como joven, se distinguía principalmente por su habilidad en canchar, y por su contracción al trabajo. El brillante sir Humphry Davy no fué más precoz de cualquier otro muchacho; una vez dijo de él su maestro, el doctor Cardew : *Mientras estuvo conmigo no pude notar las aptitudes que tanto le han distinguido después.* A la verdad, el mismo Davy se consideraba después muy afortunado por que le había sido permitido disfrutar tanta holgazanería en la escuela. Watt era un discípulo pesado, á pesar de las historias que se refieren sobre su precocidad; pero fué, y esto es mejor, paciente y perseverante, y por estas cualidades, y por cualidades inventivas tan cuidadosamente cultivadas, es por lo que pudo perfeccionar su máquina de vapor.

Lo que dijo el doctor Arnold de los muchachos, es igualmente aplicable á los hombres, que la diferencia entre un muchacho y otro consiste, no tanto en el talento como en la energía. Una perseverancia y energía dadas pronto se hacen habituales. Si el zote tiene persistencia y aplicación, pasará inevitablemente al muy inteligente que no tenga esas cualidades. El tardío, pero seguro, gana la carrera. La experiencia explica cómo la posición de los muchachos en la escuela es tan á menudo trastocada en la vida real; y es digno de observarse cómo algunos que entonces eran tan vivos se han hecho de entonces acá tan comunes, mientras que otros, muchachos pesados, de quienes nada se esperaba, tardos en sus facultades, pero seguros en su andar, han tomado la posición de directores de los hombres. El autor de este libro, cuando era muchacho estaba en la misma clase con uno de los más grandes zotes. Un maestro tras otro había probado su habilidad con él, y todos fracasaban. El castigo corporal, las orejas de burro, las burlas, y la formal solicitud, fueron igualmente infructuosos. Algunas veces se ensayó la prueba de ponerlo á la cabeza de su clase, y era cosa curiosa ver la rapidez con que gravitaba hacia el inevitable fondo. El joven fué abandonado por sus profesores como zote incorregible, declarando uno de ellos que

(1) Corresponsal del *The Times*, 11 de junio de 1863.

era *un estupendo bobo*. Con todo, tardo como era este tonto, tenía una especie de pesada energía de propósito en sí, que crecía con sus músculos y su virilidad; y, cosa extraña, cuando finalmente tomó parte en los asuntos prácticos de la vida, se le vió adelantar á sus compañeros de colegio, y al fin dejar muy atrás á gran número de ellos. La última vez que ha sabido el autor algo respecto de él, es que estaba de primer magistrado en su pueblo natal.

La tortuga en el verdadero camino ganará á un listo en el malo. No importa que un joven sea pesado, con tal que sea diligente. La facilidad puede resultar ser un defecto, por cuanto un muchacho que aprende rápidamente olvida á veces igualmente pronto y también por que no encuentra necesidad de cultivar esa cualidad de aplicación y perseverancia que el joven más tarde está obligado á practicar, y que resulta ser un elemento tan valioso en la formación de todo carácter. Davy dijo : — Lo que soy, me lo he formado yo mismo, — y esto se reputa verdadero por todo el mundo.

Para terminar : la mejor cultura no se obtiene de los maestros cuando se está en la escuela ó en el colegio, tanto como por nuestra misma diligente *educación propia*, cuando hemos llegado á hombres. Por eso no necesitan apurarse mucho los padres para ver que los talentos de sus hijos sean obligados á florecer. Que vigilen y esperen pacientemente, dejando que hagan su obra el buen ejemplo y el tranquilo trabajo encargando lo demás á la providencia. Que vean que el joven sea provisto de una buena salud física por el ejercicio de sus fuerzas físicas; ponedle bien en el camino de la *cultura propia*, educad cuidadosamente sus hábitos de aplicación y de perseverancia; y conforme tenga más años, si existe en él materia legítima y buena, estará en aptitud de educarse á sí mismo vigorosa y eficazmente.

CAPÍTULO XII

EL EJEMPLO. — LOS MODELOS

Siempre se levantan ante nosotros los espectros de nuestros hermanos más ilustres, excepto uno ensangrentado en el lecho y en la mesa dominando sobre nosotros con miradas de belleza y palabras de bondad. — JUAN STERLING. (1)

Los niños podrán ser ahogados, pero los hechos nunca, porque tienen una vida indestructible, tanto deutro como fuera de nuestras conciencias. — JORGE ELIOT. (2)

En esta vida no hay acción alguna del hombre, que no sea el principio de una larga cadena de consecias, que ninguna providencia humana es batante elevada para podernos dar una idea de su fin. — TOMÁS DE MALMESBURY. (3)

El ejemplo es uno de los instructores más poderosos, aunque enseña sin palabras. Es la escuela práctica de la humanidad, obrando por la acción, que siempre prevalece más que las pala-

Ever their phantoms rise before us,
Our loftier brothers, but one in blood;
By bed and table they lord it ó er us,
With look of beauty and words of good.

JOHN STERLING.

Children may be strangled, but Deeds nevèr; they have an ndestructible life, both in and out of our consciousness.

GEORGE ELIOT.

(3) *There is no action of man in this life, which is not the beginning of so long a chain of consequences, as that no human providence s high enough to give us a prospect to the end.* —

THOMAS OF MALMESBURY.

bras. El precepto puede señalarnos el camino, pero lo que nos guía es el ejemplo silencioso y continuado, transmitido por los hábitos y viviendo con nosotros en el hecho. El buen consejo tiene su peso; pero sin el acompañamiento de un buen ejemplo, es de influencia relativamente pequeña, y se verá que el dicho común : de *Haced lo que os digo, y no lo que yo haga*, generalmente se trueca en la práctica real de la vida.

Todas las personas son más ó menos susceptibles de aprender por la vista más bien que por el oído; y, aquello que es visto en forma de hecho, causa una impresión mucho más profunda que cualquier cosa leída ú oída. Este ocurre especialmente en la edad temprana, cuando la vista es la principal entrada del saber. Sea lo que fuere aquello que ven los niños, lo imitan inconscientemente. Insensiblemente llegan á parecerse á aquellos que están en torno suyo, como los insectos toman los colores de las hojas de que se alimentan. De ahí la grandísima importancia de la educación doméstica. Porque sea la que fuere la eficacia de las escuelas, siempre tienen que ser de una influencia muchísimo mayor en formar el carácter de nuestros futuros hombres y mujeres los ejemplos dados en nuestros hogares. El hogar doméstico es el cristal de la sociedad, el núcleo del carácter nacional; y de esa fuente, sea pura ó turbia, brotan los hábitos, los principios, y las máximas que gobiernan la vida pública lo mismo que la privada. La nación sale de las habitaciones de los niños pequeños. La misma opinión pública no es en su mayor parte sino lo que crece en el hogar doméstico; y la mejor filantropía sale de allí. —*Amar al pequeño grupo á que pertenecemos en la sociedad*, — dice Burke, — *es el germen de todos los afectos públicos*. De este pequeño lugar central, pueden extenderse las simpatías humanas en un círculo que siempre se ensancha, hasta que el mundo queda dentro de él; porque aunque la verdadera filantropía lo mismo que la caridad, principia por la casa propia, seguramente no termina allí.

El ejemplo en la conducta, pues, hasta en asuntos aparentemente triviales, no es de insignificante importancia, por cuanto constantemente se entrelaza con la vida de otros, y contribuye á formar sus naturalezas para el bien ó para el mal. Así es que el carácter de los padres está repetido constantemente en sus hijos; y los actos de afección, disciplina, laboriosidad, y dominio sobre sí mismo, que diariamente sirven de ejemplo, viven y obran

cuando ya ha sido olvidado hace tiempo todo lo demás que se aprendió de oído. Por eso un hombre sabio acostumbraba á hablar de sus hijos como de *su estado futuro*. Hasta la callada acción y la mirada inconsciente de un padre puede dar al carácter un sello que jamás se borra; y ¿quién puede decir cuánta mala acción ha sido contenida por el recuerdo de algún buen padre, cuya memoria no quieren manchar sus hijos con la ejecución de un hecho indigno, ó de un pensamiento impuro? De ese modo hasta las meras pequeñeces se hacen importantes al influír en el carácter de los hombres. — *Un beso de mi madre*, — dijo West, — *me hizo pintor*. — Sobre la dirección de esas aparentes pequeñeces, cuando niños, depende principalmente la felicidad futura y el éxito de los hombres. Fowell Buxton, estando ocupando una posición elevada y llena de influencia, escribió á su madre : — « Siento constantemente los efectos de los principios implantados en mi espíritu por vos, especialmente en la acción y esfuerzos para los demás. » Buxton tenía también la costumbre de recordar con gratitud las obligaciones que debía á un hombre iliterato, un guarda de un coto, llamado Abrahán Plastow, con quien jugaba, montaba á caballo, é iba de caza; hombre que no sabía leer ni escribir, pero que estaba lleno de buen sentido natural y de ingenio. « Lo que le hacía especialmente valioso, — dice Buxton, — eran sus principios de integridad y de honor. Nunca dijo ó hizo una cosa en ausencia de mi madre que ella hubiera desaprobado. Siempre mantuvo firme el más elevado dechado de integridad, y llenó nuestros jóvenes espíritus con sentimientos tan puros y tan generosos como pudieran ser hallados en los escritos de Séneca ó de Cicerón. Tal fué mi primer preceptor, y, debo agregar, que el mejor. »

Lord Langdale, volviendo su mirada sobre el admirable ejemplo que le había dado su madre, declaró : — *Si todo el mundo fuera puesto en una balanza, y mi madre en la otra, todo el mundo tendría menos peso*. La señora Schimmelpennick tenía la costumbre de recordar en su ancianidad la influencia personal ejercida por su madre sobre la sociedad en cuyo medio se movía. Cuando entraba en una sala producía el efecto de elevar inmediatamente el tono de la conversación, y como si purificase la atmósfera moral — todos parecían respirar más libremente y estar más erectos. — *En su presencia*, — dice su hija, — *me sentía transformada por el momento en otra persona*. Tanto depende la salud

moral de la atmósfera moral que se respira, y tan grande es la influencia ejercida diariamente por los padres sobre sus hijos por vivir ante sus ojos, junto á ellos, que el mejor sistema de instrucción paterna podrá quizá ser resumido en estas palabras : — *Mejórate.*

Hay algo solemne y terrible en el pensamiento de que todo acto ó toda palabra pronunciada por un ser humano lleva consigo un cortejo de consecuencias, cuyo fin quizá nunca podremos descubrir. Hasta cierto punto, pues, no hay uno que no dé color á nuestra vida, é insensiblemente influya las de los que están en torno nuestro. El buen hecho ó la buena palabra vivirán, aun cuando no los veamos fructificar, pero lo mismo será con los malos ; y ninguna persona es tan insignificante, para estar segura de que su ejemplo no hará bien por una parte, ó mal por la otra. El espíritu de los hombres no muere ; sigue viviendo y anda entre nosotros. Fué un pensamiento bello y verdadero el que expresó Disraeli en la cámara de los comunes cuando acaeció la muerte de Ricardo Cobden, que — « era uno de esos hombres que, aunque no estaban presentes, continuaban siendo miembros de esa cámara, estando libres de la disolución de los caprichos de los electores, y hasta del curso del tiempo. »

Hay en verdad una esencia de inmortalidad en la vida del hombre, hasta en este mundo. Ningún individuo está solo en el universo ; es parte componente del sistema de mutuas dependencias, y por sus diferentes actos ó aumenta ó disminuye la suma de bien humano ahora y siempre. Como el presente está arraigado en el pasado, y las vidas y los ejemplos de nuestros antepasados nos influyen aún hasta cierto grado, contribuímos nosotros del mismo modo, con nuestros actos diarios, á formar la condición y el carácter de lo futuro. El hombre es un fruto formado y madurado por la cultura de todos los siglos anteriores ; y la generación que vive continua la corriente magnética de acción y ejemplo destinado á unir el pasado más remoto con el porvenir más lejano. Ningún acto del hombre muere completamente ; y aunque su cuerpo pueda deshacerse en polvo y aire, sus buenas ó malas acciones seguirán dando frutos según su clase, é influyendo en las generaciones venideras para siempre. En este hecho importante y solemne existe el gran peligro y la responsabilidad de la existencia humana.

El señor Babbage ha expresado tan poderosamente esta idea

en un noble pasaje de uno de sus escritos, que aquí nos atrevemos á citar sus palabras: — « Cada átamo, — dice, impreso con el bien ó con el mal, retiene en el acto el movimiento que le han impuesto los filósofos y los sabios, mezclado y combinado de diez mil modos con todo lo que es indigno y bajo; el mismo aire es una vasta biblioteca, en cuyas páginas está escrito *para siempre* todo lo que alguna vez haya dicho ó susurrado el hombre. Allí, con sus caracteres inmutables é infalibles, mezclados con los primeros lo mismo que con los últimos suspiros de la mortalidad, están por siempre anotados los votos no redimidos, las promesas no cumplidas; perpetuando en los movimientos unidos de cada partícula, el testimonio de la variable voluntad del hombre. Pero si el aire que respiramos es el infalible historiador de los sentimientos que hemos expresado, la tierra, el aire, y el océano, son de igual modo los eternos testigos de los actos que hemos cometido, conviniéndoles el mismo principio de la igualdad de acción y de reacción. Ninguna moción impresa por causas naturales ó por intermedio humano, se borra jamás. Si el Todopoderoso grabó sobre la frente del primer asesino la señal indeleble y visible de su culpa, también ha establecido leyes por las cuales todo criminal posterior es encadenado irrevocablemente al testimonio de su crímen; porque todo átomo de su cuerpo mortal, sean cuales fueren los cambios porque pasen sus diversas partículas, tendrá siempre pegado á él, á través de toda combinación, algún movimiento sacado de ese mismo esfuerzo muscular con que el crímen mismo fué perpetrado. »

Así, pues, todo acto que cometemos ó toda palabra que pronunciamos, lo mismo que todo acto que presenciamos ó toda palabra que oímos, lleva consigo una influencia que se extiende, y da color, no solamente sobre toda nuestra vida futura, sino que se hace sentir sobre todo el cuerpo de la sociedad. Quizá no podremos, ó es muy posible que no podamos rastrear la influencia al hacerse sentir en acción en sus diversas ramificaciones entre nuestros hijos, nuestros amigos, ó asociados; sin embargo, es evidente que allí está, continuando en sus efectos por siempre. Y en esto está el gran significado de dar un buen ejemplo, enseñanza silenciosa que hasta la persona más pobre y más insignificante puede practicar en su vida diaria. No hay uno, por humilde que sea, que no deba á los otros esta instrucción, sencilla pero inestimable. Hasta la condición más baja puede ser útil de

ese modo; porque la luz, colocada en un sitio bajo, alumbra con tanta firmeza como la que se coloca en una colina. En todas partes, y casi bajo todas las circunstancias, por muy adversas que sean exteriormente — en las chozas de los eriales, en las cabañas de las aldeas, en las estrechas callejuelas de las grandes ciudades — puede crecer el hombre leal. Aquel que cultiva un pedazo de tierra apenas mayor que el que se necesita para su sepulcro, puede trabajar tan lealmente, y con un propósito tan bueno, como el heredero de millones. De ese modo puede ser el más pobre taller una escuela de laboriosidad, de ciencias y buena moral, por una parte; ó de holgazanería, de locura, y depravación, por la otra. Todo depende del hombre individualmente, y del uso que hacen de las oportunidades que se les presenten para el bien.

Una vida bien empleada, un carácter sostenido con rectitud, no es un legado insignificante para nuestros hijos, y para la sociedad; porque es la lección más elocuente de la virtud y el reproche más severo contra el vicio, mientras que continua siendo fuente inagotable de la mejor clase de riqueza. Bien por aquellos que pueden decir como lo hizo Pope, en contestación a sarcasmo de lord Hervey: « Considero suficiente que mis padres, tales como fueron, nunca me han causado un rubor, y que su hijo, tal como es, jamás les ha costado una lágrima. »

No es bastante *decir* á otros lo que tienen que hacer, sino que es necesario presentar el ejemplo efectivo de la acción. Lo que la señora Chisholm describía á la señora Stowe como el secreto de su éxito, puede aplicarse á todas las vidas. « Encuentro, dijo, que si queremos que algo *sea hecho*, tenemos que ponernos á trabar, y *hacerlo*: de nada sirve la mera conversación, para nada absolutamente. » Es elocuencia muy pobre aquella que sólo muestra cómo puede hablar una persona. Si la señora Chisholm se hubiera dado por satisfecha con dar conferencias, es evidente que su proyecto nunca habría pasado de la región de la conversación; pero cuando vieron las personas lo que estaba haciendo y lo que efectivamente había realizado, aceptaron sus miras y salieron en su ayuda. Por esto el trabajador más benéfico no es aquel que dice las más elocuentes cosas, ni aun aquel que piensa lo más elevadamente, sino el que obra más elocuentemente.

Los individuos sinceros que son enérgicos trabajadores, aun en las posiciones más humildes de la vida, pueden dar de es

modo impulso á las obras buenas que, aparentemente, se hallan fuera de toda proporción á su posición presente en la sociedad. Tomás Wright hubiera podido hablar sobre el mejoramiento de los criminales, y Juan Pounds sobre la necesidad de las escuelas de los pobres, y no haber hecho nada ; en vez de esto se pusieron sencillamente á trabajar, sin más idea en su mente que la de obrar, y no hablar. Y de cómo puede hacerse sentir sobre la sociedad hasta el ejemplo del individuo más pobre, oigamos lo que dice el doctor Guthrie, el apóstol del movimiento de las escuelas de pobres, repecto de la influencia que ejerció sobre su propia carrera de labor, el ejemplo de Juan Pounds, el humilde zapatero remendón de Portsmouth :

« El interés que me ha movido á tomar parte en esta causa es un ejemplo de como en la providencia, puede ser determinado y afectado el destino de un hombre — su carrera en la vida, al igual del curso de un río — por circunstancias muy triviales. Es bastante curioso — por lo menos me es interesante recordarlo — que á causa de un cuadro fuí impulsado al principio á tomar interés en las escuelas de pobres, por un cuadro que había en una villa antigua, obscura, y en decadencia, que está á orillas del Frith of Forth, en donde nació Tomás Chalmers. Fuí á ver este lugar hace muchos años; y entrando en una fonda para tomar un refresco, encontré la sala cubierta con cuadros de pastoras con sus cayados, y marineros vestidos con sus trajes domingueros, todo ello de poco interés. Pero sobre la chimenea había un impreso grande, más respetable que sus vecinos, que representaba el cuarto de un zapatero remendón. Allí estaba el mismo zapatero, los anteojos sobre la nariz, con una bota vieja entre las piernas, indicando gran determinación de carácter la sólida frente y firme boca, y debajo de sus espesas cejas, brillaba la benevolencia sobre un número de niños y niñas andrajosos que estaban en sus lecciones alrededor del atareado remendón. Despertóse mi curiosidad, y leí en la inscripción, que Juan Pounds, zapatero remendón de Portsmouth, compadeciéndose de la multitud de criaturas andrajosas que, abandonadas por los sacerdotes y los magistrados, y damas y caballeros, marchaban á la ruina por las calles — cómo un buen pastor, reunía á estos míseros parias — cómo los había educado para Dios y para la sociedad — y cómo, mientras ganaba el pan de cada día con el sudor de su frente, había recobrado de la miseria y sal-

vado para la sociedad á más de quinientos niños. Sentí vergüenza por mí mismo. Me dirigí reconvenciones por lo poco que había hecho. Mis sentimientos estaban heridos. Estaba sorprendido con lo que este hombre había realizado, y recuerdo muy bien, que en el entusiasmo del momento, dije á mi compañero (y en mis momentos más tranquilos no he encontrado razón para desdecirme) : « Ese hombre honra á la humanidad, y merece el más elevado monumento que jamás se haya levantado en las costas de la Gran Bretaña. » Me informé de la historia de ese hombre, y encontré que estaba animada por el espíritu de Aquel que *tuvo compasión de la multitud*. Juan Pounds era además un hombre sagaz ; y, al igual de San Pablo, si no podía atraerse á un muchacho de otro modo, le catequizaba con arte. Se le solía ver á caza de algún muchacho harapiento por esas callejuelas, y compeliéndole á que fuera á la escuela, no con el auxilio de la policía, sino por el poder de una patata caliente. Sabía muy bien todo el amor que profesa un irlandés á una patata ; y podíase ver á Juan Pounds corriendo, sosteniendo debajo de la nariz de un muchacho una patata muy caliente, y como irlandés, con una levita tan harapienta como él mismo. Cuando llegue el día en que se honre á quien honra se debe, puedo imaginarme la multitud de aquellos cuya fama han cantado los poetas, y á cuyas memorias se han levantado monumentos, abriéndose cual la ola, y, pasando delante de los grandes, los nobles, y los poderosos del país, este pobre y obscuro anciano adelantándose y recibiendo la atención especial de Aquel que dijo : — *¡ Todo lo que habéis hecho por el último de éstos, lo habéis hecho por mí !*

La educación del carácter es en gran parte una cuestión de modelos; tan inconscientemente nos amoldamos al carácter, maneras, hábitos, y opiniones de aquellos que están en torno nuestro. Las buenas reglas pueden hacer mucho, pero mucho más los buenos modelos; porque en los últimos tenemos instrucción en acción, la sabiduría en los hechos. Buenos consejos y malos ejemplos sólo construyen con una mano para destruir con la otra. De aquí la gran importancia de tener el mayor cuidado en la elección de compañeros, especialmente en la juventud. Hay una afinidad magnética en las personas jóvenes que tiende insensiblemente á asimilarse mutuamente con sus parecidos. El señor Edgeworth estaba tan fuertemente convencido de que por simpatía é involuntariamente imitaban ó tomaban el

tono de la compañía que frecuentaban, que sostenía que era de la mayor importancia que fuesen enseñados á escoger los mejores modelos. — *Ninguna compañía, ó buena compañía*, era su lema. Escribiendo á un joven amigo, dijo lord Collinwood : — « Tened como máxima, que estaréis mejor solo que en compañía. Haced de modo que vuestros compañeros sean vuestros iguales ó vuestros superiores; porque el valer de un hombre siempre ha de ser estimado por el de su compañía. » El célebre doctor Sydenham observó que toda persona, más tarde ó más temprano, sería mejor ó peor por haber hablado á un hombre bueno ó á uno malo. Así como sir Pedro Lely tenía como regla no mirar nunca á una mala pintura si lo podía evitar, creyendo que toda vez que lo hacía cogía su pincel algún colorido de ella, lo mismo es para quien prefiera mirar frecuentemente un modelo degradado de la especie humana, y frecuentar su sociedad, no puede menos que asimilarse gradualmente á esa especie de modelo.

Por eso debe aconsejarse á los jóvenes que busquen el compañerismo de los buenos, y que siempre aspiren á un dechado más elevado que ellos mismos. Hablando Francisco Horner de las ventajas que sacaba para sí mismo de la frecuentación personal directa con hombres de elevado espíritu é inteligentes, dijo : « No puedo titubear en declarar que he obtenido más mejoramiento intelectual de ellos que de todos los libros que he recorrido. » Cuando lord Shelburne era joven (1), hizo una visita al venerable Malesherbes, y quedó tan impresionado con ello, que dijo : « He viajado mucho, pero nunca he sentido más influencia por el contacto personal de otro hombre; y si alguna vez realizo algo bueno en el curso de mi vida, estoy seguro que el recuerdo del señor Malesherbes animará mi alma. » Del mismo modo estaba Forwell Buxton siempre dispuesto á reconocer la influencia poderosa ejercida sobre la formación de su carácter en sus primeros años por el ejemplo de la familia Gurney : — *Ha dado colorido á mi existencia*; tenía costumbre de decir. Hablando de su éxito en la universidad de Dublin, confesó : « Á nada puedo atribuirlo más que á mis visitas á Earlham. » De los Gurney fué de quienes *cogió la infección* del mejoramiento propio.

(1) Después marqués de Lansdowne.

El contacto con los buenos nunca deja de producir el bien, y llevamos con nosotros algo de ese bien, como las ropas del viajero retienen las fragancias de las flores y de los arbustos por donde ha pasado. Aquellos que conocían íntimamente al difunto Juan Sterling, han hablado de la influencia benéfica que ejercía sobre todos los que llegaban á tener contacto personal con él. Muchos le debían su primer despertar á una manera de ser más elevada; de él aprendieron lo que eran, y lo que debían ser. El señor Trench dice de él : « Era imposible estar en contacto con su noble naturaleza sin sentirse uno en cierto grado *ennoblecido* y *elevado* á una región más alta de asuntos y propósitos que aquella en que uno está habitualmente tentado á vivir en ella, como lo sentía yo toda vez que de él me separaba. » De esa manera es como obra siempre el carácter noble; insensiblemente somos elevados por él, y no podemos dejar de sentir como él lo hace, y adquirir el hábito de ver las cosas desde el mismo punto de vista. Tal es la mágica acción y reacción mutua de los espíritus.

Los artistas, también, se sienten elevados por el contacto con otros artistas más notables que ellos. De ese modo fué animado el genio de Haydn por el de Hændel. Habiéndole oído tocar, se despertó de pronto el ardor de Haydn por la composición musical, y á no ser por esta circunstancia, cree él mismo que jamás hubiera escrito la *Creación*. Hablando de Hændel, dijo : — *Cuando quiere hiere como el rayo;* y en otra ocasión : — *No hay en él una nota que no atraiga la sangre*. Scarlatti era otro de los admiradores ardientes de Hændel, siguiéndole por toda Italia; cuando hablaba después del gran maestro, se persignaba en señal de admiración. Los verdaderos artistas nunca dejan de reconocer generosamente la grandeza de cada uno. Por eso fué real la admiración de Beethoven por Cherubini, y saludó ardientemente al genio de Schubert : — *En verdad,* dijo, *en Schubert reside un fuego, un estro divino*. Cuando Northcote era joven aún, tenía tal admiración por Reynolds, que una vez que el gran pintor estaba presente en un gran *meeting* público en Devonshire, se esforzó en atravesar la masa de la concurrencia, y consiguió aproximarse á Reynolds de modo que pudo tocarle el faldón de la levita, *lo que hice*, dice Northcote, *con gran satisfacción para mi espíritu*, rasgo ingenuo de un entusiasmo juvenil en su admiración por el genio.

El ejemplo de los valientes es una inspiracion para los tímidos, conmoviendo su presencia todo nervio. De ahí los milagros de valor realizados por hombres vulgares bajo el mando de los heroicos. Hasta el recuerdo de las acciones de los valientes avivan la sangre de los hombres, como el sonido de la trompeta. Ziska legó su pellejo para que fuera usado como tambor para inspirar el valor de los Bohemios. Cuando hubo muerto Scanderberg, príncipe de Epiro, desearon los turcos poseer sus huesos para que cada uno de ellos pudiera llevar un pedazo junto á su corazón, esperando asegurarse así de alguna parte del valor que él había desplegado mientras vivía, y que tan á menudo habían experimentado en las batallas. Cuando el valiente Douglas llevaba el corazón de Bruce á Tierra Santa, vió á uno de los caballeros rodeado y penosamente oprimido por los sarracenos, y quitándose del cuello la cajita de plata que contenía el legado del héroe, la arrojó en medio de lo más compacto de sus enemigos exclamando : — *Pasa primero en el combate, como tenías costumbre de hacerlo, y Douglas te seguirá ó morirá;* y diciendo esto, se lanzó al lugar donde había caído, y allí fué muerto.

La principal ventaja de la biografía está en los nobles modelos de carácter en que abunda. Nuestros grandes antecesores aún viven en nosotros en la historia de sus vidas, lo mismo que en los actos que cometieron, que también viven; aún se sientan á nuestra mesa, y nos tienen de la mano; proporcionan ejemplos para beneficio nuestro, que aún podemos estudiar, admirar, é imitar. En verdad, cualquiera que haya dejado tras de si la historia de una vida noble, ha legado á la posteridad una fuente duradera de bienes, porque sirve de modelo á otros para formarse á sí mismos según ella en lo futuro, inoculando siempre savia nueva en los hombres, ayudándoles á reproducir de nuevo su vida, y á ilustrar su carácter en otras formas. Por eso el libro que contiene la vida de un hombre sincero se halla lleno de preciosa simiente. Es una voz que aún vive : es una inteligencia. Valiéndonos de las palabras de Milton : *Es la preciosa sangre de la vida de un espíritu superior embalsamado y guardado con cuidado á propósito para una existencia más allá de la vida.* Un libro semejante no deja nunca de ejercer una influencia que eleva y ennoblece. Pero sobre todo, ahí está el libro que contiene el más elevado ejemplo que se nos presenta para

que arreglemos nuestra vida conforme á él en este mundo — el más propio para todas las necesidades de nuestro espíritu y de nuestro corazón — ejemplo que solo podemos seguir y sentir después:

> Cual plantas ó viñas que nunca vieron el sol, pero
> que sueñan con él y se imaginan donde está, y hacen
> todo lo que pueden para subir y llegar á donde se halla (1).

Lo repetimos, ningún joven puede levantarse después de la lectura de las vidas de Buxton y de Arnold sin sentir que su espíritu y su corazón son mejores y más vigorizados sus propósitos. Biografías semejantes aumentan la confianza en sí mismo de todo hombre, al enseñarle lo que pueden ser los hombres, y lo que pueden hacer, fortaleciendo sus esperanzas y elevando sus propósitos en la vida. Algunas veces se descubre un joven en una biografía, como Correggio sintió en sí el germen del genio al contemplar las obras de Miguel Ángel: — *¡ Yo también soy pintor !* — exclamó. Sir Samuel Romilly, en su autobiografía declaró que había estado bajo el influjo poderoso que ejerció sobre él la vida del grande y magnánimo canciller francés Daguesseau : — « Las obras de Thomás cayeron en mis manos, dice y había leído con admiración su *Elogio de Daguesseau ;* y la carrera de honor que había recorrido aquel ilustre magistrado, excitó en extremo mi estusiasmo y mi ambición, y abrió á mi imaginación nuevas sendas para la gloria. »

Franklin tenía costumbre de atribuír su utilidad y eminencia á haber leído en temprana edad los Ensayos para hacer el bien, de Cotton Mather, libro que tuvo su origen en la misma vida de Mather. Y ved como el buen ejemplo arrastra tras de si á otros hombres, y se propaga por sí mismo á través de las generaciones futuras en todos los países. Porque Samuel Drew reconoce que arregló su vida, y especialmente sus hábitos de negocios, según el modelo que dejó Benjamín Franklin. Por eso no es fácil poder decir á donde podrá llegar un buen ejemplo, ó donde concluirá, si es que puede tener fin. De ahí la ventaja, en literatura lo mismo que en la vida, de frecuentar

(1) *Like plants or vines which never saw the sun,*
But dream of him and guess where he may be;
And do their best to climb and get to him. »

la mejor sociedad, leer los mejores libros, y admirar é imitar sabiamente las mejores cosas que encontramos en ellas. — En literatura, — dice lord Dudley, — me agrada limitarme á la mejor compañía, que consiste principalmente en mis antiguos conocidos, con quienes deseo estrechar más mis relaciones; y sospecho que nueve veces sobre diez, es más provechoso si no más agradable, leer otra vez un libro viejo, que la lectura de uno nuevo por vez primera. »

Algunas veces se ha sabido que un libro que contiene un ejemplo noble de la vida, tomado al acaso sin más objeto que leerlo como un pasatiempo, ha despertado resoluciones cuya existencia no había sido ni siquiera sospechada antes. Lo que primero arrastró con pasión á Alfieri hacia la literatura, fué la lectura de las *Vidas de Plutarco.* Cuando Loyola servía como militar en el sitio de Pamplona, y estuvo postrado á causa de una herida grave en la pierna, pidió un libro para distraerse: se le dió la *Vida de los Santos,* y su lectura inflamó de tal manera su espíritu, que desde entonces resolvió consagrarse á la fundación de una orden religiosa. Lutero se inspiró de igual modo para emprender la gran tarea de su vida en la lectura de la *Vida y escritos de Juan Huss.* El doctor Wolff fué estimulado para emprender la carrera de misionero por la lectura de la *Vida de San Francisco Javier;* y el libro avivó su joven corazón con una pasión la más sincera y ardiente para consagrarse á la empresa que fué de toda su vida. Guillermo Carey, también, fué movido á entrar en su sublime tarea de misionero por la lectura de los viajes del capitán Cook.

Francisco Horner tenía costumbre de anotar en su diario y cartas los libros que más le mejoraban é influían de un modo más favorable en su espíritu. Entre estos estaba el *Elogio de Haller*, por Condorcet, los *Discursos*, de sir Joshuá Reynolds, los escritos de Bacon, y la *Narración de sir Mateo Hale,* por Burnet. La lectura de este último — el retrato de un prodigio de trabajo — dice Horner que le llenó de entusiasmo. Del *Elogio de Haller*, por Condorcet, dice: — « Nunca dejo de leer la narración de ese hombre sin una especie de extremecimiento conmovedor en mi ser, que no sé si he de llamar admiración, ambición, ó desesperación. » Y hablando de los *Dicursos* de sir Joshuá Reynolds, dijo: Después de los escritos de Bacon, no hay libro que me haya impelido más hacia la *cultura propia.* Es uno de los pri-

meros hombres de genio que han condescendido en informar á la sociedad de los pasos con que se logra la grandeza. La confianza con que afirma que la omnipotencia del trabajo humano tiene el efecto de familiarizar al lector con la idea de que el genio es más bien una adquisición que un dón; mientras que allí está entrelazada tan natural y elecuentemente la más elevada y apasionada admiración de la bondad, que en conjunto no hay un libro de un efecto más entusiasta. » Es notable que el mismo Reynolds atribuya su primer impulso apasionado hacia el estudio del arte, á la lectura de la narración de un gran pintor hech por Richardsón; y Haydón se entusiasmó después del mismo modo para seguir igual carrera por la lectura de la carrera de Reynolds. De ese modo la digna é inspiradora vida, de un hombre enciende una llama en los espíritus de otros que tienen iguales aptitudes é impulso; y donde hay esfuerzo igualmente vigoroso, igual distinción y éxito tendrá que producirse forzosamente. De ese modo es llevada la cadena del ejemplo á través del tiempo en una interminable sucesión de eslabones; la admiración estimula la imitación, y perpetúa la verdadera aristocracia del genio.

Uno de los ejemplos más valiosos y uno de los más contagiosos que puede presentarse ante los jóvenes, es el del trabajo hecho alegremente. La alegría da elasticidad al espíritu. Los espectros huyen de ella; las dificultades no causan desesperación, porque se les sale al encuentro con la esperanza, y el espíritu adquiere esa feliz disposición para mejorar las oportunidades que rara vez dejan de producir el éxito. El espíritu ferviente es siempre un ánimo sano y feliz; trabajando alegremente, y estimulando á los demás al trabajo. Confiere dignidad hasta á las ocupaciones más vulgares. El trabajo más eficaz, también es generalmente el más lleno de confianza, el que pasa por las manos ó la cabeza de aquel cuyo corazón está contento. Hume solía decir que prefería poseer una índole jovial — siempre inclinada á ver el lado brillante de las cosas — á ser con ánimo sombrío dueño de una propiedad que produjera diez mil libras esterlinas al año. En medio de sus infatigables tareas á favor de los esclavos, se solazaba Granville Sharp por las noches, tomando parte en los cantos y conciertos instrumentales en casa de su hermano, cantando, ó tocando la flauta, el clarinete, ó el oboe: y en los Oratorios de los domingos por la noche, cuando

se ejecutaba música de Hændel, tocaba los timbales. También se distraía, algunas veces, en dibujar caricaturas. Fowell Buxton era también hombre eminentemente jovial ; encontrando especial placer en las cacerías, en andar á caballo por el campo con sus hijos, y en mezclarse en todas sus diversiones domésticas.

En otra esfera de acción, era el doctor Arnold un trabajador noble y jovial, empleando toda su alma y todo su corazón en la gran labor de su vida, la educación é instrucción de los jóvenes. Se refiere en su admirable biografía, que : « la cosa más notable del círculo de Laleham era la admirable pureza de tono que prevalecía allí. Era un lugar en que cualquier recien llegado sentía en el acto que se llevaba adelante una obra grande y formal. Hacíase que todo discípulo sintiera que allí había un trabajo que tenía que hacer; que su felicidad y su deber, descansaban sobre ese trabajo que debía hacerse bien. De ahí que se comunicase un indescriptible gusto á los sentimientos de un joven respecto de la vida ; descendía sobre él un extraño placer al notar que tenía los medios de ser útil, y los de ser feliz, y nacían un profundo respeto y un ardiente afecto por aquel que le había enseñado de ese modo á evaluar la vida, su propio sér, su trabajo y su misión en la vida. Todo esto estaba basado sobre la amplitud y comprensibilidad del carácter de Arnold, lo mismo que sobre una verdad y realidad sorprendentes; en la consideración verdadera por toda clase de trabajo, y el sentimiento que tenía de su valer, tanto por el agregado complejo de la sociedad como por el crecimiento y la protección del individuo. En todo esto no había excitación ; ninguna predilección por una clase de trabajo especial ; ningún estusiasmo por un objeto de miras estrechas ; sino un conocimiento interior, humilde, profundo, y religiosísimo de que el trabajo es el destino del hombre en la tierra, para cuyo fin se le han dado las facultades que tiene el elemento en que se ha ordenado á su naturaleza qua se desarrolle por sí misma, y en que ha de estar su adelanto progresivo hacia el cielo. « Entre los muchos hombres educados por Arnold para la vida y la utilidad pública, se hallaba el valiente Hodsón, de Hodson's Horse, quien escribiendo á su casa desde la India muchos años después, hablaba así de su reverenciado maestro : « La influencia que produjo ha sido muy duradera y sorprendente en sus efectos. Aun se la nota en la India ; no puedo decir más que *eso*. »

La influencia que puede ejercer un hombre de corazón recto, y de energía y laboriosidad, entre sus vecinos y los que de él dependen, y lo que puede realizar en bien de su país, quizá no podrá tener mejor ejemplo que la carrera de sir Juan Sinclair, caracterizado por el abate Gregoire, como — *el hombre más infatigable de Europa.* Era un noble del campo, nacido dueño de una propiedad considerable, situada cerca de John-o'-Groat's House, casi fuera del dominio de la civilización, en un país árido y salvaje frente al tormentoso mar del Norte. Habiendo muerto su padre cuando era aún un joven de diez y seis años, se hizo cargo de la administración de la propiedad de la familia, y á los diez y ocho años principió grandes y vigorosas mejoras en el condado de Caithness, que al fin se extendieron por toda Escocia. La agricultura estaba entonces en el estado del mayor atraso; los campos sin cercados, las tierras no tenían drenaje, los pequeños labradores de Caithness eran tan pobres que apenas podían mantener un caballo ó un potro; el trabajo pesado se hacía principalmente por las mujeres, que soportaban todas las cargas, y si un rústico perdía un caballo, no era extraño que se casara para encontrar en la mujer un sustituto más barato. El país no tenía ni caminos ni puentes, y los arrieros que conducían ganado hacia el sud tenían que pasar á nado los ríos al igual de sus animales. El sendero principal que conducía á Caithness estaba á lo largo de un banco de arena junto al costado de una montaña, estando el camino á una altura perpendicular de unos cien pies sobre el mar que allí azotaba.

Sir Juan, á pesar de su juventud resolvió hacer un camino nuevo sobre el collado de Ben Cheilt, considerando esta empresa con incredulidad y mofa los viejos campesinos rutinarios. Pero él mismo marcó el camino y reunió temprano, en una mañana de verano, á unos mil doscientos obreros, los puso á trabajar simultaneamente, vigilando sus trabajos, y animándolos con su presencia y ejemplo; y antes que llegara la noche, lo que había sido una peligrosa huella para ovejas, en unas seis millas de largo, en que difícilmente podían pasar caballos, llevados á la mano, fué hecha practicable para carruajes como por encanto. Admirable ejemplo de energía y de trabajo bien dirigido, que no podía dejar de ejercer la más saludable influencia sobre la población vecina. En seguida comenzó á hacer otros caminos, á edificar molinos, construír puentes, y á cercar y cultivar las

tierras incultas. Introdujo métodos perfeccionados de cultura, y la roturación regular de las siembras, distribuyendo pequeños premios para estimular la industria, y de ese modo dió vida á toda la sociedad que estaba al alcance de su influencia, é inoculó un espíritu completamente nuevo entre los trabajadores de la tierra. Después de ser uno de los distritos más inaccesibles del norte — el mismísimo *ultima thula* de la civilización — se hizo Caithness un condado modelo por sus caminos, su agricultura, y sus pesquerías. En la juventud de Sinclair se llevaba la correspondencia por un correo á pie una vez por semana, y el joven barón declaró que no había de descansar hasta que una diligencia llegara diariamente á Thurso. Las gentes del país no podían creer en cosa semejante, y se hizo un proverbio en el condado para expresar una cosa completamente imposible. — « ¡ Oh, sí ! ¡ eso sucederá cuando sir Juan vea la diligencia diaria en Thurso ! » — Pero sir Juan vivió para ver realizado su sueño, y establecida la diligencia diaria á Thurso.

El círculo de sus operaciones benévolas se ensancharon gradualmente. Observando el deterioro que había sufrido en su calidad la lana británica — uno de los principales artículos del comercio del país — se consagró desde luego á su mejoramiento, aunque era sólo un noble del campo, particular y poco conocido. Para ese fin estableció con su sólo esfuerzo, la *Sociedad Lanar Británica*, y él mismo enseñó el camino del mejoramiento práctico importando á su costo ochocientas ovejas de todos los países. El resultado fué la introducción en Escocia de la célebre raza Cheviot. Los ganaderos de ovejas trataban con desprecio la idea de que majadas de países del sud pudieran prosperar en el lejano norte. Pero sir Juan perseveró, y á los pocos años había más de trescientos mil cheviotes en los cuatro condados del norte solamente. De ese modo aumentó mucho el valor de todas las tierras de pastos, y propiedades escocesas que antes tenían muy escaso valor, principiaron á rendir grandes arrendamientos.

Enviado al parlamento por Caithness, perteneció treinta y cinco años á la Cámara, faltando rara vez á las sesiones ; le dió su posición mayores facilidades para ser útil, las que no dejó de aprovechar. Habiendo observado Pitt su energía perseverante en todos los proyectos públicos de utilidad, le mandó llamar á la calle Downing, y le ofreció voluntariamente su ayuda en cual–

quier asunto que pudiera tener en proyecto. Otro hombre podría haber pensado en sí mismo y en su adelanto; pero sir Juan contestó característicamente, qne no deseaba favor alguno para sí mismo, pero indicó que la recompensa más grata para sus sentimientos sería la ayuda del señor Pitt en el establecimiento de un consejo nacional de agricultura. Arturo Young hizo una apuesta con el barón de que su proyecto no se realizaría nunca, añadiendo: — *¡Vuestro consejo de agricultura estará en la luna!* Pero poniendo vigorosamente manos á la obra, despertó la atención pública sobre este asunto, atrajo á su lado una mayoría en el parlamento, y al fin estableció el consejo, del que fué nombrado presidente. Los resultados de su acción no necesitan ser descritos, pero el estímulo que dió á la agricultura y á la cría de ganado, se notó muy luego en todo el Reino Unido, y decenas de miles de acres de tierra fueron redimidas de la aridez por sus operaciones. Era igualmente infatigable en estimular el establecimiento de pesquerías; y la creación próspera de estas grandes ramas de la industria británica en Thurso y en Wick, fué debida principalmente á sus esfuerzos. Durante muchos años pidió con insistencia, y al fin consiguió, el cercado de un puerto para este último lugar, que es quizá el pueblo pescador más grande y próspero del mundo.

Sir Juan ponía toda su energía personal en cualquiera obra en que tomaba parte, avivando á los inertes, estimulando á los perezosos, á los que tenían esperanzas, y trabajando con todos. Cuando cundió la amenaza de una invasión francesa, ofreció á Pitt que levantaría un regimento en sus mismas propiedades, y fué tan bueno como su palabra. Marchó al norte, y levantó un batallón de seiscientas plazas, aumentado después á mil, y fué reconocido como de los mejores regimientos de voluntarios que jamás se formara, completamente inspirado por su mismo espíritu noble y patriota. Estando de comandante en jefe del campamento de Aberdeen, desempeñaba los puestos de director del Banco de Escocia, presidente de la Sociedad lanar británica, Preboste de Wick, director de la sociedad de pesquería, Comisionado para la emisión de billetes del Tesoro, miembro del parlamento por Caithness, y presidente del Consejo de Agricultura. En medio de esta labor múltiple é impuesta voluntaria mente, tenía tiempo para escribir libros, por sí mismo, que bastaban para crear una reputación. Cuando el señor Rush, emba-

jador americano, llegó á Inglaterra, se refiere que, preguntando al señor Coke de Holkham, cuál era la mejor obra de agricultura, éste le indicó la de sir Juan Sinclair; y cuando preguntó después al señor Vansittart, ministro de Hacienda, cuál era la mejor obra sobre la hacienda británica, éste le indicó también una obra de sir Juan Sinclair, su *Historia de las rentas públicas*. Pero el gran monumento de su infatigable laboriosidad, obra que hubiera asustado á otros hombres, pero que sólo sirvió para avivar y sostener su energía, fué su *Relación Estadística de Escocia*, en veinte y un volúmenes, una de las obras más prácticamente valiosas que jamás se hayan publicado en cualquiera época ó país. En medio de una porción de otras ocupaciones, empleó cerca de ocho años de penoso trabajo, durante el cual recibió y contestó más de veinte mil cartas sobre el asunto. Fué una empresa puramente patriótica, de la cual no sacaba absolutamente ningún provecho personal, fuera del honor de haberla terminado. Todas las utilidades que pudiera producir las había cedido á la sociedad para los hijos del clero en Escocia. La publicación de la obra motivó muchas grandes mejoras públicas; fué seguida por la inmediata abolición de varios derechos feudales opresivos, á los que había llamado la atención; los sueldos de los maestros de escuela y de los sacerdotes fueron aumentados en muchas parroquias; y se dió estímulo creciente á la agricultura en toda la Escocia. Entonces se ofreció públicamente sir Juan para emprender el trabajo mucho más grande de reunir y publicar una relación estadística de Inglaterra igual á la de Escocia; pero desgraciadamente el entonces arzobispo de Canterbury rehusó la sanción de ello, no fuesen que chocara con los diezmos del clero, y la idea fué abandonada por completo.

Un ejemplo notable de su prontitud enérgica fué la manera con que en una gran necesidad proveyó al alivio de los distritos manufactureros. La crisis producida en 1793 por la guerra, condujo á innumerables quiebras, y muchas de las primeras casas de Manchester y de Glasgow estaban amenazando ruina, no tanto por la falta de capital como por estar cerradas por entonces las fuentes acostumbradas de los negocios y del crédito. Parecía inminente un período de intensa calamidad, cuando sir Juan pidió con insistencia en el Parlamento que se emitieran inmediatamente vales de tesorería por valor de cinco millones de

libras esterlinas como préstamo á aquellos comerciantes que pudieran dar fianza. Esta idea fué aceptada, y también lo fué su ofrecimiento de ocuparse de la ejecución de su proyecto, en unión de ciertos individuos nombrados por él. La votación se efectuó tarde de la noche, y por la mañana siguiente temprano previendo las demoras del oficialismo y de las *cintas coloradas*, fué á ver á algunos banqueros de la ciudad y pidió prestado de ellos, bajo su garantía personal, la suma de setenta mil libras esterlinas, que envió aquella misma tarde á aquellos comerciantes que se hallaban más necesitados de una ayuda pronta. Encontrando Pitt á sir Juan en la cámara, expresó su gran sentimiento de que las necesidades apremiantes de Manchester y de Glasgow no pudieran ser provistas tan pronto como fuera de desear, agregando: — *El dinero no podrá conseguirse hasta dentro de algunos días.* — *¡Ya ha ido! ¡salió esta noche de Londres por el correo!* fué la contestación triunfante de sir Juan; y refiriendo después la anécdota, agregó con una sonrisa de contentamiento: — *Pitt quedó tan sorprendido como si le hubiera dado una puñalada.* Siguió trabajando útil y alegremente este hombre grande y bueno, dando notable ejemplo á su familia y á su país. Puede decirse que buscando tan laboriosamente el bien de los demás encontró el suyo, no la riqueza, porque su generosidad deterioraba seriamente su fortuna particular, sino la felicidad, la satisfacción propia, y la paz que da el saber. Gran patriota, con magníficas facultades para el trabajo, llenó noblemente su deber para con su país; y con todo, no fué negligente para su propio hogar doméstico. Sus hijos é hijas crecieron para honra y utilidad; y fué una de las cosas que con más orgullo pudo decir sir Juan cuando iba á cumplir ochenta años, que había vivido para ver crecidos á siete hijos, sin que ninguno de ellos hubiera incurrido en una deuda que no hubiese podido pagar, ó que le hubiera causado algún pesar que hubiese podido evitar.

CAPITULO XIII

EL CARÁCTER. — EL VERDADERO CABALLERO

¿ Pues quién puede obrar siempre, sino aquel á quien traen á la memoria mil recuerdos, no siendo menos sino mucho más de toda la gentileza que aparentaba, porque era lo que le parecía ser y unia á cada ocupación social las nobles maneras, cual flor y producto de un noble espíritu, y así sostuvo sin afrenta el grande y antiguo título de caballero? TENNYSON. — (1)

En el retiro se forma el talento, y el carácter en el torrente del mundo. — GOETHE. (2)

Lo que eleva á un país, lo que da fuerza á un país, y lo que diginfica á un país, aquello que extiende su influencia moral, y hace que sea respetado y obedecido, que contiene el corazón de millones, y hace que ante él se incline el orgullo de las naciones, el instrumento de la obediencia, la fuente de supremacía, el trono, corona, y cetros verdaderos de una nación: esta aristocracia no es la aristocracia de la sangre, no es una aristocracia de rango, no es la aristocracia del talento únicamente, es una aristocracia de carácter. Esa es la verdadera heráldica del hombre. » THE TIMES. (3)

El premio y la gloria de la vida es el carácter. Es la posesión más noble de un hombre, consituyendo por sí sola una ca-

(1) *For who can alvays act? but he,*
To whom a thousand memories call,
Not being less butt more than all
The genthleness he seemed to be,
But seemed the thing he was, and join'd
Each office of the social hour
To noble manners, as the flower
Vand native growth of noble mind;
And thus he bore without abuse
The grand old name of gentleman.
TENNYSON.

(2) *Es bidet cin Talent sich in de stille,*
Sich ein Character in dem strom der welt.
GOETHE.

(3) *That which raises a country, that which strengthens a coun*

tegoría y una propiedad en la buena voluntad general; dignificando todo puesto, y elevando toda posición social. Ejerce mayor poder con la riqueza, y se asegura toda honra sin los celos de la celebridad. Lleva consigo una influencia que siempre se hace sentir; porque es el resultado del honor, de la rectitud, y la consistencia probados, cualidades que, quizá más que cualesquiera otras, imponen la confianza y el respeto general de la humanidad.

El carácter es la naturaleza humana en su mejor aspecto. Es el orden moral incorporado en el individuo. Los hombres de carácter no son solamente la conciencia de la sociedad, sino que en todo estado bien constituído y gobernado son su mejor fuerza motriz, porque al fin las cualidades morales gobiernan siempre á la sociedad. Hasta en la guerra es lo moral á lo físico, lo que diez á uno, dijo Napoleón. El poder, la industria, y la civilización de las naciones, todo depende del carácter individual; y hasta los verdaderos cimientos de la seguridad civil descansan sobre él. Las leyes y las instituciones no son sino sus vástagos. En el justo balance de la naturaleza sólo obtendrán los individuos, las naciones y las razas, tanto como merezcan, y nada más. Y así, como el efecto encuentra su causa, también es cierto que las cualidades del carácter de un pueblo producirán los resultados que le correspondan.

Aunque un hombre tenga relativamente poca cultura, aptitudes limitadas, y hasta poca fortuna, si su carácter es de verdadero mérito, inspirará siempre influencia, ya sea en el taller, en el escritorio, en la Bolsa, ó en el Senado. Canning escribió sabiamente en 1801: « Mi camino tiene que ser á través del carácter hacia el poder; no quiero probar otra senda, pues aunque no sea la más corta, es la más segura. » Podréis admirar á los hombres de grande inteligencia; pero es necesario algo más antes que queráis fiaros de ellos. De aquí que lord John Russell

try, and that which dignifies a country that which spreads her power, creater her moral influence, and makes her respected and submitted to, bends the heart of millions, and bows, down the pride of nations to her — the instrument of obedience, the fountaine of supremacy, the true throne, crown, and sceptre of a nation; this aristocracy is not an aristocracy, of blood, not un aristocracy of fashion, not an aristocracy of talelent only; it is an aristocracy of Chavacter. That is the true heraldry of man.

THE TIMES.

dijese una vez en una sentencia llena de verdad: « Es propio de la índole de partido en Inglaterra, pedir ayuda á los hombres de genio, pero siguiendo la guía de los hombres de carácter. » Esto fué confirmado en la carrera del finado Francisco Horner —hombre de quien Sydney Smith dijo que tenía grabados en su fisionomía los diez mendamientos. « El punto de vista valioso y peculiar, — dice lord Cockburn, — en que su historia está calculada para inspirar á todo joven de espíritu recto, es este. Murió á la edad de treinta y ocho años, disfrutando de una influencia pública más grande que cualquier otro hombre particular, y admirado, amado, creído y llorado por todos, exceptuando los que carecían de sentimiento ó los bajos y despreciables. Nunca se había tributado en el parlamento un homenaje tan grande á ninguno de sus individuos al morir. Que pregunte ahora todo joven: — ¿Cómo se consiguió esto? ¿Por el rango? Era hijo de un comerciante de Edimburgo. ¿Por la riqueza? Ni él, ni ninguno de sus parientes, tuvo nunca medio chelín superfluo. ¿Por el empleo? No tuvo más que uno, y únicamente durante algunos años, de escasa influencia, y de muy pequeño sueldo. ¿Por los talentos? Los suyos no eran espléndidos, y no tenía genio. Cauto y tardío, toda su ambición era estar en lo justo. ¿Por la elocuencia? Hablaba con buen gusto y pausadamente, sin nada de aquella oratoria que, ó terrifica ó seduce. ¿Por alguna fascinación de modales? Los suyos eran únicamente correctos y agradables. ¿Por qué medios, pues, lo consiguió? Sólo por el criterio, la laboriosidad, los buenos principios, y un buen corazón, cualidades que nunca debe desesperar de poder alcanzar cualquier espíritu bien organizado. Fué la fuerza de su carácter lo que le elevó; y este carácter no había sido impreso en él por la naturaleza, sino que había sido formado por él mismo de elementos que no eran extraordinariamente buenos. Había en la cámara de los comunes muchos de mayor talento y elocuencia. Pero ninguno lo sobrepujaba en la reunión de una parte adecuada de estos con el valor moral. Horner había nacido para demostrar lo que pueden realizar unas aptitudes medianas, sin ayuda de ninguna clase excepto la cultura y la bondad, hasta cuando estas aptitudes son puestas de manifiesto en medio de la competencia y de los celos de la vida pública. »

Franklin, también, atribuía su éxito como hombre público, no á sus talentos ó á su elocuencia — porque estos eran media-

nos — sino á su conocida integridad de carácter. De aquí, según lo dice él mismo, « que yo tuviera tanta influencia entre mis conciudadanos. Era un mal orador; jamás fuí elocuente, sujeto á mucha exitación para escoger las palabras, difícilmente correcto en mi lenguaje, y sin embargo, generalmente ganaba *mi pleito.* » El carácter engendra la confianza en los hombres tanto en elevada posición social como en la humilde. Se dijo del emperador Alejandro I, de Rusia, que su carácter personal equivalía á una constitución. Durante las guerras de la *Fronda*, era Montaigne el único entre los caballeros franceses que mantenía sin cerrojos las puertas de su castillo; y se dijo de él, que su carácter personal era para él una protección mejor que lo que pudiera haberlo sido un regimiento de caballería.

Que el carácter es poder, es verdadero en un sentido mucho más elevado que el de saber es poder. El talento sin corazón, la inteligencia sin conducta, la sagacidad sin bondad, son poderes á su modo, pero pueden ser poderes únicamente para la maldad. Podremos ser instruídos ó divertidos por ellos; pero á veces es tan difícil admirarlos como lo sería admirar la habilidad de un *pick-pocket* ó la equitación de un salteador de caminos.

La verdad, la integridad y la bondad — cualidades que penden del aliento de cualquier individuo — forman la esencia del carácter viril, ó como lo expresa uno de nuestros antiguos escritores : *esa lealtad innata por la virtud que la puede servir sin librea.* Aquel que posee estas cualidades, unidas á la fuerza del propósito, lleva consigo un poder irresistible. Es fuerte para hacer el bien, fuerte para resistir el mal, y fuerte para sostenerse en tiempo de dificultad y de infortunio. Cuando Esteban Colonna cayó en manos de sus viles asaltantes, y le preguntaron en tono de mofa: — *¿Dónde está ahora vuestra fortaleza?* — *Aquí,* — *fué su atrevida contestación, poniendo la mano sobre su corazón.* En la desgracia es cuando resplandece con mayor brillo el carácter del hombre recto; y cuando falta todo lo demás, hace pie sobre su integridad y su valor.

Las reglas de conducta seguidas por lord Erskine — hombre de verdadera independencia de principios y escrupuloso respeto á la verdad — son dignas de ser grabadas sobre el corazón de todo joven. — « Fué el primer mandato y el consejo de mi más temprana juventud, — dijo, — « hacer siempre aquello que mi conciencia me dijera que era mi deber, y dejar las consecuencias

á la voluntad de Dios. Llevaré conmigo hasta el sepulcro el recuerdo, y confío que también la práctica, de esta lección paterna. Hasta ahora la he seguido, y no tengo motivo alguno para quejarme de que mi obediencia á ella haya sido un sacrificio temporal. Al contrario, he encontrado que era el camino hacia la prosperidad y la riqueza, y he de señalar la misma senda á mis hijos para que la sigan. »

Todo hombre está obligado á aspirar á la posesión de un buen nombre como uno de los más elevados propósitos de la vida. El mismo esfuerzo para asegurarse de él por medios dignos le proporcionará un motivo de diligencia; y su idea de virilidad, en proporción á lo que sea de elevada, dará firmeza y animará su móvil. Es bueno tener una elevada regla fija de vida aunque no podamos realizarla completamente. — « El joven que no mira hacia lo alto, mirará para abajo, dice Disraeli, y el espíritu que no se remonta está destinado quizás á arrastrarse. » Jorge Hérbert escribe sabiamente :

> Fija tu proceder en lo bajo, tus proyectos en la altura
> y asi serás humilde y magnánimo. No abatas tu espíritu ;
> quien apunta al firmamento dispara mucho más alto que
> un árbol. (1)

Aquel que tiene una elevada regla fija de vida y de pensar estará mejor, por cierto, que el que no tiene ninguna. — *Echadle mano á un vestido de oro,* — dice el proverbio escocés, — *y puede ser que consigáis una manga de él.* Cualquiera que se esfuerza para obtener los más elevados resultados no puede dejar de alcanzar un punto más alto que el de donde partió ; y aunque el fin conseguido sea menor que el propuesto, no puede, sin embargo, dejar de ser siempre benéficio el mismo esfuerzo que se hace para elevarse.

Hay muchas falsificaciones del carácter, pero el artículo legítimo es difícil de equivocar. Conociendo su valor por el dinero, asumirían algunos su disfraz con el propósito de engañar á los incautos. El coronel Charteris dijo á un hombre distinguido por su honradez : — *Daría mil libras esterlinas por vuestro buen*

(1) *Pitch thy behavior low, thy projects high,*
So shall thou humble and magnanimous be.
Sink not in spirit ; who aimeth at the sky
Shoots higher much than he that means a tree.

nombre. — ¿Porque? — *Porque con ello podría hacer diez mil*, contestó el bribón.

La integridad en la palabra y en la conducta es el espinazo del carácter; y la adhesión leal á la veracidad es su más prominente rasgo característico. Uno de los más hermosos testimonios sobre el carácter del difunto sir Roberto Peel fué expresado por el duque de Wéllington en la cámara de los pares, pocos días depués de la muerte del gran estadista.— Vuestras señorías, — dijo, deben conocer el elevado y honroso carácter del difunto sir Roberto Peel. He estado en relación con él durante mucho tiempo en la vida pública. Hemos estado juntos en los consejos de nuestro soberano, y he tenido por mucho tiempo el honor de disfrutar de su amistad particular. En todo el curso de mis relaciones con él nunca he conocido un hombre en cuya veracidad y justicia tuviera yo mayor confianza, ó en quien viera yo un deseo más invariable de promover el bien público. En todo el curso de mi comunicación con él, nunca ví un caso en que no mostrase el más fuerte apoyo á la verdad; y nunca he visto en toda mi vida la menor razón para sospechar que expresara una cosa que él no creyera firmemente que era verdad. » Y esta magnánima veracidad del estadista no hay duda que fué el secreto de no pequeña parte de su influencia y de su poder.

Hay una veracidad en la acción lo mismo que en las palabras que es esencial á la rectitud del carácter. Un hombre debe ser realmente lo que aparece ó lo que pretende ser. Cuando un señor americano escribio á Granville Sharp, que por respeto á sus grandes virtudes le había puesto su nombre á uno de sus hijos, le contestó Sharp : — « Debo pediros que le enseñéis una máxima favorita de la familia cuyo nombre le habéis dado : — *Esfuérzate siempre en ser realmente aquello que deseas hacer aparecer que eres.* Esta máxima, según me informó mi padre, fué practicada fiel y humildemente por *su* padre, cuya sinceridad como hombre sencillo y honrado, se hizo con eso el rasgo principal de su carácter, tanto en la vida pública como en la privada. » Todo hombre que se respeta á sí mismo, y aprecia el respeto de los demás, pondrá la máxima en acción — haciendo honradamente lo que se propone hacer — llevando á su trabajo el más elevado carácter, no huyéndole á nada, preciándose de su integridad y rectitud. Una vez dijo Cromwel á Bernard, abogado vivo, pero poco escrupuloso : « Entiendo que últimamente

habéis sido muy cauteloso en vuestra conducta; pero no confiéis demasiado en eso, la astucia puede engañaros, la integridad jamás.» Los hombres cuyos actos están en directa contradicción con sus palabras, no inspiran respeto, y lo que dicen tiene poco peso; hasta las verdades, cuando son dichas por ellos, parece que salen marchitas de sus labios.

El carácter leal obra como se debe, ya sea en secreto, ó á la vista de los hombres. Bien educado estaba aquel niño que contestó cuando fué preguntado por qué no se había echado á los bolsillos algunas peras puesto que no había allí quien le viera: — «Sí, había alguien: yo estaba allí para verme á mí mismo; y no me propongo verme cometiendo una cosa deshonesta.» Este es un ejemplo sencillo pero apropiado de principios, ó conciencia, predominando en el carácter, y ejerciendo un noble protectorado sobre él; no solamente una influencia pasiva, sino un poder activo que regule la existencia. Un principio semejante continúa modelando el carácter cada hora y cada día, desarrollándose con una fuerza que opera á cada momento. Sin esta influencia predominante no tiene protección el carácter, y está expuesto constantemente á caer ante la tentación; y toda tentación de esas en que se ha caído, y todo acto de bajeza ó de deshonestidad, por trivial que sea, causa la degradación propia. Nada importa que el acto tenga éxito ó no, que sea descubierto ó que sea ocultado; el criminal ya no es el mismo, sino otra persona; y es perseguido por una inquietud secreta, por el reproche de sí mismo, ó el obrar de lo que llamamos la conciencia, que es la inevitable suerte del culpable.

Observaremos aquí lo mucho que puede ser robustecido y apoyado el carácter por el cultivo de los buenos hábitos. Se ha dicho que el hombre es un lío de hábitos; y el hábito es una segunda naturaleza. Metastasio abrigaba una opinión tan arraigada con respecto del poder de la repetición en los actos y las palabras, que dijo: *Todo es hábito en la humanidad, hasta la misma virtud.* En su *Analogía* inculca Butler la importancia de la cuidadosa disciplina de sí mismo y la firme resistencia á la tentación, como que tienden á hacer habitual la virtud, de tal modo que á la larga se hace más fácil hacer el bien que ceder al pecado. «Así, como los hábitos que pertenecen al cuerpo son producidos por actos externos — dice — así también son producidos los hábitos del espíritu por la ejecución de propósitos

prácticos internos, esto es, convirtiéndolos en actos, ú obrando sobre ellos, los principios de obediencia, veracidad, justicia y caridad.» Lord Brougham dice, cuando insiste en la inmensa importancia de la enseñanza y del ejemplo en los jóvenes: — «Con fe en Dios, confió todas las cosas al hábito, en el cual han puesto principalmente su confianza en todas las épocas tanto el legislador como el maestro de escuela; el hábito que hace fácil todas las cosas, y arroja las dificultades sobre la desviación de un curso acostumbrado. Así pues, haced de la sobriedad un hábito, y la intemperancia será odiosa; haced de la prudencia un hábito, y el desvergonzado libertinaje se hará repugnante á todo principio de conducta que regula la vida del individuo. De aquí la necesidad del mayor cuidado y vigilancia para no incurrir en cualquier hábito malo; porque el carácter es siempre más débil en el punto en que ha cedido una vez y pasa mucho tiempo antes que un principio restaurado pueda ser tan firme como uno que nunca ha sido conocido. Es una bella observación la que hizo un escritor ruso, diciendo que, *los hábitos son un collar de perlas: desatad el nudo, y todas se salen del hilo.*

Donde quiera que está formado el hábito, obra involuntariamente y sin esfuerzo y sólo cuando os oponéis á él, podéis ver cuán poderoso se ha hecho. Lo que se hace una vez y otra, da muy luego la facilidad y la propensión. Al principio puede parecer que el hábito no tiene más fuerza que una telaraña; pero una vez formado, ata como si fuera una cadena de hierro. Los pequeños acontecimientos de la vida, tomados aisladamente, podrán parecer sin ninguna importancia, como la nieve que cae silenciosamente copo tras copo, y que sin embargo, una vez acumulada, forma la avalancha.

El respeto de sí mismo, la *ayuda propia*, la aplicación, la laboriosidad, la integridad, todos son de la naturaleza de los hábitos, pero no son creencias. Los principios, en realidad, no son sino los nombres que aplicamos á los hábitos; porque los principios son palabras, pero los hábitos son las cosas en sí mismo: bienhechores ó tiranos, conforme sean ellos buenos ó malos. Así acontece que conforme avanzamos en años, una porción de nuestra libre actividad y de nuestra individualidad queda dependiendo del hábito; nuestras acciones se hacen de la naturaleza del destino, y estamos atados por las cadenas con que nos hemos envuelto.

En realidad, nunca se estima en demasía la importancia de educar á los jóvenes en los hábitos virtuosos. En ellos son formados más fácilmente, y una vez formados se conservan así durante su vida; como las letras cortadas en la corteza de un árbol, crecen y se ensanchan con los actos. « Educa á un niño en el camino que ha de seguir, y cuando tenga edad no ha de salir de él. » El principio contiene en sí el final; la primera salida en el camino de la vida determina la dirección y el destino de la jornada : *Ce n'est que le premier pas qui coûte* (1). » — Tened presente — dijo lord Collingwood á un joven á quien apreciaba — que antes que tengáis veinte y cinco años debéis formaros un carácter que os dure toda la vida. » Conforme se fortalece el carácter con la edad y se forma, si emprende una nueva senda, se hace más y más y difícil. De aquí que á menudo es más difícil desaprender que aprender; y por esta razón estaba justificado el tocador de flauta griego que cobraba doble paga á los discípulos que habían sido enseñados por un maestro cualquiera. Desarraigar un hábito antiguo es muchas veces una cosa más penosa, y muchísimo más difícil, que arrancar una muela. Intentad reformar á una persona habitualmente indolente, imprevisora, ó ebria, y en una gran mayoría de los casos no tendréis éxito. Porque en cada caso se ha entretejido en la vida y á traves de ella, hasta que ha llegado á ser una parte integrante de ella, y no puede ser desarraigada. De aquí, según lo observa el señor Lynch, que *el más sabio de los hábitos es el hábito del cuidado en la formación de buenos hábitos.*

Hasta la misma felicidad puede llegar á ser habitual. Hay un hábito de ver el lado brillante de las cosas, como igualmente el de ver el lado obscuro. El doctor Johnsón ha dicho que el hábito de ver el lado mejor de las cosas vale más para un hombre que mil libras esterlinas al año. Y poseemos en gran magnitud la facultad de ejercitar la voluntad de modo á dirigir los pensamientos sobre asuntos propios para producir la felicidad y el mejoramiento, más bien que lo opuesto. De este modo puede hacerse que el hábito de pensar lo feliz nazca como otro hábito cualquiera. Y educar á hombres y mujeres con una disposición festiva de esta clase, un genio bueno, y una forma dichosa de

(1) *Sólo el primer paso es el que cuesta.*

espíritu, es quizá de más importancia, en muchos casos, que perfeccionarlos en saber y en adornos.

Así como la luz del día puede ser vista á través de pequeñísimos agujeros, del mismo modo ilustrarán el carácter de una persona las pequeñeces. El carácter consiste en pequeños actos, ejecutados bien y honrosamente; siendo la vida diaria la cantera de donde la edificamos, y los hábitos que la forman, su tosco modelo. Una de las pruebas más peculiares del carácter, es la manera como nos conducimos para con los demás. Una conducta cortés hacia los superiores, los inferiores, y los iguales, es una fuente constante de placer. Agrada á los otros porque indica respeto por su personalidad; pero nos da diez veces más placer á nosotros mismos. En gran parte puede ser cada hombre un perceptor de sí mismo en el buen proceder, como en cualquiera otra cosa; puede ser cortés y amable, si lo quiere, aunque no tenga ni un peniqne en el bolsillo. La urbanidad en la sociedad es como la silenciosa influencia de la luz, que da color á toda la naturaleza; es muchísimo más poderosa que el ruido ó la fuerza, y mucho más fructífera. Se abre camino tranquila y persistentemente, como el más pequeño narciso en la primavera, que levanta el terrón y lo echa á un lado puramente con la persistencia de su crecimiento.

Hasta una mirada bondadosa da placer y otorga dicha. En una de las cartas de Robertsón de Brightón, cuenta de una señora que le refirió, « el gozo, las lágrimas de gratitud, que había visto en una pobre muchacha á quien, al pasar, le había dirigido una mirada amable al salir de la iglesia el domingo. ¡Qué lección! ¡Por cuán poca cosa se puede dar la felicidad! ¡Cuántas oportunidades no perdemos de hacer una obra de ángeles! Recuerdo haberlo hecho, llena de tristes sentimientos, al pasar, y sin pensar más en ello; y dió una hora de felicidad á una existencia humana (1). »

La moral y las maneras, que dan colorido á la vida, son de muchísima más importancia que las leyes, que son sólo sus manifestaciones. La ley nos toca aquí y allá, pero las maneras están en torno nuestro en todas partes, llenando la sociedad como el aire que respiramos. Las buenas maneras, como las llamamos nosotros, no son ni más ni menos que la buena conducta, consis-

(1) Robertsón, *Vida y Cartas*, I, 258.

tiendo en cortesía y amabilidad; siendo la benevolencia el elemento preponderante en toda clase de trato recíprocamente benéfico y agradable entre los seres humanos. — *La urbanidad nada cuesta y lo gana todo* dijo lady Montagne. Lo más barato de todas las cosas es la bondad, no requiriendo su práctica sino el menor trabajo y abnegación posibles. — *Ganaos los corazones*, dijo Burleigh á la reina Isabel, *y tendréis todos los corazones y las bolsas de los hombres.* — Si pudiéramos dejar que la naturaleza obrara benignamente, libre de afectación y de artificio, serían incalculables los resultados sobre el buen humor y la felicidad social. Los pequeños actos de cortesía que forman el cambio menudo de la vida, pueden parecer separadamente de pequeño valor intrínseco, pero adquieren su importancia de la repetición y de la acumulación. Son como los minutos ahorrados, ó los cuatro peniques al día, que producen proverbialmente tales resultados importantes en el transcurso de un año ó en el de una vida.

Las maneras son el ornato de la acción; y hay un modo de decir una palabra bondadosa, ó de hacer una cosa bondadosa, que aumenta grandemente su valor. Lo que parece haber sido hecho con tirria, ó como un acto de condescendencia, es difícilmente aceptado como un favor. Sin embargo, hay hombres que sienten satisfacción en ser ásperos, y aunque poseen virtud y capacidad, sus maneras son á menudo tales, que casi los hace ser insoportables. Es difícil gustar de un hombre que, aunque no os tire de la nariz, lastima generalmente vuestro *respeto propio*, y siente satisfacción en deciros cosas desagradables. Hay otros que son demasiado condescendientes, y no pueden dejar de aprovechar toda oportunidad, por pequeña que sea, para hacer sentir su grandeza. Cuando Albernethy solicitaba votos para el empleo de cirujano del hospital de San Bartolomé, fué á ver á uno de esos individuos — rico almacenero — que era uno de los directores. El grande hombre, detrás del mostrador, conforme vió entrar al gran cirujano, tomó un gran aire para con el supuesto peticionario de su voto. — *Supongo, señor, que deseáis mi voto y mi apoyo en esta importante época de vuestra vida.* Abernethy que odiaba á los necios presuntuosos, y que se sintió provocado por el tono, contestó : — *No, no es eso, quiero un penique de higos; vamos, moveos y envolvedlos bien; tengo prisa.*

La educación de las maneras — aunque su exceso es presumido y tonto — es sumamente necesaria en una persona que tiene ocasión de tratar con otras sobre negocios. La afabilidad y la buena crianza pueden hasta ser consideradas como esenciales en el éxito de un hombre de posición elevada y esfera dilatada de la vida, porque la falta de ellas se ha visto con frecuencia que en gran parte neutralizaba los resultados de mucha laboriosidad, integridad, y honradez de carácter. No hay duda que existen algunos fuertes espíritus tolerantes que pueden soportar los defectos y angulosidades de las maneras, y que se limitan á ver tan sólo las cualidades genuinas; pero la sociedad en general no es tan tolerante, y no puede dejar de formar sus juicios y simpatías principalmente por la conducta exterior.

Otro modo de manifestar verdadera cortesía es la consideración hacia las opiniones de los demás. Se ha dicho del dogmatismo que es la presunción en su mayor desarrollo; y la peor forma que puede asumir esta cualidad, es seguramente la de la obstinación y de la arrogancia. Que se avengan los hombres á opinar de diverso modo, y que cuando piensen así, sepan llevar y conllevar. Los principios y las opiniones pueden ser sostenidos con perfecta suavidad, sin llegar á las mános ni expresar palabras groseras; y hay circunstancias en que las palabras son golpes, y ocasionan heridas mucho menos fáciles de curar. Como algo que corrobora este punto, transcribimos una pequeña parábola instructiva pronunciada hace algún tiempo por un predicador viajero de la *Alianza Evangélica*, en la frontera de Gales: — « Cuando iba por las colinas — dijo — una mañana temprano, ví algo que se movía en la falda de la montaña, de aspecto tan extraño, que lo tomé por un monstruo. Cuando me aproximé vi que era un hombre. Cuando llegué á estar á su lado vi que era mi hermano. »

La cortesía innata que brota de la rectitud y de los sentimientos bondadosos, no pertenece exclusivamente á una clase ó á una categoría social. Puede poseerla el mecánico que trabaja en el banco, lo mismo que el sacerdote ó el par. De ningún modo es una condición necesaria del trabajo el que tenga que ser tosco ó grosero. La cortesía y los buenos modales que distinguen á todas las clases del pueblo, en muchos países continentales demuestran que esas cualidades podrían llegar á ser nuestras también — como indudablemente llegarán á serlo con mayor cultura y fre-

cuentación social más general en sacrificar ninguna de nuestras cualidades más verdaderas de hombres. Desde el más elevado hasta el más humilde, desde el más rico hasta el más pobre, á ningún rango ó condición en la vida ha negado la naturaleza su más noble favor: un gran corazón. Jamás ha existido un caballero que no haya sido dueño de un gran corazón. Y esto puede manifestarse bajo la burda mezclilla del campesino, lo mismo que bajo la galoneada casaca del noble. Roberto Burns fué reprendido una vez por un joven noble de Edimburgo, con quien paseaba, por reconocer en la calle á un honrado labrador. « ¡ Pero, grandísimo orgulloso! — exclamó Burns, — si no ha sido al levitón desmesurado, ni al gorro estrafalario, ni á las tremendas botas con clavos á quienes he hablado, sino *al hombre* que estaba metido en ellos; y el hombre, señor mío, por lo que respecta á valer legítimo, pesa mucho más en una balanza que vos y yo, y diez más de iguales condiciones, en cualquier día. » Puede haber algo de falta de cultivo en el exterior, que pueda parecer vulgar á aquellos que no pueden ver el corazón que está dentro; pero para el hombre de espíritu recto, tendrá siempre su insignia visible el carácter.

Guillermo y Carlos Grant eran hijos de un agricultor en Inverness-shire, á quien una inundación súbita despojó de todo, hasta del mismo suelo que labraba. El agricultor y sus hijos, con el mundo ante ellos para escojer, se dirigieron hacia el sud en busca de trabajo hasta que llegaron á los alrededores de Bury en Lancashire. De la cresta del collado cerca de Walmesley extendieron la vista sobre el dilatado país que se veía á su frente, haciendo su curso torcido por el valle del río Irwell. Eran del todo extranjeros en la vecindad, y no sabían qué camino habían de seguir. Para seguir su camino resolvieron dejar caer un bastón y seguir la dirección que éste señalara. Una vez tomada su resolución, continuaron su camino de conformidad hasta que llegaron á la villa de Ramsbotham, que no estaba muy distante. Hallaron ocupación en una imprenta, en la que Guillermo hizo su aprendizaje, y se hicieron estimar por sus patrones á causa de su diligencia, sobriedad, y severa integridad. Trabajaron con afán, subiendo de un puesto á otro, hasta que al fin llegaron á ser patrones los dos hombres, y después de muchos años de laboriosidad, de empresas, y de benevolencia, se hicieron ricos, estimados y respetados de todos aquellos que los conocían. Sus

fábricas de algodón y trabajos de imprenta, daban ocupación á una gran población. Su actividad bien dirigida hizo que el valle rebozara de actividad, alegría, salud, y opulencia. De su abundante fortuna daban liberalmente para toda cosa digna, fabricando iglesias, fundando escuelas, y promoviendo de todos modos el bienestar de la clase de trabajadores de la que ellos habían salido. Levantaron después en la cresta de la colina de Walmesley una elevada torre en conmemoración del acontecimiento de su historia, que había determinado el lugar de su establecimiento. Los hermanos Grant fueron muy afamados por su benevolencia y sus muchos actos de bondad, y se dice que Dickens los tuvo presente en su pensamiento al delinear el carácter de los hermanos Cheeryble. Puedo citar una entre muchas anécdotas parecidas, para demostrar que su reputación no era exagerada en manera alguna. Un guarda almacén de Manchester publicó un libelo excesivamente injurioso contra la firma Grant Hermanos, ridiculizando al socio mayor con el sobrenombre de *Billy Button.* Guillermo fué informado sobre el contenido del folleto, y la observación que hizo fué que ese hombre viviría lo bastante para arrepentirse de ello. — « ¡Oh! dijo el libelista, cuando se le refirió la observación, se imagina que alguna vez estaré en deuda con él; pero ya me cuidaré de ello. » Sucede, sin embargo, que los hombres que están en negocios no siempre pueden preveer quiénes pueden llegar á ser sus acreedores, y llegó el caso de que quebró el libelista de Grant, y no podía completar su certificado y volver á comerciar sin obtener la firma de aquéllos. Parecíale á él un caso desesperado tener que ir á ver esa firma para un favor, pero las necesidades apremiantes de su familia le forzaron á ello. Se presentó, pues, ante el hombre á quien había ridiculizado como *Billy Button.* Refirió su caso y presentó su certificado. — ¿Vos escribisteis una vez un folleto contra nosotros? — dijo Grant. El solicitante esperaba ver arrojada al fuego su solicitud, pero en lugar de esto escribió Grant la firma de la casa, y de ese modo completaba el certificado. — Lo tenemos como regla — dijo devolviéndolo — no negar jamás la firma en un certificado de un negociante honrado, y nunca hemos oído decir que vos fuéseis otra cosa. — Las lágrimas se agolparon á los ojos del hombre. « Ah, prosiguió Grant, bien veis que dije verdad, de que habíais de vivir lo bastante para arrepentiros de haber escrito ese folleto. Mi intención al decirlo no

era en el sentido de una amenaza, sólo quería significar que algún día nos conoceríais mejor, y os arrepentiríais de habernos querido dañar. — Sí, en verdad, me arrepiento. — Bueno, bueno, ahora nos conocéis. ¿Pero cómo os va? ¿qué es lo que vais á hacer? El infeliz manifestó que tenía amigos que le ayudarían cuando estuviera terminado su certificado. — ¿Pero cómo estáis mientras tanto? La contestación fué que, habiendo hecho entrega á sus acreedores hasta de su último ochavo, se había visto obligado á limitar á su familia hasta en las cosas más necesarias de la vida, para poder estar en condición de pagar su certificado. — Mi buen amigo, eso no sirve; vuestra mujer y vuestra familia no deben padecer así; tened la bondad de llevar á vuestra señora este billete de diez libras esterlinas en mi nombre; vamos, vamos, ahora no lloréis, todavía ha de arreglarse bien todo para vos; conservad vuestro ánimo, poneos á trabajar como un hombre, y aun habéis de levantar la cabeza entre los mejores de nosotros. El hombre completamente conmovido trataba en vano de expresar su gratitud, pues las palabras le ahogaban en la garganta; y cubriéndose el rostro con las manos, salió de la pieza sollozando como una criatura.

El verdadero caballero es aquel cuya naturaleza ha sido ajustada al más elevado modelo. Es un título grandioso, el título de caballero, y ha sido reconocido como un rango y un poder en todos los puestos de la sociedad. — *El caballero es siempre caballero*, dijo el general francés á su regimiento de hidalgos escoceses en el Rosellón, *y lo demuestra infaliblemente en los apuros y en el peligro.* Poseer este carácter es una dignidad en sí mismo, que impone el respeto instintivo de todo espíritu generoso, y aquellos que no quieren inclinarse ante el rango del título, rinden sin embargo su homenaje al caballero. No estriban sus cualidades sobre la elegancia ó las maneras, sino sobre el valer moral, no sobre las *posesiones* personales, sino sobre las *cualidades* personales. El Salmista le describe brevemente como á quien *marcha derecho, y obra justamente, hablando con la verdad en su corazón.*

El caballero es eminentemente distinguido por su respeto de sí mismo. Estima su carácter, no solamente en aquello que puede ser visto por los demás, sino como él lo ve; teniendo consideración por la aprobación de su guía interno. Y, así como se respeta á sí mismo, así también, por esa misma ley, respeta á

los demás. La humanidad es sagrada ante sus ojos; y de ahí dimanan la cortesía y la indulgencia, la bondad y la caridad. Se refiere de lord Eduardo Fitzgerald que, estando viajando en el Canadá en compañía de los indios, le disgustó la vista de una infeliz mujer, trotando al lado cargada con los jacces de su marido, mientras que el cacique hacía su marcha sin carga alguna. Lord Eduardo alivió en el acto de su carga á la mujer, echándola sobre sus propias espaldas — bello ejemplo de lo que los franceses llaman *politesse de cœur* — cortesía innata del caballero.

El verdadero caballero tiene una idea delicada del honor, evitando escrupulosamente las acciones bajas. Su dechado de probidad es elevado en palabras y en acción. No elude la dificultad con un artificio, ni prevarica, trampea ó anda á sombra de tejado, sino que es honesto, recto, y equitativo. Su ley es la rectitud — *la acción en líneas rectas*. Cuando dice *sí*, es ley: y se atreve á decir el valeroso *no*, en el momento oportuno. El caballero no puede ser sobornado, únicamente los hombres de alma baja y sin principios se pueden vender á aquellos que tienen interés en comprarlos. Cuando el recto Tomás Hanway ocupaba el puesto de director de la comisaría general, rehusaba recibir ninguna clase de regalo de mano de cualquier contratista; rehusando de ese modo ser influído en el cumplimiento de su obligación pública. Un bello rasgo de la misma clase se debe observar en la vida del duque de Wéllington. Poco después de la batalla de Assaye, fué á verle una mañana el primer ministro de la corte de Hyderabad con el propósito de inquirir privadamente qué territorio y qué ventajas habían sídole reservadas á su señor en un tratado de paz entre los príncipes de Maharatta y los de Nizam. Para obtener este informe ofreció el ministro al general una suma fuerte, algo mucho más considerable que cien mil libras esterlinas. Mirándolo tranquilamente durante algunos instantes, dijo sir Arturo: — ¿Parece, pues, que sois capaz de guardar un secreto? — Sí, por cierto — contestó el ministro. — *Pues yo también lo soy* — dijo el general inglés, sonriendo, é inclinándose despidió al ministro. Para honra de Wéllington, que aunque siempre fué afortunado en la India, y tuvo el poder de adquirir por estos medios enormes riquezas, no agregó un ochavo á su fortuna, y regresó á Inglaterra siendo relativamente pobre.

Una sensibilidad y una magnanimidad parecidas caracterizaron á su noble padre, el marqués de Wellesley, quien en una ocasión rehusó terminantemente un regalo de cien mil libras esterlinas, que le propusieron darle los directores de la *Compañía de la India Oriental* con motivo de la conquista de Mysore. — No necesito — dijo — aludir á la independencia de mi carácter, y la debida dignidad unida á mi empleo; otras razones además de estas importantes consideraciones me mueven á rehusar este testimonio, que no es conveniente para mí. *No pienso sino en nuestro ejército*. Me afligiría mucho cercenar la parte de esos valientes soldados. Y la determinación del marqués rehusando el regalo permaneció inalterable.

Sir Carlos Napier manifestó igual abnegación de sí mismo en el curso de su carrera en la India. Rechazó todos los valiosos regalos que estaban prontos á poner á sus pies los príncipes bárbaros, y dijo : « Ciertamente que he podido adquirir treinta mil libras esterlinas desde mi llegada á Scinda, pero mis manos no necesitan ser lavadas aún. La espada de nuestro querido padre que he llevado en ambas batallas (Meanee y Hyderabad) no está manchada. »

Las riquezas y el rango no tienen conexión necesaria con las legítimas cualidades caballerescas. El hombre pobre puede ser perfectamente un verdadero caballero en su espíritu y en la conducta de su vida diaria. Puede ser honrado, veraz, recto, cortés, sobrio, valiente, respetuoso de sí mismo, y ayudador de sí mismo, esto es, ser un verdadero caballero. El hombre pobre con un espíritu rico en todo sentido es superior al hombre rico con un espíritu pobre. Empleando las palabras de San Pablo, es el primero *alguien que nada posee, y que sin embargo lo tiene todo*, mientras que el otro, aunque posee todas las cosas, nada tiene. El primero lo espera todo, y nada tiene; el último nada espera, y lo tiene todo. Solamente el que es pobre de espíritu es verdaderamente pobre. Aquel que lo ha perdido todo, pero que conserva su valor, alegría, esperanza, virtud y *respeto propio*, es aún rico. Para un hombre semejante parece que el mundo sale fiador; dominando su espíritu al grueso de sus cuidados, puede marchar recto aún, como un verdadero caballero.

Á veces suele encontrarse el carácter esforzado y benévolo bajo la más humilde vestidura. Hé aquí una vieja anécdota, pero muy oportuna. Una vez en que el Adigio se desbordó de pronto,

fué arrastrado por las aguas el puente de Verona, con excepción del arco del centro, sobre el cual estaba una casa, cuyos habitantes pedían socorro desde las ventanas, mientras que cedían visiblemente los cimientos. — « Doy cien luises franceses de oro — dijo el conde Spolverini que estaba presente — á cualquiera persona que se anime á salvar á esos desgraciados. — Un joven campesino salió de entre la concurrencia, tomó un bote y se lanzó á la corriente. Llegó al pilar, recibió á toda la familia en su bote, y se dirigió á la orilla, donde desembarcó con felicidad. — Aquí está vuestro dinero, mi valiente joven — dijo el conde. — No, fué la contestación del joven, no vendo mi vida; dad ese dinero á esa pobre familia, que tiene necesidad de ello. Aquí habló el verdadero espíritu del caballero, aunque estaba bajo el traje de un campesino.

No menos conmovedora fué la conducta heroica de una partida de boteros de Deal al salvar la tripulación de un barco carbonero en los Downs, no hace mucho tiempo (1). Una tempestad súbita del noroeste arrancó varios buques de sus anclas, y estando en la baja marea, tocó fondo uno de ellos á una distancia considerable de la costa, pasándole por encima las olas. No había un vestigio de esperanza para el buque, tal era la furia del viento y la violencia de las olas. No había nada que tentara á los boteros en tierra para arriesgar sus vidas en querer salvar el buque ó la tripulación, porqne no había que esperar ni un ochavo del salvamento. Pero el animoso espíritu de los boteros de Deal no faltó en ese momento crítico. No bien hubo varado el bergantín cuando ya Simón Pritchard, uno de los muchos individuos que estaban reunidos en la playa, se quitó su sobretodo y gritó : « ¿Quién quiere venir conmigo para tratar de salvar á esa tripulacion? En el acto se adelantaron veinte hombres diciendo *yo quiero*, *y yo*. Pero únicamente siete eran necesarios; y echando un bote al agua saltaron en él y rompieron por entre los embates de las olas, en medio de los vítores de los que quedaban en la playa. ¿Cómo podía sostenerse el bote en semejante mar? Parecía un milagro; pero á los pocos minutos, empujado por los potentes brazos de esos valientes, llegó hasta el buque náufrago, *sobre la cúspide de una ola*; y en menos de un cuarto de hora desde el instante en que el

(1) El 11 de enero de 1866.

bote se había separado de la costa, fueron desembarcados en Walmer Beach los seis hombres que formaban la tripulación del buque carbonero. No podrá citarse quizá un ejemplo más noble del valor indomable y del heroísmo, desinteresado de parte de los boteros de Deal, á pesar de ser reconocidos siempre como unos valientes, y sentimos el mayor placer en hacerlo constar aquí.

En su obra sobre *Austria*, refiere Furnbull una anécdota del finado emperador Francisco, como ejemplo de la manera que el gobierno de ese país debe su influencia sobre el pueblo, á las cualidades personales de sus príncipes. « En la época en que hacía estragos el cólera en Viena, andaba caminando por las calles de la ciudad y los suburbios el emperador y un ayudante de campo, cuando pasó á su lado una litera que conducía un cadáver, sin que lo acompañara nadie. Esto le llamó la atención, y supo al averiguarlo, que el difunto era una persona pobre que había muerto del cólera, y que los parientes no se habían atrevido á lo que entonces se consideraba como peligroso, cual lo era acompañar el cuerpo hasta el sepulcro. — Entonces — dijo Francisco — ocuparemos su lugar, porque ninguno de mis súbditos pobres debe ir al sepulcro sin esa última señal de respeto; y acompañó al cuerpo al lejano sitio del entierro, y, con la cabeza descubierta, estuvo de pie, viendo que se llenara respetuosamente todo rito y fórmula. »

Bello como este ejemplo de las cualidades del caballero, podemos compararlo con otro igualmente bueno, de dos marineros ingleses en París, como fué descrito en un diario de la mañana hace algunos años. — « Un día se vió subir la inclinada calle de Clichy á un coche fúnebre en su marcha hacia Montmartre, llevando un ataúd de madera de álamo con un cadáver. Ni un alma lo acompañaba, ni siquiera el perro del difunto, si es que lo tuvo. El día estaba lluvioso y triste; los transeúntes se quitaban el sombrero, como es costumbre cuando pasa un entierro, y nada más. Al fin pasaron dos marineros ingleses, que estaban en París de regreso de España. Habló un sentimiento equitativo debajo de sus chaquetas de sarga. « ¡ Pobre diablo, dijo el uno al otro, nadie le acompaña; vamos á acompañarle los dos! » Y los dos se quitaron los sombreros, y marcharon detrás de un desconocido hasta el cementerio de Montmartre. »

El caballero es sobre todo veraz. Siente que, la verdad es la

cúspide de la existencia, y el alma de la rectitud en los asuntos humanos. Lord Chesterfield declaró que la verdad hacía el éxito de un caballero. Escribiendo el duque de Wéllington á Kellerman, sobre el asunto *prisioneros bajo palabra*, cuando estaba frente á ese general como enemigo en la Península, le dijo que si había algo sobre lo que un oficial inglés se preciara más, excepto su valor, era en su veracidad. — « Cuando los oficiales ingleses — decía — han dado su palabra de honor de no escapar, estad seguro que no la quebrantarán. Creedme, fiad en su palabra; la palabra de un oficial inglés es una garantía más segura que la vigilancia de los centinelas.

El verdadero valor y la suavidad de carácter se dan la mano. El hombre valiente es generoso y clemente; jamás, implacable y cruel. Se dijo muy bien de sir Juan Franklin por su amigo Parry, que, era un hombre que nunca volvía la espalda á un peligro, y sin embargo, de tal ternura que no espantaba á un mosquito. Un bello rasgo de carácter — verdaderamente gentil, y digno del espíritu de Bayardo — fué manifestado por un oficial francés en el combate de caballería de *El Bodón*, en España. Había levantado su sable para dar contra sir Felton Hervey, pero percibiendo que su antagonista no tenía más que un brazo, paró instantáneamente, bajó su sable ante sir Felton en la forma del saludo de costumbre, y siguió adelante. Á esto puede agregarse una acción noble y gentil de Ney durante la guerra de la Península. Carlos Napier fué hecho prisionero en la Coruña, gravísimamente herido; y sus amigos de Inglaterra no sabian si estaba vivo ó muerto. Un mensajero especial fué enviado de Inglaterra en una fragata para averiguar su suerte. El barón Clouet recibió al parlamentario, é informó á Ney de su llegada. « Haced que el prisionero vea á sus amigos — dijo Ney — y decidles que está bien y bien tratado. » — Clouet quedó como esperando, y Ney preguntó sonriendo: « qué más quería. » « Tiene una madre anciana, viuda, y ciega. » « ¿Sí? entonces que vaya él mismo para decirla que está vivo. » Como el cange de prisioneros entre los dos países no estaba permitido entonces, sabía Ney que se exponía al desagrado de Napoleón al poner en libertad al joven oficial; pero Napeleón aprobó el acto generoso.

Á pesar del lamento que solemos oír de que los tiempos de la caballería hayan pasado, ha presenciado nuestro siglo actos de valor y de clemencia — de abnegación heroica y ternura viril —

que no han sido sobrepujados èn la historia. Los acontecimientos de estos últimos años han mostrado que nuestros compatriotas aun son de una raza que no ha degenerado. En la meseta fría de Sebastopol, en las húmedas y peligrosas trincheras de ese campamento de doce meses, hombres de toda clase probaron que eran dignos de la noble herencia de carácter que sus antecesores les habían legado. Pero fué en la hora de la gran prueba en la India donde más brillaron las cualidades de nuestros compatriotas. La marcha de Neill sobre Cawnpore, de Havelock sobre Lucknow — estimulados tanto los oficiales como la tropa por la esperanza de salvar á las mujeres y á las criaturas, — son acontecimientos que no puede igualar toda la historia de la caballería. La conducta de Outram hacia Havelock, en renunciar en él el honor de dirigir el ataque sobre Lucknow, aunque aquel era su subalterno, fué un rasgo digno de Sydney, y él solo justifica el título que le ha sido concedido de *El Bayardo de la India*. La muerte de Enrique Lawrence — ese valiente y gentil espíritu — cuyas últimas palabras fueron : « Que no haya ruido por mi causa, qué se me entierre *con los soldados*. » — el ansioso afán de sir Colin Campbell para libertar á la sitiada Lucknow, y conducir su largo cortejo de mujeres y niños por la noche desde allí hasta Cawnpore, á donde llegó en medio del ataque del enemigo, que fué derrotado; el cuidado con que los condujo á través del puente peligroso, no cesando ni un instante en su cuidado hasta que vió en salvo á su precioso convoy sobre el camino de Allahabad, y entonces cayó como un rayo sobre el contingente de Gwalior, semejantes cosas nos hacen estar orgullosos de nuestros compatriotas, é inspiran la convicción de que el mejor y más puro ardor de la caballería no está muerto, sino que aun vive vigorosamente entre nosotros.

Hasta los soldados rasos se mostraron caballerosos en medio de sus dificultades. En Agra, donde tantos infelices habían sido chamuscados y heridos en su encuentro con el enemigo, fueron internados en el fuerte, y atendidos por los señores ; y los individuos toscos y valientes se manifestaron dóciles como los niños. Durante las semanas en que las señoras cuidaban de ellos, no se pronunció una sola palabra por ningún soldado, que pudiera lastimar el oído de la más gentil. Y cuando hubo pasado todo — cuando habían fallecido los soldados mortalmente, heridos y los enfermos y los heridos que sobrevivieron pudieron demostrar su

gratitud — invitaron á sus enfermeras y á las principales personas de Agra para un espectáculo en los hermosos jardines del Taj, donde en medio de las flores y de la música, se pusieron de pie los rudos veteranos, chamusqueados y heridos como estaban, para agradecer á sus gentiles compatriotas que los habían vestido y alimentado, y atendido á sus necesidades durante la época de su dolorosa calamidad. En los hospitales de Escutari, también, bendijeron muchos heridos y enfermos á las bondadosas damas inglesas que les cuidaran, y nada puede ser más bello que el pensamiento de los pobres pacientes, incapaces de descansar á causa del dolor, bendiciendo la sombra de Florencia Nightingale al caer sobre la almohada por la noche.

El naufragio del *Birkenhead* frente á la costa de África el 27 de febrero de 1852, ofrece otro memorable ejemplo del espíritu caballeresco de hombres vulgares obrando en el siglo diez y nueve, de quienes cualquiera época podría estar orgullosa. El buque de vapor seguía á lo largo de la costa africana con cuatro cientos setenta y dos hombres y ciento sesenta y seis mujeres y criaturas á bordo. Los soldados pertenecían á diversos regimientos que entonces estaban de servicio en el Cabo, y eran en su mayor parte reclutas que hacía poco tiempo estaban en el servicio. A las dos de la mañana, cuando todos dormían abajo, chocó el buque con una roca escondida que le abrió el fondo; y en el acto se vió que tenía que irse á pique. El redoble del tambor llamó sobre cubierta para que los soldados tomaran las armas, y se pasó lista como en una parada. Corrióse la palabra de *salvar á las mujeres y á los niños*, y las pobres eran traídas desde abajo en su mayor parte desnudas, y pasadas en silencio á los botes. Cuando todos hubieron dejado el buque, dijo irreflexivamente el comandante del buque : — « Todos los que puedan nadar que sal ten al agna y se dirijan á los botes. — Pero el capitán Wright, del 91 de Highlanders, dijo : « No, si hacéis eso, *se irán á pique los botes con las mujeres* ; » y los bravos quedaron inmóviles. No quedaba ningún bote y ninguna esperanza de salvación, pero ni un solo corazón desfalleció ; ni uno cejó de su deber en ese momento de prueba : — « No hubo un murmullo ni un grito entre ellos ; dijo el crpitán Wright, que sobrevivió, hasta que el buque se hundió. » Hundióse el buque y hundióse la heroica tropa, haciendo una salva al sumergirse entre las olas. ¡ Gloria y honra á los buenos y valientes ! Los ejemplos de hombres se-

mejantes nunca mueren, pues al igual de sus memorias, son inmortales.

Hay muchas pruebas por las que puede ser reconocido un caballero; pero existe una que jamás falla : ¿Cómo *ejerce el poder* sobre sus subordinados? ¿Cómo se conduce con las mujeres y las criaturas? ¿Cómo trata el oficial á sus soldados, el patrón á su dependiente, el maestro á sus discípulos, y el hombre en cualquier posición que esté á aquellos que son más débiles que él? La discreción, la indulgencia, y la bondad con que en esos casos es ejercido el poder, puede realmente considerarse como la prueba infalible del carácter caballeroso. Un día que La Motte atravesaba por medio de una muchedumbre, pisó casualmente el pie de un joven, quien inmediatamente le dió una bofetada. — « Ah, señor, dijo La Motte, es seguro que sentiréis lo que habéis hecho, cuando sepáis que *soy ciego*! » Aquel que echa bravatas á aquellos que no se hallan en posición de resistir podrá ser un *compadrón*, pero un caballero, jamás. El que tiraniza al débil y al desvalido podrá no ser cobarde, pero no es un hombre verdadero. El tirano, se ha dicho, no es más que un esclavo que tiene vuelto del revés. La fuerza, y la conciencia de la fuerza, en un hombre recto comunica nobleza á su carácter, pero tendrá el mayor cuidado en la manera de usarla; porque

> Es excelente tener la fuerza de un gigante, pero es
> tiránico usarla como tal.

La amabilidad es realmente la mejor prueba de la caballerosidad. Una consideración por los sentimientos de otros, por sus inferiores subalternos lo mismo que por sus iguales, y el respeto por su *respeto propio*, predominará en la conducta de un verdadero caballero. Preferirá sufrir un pequeño daño, antes que incurrir en el peligro de cometer alguna injusticia por interpretar poco caritativamente la conducta de otro. Será indulgente con las debilidades, los defectos, y los errores, de aquellos cuyas ventajas en la vida no hayan sido iguales á las suyas. Será misericordioso hasta para con los animales. No se jactará de su riqueza, ó de su fuerza, ó de sus dádivas. No se enorgullecerá por el éxito, ni se abatirá por el fracaso. No querrá imponer sus creencias á los demás, sino que expresara libremente sus apiniones cuando la ocasión lo requiera. No hará favores con aire de protector. Sir Walter Scott dijo una vez de lord Lothian :

« Es un hombre de quien se puede recibir un favor, y en estos tiempos eso quiere decir mucho. »

Lord Chathan ha dicho que el caballero es caracterizado por el sacrificio de sí y la preferencia de otros á sí mismo en las pequeñas ocurrencias de la vida diaria. Como confirmación de este espíritu de circunspección en un carácter noble, podremos citar la anécdota del valiente sir Ralph Abercrombie, de quien se refiere que cuando fué herido mortalmente en la batalla de Aboukir, fué llevado en una litera á bordo del *Foudroyant*, y para mitigar su dolor se le puso debajo de la cabeza una manta de soldado, con lo que sintió un gran alivio. Preguntó lo que era. « Es una manta de soldado, fué la contestación. ¿ De *quién es* ? preguntó medio incorporándose. De uno de los soldados. — Deseo saber el nombre del soldado á quien pertenece esta manta. — Es de Duncan Roy, del 42, sir Ralph. » « Entonces haced que Duncan Roy obtenga su manta esta misma noche. » (1) Ni aun para mitigar su última agonía quería el general privar á un soldado raso de su manta por la noche. Este incidente es tan bueno, en su manera, como el de Soyduez moribundo alcanzándole su copa de agua al soldado raso en el campo de Zutphen.

El viejo y delicado Fuller resume en pocas palabras el carácter del verdadero caballero y hombre de acción al describir el del gran almirante sir Francisco Drake : « Casto en su vida, justo en sus tratos, fiel á su palabra, misericordioso con aquellos que dependían de él, y odiando á la curiosidad ; en asuntos especialmente del momento, no gustaba confiar en el cuidado de otros, por hábiles ó merecedores de confianza que fuesen, pero despreciando siempre el peligro, y no esquivando ningún trabajo, quería estar en su turno (cualquiera que fuese el segundo) donde se necesitasen el valor, la habilidad, ó la laboriosidad. »

(*1*) *Horæ Subsecivœ*, DE BROWN.

FIN

ÍNDICE ALFABÉTICO

A

Abercrombie, sir R., anécdotas sobre, 361.
Abernethy, cirujano, anécdotas sobre, 348.
Actividad, ejemplos de, 146, 147.
Actos y consecuencias. 321.
Addison, 10, 116.
Adriano VI, 11.
Adversidad, utilidad de la, 303.
Akenside, poeta, 9.
Alfieri, en su juventud, 315.
Ángel, (Miguel), 105, 138.
Aplicación y perseverancia, 81, 83, 314, 317.
Arkwright, sir Ricardo, 28, 29.
Arne, El doctor, músico, 173.
Arnold, El doctor, sobre la educación de sí mismo, un obrero jovial, 278, 331.
Atención, respecto de la que se debe al traje, 27, 85.
Audubón, ornitólogo, su perseverancia, 88.
Austria, anécdota sobre el emperador de, 356.

B

Bach, Juan Sebastián, 172.
Bacon, lord, sus notas, sobre la economía, sobre la ciencia, 6, 18, 137, 234, 117, 261, 293.
Banks, escultor, 141.
Barbage, sus actos y consecuencias de ellos, 331.
Barberini, jarrón de, y Wegwood, 78, 79.
Barberos ilustres, 31, 32.
Barclay, David, comerciante, su carácter y sus obras, 253, 254.
Barrow, Isaac, 283.
Baxter, Ricardo, sobre el tiempo, 116.
Bebida, vicio de la, 279,
Beethoven, 172, 300, 301, 327.
Bell, sir Carlos, 124.

Bewick, grabador en madera, 110.
Biografía, utilidad de la, 6, 328, 329.
Bird, artista, 137, 138.
Birkenhead, naufragio del, 359, 360.
Blackstone, sir Guillermo, 10, 11.
Bottgher, J. F. alfarero, su vida prematura, astucias infantiles en alquimia, sus disgustos, fabrica porcelana roja, fabrica porcelana blanca. su muerte, 58, 70, 71, 73,
Boulton y Watt, 31, 32.
Bright, Juan, la sobriedad, 258, 259.
Brindley, ingeniero, 7.
Britton, Juan, su vida prematura, dificultades vencidas, 114.
Brotherton, José, 16, 323.
Brougham, lord, 22, 23.
Brown, Juan, geólogo, 159.
Brown, sir S., 127.
Brunel, sir J., atento observador, 127.
Buffón, conde de, estudiante, 110, 110.
Burney, doctor, 137.
Burns, Roberto, su infancia, su imprevisión, 303, 315.
Burritt, E., 137, 330.
Buxton, sir Forvel, filántropo, sobre la voluntad, sobre la influencia materna, sobre la buena sociedad, su jovialidad. 273, 238, 271, 335, 319, 324, 326.

C

Callcott, sir A., 163.
Callot, Jacobo, artista, 171.
Campbell, lord, 11, 228.
Canning, sobre el carácter, 339, 340.
Carácter, el, es fuerza y poder, 259, 339, 340, 341.
Carey, Guillermo, misionero, 9, 104, 103, 231.
Carlyle, Tomás, destrucción de su manuscrito, 107.
Cavendish, filósofo, 21.
Cecil, sobre el método, 259.
Cellini, Benvenuto, su origen, su carrera, estatua de Perseo, 145, 146, 147.
Cesarismo, falacia del, 4.
Chalmers, rev. doctor, sobre la honradez; su infancia, 252, 314.
Chambers, Guillermo, editor, 306.
Chantrey, sir Francisco; carácter y obras, 9, 157, 158.
Chartreris, coronel, 342.
Chattertón, poeta, 283, 314.
Chaucer, Godofredo, como hombre de negocios, 233.
Cheeryble, los hermanos, 351, 352.
Chisholm, Mrs., trabajos y éxito, 323.
Civilidad y Benevolencia, 348.
Clarke, Adán, 282.

Clarkson, Tomás, filántropo, su inmenso trabajo, 226, 227, 228.
Clay, Enrique, orador, 305.
Clive, Roberto, 315.
Clyde, lord, 189, 202.
Cobbett, Guillermo, autor, 307.
Cobden, Ricardo, sobre la economía, 321, 16.
Cockburn, lord, su carácter, 340.
Collingwood, lord, sobre la honrada pobreza, sobre las malas compañías, sobre el carácter, 275, 326.
Colón, observador minucioso y atento, 107.
Colonna, Estéban, 341.
Coleridge, S. T. poeta, 10, 298.
Cómica, literatura, 294.
Constant, Benjamín, 296.
Cromwell, Oliverio, sobre la integridad, 343.
Cuneiformes, inscripciones, 90, 91.
Curran, J. P., 305.
Cuvier, el barón, 113, 114.

D

D'Aguesseau, canciller de Francia, 329.
D'Alembert, 9, 304.
Daltón, Juan, 84, 115.
Dargan, Guillermo, sobre la independencia, 4.
Darwin, el doctor, autor, 115.
Davy, sir H., sobre Coleridge, su infancia, 9, 11, 112, 113.
Decisión, 185.
Descubrimientos, no accidentales, 104.
Deshonrosas, ganancias, 253, 254.
Detalles, importancia de los, 262, 263.
Dick, Roberto, geólogo, 134.
Dificultades, utilidad de las, 300, 302.
Disraeli, Benjamín, sobre la influencia de Cobden, 21, 321.
Douglas, anécdota sobre, 328.
Drake, almirante, sir Francisco, carácter del, 10, 361.
Drew, Samuel, zapatero y metafísico, su origen, su carrera, sus estudios, sus escritos, sobre la sobriedad, 17, 96, 97, 98, 99, 100, 257, 283, 329.

E

Economía é independencia, 260, 262.
Edgeworth, Mr., 27, 325.
Edwardes, el coronel, 10, 202.
Edwards, Banff, Tomás, 8.

Ejemplo, poder del, 318, 319, 320, 328.
Eldon, lord, su carrera, 192.
Erskine, lord, sus notas, sobre la conducta, 117, 341
Espinoza, 232.
Etruscos, vasos, 59.
Etty, Guillermo, es un trabajador, 137, 161.
Exactitud en los negocios, necesidad de la, 239.

F

Faraday, el profesor, 9, 112.
Ferguson, astrónomo, 111, 310.
Flaxman, Juan, escultor, su vida, sus trabajos, su mujer, 80, 137, 152, 153, 154, 155, 156, 169.
Foley, El fundador de la pairía de, 179, 180.
Foster, Juan, sus escritos, 8, 83.
Fox, C. J., sus penas y dificultades, 15, 238, 299.
Franceses, Generales, que ascendieron desde soldados, 13.
Franklin, Benjamín, y la electricidad, su integridad, 108, 340.
Franklin, sir Juan, su delicadeza, 337
Fuller, Andrés, 282.

G

Gainsborough, pintor, 137, 138.
Galileo, facultad de observación, 106.
Galvani y la electricidad, 108.
Genio, definición del, 83, 109.
Geológicos, descubrimientos, 127, 135.
Gesner, naturalista, 11.
Gibson, Juan, artista, 8, 165.
Gifford, Guillermo, 8, 110.
Gobierno, El gobierno y la iniciativa individual, 1, 2, 3.
Good, El doctor Mason, 115.
Grant, Ulises, en sus primeros años, 315.
Grant, Guillermo y Carlos, 351.
Grote, M., historiador, 234.
Guthrie, el Rev. doctor, y Juan Pounds, 324.

H

Hábitos, Importancia de los buenos, 345, 346.
Hændel, músico, 327.
Haie, Sir Mateo, cuando era estudiante, 116.
Hall, El doctor Marshall, sus descubrimientos, 125.
Hanway, Jonás, filántropo, 215, 218.

Hardinge, lord, 10, 189.
Harvey, y la circulación de la sangre, 121.
Hastings, Warren, 10, 202.
Hawkswood, Sir Juan, 8,
Haydn, músico, 11, 327.
Haydon, sobre las deudas, 262.
Hazlitt, sobre los negocios, 231.
Heathcoat, Juan, inventor de la bobina, 42, 48.
Heilmann, Josué, invención de la máquina de cardar, 55, 57.
Heroísmo, verdadero, 359, 360.
Herschell, astrónomo, sus descubrimientos, 9, 125.
Hobson, el almirante, 8.
Hoche, el general, 13.
Hodsón de Hodsón's Horse, sobre la salud, 10, 280, 332.
Hogarth, Guillermo, pintor, 140, 141.
Hogar, Influencia del, 319.
Hombres, salud de los grandes, 282.
Honrada, la política, es la mejor, 250, 254.
Honor, el, es el mejor sentimiento del caballero, 352.
Hook, Rev. doctor, sobre el trabajo, 86.
Horner, Francisco, consejo de su padre, sobre la buena compañía, 261, 326.
Howard, Juan, 214, 316.
Humbert, el general, 13.
Hume, José, sus obras y su perseverancia, su hermosa vida, 101, 234.
Hunter, Guillermo, anatómico, 110.
Hunter, Juan, anatómico, su vida prematura, su carrera y su paciente industria, 8, 11, 84, 117, 118.

I

Impaciencia, la, 312.
Independencia y seguridad, 260, 261.
India, Revolución de la, 205.
Indios, tiradores, juglares, 204.
Individualismo y libertad, su influencia, 2, 3, 5.
Industria, resultados de la, sucesos de la, la pairía y la, honrosa, 83, 137, 138, 177, 269.
Integridad, importancia de la, 340, 341.
Inmortalidad, La, en este mundo, 322.
Inventores, beneficio de la sociedad de, 26, 27.
Irving, Washington, sobre el mérito, 237.

J

Jackson, Stonewall, en su infancia, 315, 316.
Jackson, Guillermo, aprender la música por sí mismo, 175, 176.
Jackson, W., de Birkenhead, 15.

Jacquard, inventor, 49.
Jenner, El doctor, inventor de la vacuna, 122, 123.
Jerrold, Douglas, sobre la literatura cómica, 294.
Jervis, el almirante, sobre las deudas, 264.
Johnson, Andrés, presidente de los Estados Unidos, 9.
Johnson, El doctor, sobre la observación, el genio, la impaciencia y el camino recto, 106, 109, 237, 346.
Jones, Iñigo, 7, 137.
Jonson, Ben, 7.

K

Kemp, Jorge, arquitecto, 163.
Kepler. 9, 83.

L

Lamennais, su opinión sobre la voluntad, 199.
Langdale, Lord, sobre la influencia materna, 194, 320.
Lansdowne, El marqués de, sobre Malesherbes, 326.
Lansdowne, la pairia de, 186.
Lawrence, los, en la India, 137, 207.
Layard, Agustín, su perseverancia, 10, 90.
Lee, profesor de lingüística, su perseverancia, 8, 111, 311.
Lee, el Rev. Guillermo, inventor de tejidos, 37, 3°
Leyden, Juan, su perseverancia, 310.
Lindsay, W. S., 15.
Lineo, naturalista, 233.
Literaria, cultura, 292, 293.
Livingstone, el doctor, misionero, 8, 212, 213.
Locke, Juan, sobre las deudas, 263.
Lorena, Claudio de, pintor, 137, 142.
Loudon, paisajista, 96.
Loyola, Ignacio de, 284, 330.
Luditas, los destructores de máquinas, 46.
Lyndhurst, lord, defensa de Heathcoat's, las dificultades, 44, 302.
Lyon, su industria sedera, 49, 50.
Lytton, sir E. Bulwer, 20.

M

Madres, influencia de las, 319, 320.
Malesherbes, Mr. de, 326.
Malthus, D., sobre el ejercicio, 279.
Maneras, Influencia de las buenas, 346, 347.
Mansfield, lord, legislador, 190, 225.
Martín, Juan, artista, 137, 162.
Massena, El Mariscal, 13.

Mather, sus ensayos, 329.
Melbourne, Lord, y el hijo del poeta Moore, 234
Mendelssohn, crítica sobre, 300.
Método, 240, 241.
Meyerbeer, músico, 172.
Mill, John S., 3, 234.
Miller, Hugo, geólogo, su origen, trabajo de los profesores, sobre la bebida, 17, 25, 132, 197, 267.
Milton, Juan, hombre de negocios, 11, 233.
Miseria y estupidez, 236, 237.
Modelos de carácter, 325.
Moneda, riqueza, su uso y su abuso, 258, 259, 275.
Montalembert, sobre la revolución de la India, 205.
Moreau, El general, grandeza en la derrota, 301.
Motte (La), anécdotas sobre, 360.
Mulready, artista, 141, 142.
Murat, el mariscal, 13.
Murchison, sir Rodrigo, 134, 135.
Murray, el profesor Alejandro, 306.
Músicos, industria de algunos, 173, 174

N

Napier, sir Carlos, sobre las deudas, sobre la rectitud, 203, 265, 354.
Napoleón y Jacquard, su carácter, su voluntad, era hombre de negocios que se fijaba en los detalles; cuando niño, 30, 501, 243, 244, 315.
Negros, los, y Granville Sharp, 219.
Nelson, el almirante, su puntualidad, 10, 241.
Newton, sir Isaac, sus palabras, sus obras, era hombre de negocios, talento tardío de niño, 83, 88, 106, 233, 306, 314.
Ney, El mariscal, generosa conducta, 13, 357.
Nicoll, Roberto, poeta, 298.
Northcote, pintor, 137, 327.

O

Observación inteligente, 106, 109, 116.
Opie, pintor, 8, 110, 137.
Orden, importancia del, 113.
Owen, Ricardo, naturalista, 10, 117.

P

Paciente, El trabajo, y sus efectos, 7, 83, 87, 90, 300.
Palissy, alfarero, 58, 69

Paré, Ambrosio, cirujano, 119, 121.
Pairías fundadas por comerciantes y por abogados, 179, 199.
Paton, N., artista, 166.
Peel, familia de, 33, 36.
Peel, Sir Roberto, hombre de Estado, su memoria, su leal tad, 85, 343.
Perrier, Francisco, artista, 143.
Perseo, Fundición de la estatua de, 146, 147.
Perseverancia, La, su valor y sus resultados, facilidad de éxito, 60, 61, 83, 84, 92, 93, 115, 316.
Petty, Sir Guillermo y la pairía de Lansdowne, 186.
Philipps, Guillermo, fundador de la pairía de Normanby, 182, 185.
Pope, Alejandro, 11, 323.
Porcelana, Invención de la, 73.
Pounds, Juan, y las escuelas, 324.
Poussin, Nicolás, artista, 105, 148, 149.
Priestley, El doctor, 111.
Prontitud, Importancia de la, 340, 285, 237.
Propósitos, Fuerza de los, 212, 213.
Pugin, arquitecto, 162.

R

Ramus, Pedro, 11.
Randón, El mariscal, 14.
Rawlinson, Sir Enrique, su perseverancia, 90.
Rectitud del caballero, 353.
Respetabilidad y lealtad, 354.
Reynolds, sir Joshuá, 10, 137, 139, 155.
Ricardo, David, 233.
Riquezas, tentación fácil por las, y las palabras, 14, 271, 272.
Robbia, Lucas de la, escultor, 59.
Robertson de Brighton, sobre la lectura y la amabilidad, 287, 347.
Robinson, el juez y Curran, 305.
Romilly, sir Samuel, 19, 309, 329.
Rosa, Salvador, 137.
Ross, el doctor, sobre la intención del hombre, 284.
Rosse, Lord, 18.
Russell, el conde, sobre el carácter, 18, 339.

S

Sajonia, El elector de, y Böttgher, 71,
Scheffer, Ary, artista, 151, 152.
Scott, Juan (lord Eldon), 193.
Scott, sir Walter, su paciencia para el trabajo, sobre la educación de sí mismo, sus ejercicios atléticos, su infancia, 10, 93, 233, 277, 282, 314.

Shakspeare, 7, 233.
Sharp, Granville, filántropo, hombre jovial, su carácter, 219, 220, 225, 343.
Sharples, Jaime, artista y herrero, 167, 172.
Sheridan, H. B., 314.
Shovel, Sir Cloudesley, 8, 9.
Sinclair, sir Juan, su actividad pública, su energía, su trabajo, 332, 337.
Smeaton, Jaime, ingeniero, 10, 27, 380.
Smith, El doctor, 117.
Smith, Guillermo, geólogo, su ciencia, 127, 132.
Soult, El mariscal, se elevó desde soldado, conducta en España, 13, 249.
Southey, Roberto, sobre el abuso del poder, su industria, 11, 294, 298.
Spenser, poeta, y hombre de negocios, 233.
Stephensón, Jorge, perseverancia, su carrera, 9, 109, 115, 280, 290, 316.
Sterling, Juan, 327.
Stone, Edmundo, 111, 283.
Stothard, pintor, 109, 110.
Stowell, Lord, 191, 192.
Strutt, 188, 189.
Sugden, Sir E., 190.
Suwarrow, fuerza de voluntad de, 201.
Sydenham, palabras de, 323.

T

Taglioni, fatigas de la, 83.
Taylor, Jeremías, sobre la holganza, 7, 279.
Tenterden, Lord, 7, 191.
Thierry, Agustín, su noble carácter, 297.
Thornburd, R., artista, 165.
Tiempo, valor del, 116, 241, 246.
Ticiano, el, su industria, 138, 139.
Tocqueville, Alejo de, 22, 23.
Turner, artista, 7, 137, 142, 143.

Vaucanson, inventor, 51.
Vauquelin, químico, 12.
Vicente, El conde de San, sobre las deudas189 264.
Vicisitudes de las familias, 232, 233.
Victor, emariscal, 13.

W

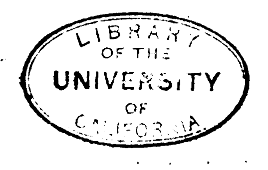
Walker, autor del *Original*, en la voluntad, 198.
Wáshington, Jorge, 242, 300.
Watt, Jaime, su perseverancia, observador inteligente, 9, 26, 27, 89, 107, 280.
Wedgwood, Josiah, carácter y reputación, 58, 76, 81, 153.
Wellesley, Marqués de, su rectitud, 354.
Wéllington, El duque de, hombre de negocios, su honradez, sus memorias, cuando niño, sobre Roberto Peel, su rectitud, 189, 197, 245, 249, 264, 315, 343, 353.
West, Benjamín, pintor, 110, 137, 139.
Wilkie, Sir David, su industria, 10, 110, 137, 159.
Williams, Juan, misionero, 209.
Wilson, El profesor, 11, 282.
Wilson, Ricardo, artista, 10, 137, 139.
Wolff, El doctor, inspirado por Francisco Javier, 330.
Wollaston, El doctor, 10, 110.
Worcester, El marqués de, y la fuerza del vapor, 18, 109.
Wordsworth, Guillermo, poeta, confianza en sí mismo, 10, 22, 233.
Wright, El capitán, 359.
Wright, Tomás, filántropo, 269, 270

X

Xavier, Francisco, misionero, 209, 211.

Y

Yates, Peel y Compañía, 35.
Young, El doctor, filósofo, 10, 87, 106.



Paris. Tip. Garnier Hermanos, 6, rue des Saints-Pères.

